3 1761 08166208 2

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LA ESPANA MODERNA

AÑO 14. NUM. 157

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LAZARO

ENERO, 1902

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.

462655

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

AP
60
E8
año 14
no. 157-59

SU MAJESTAD

NOVELA

(CONCLUSIÓN)

XII

Había llegado el otoño; frecuentemente se oscurecía el azul del cielo, y por la mañana soplaba el viento del Norte encrespando el mar, que tomaba reflejos metálicos; después salía el sol, haciendo que se sintiese calor en determinadas horas y se pudiese coger un enfriamiento á traición al volver una esquina; entre cuatro y cuatro y media se ponía el astro, y se enfriaba el aire entre los palacios de mármol, en las calles y en las plazas.

Era una estación malsana; la Emperatriz y Berengario habían cogido un enfriamiento al dar un paseo en carruaje descubierto, y como ninguno de los dos salía de sus respectivas habitaciones, Othomar iba á su vez á verlos, como antes lo hicieran ellos con él; la Emperatriz tosía, y Berengario estaba con calentura. Aseguraban los médicos que nunca había habido tantas enfermedades como entonces. Y la tristeza reinaba en las habitaciones del Palacio y en toda la ciudad, donde ya no se veía en ninguna parte á la familia imperial. Jamás fueron tan reducidas las comidas en la corte, y á los escasos invitados les producía una impresión penosa no ver á la Emperatriz con su aspecto delicado y majestuoso, sentada al lado del

Emperador; la Princesa Thera no conseguía desarrugar el ceño de su padre.

Othomar ignoraba que inspirase cuidados el estado de su madre, la cual continuaba recibiéndole con la misma alegría que sabía conservar á pesar de su padecimiento. Los médicos no le decían nada, y le ocultaban los boletines.

Pero su hermano recibía á Othomar con menos dulzura que la Emperatriz; el joven se encolerizaba, y recriminaba á los médicos que se empeñaban en tenerle en la cama.

Un día entró Othomar en la habitación de su hermano, en ocasión que estaban los médicos. La fiebre había aumentado, pero el Principito quería levantarse; estaba muy enojado, insultaba á los médicos, y hasta llegó á pegar á uno en su venerable calva con el puño cerrado.

—Cuando estés mejor, Berengario—le dijo Othomar después de haberle tranquilizado—te haré un regalo.

—¿Qué me vas á regalar?—se apresuró á preguntar el joven.—Ya estoy mejor.

—No; tienes que hacer lo que te manden los médicos, y no revelarte.

—¿Y qué me vas á dar?

Othomar se le quedó mirando.

—¿Qué me vas á dar?—repitió el enfermito.

—No te lo puedo decir aún, Berengario; tal vez sea un regalo demasiado grande para ti.

—¿Qué es, pues? ¿Algún caballo?

—No, no es tan grande como un caballo, pero pesa más; no me preguntes más, ni vuelvas á pensar en ello; cuando estés mejor, lo sabrás.

—Más pesado que un caballo, pero no tan grande...—dijo reflexionando Berengario con las mejillas encendidas.

Con la cabeza inclinada y el paso vacilante, Othomar se volvió á su cuarto.

Durante algunas horas permaneció tranquilo, melancólico, en la misma actitud. Como de ordinario, no asistió á la comi-

da y probó apenas lo que le sirvió Andrés. Después se tumbó en un diván y cogió un libro, pero lo arrojó en seguida y se puso en pie movido por un repentino impulso.

—¿Por qué no ahora?—pensó. — ¿Por qué aplazarlo siempre?

Anochecía, pero las galerías superiores del palacio no estaban alumbradas todavía. Atravesó las sombras y se dirigió á las habitaciones del Emperador. El chambelán le hizo pasar. Oscar estaba sentado ante su escritorio con una pluma en la mano.

—¿Te incomodo, papá? ¿Puedo hablarte?

—No me incomodas. ¿Has estado á ver á tu madre?

—Sí, esta tarde; estaba mejor: pero Berengario tenía calentura.

El Emperador le miró.

—¿Más que esta mañana?

—No sé; pero estaba muy arrebatado.

El Emperador se levantó.

—¿Quieres hablarme?

—Sí, papá.

—Espera un poco. No he visto á Berengario desde esta mañana.

Salió dejando la puerta entreabierta. Othomar se quedó solo y se sentó. Miró en rededor del gabinete, que le era bien conocido por verificarse en él las conferencias de las mañanas con el Canciller. Hacía algún tiempo que no había entrado allí. Pensaba en lo que iba á decir, y sin saber lo que hacía se puso en pie ante el nuevo espejo qne sustituía al que rompió Oscar.

Este volvió.

—Berengario no está nada bien; la fiebre aumenta—dijo con voz temblona;—tu madre está con él.

En la preocupación de sus pensamientos no se dió cuenta Othomar de que su hermano debía encontrarse, en efecto, bastante mal, cuando su madre, que tampoco estaba buena, había ido á su lado.

—¿Y qué es lo que querías decirme?—preguntó el Emperador cuando vió al Príncipe silencioso.

—Quería hablarte de Berengario.

—¿De Berengario?

—Sí, de Berengario y de mí. He hecho un parangón entre nosotros dos, papá; los dos somos hermanos é hijos tuyos... ¿Cuál de los dos crees tú que se parece más á ti y á nuestros antepasados?

—¿A dónde vas á parar, Othomar?

—Al derecho; á la justicia. La Naturaleza á veces es injusta y ciega. Debiera haber hecho nacer antes á Berengario, y después á mí... ó no debiera haber hecho que yo naciera...

—Repito que digas lo que quieres indicar con todo eso, Othomar.

—¿No lo comprendes, papá? Te lo diré. ¿No es más Príncipe que yo Berengario? ¿No es á causa de esto tu favorito? ¿Y debo yo privarle de un derecho natural en razón de mi derecho tradicional? Quiero renunciar en su favor, papá; renunciar á todo, á todos mis derechos.

—Este muchacho está loco—murmuró Oscar.

—A todos mis derechos—repitió Othomar,—como si viese el porvenir, y coronado á su hermano.

—¿Estás delirando, Othomar?—preguntó el Emperador.

—No, papá, no deliro. Lo que estoy diciendo lo tengo pensado hace días, hace semanas, tal vez. No sé; ¡corre el tiempo tanto! Lo que le digo se lo he confiado á mamá. Lloró, pero no me contradijo; ve la cosa tan bien como la veo yo... Y lo que digo lo tengo completamente decidido, y nada me hará cambiar de idea... Amo á Berengario; se lo cedo todo gustoso, y hago votos para que sea feliz en mi lugar. Estoy persuadido, y tú también, de que Berengario será mejor Emperador que yo; yo no tengo cualidades para...

Hizo un movimiento nervioso, y continuó:

—No tengo talento, no tengo nada. Carezco de decisión,

no sé obrar, siempre seré un hombre de ideas. Y ¿por qué había de ser yo Emperador, y él nada más que Jefe superior de mi Ejército ó de mi Marina? Todo esto no es lógico, no está en la Naturaleza. Papá, le cedo mis derechos de primogénito, y yo me limitaré á vivir..., si puedo.

El Emperador, con los codos puestos sobre la mesa y la cara apoyada entre las manos, le miraba con los párpados entornados.

—¿Tú piensas todo eso?—preguntó.

—Sí, papá.

—¿Y no deliras?

—No, papá, no deliro.

—Entonces estás loco.

El Emperador se puso en pie.

—Estás loco, te digo. Othomar, reconoce tu locura y vuelve en ti; no pierdas por completo la cabeza.

—¿Por qué me dices que estoy loco, papá? ¿No reconoces conmigo que Berengario vale más que yo?

Oscar le miró con crueldad.

—No, en eso no estás loco, en eso tienes razón.

—¿Y por qué soy loco entonces, puesto que por tales razones quiero abdicar en su favor?

—Porque no puede ser, Othomar.

—¿Qué ley lo impide?

—¡Mi voluntad!

El Príncipe se irguió.

—¿Tu voluntad—exclamó,— tu voluntad? ¡Reconoces que no soy Príncipe sino de nacimiento, reconoces que Berengario posee tu energía personal de Emperador, y quieres... quieres que no abdique! ¿Y piensas que me he de inclinar ante tu voluntad?

Y soltó una ronca carcajada.

—No, papá, no cederé ante esa voluntad. En todo podrá prevalecer tu voluntad menos en esto. Llamarías á todo tu Ejército y no podrías impedirme esto. Hay un límite para la

voluntad humana, y nada, nada, nada puede impedir que me sienta incapaz de reinar y de llevar una corona.

El Emperador cogió á Othomar por las muñecas.

—¡Miserable, imbécil!—gritó, y rechinó los dientes.—¡Miserable! Tienes razón, no tienes nada de Emperador, jamás tendrás nada de eso. Si no supiese bien lo contrario, te diría que eres hijo de un lacayo. ¡Tienes razón, eres incapaz de nada! ¡No es para ti nuestra corona! Y sin embargo, aunque tuviera que encerrarte en una prisión para que nadie oyera tus vilezas, no abdicarás. Mi voluntad va más allá de lo que te figuras. No lo harás, no, no abdicarás; aunque tal vez debiera en este momento separarte del mundo como un monstruo. Tú no lo comprendes en tu cerebro obtuso, ¿eh? ¿No comprendes por qué, á pesar de amar á Berengario más que á un vil como tú, no quiera verle en tu puesto? Te lo diré: es porque no quiero dar al mundo un testimonio de la decadencia de nuestra raza; no quiero que se vea lo que se ha degenerado en ti; y antes te mataré, tenlo presente, que consentir en tal renuncia.

Rudamente Oscar cogió al Príncipe por los hombros y lo arrojó sobre una butaca; lo tenía entre sus manos como una presa.

—Pero como no eres hijo de un lacayo, sino que eres mi hijo, no te mataré, porque soy tu padre, á pesar de que no me respetas. Tú tienes, según creo, una altísima idea de tu sensibilidad, pero careces en absoluto de sentimientos. Tú no comprendes que has cometido una vileza, la vileza de un proletario, de un esclavo, de un paria, de un miserable... Tú no has pensado ni un momento en el dolor que me causabas con tu villanía. Tú has pensado que yo amaba á tu hermano más que á ti, y que, por lo tanto, aprobaría tu miserable proyecto sin pensar que con tu acción ruín me ibas á causar el mayor dolor que jamás he experimentado...

Othomar permanecía en la butaca, sin fuerzas, abrumado. No acertaba ya á reconocer cuál era el derecho, ni cuál era la verdad; no se daba cuenta de lo que le sucedía. Las palabras

de su padre le herían como fustazos, y se hallaba sin alientos para responder; aquellas ultrajantes recriminaciones le tenían anonadado. Las palabras vileza, monstruo, locura, decadencia, se confundían en su cerebro; se hundía en un fango que le asfixiaba. Y se desesperaba al sentirse con vida, al ver los objetos que le rodeaban, al ver la luz. Pensó un instante en su madre, pero tenía sed de tinieblas, ansias de morir, de desaparecer, con su escándalo, con su decadencia, con su tristeza de alma de paria. Todo esto cruzó en un segundo por su imaginación, entre aquel tropel de injurias. Sabía que Oscar tenía constantemente un revólver cargado en uno de los cajones de la mesa, y todas sus ideas se concentraron en el revólver, en apoderarse de aquella arma. En un instante se levantó, abrió el cajón y empuñó el revólver.

¿Pensó Oscar que su hijo, ultrajado por las últimas palabras, atentase contra la vida de su padre? ¿Adivinó en su hijo el deseo del suicidio? ¿Se le ocurrió la idea de que el suicidio es la suprema salvación del paria...? El caso fue que por instinto se precipitó sobre Othomar, pero el Príncipe le esquivó con rapidez; y con los ojos extraviados y descompuesto el rostro, en el último grado de la desesperación, se llevó el revólver á la sién...

—¡Othomar!—gritó el Emperador.

En aquel momento se oyeron pasos, unas palabras, y el Marqués de Xardi, Ayudante de Campo del Emperador, pálido y convulso, apareció en la puerta.

—Señor—dijo:—la Emperatriz desea que Vuestra Majestad vaya inmediatamente al lado del Príncipe Berengario.

Salió el tiro; la bala fué á incrustarse en la pared; brotó la sangre en el oído de Othomar.

El Emperador había cogido al Príncipe y le arrancó de la mano el arma cargada aún con cinco balas; durante la lucha fué á estrellarse otra bala en el techo de la estancia. Othomar cayó al suelo sin proferir palabra.

—Marqués—dijo el Emperador á Xardi—no sé lo que pen-

será usted de esto, pero he aquí lo que le digo: Usted no ha visto nada, ni piensa nada. Lo que ha sucedido aquí cuando usted ha entrado, como si no hubiera sucedido.

Y extendió hacia Xardi su brazo amenazador.

—No se olvide jamás de que aquí no ha ocurrido nada, porque me olvidaría yo de quién es usted, aunque su árbol genealógico sea más antiguo que el nuestro.

Xardi, lívido, se limitó á exclamar:

—¡Dios mío, señor!

—¿Qué le ha movido á usted á entrar en el gabinete de su Emperador de esta manera? El mismo Duque de Xara se hace anunciar, Marqués.

—Señor...

—¿Por qué? ¡Dígalo!

—Su Majestad...

—¿Qué, Su Majestad?...

—El Príncipe Berengario... la fiebre ha aumentado, el delirio, señor... y los médicos...

El Emperador palideció.

—¿Ha muerto?—exclamó.—¡Dígalo pronto!

—Muerto no, pero...

—¿Pero qué?

—Pero los médicos no tienen ya esperanzas.

El Emperador lanzó una blasfemia, empujó al Ayudante de Campo y se lanzó fuera de la habitación. El Príncipe heredero se había levantado, la vida volvía á él con su realidad de tristeza; le parecía una pesadilla. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Xardi—dijo con acento suplicante,—tu casa ha sido siempre leal á la nuestra; júrame que callarás.

El Marqués, muy pálido, miraba al Príncipe heredero.

—Señor...

—Júramelo, Xardi.

—Se lo juro á Vuestra Alteza—dijo el Ayudante de Campo con voz sorda, extendiendo su mano hacia el crucifijo colgado de la pared.

Othomar le estrechó la mano, y dijo sin poder hablar apenas:

—El Príncipe Berengario... ¿Ha empeorado así, de repente?

—La fiebre aumenta por momentos, señor, y delira.

—Voy á verle—replicó Othomar.

Con el pañuelo se enjugó la sangre que corría de su oído, y salió; el pañuelo aplicado á la herida se llenó de sangre inmediatamente.

En la antecámara pasó ante el chambelán, que le miró de reojo. Xardi se detuvo.

—El Duque de Xara se ha herido ligeramente—dijo—examinando el revólver del Emperador; cuando entré se le dispararon dos tiros.

—Los he oído—murmuró el chambelán lívido.

—Por poco sucede una desgracia...

Se callaron, se miraron, se comprendieron y se estremecieron.

La noche parecía que amontonaba sobre el palacio siniestras nubes.

—¿Y el Príncipe Berengario?—preguntó el chambelán temblando.

Xardi se encogió de hombros; sus ojos, llenos de lágrimas, atestiguaban el amor innato, heredado al través de los siglos, hacia sus Príncipes.

—Se muere—dijo sordamente.

XIII

El Príncipe heredero atravesó la antecámara; uno de los médicos preparaba en un plato compresas de hielo, y un criado traía más hielo en un cubo. La puerta de la cámara estaba abierta, y Othomar se detuvo en el umbral.

Berengario hablaba y cantaba con dulzura.

La Emperatriz, pálida, enferma, dominándose á pesar de todo, estaba sentada á la cabecera de su hijo, en unión de la Princesa Thera.

El Emperador cambiaba algunas palabras con los otros dos médicos, cuyos rostros expresaban una muda desesperación. Las facciones de Oscar se contraían horriblemente.

—¡Dios mío! ¡No me reconoce ya, no me reconoce!—decía sollozando el Emperador.

—¡Ni tampoco á mí!—murmuraba la Emperatriz

—¿Qué será? ¿qué será? ¿qué será?—canturreaba el Príncipe, y su voz, tan penetrante de ordinario, era dulce como la de un pájaro; parecía como si se contase algo á sí mismo.

—Tengo un regalo de mi hermanito, de mi hermanito, un hermoso regalo—murmuraba; y el Emperador oía aquellas palabras sin comprenderlas; y el niño seguía pronunciando el nombre del Príncipe heredero con su título;—Othomar, Othomar de Xara, de Xara;—en aquel momento se volvió hacia la puerta el Emperador, y dijo:

—Othomar, pronuncia tu nombre, ven, tal vez te reconozca.

Othomar se adelantó. Pasó ante el Emperador y se arrodilló á los pies de la cama.

Una sonrisa iluminó el rostro de Berengario.

—Se calma—dijo á Oscar uno de los médicos, que no podía contener las lágrimas;—observe Vuestra Majestad: el Príncipe reconoce á Su Alteza el Duque...

Y su voz temblaba de alegría.

Los celos contrajeron las facciones del Emperador.

—¡No, no!—replicó.

—Sí, señor, vea Vuestra Majestad—insistió el doctor volviendo á esperar.

—O... Othomar, Othomar de Xara,—cantaba el Príncipe.

Había reconocido á su hermano; pero no le veía en la realidad; le veía solamente al través de su excitación, de las alucinaciones de la fiebre.

—¿Qué me traes? ¿Más pequeño que un caballo; pero más pesado, más pesado? ¡Oh! ¡Cómo pesa, cómo pesa!

Y su voz se esforzaba, como si levantase algo. Sus manos, largas, contraídas, parecía que sostenían un objeto muy pesado para él.

—Berengario—dijo Othomar, con acento desgarrador y el corazón destrozado.

—Othomar—respondió el niño.

El Emperador exhaló un grito de dolor.

—Sí, tú siempre has sido bueno para mí—continuó el Príncipe cantando;—me has regalado siempre cosas muy bonitas; ¿te acuerdas de aquellos hermosos cañones que me diste por mi cumpleaños? y aquella pistola; pero mamá tenía mucho miedo... ¿Te estás muriendo, Othomar? Mira la sangre que tienes en el oído. Todos los que pierden sangre se mueren. ¿Te estás muriendo, Othomar? Mira, tienes sangre en el traje...

La Emperatriz permanecía sentada, rígida; su mirada iba de Berengario á la herida de su hijo mayor.

—Sangre, sangre, sangre—continuaba diciendo Berengario—¡Othomar se está muriendo! ¡Y me regalaba cosas tan bonitas! Tengo más que todos los muchachos de Liparia. ¿Qué me dará ahora? ¿Qué es esa cosa tan bonita? La siento, es muy pesada, pero no la veo.

El médico entró con las compresas.

—¡No la veo... no la veo!—murmuraba el niño quejándose, cansado. Cuando el médico le puso las compresas se agitó y se echó á llorar como si experimentase una gran pena.

—¡No la veo!...—dijo sollozando.—¡Ya no la veré!

El exceso de llanto fue seguido de una crisis violenta. Golpeaba el aire con sus brazos; se arrancó las compresas, y con mirada extraviada se quitó las ropas de la cama.

Othomar se había levantado, y la Emperatriz hizo lo mismo. Oscar, sentado en una silla, con el rostro entre las manos,

sollozaba apoyado en Thera. Los médicos se habían acercado al lecho, esforzándose en calmar á Berengario; pero éste les pegaba en la locura de la fiebre.

En aquel momento entró el Dr. Barzia, al que habían ido á llamar.

—¿Qué hace aquí Vuestra Alteza?—se apresuró á decir á Othomar.

El Príncipe no respondió.

—Que Vuestra Alteza vuelva inmediatamente á su habitación—añadió el doctor.

—¡Salve usted á mi hijo!—exclamó el Emperador ahogado por los sollozos.

—Antes salvo al Príncipe heredero, señor; se está matando aquí.

—Bien, bien; pero ¡salve usted á este otro!—replicó Oscar con desgarrador acento.

Los otros médicos habían dado órdenes; los criados trajeron una bañera con agua tibia...

Pero Othomar no vió nada. Seguido por las severas miradas de Barzia, atravesó los corredores entre un grupo de oficiales y chambelanes que le abrieron paso y entró en su gabinete, que estaba á oscuras.

En la oscuridad creyó sentarse en una butaca y se cayó al suelo, en donde comenzó á gemir y á suspirar, concluyendo por llorar á gritos presa de un ataque de nervios. Andrés entró y tropezó con el Príncipe; encendió el gas y trató de levantar á su amo, que pesaba como el plomo.

Othomar continuaba exhalando agudos gritos. Andrés llamó repetidas veces, y por fin aparecieron un lacayo y un chambelán por la puerta opuesta.

—Llama al Dr. Barzia—dijo al lacayo.—Ruego á Vuecencia que me ayude á levantar á Su Alteza—dijo al chambelán;—pero el lacayo volvía con el doctor, que no pudiendo hacer nada por Berengario había seguido al Príncipe heredero, al que se encontró en el suelo con el ataque.

—Que me dejen solo con Su Alteza—exclamó mirando á los que le rodeaban.

El doctor era alto, de constitución robusta. Se acercó al Príncipe y, á pesar de su estado nervioso, le levantó y lo colocó en una butaca, mirándole intensamente en los ojos con su mirada sugestiva.

De repente Othomar cesó de gritar y guardó silencio. Inclinó la cabeza, rendido, en el hombro de Barzia. El Príncipe se había tranquilizado como un niño, sin que Barzia hubiese pronunciado una palabra.

—Ruego á Vuestra Alteza que se acueste—dijo el doctor con voz de dulce autoridad.

Levantó á Othomar, encendió él mismo la luz de la alcaba y ayudó al Príncipe á desnudarse.

—¿Por qué sangra Vuestra Alteza del oído?—preguntó Barzia, cuyos dedos se habían manchado de sangre.

—Un golpe...—respondió Othomar con voz apagada.

Y volvió la cabeza cerrando los ojos.

El doctor no replicó, y como á un niño lavó á Othomar el oído, el cuello y las manos con el esmero de una madre. Después le acostó, le tapó y arregló la estancia como un ayuda de cámara. Luego se acercó al lecho y cogió las manos de Othomar, mirándole dulcemente con la extraña expresión de sus ojos. La lámpara dejaba en la penumbra el busto de Barzia é iluminaba solamente su cabeza calva, en la que se veían hacia las orejas algunos mechones grises.

Después de un rato de silencio, dijo:

—Vuestra Alteza quiere curarse, ¿no es verdad?

—Sí—contestó Othomar, á pesar suyo.

—¿Y cómo ha de lograrlo Vuestra Alteza?—añadió el doctor.

El Príncipe no respondió.

—Vuestra Alteza no lo sabe. Sin embargo, demasiado sabe Vuestra Alteza que lo primero es permanecer tranquilo, muy tranquilo.

Y estrechaba dulcemente una mano de Othomar, con presiones regulares como si quisiera adormecerle.

—Así, pues, Vuestra Alteza tiene que dominar los nervios, y no dejarse en manera alguna dominar por ellos. De esta manera — continuó diciendo Barzia con una sonrisa, — podrá Vuestra Alteza pensar en algo más de lo que en estos momentos piensa. ¿Quiere dormir Vuestra Alteza, ó puedo seguir hablando?

—Sí, hable usted—murmuró el Príncipe.

—Estos son días de gran dolor para el palacio—dijo el médico.—Vuestra Alteza debe pensar en estos días, pero sin dejarse abatir por el dolor. Vuestro augusto hermano no se salvará probablemente; ¿quiere Vuestra Alteza pensar en ello y en sus desgraciadas Majestades? Hay días para un país, para una familia, en los que la desgracia parece concluir con todo. ¿No le parecía á Vuestra Alteza que hoy era el fin de vuestra raza? ¡Calma! No se altere Vuestra Alteza y déjeme charlar como un viejo. ¿No sabe Vuestra Alteza que por primera vez en su vida ha llorado, ha sollozado el Emperador? Su hijo menor se muere. Su hijo mayor está gravemente enfermo. ¿No parece el fin de todo?

—Si Dios lo quiere así...—suspiró Othomar.

—Nos debemos resignar—dijo Barzia.—¿Pero quiere Dios eso?

—¿Cómo vamos á saberlo?

—Pregúnteselo á sí mismo Vuestra Alteza, pero no ahora, mañana, mañana... Tras las noches más tristes, amanece la mañana...

El doctor se levantó y echó unos polvos en un vaso de agua.

—Beba Vuestra Alteza.

Othomar bebió.

— Y ahora, descanse Vuestra Alteza y cierre los ojos.

—No puedo dormir.

—No importa, cierre los ojos Vuestra Alteza.

Barzia le pasó la mano por los párpados; el Príncipe los cerró y dejó su mano en las del médico.

Reinó de nuevo el silencio en la habitación; fuera, en los corredores, en las galerías, oíanse de cuando en cuando pasos apresurados que se perdían á lo lejos; volvían á oirse de nuevo; todo un mundo de dolor parecía extenderse por todo el palacio, impregnándolo todo con la tristeza de la noche.

Pero en la habitación del Príncipe nada se movía; el doctor permanecía sentado, tranquilo, absorto en sus pensamientos; el Príncipe heredero dormía como un niño.

XIV

A la mañana siguiente alumbró el día el luto de un imperio: el Príncipe Berengario había muerto por la noche.

Othomar durmió profundamente y se despertó tarde con extraña calma. Cuando el Dr. Barzia le anunció la muerte de Berengario, acaecida en un colapso tras la crisis de la fiebre, le pareció que ya lo había sabido. El dolor que experimentaba era extraordinariamente tranquilo, sin desesperaciones; lo que llegaba á asombrarle. Permaneció acostado, pues el doctor le prohibió que se levantara. Sin emoción, se representaba al niño inmóvil, con los ojos cerrados, en su cama de estudiante. Maquinalmente juntó las manos y rezó por el alma de su hermanito.

Durante todo el día no salió de la habitación, á la que fué á verle la Emperatriz. No se sorprendió al verla tan tranquila, con los ojos secos: la Soberana no había derramado aún una lágrima. Cuando se inclinó sobre la cama para besar á Othomar, no lloró. Tampoco lloraba él, y lo que le extrañaba no era la calma de su madre, sino la suya propia. La Emperatriz no permaneció más que un momento al lado de Othomar, y salió de la habitación con su andar automático; el Príncipe

heredero se quedó solo. Durante todo el día no vió más que á Barzia, pues ni Andrés entró en el cuarto.

El Príncipe oyó pasos y voces por los corredores; los ruídos que hasta él llegaban le traían el dolor del palacio.

Pensaba en la triste noticia que se esparcía por el país, por Europa, y en el asombro del público ante aquella muerte inesperada. No, la vida era incierta; ¿quién sabe si él moriría también á la mañana siguiente? Vanos son los proyectos de los hombres; ¿quién está seguro de la hora que ha de venir? Y pensaba con toda tranquilidad en todo aquello con una extraordinaria calma en su espíritu, como si no viese ninguna utilidad en la lucha con la vida y con la muerte.

Al día siguiente, Barzia permitió á Othomar que se levantase por la tarde. Tomó las medicinas, se levantó muy tranquilo y se puso el uniforme de lanceros, con una gasa de crespón en la manga. Al mirarse al espejo se asombró de verse tan parecido á su madre, hasta en el andar. Barzia le permitió que fuese hasta las habitaciones de la Emperatriz. La halló con el Emperador, Thera y los Grandes Duques de Corintio, que habían llegado el día anterior á Lipara. Estaban sentados, inmóviles; de cuando en cuando cambiaban algunas palabras en voz baja.

Othomar se dirigió á su padre con intención de abrazarle, pero el Emperador se limitó á estrecharle la mano; después Othomar abrazó á sus hermanas y á su cuñado, y se sentó al lado de la Emperatriz; la cogió una mano y permaneció silencioso. La Emperatriz vestía de negro, y estaba pálida y desencajada. No lloraba; solamente las dos Princesas sollozaban de cuando en cuando.

La familia comió sola en un saloncillo, sin acompañamiente alguno; un silencio abrumador reinaba por todo el palacio; solamente, de cuando en cuando, se oía el paso apresurado de algún Oficial de órdenes que llevaba una corona, ó de algún criado con una bandeja llena de telegramas. Terminada la comida, que fue breve, se reunió la familia en las habitaciones

de la Emperatriz; las horas transcurrieron lentamente; anochecía; se anunció el Arzobispo de Lipara.

La familia imperial se levantó y se dirigió á la gran sala de los Caballeros, en cuya puerta formaban los alabarderos. El Emperador ofreció la mano á la Emperatriz y la condujo al trono, cuya corona estaba cubierta con un crespón: á los lados del trono estaban dispuestos los asientos para Othomar, las Princesas y el Gran Duque.

En medio de la sala, delante del trono, se alzaba el catafalco cubierto de paños negros y blancos. Berengario estaba amortajado con su uniforme: sus pies estaban cubiertos con el manto azul y la cruz blanca de Caballero de San Ladislao, y sus manos se cruzaban en la dorada empuñadura de su espada. En su almohadón, colocado detrás de su cabeza, brillaba una corona de Marqués. Seis candelabros dorados iluminaban al niño con la pálida luz de los grandes cirios, dejando la vasta sala en la penumbra. En el exterior se esparcía el resplandor de la luna, cuyos rayos, al penetrar en la sala, se posaban en las resplandecientes armaduras y en los trofeos que colgaban como espíritus de hierro en los ángulos de las paredes. A los pies del túmulo, en una mesa cubierta con un tapete de terciopelo blanco, como un altar, había un crucifijo dorado entre dos candelabros en forma de cruz.

Con la espada en la mano, inmóviles como las armaduras, custodiaban el catafalco cuatro Caballeros de San Ladislao, con sus mantos azules.

La sala estaba impregnada de un suave aroma de flores. En torno del túmulo se amontonaban las coronas como una aureola de flores. El perfume de las violetas dominaba.

El Emperador, la Emperatriz y sus cuatro hijos estaban sentados. Solemnemente entró el Arzobispo rodeado de sacerdotes y niños cantores. Los Príncipes se arrodillaron en los cojines colocados delante de las sillas: el prelado rezó el oficio de difuntos, y las oraciones por las almas del purgatorio y por el alma de Berengario repercutían en la inmensa sala y parecían

revolotear, mezcladas á los perfumes de las flores, sobre los cerrados ojos del niño Príncipe.

Concluyó el oficio. El prelado roció con agua bendita el cuerpo y el catafalco. Los Príncipes salieron de la sala, pero Othomar permaneció en ella.

—Quiero depositar mi corona—dijo en voz baja á la Emratriz.

Los sacerdotes se retiraron también con la misma solemnidad con que habían entrado; Othomar manifestó á los cuatro caballeros que debían sustituir á los otros cuatro, su deseo de quedarse solo unos instantes, y aquéllos se apresuraron á salir. Entonces entró Thesbia con una gran corona blanca en la mano. Othomar fué al encuentro de su Oficial de órdenes y cogió la corona. Se quedó solo. Larga, ancha, medio oculta en las tinieblas, la sala parecía perderse en el infinito. La luna, que se había elevado, mostrábase más brillante, haciendo que las corazas apareciesen como fantasmas. En medio, como una reliquia, entre las sagradas luces de los altos cirios, se alzaba el catafalco en el que yacía el Príncipe.

Othomar subió dos gradas y depositó su corona. Miró el rostro de Berengario; sin las contracciones de la fiebre, el niño, tranquilo, blanco, parecía que estaba dormido. En la sala no se oía rumor alguno. Reinaba en todas partes un silencio de muerte. En aquellos lugares el dolor, esparcido por el palacio y por el país, parecía haberse santificado en la calma que descendía de lo alto. Y Othomar se veía á solas con su alma; pensaba de nuevo en la miseria de la vida, en la vanidad de las cosas humanas, pero con absoluta clarividencia, y tales pensamientos no se le ofrecían ya como misterios, sino con perfecta armonía: era como si se le hubiese aparecido toda la armonía del pasado. En toda la historia de Liparia, en todo el pasado del universo, no había ni una nota falsa. Cada dolor era santo, armónico; conducía al fin supremo, que era también el principio, y que no podía ser otra cosa más que armonía. Una gran serenidad embargaba su alma, como una

inspiración de lo alto; su extraña calma era su resignación. Le parecía que sus nervios experimentaban un gran alivio. Y su resignación iba unida á la tristeza inspirada por la idea de que ya no volvería á oir el imperioso acento de aquel hermano al que había amado. ¡Qué aquella vida juvenil se hubiera extinguido tan pronto y para siempre! Y á su resignación se unía la sorpresa de que las cosas se hubieran realizado de aquella manera, al contrario de lo que él había pensado. El era quien debía llevar la corona, la corona que hubiera querido ceder á Berengario. Y ahora parecía como si de nuevo la hubiese recibido de manos del muerto. Y he aquí por qué no experimentaba la rebelión en su alma, sino solamente paz y armonía; la corona había vuelto á él como una herencia.

Después se levantó reflexionando, miró á su hermanito inmóvil, y pensó que ante su vida se abría un nuevo camino que se hallaba en el deber de seguir.

En aquel momento oyó su nombre.

—Othomar...

Levantó la cabeza y vió á la Emperatriz que se adelantaba hacia él.

—Barcia te llama—murmuró Isabel;—está inquieto.

Othomar sonrió é indicó por señas que estaba tranquilo.

La soberana se adelantó al catafalco y se apoyó en el brazo de Othomar.

—¡Qué expresión tan tranquila tiene!—murmuró indicando á Berengario.—Todavía no le he dado el último beso. Y mañana no me pertenecerá ya, porque empezará el desfile del público.

—Pero todavía es nuestro, mamá; todavía es nuestro.

—Othomar...

—Mamá...

—¿No te perderé á ti nunca?

—No, mamá, no; viviré para ti...

Y la dió un beso; ella le miró sorprendida de su voz y después se volvió otra vez hacia Berengario, soltó el brazo de

Othomar, se inclinó sobre el muerto y le besó en la frente. Pero cuando tocó con sus labios el frío marmóreo del cadáver, retrocedió y miró fijamente al niño, como si por primera vez se diera cuenta de su desgracia.

Se estremeció todo su cuerpo y cayó rígidamente en los brazos de Othomar. Y sus ojos se llenaron de las primeras lágrimas que derramaba desde la muerte de Berengario; apoyó su cabeza en el pecho de Othomar y estalló en sollozos...

Entonces él la bajó cuidadosamente, con dulzura, de las gradas del catafalco y la condujo fuera de la sala. En la galería encontró á Barzia; la expresión de absoluta tranquilidad del Príncipe, que sostenía á su madre, tranquilizó al doctor.

En cuanto la Emperatriz y el Príncipe salieron de la sala mortuoria, entraron en ella cuatro Caballeros de San Ladislao con sus mantos azules.

Colocáronse á los dos lados del catafalco y permanecieron inmóviles, con la mirada fija, disponiéndose á velar en aquella noche de duelo el cadáver del Príncipe, alumbrado, además de los cirios, por los pálidos rayos de la luna... Los sacerdotes entraron también de nuevo y se pusieron á rezar... Todo era silencio en el palacio. Una vez que Othomar dejó á su madre en la puerta de sus habitaciones en poder de Elena de Thesbia, se dirigió él á las suyas; pero al atravesar las galerías y llegar á la escalera, tuvo miedo. Aquella regia escalera descendía ante sus pies débilmente iluminada, en la altura del inmenso vestíbulo. Unos tapiceros estaban ocupados en forrar de negro las balaustradas para cuando bajase el féretro; medían metros y más metros de aquella nube de crespón, amontonaban metros sobre metros, y aquellas nubes negras brotaban con tanta rapidez, que parecía iban á cubrir toda la escalera y remontarse á lo alto, como si quisieran sumergir al Palacio entero...

Los tapiceros no vieron al Príncipe y continuaron trabajando en silencio, débilmente alumbrados. Othomar se estremeció angustiado; lívido, miraba á aquellos hombres que á

sus pies medían el crespón y amontonaban nubes en torno de él. Recordó su sueño, en el que las calles de Lipara se llenaban de crespón hasta oscurecer el sol. Le parecía que la sangre se helaba en sus venas.

Se santiguó y murmuró:

—¡Dadme fuerzas, Dios mío!

XV

A la mañana siguiente, entre los granaderos que daban guardia al cuerpo, desfiló el pueblo ante el cadáver del Príncipe. Al otro día fue trasladado á Altara y depositado en la tnmba imperial, en la catedral de San Ladislao. Los Príncipes Gunther y Herman de Gothlandia asistieron á la ceremonia; pero como el Dr. Barzia prohibió al duque de Xara que asistiese al acto, Othomar permaneció en Lipara.

Los príncipes de Gothlandia y los demás invitados regresaron á la capital con el Emperador. A instancias de su hermana, se encontraba también en Lipara la Reina Olga con la Princesa Wanda, y á consecuencia del luto imperial, la familia vivía en estrecha intimidad. La Emperatriz Isabel, después de las primeras lágrimas, perdió aquella insensibilidad que nada tenía de natural: experimentaba, por el contrario, un gran dolor que la Reina Olga y Othomar se esforzaban en calmar. El Emperador estaba inconsolable. Se abandonaba á su dolor con extremos de niño; jamás le había visto ni conocido nadie en tal estado. La pérdida de Berengario sublevaba á su alma contra Dios y contra el mundo; además le había emocionado mucho la polémica que tuvo con Othomar, cuando éste le comunicó sus proyectos de renuncia. El Emperador no había vuelto á hacer ninguna alusión á aquel asunto, pero no dejaba de pensar en él. Temía volver á tratar de aquella cuestión, y

sentía, con cólera, su impotencia para hacer que el Príncipe heredero desistiese de su desesperada resolución. Pensaba en lo que había de suceder si el Príncipe persistía en ella: la gran Duquesa de Corintio, Emperatriz, el gran Duque Emperador, consorte, y el final de la raza de los Czyrkiski, en línea masculina, sobre el trono de Liparia. Y tal idea en los momentos de su aflicción por la muerte de Berengario, hacía que Oscar experimentase el extraordinario dolor de un Príncipe tan ligado por la sangre á la grandeza de sus antepasados, grandeza que anhelaba prolongarla hasta el último día. Y si estaba inconsolable por la pérdida de un hijo al que amara entrañablemente, sufría más aún en secreto (porque á nadie hablaba de ello) con ideas tales por el porvenir que ante su vista se presentaba. Y sin embargo, nada decía á la Emperatriz á causa de cierto temor supersticioso. Y á pensamientos tan dolorosos que angustiaban su alma enérgica, en la que, sin embargo, había algo de infantil, se unían las preocupaciones que le ocasionaba los proyectos de leyes militares. Necesitaba trescientos millones; cien para aumentar la infantería, doscientos para la artillería, y el Ministro de la Guerra, Conde de Marsilla, no lograba obtenerlos. La mayoría de la Comisión que entendía en el proyecto se oponía á un aumento de gastos tan enorme, y el Ministro encontraba en la Cámara una hostilidad que hacía preveer su caída. Ni el Emperador, ni Myxila, ni Marsilla querían ceder en lo más mínimo, y Oscar estaba decidido á mantener á su Ministro contra viento y marea.

En estos días fue cuando Othomar se hizo poner al corriente de la cuestión por el General Ducardi, estudió los Mapas del Estado Mayor General y las condiciones del ejército, los informes de la Comisión, y desde su aislamiento siguió la marcha de las discusiones parlamentarias. Tuvo detenidas conferencias con el General; hacía varios meses que no asistía á las conferencias celebradas en el despacho de su padre. Pero un día se puso el uniforme, lo que no hacía ya de ordinario, y comisionó á un chambelán para que preguntase al Emperador si le auto-

rizaba á asistir á su despacho con el Conde de Marsilla. El Emperador se sorprendió y se encogió de hombros, pero venciendo su antipatía, hizo decir á su hijo que podía venir. En cuanto el Canciller y el Ministro llegaron cerca del Emperador, entró Othomar. Había enflaquecido, y los alamares de plata de su uniforme de lanceros ocultaban mal su delgadez. Estaba pálido, con las mejillas hundidas; pero su mirada había perdido la inquietud nerviosa, y había recobrado su tranquila melancolía con cierta rigidez altiva. Al pronto no tomó parte en la discusión y dejó que el Emperador jurase, que el Canciller pidiera cosas imposibles y que el Ministro declarara que no cedería jamás. Después pidió á Oscar permiso para dar su parecer. Tenía un lápiz en la mano. Con algunas líneas trazadas en los mapas con segura mano, algunas indicaciones precisas, pocas cifras, dichas con precisión y acierto, demostró que se hallaba al corriente de la situación. Opinaba, por lo que había averiguado de los informes de la Comisión y de los votos de la Cámara, que los trescientos millones serían indudablemente rechazados y derrotado, por lo tanto, el Ministro de la Guerra: repitió varias veces estas palabras, y miró primeramente á su padre, y después al Conde de Marsilla. Entonces, con mesurada voz, reposado tono y convincente lógica, que se imprimía en el ánimo con la tranquilidad de la convicción, preguntó por qué no se había de ceder ante las circunstancias, y hacer lo único factible. Por qué no se habían de aceptar los cien millones para la infantería, y dividir los otros doscientos, en vista de que no existía un peligro inmediato, en un espacio de cuatro ó cinco años. Estaba seguro de que un aumento de veinte millones al año no encontraría la misma oposición: con esta táctica, el Conde de Marsilla podría sostenerse y ser mantenido por el Emperador.

Cuando calló Othomar, reinó el silencio; el Consejo, si no genial, por lo menos era práctico: sacaba por el momento de aquella crisis todo lo que era posible sacar.

El Conde de Myxila hizo un signo de aprobación. El Em-

perador y el Conde de Marsilla no podían aceptar inmediatamente la idea de Othomar, obstinado como estaba en presentar el proyecto sin modificaciones. Pero el Canciller se unió al Príncipe, insistió y dijo que era la única solución que permitía á Su Majestad sostener al Conde de Marsilla. Y la conclusión fue que se tomó en consideración el proyecto del Duque de Xara.

Cuando Myxila y Marsilla salieron, el Emperador dijo al Príncipe que se quedara aún un momento.

—Othomar—dijo,—he visto con mucho gusto que te vuelves á interesar en los asuntos de nuestra patria.

Y añadió, como esperando ansioso la respuesta:

—¿Qué conclusión puedo deducir de tu actitud?

El Príncipe comprendió.

—Padre—dijo tranquilamente,—he tenido accesos de descorozanamiento, y tal vez los tendré aún; pero olvida lo que se habló entre nosotros antes de la muerte de Berengario; no pienso ya en abdicar.

El Emperador respiró profundamente.

—Soy religioso, papá, y creyente—añadió el Príncipe,—supersticioso tal vez. En lo que ha sucedido veo claramente la mano de Dios.

Se pasó la mano por la frente, como si reflexionase, y repitió:

—La mano de Dios. Tuve el presentimiento que uno de nosotros moriría en el transcurso del año. Y creí que iba á ser yo. Por esto fue por lo que no ví lo horrible de mi resolución. No pensaba en mí, porque me creía próximo á la muerte; pensaba solamente en Berengario. Veía que era más Príncipe que yo; pero ha muerto y yo estoy vivo, y debo pensar en mí mismo, porque comprendo perfectamente que no me pertenezco. Y este es el sentimiento que, en mi opinión, debe sostenernos en la vida: la convicción de que nosotros no nos pertenecemos, sino que pertenecemos á los demás. Siempre he amado á nuestro pueblo, y hubiera querido ayudarle vagamente, abs-

tractamente; extendía la mano sin saber cómo, y me desesperaba cuando me encontraba con el vacío.

Se detuvo y miró con temor á su padre, como si se hubiese dejado ir demasiado lejos en la expresión de sus pensamientos; pero Oscar le miraba con calma, y continuó:

—Y sé que una tal desesperación no es buena, porque no pensamos más que en nosotros mismos, y no podemos consagrarnos á los demás. Ya ves—y se levantó sonriendo—que no estoy curado de mis filosofías, pero espero que me enseñarán á ser fuerte en vez de abatirme, puesto que ahora arrancan de un principio diferente.

—Cada cual debe tener sus propias filosofías—dijo Oscar.—Solamente te daré un consejo, Othomar: que no seas fanático y coloques muy en alto tu misión. No te aisles demasiado, porque abnegación tal no dura, y se vuelve después á los antiguos derechos. Yo no reflexiono tanto; soy más espontáneo é impulsivo. Pero no quiero condenarte porque tengas un carácter distinto del mío. Tal vez seas más de nuestros tiempos que yo. Unicamente quiero juzgar de tus reflexiones por el resultado, y el resultado es que vuelves por ti mismo á la vida, como á los intereses de nuestro país. Y me felicito, Othomar; no pretendo leer en lo porvenir, pero creo que más adelante no seguirás mis ideas. Creo que gobernarás con una constitución amplia, con una Cámara alta electiva. Creo que encontrarás mucha oposición en el partido de la nobleza hereditaria... Pero, como te digo, no puedo preveer tanto, y me limito á alegrarme de tu mejoría moral. Y te estoy muy agradecido por el consejo que nos has dado. Era muy sencillo, pero no se nos hubiera ocurrido á nosotros solos. Estábamos muy obstinados. Ahora creo que tu proposición sea la mejor de todas, por cuanto no se puede hacer otra cosa.

Tendió la mano á Othomar, que se la estrechó.

—Y — continuó diciendo con la gran lealtad que, á pesar de su tiránico orgullo, constituía el fondo de su carácter— no me conserves rencor por las palabras que te dije, Othomar.

Soy violento y colérico, lo sabes. Amaba á Berengario más que á ti. Pero tú también le amabas, no me guardes rencor por el amor que le profesabas; tú también eres mi hijo, y te quiero; aunque no fuese más que porque eres mi hijo y el último de mi raza... Perdona mi franqueza.

Y estrechó á Othomar entre sus brazos. Sufrió al reconocer la delicadeza del Príncipe en aquel abrazo que siguió á las palabras: «el último de mi raza». Sintió en el alma una amarga desesperación; pero sintió en seguida un misterio en aquella delicadeza; una fuerza moral desconocida de la que él carecía, en la sencillez de su naturaleza ruda, pero que admiraba en su hijo.

Cuando salió el Príncipe y se quedó solo, Oscar reflexionó y trató de adivinar en qué consistía aquel principio misterioso que había sentido en su hijo, y no lo logró, pero comprendió no obstante que debía ser, diésele el nombre que se le diera, una potencia superior al vigor físico. Su mirada se fijó en el retrato de la Emperatriz, colocado en su mesa de despacho. A menudo le había mirado con desprecio por el absoluto parecido que tenía con el heredero del trono. Pero de repente se iluminó su pensamiento; miró aquel rostro delicado sin su antiguo enojo, y la gratitud inflamó su corazón.

Othomar poseía la fuerza secreta de su madre; ella era la que le había salvado y le conservaba para el país y para la raza. ¿Y acaso no sería aquel misterio, fuese cual fuera, el elemento que la raza necesitaba, la esencia necesaria para su nueva vida? Pero no pensó más; no amaba tal porvenir, aun cuando apareciese más radiante y sin las tinieblas del pasado; amaba el pasado, los siglos de hierro con sus Emperadores héroes, y sentía también que no todo estaba perdido. Con su fe piadosa en el Todopoderoso, creía, como su hijo, en la mano de Dios. Si las cosas sucedían de aquella manera, señal de que debían ser así. Los designios de Dios son inexcrutables.

Y en su gratitud á la Emperatriz, y reconocido á la luz que

en él se había hecho, hincó las rodillas ante el crucifijo que estaba en la pared, y rezó por sus dos hijos; oró largo rato por el alma del menor, por aquel hijo de su alma, cuya pérdida le amargaría siempre la existencia.

XVI

Noviembre 18...

Diario de Aleja, Duquesa de Iemena, Condesa de Vaza.

«El Príncipe heredero no ha acompañado al Emperador. El Dr. Barzia se lo ha impedido por juzgar que las grandes cacerías ofrecidas por el Duque al Emperador para distraerle de su dolor, serían demasiado penosas para mi querido enfermo. Sin embargo, sé por Dutri que va mejorando, y que ha empezado de nuevo sus paseos matutinos.

»¡Todo ha terminado para mí! ¡Muere, pobre corazón pecador! Tras las últimas flores de amor que germinaron en ti, veo que mueres para el mundo. Para conservar la pureza de esas flores imperiales, deseo que mueras ahora. Nada más después de aquéllas, nada, sino la nueva vida que veo lucir ante mi vista.

»Sin embargo, soy joven todavía. Cuando me miro al espejo, veo que no pasan años por mí. Si quisiera, no me vería obligada á renunciar á mi poderío de mujer. Y lo mismo piensan los demás, porque sé que dicen en voz baja que el Duque de Mena-Doni ha ocupado en mi corazón el puesto de mi Príncipe adorado. Pero no es verdad, no, no es verdad. Y me alegro que no me conozcan, que no sepan la verdad, que no comprendan que deseo conservar con pureza mi amor imperial, y que no tiene que tener otro en la tierra después de él...

»Tú, querido amor de mi corazón, me has elevado á mi nueva vida. Has sido también un pecado, pero estabas purificado con el contacto de lo que hay de santo en la soberanía.

¡Oh! Fuiste el último pecado, pero te veías libre de la impureza de los anteriores. Porque he sido una gran pecadora; toda mi culpable vida de mujer la he sacrificado á pasiones avasalladoras que no han dejado más que cenizas en mi corazón. No quiero renegar de mi amor ardiente hacia aquel que ya no existe—¡que su alma descanse en paz!—porque ha sido mi mayor goce en la tierra; porque por él comprendí que tenía un alma, y por él he llegado á lo que veo ahora; pero á pesar de todo, era un amor terrestre.

»¡Y también mi amor imperial, aunque más refinado, ha sido un amor terrestre! Al Príncipe de mi alma le espera un reino, una corona, un cetro, una Emperatriz, y por esto Dios le hace terrestre, pero le santificaba su piadosa fe. Pero yo, yo soy menos que barro, yo he sido culpable. Y ahora quiero que mi corazón muera en mí, porque no hay en él sino pecado. Y una vez muerto mi corazón, renacerá á una nueva vida...

»He rezado. He permanecido horas enteras arrodillada en el frío mármol de la capilla, y las rodillas me lastimaban, y mis miembros estaban rígidos. He confesado mi culpable vida á mi santo confesor, monseñor de Vaza. ¡Oh! ¡Cuánta dulzura en la absolución y qué éxtasis en el rezo! ¿Por qué no experimentamos antes el santo consuelo que se encuentra en el ejercicio de las prácticas religiosas? ¡Oh si pudiese entregarme por completo á los inefables misterios, á Dios, y retirarme á un claustro! Pero tengo hijastras, y mi misión es dirigirlas en el mundo. Y monseñor opina que en ello estriba mi penitencia y mi castigo; en no poder retirarme á la soledad santificante, en permanecer en el mundo y respirar su impura atmósfera.

»Voy á donar mi castillo de Sycilia, á donde ya no vamos, y mi dote, á las Ursulinas, para que instalen una santa casa. Hace algún tiempo que fuí á ver mi posesión, acompañada de monseñor. ¡Qué salas más sombrías, qué parque tan oscuro! ¡Y qué bien estará la capilla cuando al través de las nuevas vidrieras penetre la luz como un haz de colores místicos! Mi mayor deseo es poder envejecer allí y morir para el mundo.

¿Pero sucederá esto alguna vez, Virgen santísima, sucederá esto alguna vez...?

. . . . . .

»¿Soy sincera? ¿Quién sabe lo que yo misma soy? ¿Siento en realidad esa purificación de mi alma, ó continúo siendo lo que era? Me asalta al corazón una duda horrible: ¡es Satanás que se apodera de mí!

»Voy á rezar. ¡Virgen santísima, rogad por mí...!

. . . . . .

»Estoy más tranquila; la oración me ha fortificado. ¡Oh! son muy dolorosas las dudas que me acosan; Satanás me dice que quiero engañarme, que mi nueva fe no es más que para consolarme de mi abandono, y que soy devota porque es lo único que me queda. Me miro al espejo; soy joven, una mujer joven... Pero cuando oro, se alejan de mi corazón las dudas, y pienso con estremecimientos en mi mala vida pasada. Y entonces se me aparece radiante mi nueva vida futura.

»Querido Príncipe, Príncipe del alma, aquí, en estas páginas que nadie ha de leer jamás, me despido de ti, ya que no he podido hacerlo en un momento de realidad. ¡Oh! á menudo, tal vez diariamente, te veré en la vida mundana, en las ceremonias palatinas; pero ya no me pertenecerás, y por eso te digo adiós. Sea lo que sea—doblemente pecadora, suspirando tal vez por el cielo, porque la tierra no me interesa ya,—he sido leal contigo, como siempre lo fuí en amor. Te he visto tan delicado, tan abrumado bajo el pesado yugo de tu soberanía, que he experimentado en mi corazón una gran compasión hacia ti. He querido consolarte. Que Dios me perdone. Te encontré en un momento en que tus queridos ojos vertían lágrimas amargas, en un momento en que te odiaban y en el que una mano infame se había alzado contra ti, y quise ofrecerte alguna dulzura para que olvidases tanta amargura. ¡Oh! tal vez no fuese completamente sincera, tal vez no lo soy ahora tampoco. Pero esto sería demasiado horrible. ¡Me despreciaría á mí misma si pudiese creerlo! Y por lo menos, quiero conser-

var la ilusión de haber sido leal. ¡De que quise consolarte! ¡De que aun cuando fuese un pecado, te consolé! ¡De que te he amado sinceramente! ¡De que te amo aún! ¡De que no te amaré ya—porque así debe ser—como tu amante, pero que te amaré como tu súbdita! La sangre de mis venas ama á la tuya, á tu sangre real. Y cuando yo misma haya alcanzado la paz, y ya no exista, y ya no dude, mis últimos días se dedicarán únicamente á la oración para ti, para que vivas en paz, y tengas fuerzas para el cumplimiento de tu misión de Soberano. No siento celos hacia aquella que ha de ser mi Emperatriz. Sé que es hermosa y más joven que yo. Pero no quiero compararme con ella. Seré su súbdita, como lo soy tuya. Porque te amo por tí mismo, y amo todo lo que es tuyo.

»Eres mi Soberano; eres mi Soberano más amado ya de cuanto lo es Oscar. ¡Adiós, mi Príncipe, Príncipe mío, mi Soberano! Cuando te vuelva á ver, no serás más para mí que mi Soberano, sí, solamente mi Soberano!»

Castillo de Vaza, Noviembre 18...

A Su Alteza Imperial Othomar, Duque de Xara, en Lipara.

«Mi querido Príncipe:

»Perdóneme Vuestra Alteza si me atrevo á dirigirle esta carta. Había pensado escribir una larga carta, una carta de adiós. He escrito muchas, pero las he roto todas. Entonces escribí para mí sola; me he despedido de Vuestra Alteza á solas conmigo. ¿Pero acaso puedo comprender lo que sucede en mí de un momento á otro? Me faltaba este instante de adiós, que me uniría á Vuestra Alteza con algo secreto. Y así no puedo menos—tras muchas vacilaciones en verdad—de mandar estas líneas escritas para mí sola. Suplico de rodillas á Vuestra Alteza que las acepte por piedad y las lea. Rómpalas después Vuestra Alteza, pero en ellas van los últimos pensamientos

que me he atrevido á consagrar al misterio que fue nuestro amor.

»Poso los labios en las manos adoradas de Vuestra Alteza.

»ALEJA.»

XVII

En una victoria, precedida de un caballerizo, la Emperatriz Isabel, con Elena de Thesbia, se dirigía á San Ladislao, al antiguo palacio que, con la Catedral y el palacio episcopal, constituía en Altara un monumento gigantesco; en dicho palacio habitaban desde días antes el Archiduque Alberto y la Archiduquesa Eudosia con la novia imperial. Desde lo alto, el castillo parecía una masa de piedras que sostenía pesados torreones encima de Altara; conducía al castillo un camino en zig-zag que iba subiendo en suave pendiente, sombreado por castaños seculares. A los lados del camino, lleno de polvo, se veían casas de campo con azoteas, adornadas con tiestos y estatuas. Las casas estaban engalanadas; las banderas azules y blancas, con cruces blancas, ondulaban alegremente entre el polvoriento follaje de las acacias.

Era el mes de Junio, seis meses después de la muerte de Berengario. Pero el luto no era ya tan riguroso, con motivo del próximo enlace del Duque de Xara, que el Emperador deseaba se verificase lo más pronto posible. Sin embargo, la Emperatriz vestía aún de luto riguroso, el cual no se debía quitar hasta el último día de la boda. Elena iba de gris, y grises eran también las libreas de los cocheros. Muchos paseantes, unos á caballo, otros en coche, circulaban á lo largo del camino y se paraban respetuosamente; la Emperatriz saludaba á derecha é izquierda. El contento reinaba en todas partes en aquel caluroso día de verano; las calles, los paseos, las personas sentadas en corros, todo respiraba afecto que agradaba á

la Emperatriz y llenaba su corazón de una emoción melancólica. Los niños corrían y jugaban con sus trajecitos blancos de verano; y algunos que veían pasar todos los días á los individuos de la familia Imperial saludaban profundamente á la Emperatriz; los muchachos con bastante torpeza, las niñas con reverencias poco ceremoniosas. Después volvían á sus juegos... Y la Emperatriz sonreía: una familia numerosa, compuesta de jóvenes y viejos, estaba reunida en torno de una mesa, dispuesta en el terrado de una casa; todos comían y bebían alegremente, celebrando probablemente algún santo; reían con las copas y las botellas delante, y los niños con la boca llena de dulces. Apenas vieron al caballerizo, se levantaron y saludaron todos, algunos con la copa aún en la mano, y la Emperatriz les saludó afectuosamente, sin su altivez acostumbrada, con una sonrisa.

Y le parecía que cruzaba una gran aldea en pleno campo; por un momento olvidó el motivo de su preocupación, se olvidó de por qué iba á ver á Valeria en aquel día y se dejó mecer por el bienestar que experimentaba al verse rodeada de tantas simpatías. Era el amor de las antiguas familias de Liparia, nobles ó no, hacia sus Príncipes. Era una caricia que no recibía en Lipara. Y recordaba la carta de Othomar, cuando las inundaciones del año anterior: ¿por qué no vivimos en Altara?

Ni un instante podía pasar sin dirigir saludos. Toda la ciudad estaba engalanada, y las calles llenas de gente; habían llegado á Altara miles de extranjeros y de personas del país; en las fondas no había ya cuartos disponibles. Y la Emperatriz apenas podía dirigir una palabra á Elena; no hacía más que devolver saludos.

En el patio que daba entrada al antiguo palacio había un piquete de infantería en honor de la novia austriaca, y cuando pasó el carruaje de la Emperatriz los soldados formaron y presentaron armas.

La Archiduquesa Eudosia esperaba á la Emperatriz.

—¿Cómo está Valeria?—preguntó Isabel al entrar.

—Bien y tranquila—respondió la Archiduquesa;—no me hubiera atrevido á esperarlo. Pero no quiere ver á nadie.

—Que le pregunten si puedo hablarla.

La dama de honor de la Archiduquesa se alejó, y volvió diciendo que Valeria esperaba á la Emperatriz.

Isabel encontró á la joven en traje de mañana; estaba pálida, y sus grandes ojos negros tenían una expresión de cansancio. Al ver á la Emperatriz se levantó del diván en que estaba echada, y dijo en tono de excusa:

—Señora, perdón por...

Isabel abrazó á la Archiduquesa con dulzura, y Valeria añadió:

—No estaba bien, me sentía cansada.

Pero sus ojos se encontraron con los de la Emperatriz, y vió que ésta no exigía que continuase conteniéndose. Se apoyó en la Emperatriz y lloró con dulzura, como se llora cuando, después de haber llorado mucho tiempo con el corazón, apenas se tienen fuerzas para seguir llorando. La Emperatriz la hizo sentar á su lado y la acarició afectuosamente. No hablaban, no hallaban palabras en la difícil situación en que se encontraba una respecto de otra.

Dos días antes, precisamente el día marcado para la marcha de la novia á Altara, se había sabido el suicidio del Príncipe von Lohe-Obkowitz, en París. Se ignoraba la causa del suicidio. Pretendían unos que al Príncipe le había afectado mucho su desgracia cerca del Emperador de Austria y la ruptura de relaciones con su familia; otros que había perdido una fortuna en el «bacarrat», y se había arruinado por los artísticos caprichos de su mujer, la célebre Estrella Desvaux, la cual se había arruinado ya varias veces, rehaciendo no obstante su fortuna con alguna excursión artística, ó vendiendo algunas joyas. Sostenían otros que el Príncipe van Lohe no había podido olvidar nunca su amor por su futura Duquesa de Xara. Pero el caso era que en los círculos de la corte de Viena no se sabía la verdad. Valeria leyó por un azar la noti-

cia que querían ocultarla en el mismo periódico en el que, hacía ya cerca de un año en Altseeborgen, leyera—también por casualidad—el enlace del Príncipe y su abdicación. Su alma, á pesar de no ser inclinada al misticismo, se hizo casi supersticiosa en medio de su desesperación por aquel ensañamiento del cruel destino. Después de haber luchado con su dolor, después de haber sufrido durante meses, logró hacerse indiferente á cuantas desgracias pudieran sobrevenirle en su vida. La muerte de sus ilusiones fue una muerte completa; desde que se la consideró como prometida, habíase revestido de una indiferencia absoluta. Y era extraño que en su indiferencia, la única cosa á la que permanecía sensible, era á la exquisita superioridad del carácter de Othomar, á aquella sensibilidad que le indujera á respetarla á pesar de los deseos de Oscar; el amplio sentimiento de amor que sentía hacia su pueblo; todo su carácter... Pero aun cuando quería ser indeferente, el segundo golpe fue cruel, como si una fatalidad inexorable hubiera elegido aquel momento para herirla.

El viaje oficial de Sigismundingen á Altara había sido un martirio.

Como un autómata había asistido á los recibimientos de la frontera; al recibimiento en la estación central de Altara; de la misma manera saludó á su prometido, que la abrazó, escuchó los discursos de las autoridades, y aceptó el pan y la sal ofrecidos por los canónigos de San Ladislao. ¡Y el paseo al través de la ciudad, empavesada y adornada con arcos de triunfo de calle en calle hasta el antiguo palacio, en landó descubierto con el Emperador y su prometido, entre las aclamaciones de la multitud que desgarraban sus oídos y crispaban sus nervios!

Al llegar al castillo, Othomar observó la angustia, la ansiedad de su prometida. La muerte del Príncipe von Lohe era conocida también en Altara, y en medio de las aclamaciones de alegría y simpatía en honor de la futura Princesa heredera, el pueblo la había mirado con curiosidad, no exenta

del deseo de ver palpitar un dolor regio entre los arcos de follaje y las ondulantes banderolas. No vió nada. Valeria se inclinó, sonrió, salió al balcón con Othomar, y saludó al pueblo con la mano. Los curiosos, á pesar de todos los esfuerzos de su imaginación, no vieron nada.

Pero Valeria se encontró exhausta después de representada su comedia. El telón podía bajar; Othomar la estrechó la mano y la dejó sola. La joven permaneció insensible algunas horas; cuando llegó la noche no durmió, y pudo sollozar.

Al día siguiente cesó de llorar y de luchar; recobró su indiferencia; ¡los demás dolores de la vida no la interesaban ya! Pero las tiernas caricias de la madre de Othomar la tranquilizaron, y lloró de nuevo.

Apenas habían cambiado algunas palabras, y ya se sentían atraídas entre sí. Y Valeria en medio de su dolor entrevió su deber, que había de constituir su fuerza; no una indiferencia amarga, sino la resignación ante lo que debía ser su vida. ¡Oh! ¡de otra manera se la había representado en sus sueños de niña! Se la había imaginado más hermosa, más riente y más natural de expresión, más espontánea y sin aquella filosofía. Pero se había despertado, sus sueños habían desaparecido, y únicamente en el deber podía buscar la fuerza. Y aun cuando en su alma había algo destruído, se reanimaba por una vitalidad inconsciente—natural en el fondo,—más que por la reflexión; se enjugó las lágrimas, dijo que dentro de un momento iba á llegar una comisión de jóvenes liparianas á ofrecerla un regalo de boda, y la Emperatriz la dejó sola para que se vistiera.

Poco después, con un traje blanco recamado de oro, entró en el salón donde estaban reunidos sus padres con la Emperatriz Elena de Thesbia, y las damas de honor austriacas.

Después llegaron Othomar, sus hermanas y el gran Duque de Corintio. Y cuando llegó la comisión de las jóvenes nobles, con Leonor de Thesbia al frente, Valeria escuchó con su habitual sonrisa el discurso de la Marquesita, y con afable ade-

mán recibió de manos de aquellas jóvenes un gran estuche que contenía un collar con tres hilos de perlas. Dió las gracias afectuosamente, con voz clara, y quien la oyera no hubiera creído que había pasado una noche sin dormir, anegada en llanto, teniendo ante los ojos el cadáver de un joven con el cráneo perforado.

Se permitió á las jóvenes de la comisión que fuesen á ver los regalos expuestos en un salón, acompañadas por la Princesa Thera y las damas de honor. El salón estaba brillante; todo irradiaba á la luz del día en las grandes mesas, donde entre flores estaban colocados los regalos; macizos candelabros de oro, servicios de mesa y de té, reproducciones en oro y plata de los monumentos de las diversas ciudades, la catedral de Altara en plata, barcos de plata con finas velas desplegadas, ofrecidos por los centros marinos; joyas y toda clase de objetos de los amigos y parientes regios de Europa. En un almohadón de raso brillaba una deslumbrante corona de Duquesa, de brillantes y zafiros, uno de los regalos del futuro esposo. Pero lo que más llamaba la atención era el regalo de la Princesa Thera: el retrato del Duque de Xara, una obra de arte ya célebre, que había estado expuesta en dos capitales. No se parecía ya, lo que causaba la desesperación de la Princesa. El Príncipe estaba algo más delgado que antes, pero tenía las facciones más acentuadas y gastaba barba ligeramente rizada. Los ojos, melancólicos, tenían la expresión de la mirada de la Emperatriz Isabel, á la que cada vez se parecía más. Pero lo que chocaba en el Príncipe era su delicadeza nerviosa, el aire de raza, la refinada distinción, la natural dignidad. Había perdido mucho de su rigidez, de la falta de desenvoltura, y había ganado en aspecto más resuelto, más decidido, y esto, á pesar de su mirada fría, daba más confianza en un Príncipe heredero que la gracia siempre simpática, pero algo débil, de otro tiempo. Los pensamientos parecían dibujarse en él con contornos más acentuados, las palabras parecían salir con más decisión de sus labios; parecía que tenía más confianza en sí

mismo y que no daba tanta importancia á lo que los demás pensaran de él. Era el sentimiento inconsciente de su origen regio que se despertaba en él, la confianza ingenua, innata en la sangre que corría por sus venas y le daba los derechos.

El Dr. Barzia, que se encariñó con Othomar y le asistía diariamente, fue el que despertó aquel sentimiento con palabras inspiradas en el conocimiento de los hombres y en su amor hacia sus Príncipes, especialmente en su cariño hacia el Príncipe heredero.

Las duchas frías fortalecieron al Príncipe; pero la sugestión del doctor, que había despertado de su aparente somnolencia las cualidades latentes de Othomar, fue un remedio más eficaz. El Príncipe había llegado á hacerse dueño de sí mismo, y cada vez era más simpático al médico.

La afección de Barzia, nacida por el descubrimiento de aquellas nobles cualidades del alma, ignoradas por los demás, habíase afirmado á medida que desarrollaba en el Príncipe sus innatas virtudes, y cuando pudo fijarse el matrimonio de Othomar, el doctor miró á su enfermo con tanto orgullo como simpatía, declarándole curado físicamente y pensando entre sí que estaba curado también moralmente.

XVIII

Dos días después celebrábase el imperial enlace. Desde la mañana estaba la ciudad llena de gente; una muchedumbre inmensa venida de todas partes se apiñaba en las estrechas calles. Las tropas cubrieron la carrera desde el castillo hasta la catedral. Y Altara, de ordinario tranquila, apacible, silenciosa, estaba desconocida, animada por los gallardetes y banderolas, rejuvenecida por los arcos de follaje, adornada con los tapices y colgaduras que pendían de los balcones. El sol

primaveral del medio día esparcía sus esplendores y su calor por la ciudad, y el encarnado, el azul, el blanco y el verde de los uniformes, mezclados á los relampagueos de las bayonetas, formaban al través de la ciudad, hasta el castillo de San Ladislao, largas filas de colores tan alegres como los de las flores.

Por las bulliciosas calles corrían en todas direcciones los carruajes de la corte, llenos de los brillantes uniformes de los invitados extranjeros. Veíanse uniformes rusos, alemanes, ingleses, austriacos, gothlandeses, que se preparaban para el momento de la ceremonia; pasaban rápidamente al través de Altara, cuajada de soldados.

Bajo los castaños del camino que conduce al castillo, las casas están llenas de espectadores, sentados unos y paseando otros por los terrados y jardines, constituyendo como manchas de varios colores entre los rayos del sol que penetran al través del follaje; y los colores vivos de los trajes de verano de las señoras y sus sombrillas vistosas, parecen anunciar *garden-parties* en todas las casas; todo el mundo espera el cortejo del novio, que, según la etiqueta de Liparia, había salido de San Ladislao para reunirse con la novia en el Palacio antiguo.

Dan las once. Del fuerte de San Ladislao parte un cañonazo, seguido de otros varios. Por todo el camino del castillo corre una emoción bulliciosa; aparecen los timbaleros y atabaleros, y los reyes de armas á caballo. Detrás la guardia del trono resplandeciente custodiando las doradas carrozas de gala. En la primera, el gran maestro de ceremonias, Conde de Threma; en la segunda, ornada con la corona imperial, arrastrada por ocho caballos blancos con penachos de plumas y gualdrapas encarnadas, acompañada por repetidas aclamaciones, el Emperador con el Duque de Xara al lado; en las otras todas las Majestades y todos los Príncipes de Europa; la Emperatriz de Liparia, los Emperadores de Alemania, el Rey y la Reina de Gothlandia, los grandes Duques de Rusia, el Duque de Esparta y el Príncipe de Nápcles... Los Cancilleres,

los Ministros, los miembros de la nobleza con sus mantos de corte. Y la interminable comitiva avanza lentamente entre las salvas de artillería, á lo largo del camino del castillo, al través de las calles principales, hasta el centro de la ciudad. Allí, en el Palacio antiguo, espera la novia al novio, con toda la casa de Austria, el Emperador y la Emperatriz, el Archiduque Alberto y la Archiduquesa de Austria...

Se firman las capitulaciones en una mesa dorada, cubierta con un tapete bordado de oro, en la cual han firmado desde hace siglos los Emperadores y las Emperatrices de Liparia; después de los novios firman los testigos de las familias soberanas.

Después todo el cortejo se dirige de galería en galería á la sacristía nueva; es un desfile largo, solemne: los timbaleros, los heraldos, los funcionarios, los caballeros de San Ladislao, con sus mantos azules, la guardia del trono blanca y oro; el Emperador Oscar con el Duque de Xara, el Emperador de Austria con la novia. Esta avanza lentamente al lado de su tío, con la cabeza un poco inclinada, como bajo el peso de su corona de Princesa, de la que pende el velo de desposada que presta dorados reflejos al desnudo cuello resplandeciente de perlas. Su traje es de raso bordado, tejido de plata en la delantera, y adornado con emblemas y arabescos de perlas; las anchas mangas son de terciopelo blanco; la cola va bordada de plata, y es tan larga que seis damas de honor la sostienen con ganchos de plata.

Detrás de estas damas de honor van otras, vestidas también de blanco, y la Princesa Thera, la Princesa Wanda, y Princesas inglesas, alemanas y austriacas. Siguen los Soberanos con los Príncipes; el cortejo entra en la nueva sacristía, donde recibe á los novios el Cardenal Arzobispo, primado de Liparia, con todo el clero.

En la catedral espera la multitud de invitados; á pesar del esplendor del sol, una penumbra mística se filtra por las altas, inmensas ventanas de la catedral, y la luz del día se asoma so-

lamente por las vidrieras de las capillas laterales; las naves se pierden en la oscuridad, pero innumerables cirios lucen en el altar mayor.

Los Cancilleres, los Ministros, los Embajadores, todos los individuos del cuerpo diplomático, los miembros de la Cámara de la Nobleza y de la Cámara de los Estados, los miembros de las Altas Cortes de Justicia, están presentes, y llenan las tribunas colocadas á derecha é izquierda. Toda la catedral está llena; no se ve más que trajes de seda; deslumbradoras joyas, vistosos uniformes, que lucen como relámpagos en el crepúsculo de la catedral.

Suenan los clarines y el órgano toca una marcha solemne; entra el primer cortejo; el Emperador alemán con la Emperatriz Isabel, y la Archiduquesa Eudosia con su largo séquito. Resuenan de nuevo los clarines y el órgano, y entran los personajes reales con su acompañamiento; entran sucesivamente los representantes de las potencias. Poco después llega el segundo cortejo; delante los altos dignatarios con las insignias del imperio; el Emperador Oscar, que acompaña al Duque de Xara; llevan ambos sobre el dorado uniforme el largo manto azul de los caballeros de San Ladislao con la gran cruz blanca en el brazo izquierdo. Siguen como testigos del novio cuatro Príncipes herederos: el Duque de Vendeholm, el gran Duque heredero de Rusia, el Duque de Esparta y el Príncipe de Nápoles, los caballeros de San Ladislao, los Oficiales de la guardia del Trono, los escuderos y los pajes... Y en seguida estalla un coro de voces que invocan la bendición del Altísimo sobre la novia que llega en nombre del Señor. Y entra el tercer cortejo; el Emperador de Austria y el Archiduque Alberto acompañan á la novia con las damas de honor, y Valeria viene esplendente en medio de su cortejo blanco y florido. Y el canto sigue esparciendo sus vibrantes notas: la aparición solemne de la novia despierta gran emoción entre la nobleza congregada en la catedral. Y entonces entra el cuarto cortejo; el Cardenal Arzobispo primado de Liparia, con sus Obispos,

canónigos y sacerdotes; los príncipes de la Iglesia se colocan en el coro. Empieza la ceremonia.

El sol parece haber esperado aquel momento para penetrar al través de los altos ventanales con vidrieras en colores que representaban escenas de la vida de San Ladislao; la luz desciende en oblícuos rayos sobre el coro, sobre los sacerdotes, sobre los sillones en que están sentados los Soberanos y los novios. Y todos los colores, el oro viejo del altar, los brillantes uniformes, los bordados, las joyas de la corona, se inflaman como si el sol hubiese producido algún incendio, un incendio de rayos que, con los innumerables cirios del altar, iluminan de repente la iglesia; las diademas de las Princesas parecen coronas de fuego; las condecoraciones de los Príncipes resplandecen como estrellas. Las azuladas nubes del incienso se elevan ligeras y transparentes. El sol derrama una lluvia de oro sobre el velo de la desposada, rodea de rayos su trono de plata, la circunda con una aureola de luz que se refleja en ella con virginal blancura. El novio está arrodillado al lado de la novia, envuelto en un manto azul, con la cruz blanca en el brazo. Ambos tienen cirios encendidos, y el Primado, con su mitra llena de joyas y su casulla recamada de oro y piedras preciosas, extiende las manos y las impone en señal de bendición sobre las inclinadas frentes imperiales.

Nuevamente resuenan los cánticos. El *Te Deum laudamus* cantado por el coro y entonado por el órgano, se eleva hasta el cielo en un éxtasis de música sagrada.

La catedral parece estremecerse de emoción, como si la música fuese su alma, y todas las campanas lanzadas á vuelo esparcen por Altara sus alegres notas, graves unas como el bronce, argentinas otras como el cristal.

Una hora después, en la plaza de la catedral, custodiada por la tropa, la multitud se agita entre las carrozas de gala que allí esperan. Es el cortejo que regresa á San Ladislao. Pero esta vez en la carroza que sigue á la del Emperador van juntos Valeria y Othomar.

Y la ciudad aplaude y aclama; los vivas se suceden sin interrupción. Los soldados presentan armas, y en la alegría de la fiesta no se observa ninguna nota discrepante; un anarquista que pronuncia algunas frases está á punto de morir á manos del pueblo, entusiasta por la familia imperial.

El cortejo, aumentado con la presencia de la joven Duquesa de Xara, cruza en una verdadera apoteosis por las calles de la ciudad en dirección al castillo: todo el mundo al ver á Valeria aplaude con entusiasmo.

Othomar y Valeria reciben en la sala blanca del trono: desfilan ante ellos los Ministros, los Embajadores, los miembros de las dos Cámaras, los Tribunales, las Diputaciones y las Cor, poraciones. Después de la recepción se verificó el almuerzo-servido en la vajilla de oro que no se usaba sino para las bodas reales. Terminado el almuerzo, se celebra la última ceremonia en la sala dorada, una inmensa sala, de construcción y adornos bizantinos, que contaba muchos siglos y no había sido renovada; se trata del baile de las antorchas; los Ministros entran llevando largos cirios encendidos con mangos dorados; Othomar y Valeria invitan á dar una vuelta á cada uno de los invitados, con arreglo á su categoría. Es una ceremonia monótona que parece no tener fin. Cuando termina y los jóvenes esposos se retiran para mudar de traje, todos lanzan un suspiro de satisfacción. Vuelven los esposos: Othomar lleva el uniforme de coronel de los coraceros de Xara, Valeria un traje de camino, de paño blanco, y un sombrero con blancas plumas; se despiden de todos. Un landó descubierto, con numerosa escolta de coraceros de Xara, espera á los Príncipes; regresan éstos á la ciudad, la recorren en todas direcciones, se muestran por todas partes, saludan á todo el mundo, y por fin se van al castillo en que han de pasar los primeros días, al castillo de Zanthos, próximo á la ciudad, á orillas del río.

Y la vetusta ciudad llena de Soberanos, engalanada aún, y alumbrada por la noche con iluminaciones y fuegos artificiales, parece, después de la marcha de los jóvenes esposos,

haber perdido el atractivo que la convirtiera en centro de las fiestas regias; y por la noche, á pesar de las iluminaciones, de los fuegos artificiales y de las funciones de gala, la estación del camino de hierro se ve asaltada por millares de curiosos que regresan á sus casas.

XIX

Meses después de la boda del Duque de Xara, el Emperador Oscar, al entrar una mañana en su gabinete, vió con asombro, al acercarse á su mesa de trabajo, en el suelo, junto á la ventana, un pedazo de cartón lleno de caracteres negros pegados en él. No lo recogió, aun cuando se encontraba solo. No palideció, pero sus venas se hincharon de cólera al pensar que hasta en su gabinete penetraban las ofensas de lesa majestad. Llamó é hizo venir á su ayuda de cámara, un hombre de confianza.

—Recoge eso—dijo en voz baja.—¿De dónde viene eso?

El ayuda de cámara palideció. Había leído las frases amenazadoras, escritas con grandes caracteres; se inclinó temblando y recogió el cartón.

—¿De dónde viene eso? — repitió el Emperador, pegando con el pie en el suelo.

El servidor le juró que no sabía nada; por la mañana no entraba nadie más que él en el gabinete; media hora antes había entrado á abrir las ventanas y no había visto nada.

—Señor, preciso es que alguno haya entrado en el parque; esto debe haber sido arrojado por la ventana.

Era la única explicación posible; pero era una explicación que irritaba en alto grado al Emperador. Ya en otras ocasiones se había repetido el hecho, seguido de prisiones de criados y soldados de las diferentes guardias, pero las detencio-

nes no dieron ningún resultado; por esto producía una penosa impresión el misterioso hecho. Los guardias del palacio, los guardas de doradas placas del parque que daba acceso á los parques de Isabel, los de los jardines públicos, habían sido reforzados; la policía secreta, la ronda particular del Emperador, ejercían una escrupulosa vigilancia sobre los mismos centinelas.

El Emperador miró fijamente á su ayuda de cámara; por un momento se le ocurrió la idea de someterle á un interrogatorio, pero al punto comprendió la ninguna consistencia de la sospecha: aquel criado hacía mucho tiempo que estaba á su servicio, le era absolutamente adicto, y sus ojos sostuvieron respetuosa y tranquilamente la prolongada mirada interrogadora de Oscar, expresando la imposibilidad de descifrar aquel extraño enigma.

—Quémalo—ordenó el Emperador,—y no hables de ello.

Después Oscar tuvo una detenida conferencia con el jefe de su policía secreta, del cual, en aquellos últimos tiempos, no tenía más que motivos de alabanza; habían sido descubiertas imprentas clandestinas que esparcían opúsculos anarquistas; fue descubierto un complot para volar al tren imperial en su recorrido á la residencia de verano del Castillo Xaveria, entre Xara y Lipara; recayeron sospechas de inteligencia con los comités anarquistas en un empleado del ministerio y hasta en un joven oficial, y se reconoció que las sospechas eran fundadas. Poco tiempo antes se había descubierto un local en donde se enseñaba á fabricar bombas de dinamita y máquinas infernales. Pero no habían podido ser descubiertos los audaces revolucionarios que conseguían lanzar hasta en el gabinete del Emperador sus escritos amenazadores. Durante una semana fueron vigiladas desde el parque las ventanas del gabinete y no se vió nada; la guardia estuvo escondida dos días, y el jefe de la policía secreta creía estar seguro de que los culpables moraban en el mismo palacio, estando al corriente de las costumbres íntimas del Emperador. En silencio se hicieron

averiguaciones cerca de aquellos servidores del palacio de los que no se tenía absoluta seguridad, y un palafrenero al que se le encontró en posesión de un folleto anarquista que contenía palabras injuriosas para el Emperador, fué enviado á una de las secciones penitenciarias en las minas de mercurio del Estado. Este destierro fue seguido de otros varios: la medida se repetía frecuentemente contra algunos soldados, marineros y empleados inferiores de los ministerios; la prensa no podía hacerse eco de estas medidas. La censura era severísima; muchos periódicos fueron suspendidos, y sus redactores condenados á multas ó á la cárcel; los diarios imperialistas, órganos del Conde de Mixila, daban casi forzadamente el tono exigido por el poder. A consecuencia de ser dispersado á sablazos por los húsares un meeting socialista, ocurrieron serios desórdenes en otras ciudades importantes: Thracyna, Xara, Altara. Una huelga de obreros del puerto tuvo varias semanas á Lipara en una gran inquietud; en pleno día se cometían frecuentes asesinatos en las calles en las personas de agentes de policía. El Duque de Mena-Doni fue entonces el brazo derecho de Oscar y sus brutales represiones infundieron tanto respeto en la capital, que no se volvió á turbar el orden, que la vida elegante siguió su curso ordinario, que todas las tardes, á las cinco, se llenaba el parque de brillantes trenes, no faltando nunca la Emperatriz Isabel y la Duquesa de Xara, que daban una vuelta. Pero, bajo aquella apariencia de tranquilidad, vigilaban en sombra millares de ojos para proteger la seguridad; las tropas estaban acuarteladas, y brillantes escoltas de húsares acompañaban á los landós imperiales.

La Emperatriz rogó á Othomar que suspendiera sus solitarios paseos matutinos y no saliese más que acompañado. El Duque y la Duquesa de Xara habitaban el palacio de la Corona, un edificio relativamente nuevo, con una corte numerosa; y también en el palacio de su hijo ordenó el Emperador que se hicieran averiguaciones, y, efectivamente, se encontraron anarquistas entre el personal del servicio.

Esas detenciones en sus mismos palacios mantenían á la Emperatriz en una continua angustia; durante todos aquellos días vivía sobresaltada en cuanto el Emperador no estaba con ella, y también temía por sus hijos cuando no los tenía á su lado, como si la catástrofe hubiese de estallar en donde ella no se encontrase.

La Emperatriz se veía de tal modo reproducida en Othomar, que en sus conversaciones íntimas de la mañana—pues e Príncipe continuaba yendo regularmente todas las mañanas á ver á su madre—le parecía extraño que no se reflejase en él la angustia de ella; antes bien, observaba en él una resignación completa que era casi un renacimiento.

Después del matrimonio, la Emperatriz encontraba á su hijo completamente cambiado; en sus conversaciones íntimas no se quejaba ya, no manifestaba dudas ni vacilaciones, sino que hablaba con calma de lo que debía hacer, visiblemente en paz consigo mismo, y esto daba una tranquila seguridad á sus palabras, á sus ademanes y hasta á sus acciones. A la seguridad se unía una modestia reservada y digna; no se tenía en más lo que era; siempre se hallaba pronto á aceptar consejos de los demás con aquella gracia que le hacía tan simpático. Realmente, era un viejo para su edad; quien no le conociera, le hubiese dado seguramente más años de los veintitrés que tenía, principalmente entonces, que se dejaba crecer la barba. Y sin embargo, en aquellos días de desórdenes le asaltaron á menudo sus antiguas angustias; le ocurría permanecer grandes ratos sentado, solo, mirando fijamente á un punto vago de su habitación, escuchando los rumores del porvenir, como lo hiciera en aquella noche del Castillo de Vaza, entre los espectros de sus antepasados, con el sentimiento de que de repente podía desaparecer su resignación. Pero había logrado llegar á dominarse de tal manera, que nadie, ni su padre, ni su madre, ni la Princesa misma, pudieron observar aquella debilidad de su alma que le abrumaba en sus breves momentos de soledad, cuando pensaba en lo dudoso de su derecho, y se

sentía lleno de una extraña y dulce piedad hacia su pueblo.

Era, en realidad, la enfermedad antigua que brotaba periódicamente como un germen infeccioso, excitando sus nervios, agotándole como si no debiese curar nunca; pero se acostumbraba, no se desesperaba, sabía que aquellos retornos de la enfermedad eran pasajeros y de nuevo experimentaba en sí mismo la paz y la resignación.

En aquellos días de emoción se habló de la boda de la Princesa Thera con el Príncipe de Nápoles. A decir verdad, nada se había decidido entre las dos familias; pero, sin embargo, el Príncipe fue invitado á Lipara para asistir á las grandes maniobras de otoño. Con este motivo se organizaron fiestas y cacerías.

Othomar se encontraba en uno de aquellos momentos de abatimiento. Se apoderó de él una sensación extraña, una misteriosa angustia, que no le abandonaba; angustia que no se atrevía á analizar por miedo de encontrar algo que le hubiera hecho perder toda la calma. Sentía que se despertaba en él el recuerdo de un incidente ocurrido poco después de su matrimonio, de un sueño casi igual á su primer sueño; la capital se llenaba siniestramente de negro crespón... Soñó esto cuando se encontraba aún con su joven esposa en el Castillo de Zanthos, pero no le dió importancia, porque lo consideró como una sombra de su primer sueño, el recuerdo de lo que había ya ocurrido, y nada más. Pero después, en las fiestas celebradas con motivo de la visita del Príncipe, con la agitación de descontento popular que palpitaba bajo la brillante superficie de los festejos imperiales, revivió el recuerdo de aquel sueño, aumentó su angustia, y un día experimentó tal debilidad nerviosa, que hizo venir de Altara al Dr. Barzia y tuvo con él una detenida conferencia, de la cual ni siquiera habló á la Duquesa de Xara.

Cuando marchó el doctor se sintió otra vez animado, fortalecido; pero se preguntó si estaba bien que un futuro Soberano se viera sujeto á la influencia de una voluntad más fuerte

que la suya, como lo era la de Barzia, y tomó la resolución, en otra crisis análoga, de no recurrir á la sugestión de Barzia, sino de curarse por sí mismo en el secreto de su alma. Este proyecto de no contar más que con sus propias fuerzas le hizo reconcentrarse en sí mismo.

Días después acompañó al Príncipe de Nápoles á diferentes lugares, muy alegremente, con mucha animación, como nadie estaba acostumbrado á ver al Duque de Xara. Sus acompañantes estaban asombrados de tal actitud, pues estaban habituados á las melancolías del Príncipe. Por la noche hubo gran comida en el palacio imperial, y después, la familia del Emperador, acompañada por un ilustre huésped, se dirigió á la Ópera, en la que se celebraba una representación de gala con el aditamento de presentarse un célebre tenor.

En este período, á cada salida de la familia imperial, bajo pretexto de darla brillo, se tomaban toda suerte de precauciones. Los carruajes que aquella noche se dirigían á la Ópera iban escoltados por un numeroso piquete de coraceros. La calle en donde se encontraba la entrada particular del Emperador estaba cerrada al público. Formaba en la escalera una guardia de honor, y la policía secreta estaba mezclada entre el público que esperaba á la alta sociedad de la capital...

El palco imperial estaba situado enfrente del escenario del inmenso teatro; había concluído el primer acto (se representaba *Aida*) cuando la orquesta entonó el himno lipariano al aparecer los egregios personajes: el Emperador, la Emperatriz, el Príncipe de Nápoles, el Duque y la Duquesa de Xara y la Princesa de Thera. Y su presencia pareció electrizar á la sala, llena de espectadores indiferentes; se hubiera dicho que al llegar los Soberanos brilló más la luz de la lucerna; que la sala se iluminó con los reflejos de las joyas, de los dorados, del relampagueo de los ojos llenos de curiosidad que se volvían hacia el palco imperial; que los trajes lucieron más; que los abanicos se abrían y se cerraban, y que pasaba una brisa impregnada de aromas...

Se alzó el telón: era el segundo acto con todo el esplendor del lujo real de Egipto, el triunfo después de la guerra y las danzas que le acompañaban, el amor del héroe por la esclava etiope, los celos de la hija de Faraón, la procesión de los dioses con las trompetas; toda aquella música, vocal é instrumental, que resonaba en medio de la teatral decoración: un cuadro lleno de movimiento y de cánticos, de la antigua majestad del Egipto representada ante Soberanos modernos, los cuales miraban con indiferencia, bastante moderna también, á la multitud que la etiqueta había congregado en aquel momento bajo los ojos del Emperador, de su familia y del egregio huésped... Las pasiones se desarrollaban en la escena en gritos cada vez más mayores; en notas cada vez más agudas, el amor y la deseperación, y el triunfo y la guerra y la pasión de los sacerdotes, todo esto en música, como si la vida fuese una música, y lo mismo el alma y la esencia del mundo... Y en medio del esplendor de aquellas notas y de aquella vida artificial, los exagerados movimientos de los actores, la vanidad del famoso tenor con su cabeza demasiado moderna, con su magnífico traje inverosímil para la guerra, aquellos saludos y aquellas sonrisas para el mundo real dirigidos al exterior del mundo de la escena, al público que aplaudía después que el Emperador inició el aplauso.

Aquel fue el momento de la ovación, del ruidoso triunfo para el tenor aplaudido por las manos regias; fue el momento en que el Emperador se volvió á su ayudante el Marqués de Xardi rogándole que hiciese venir al tenor al salón del palco imperial, en que la Emperatriz y la Duquesa de Xara, espléndidas con sus atavíos de gala y el esplendor de sus joyas, hablaban y sonreían con el joven extranjero; y Othomar, animado aún, bromeaba con la Princesa Thera y las damas de honor, mientras que toda la sala miraba á los Soberanos entre el brillo de las luces y del lujo...

En aquel momento fue cuando estalló en la última galería un repentino tumulto; soldados y agentes de policía luchaban

con un hombre. Una pelea vulgar se entablaba de repente en medio de la más mundana manifestación aristocrática.

Las miradas se dirigieron, no ya al palco imperial, sino á lo alto. Entonces el hombre, con un esfuerzo sobrehumano, escapó á las manos de los agentes, pasó entre ellos como un relámpago; con rostro contraído, sombrío, unos ojos llenos de odio, fanáticos, un brazo extendido hacia la grandeza imperial, hacia abajo como hacia un blanco seguro é infalible. Toda la sala, emocionada, gritó, se desesperó; hubo ademanes vagos de brazos impotentes, todo con gran rapidez: apenas un segundo y se oyó un disparo seguido de otro...

El Emperador Oscar fue herido en el pecho; cayó contra la Emperatriz, cuyo pecho llenó de joyas, se cubrió en un momento con la sangre que brotaba del dorado uniforme. No era sangre dorada, era una sangre rica, roja...

La Emperatriz alzó los brazos desesperada, y un grito de dolor repercutió en la sala. Cayó hacia atrás en brazos de la Duquesa de Xara. El Emperador se desplomó en brazos de Xardi y de Othomar; lanzó una interjección entre sus dientes apretados, mientras se abría el uniforme ensangrentado, con tanta violencia, que los botones saltaron.

XX

Fuera, la plaza de la Ópera, brillantemente iluminada por enormes candelabros de muchos brazos, se llenó de gente en un momento. Toda la ciudad se precipitó á las calles; el espanto se comunicaba á todos como una corriente eléctrica. Destacamentos de húsares salieron á recorrer la ciudad para contener la emoción popular. El Duque de Mena-Doni se multiplicaba en todas partes reprimiendo militarmente la revolución allí donde parecía querer levantar la cabeza. El cielo estaba sombrío y amenazador. Comenzaba á llover.

Corría el rumor de que el Emperador había muerto. La noticia no era cierta. El soberano, respirando apenas, estaba echado en un diván entre sus deudos consternados, sus acompañantes y los médicos asustados. Decían los médicos que no se le podía transportar, pero él lo quería. No quería morir allí. Quería regresar al palacio. Y recogiendo toda su energía, ordenó, se levantó, con la sangre que le corría por el pecho. Othomar y sus Ayudantes de Campo le sostenían.

Fuera, en la plaza, la muchedumbre engrosaba; aumentaba el espanto, y la rebelión se mostraba en medio de aquella masa humana. A cada momento estallaban altercados entre los obreros en huelga y la guardia, colocada ante el edificio, y los agentes de policía. Los carruajes de palacio regresaban vacíos con su escolta. Coches de plaza se esforzaban en abrirse paso; los coraceros les rodeaban y les protegían con el sable desenvainado. Oíanse los insultos dirigidos contra los coches que conducían á los invitados. Las señoras pasaban sin mirar, atemorizadas, inmóviles.

En los pasillos y en la escalera monumental de la Ópera se agolpaba la multitud, luchando para pasar adelante. De pronto los guardias se dirigieron todos hacia un mismo lado; el Emperador pasaba desangrado, respirando apenas, en medio de los suyos... La consternación suspendió por un momento el tumulto, que resonó en seguida. Las señoras corrían hasta al escenario, confundiendo su aristocracia con la bohemia, de los actores, de las actrices, mezclándose á las bailarinas asustadas, á las sacerdotisas de Isis. Ofrecían dinero y suplicaban coches, coches de alquiler.

La Duquesa de Iemena estaba allí con sus hijastras. Miraba si llegaba el carruaje, al que había enviado ya doce recados. Un empleado del teatro se encogía de hombros; harto sabía que el orden era imposible.

—No espero más—dijo la Duquesa impaciente. Las muchachas la seguían llorando nerviosamente.

Compró á una actriz una bolsita de cuero; se apresuró á

despojarse de sus joyas, dijo á las muchachas que hiciesen lo mismo y guardó las alhajas en la bolsita. Mediante una moneda de oro, una camarera recogió las colas con alfileres muy en alto y procuró á las damas zapatos negros. Otras señoras, que seguían esperando medio muertas de miedo, las miraban, encontrando muy práctico el procedimiento. Aleja adquirió por medio de una corista tres sombreros y tres mantos negros, y se arregló y arregló á las muchachas.

—No me atrevo, mamá—dijo Leonor llorando.

La Duquesa estaba decidida.

—¡Vamos, venid!—exclamó,—y empujó á las muchachas delante de ella.

Las otras señoras las vieron, no sin temor, salir por una puerta falsa que daba á la parte posterior del teatro.

La Duquesa llevaba bien sujeta la bolsita llena de joyas.

—No lloréis, por Dios, estad tranquilas—dijo á las jóvenes.—Andad con calma, sin apresuramientos. Y cubríos bien con los mantos.

Y avanzaba entre las dos Marquesitas, que temblaban con sus trajes de coristas. Seguía lloviendo. La multitud las rodeaba; por un momento se perdió Elena.

—Espera un poco—dijo la Duquesa á Leonor.

La muchedumbre cantaba coplas socialistas.

Volvió con Elena, y dijo:

—Cogeros de mis brazos.

Lo hicieron así, y con aparente calma y como si pertenecieran al número de los curiosos que deseaban ver, llegaron á la plaza de la Ópera, donde la multitud se revolvía contra los centinelas. Los carruajes avanzaban lentamente escoltados; un vetusto carruaje de alquiler con un escuálido rocinante, rozó á la Duquesa con su fangosa rueda; un coracero de la escolta amenazó á Elena con el sable levantado.

—¡Dios mío!—dijo entre sí estrechando á las dos niñas. Había reconocido en el cochero miserablemente vestido, á un palafranero de palacio. Y dirigiendo una rápida mirada al co-

che, vió en él á la luz de uno de los grandes candelabros de la plaza, al Emperador, apoyado en Othomar y en el Marqués de Xardi, el hijastro de la Duquesa. Pero el Marqués no la reconoció, porque asustado de tanta luz, volvió rápidamente la cabeza y se inclinó para ocultar con su cuerpo al Emperador y al Príncipe heredero. Las Marquesitas no vieron nada, y la Duquesa nada dijo por miedo de venderse. Sentía que la abandonaban su calma y su valor. Temblaba desde la cabeza hasta los pies; no podía contener las lágrimas ante aquel pobre Emperador que, moribundo, regresaba á su palacio en tal vehículo. La oprimía una angustia terrible; la lluvia corría por su pecho.

—Sujetad bien los mantos—recomendaba á las muchachas. Y avanzaba con sus hijastras, temblorosas las tres.

Pero la furia trastornaba á la multitud apiñada en la plaza de la Ópera. Estaba á punto de entablarse un combate; la muchedumbre rodeaba á un pelotón de agentes de policía y de soldados, en medio de los cuales iba un loco que hacía muchos ademanes; resonó un grito violento; en las ventanas abiertas é iluminadas de la Ópera, asomábanse los actores con sus trajes de escena.

—Mamá, no podremos pasar—decía sollozando Elena.

La Duquesa pensaba desesperada en la gran avenida de los Emperadores, donde estaba situado su palacio. ¡Era tan lejos!... ¿Cómo llegarían?

—¡Matadle! ¡Matadle! ¡Hay que matar á ese!—gritaba el pueblo en torno del regicida. Entonces la Duquesa comprendió: vió con sus hijastras á aquel pueblo furioso—todos vengadores ahora, y antes descontentos, anárquicos tal vez; así eran los liparianos,—á todo aquel pueblo que se arrojaba sobre los soldados y los agentes, en medio de los cuales el asesino del Emperador continuaba haciendo gestos de loco. Y los vengadores rompieron el círculo que custodiaba al prisionero, y se apoderaron del hombre... ante los ojos de la Duquesa y de sus hijastras.

Hombres y mujeres gritaban rabiosamente, y le desgarraban el traje, le golpeaban, y él gritaba.

Le arrojaron por tierra á bastonazos, y le patearon en el suelo; la sangre del loco corría, los sesos brotaban de su cráneo.

Y entonces, como una manada de bestias, satisfechas al ver sangre, la muchedumbre aquella lanzaba gritos de alegría.

Eleonor cayó desvanecida contra la Duquesa, pero Aleja la sostuvo por un brazo.

—¡Derecha! ¡Mantente en pie, por Dios!—exclamó.—No puedo hacer nada por ti si te desmayas.

XXI

El Emperador, que no quería morir, vivió dos días aún á fuerza de energía, con los pulmones perforados, respirando apenas.

Y así eran los liparianos: el hombre, el asesino, cogido ante la Ópera, fue, á pesar de la policía y los soldados, reducido á una masa informe por los mismos descontentos.

Así es la vida. El Emperador de un gran reino había sido muerto en medio de los suyos por un fanático, y la vida no por eso se interrumpía. El Imperio continuaba siendo tan grande como antes; un gran Imperio con un hermoso clima de Mediodía, sus altas montañas nevadas al Norte, sus ciudades medioevales y modernas en las diversas provincias, y la capital blanca dorada por el sol de otoño, bajo el cielo azul, junto al azulado mar, y sus amplias calles tiradas á cordel.

Así es la vida de los Soberanos: el Emperador había sido asesinado, había muerto, y el gran maestro de ceremonias estaba muy ocupado; los individuos del protocolo no estaban de

acuerdo. La solemnidad de los funerales se preparaba con todos sus detalles; al través de Europa entera corría un estremecimiento de espanto; los periódicos estaban llenos de telegramas y noticias.

Y todo por obra de un fanático, de un mártir del derecho popular.

La Emperatriz Isabel miraba la catástrofe con ojos fijos, espantados. Jamás hubiera creído que ocurriese de aquella manera, de un modo tan brutal, en medio de aquella fiesta, junto á un egregio huésped. La catástrofe había pasado á su lado, hiriendo solamente á su marido, pero sin sepultar á todos de una vez, á toda su soberanía. Temía más que nunca por su hijo. Le parecía que jamás había experimentado tal temor.

Era la víspera de los funerales del Emperador Oscar; la Duquesa de Xara, ya Emperatriz, se encontraba indispuesta, y los médicos declararon que estaba en cinta...

El cuerpo del Emperador había sido ya trasladado á Altara con gran pompa. En San Ladislao, los altarenses acudieron á verle, colocado en su catafalco entre millares de cirios encendidos, con las insignias de la más alta soberanía á sus pies; después debía ser depositado en la tumba imperial de la Catedral.

En aquel día repercutieron sobre Lipara, cuya blancura estaba oscurecida por colgaduras de luto y banderas negras, los cañonazos del fuerte Wenceslao, que atronaban el espacio con bombardeo fúnebre y monótono: solitario, dominando la ciudad que se estremecía con los disparos, alzábase vacío el Palacio Imperial con sus cariátides de miradas fijas y sombrías.

El joven Emperador Othomar III presidía el duelo en Altara. La Emperatriz madre se había quedado en Lipara, en el palacio de la Corona, al lado de la Emperatriz joven Valeria.

Las Emperatrices estaban juntas. Valeria tenía dulcemente abrazada á Isabel; á intervalos regulares los cañonazos del fuerte repercutían en el palacio.

Isabel se apartó dolorosamente de los brazos de su nuera, y dijo:

—Si es un hijo... será Duque de Xara... ¡Deseaba tanto él un Conde de Lycilia!

Los cañonazos continuaban; las dos Emperatrices lloraban, sollozaban... Y después de muchas horas, por segunda vez—como á la muerte de Berengario—Isabel sintió todo su vacío, su tristeza, su miseria, su desesperación, y sintió que aquel Emperador con el que se casó veinticuatro años antes, sumamente joven, sin amor, se le había hecho querido en aqnel cuarto de siglo de vida común en su elevado puesto de Soberanos.

Por la noche regresó Othomar, y á solas con su mujer y con su madre sollozó el joven Emperador, á quien nadie vió llorar en Altara, en la Catedral. Porque la Emperatriz Isabel repitió:

—¡Si es un hijo será un Duque de Xara!

Y entonces el Emperador de Liparia no pudo contenerse. Como á la luz de un relámpago siniestro revivió su vida de Príncipe heredero, y pensó en su hijo. ¿Cómo sería aquel niño? ¡Una reproducción de sí mismo, de sus vacilaciones, de su tristeza, de su desesperación! Y lloró sin poderse contener, angustiado ante el amenazador futuro; ¡lloró de dolor por su padre muerto y por su hijo que iba á nacer! Lloró con el rostro oculto en el regazo de su joven Emperatriz. Y ésta, comprendiendo por instinto que debía consolarle, se tranquilizó y le miró con calma, recibiendo su vida de Soberanos sobre los hombros como si fuera sencillamente un pesado manto de púrpura y de armiño, y nada más; y ella la recibiría con valor, porque en las venas de ambos circulaba la sangre sagrada que únicamente pertenecía á sus iguales y que debía constituir su fuerza en la tierra, como era su derecho ante Dios. . . . . .

. . . . . .

XXII

Altara, San Ladislao, Mayo 18...

A Su Alteza Imperial y Real Eudosia, Archiduquesa de Austria en Sigismundingen.

«Mi querida madre:

»No puedo expresarte el dolor que me ha causado tu carta; no te excites así. por Dios, y no digas cosas tan horribles. Muy desagradable ha sido que no hayas podido asistir á nuestra coronación y que te hayas visto obligada á quedarte en Sigismundingen á causa de tus fiebres reumáticas; pero ¿por qué has de considerar tu dolencia, querida madre, como un castigo de Dios, y por qué consideras también como castigo de Dios el que no hayas podido ver realizado tu sueño favorito, que no hayas podido estar presente en nuestra antigua catedral cuando Othomar, coronado por el Primado, me coronó á su vez él mismo como Emperatriz de Liparia? Tú no lo has visto, pero todo se ha verificado: tu sueño se ha realizado ya. Y te lo digo sin el menor asomo de amargura, créemelo; sin la más mínima amargura. ¡Que sufres un castigo por haberme forzado en contra de mi voluntad!... Preciso es que estés enferma, enferma de cuerpo y espíritu, pobre mamá, para escribir tales cosas; no puedo menos de sonreirme, no te reconozco ya. Y mi sonrisa dice que no soy desgraciada, ¡oh! estoy bastante lejos de serlo. Nuestra felicidad no está casi nunca en lo que imaginamos ni en aquello que deseamos.

»Si pudieses verme ahora, verías que no soy desgraciada. Estamos en Mayo; brilla el sol, las ventanas están abiertas y veo el Zanthos, que, como larga y brillante cinta de plata, serpentea á lo lejos. A mi lado está la hermosa cuna de plata,

y al través de las cortinas de seda veo á mi Duquesito de Xara, que duerme.

»No sé cómo expresarte lo que siento; no encuentro palabras para describirlo; pero lo que experimento ante este magnífico paisaje bañado por el río y con mi querido pequeñuelo al lado, no tiene nada de triste, querida mamá.

»Es un sentimiento en el que ciertamente hay mucha melancolía, pero en el que no se encierra nada sombrío. ¿Y por qué no ha de ser la felicidad, á pesar de la melancolía? ¡Soy joven, soy Emperatriz, tengo una vida ante mí! En mi rededor veo á mi país, á mi pueblo. Quiero que llegue á ser el pueblo de mi corazón, por completo el pueblo de mi alma. Todavía no sé cómo he de hacer; pero quiero vivir para este pueblo, vivir con Othomar. Te confieso que no sé cómo he de hacer; pero el medio lo encontraré con él. Y como tengo un marido, un hijo y un pueblo, un Emperador, un Príncipe heredero y un Imperio, tengo un fin en mi vida; y si tengo un fin que cumplir—tal vez inmenso,—¿no poseo también la felicidad? ¿Por ventura, es otra cosa la felicidad que el encontrar un móvil noble y elevado?

»Me alegraría mucho que te convencieras de esto. Si me vieses en nuestro tranquilo San Ladislao, pasadas ya todas las fiestas de la coronación, me creerías. Othomar gusta de San Ladislao y se propone pasar aquí un mes de primavera al año. El que mi pequeño haya nacido aquí es un buen signo, porque ya sabes que la superstición lipariana exige que el Príncipe heredero nazca en San Ladislao, bajo la inmediata protección del Santo Patrono.

»Othomar no se encuentra aquí en estos momentos; está en Lipara por algunos días; ya lo sabes por los periódicos; me escribe dos veces al día. Se lo he pedido así para estar al corriente del estado de su alma; los dos días que siguieron al asesinato del Emperador Oscar, hicieron una impresión terrible en Othomar. No puedo describirla.

»¿Cómo puedo vivir con esperanza después de todo lo que

he sufrido en mi corta vida y tras los horrores que he visto en mi alrededor? Y sin embargo, así es, porque la juventud es fuerte, y yo soy fuerte, necesito serlo...

»Admiré á mi joven Emperador en aquellos terribles días por su tranquilidad aparente, al través de la cual no se mostró jamás delante de la gente todo el raudal de sus emociones. De vuelta de los funerales, firmó las cinco actas sagradas; en seguida el movimiento, la actividad de los asuntos públicos... Un mes después, las nuevas elecciones, la mayoría constitucional en la Cámara de los Estados, la dimisión del Ministerio... Ya habrás leído todo esto en los periódicos. Luego el nacimiento de nuestro hijo, la coronación en momentos en que Liparia parecía sacudida hasta en sus cimientos. Y ahora Othomar está en Lipara para la formación del nuevo Ministerio constitucional... El Conde de Myxila, que no comparte las ideas modernas de Othomar, que ha llegado hasta recriminarle con bastante viveza por abandonar las ideas de su padre tan á raíz de la muerte violenta de éste, de la que Myxila fue testigo, ha presentado también su dimisión.

»Othomar intentará mantenerle en su puesto, pero él mismo comprende que es imposible.

»Y hay en perspectiva la revisión constitucional con cambios tan radicales, que probablemente se llegará á la institución de una Cámara alta que funcione al lado de la Cámara baja, relegando la Cámara de la nobleza á la condición de un cuerpo honorífico consultivo. Como ves, se trata de concesiones, pero Othomar tiene ideas distintas de las de su padre; y si hace concesiones, las hace al pasado y no al porvenir, no á sí mismo.

»La vida es cruel, cruel en sus transformaciones y renovaciones, y tal vez es aún más cruel para nosotros los Príncipes; pero el mundo pertenece al porvenir.

»La Emperatriz Isabel vive aquí todavía; ha envejecido tanto de repente, se encuentra tan abatida, tan triste, tan acabada, que no sabe lo que hacer: si habitar en el Palacio Impe-

rial con la corte, quedarse en San Ladislao ó retirarse al Castillo Xaveria. Todos los palacios y todos los castillos giran en su pobre cerebro; no sabe á dónde dirigirse. Nosotros, como es natural, insistimos para que no abandone el Palacio Imperial. El Palacio es bastante grande para contener, además de la nuestra, su casa civil y militar.

»Querida mamá, te volveré á escribir pronto, ahora se me turban las ideas; he hablado de demasiadas cosas; mi cerebro de mujer no puede exponer todo esto como se debe, lógicamente... Y soy Emperatriz desde hace poco tiempo y no tengo más que veintidós años, aun cuando no me sienta tan joven... Esta carta es una respuesta escrita de prisa á tu triste carta en que te censuras por tantas cosas; y te suplico, en nombre de Dios, que apartes lejos de ti tales remordimientos. Mientras te escribo, acude á mi mente el día de la toma de dichos. Othomar y yo éramos unos novios bien raros. Le pregunté—sonríete, pero no llores leyendo esto, mamá,—si él amaba á alguien. Me respondió que no. Me dijo que amaba á su pueblo, y abría los brazos como si quisiera abrazarle: ¡su pueblo! La aurora de una idea, antigua seguramente para muchos otros, y antigua con muchos siglos de existencia, pero para mí nueva, como un nuevo día, apareció ante mí, iluminó mi tristeza con un rayo de luz, y me abrió una gloriosa senda.

»Esa senda, mamá, la veo cada vez más luminosa, más radiante, y quiero seguirla con mi marido y con mi hijo, con mi Emperador y con mi Príncipe heredero... Mi Príncipe heredero que se despierta y me busca.

»¡Que Dios me de fuerzas, mamá!—Valeria.»

Luis Couperus.

FIN

POETAS AMERICANOS

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

Compañeras, la cera está ardiendo;
Compañeras, ¡la pieza está sola!
Si por mi alma os habéis enlutado,
Venid pronto, venid, mariposas.
M. Gutiérrez N.

¡La pieza está sola!... ¡Los cirios se apagan!...
Cubiertas de sombras parece que vagan
Las Musas en torno del negro ataúd...
Se aspira en la estancia perfume de rosas,
Y sólo se miran cruzar mariposas
Buscando los besos de trémula luz.

¡Ha muerto el poeta! La estancia mortuoria
Se encuentra inundada de rayos de gloria,
Se encuentra cubierta de negro crespón.
Fue un alma gigante que dió su partida
En pos de otro mundo, en pos de otra vida,
Do hallar otras almas, do hallar otro amor.

¡Ya el ave no canta! Con rápido vuelo
Se alzó á las regiones azules del cielo,
En busca del iris de amor y de paz;
Desnudo está el árbol, desierto está el nido,
Y sólo se escucha el dulce rüido
Que deja en la noche la brisa invernal.

E. M.—*Enero 1902.*

¡La pieza está sola!... La antorcha que brilla
Arroja en la estancia su luz amarilla,
Su luz de tristeza, su pálida luz...
Afuera, la noche muy triste y muy bella:
Arriba, temblando la fúlgida estrella
Que esparce sos rayos del éter azul...
¿Sus versos?... Sus versos los sueñan las aves;
Los cantan las brisas de Mayo suäves;
Los buscan las almas heridas de amor;
En ellos palpitan inmensas ternuras,
Los tristes recuerdos de mil desventuras,
La dulce esperanza, la eterna ilusión.
Ofelia demente, cubierta de flores;
Julieta llorando sus castos amores;
Leonor suspirando, muriendo Beatriz;
Francesca, Eloísa, ¡emblemas de gloria!
¡En ellas se encierra la espléndida historia
del bardo que há poco dejó de existir!
Allí está el poeta, tendido en el lecho...
Las manos cruzadas están sobre el pecho
Y cubre su rostro mortal palidez;
Su triste semblante no hirió la agonía,
Y aún en su frente volcánica y fría
Los rayos de gloria radiantes se ven.
¡La pieza está sola! ¡Los cirios se apagan!...
Cubiertas de sombras parece que vagan
Las Musas en torno del negro ataúd;
Se aspira en la estancia perfume de rosas,
Y sólo se miran cruzar mariposas
buscanpo los besos de trémula luz.

EMILIO GALLEGOS DEL CAMPO.
(Ecuatoriano.)

A UNA DESPOSADA

Señora: dulce y casta ya cruzas los umbrales
Del bello paraíso con que soñaste un día;
Tu alma saborea los místicos panales,
Y brotan de tus ojos serenos, á raudales,
Las vivas emociones de incógnita alegría.

—

Es realidad el sueño que fulguró en tu mente;
Llamaste, y ya tu amado responde á tu ternura;
Quisiste ser corona de un bardo, y ya, esplendente,
Sobre su estro pasas, como una llama ardiente
Que arrolla é ilumina, que abrasa y que depura.

—

El bardo era un bohemio. Entre las sombras iba,
Ansiando en sus delirios la luz de alguna estrella:
La dicha por la tierra mostrábasele esquiva,
Y el bardo alzó los ojos, y, al ver la luz arriba,
Clamó con arrebato: mi amor! mi vida! ella!

—

Ella eres tú, señora: la buena, la apacible;
La que con dichas unge aun á las mismas penas;
La realidad de un sueño flotando en lo imposible;
El ángel de la guarda, por el amor tangible,
Que ató al feliz amado con mágicas cadenas.

—

Ella eres tú, señora: la aspiración sublime;
Del ambicioso vate, poder, ventura, gloria:
Consuelo, si su pecho entre pesares gime;
Virtud inquebrantable, si el torvo mal le oprime;
La página más limpia, más bella de su historia.

—

Eres la vida nueva; la misteriosa vida,
Fecunda en emociones de goces ignorados.
Sé siempre, como ahora, la casta bienvenida;
Sé siempre para el vate la tierra prometida,
Y le verás exento de efímeros cuidados.

—

Sé siempre lo que eres: el cielo sonriente,
Donde el esposo mire de Dios la faz radiosa:
Así, siempre en lo alto: magnífica, fulgente;
Sin que jamás se nuble tu candorosa mente,
Sin que jamás vacile tu pedestal de diosa.

ENRIQUE PÉREZ VALENCIA.

1901.

LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA

FIN DEL ROMANTICISMO.—EL PERÍODO DE TRANSICIÓN. LA NOVELA.—PRÓSPERO MÉRIMÉE

Algo impropiamiente clasificado como *discípulo* de Beyle, Mérimée tiene de común con el autor de *Rojo y negro* la sustitución realista del color local, idealizado por el romanticismo, y el estudio sincero de los *medios* como factores psicológicos. Aparte de este terreno común, se diferencian con diferencia fundamental: Mérimée es sobre todo artista.

Próspero Mérimée nació en París, cuando el siglo XIX contaba tres años de fecha. Su padre y su madre eran pintores; además, en la línea materna se encuentran antecedentes literarios. El agua del bautismo no humedeció la frente de Mérimée, y uno de sus biógrafos observa con razón que cuando el autor de *Colomba* decía «nosotros los paganos», la expresión nada tenía de metafórica.

Quizás el no haberse cristianado sea lo más singular de la vida de Mérimée, pues con él empieza la generación de escritores sin biografía *novelesca*. También la poesía biográfica del romanticismo debía desaparecer al iniciarse el período de transición; como que esa poesía fue resultado de la exaltación individualista. Desde que Gautier proclamó el dogma de la

impasibilidad, anatematizando el lirismo, los autores dejaron de confesarse con el público. Impúsose, al contrario, el aislamiento: se huyó del vulgo y se le ocultaron los sagrados misterios de la creación artística; se desdeñó su amor y su piedad; acaso se prefirió su indiferencia á su turbulento aplauso.

Aunque sin lances románticos, no por eso deja la vida de Mérimée de ser una de las más llenas que puede soñar el hombre para el desarrollo de facultades superiores. La resumiré de un modo breve, antes de tratar de la obra literaria.

Mérimée fue un niño mimado en su casa y un mediano alumno mientras estuvo en el colegio de Enrique IV; en cambio, cuando se matriculó en la Facultad de Derecho, se dió al estudio con ardor, aprendiendo idiomas, impregnándose de lo que antaño se llamaban *humanidades,* y familiarizándose con la lengua y literatura española. Al mismo tiempo principió á frecuentar los salones del gran mundo y de las eminencias de las letras y las artes, muy brillantes bajo la Restauración, adquirió esa erudición enciclopédica, esa tintura de todos los conocimientos que Balzac considera indispensable al novelista, y trabó amistades ilustres, con celebridades consagradas ó nacientes—Chateaubriand, la Recamier, Delfina Gay, Thiers, Sainte-Beuve, Cousin, Remusat, Viollet le Duc. Courier, Stendhal. — En 1825 publica su primera obra, el *Teatro de Clara Gazul;* dos años después, *La Guzla.* Después un drama y una novela histórica, *La Jaquería* y la *Crónica del tiempo de Carlos IX.*

En 1829 ven la luz sus primeros cuentos, y entre ellos *Tamango* y *Mateo Falcone.* El público no le regateó su aprobación, la sociedad le acogió con los brazos abiertos. No era un literato de oficio, cual otros corifeos del romanticismo con quienes se reunía, sino un elegante aficionado, que aparentaba tomar las letras por distracción y solaz, formulando esa protesta irónica contra la pedantería profesional que entre nosotros ha solido formular D. Juan Valera, personalidad que tiene con la de Mérimée ciertos p untos de contacto. Sus viajes

á Inglaterra y sus tradiciones familiares alistaron á Mérimée entre los anglómanos; pero España, bajo el romanticismo, atraía tanto ó más que la Gran Bretaña, y Mérimée nos visitó por primera vez en 1830, conociendo en Madrid á la familia de Montijo, con la cual le unió relación de amistad inalterable, sin que por entonces cupiese ni sospechar que las damas españolas, con el tiempo, darían á Francia emperatrices.

De regreso á la patria, Mérimée desempeñó un lucido puesto administrativo y continuó su vida mundana, disipada y aun calaveresca. Las cenas alegres y las fáciles aventuras le robaban el tiempo que había de dedicar al arte. Una solución de continuidad se abre entre la primer etapa literaria de Mérimée y la época en que vuelve á coger la pluma. Fue para él saludable en este sentido el cambio de empleo, que arrancándole á la holganza oficinesca y á la frivolidad cortesana, le obligó á recorrer, á título de inspector de los monumentos históricos, la tierra francesa de punta á cabo. El culto y el amor á las piedras viejas constituyeron, no lo olvidemos, una de las fuentes más puras del romanticismo. Un viaje á Córcega, hacia 1840, inspiró á Mérimée la primorosa y célebre novela *Colomba*. Poco después publicó *Carmen* y *Arsenia Guillot*, á tiempo que acababa de abrirle sus puertas la Academia. *Carmen* inicia otro interregno en la vida del escritor, que por veinte años abandonó el cuento y la novela; lo que le ha valido la admiración de la posteridad.

De 1835 á 1850, Mérimée corrió mucho mundo, no sólo por inspeccionar, salvar y restaurar monumentos, sino porque, como Stendhal, y como todos los que poseen delicado sentido observador y paladean los sabores finos y raros de la vida, era aficionadísimo á viajar; y aunque prendado de las comodidades de su casa, de su sillón y sus gatos, no quería irse del mundo sin curiosearlo un poco. Paseó despacio por España, Inglaterra, Italia, Alemania, el Asia Menor, Grecia. Por comparación acrecentó el tesoro de sus conocimientos arqueológicos, y apreció mejor los monumentos franceses: con razón

pudo decirse que, á no ser por *Nuestra Señora de París* de Hugo y los viajes de Mérimée, los gloriosos testimonios del pasado desaparecerían y el suelo se cubriría de edificios análogos al templo de la Magdalena.

Pero estas correrías orientan involuntariamente hacia el pasado, despiertan la afición á la historia, y los trabajos de Mérimée, en aquella época, cuando no artículos de arqueología, ensayos históricos fueron. En vez de novelas escribió la *Conjuración de Catilina,* preparó materiales para una *Vida de César,* asunto que era su obsesión, y adelantó la de *Don Pedro el Cruel,* basada en la crónica de Ayala. Aspiraba á producir un libro definitivo, lo cual prueba que no creía haberlo escrito, á pesar de *Colomba.*

Apareció la *Vida de Don Pedro el Cruel,* tan premeditada, y para la cual Mérimeé había revuelto los archivos españoles en 1848, en plena revolución, entre las jornadas de Febrero y las de Junio, momento en que los libros tenían sin cuidado á la gente. La revolución que derribó á la monarquía del justo medio fue antipática á Mérimée: caía un régimen bajo el cual había sido siempre halagado, un soberano que le distinguía. Consideración, es esta que aun involuntariamente, pesa no poco en los juicios de un escritor acerca de historia contemporánea. Aunque indiferente á la política, Mérimée—dice su mejor biógrafo—creyó asistir á la descomposición de una sociedad y al acabamiento de una reacción Por segunda vez, al término de su vida, había de experimentar, con mayor motivo, esta tétrica impresión.

En 1850 se representó una piececilla suya, que no agradó ni duró en el cartel.—¿Me silban?—exclamó al entrar en el teatro.—Voy á ayudarles.—Por aquel entonces acometió una empresa semejante á otras de Balzac, Zola y Dumas padre, rehabilitar á un acusado, volver por la honra de un hombre á quien creía inocente. El protegido de Mérimée era Libri, adicto al pasado Gobierno, y acusado de sustraer libros preciosos en las colecciones del Estado. De estos bibliórrapos hay cose-

cha en todas partes. De alguno sabemos en España, que si lo nombrásemos se haría cruces la gente. Mérimée abogó por Libri con empeño digno de mejor causa; pero no sólo no consiguió excusarle, sino que se vió condenado á mil francos de multa y quince días de cárcel. Llovieron sobre él tribulaciones. Perdió á su madre; una mujer muy amada, con quien llevaba quince años de consorciode espíritu á espíritu, se desvió de él, y en el nuevo poder cesarista, fruto de la revolución, no encontró al pronto simpatías. De súbito, teatralmente, su suerte cambió: el capricho de amor propio y sensualidad de Napoleón III se convertía en pasión: la joven y brillante amiguita de Mérimée, su alumna, su corresponsal, Eugenia de Montijo, Condesa de Teba, iba á sentarse en el solio.

Sin que abusase Mérimée de la excepcional situación que esta boda le creaba, sus últimos años gracias á ella corrieron, entre satisfacciones y honores. No solamente la senaduría vitalicia le puso al abrigo de la necesidad, sino que la imperial pareja le trató como al más íntimo amigo y le asoció á su vida de fausto y goces, contando siempre con él para las fiestas y distracciones incesantes de París, Compiegne, Fontaineblau y Saint Cloud, como para la *villeggiatura* de Biarritz. La Condesa de Montijo, su valedora apasionada y constante, quería más: empeñábase en buscarle esposa. No le era fácil á la anciana señora descubrir para Mérimée proporción tan ventajosa como la que había encontrado para su propia hija; y á pesar de discretas tentativas en los salones, solterón empedernido continuó el autor de *La Guzla*.

La impopularidad de Napoleón III refluyó en Mérimée. Los enemigos del régimen satirizaron al cortesano, y, hasta hubo quien dijo al bufón palaciego, sátira injusta, pues Mérimée, hombre desinteresado, no fue un sabueso más de aquella *cureé* del segundo Imperio que sucumbió tan trágicamente en el abismo de Sedán. Mientras en Compiegne se representaban charadas y remedaban galantemente las *Cortes de amor* de la

Edad Media, Bismarck, en Berlín, consultaba con detenimiento el mapa de las fronteras para rectificarlo. Napoleón III, borrada ya la aureola de Crimea, abrumado por los errores de Méjico y las anexiones imprudentes de Saboya y Niza; Napoleón III, á quien Mérimée, no muy prevenido en su favor, había acabado por comparar á aquel Julio César cuya historia en colaboración escribían, se hundía cargado de responsabilidades, desmembrando la patria. La dinastía, alzada por la victoria, caía por la derrota; y si bien se considera, justicia fue muy ejemplar.

Luchaba entonces Mérimée, ya viejo, con la terca y cruel enfermedad que le llevó al sepulcro, tan ajeno á lo que se preparaba, que hablaba de la próxima guerra con dejos de buen humor. «No la habrá—decía—si á Bismarck no se le antoja.» Las primeras derrotas le precipitaron de lo alto de sus ilusiones; y á pesar de su padecimiento, corrió á París á ponerse á las órdenes de la Emperatriz regente, á la cual se presentó despojado de su envoltura de cortesano, de ingenio de cámara, y tan abatido, tan pronto á llorar como un niño, que Eugenia de Montijo vió en aquel amigo semblante el desastre irremisible. Tal vez sobre Mérimée joven, no hubiesen producido esta impresión los sucesos; los años y los sufrimientos de su cuerpo desgastado por los goces, por las múltiples emociones de una existencia colmada y sabrosa, pero no tranquila, le habrían preparado á él, escéptico é impasible por escuela, á esta explosión final de sensibilidad, como la que pudiese tener un hujier de las Tullerías. Por eso leemos en carta á una de sus *desconocidas* (las hubo hasta el último instante en la vida de Mérimée) fechada el 18 de Julio de 1870: «Es preciso encontrarse admirablemente de salud, tener nervios de un vigor especial, para que estos sucesos resbalen sin afectarnos. No necesito decirte lo que experimento.»

La Emperatriz, que en cambio estaba serena, á la altura de su cargo, aceptó tácitamente un servicio: Mérimée celebró una conferencia con Thiers para aplacarle y si era posible

atraerle. A Thiers se le llamaba en las agonías dinásticas. Esta vez fue en vano: Thiers no había de sostener al Imperio, cuando justamente el propio Mérimée escribía á la *desconocida* esta frase: «Toda la sangre que corre y correrá, es en beneficio de la República.» Al implorar á Thiers, Mérimée hallábase punto menos que espirante. Era un moribundo que rogaba por un muerto.

Después de que la Emperatriz, no pudiendo hacer frente á la efervescencia popular, huyó de la capital francesa, Mérimée se dejó llevar á Cannes, adonde llegó semivivo, y donde exhaló el último aliento el 23 de Septiembre del apocalíptico año de 1870, días después de la capitulación de Sedán.

Si reseñada esta vida, que bien podemos llamar, hasta donde cabe, dichosa; que es la de un refinado epicúreo intelectual á quien las circunstancias permitieron completa expansión de la personalidad, salvando sólo las restricciones sociales,—estudiamos las obras de Mérimée, veremos cuán estrechamente relacionada estuvo en él la índole de la producción literaria con el dato biográfico. Una opinión de tanto peso como la de Brunetière hace evolucionar á Mérimée desde el romanticismo al naturalismo. Inclinándome ante el gran crítico, diré que el naturalismo de Mérimée si existió, fue antítesis del de Zola; que en el camino de la transición, Mérimée conservó siempre su peculiar manera de ser; varió sin cambiar; y que su paganismo, su escepticismo, su sentido aristocrático, le acompañaron en cada etapa fielmente.

Habiendo comenzado á escribir cuando estaba en su plenitud fanfarrón y comunicativo el romanticismo, Mérimée, en medio del vértigo, jamás perdió su sangre fría, su facultad analítica, pero nunca supo desechar la especie de timidez invencible, que es el verdadero fondo de su carácter. Es esta timidez orgullosa la que le induce al misterio y á la reserva; á envolverse en la capa glacial, que si no garantiza el sosiego interior, oculta á los profanos lo que debajo late. Individualista, ególatra, retraído, Mérimée teme al público sin estimarlo.

Lo que distinguió á los románticos fue que, semejantes á las efigies del Sagrado Corazón, no sólo descubrieron el suyo ensangrentado y abrasado, sino que obstinadamente, con ambas manos, señalaron hacia él. A Mérimée le repugnaba entregarse al amor formidable y á la fiscalización ininteligente de la muchedumbre. Cuando se mezcló con la hueste romántica y bohemia, fue como una dama de alto coturno á un baile público: con antifaz.

En efecto, de sus primeras obras, una aparece bajo el velo del pseudónimo; otra es verdadero *pasticcio*, del género de los poemas de Osian y nuestro canto guerrero de Altobiskar. El *Teatro de Clara Gazul* finge imitar el antiguo teatro español: era el hispanismo uno de los temas predilectos de la inspiración romántica; Víctor Hugo, el «grande de España» literario, no había acotado el terreno; se lo disputaban Musset, Gautier, otros hispanizantes, el mismo Stendhal, que soñaba con España y no logró residir en ella, como deseaba, largo tiempo. ¿Acertó siquiera Mérimée á hispanizar bien en los dramas de la supuesta comedianta española? Dígalo un juicio de Sainte-Beuve: «Cuando Mérimée publicó su *Teatro de Clara Gazul* no había estado aún en España, y parece que después declaró que si la hubiese visto no lo publica. Sería lástima: perderíamos todos. Hay primeras inspiraciones que la observación no sustituye.» No cabe insinuar con mayor finura que el *Teatro de Clara Gazul* será lo que se quiera, excepto español. Amigos entusiastas, y entre ellos Ampére, adjudicaron, con motivo de la superchería de *Clara Gazul*, el aplastante nombre de *nuevo Shakespeare* á Mérimée.

Más diestro en el arte singular de apropiarse al alma de un pueblo fue Mérimeé en *La Guzla*. A pretexto de recoger las canciones populares de Iliria, y sin otra preparación que una lectura casi paradojal por lo insuficiente, escribió la serie de baladas que tituló *La Guzla*, y que engañó en el extranjero nada menos que á Goëthe y á Pouchkine. ¿Cómo va á parecernos singular el caso—aunque lo sea—á nosotros, que á la super-

chería de un estudiante debemos ese peregrino *Canto de Altobiskar*, por muchos eruditos modernos admirado y elevado á la altura de rapsodia homérica que encarna el genio de la raza vasca?

De estas obras juveniles de Mérimée, dice con razón Brunetière que, románticas por el colorido, pertenecen, antes que á la escuela de Chateaubriand, á la de Stendhal y Fauriel. La observación y la curiosidad *folklórica*, en ellas, lleva de la mano á la fantasía. Gradualmente, en Mérimée veremos á la erudición sobreponerse y triunfar, auxiliada por la natural inclinación al clasicismo. Pero estamos aún en los años de inspiración, de vigor: Mérimée va á producir lo que ha de salvarle del olvido.

No es todavía *La Jacquerie*, ni la inevitable novela walter-escotiana titulada *Crónica del tiempo de Carlos IX*. Interesante, concisa, bien escrita, con un sentido de la historia que nadie puede negar, no figura, sin embargo, esta novela en la misma línea que *Cinq Mars*, de Vigny, y, naturalmente, se derrumba ante *Nuestra Señora de París*, de Víctor Hugo. La novela histórica, ó solamente retrospectiva, ha de fundarse, quién lo niega, en el conocimiento más científico posible de las edades pasadas, pero ha de recibir vida de la fantasía poética y adivinadora. Esta ley no se desmiente ni en *Quintín Durward*, ni en *Salambó*, ni en *La novela de la momia*, ni en *Quo vadis*, y es bueno recordarla ahora que el fénix de la novela histórica y arqueológica parece renacer de sus cenizas.

La genialidad de Mérimée, su veta de oro, escasa y fina, se reveló en sus cuentos. Los escritores palabreros no saben tornear el cuento; no aciertan á concentrar en cuatro ó seis páginas la emoción suprema, la esencia dulce, amarga, embriagadora ó quemante que la realidad destila. En el cuento es donde la clásica sencillez, la aguda observación y la estricta perfección de Mérimée se manifiestan como labor en hueco sobre lisa, dura ágata; y ni Maupassant, ni Daudet, ni Ivan Turguenef, con su sensibilidad más amplia, rica y voladora

que la de Mérimée, pueden presentar nada que artísticamente considerado supere á *Tamango*, á *Mateo Falcone*, á *La Toma del reducto*, en su género soberanas obras maestras.

Una diferencia existe entre estos cuentos y los de Turguenef, Maupassant y Daudet, y es que mientras los citados admirables cuentistas se empaparon de lo que les rodeaba, bañándose en su ambiente propio, Mérimée salió por lejanas tierras buscando el exótico, el más ajeno á su condición y estado de *gentleman* parisiense en el primer tercio del siglo XIX. «Agradábanle—nos dice de él Agustín Filon—los tipos excepcionales y las aventuras extraordinarias, los bandidos, los piratas, cuantos viven luchando con la sociedad, y la gente de sentimientos primitivos.» Por esta afición, hasta el cuello dentro del romanticismo está Mérimée; pero mientras los románticos fantaseaban á *Bug Jargal* y á *Hernani*, Mérimée cavaba hondo en la verdad y aplicaba anticipadamente las nociones del sistema á que Taine dió cuerpo. Discípulo, en esto sí, de Stendhal, ascendiente de Taine en lo científico, lo es también, en el procedimiento artístico, de Loti, de Fromentin, de Bourget, y la sólida adquisición de la psicología según las razas y los países, es sin duda, en el orden mental, su mayor conquista.

Seis ú ocho cuentos de Mérimée puede afirmarse que no envejecerán nunca. Son la cima del arte, y es de justicia proclamar la superioridad de Mérimeé en tal respecto sobre Enrique Beyle. Cuando á lo intenso y encendido de la idea creadora se une la absoluta impecabilidad de la forma y la exquisita sobriedad en el material empleado; cuando el modo de narrar es tan feliz como interesante lo que se narra, á bajar la cabeza y descubrirse. No creo que ni los adoradores de Beyle, cuyo papel está hoy más en alza que el de Mérimée (aunque empieza á descender, por causas que aquí no aquilato) nieguen estas máximas. Sin duda era doblemente genial Beyle, y era, sobre todo, sugestivo, excitador; tenía hallazgos, corrientes y orientaciones que á Mérimée le faltan; pero ¡cuán

inferior como artista puro! Ni entre sus novelas veo una *Colomba*, ni entre sus rebañaduras de archivos italianos un *Mateo Falcone*. Dígase siempre la verdad, y no olvidemos que el arte no se reduce á pensar y sentir, sino que lleva en sí la imposición dogmática de la forma, veste divina del pensamiento. Si, en efecto, *La toma del reducto* fue escrita después de una conversación con Stendhal, confesemos que Stendhal, saturado y embriagado de la epopeya napoleónica, no hubiese acertado á exprimir toda su épica poesía en breve copa griega.

Entrad en un Museo de escultura y contemplad las estatuas. Algunas, semicolosales, no causan más impresión que la física, debida á su magnitud: un dedo pulgar asusta y al mismo tiempo hace sonreir: algo tiene de caricaturesco. Llegaos después á la vitrina donde se encierran las medallas y las estatuillas. Considerad, por ejemplo, en el Louvre, un juguete helénico, un negro de bronce de una cuarta de altura. Ese negro, cuanto más le mirais, más crece; llega á parecer de tamaño natural. Sin ser grande es grandioso; no lo medís ya por sus dimensiones efectivas.—Pues bien; suponed que ese negro, prodigio de verdad, es *Tamango*, el héroe del cuento de Mérimée.

El estudio de la psicología de razas y tierras no tiene, que yo sepa, documento de más valor que la novela *Colomba*, obra maestra de Mérimée, infinitamente superior á *Carmen*, á pesar de que Mérimée se hallaba empapado de españolismo, y en cambio corto tiempo había permanecido en Córcega. No solamente el personaje de la heroína es de una originalidad y un romanticismo realista incomparables, sino que el de su hermano lo completa y realza. La ficción es dramática; la narración, animadísima; el colorido, intenso y justo. El pintor hace vivir en el lienzo dos tipos de raza que están hablando; pero ambos retratos van más allá del parecido pintoresco: expresan todo el pasado, prestan carne á la tradición. De Colomba á las Veledas, Atalas y Graziellas, á las figuras de pura

filiación romántica, ¡qué distancia tan incalculable! Colomba es una mujer *natural*, no solamente por ciertos detalles familiares de su existencia—que también Lamartine atribuirá, más adelante, á la ideal pescadorcita del golfo partenopeo—sino porque en ninguno de sus actos, aun los de más trágicas consecuencias, hay rasgo que desdiga de su condición, de su estado de cultura, de la verdadera naturaleza de una *Colomba* que respirase. La voceratriz corsa, la Euménide, es una mujer. Tampoco Orso se convierte en héroe novelesco á expensas de la realidad: como que es sujeto de no muy complicada psicología, normal en su sentir, á pesar de lo cual alcanza proporciones de dramática belleza sincera y humana, siendo superior á los *Manfredos* y los *Hernanis*.

Lejos de Córcega; roto el círculo de hechicería del ambiente, Orso es un militar honrado y pundonoroso, y, en tiempo de paz, hasta un ciudadano pacífico. Si no ha olvidado su agravio, si le duele aún el asesinato de su padre, al menos no quiere ser también asesino para cobrar la deuda. Pero la primer bocanada de aire de su isla ya hace tambalearse sus convicciones, abofeteándole con la burla de los isleños, con la mofadora canción de *rimbecco*, espuela del que descuida la venganza. Lentamente, cuanto le rodea le va transformando, convirtiéndole de civilizado en primitivo, despertando á la fiera que en nosotros duerme. Orso percibe la transformación; se da cuenta clara de que le precipitan al estado salvaje, á él, que ha entrevisto otros ideales, que aún conserva el reflejo de la gloria imperial; conoce que está influído por gente inferior; ve que su hermana es un sér impulsivo, una salvaje incapaz de reprimir sus instintos, una criminal generosa, pero criminal en suma... y sin embargo, va dejándose arrastrar á la hora sangrienta, y da muerte á los dos hijos del abogado Barricini, porque su raza se ha levantado en él, porque también es corso y la opinión de la aldea de Pietranera es la condensación de ese ambiente natal que condiciona para siempre nuestro espíritu.

En *Colomba,* y más marcadamente aún en *Carmen*, descubrimos, al lado del estudio local (en *Carmen* no inexacto, pero limitado á un aspecto parcial de la raza) algo que procede de Stendhal, el *energismo*. Los cuentos de Mérimée son en su mayor parte estrofas de un himno á la energía, excepto el irónico *Abate Aubain,* y el redentorista *Arsenia Guillot;* y aun en éstos la tenacidad del disimulo y la intensidad psíquica de la pasión corresponden á la concepción *activa* de la vida. En *Colomba* la belleza derívase también de la fuerza de voluntad y deseo, de la energía intacta.

Mirada desde otro punto de vista, *Colomba* induce á reflexiones que modificarían opiniones admitidas sobre la novela local ó regional. Cuando *Colomba* vió la luz, no se hablaba de novela regional ni por sueños. Lógicamente derivada de la evolución literaria se presentó esta forma, y no lleva trazas de desaparecer: es hoy fenómeno general. En cada país, á veces en cada ciudad, van asomando pintores y narradores impregnados del sentimiento y de la apariencia exterior de aquel pedazo del planeta, y erigiéndose en axioma indiscutido que para interpretar una región es preciso haber nacido en ella, amarla filialmente, hallarse embebido en sus costumbres, llevar en las suelas motas de su terruño. Si nos fijamos en *Colomba,* veremos que el procedimiento es absolutamente contrario. Mérimée llega á Córcega, la cruza, no la ama poco ni mucho; le parece un original país, que produce extraña impresión, y sobre esta base levanta la novela más *regional*, en el sentido alto y profundo de la palabra, de cuantas conozco. ¿Quién comparará el cuadro definitivo trazado por Mérimée con uno de esos perpetuos balbuceos laudatorios de un país y de una gente, el de Trueba, verbigracia, mera repetición de un tema amplificado y, por consiguiente, debilitado, representación en que salen, á manera de comparsas, los mismo tipos, iguales costumbres, idénticos efectos de cielos, montañas y praderías? Acaso la imaginación poética se excita con la sorpresa y con el hábito se embota; acaso el interés de una re-

gión lo percibe mejor de una vez, eléctricamente, un artista como Mérimée.

Después de *Colomba* y *Carmen,* Mérimée se despide, podemos decir, de la ficción; capta su pluma la historia, donde no tendrá tan felices aciertos. «Merimée acabó bastante oscuramente por la historia», sentencia Brunetière. «Hay hombres», escribe á este propósito Filon, «á quienes casi humilla la popularidad del novelista, si no la realzan con alguna obra *estimable* del género *serio*. Se les ha elogiado tanto por lo que recrean, que ya esta alabanza se les figura irónica: les entra ambición de aburrir, ambición que pronto se satisface.» Sin que precisamente sean prototipo de literatura aburrida las obras históricas de Mérimée, les faltan, no sólo el color y el lirismo de Michelet, sino el arte de brujería de Thierry para resucitar edades pasadas. Chateaubriand y Walter Scott, los dos inspiradores de la historia moderna, los que demostraron en qué grado debe asociarse á ella la poesía y los elementos espirituales, deducidos de la realidad, no influyeron en Mérimée. El clasicismo, fuerte molde de su cultura, se sobrepuso á las revelaciones é inspiraciones románticas.

No sé si dije que la timidez era rasgo característico de Mérimée: conviene explicar en qué sentido empleo la palabra: Mérimée es tímido en letras; refrena con dura mano la fantasía; oculta como un delito la emoción; detesta las generalizaciones brillantes, no da puntada sin doble nudo. Su prudencia raya en miedo. Con tal sistema no se puede ser Thierry, porque bajo la exactitud documental de Thierry hay un desbordamiento imaginativo que á veces se transforma en lucidez visionaria. No otra cosa significan las palabras con que Sainte Beuve juzgó á Mérimée historiador. Según el sagaz crítico, Mérimée se encontraba en el punto y sazón que el historiador requiere: versado en los idiomas, la etnografía, los monumentos, el espíritu de las razas, la sociedad y el hombre; pero faltábale un progreso, un paso decisivo: desconfiar menos, abandonarse al estro, osar todo lo que siente. Para apoyar dictamen

tan justo, Sainte Beuve cita una frase de Luciano de Samosata sobre la historia: «Es preciso que un vientecillo poético hinche las velas del navío.» El buen consejo de Luciano no había de seguirlo Mérimée jamás. Era tarde: Sainte Beuve hizo estas observaciones á propósito de la última obra de Mérimée, *Los falsos Demetrios*.

El vientecillo poético de seguro había dictado á Mérimée la elección de sus temas históricos. Lo mismo nuestro *Justiciero*, con su indomable y desbordada voluntad, con su vida terminada en la página shakespeariana de Montiel, que el genial impostor ó mártir que imperó en Rusia titulándose hijo de *Ivan el terrible*, son personajes en quienes la historia se convierte en novela y drama; las épocas perturbadas en que reinaron, nuestro siglo XIV, el XVII de Rusia, no podían ser más sugestivas. Mérimée comprendía cuantos recursos ofrecían á su pluma; el misterio, la anécdota histórica, le atraían; pero resistió á su atractivo. El propósito de reprimir la imaginación influyó hasta sobre su estilo, que en la historia es frío, meticuloso, voluntariamente abstracto.

Hay dos aspectos de la labor literaria de Mérimée que no son muy conocidos, en España por lo menos. Apenas se recuerda que Mérimée fue el primero en revelar á Francia, y por consiguiente, al mundo, la hoy triunfante literatura rusa. Sus estudios sobre este asunto los inició Mérimée aprendiéndose el idioma, esa maravilla de la filología, la más armoniosa, fértil y descriptiva, en su oriental esplendor, de las lenguas vivas, superior al griego, en opinión de Mérimée, que añadía transportado: «Es un habla joven, y los pedantes aún no han tenido tiempo de estropearla.» Dueño del tesoro, ocurriósele traducir, con una perfección ideal, no sé si diga mejorándolas, algunas novelitas de Puchkine, y consagrar un artículo crítico al gran poeta ruso. Siguieron á estas traducciones otras de Gogol; más tarde, el descubrimiento de Turguenef, protegido, *lanzado* por Mérimée en París, donde el novelista eslavo llegó á gozar de la misma popularidad que si fuese francés. A Méri-

mée debemos, pues, llamar padrino de esta literatura aclimatada ya en los países latinos, aunque no viese en ella tantas cosas como vió el Vizconde de Voguié y ven muchos que aceptan su crítica. La religión del sufrimiento humano, la humildad, la exaltación, el misticismo, riñen con todo lo que representa Mérimée, y ante esos méritos, el autor de *Colomba* se encogería de hombros y volvería el rostro hacia otro lado. El tolstoismo se da de cachetes con Mérimée. Como que el tolstoismo es, si lo miramos despacio, otra transcripción romántica y antipagana de la queja universal, otro modo de enseñar llagas y plañir dolores, lo más repulsivo para quien profesaba la inmoralidad primitiva, la impasibilidad, la indiferencia aristocrática y el altivo aislamiento.

Un temperamento de escritor, un alma humana, pueden revelarse enteros lo mismo en un acto que en una preferencia estética. Ante la novela rusa descifframos mejor la correcta y reprimida personalidad de Mérimée. Rusia fue para él lo mismo que España y Córcega: un país con mucha fisonomía, con bonita pátina, bárbaro, y por tanto, enérgico, sugestivo y hermoso. ¡Civilizar esos países! ¡Qué sacrilegio y qué vandalismo! Tanto valdría revestir de cemento una crestería gótica. Naturalezas como la de Tolstoy, que sienten hondamente la injusticia social, son sin remedio revolucionarias; naturalezas como la de Mérimée (anárquicas en el fondo), para quienes el hombre no es un hermano, ni un prójimo, cuya sensibilidad cuaja en forma estética, son por necesidad en política conservadoras. Mérimée lo era sin notarlo, creyéndose neutral; nuestra Revolución de 1868 le pareció que era nuestro *Inri;* en Francia calificó la República de *desorden organizado.* ¡Qué diría si llega á presenciar las convulsiones de la *Commune!* ¡Qué si viese arder París, y en París su casa, y en su casa su preciosa biblioteca y sus manuscritos, entre los cuales supone Teófilo Gautier que podría existir alguna hermana de *Colomba!*

No me aparto del asunto al definir el género de sensibili-

dad de Mérimée. Vengo á parar á su *Correspondencia,* publicación póstuma, que le ha valido un reflorecimiento de fama y simpatía póstumas también. La *Correspondencia* de Mérimée, aparte de que revela á un maestro del género epistolar, descubre el funcionamiento de su sensibilidad *privada,* imposible de determinar por sus demás escritos, ni aun por la especie de confesión—autobiográfica de la novelita *El vaso etrusco;* y el público, que á veces se prenda de los autores, como aquella estática monja se prendaba de Dios; por su humanidad,—agradeció á Mérimée que se mostrase en sus cartas ya triste, ya afectuoso, ya abatido por la enfermedad, ya puerilmente encariñado con un gato ó un libro, en postura negligente, en actitud sencilla. Bajo el sabio, el artista y el *dandy,* la *Correspondencia* descubrió al hombre.

¿Cómo era físicamente Mérimée? Taine lo retrata en el prefacio de las *Cartas á una desconocida:* alto, derecho, pálido, y á no ser por la luz de la sonrisa, de británico aspecto; con ese aire frío, reservado, *distante,* que aleja la familiaridad. Su estado constante era la calma, natural ó adquirida; su costumbre, dominarse y reconcentrarse, y esta manera de ser la arraigó el trato con gentes de alta posición, en esferas donde la exuberancia y la vehemencia son de mal gusto. Hasta cuando en confianza refería Mérimée algún chascarrillo, su voz era monótona y tranquila. Blaze de Bury, al describir la exterioridad de Mérimée, nos dice que en nada se parecía á un héroe de novela. Su cabeza de modelado vulgar, su expresión maliciosa y astuta, le asemejaban á un labriego, y en efecto, así le muestra la litografía de Deveria; pero poseía la distinción adquirida, duro barniz brillante, que equivale á una coraza. Según Taine, la reserva á la defensiva de Mérimée se debió á una impresión de la niñez, á un chasco, que le hizo tomar por divisa: *¡Acuérdate de desconfiar!* «Su sensibilidad—añade—estaba domeñada, pero existía, como caballo de pura sangre, fogoso y maestro, que obedece á la rienda...» Debió de contribuir la inclinación natural á que Mérimée se conformase á su divisa, to-

mada, como consta, de un texto griego, y que formaba el *ex libris* de su biblioteca.

Cuando la sensibilidad se replega sin amortiguarse, es infalible que en una naturaleza estética, recatadamente romántica, ávida de sensaciones, curiosa del sentimiento, su válvula de desahogo sea el amor. El amor, para caracteres como el el de Stendhal, no sólo encierra el atractivo que en él nota Bourget de suprimir leyes y conveniencias sociales y retrotraer el alma al anhelo primitivo, indómito, estado el más favorable á la manifestación de la energía, sino que reune el encanto de la vida secreta; es el vacío ignorado donde un hombre de la inteligencia y del refinamiento de Mérimée puede, sin exponerse á profanos roces, desceñirse un momento el duro arnés de la desconfianza eterna, cuyo peso, á la larga, abruma aun á los nacidos para llevarlo.

Pasada la primera juventud—y á decir verdad, hasta el último límite de la existencia,—Mérimée sostuvo dulces intrigas, ató lazos de seda y flores. Sus cartas de amor parecen (¿estarán expurgadas?) tan discretas y tan delicadamente galantes, como eran crudas y pecaminosas las que dirigía á Sainte Beuve y á otros corresponsales varones.

Componen el epistolario amoroso de Mérimée tres tomos de cartas, á *Una desconocida* y *A otra desconocida*. A veces, si no supiésemos que se trata de una correspondencia de amor, difícilmente creeríamos que las cartas á las incógnitas (á quienes escribió Mérimée simultáneamente durante cinco años, los postreros) van más allá de la amistosa comunicación. Sobre todo en las de la segunda desconocida, abunda el galanteo frío y la chismografía política y social. Con esta desconocida, que según parece es conocidísima, como su predecesora (no rasguemos el velo) y de cuya hermana, según refiere el propio Mérimée, se enamoró en Pamplona el Tato, trabó relaciones Mérimée en una de aquellas *cortes de amor*, presididas por nuestra compatriota la Emperatriz. Mérimée fue el Secretario, su desconocida la Presidenta, y con estos títulos correspondie-

ron siempre; delicado discreteo, cortesano *marivandage*, en nada parecido á lo que por amor suele entenderse. Acaso, aun la misma intimidad sentimental, la más entera que cabe en lo humano, procediese Mérimée como Stendhal, que decía en su libro *El amor*: «Hago lo posible por ser seco. Impongo silencio á mi corazón, que cree tener mucho que decir. Siempre temo que cuando pienso notar una verdad, me he limitado á consignar un suspiro.»

Y sin embargo, para Stendhal como para Mérimée, fueron la sal de la existencia estas *liaisons*, que nos importan porque al uno le inspiraron un libro de Psicología y al otro tres tomos, por lo menos, de epistolario. No los disfrutaríamos si Mérimée no hubiese conservado tal vitalidad de ilusión, á pesar de los sesenta y pico de años y el *Acuérdate de desconfiar*; si no hubiese amado como un cadete, con impresionabilidad juvenil, á varias y á veces simultáneamente, con esa complejidad del sentimiento cuya relación con las civilizaciones avanzadas ha definido sagazmente Bourget. Para conocer á Mérimée y saber, según la frase de Filon, en cuántas cosas cree... un hombre que no cree en nada, es preciso leer la Correspondencia.

Es Mérimée, en resumen, la figura característica del período de transición; más que Stendhal, porque éste se adelantó á su tiempo y saltó por cima de él. En Mérimée vemos al romántico involuntario, al clásico por temperamento y escuela, al realista sin doctrina y como por ley fatal de las cosas: todo sumado en eminente personalidad literaria, y demostrado en unas cuantas obras que nadie sobrepujará como arte de composición y factura. Para que la nueva era produzca algo equivalente, tendrán que aparecer Flaubert y Maupassant.

«Mérimée» reproduzco un párrafo de Sainte Beuve «me dijo un día una cosa muy exacta: En lo poco que hago, me sonrojaría no dirigirme á los que valen más que yo, y no tratar de darles gusto. He aquí el sello de este artista sincero y noble. Todos podemos errar, pero hay que aspirar á satisfacer á sus iguales ó superiores, y no escribir para los inferiores en in-

teligencia: en una palabra, hay que apuntar alto y no bajo. Hoy nuestros escritores se dedican á lo último. No me lea usted—dice Lamartine á quien le habla de *Los Girondinos*. —No escribo para usted, sino para los talleres, para el pueblo...»

En estas líneas se encierra una clasificación, y Mérimée queda en su lugar, en las cerradas filas del alta aristocracia.

Emilia Pardo Bazán.

EL CONVENTO DE LA CONCEPCIÓN, EN TOLEDO

Bajo todos aspectos es grande la importancia de esta casa de religión, establecida en el declive oriental de la rocosa altura, que tiene por corona y remate el antiguo *Soc-ad-Duéb,* y que parece suspendida sobre aquellos ya informes restos de las vetustas fortificaciones, una y otra vez, afanosamente, reconstruídas por musulmanes y cristianos. Entre el *Convento de Santa Fe* y el *Hospital* del Cardenal Mendoza, ocupa extensa área de terreno, correspondiente á los alcázares reales, que suponen gratuítamente de Galiana; y su aspecto, desde el mercado de caballerías trasladado de *Zocodover* á aquella que llaman *Plaza de las monjas de la Concepción,* así como desde la bajada á las descuidadas *Escalerillas del Puente de Alcántara,* claro indicio es de la heterogeneidad de edificios, incorporados los unos á los otros, que constituyen el *Convento,* y de entre los cuales surge, con no grande elevación, pero armoniosa y bella, la torre mudejar de la iglesia, hermana de las de *San Miguel, San Román, Santo Tomé* y *Santa Leocadia* la nueva, cuadrada, y como ellas de fábrica de ladrillo, con elegante friso de entrelazada arquería lobulada y dos rasgados huecos de lanceolada contextura y pronunciados hombros, en cada una de las caras.

Otros restos quedan del mismo estilo, ya deformados, al exterior, por la indicada *Plaza,* en cuyo ángulo izquierdo, y apoyado en la quebrantada fábrica del *Hospital de Santa Cruz,* se abre muy modesto portón, dando paso á cierta manera de patio, que ha resultado así después de obras de distintos tiempos, en la edad moderna. Dícese que esta parte extrema de las que fueron casas reales, fue cedida, durante la minoridad de Fernando IV, por la egregia doña María de Molina á los frailes Observantes de San Francisco, establecidos, desde el año 1230, extramuros de la ciudad, y sitio después denominado *La Bastida* (1), permaneciendo aquéllos en su nueva morada hasta 1477, en que definitivamente se trasladaron al *Convento de San Juan de los Reyes* (2), cesión que arguye haber perseverado en poder de la corona aquel ala oriental de los alcázares, sin que haya noticia de que en ella hubieran sido hechas obras que la transformasen; y se cuenta que, solicitada y obtenida de la Reina Católica autorización para fundar un *Convento,* dedicado á la Concepción de Nuestra Señora, por la ilustre dama portuguesa doña Beatriz de

(1) Así lo expresa Parro (*Toledo en la Mano,* t. II, pág. 148), y así lo reproduce el Vizconde de Palazuelos (pág. 1.100); pero la falta de documentos que lo comprueben es tan notoria, como para que el primero de los escritores citados, al hacer tal afirmación, olvidase que en la pág. 20 del mismo tomo había asegurado que los franciscanos estuvieron en el sitio de *La Bastida* «bastantes años, *hasta que la ciudad los trasladó dentro de la población al Convento que se edificó de limosnas, donde ahora están las monjas de la Concepción francisca*», refiriendo por medio de llamada, y en apoyo de lo así manifestado, cierta inverosímil tradición que toma de «un escritor de nota».

(2) El doctor Salazar y Mendoza, que en la pág. 390 de la *Crónica del Gran Cardenal* dice que los franciscanos de las casas reales se mudaron directamente «á San Ioan de los Reyes», hablando de los conventos existentes en Toledo, había escrito, sin embargo: «Los de San Francisco se passaron á vn pedaço de casas Reales, donde está oy el monasterio de la Santíssima Concepción.» «Desde aquí—añade—se passaron á otras, á la Parroquia de Santo Tomé, tan principales, que se dieron por ellas cien mil marauedís de juro» (pág. 232).

Silva, que estaba al servicio de doña Isabel, y cuya hermosura, origen en la corte de reiterados galanteos, lo fue también de tradicional leyenda, hubo con tal propósito de hacer á dicha dama, en 1484, donación de otra parte de estos edificios reales, «hacia el sitio en que estuvo la *Casa de Moneda*» (1), es decir, entre el *Priorato de Santa Fe,* todavía subsistente, el *Convento de San Pedro de Alficém,* ó *de las Dueñas,* y aquel que hasta 1477 había albergado á los frailes de San Francisco.

Ignórase con certidumbre por qué causas las religiosas de la nueva fundación, que eran Bernardas, se unieron en el propio edificio de *San Pedro* con las de la Regla de San Benito, allí de antiguo aposentadas, siendo lo cierto que las unas,

---

(1) Como prueba de lo vago de las noticias que se conservan respecto de los fantaseados *Palacios de Galiana,* conveniente juzgamos recordar que Parro, de quien son las palabras copiadas en el texto, refiriéndose al *Convento de Santa Fe,* decía (pág. 132): «debemos advertir, para mejor inteligencia, que no toda la parte occidental de los Palacios de Galiana estuvo ocupada por el Priorato de Santa Fe, sino que una porción de este terreno *fue destinado á casa de batir moneda,* que, con efecto, se acuñó allí por espacio de muchos años.» Salazar y Mendoza expresa en la página 390 de su citada *Crónica,* que: «en otro pedaço de este Alcaçar de Santa Fe, estaua la casa de la Moneda de la Ciudad»; y más adelante, pág. 391, después de manifestar que en 1502 fueron aposentadas las monjas de Santa Eufemia de Cozollos en el Monasterio de San Pedro de las Dueñas, y por cédula despachada en Alcalá de Henares á 28 de Febrero de aquel año, se les mandó «passar al Monesterio de Nuestra Señora (Santa María de Alficém), que oy es de el Carmel calçado»,—agrega: «Aquí estauan las monjas de Santa Eufemia, el año de quinientos y quatro, porque este año, á treinta de Agosto, estando el Rey Católico en Medina de el Campo, mandó á Alonso Gutierrez de Madrid, Thesorero de la casa de la Moneda de Toledo, la desocupasse luego y se mudasse á la Parrochia de San Nicolás, como estaua tratado.» Resulta, pues, difícil determinar dónde estuvo seguramente, dentro de aquel conjunto de edificios, la *Casa de la Moneda;* pues según el mismo autor, por traslación al extremo oriental, donde continúan, «quedaron desembaraçados San Pedro de las Dueñas y Santa Fe, *quedándose allí la Casa de la Moneda*» (pág. 390 citada).

«dexando el hábito y la Regla de el Cister, y las de San Pedro la de San Benito, se vistieron de blanco y açul y votaron la Regla de San Francisco», con lo que se bajaron el año de 1501 al Convento que había sido de los Observantes, y que permanecía desocupado (1), constituyendo así una sola Comunidad desde entonces. No es ciertamente cumplidero resolver hoy si en la indicada fecha, la antigua y suntuosa iglesia de los franciscanos, erigida en la centuria XIV.ª, se hallaba ya desconcertada é inservible, poniendo á las Concepcionistas en el caso de habilitar local adecuado para tales y tan principales fines religiosos, ó si, como parece más probable, dada su orientación respecto del Convento, fue resolución en las monjas, para su comodidad, el abandonarla y establecerla en dirección contraria, aprovechando una de las capillas al propósito.

Tendido de Norte á Sur, constaba aquel templo, á juzgar por lo que de él subsiste, de una sola y prolongada nave, perfectamente señalada, con un cuerpo de capillas, de fundación particular, á cada lado, el cual se extendía, cual lo indica todo, más hacia el costado de Levante que al opuesto. Consérvase en la cabecera, que toca ya con la clausura, y con el nombre de *Capilla de Santa Catalina,* lo que fue *Capilla Mayor,* cuya bóveda, de resaltados nervios, cuidadosamente pintada, proclama corresponder al siglo XIV, y por la escasa altura con que en la actualidad se ofrece, acredita que el pavimento ha sido levantado, y que su nivel hubo de estar más bajo aún que el del callejón á cielo descubierto en que la nave se halla convertida. Y si interesante y bella, á pesar del abandono en que permanece, resulta la *Capilla Mayor,* de muy superior interés es todavía la primera de las capillas del lado del Evangelio, consagrada á *San Jerónimo,* la cual tiene al presente entrada por mezquina vulgar puerta que abre al patinillo de ingreso, y está legítimamente declarada Monumento Nacional por Real orden de 19 de Mayo de 1884.

(1) Salazar y Mendoza, Op. et loco. cits.

De planta cuadrada, presenta en el muro, por donde comunicaba con el cuerpo de la iglesia, grande arco de herradura, descubierto en 1889; y en él, como residuo de la verja que le cerraba, la cual debió ser semejante á los batientes de celosía del *Patio de los Naranjos,* en el interior del *Convento de Santa Isabel de los Reyes* mencionados, conserva la parte correspondiente al montante, de muy delicado trabajo de carpintería colorida, en que además de la celosía, formada por el cruzamiento y enlace de lindos y labrados listones, artísticamente dispuestos, y no pocos, de pequeños balaustres torneados, hay calados frisos de caireles, ofreciendo muy estrecho y singular parentesco con las celosías granadinas que figuran en el *Salón de las Dos Hermanas* de la suntuosa regia morada de los Al-Ahmares en las orillas del Darro, por lo cual se justifica una vez más la preferencia que don Pedro de Castilla dió á los maestros toledanos para la labra de las portadas del *Alcázar de Sevilla,* por aquel príncipe restaurado.

Lleva el muro de la izquierda restos de pintura al fresco, de carácter religioso, dentro de cierta especie de hornacina, de poco fondo y de arco de medio punto, que parece corresponde á los postreros días del siglo XV ó á los primeros del XVI, y donde estuvo el retablo; y por último, cautivando la atención, cubre los descarnados muros de aquel recinto, que estuvieron decorados con frescos y está ha tiempo abandonado, singular y muy notable cúpula esférica, de rosca de ladrillo, que no tiene compañera ni igual en ninguna de las construcciones toledanas, constituyendo por ello un monumento único en su especie, con justicia calificado de nacional, y colocado en consecuencia bajo la tutela y el patrocinio del Estado. Por el sencillo y usual procedimiento que de los musulmanes heredaron mudejares y cristianos, transfórmase el cuadrado de la planta en un octógono que sirve de anillo, sobre el cual asienta la hermosa cúpula, en cuya superficie, por lo que al primer tercio de la misma corresponde, ladrillos presentados diestramente de canto, como ocurre con la fachada descubier-

ta en el *Cristo de la Luz,* dibujan de relieve, bien que á la manera granadina, ancha zona de estrellas y vistosas combinaciones geométricas de tracería, repartida aquélla en fajas paralelas que van cerrando la bóveda hasta que las exigencias de la construcción lo permiten. Ya en la parte de la clave, la labor ha sido recortada ó tallada en el ladrillo, cuyas hiladas quedan manifiestas, produciendo singular efecto, el cual resulta graciosamente atenuado por las placas de esmaltados azulejos que decoran y enriquecen el conjunto.

Acomodándose por lo común á la figura de los espacios cóncavos que constituyen el fondo de la indicada labor de tracería, las referidas placas, de barro cocido, pintado y vidriado, ofrecen en sus adornos muy notable variedad y son ejemplares de gran valor cerámico, distinguiéndose en las seis fajas primeras, matizadas de azul sobre fondo blanco ó viceversa y con reflejos metálicos algunas, ora lanceoladas hojas, de tradición granadina, ya simbólicas manos abiertas y de dedos apiñados, emblema islamita alusivo á los cinco principales mandamientos de la ley musulmana, ya dos líneas consecutivas de signos arábigos, de traza nesji y de carácter puramente ornamental, pues por lo general nada dicen, bien que en algunos de ellos parece leerse la palabra *Felicidad*, ya otros dibujos que no reconocen el mismo oriental origen, y aun escudos, en los cuales, como empresa, aparece una fuente con dos contrapuestas y erguidas cabezas de fantástico animal, derramando el agua por las fauces. Llenan las concavidades de la séptima faja diez y seis azulejos recortados en forma de estrella de ocho puntas, quince de las cuales contienen, en elegantes minúsculas alemanas, azules sobre blanco, el monograma de Jesús, subordinándose desde allí las placas al movimiento de la estrella de la clave, en la que se atan las cintas de la labor en relieve, producida de la manera señalada arriba, con hasta diez y seis radios, en cuyos agudos fondos se hallan aplicados otros tantos azulejos con el mismo monograma en blanco sobre fondo azul, y alternando, aunque no con simetría

siempre, bellos dibujos de estirpe granadina, con manos abiertas y antebrazo, y á cada lado una llave, de análogo simbolismo entre los mahometanos.

Y mientras el punto central de la bóveda queda determinado por otra pequeña estrella de piezas esmaltadas,—en los diez y seis medallones del anillo, dos á dos por cada lado del polígono, figuran otras tantas losetas de azulejo, de cabos agudos, en los cuales, en minúsculas alemanas azules sobre fondo blanco, se halla el epígrafe votivo, de notorio interés, no sólo por revelar la fecha en que fue labrada esta *Capilla*, sino por declarar y dar á conocer el nombre del maestro alârife de quien es obra, diciendo de esta suerte:

esta ⁝ capilla ⁝ mando=faser ⁝ gonçaio ⁝ lopez=dla ⁝ fuete mercador *(sic)*=figo *(sic)* ⁝ de ⁝ gudiel ⁝ alfon=so trapero ⁝ para ⁝ gu ⁝ *(sic)*=enteramieto ⁝ e ⁝ de ma=ria ⁝ goçaleg *(sic)* ⁝ su ⁝ muger=a servicio ⁝ de dios ⁝ e ⁝ =dla ⁝ virgen ⁝ santa ⁝ mar=ia ⁝ e ⁝ de ⁝ señor ⁝ sant cr=istoual ⁝ e ⁝ se ⁝ acabo=e ⁝ la ⁝ fizo ⁝ alfonso ⁝ fer=andes ⁝ solado ⁝ =enl ⁝ año ⁝ del ⁝ señor ⁝ de=mill ⁝ e ⁝ quatro ⁝ cientos=e veinte ⁝ e ⁝ dos annos=(1)

En 1844, y todavía en 1857, existía empotrada en el muro de la derecha una lápida sepulcral, de mármol blanco, sobre la cual dos ángeles volantes, con túnicas decoradas de ramos

(1) Nuestro buen amigo el notable y celebrado escritor militar D. Pedro Alcántara Berenguer y Ballester, Comandante de Infantería, que ha fallecido en los momentos en que estas líneas trazamos, y que tantos servicios prestó en Toledo para la conservación de sus monumentos, en el artículo que *Sobre el llamado Palacio del Rey Don Pedro* y *La Capilla de San Jerónimo* publicó en el núm. 3.º de la revista ilustrada *Toledo* el año de 1889, supone que este *Alfonso Ferrandes Solado* pueda acaso ser «hijo ó descendiente del maestro sevillano Diego Fernández, arquitecto del rey Enrique de Trastamara, ó del otro maestro José Fernández, que en Brasco Bas construyó, en 1373, las murallas de Lisboa.» Ambas hipótesis nos parecen igualmente improbables, pues la identidad de tal apellido entonces, dada su formación, nada significa.

de oro, ya borrosos, presentaban un escudo con tres áncoras sobre aguas ondulantes, cerrando el conjunto resaltado marco de negra pizarra con grandes florones que conservan resto del oro que los adornaba. La lápida, en seis líneas de apretadas capitales alemanas, decía:

AQUÍ ⋮ YAZE ⋮ DIEGO ⋮ Gº ⋮ DE ⋮ TOLEDO ‖ CONTADOR ⋮ DL ⋮ ALMIRANTE ⋮ Q ⋮ DIOS ‖ AYA ⋮ EL ⋮ QUAL ⋮ MADO ⋮ SACAR ⋮ LX CAT ‖ IUOS ⋮ CRISTIANOS ⋮ DE ⋮ TIERRA ⋮ DE ‖ MOROS ⋮ E ⋮ FALLECIO ⋮ LUNES ⋮ U ⋮ DIAS ⋮ D ‖ E ⋮ ŌTUBRE ⋮ ANNO ⋮ DE ⋮ MIL ⋮ CCCC ⋮ E ⋮ XXX ⋮ UII (1)

Por no existir local adecuado en la que fue *Sacristía del Convento de San Juan de los Reyes,* donde hace años se halla provisionalmente el *Museo Provincial* establecido, y con el nobilísimo propósito de salvar de la destrucción de que era amenazado el que es conocido por el nombre de *Arco del Palacio del Rey don Pedro,*—figura, desde 1889, adosado al muro, en el cual se encontraba la lápida reproducida, aquel notable monumento, trasladado en la indicada fecha desde su emplazamiento primitivo en la *Plaza de Santa Isabel*, donde aparecía á la intemperie. Su instalación en la notabilísima *Capilla* de Gonzalo López de la Fuente, en la cual se muestra fuera de sitio, bien que no la suponemos definitiva, oblíganos á entrar en el estudio de aquella otra reliquia del estilo mudejar toledano, tan desfigurada ya que apenas conserva su originario aspecto.

Peraltado y volteado conforme á la tradición granadina, dibujaba el movimiento de la archivolta á la una y otra parte del intrádos, resaltado crestón conchiforme, cuya labor, ca-

(1) Adquirida por compra, figura hoy con el núm. 99 en la Sala I de la Sección II del *Museo Arqueológico Nacional*, si bien por inadvertencia sin duda, está armado el monumento de manera que el blasón aparece debajo de la lápida. En ésta se lee claramente la fecha de 5 de Octubre de 1437, y no la de 5 de Noviembre de 1537, que se le atribuye en la *Toledo Pintoresca* (pág. 182) y que copió sin ver el original Parro en la página 153 del tomo II de su *Toledo en la Mano*.

minando en dirección encontrada, venía á rematar en la clave; llenaban sus enjutas, de las cuales sólo ya la del lado izquierdo es la primitiva, sendos paños de vistosa yesería, donde la principal decoración se forma por la elegante y plana silueta de otros tantos pavones afrontados que destacan sobre el relieve de serpeantes vástagos con pequeñas hojas de hiedra, cuyo fondo se enriquece con hojas también, aunque menudamente picadas, que no sino á labor de filigrana se asemejan. Cerraban las dos alas de las enjutas dos cintas paralelas encuadrándolas, y en 1844 todavía, á juzgar por la descripción y el diseño de la *Toledo Pintoresca*, conservaba otros dos paños rectangulares de decoración, uno á cada lado, con un vástago de vid cada uno, cuyo tronco presentaba cogido, en la parte inferior, una mano cerrada, disposición usual en que aparece la decoración, así en la *Sala de las Dos Hermanas* de la granadina Alhambra, como en otros varios monumentos toledanos (1), volviendo ó corriendo dichos paños por el farjáh ó parte superior del arco á modo de *arrabad*, y ofreciendo casi completa identidad en el dibujo y perfecta semejanza en la disposición y los accesorios, respecto de la guarnición que encuadra uno de los destruídos bellísimos ajimeces del *Palacio de Fuensalida* ó *de los Ayalas* en esta ciudad, donde, en la clave, una mano también ase el tronco de que á uno y otro lado parten los vástagos de la vid que le decoran.

Mucho más pronunciado y de mayor relieve, otro vástago serpeante, característico asimismo de la manifestación mudejar toledana, y de gran tamaño, desenvuelve las graciosas curvas del anudado sarmiento en el intrádos, con bien tallada hoja al centro de cada círculo, en la cual se hace patente la influencia ojival, no sólo por el diseño, sino por las nerviaturas, que unas veces son incisas y reelevadas otras, brotando á

(1) Sin duda por lo deteriorada que la mano se hallaría en la indicada fecha, dice que salían de la boca de un perro los vástagos de la vid el autor del *Toledo Pintoresca*.

cada lado ya apiñado racimo, ya una sola hoja de menores proporciones, y destacando el vástago sobre picado fondo de *at-taurique*. Dos cintas paralelas sin enlace, cierran los dos tímpanos que, unidos en la clave, forman el intrádos, recorridos exteriormente por una faja de resaltadas palmas, de movimiento semicircular en las zonas horizontales, y lanceolado en las verticales, advirtiéndose en una de las impostas, la de la izquierda, con lineamientos y contornos abiertos en el yeso, y pintada, aunque ya casi desvanecida, la siguiente vulgar inscripción en elegantes caracteres cúficos, la cual no es la única existente en Toledo, que se halla de igual modo y por el mismo procedimiento señalada, según veremos á su tiempo:

La paz, la felicidad, la... (1)

Tal era y tal es el arco peregrino llamado *del Palacio del Rey don Pedro,* al que ha dado hospedaje no muy conveniente la *Capilla de San Jerónimo,* y cuya restauración no está aún terminada (2). Labrado quizá en los comienzos de la XV.ª centuria, ya que no en el último tercio de la anterior, cual supuso el autor de la *Toledo Pintoresca,* y han repetido después todos los escritores (3), ignórase por qué la tradición señala el edifi-

(1) Dió á conocer esta leyenda, por nosotros interpretada, el malogrado Berenguer, en el artículo citado arriba.

(2) Tiénela á su cargo nuestro amigo el Sr. D. Manuel Tovar, artista de muy superiores méritos, á quien con discreto acuerdo la ha confiado la Comisión de Monumentos; pero los apuros de la Diputación Provincial han impedido que lá obra se termine.

(3) El malogrado Berenguer, Vicepresidente que fue de aquella Comisión de Monumentos, hace esta demostración comparativa en el citado artículo, reproduciendo los argumentos de la *Toledo Pintoresca* (págs. 269 y 270), aunque sin nombrarla. Nosotros, á pesar de todo, creemos aventurado decidir en orden á la fecha de esta yesería, pues si bien existen y son patentes las semejanzas que la aproximan á la del *Palacio de los Ayalas,* y aun á otras posteriores, dentro y fuera de Toledo, según ocurre con el arco del que fue *Convento de San Juan de la Penitencia,* fundado por el Cardenal Cisneros en Alcalá de Henares, y que desmontado se guarda en

cio de que procede como *Palacio* de aquel desventurado hijo de Alfonso XI, asesinado en Montiel, cuando, según Parro, fue de los señores de Jumela, y después de los Duques de Frías, por más que, seguramente, y con mayor ó menor fundamento, «la tradición debe tener algún origen», en cuya investigación nada se ha hecho.

Bien que deformados y convertidos en viviendas de los demandaderos y servidores del *Convento,* los demás cuerpos de capillas de esta ala del Evangelio en la primitiva iglesia del siglo XIV, marcan perfectamente, cual dijimos, la línea de aquel templo, como la marcan las correspondientes á la parte de la Epístola, en cuya cabecera se halla el ingreso de la actual iglesia. Emplazada á nivel mucho más inferior que el de la antigua, desciéndese desde la puerta misma, para desembocar bajo el coro alto de las monjas, levantado sobre ocho finas y altas columnas, pintadas de blanco, y casi todas ellas de dos piezas en el fuste, extendiéndose desde allí el templo, que es desahogado, con una sola nave, tendida en la dirección oriental, húmeda, obscura y triste. Consta de cinco tramos, y cubierta de bóvedas endoladas, figuran en aquellos hasta cuatro retablos del siglo XVI, dos á dos á cada lado, conteniendo diversas pinturas, muy celebradas por lo común, entre las cuales son de notar, por lo que hace al primero de la parte del Evangelio, la de la *Concepción* y la *Natividad de la Virgen,* la de *San Juan Evangelista* y *San Juan Bautista,* la de *San Pablo,* y las que representan *Pasajes de la Vida de Jesucristo,* con un bajo-relieve de *La Asunción de Nuestra Señora.*

En el retablo opuesto de la parte de la Epístola, donde se hallan interpretadas escenas diversas, alusivas á la historia de varios santos, es señalada una escultura aceptable de *San Francisco,* y en los otros dos, de los correspondientes tramos

el almacén de aquel municipio desde el pasado año de 1901, fue tal el prestigio de la tradición, como para que en muchos casos no sea hoy dable en absoluto trazar una línea cronológica divisoria entre las producciones mudejares del siglo XIV y las del XV.

superiores, tres bajo-relieves de *La Comunión de la Virgen, La Santa Cena,* y de *San Juan Evangelista,* que decoran el zócalo del Evangelio, y dos en el del lado contrario, con *La Visitación* y *La Circuncisión,* apareciendo además en aquél *el martirio del Evangelista,* de talla, cuatro pinturas de la vida del propio santo, el *Apóstol Santiago* y la *Aparición de Jesús á la Virgen,* y en éste, pasajes varios, relativos todos al *Bautista.*

Alzado el piso de la *Capilla Mayor* por medio de gradas, tiene su bóveda, que es de figura de concha, adornada con frescos; y en su retablo, corintio, son de notar preferentemente cuatro lienzos de buen efecto en los compartimientos laterales, con *San Juan, San Antonio* y *San Francisco,* así como el bello *Calvario,* que se muestra en el cuerpo arquitectónico con que termina. Sobre la reja del comulgatorio de las monjas, colocada en el muro del Evangelio de la *Capilla,* destaca, en hábito religioso, marmórea estatua yacente del venerable franciscano Fray Martín Ruiz, fallecido en olor de santidad á 25 de Agosto de 1364, la cual debió ser sin duda trasladada á semejante sitio después de la ruina de la antigua iglesia, y al instalarse las Concepcionistas en la que fue morada de los franciscanos (1), figurando encima seis cuadros de ningún valor pictórico, pero que representan hechos memorables de este religioso; y más arriba, un gran lienzo, con el retrato de la ilustre dama fundadora, doña Beatriz de Silva, á quien se aparece la Virgen, y en cuyo marco lleva una larga inscripción declaratoria.

Gran número de lápidas sepulcrales, casi todas labradas en pizarra, y ya tan desgastadas por la humedad y el uso que los epígrafes están por extremo borrosos ó completamente destruídos, llenan el pavimento de la iglesia, leyéndose en una,

(1) Supuesta la veneración inspirada por las virtudes de Fray Martín Ruiz, es de extrañar que al pasar al Convento de *San Juan de los Reyes* aquellos religiosos, no llevasen consigo los restos y el simulacro, aquí piadosamente conservados.

que lleva al centro varios escudos indescifrables y alrededor el cordón de San Francisco, las siguientes palabras, en que está la fecha, escritas en signos alemanes de relieve:

AQUÍ YASE IHOAN... AROYO QUE DIOS : AYA E ALUAR... ET LOPEZ DEL AROYO : FINO : AÑO : DE MDIII AÑOS.

Otra hay junto al altar de San Juan, que dice al medio, en cuatro líneas de capitales latinas:

ESTA SEPVLTVRA || ES DE MIGVEL ROD*(ri)* || GEZ LIBRERO E DE || SVS EREDEROS,

no faltando las que, debiendo ser enterramientos de caridad, tienen, con un número, escrita esta palabra solamente.

Humilde y desvencijada, abre en el tramo inferior del muro de la Epístola en la iglesia, vulgar puerta adintelada, que da hoy paso á hermosa y monumental *Capilla,* de grandes dimensiones y de planta cuadrada, la cual adosa al muro izquierdo del templo primitivo, y recibe indistintamente nombre de *Capilla de Santa Quiteria* y *de los Francos.* Ni más desconsolador, ni más triste, puede ser el espectáculo que ofrece ha muy largos años, sin que nadie se haya nunca preocupado para nada de aquel que fue en realidad monumento suntuoso y bello, erigido como *Capilla* sepulcral, y que todavía conserva restos de su pasada grandeza. Arrancado el pavimento; manchados los muros como de pústulas vergonzosas por toda clase de suciedades; llenas de polvo las pronunciadas ojivales nerviaturas de su elegante bóveda, en las arandelas de las cuales han colgado sus nidos las viajeras golondrinas; rotos y aportillados los muros, dejando al descubierto, ora la regocijada luz del sol, que allí nunca penetra por ninguna otra parte, y con ella las verdegueantes ramas de los árboles ó de las plantas crecidas en el corral inmediato por Oriente, que fue también no menos suntuosa *Capilla* (1), ora la sombría obscuri-

(1) Arruinada por completo, conserva en los arranques de la bóveda

dad de una construcción, cuyo paso obstruyen al Mediodía hacinados montones de tierra y de cascote, y ora la fábrica de ladrillo, á Ocaso, del muro de la iglesia primitiva; removidos los enterramientos, y presentando entre el ripio los huesos de aquellos que allí buscaron paz y eterno reposo, las estatuas yacentes mutiladas, las urnas abiertas, los epígrafes arrancados, todo enmohecido, todo pregonando cuánta y qué grande es la vanidad humana, y qué miserables y perecederas son, sin embargo, su condición y su naturaleza.

Ya al ser escrita la *Toledo Pintoresca* en 1844, estaba «medio arruinada»; en 1848 se hallaba «en el estado más deplorable», según la expresión de un escritor á quien adelante mencionaremos; en 1851 declaraba Assas en su *Indicador toledano* que se encontraba «en estado ruinoso»; en 1857 continuaba de igual manera, y en 1890 la calificaba de «triste y abandonada ruina» el Vizconde de Palazuelos, al hacer mención de ella. Y sin embargo, á lo que parece, no es lícito echar sobre el ya pasado siglo XIX la fea mancha de haber provocado, aunque sí favorecido indiferente, la destrucción de aquel sepulcral recinto, mucho más importante en el concepto arquitectónico que la pobre iglesia del *Convento*. Pueril tradición piadosa dan los escritores como causa de la fundación, que el P. Quintana Dueñas atribuye en 1393 á cierto vecino de Toledo llamado Pedro Fernández, refiriendo en 1416 su reedificación total al Notario apostólico Diego García de Amusco, que es aquel á quien la tradición alude (1), y asegurándose que «consta» fue

---

heráldicos blazones de los *Palomeque*, y entre otros restos, un muy gracioso ventanal tapiado, de estilo mudejar, interiormente lobulado; llámanla *Capilla de los Palomeque*.

(1) Cuéntase que «por los años de 1454» vivía en Toledo el dicho García Amusco, «el cual, por no jurar á Dios nuestro Señor ó á sus santos, tenía costumbre de hacerlo diciendo á menudo *por vida de Santa Quiteria*, creyendo de buena fe ser aquel nombre fantástico, y que tal santa no existía». Aconteció, no obstante, «que, estando una noche solo y recogido en su lecho, se le apareció la santa Quiteria con gran resplandor y claridad; reprendióle ásperamente su atrevimiento y osadía, y pregun-

otra vez reedificada «y dió nuevo sér á esta *Capilla* en 1527» el maestro en Teología Enrique Alvarez, «y que poco después recayó su patronato en la noble y antigua familia de los Francos, muy conocida en Toledo por aquellos tiempos, y de la cual ni aun queda vestigio en éstos» (1).

No se han menester grandes esfuerzos para comprender que, con efecto, el edificio actual es obra del siglo XV, como lo atestigua su bóveda, de ocho cascos, con faldón y nervios, apoyada en finas columnillas de jaspe y en salientes repisas con ángeles, tenantes de escudos, en los cuales, así como en el de la arandela de la clave, destaca una cruz flordelisada, emblema de los Francos, y que la reedificación de 1527, hecha por Enrique Alvarez, ni fue tal reedificación, ni ha de llevarse á tal fecha, cuando hay enterramientos anteriores de la familia mencionada, cuyas armas figuran, como queda dicho, en miembros de construcción que no han podido ser labrados después de la data consignada, indicándose que «sin saber por qué, desde mediados del siglo XVII, resfriando el culto, y cesando la frecuencia de acudir á esta *Capilla,* vino á quedar en un total desamparo y casi olvido, pues muchos que hablan de las cosas de esta ciudad no hacen de ella la más pequeña men-

---

tando él con gran temor quién era, le contestó la santa, añadiendo que si por el mundo la buscase, la hallaría...» «Quedó el buen ciudadano muy triste y desconsolado..., y muy luego determinó y puso en práctica el buscar el sitio y lugar donde se la veneraba.» Hallóla en la Gascuña francesa, y de vuelta á Toledo, mandó edificar la *Capilla* para desagraviar á la santa virgen y mártir, disponiendo que se hiciese fiesta anual el 22 de Mayo, día del martirio de la virgen, «la cual se viene practicando por muchos años á expensas de los patronos, y durante ella bendecían unos panecillos pequeños, que servían para curar el mal de la rabia, acudiendo á ese fin muchos atacados de ese mal» (D. Nicolás Magán, *La Capilla de Santa Quiteria,* artículo publicado en el *Semanario Pintoresco Español,* año de 1848, pág. 58, de quien copia Parro, t. II, págs. 151 y 152, y á quien extracta Palazuelos, pág. 1105, nota).

(1) Magán, art. cit.

ción» (1), con lo que parece acreditarse que la ruína de este monumento arranca de los días de Felipe IV.

Si bien hubo de tener natural y necesaria comunicación con la iglesia del *Convento,* la cual pudo ser, aunque en otra forma, la que en la actualidad presenta,—dada la importancia de la festividad establecida el 22 de Mayo y la concurrencia de devotos que supone, ofrécese como verosímil contase con propio é independiente ingreso desde el exterior, abierto en el costado meridional, quedando distribuído su recinto en diez arcos sepulcrales, tres en cada uno de los costados de Oriente y Ocaso, y uno á cada lado de las puertas del Norte y Mediodía, ó lo que es lo mismo, en tres huecos de asemejables dimensiones por lado. No conservan todos ellos su primitiva forma, cual acontece también con los arcos sepulcrales, cautivando desde el primer momento la atención el que de éstos se muestra en el ángulo SE., que es el primero también del costado oriental, á la derecha de la antigua entrada exterior, hoy obstruída. Distinto de cuantos por lo común aparecen en los templos, hállase labrado en negra pizarra, y adosado completamente al ángulo, afecta en su conjunto rectangular y entrelarga configuración, que le da muy singular é interesante aspecto.

Soportado por finas columnillas de pizarra que, sobre molduradas repisas de blanco mármol levantan encima de la urna, voltea el arco, que es de tan ligera curvatura, como para resultar casi adintelado, con calada guarnición colgante de seis ondas y tres lóbulos en cada una, surgiendo á los lados, en los arranques del arco referido, el escudo de los Francos con la cruz flordelisada en relieve, y una flor de lis en cada extremo. Parten de allí, naciendo de la propia archivolta, los brazos del conopio que forman al unirse un triángulo en el centro, ocupado por otro escudo mayor con el mismo emblema, el cual apoya en los brazos ó vertientes del mencionado conopio,

(1) Magán, loc. cit.

flanqueado por dos esbeltos pinaculillos ornados de follajes y con su correspondiente resaltado grumo, brotando de las referidas vertientes bien talladas hojas de cardo y dos leñosos vástagos que se entrecruzan con igual adorno para llenar el espacio que media entre el conopio y los pináculos, no sin que entre la decoración vuelva á aparecer de nuevo el blasón heráldico que da carácter á la *Capilla*; un lambel horizontal y pronunciado encuadrando el conjunto de este frontón, pone término finalmente al mismo, dibujándose sombrío sobre la manchada superficie del muro.

De pizarra también la urna sepulcral, ricamente entallada, presenta al centro láureo circular medallón en relieve, conteniendo el torso de una figura femenil, desnuda, suelto el cabello y las manos, ya mutiladas, unidas en actitud orante, quizás en representación de la Esperanza, acompañando á éste otros dos medallones de líneas mixtas, con el blasón heráldico, y llenando los intersticios y la orla interior de la corona central, flores y hojas en relieve, ejecutadas con esmero. Encima de la urna, constituída en lecho funerario, rígida, labrada en pizarra y con hábito religioso, reposa la yacente estatua, sin cabeza, la cual debió ser de mármol blanco, como lo eran las manos y lo son los almohadones en que la apoyaba, quedando al descubierto en el fondo y en los costados del arco la fábrica de ladrillo, y sin que por ninguna parte aparezca rastro del epitafio, que ha desaparecido.

De menor altura, de medio punto, sin indicio ya de decoración y convertido en simple hornacina, el arco inmediato en el lienzo del Mediodía, como si se hubiera cansado de guardar por más tiempo los restos que le fueron confiados, presenta el espectáculo repugnante de huesos, fragmentos de escultura, cascote y tierra confundidos y en montón, húmedos y tristes, lo cual se reproduce en el arco extremo del mismo costado; en cambio, el lienzo occidental conserva sus tres arcos sepulcrales, bien que no todos en igual estado. Labrado en piedra, ya denegrida, apuntado con brotes de cardinas, cala-

dos colgantes, dos pináculos y revuelto grumo, bajo el cual aparece el escudo de los Francos,—el monumento del ángulo SO., sin inscripción alguna y muy destruído, ofrece aún en el fondo restos de labor ojival en relieve; la estatua yacente, de pizarra y descabezada, con cabezales de mármol blanco, y el frente de la urna, semejante al de la del arco ya descrito en el muro contrapuesto, asimismo de pizarra, y ostentando de perfil en el medallón central una de las virtudes cardinales.

Más completo, de ancho voltel apuntado, que apoya en salientes repisas y se adorna interiormente, y á trechos regulares, por flores cuadrifolias; de resaltada periferia, donde surgen, cuatro rizadas hojas de cardo y graciosa palma en la clave, cuyo dibujo revela las influencias del Renacimiento, mientras calado festón de lóbulos recorre inferiormente la archivolta,—el segundo de los arcos carece también de epígrafe: muestra al descubierto, en el fondo la unión de la fábrica de la *Capilla* con la del cuerpo la Epístola de la antigua iglesia, distinguiéndose los arranques de un arco de herradura, tiene bulto yacente de pizarra, sin cabeza y sin manos, como todos, sin almohadones, en traje talar, cuyos pliegues señala el polvo desprendido en tantos años, y en el frente de la urna, de obscura pizarra y disposición idéntica á la de las demás, destaca dentro del medallón del centro la figura en relieve de la *Justicia*, entre los escudos heráldicos de la familia misma de los Francos.

Corresponde ya al estilo plateresco el tercero y último de los monumentos sepulcrales de este costado occidental, no sin que en él se transparenten reminiscencias ojivales. Forma un cuerpo arquitectónico de yesería ó estuco, flanqueado de pilastras llenas, así como sus pedestales, de bellos relieves, coronadas por capiteles corintios, que soportan el entablamento donde tres grupos, de dos geniecillos alados cada uno, desnudos y afrontados, que se resuelven en floridos vástagos, presentan en la parte central el blasón ya indicado de la familia, y á los lados otro de diversa figura, cuya empresa

ha desaparecido; sobre el saliente cornisón, labrado y moldurado, voltea el frontón, curvilíneo, con una palma igual á la que hace de grumo en el sepulcro anterior, como remate, y una estatuilla en pie, vestida y descabezada, en el extremo izquierdo, con un escudo sin empresa, resto de las dos que acompañaban el frontón referido, en cuyo tímpano destaca, en alto relieve, dentro de una corona de laurel, la Faz de Jesucristo, presentada de frente, con un ángel vestido, alado, y arrodillado á la una y otra parte de la corona, y largo cirio sujeto con ambas manos. De medio punto el arco, mientras en las enjutas lleva por todo adorno un vástago de no buen dibujo, cuelgan de él á modo de vistoso festón, cinco calados caireles compuestos de contrapostas y follajes graciosamente dispuestos, resaltando en el fondo sencilla repisa que sostuvo alguna efigie, y leyéndose, no sin dificultad, en la blanca lápida colocada en el grueso del arco, á la parte de la cabecera, en cuatro líneas de capitales latinas que estuvieron tocadas de negro, el epitafio en la siguiente forma:

AQVI ESTA SEPVLTADO EL ONRADO CAVALLER°
TESORERO : LORENÇO SVAREZ FRANCO : CON
LA : SENORA : ELVIRA SVAREZ : SV MVGER
QVOS . AMOR CONIVXIT . ET . MORS . NON . DISIVNXIT

Sobre el lecho descansan dos estatuas yacentes de pizarra, descabezadas y sin manos, con almohadones del mismo material, en el que está de igual manera labrado el frente de la urna, con dos grandes y resaltadas coronas de laurel, que tuvieron al medio, al parecer, un escudo, y entre las cuales se declara en seis líneas de capitales incisas, que aquellos felices esposos á quienes unió el amor y no pudo separar la muerte:

FALLECIERON || NVEVE DE SE || TIENBRE AN° || DE MILL QI
|| NIENTOS || I TRES

El arco inmediato, ya en el muro septentrional, donde se abre la actual entrada, es también de medio punto; pero ha perdido toda su decoración, conservando en recompensa, aun-

que mutilada, la estatua yacente de un caballero, cuyo nombre no es dable conocer por no existir el epitafio, y el frente de la urna, de pizarra como la estatua, bellamente labrado, con una rama de encina en relieve y dos escudos, uno de ellos, el de la izquierda, correspondiente á los Francos, y con un león asido á una rama el de la derecha. Desornado el compañero de este muro, no tiene ya sino la tapa tumbada de la urna, con grandes vástagos, y un escudo de cuatro cuarteles timbrado por un yelmo, y encima, empotrada en el fondo, la lápida rectangular, que en ocho líneas de capitales latinas negras, dice:

AQVI YAZE EL D° LVIS BELLVGA
DE MONCADA LETRADO JVRISTA
BARON INSIGNE POR CVYAS LETRAS
PRVDENCIA Y BONDAD FVE MVI AMADO
DE TODA ESTA REPVBLICA FALLECIO
A X DE MAYO DE 1584 . Y ESTA SEPVLTADA
DOÑA GIOMAR BAZQUEZ FRANCO
SV MUGER MVRIO A 28 DE OTVBRE DE 1597

Hace juego con el del tesorero Lorenzo Suárez Franco, en al ángulo NE. y contiguo al anterior, otro arco de igual naturaleza, que es el primero del muro de Levante, plateresco, apilastrado, con una serie de cabezas en relieve en el entablamento, el escudo de los Franco al centro, una cariátida encima, y á los lados, otros grandes escudos y guirnalda de frutas; no existe al interior ni urna ni estatua yacente, y sí sólo, empotrada en el fondo, otra lápida con ocho líneas de escritura igual á la del epitafio del Doctor Luis Belluga, diciendo:

AQVI YAZE EL DOCTOR PEDRO
VAZQVEZ FRANCO CLERIGO
LETRADO JVRISTA INSIGNE
DEXO DOTADA EN ESTA CAPILLA
VNA CAPELLANIA CON CARGO
DE TRES MISAS CADA SEMANA FA
LLESCIO A 14 DE ABRIL DE 1569
ANOS REQVIESCAT IN PACE

Tal es lo que resta de aquella sepulcral construcción, entre cuyos escombros todavía aparece otra mutilada estatua yacente, y cuyo pavimento debió ser rebajado al nivel que hoy presenta, después y con motivo de la traslación de las Concepcionistas, pues de ello es clara señal la altura á que se muestran las urnas y los arcos. Lástima grande es en verdad que, abandonada cual se halla, desaparezca al fin agobiada por su propia pesadumbre, como ha ocurrido con la inmediata de los Palomeque, de la cual nadie habla; y ya que á la Comunidad no le es cumplidero atender á la reparación de este edificio; ya que está indefectiblemente condenado á desaparecer, meritoria empresa sería la de salvar lo que resta de aquellos enterramientos que, á pesar del estado en que se hallan, son interesantes, así en la relación arqueológica como en la artística, pues aún es tiempo, si no al *Museo Nacional,* por lo menos al trasladándoles, de la provincia, donde darán siempre testimonio de nuestra cultura, como ejemplares no desprovistos de originalidad y de importancia.

No ofrecen ninguna ciertamente, las otras dos capillas correspondientes á la iglesia, y de las cuales la del lado del Evangelio da paso al interior del *Convento.* Al trasponer sus umbrales, no es ya sólo el afán de contemplar bellezas artísticas ignoradas lo que guía al visitante á quien ha de preocupar desde luego la afirmación de que se conservan en la clausura «varios salones del antiguo alcázar de Galiana, con magníficos artesonados arabescos y otras muestras de la suntuosidad de aquel célebre edificio que en tantas fracciones se partió y por tantas vicisitudes ha pasado» (1), sino el noble y legítimo anhelo de la investigación indispensable para las

(1) Parro, Op. cit., t. II, pág. 149.—Más desconfiado el Vizconde de Palazuelos, dice: «En el interior del convento consérvanse, á lo que parece, hermosos restos del antiguo real palacio de que este edificio formó primitivamente parte, tales como notables artesonados, preciosas puertas y fragmentos decorativos arábigos y mudejares (¿?): detalles todos que impide examinar la clausura en que se hallan» (*Guía práctica,* pág. 1101).

aseveraciones de la Historia; el deseo de comprobar con testimonios irrefutables cuanto la tradición asegura, ya fundada en indicios verdaderos y ciertos que el lapso del tiempo desvirtúa ó exagera y saca de quicio, ya nacida de aberraciones ó supuestos, ó de quimeras y fantasías de poetas y noveladores, de escritores crédulos y apasionados á quienes lo maravilloso fascina y deslumbra con falsos resplandores. Porque quizás allí, detrás de aquellas puertas cerradas para todo mundanal ruído; en aquella santa casa, consagrada únicamente á la vida espiritual y contemplativa, y á donde no deben haber llegado las vibraciones trastornadoras de la vida social en tantos años, quizás el investigador encuentre pruebas, por ligeras que sean, bastantes sin embargo, para persuadirse de que, con efecto, tuvo su emplazamiento en aquel sitio la sub-urbana *Basílica Pretoriense de San Pedro y San Pablo* en los días de la dominación visigoda, y lo tuvieron después los palacios de aquellos desvanecidos régulos cuya magnificencia, tan celebrada en las historias, parecía exceder la de los fastuosos Califas de Al-Andálus.

Y así como ante lo desconocido y arcano vacila y tiembla el flaco espíritu, sentirá el ánimo vivamente conmovido, aunque alentado por la esperanza, siempre lisonjera, cuando solemne y silenciosamente penetre en aquel santo lugar de recogimiento, no alejado ni desvanecido por completo el temor invencible de que resulten fallidos sus anhelos. Cerrado por ambas partes, preséntase en primer término un claustro, cubierto por sencilla bóveda de ojival crucería, cuya antigüedad, si pasa del siglo XIV, no llega á más del último tercio del XIII; obras muy posteriores, de comodidad sin duda para las religiosas, han deformado ya la construcción, bien que sin borrar en absoluto los rasgos de su fisonomía, y por esto, al desembocar del pasillo de ingreso desde la iglesia, cortado aparece é invalidado hermoso arco de mudejar yesería, á cuya izquierda se abre con menor altura otro de igual progenie, que fue sepulcral tal vez desde un principio, si no tuvo otro fin en

la decoración primitiva. Llevan ambos saliente cornisón de colgantes estalactitas, que por la parte superior los cierra, y sobre él, á cada extremo, presentada de frente, con aquella ingenuidad convencional de los artífices orientales, resalta de estuco la figura de un león, semejante en un todo á otros leones que se muestran todavía en varios edificios mudejares de Toledo.

Debajo de los leones, y en caracteres nesji, á que también decimos africanos, talladas en relieve se hallan las palabras: *El señorío, el poder, la felicidad;* y al paso que en la mocheta del cornisón del arco sepulcral se reproduce y repite en igual linaje de escritura muy menuda la vulgar leyenda optativa, tantas veces ya copiada y reducida á la frase *la felicidad y la prosperidad,*—en la cual ha de sobreentenderse siempre el complemento *para mi dueño,*—parece entenderse en la mocheta del cornisón del arco inmediato y cortado, las no menos vulgares frases, *el poderío permanente, el señorío perpetuo.* Encuadran la menuda y vistosa labor de uno y otro arco, que son angrelados, las fajas del *arrabaâ* que las circunscribe, estrechas, y donde sobre el picado *at-taurique* del fondo, multitud de veces repetidas, se advierte en signos cúficos de resaltado y corriente dibujo, las palabras: *Misericordia cumplida. Salvación.*

Conserva el arco mayor la coloración verde de su única enjuta visible, lo cual no ocurre en el sepulcral contiguo, que está encalado, y tiene en el intrádos labor de tracería, con escudetes en los centros de los cuadros, bella combinación romboidal, con resaltadas *tenas* de sabor granadino decorando el fondo, y al medio, en éste, con delicada guarnición de estuco, en la cual son reparables ojivales reminiscencias, una lápida de blanco mármol, y nueve líneas de capitales alemanas en relieve, doradas, que destacan alternativamente sobre fondo azul ó blanco, y dicen, reproduciendo modelo de que hemos hallado ejemplares, así en la *Catedral* como en *San Lucas* y en otras varias partes, según recordarán sin duda los lectores:

✠ UITA ⋮ BREUIS ⋮ MISE
RA ⋮ MORS ⋮ EST ⋮ FESTI
NA ⋮ SEUERA ⋮ ECCE ⋮ DO
MUS ⋮ CINERIS ⋮ SI UIUIS
HOMO ⋮ MORIERIS ⋮ OB
IIT ⋮ LUPUS ⋮ FERNAND
I ⋮ MILES ⋮ ULTIMA ⋮ DIE
APRILIS ⋮ ERA ⋮ M ⋮ CCC
Q U I Q G E S I M A (1).

Sobre lo que fue enterramiento, hay, á modo de estación, colocada una escultura en madera pintada, que parece corresponder á los últimos tiempos del siglo XV, representando *La aparición de Jesús á la Magdalena*, y empotradas á cierta altura en los muros de uno y otro lado del ala occidental del claustro, se muestran varias otras lápidas sepulcrales, procedentes de sepulturas del mismo claustro, interesantes, más que nada, por sus fechas, alguna de las cuales patentiza que no pudieron ser ni doña María de Molina ni su esposo don Sancho IV, quienes hicieron donación de esta parte de las Casas Reales á los Observantes de San Francisco, según afirman los escritores, sino que hubo de ser don Alfonso X *el Sabio* quien instaló aquí á los referidos religiosos. Hállase la primera, dado el orden en que aparecen, en el muro de la izquierda; tiene marco ó guarnición de yesería mudejar, y la leyenda consta de nueve lineas también de capitales alemanas en relieve, diciendo:

AQI ⋮ YAZE ⋮ IOHAN ⋮ ALFONS
O ⋮ FIIO DE ⋮ PER ⋮ IUANES ⋮
EL ⋮ ALCALDE ⋮ CRIADO (2) DE
L ARÇOBISPO ⋮ DON ⋮ GONÇ
ALO (3) ⋮ Q DIOS ⋮ PERDONE

(1) Era 1350. Año 1312 de la Encarnación.

(2) No juzgamos inútil advertir que la voz *criado* no era á la sazón sinónima de sirviente, sino que expresaba haber sido criado bajo la tutela ó el cuidado de otro.

(3) Don Gonzalo Díaz Palomeque (1299 á 1310).

FINO ⁝ DOMINGO ⁝ XVIII ⁝ DI
AS ⁝ DEL MES ⁝ DE ⁝ FEBRER
O ⁝ ERA ⁝ DE ⁝ MIL ⁝ E ⁝ CCC ⁝ E ⁝ O
9 CHENTA ⁝ E ⁝ TRES ANOS (1).

Inmediata á la anterior, y revelando que todas ellas han sido removidas de su lugar propio con ocasión de algunas de las obras en el claustro ó en la iglesia antigua ejecutadas, acaso de la derruida *Capilla de los Palomeque* muchas de ellas,—la segunda, que tiene orla pintada de oro, se halla colocada al revés; tallada en estuco, cuéntanse en ella diez líneas de capitales alemanas que componen su epígrafe, en alguna de las cuales están estropeadas las letras, blancas sobre oro, habiendo correspondido, á lo que parece, al padre del Juan Ibáñez mencionado en la lápida precedente, y reproduciendo el modelo de la primeramente copiada, dice de esta suerte:

✠ UITA ⁝ BREUIS ⁝ MISERA
MORS ⁝ EST ⁝ FESTINA ⁝ SEUERA ⁝
ECCE ⁝ DOMUS ⁝ CINERIS ⁝
SI UIUIS ⁝ HOMO ⁝ MORIERIS ⁝
5 CUM ⁝ FEX CUM ⁝ LIMUS ⁝
CUM ⁝ RES ⁝ UILISIMA SIMUS ⁝
UNDE ⁝ SUPERUIMUS ⁝ AD TERR
A ⁝ TERRA ⁝ REDIMUS *(sic)* ⁝ FINO ⁝ DON PER
IUANES (?) ⁝ EL ALCALDE ⁝ XXUIII DIAS
DE MAYO ⁝ E ⁝ M ⁝ CCC ⁝ XXXU (2).

En el muro opuesto de la derecha destaca la tercera, con otras diez líneas de capitales alemanas en relieve, cerradas por una orla de círculos, y acomodándose en su redacción castellana á otro modelo usual, declara:

✠ AQI ⁝ YAZE ⁝ ARYAS ⁝ FERADES
DE ⁝ GALLISIA ⁝ ESTE ⁝ CAUALLO

(1) Año 1345 de la Encarnación.
(2) Año 1297 de la Encarnación.

FUE ⁝ MUY ⁝ BUENO ⁝ E ONRADO
E ⁝ DE ⁝ BUENA ⁝ UIDA ⁝ E SIERUO
DE ⁝ DIOS ⁝ FINO ⁝ EN ⁝ TOLEDO
MARTES ⁝ UI ⁝ DIAS ⁝ ANDADOS
DEL ⁝ MES ⁝ DE ⁝ OCHUBRE
ERA ⁝ DE ⁝ MIL ⁝ CCC ⁝ XXXXII (1):
AÑOS ⁝ Q ⁝ DE DIOS ⁝ AYA ⁝ DESPDO (2)
FAZED ⁝ POR ⁝ NOS ⁝ ORACION

Otras dos lápidas más hay en el claustro, la una con guarnición de yesería, ya rota, y nueve líneas de la misma escritura, leyéndose, repartida en las siete primeras, la moral advertencia que empieza: *Vita brevis misera,* etc., y en ésta y las dos últimas:

. . . . . FINO
DO ⁝ IUAN ⁝ DALCARAZ ⁝ XXU
DIAS DE ENERO ⁝ ERA ⁝ M ⁝ CCCXXXX (3).

Más interesante la otra lápida por su fecha, consta de ocho líneas, también de capitales alemanas, y dice:

✠ AQUI ⁝ YAZE ⁝ DON ⁝ GOÇALO ⁝ ES
TEUA ⁝ Q ⁝ DIOS ⁝ PDONE ⁝ ESTE
CAUALL° ⁝ FUE ⁝ MUY ⁝ BUENO
E ONRADO ⁝ E DE ⁝ BUENA
UIDA ⁝ E SIERUO ⁝ DE ⁝ DIOS
FINO ⁝ XX ⁝ DIAS ⁝ ANDADOS
DE ⁝ OCHUBRE ⁝ ERA ⁝ DE
MIL ⁝ CCC ⁝ XUIII (4).

Todavía en el ala occidental hay, convertido en alhacena, otro arco de yesería mudejar, que fue compañero de los pri-

(1) Año 1304 de la Encarnación.

(2) Es la deprecación tan usual en los poemas de este tiempo, aunque mal escrita aquí: *que de Dios ayades perdón, fazed por nos oración.*

(3) Año 1302 de la Encarnación.

(4) Año 1280 de la Encarnación.

meramente citados, y resto como ellos de la antigua construcción ó reedificación, hecha probablemente en los días del hijo de San Fernando, advirtiéndose en él, en escritura cúfica, las frases ya copiadas, como en la orla del arco ó ventana tapiado, que creemos recordar en el fondo, figura la leyenda también copiada arriba.

No menos vulgares son las inscripciones del friso de colgantes de yesería que decora en el ala de ingreso, y en pos del arco sepulcral mencionado, la entrada al *Coro bajo*, departamento espacioso cuyos muros cubre con varios retablos, no escaso número de imágenes de talla y de tamaño natural, y que comunica con el presbiterio de la iglesia por medio del comulgatorio colocado bajo la sepultura del venerable Fr. Martín Ruiz, de que hablamos á su tiempo. Como en aquélla, el pavimento se halla casi formado de losas sepulcrales, entre las cuales figuran la de doña Ana de Bozmediano, mujer de Hernán Pérez de Ayala, fallecida en 1529; la de doña Ana del Águila, abadesa del que allí se intitula monasterio, muerta en 24 de Noviembre de 1582; la de otra abadesa del mismo, llamada doña Isabel de Toledo, quien vivía ya en la XVII.ª centuria, y, demás de los que correspondiendo á la anterior, van adornados de muy bellos y pronunciados relieves, entre los cuales aparecen blasonados escudos, la que con orla de alemana escritura en resalto ha sido allí acomodada posteriormente, pues se halla cortada por desventura, y dice:

AQUI ⁝ IAZE DIEGO ⁝ GARCIA ⁝ Q DIOS ‖ PDONE FIIO DE DON DIEGO GARCIA SENOR DE MAQDA ⁝ REPOSTE[*ro..... el qual finó en s*]ERUICIO DEL REI DON ENRIQ. ERA DE MIL E CCCC ⁝ UII AÑOS (1)

En balde será, prescindiendo de la pequeña reja plateresca que con el escudo de los Mendoza rodea y cierra el altar prin-

(1) Año 1369 de la Encarnación. En otro pedazo de losa inmediata á ésta, y que debió pertenecer al enterramiento de un hijo del dicho Diego García, se hallan las palabras: *.....fiio de don Diego Garcia Adelantado, é finó.....*

cipal del coro bajo; en balde será, repetimos, que el investigador se afane buscando reliquias de la edad visigoda y de la muslime en el *Convento*, pues no aparecen por ninguna parte, en balde que, con el propósito de inspeccionar lo que es de la fábrica posible, se apresure á bajar por no usada escalera á la capilla subterránea, colocada debajo de la *mayor* de la iglesia: no encontrará sino muros de mampuesto y de ladrillo, bóvedas de traza ojival del siglo XIV, y tendida en el removido y polvoriento suelo, una losa sepulcral de mármol, con el busto en alto relieve de un caballero, de faz larga y barbada, vestido el hábito franciscano, cordón de la Orden en torno de la orla, y en ella la siguiente inscripción en letra alemana de relieve:

AQUI YAZE DIEGO || MARTINEZ QUE DIOS PERDONE CONTADOR MAIOR DEL ARÇOBISPO DE T || OLEDO (1) QUE FIZO || ESTA CAPILLA Q FINO UIERNES SEIS DIAS DE DEZIENBRE ERA DE MIL E CCCC XIX ANOS (2)

Nada queda tampoco ya de la capilla que fundó Diego Martínez: los muros presentan al descubierto su construcción, como las bóvedas, y sólo ante la losa referida, medio desmoronada, se levanta la ancha mesa de altar, de fábrica, y en el fondo del lienzo á que adosa, por bajo de la ventana que da escasa luz al recinto, sobre el enlucido se advierten los trazos borrosos de pintura al fresco, al retablo correspondiente, como en la *capilla de San Jerónimo*.

Subiendo á los pisos superiores, en el llamado *Patio de los Algibes*, el único resto que podría servir de indicador es un trozo de capitel latino-bizantino, sobre tres trozos de fuste de mármol almendrado rojizo; y revelando la mano de los artífices del siglo XV, en el muro de la derecha, conforme se entra, bellísimo ajiméz mudejar, cuya reproducción figura en los *Museos* (3), y que en buen estado de conservación, se halla com-

(1) Don Pedro Tenorio (1376 á 1399).

(2) Año 1381 de la Encarnación.

(3) Consérvase armada la una en el *Arqueológico Nacional*, y sin armar la otra, en el *Provincial*, de Toledo.

puesto por un hueco, cuadrado casi, dentro del cual voltean entrelazados dos arquillos ojivales, apoyados en tres columnillas de fuste de pizarra con basas y capiteles blancos, ornados de rosas y coronas de laurel, archivoltas de baquetones, con calados mameles, formando aquéllas, al cruzarse, un arco rebajado de medio punto, y dos secciones contrapuestas de otro, arquitrabe de dos órdenes de circulares dobles vástagos tangentes y entre sí anudados, con picada y abierta hoja de vid al centro, y racimos colgantes, y aletas, en fin, de tracería, de sencilla aun y pobre combinación, con grandes flores tetrafoliadas y botón resaltado en los polígonos que resultan del cruzamiento regular de las líneas.

Adórnase el *claustro alto* con varias portadas guarnecidas de yesería plateresca, encalada, siendo de reparar que en la de la puerta de ingreso al *coro* se ostenta un águila en el centro; y ha poco que en la entrada al referido *claustro* ha sido descubierta una pintura al fresco, obra estimable del siglo XVI, en la que aparece representada *Nuestra Señora de las Angustias,* conservándose de la letra que figuraba en torno la exclamación latina: *O vos qui transitis per viam, attendite et videte...* Guárdase en el *coro alto*, conteniendo una reliquia de *San Jerónimo*, hermoso relicario del Renacimiento, que parece de arte italiano: tiene el pie de ébano, y en él, convenientemente repartidos, los cuatro evangelistas de plata repujada, y pequeñas cabezas de alados querubines; un *Nacimiento de Jesús*, de menuda labor, en el ruedo, y otro grupo además, con adornos de contrapostas y varias labores, todo labrado con tal minuciosidad y perfección al propio tiempo, que causa maravilla, y hacen de este relicario joya de mérito indisputable, cuya procedencia desconocen, ó no nos dijeron por lo menos, las religiosas.

En la *Sala Abacial*, situada en estos pisos superiores, y desde la cual se disfrutan hermosas vistas sobre la Vega y el Tajo, consérvanse con todo cuidado, bajo urnas de cristal, cuatro muy estimables grupos en barro cocido y pintado que, res-

pectivamente, representan *La educación de la Virgen*, *La huída á Egipto, San Antonio de Padua* y *El tránsito de la Magdalena*. Son obra de la notable escultora sevillana doña Luisa Roldán y Mena, hija del escultor Pedro Roldán, nacida en 1656, y nombrada por Carlos II su escultora de Cámara, casada con don Luis de los Arcos, y fallecida en Madrid el año 1704. De ella existen diversas esculturas en su patria, en El Escorial, en Madrid, y en otras partes, citándose en este último punto la que se custodia en el guarda-joyas de Palacio, «grupo de barro que representa á Santa Ana dando lección á la Virgen niña, y ángeles que la acompañan» (1), que ha de ser semejante al grupo en primer lugar citado por nosotros en la *Sala Abacial* de este *Convento*.

De él salimos por una puerta contigua á la capilla absidal de la antigua iglesia, con el triste convencimiento de que, á no remover los cimientos de aquella casa, nada subsiste en ella de cuantas maravillas fantasearon los escritores, y el de que, labrado ó comenzado á labrar sobre los restos del palacio arábigo un edificio del siglo XIII, para habitación de los reyes, por ventura, al cual bien pudiera pertenecer los restos mudejares del claustro bajo, cedido el edificio por Alfonso X, antes de 1280, á los franciscanos, á ellos y á sus herederas las monjas concepcionistas, es decir, á los siglos XIV, XV y XVI, haciendo caso omiso de los posteriores, son debidas las obras y reformas de cuanto existe, sin que hayamos, no obstante, encontrado ni las techumbres esplendorosas, ni los salones suntuosos que allí soñaron y dieron por ocultos en la clausura los que de las cosas de Toledo tratan (2).

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS.

---

(1) Cean Bermúdez, *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España*, tomo IV, págs. 235 á 239.

(2) Este artículo formará parte del libro *Toledo histórica, monumental y artística*, que el autor prepara para la imprenta.

DOS FRACASOS

(Recuerdos de 1865.)

I

EL FRACASO DE «JUAN LORENZO»

Don Antonio García Gutiérrez, el autor celebrado de *El Trovador*, de *El Paje*, de *Un duelo á muerte*, había logrado uno de los éxitos más ruidosos de su gloriosa carrera de autor dramático en la hermosísima obra *Venganza Catalana*, cuyas representaciones llenaron, casi por completo, dos temporadas teatrales y proporcionaron á la empresa grandes ganancias.

No es extraño, por consiguiente, que el estreno de *Juan Lorenzo*, drama del mismo *García Gutiérrez*, presentado por su autor inmediatamente después de *Venganza Catalana*, fuese esperado con inusitada ansiedad por cuantos, en aquel entonces, dedicaban alguna atención á los asuntos teatrales, que—á decir verdad—no eran muchos.

Para que esa verdadera ansiedad existiese y se acrecentara de día en día, hubo razones muy poderosas; pero de cuyo peso y de cuya eficacia no es posible formar una idea hoy, después de transcurridos muy cerca de cuarenta años y cuando la manera de ser de nuestro público se ha transformado por completo.

Está claro que la justa fama y el envidiable renombre del

autor eran, como lo serían ahora en casos análogos, la causa principalísima de esa excitación anormal observada en los círculos literarios; pero es justo decir que, en aquella ocasión, existían, á más de esta, otras razones muy poderosas para determinar preocupación tan generalizada.

Sabíase que el censor de teatros, salvando (así lo decía en su informe) todos los respetos debidos al ilustre dramaturgo y reconociendo paladinamente el mérito indiscutible de *Juan Lorenzo*, como producción artística, se había creído en el deber de prohibir las representaciones de la obra, por considerarla peligrosa; viendo precisamente en la bondad del drama su mayor peligro en aquellos momentos. Se sabía también que García Gutiérrez, no conformándose con tal determinación de la Censura, había pedido, con arreglo á las disposiciones vigentes entonces sobre esta materia, la constitución de un Jurado que ratificase ó casase la sentencia dictada por el censor de Teatros. Era igualmente conocido el acuerdo del Jurado, que después de calificar el drama JUAN LORENZO de OBRA MAESTRA, dejaba sin efecto la prohibición impuesta por la censura; decíase, en fin—aunque esto sólo como rumor vago y con referencia ó indicaciones más ó menos oficiosas de amigos íntimos del autor—que *García Gutiérrez,* cuya modestia, tal vez excesiva, era proverbial entre los literatos, se mostraba verdaderamente prendado de su *Juan Lorenzo;* drama del cual declaraba ingenuamente que «era el menos malo de cuantos había él escrito».

Por otra parte, cuantos conocían efectivamente (ó fingían conocer por pueril jactancia) la discutida obra del autor de *Venganza Catalana*, deshacíanse en elogios del nuevo drama jurando y perjurando que era verdadera maravilla del arte, prodigio literario, milagro del ingenio, y vaticinando al autor insigne un triunfo como no se registraba otro en los fastos teatrales de España.

Así las cosas, preciso habría sido que *Juan Lorenzo* fuese trabajo excepcional, no ya humano, sino divino, para que las

esperanzas concebidas no se viesen defraudadas en la representación. Aconteció, por consiguiente, lo que no podía menos de acontecer: el público á quien, como suele decirse vulgarmente, se había ofrecido montes y morenas, se llamó á engaño y recibió fríamente, casi con hostilidad, la asendereada y llevada y traída obra que, á duras penas, se mantuvo en el cartel seis días; antes que por el voto de los espectadores, que evidentemente le fue adverso, por condescendencia y respeto muy justificados de la empresa, la cual, por muchos motivos, debía esa consideración y ese respeto al ilustre García Gutiérrez.

Malos vientos corrían en aquel memorable Diciembre de 1865 para *García Gutiérrez:* en la noche del día 18 se estrenó en el teatro Español *Juan Lorenzo*, alcanzando, cuando más, un *exequatur* de mera cortesía; dos días después se estrenaba en el Circo la zarzuela *El Capitán Negrero*, también original de García Gutiérrez, y que si bien pudo vivir algunos días más que *Juan Lorenzo*, tampoco dió á su autor una victoria indiscutible, como las envidiables y ruidosas á que él estaba acostumbrado.

II

EL FRACASO DE VILLAREJO DE SALVANÉS

Al fracaso del poeta D. Antonio García Gutiérrez sucedió, con muy pocos días de intervalo, el fracaso del general Don Juan Prim.

Narrados se hallan por historiadores y por cronistas los sucesos de aquellos últimos tiempos de un reinado. Ni es necesario ya referir lo que tantas y tantas veces se ha referido, ni aunque la repetición conviniese, serían estos sitio y ocasión oportunos para atender á esa conveniencia.

No es posible prescindir, sin embargo, de algunas indicaciones acerca de los hechos políticos determinantes de aquella tentativa de Prim, fracasada en Villarejo.

El partido progresista hallábase á la sazón dividido y subdividido en varias fracciones, cada una de las cuales obedecía ciegamente á su *santón* predilecto. Pero, en realidad, todas aquellas fracciones se condensaban en dos grupos de verdadera importancia: el de los amigos incondicionales y entusiastas admiradores de Espartero, y el de los partidarios de Olózaga.

Los *esparteristas* deseaban, como su jefe, obtener, por medio de la lucha legal, un cambio de política iniciado por la Corona; D. Salustiano Olózaga, antidinástico sobre todo, acaudillaba á los elementos que pretendían apelar á procedimientos revolucionarios.

Ocasiones hubo, y no pocas, en que alentados por ofrecimientos reales ó imaginarios de la Reina, se creyeron los progresistas próximos á constituir gobierno, y en tales ocasiones aumentaba considerablemente, como es fácil comprender, el número de los defensores del respeto á la legalidad; pero cuando esas esperanzas halagüeñas se desvanecían, ó bien cuando su realización se alejaba indefinidamente, la fracción capitaneada y dirigida por D. Salustiano Olózaga engrosaba de un modo considerable. Esto sucedió en 1865 en que por la conjunción simultánea de varias concausas, cuyo examen sería impertinente aquí, el partido progresista se creyó sistemática y definitivamente excluído del turno pacífico para el disfrute del Poder, por los que algún orador hubo de llamar *obstáculos tradicionales* (locución que hizo fortuna entre los revolucionarios), y aprovechándose Olózaga de aquel estado de ánimo de sus amigos, pactó coalición con los demócratas; coalición que fue sellada por sendos brindis pronunciados á los postres de un banquete por el mismo Olózaga, en nombre de los progresistas, y por Emilio Castelar en representación de la democracia.

Aquel banquete fue sin duda el embrión del movimiento revolucionario que, después de varias intentonas fracasadas, acabó por prevalecer en Septiembre de 1869, cuando á los progresistas y á los demócratas coligados se unieron los hombres de la *unión liberal*.

Una de las intentonas á que aludimos fue la de Prim en Villarejo de Salvanés.

El partido progresista, sugestionado y requerido por Olózaga, enemigo implacable de Isabel II, había acordado resueltamente adoptar el retraimiento. Prim era entonces, como había sido siempre, contrario á esa conducta, pero acatando la decisión de su partido, creyó que era indispensable, una vez acordado el abandono absoluto de la lucha legal, acudir sin demora al terreno de la fuerza.

Porque decía él que *los partidos políticos militantes, cuando apelan al retraimiento, han de elegir inmediatamente una de estas dos cosas: ó tomar las armas, ó sucumbir bajo la pesadumbre del ridículo.*

No era hombre el General de escoger el segundo término, y, contra su voluntad, eligió el primero. Supuso, pues, una proyectada cacería en los montes de Toledo, y en la madrugada del 2 de Enero de 1866 salió de Madrid, acompañado por su antiguo amigo el Brigadier Milans del Bosch, por el Auditor de guerra D. Francisco Monteverde, por el Coronel Pavía (que ocho años después y casi en igual día, siendo Capitán General de Madrid, había de disolver las Constituyentes republicanas), y el periodista *Carlos Rubio,* inspirado poeta, literato notable y político poco afortunado.

«Halló Prim, como dice con exactitud un cronista de aquellos sucesos, algunas fuerzas que en Villarejo se le unieron; pero como gran número de los comprometidos faltasen, ya por accidentes fortuítos, ya por ineptitud de sus directores, ya porque (según el inolvidable Orense, que tanto conspiró durante su larga vida pública, de cada cincuenta que espontáneamente ofrecen sublevarse, cuarenta y nueve y medio no se mueven), después de andar varios días burlando la persecución de las tropas del Gobierno, decidió internarse con los suyos en Portugal, á donde llegó el 20 del mes susodicho sin una sola baja ni el menor signo de indisciplina en su pequeño ejército.»

Lo que no refieren los historiadores ni es probable que se

haga constar en libro alguno, es el motivo futil que impidió á una parte de las tropas comprometidas acudir al punto de reunión señalado, y que ocasionó tal vez el aborto de aquel movimiento.

Era muy común en aquel entonces contar, para casos parecidos, principalmente con los sargentos, que, viviendo en intimidad con el soldado, ejercían sobre él inflencia más directa y más inmediata. Solía contarse también con la oficialidad, compuesta, como es lógico, de jóvenes ya imbuídos en ideas liberales y ganosos de ascensos en la carrera; nunca, ó muy pocas veces, se podía contar con los Jefes de Cuerpo que todo Gobierno previsor y cauto escoge siempre entre personas de su confianza.—Acuartelado se hallaba en Alcalá un batallón, con cuyo auxilio contaba Prim incondicionalmente. Del comandante, amigo íntimo y deudo del General O'Donnell, se había prescindido; pero estaban en el complot Jefes, Oficiales y subalternos.—Habíase convenido en que á una hora previamente determinada—poco antes de amanecer—el capitán Espinosa penetrase en la cuadra y diera orden de formar á las dos compañías, cuya actitud era resuelta y unánime á favor del alzamiento. Realizado esto, el mismo capitán Espinosa habría de hacer, desde una de las ventanas del cuartel, señales á la oficialidad, que, reunida al efecto en una casa situada enfrente, observaría, detrás de las vidrieras, la aparición de las consabidas señales, para acudir inmediatamente al cuartel y formar las compañías restantes, sacándolas ya insurreccionadas.

Circunstancias que se relacionan con aventuras un tanto novelescas del Jefe, en cuya vida privada no hay derecho á penetrar, pero que se adivinan sin gran esfuerzo de inteligencia, motivaron que justamente en aquella noche misma, y á la hora en que había de intentarse la salida de la fuerza en rebelión, hubiera de llevar el asistente del comandante á los pabellones del jefe su capote de abrigo.

Era el tal capote, dentro de las condiciones reglamenta-

rias, prenda verdaderamente notable y que la oficialidad conocía á muchos metros de distancia.

La madrugada, como de Enero, era terriblemente fría; el asistente, cuya estatura discrepaba muy poco de la de su amo, pensó—y pensó bien— que aquel hermoso capote le abrigaría más colgado de los hombros y abotonado delante del pecho, que puesto al brazo y doblado cuidadosamente. Seguro de que en aquellas horas nadie había de sorprenderlo en aquella usurpación de indumentaria, hizo el asistente lo que había pensado, y bien resguardado del frío, levantado el cuello del capote y experimentando la *interior satisfacción* de que hablan las ordenanzas, dirigióse al cuartel, á donde llegó precisamente en el momento mismo en que la oficialidad del batallón avizoraba desde el balcón indicado las convenidas señales. A la incierta luz del crepúsculo matutino vislumbraron los Oficiales un capote que les era bien conocido; vieron llegar, cuando menos podían esperarlo, al Jefe de las fuerzas, y se juzgaron vendidos. El golpe fracasó, pensaron, y desistieron de sus propósitos. Consideraron, no obstante, que era felonía desamparar por completo á Espinosa sin darle aviso de lo que ocurría, y el más osado de los allí reunidos se deslizó, procurando no ser visto, y casi pegado á las tapias del cuartel, hasta la ventana en que la señal había aparecido; una vez allí, dió la voz de alarma para que el capitán Espinosa supiera lo ocurrido, y desapareció rápidamente en las sombras de una callejuela inmediata.

Las dos compañías formadas por disposición y mandato del capitán Espinosa esperaban con impaciencia las órdenes de éste, órdenes que se hacían esperar demasiado y que, por último, contra lo que todos presumían, se redujeron á decirles que volvieran á sus cuadras.

El servidor causa inconsciente de aquel fracaso vió, al penetrar en el cuartel, cómo los soldados, en traje de marcha y pertrechados de armas y municiones, se dirigían, algo alborotados, á sus camastros respectivos; dió conocimiento al Co-

mandante de aquel suceso extraño y que no acertaba á explicarse, y el aviso del asistente decidió de la suerte de Espinosa, que muy pocos días después era pasado por las armas.

III

RELACIÓN ÍNTIMA ENTRE AMBOS FRACASOS

Aunque, á primera vista, parece que ninguna relación pudo haber entre el fracaso teatral del poeta García Gutiérrez y el fracaso político del general Prim, existió entre el uno y el otro conexión muy íntima.

Algo, mucho de política, tuvo la derrota literaria del autor de *Juan Lorenzo;* algo, mucho de novelesco, tuvo la desdichada solución de la intentona política de Villarejo.

A la primera representación del drama de García Gutiérrez, drama que tan extraordinario interés había despertado en el público, asistió el malogrado capitán Espinosa, á quien muchos de sus amigos oyeron expresarse, una vez terminada la representación, en términos bastante duros para el poeta.

«Esto no se puede tolerar—gritaba con vehemencia y sin cuidarse de lo que pudieran pensar los que le oyeran;—que un literato liberal, que un poeta progresista presente en la escena aquel heroico sacudimiento de las Germanias de Valencia, para endilgarnos un sermón, es decir, muchos sermones contra los alzamientos populares, es casi una traición. No era esto ciertamente lo que esperábamos todos de nuestro correligionario. Y ¡en qué momento se le ocurre á este buen señor hablar de los excesos y de las demasías del populacho! No parece sino que se haya propuesto disparar duchas de agua fría sobre los que pensamos que muy pronto...»

Un violentísimo tirón que en los faldones del gabán sintió entonces el improvisado crítico le obligó á interrumpir su discurso (que había comenzado á reunir público, entre curioso y

asombrado) y á buscar al autor de aquel inopinado apercibimiento. Habíalo sido un compañero de Espinosa, más precavido ó menos entusiasta, el cual, procurando echar á barato lo expuesto por su amigo, lo invitó á tomar chocolate ó á cenar algo más sólido en la famosa cocinilla del Casino, establecida á la sazón en la llamada entonces calle de Gitanos (hoy Arlabán). «Con eso—le dijo—se te pasará el mal humor y dejarás en paz á ese pobre poeta, cuyos sermones ni á ti ni á mí nos importan.»

Salieron juntos efectivamente del teatro del Príncipe el capitán Espinosa y su amigo íntimo y compañero de armas L. S. (1).

Este supo entonces, según pública voz y fama, que Espinosa estaba comprometido en un alzamiento próximo, y después de bien enterado de todo se prestó á colaborar activamente en la rebelión preparada. Concurrieron, previa presentación y garantía del capitán Espinosa, á varias reuniones secretas, que se celebraron en una casa muy antigua de la calle de las Beatas.

Prescindiendo por ahora de ese acontecimiento, es bien decir que las palabras espontáneas, sinceras, del capitán Espinosa, traducían fielmente la impresión que *Juan Lorenzo* había producido en el público; en el público que, ha de hablarse con franqueza, había ido al teatro á ver otra cosa. Muy excitados se hallaban por aquel entonces los espíritus, y las pasiones muy exaltadas. Oíase algo parecido á esos ruídos subterráneos precursores de los terremotos.

García Gutiérrez era considerado como progresista; progresista en aquellos momentos equivalía á revolucionario; una obra que al censor había parecido peligrosa y cuyo autor era progresista, no podía menos de ser un himno en honra de las

(1) Séame lícito callar el nombre de un sujeto del cual ignoro si existe aún—si bien lo considero difunto—y á quien la opinión pública tildó por entonces, no sé si con fundamento, de amigo felón y desleal.

protestas del pueblo oprimido, y allá fueron en masa los correligionarios á ver un drama, bueno, ó malo, ó mediano, eso les importaba poco, y á oir una proclama incendiaria, algo candente, algo que respondiese al estado de los ánimos, algo á lo que muchos años antes había sido *Carlos II el Hechizado;* parecido á lo que muchos años después fue *Electra*. La menor cantidad posible de literatura verdadera; la mayor cantidad imaginable de política al uso.

IV

OPINIÓN DE LA CRÍTICA

Aquel desencanto, aquella decepción que tan ingenuamente deploraba el capitán Espinosa, se reflejó al día siguiente en las columnas de los periódicos; todos ellos, aun los más contrarios á las ideas liberales, y que acaso por esto mismo habrían celebrado encontrar ocasión y oportunidad para combatirlas, confesaban que la concurrencia había visto defraudadas sus esperanzas.

En la *Gaceta,* periódico oficial entonces, lo mismo que ahora, y cuyos redactores eran en aquella época empleados públicos y que, por consiguiente, *hacían* (por deber del cargo) literatura ministerial, aparecía el día 19 de Diciembre la siguiente noticia:

«BOLETÍN DE TEATROS

»A beneficio de la distinguida artista D.ª Teodora Lamadrid (1) se estrenó anoche en el teatro del Príncipe el drama del Sr. García Gutiérrez titulado *Juan Lorenzo*, célebre ya antes de ser conocido del público. No es esta obra la más acabada de su ilustre autor, pero encierra notables bellezas,

(1) Adviértase, dicho sea de paso, que á *Teodora* se la nombraba entonces solamente *artista distinguida*. En esto de adjetivar á las actrices hemos progresado mucho desde entonces.

grandiosos rasgos y sobre todo magníficos trozos de elevada poesía. El argumento ofrece escasa novedad (1) y el desenlace es sobrado lento. En cambio, sus tendencias filosóficas son excelentes y dignísimas de alta loa.

Los espectadores que aplaudieron varias escenas del acto cuarto, llamaron al final al Sr. García Gutiérrez, que no se presentó por no hallarse en el teatro. Los actores salieron después á recibir el galardón debido al acierto con que interpretaron los caracteres que tenían á su cargo, distinguiéndose especialmente Teodora Lamadrid, la cual sacó partido de un papel poco brillante; Valero, que estuvo muy feliz; Pizarroso y Mariano Fernández.»

Parecidos á ese de la *Gaceta Oficial,* fueron los juicios que á la mayor parte de la prensa mereció el drama que García Gutiérrez prefería siempre á todos los suyos.

Pero los que se ensañaron contra *Juan Lorenzo,* y hasta contra su autor, fueron los diarios progresistas; los que esperaban que la obra de su ilustre correligionario fuera un memorial de agravios contra la tiranía, y una proclama incendiaria que acabase de caldear los ánimos y sirviese de acicate á los tímidos, y creyeron ver en ella la condenación de los motines, de las asonadas y de las protestas armadas de las muchedumbres.

Y no fueron las censuras amargas y los durísimos cargos hijos de la impresión del momento; seis días habían transcurrido desde el poco afortunado estreno, y había cesado de figurar en el cartel el título de la obra, cuando el 24 de Diciembre publicaba *La Iberia,* el órgano más autorizado entonces del partido progresista, un artículo de crítica muy dura y muy severa, cuyos son algunos párrafos que á continuación se reproducen:

. . . . . .

«El público y la crítica han salido defraudados en sus es-

(1) ¡Y tan escasa!; como que se refiere á sucesos acaecidos tres siglos y medio antes; en 27 de Septiembre de 1517.

peranzas, sin que por eso puedan desconocerse las muchas bellezas literarias que las dos obras (1) encierran. El éxito de ambas ha sido frío; pero si el autor dramático nos ha dejado mucho que desear, el poeta, en cambio, ha salido triunfante.»

. . . . . .

«El drama *Juan Lorenzo,* que, al pasar por las torpes manos de un censor inepto, había conquistado una celebridad anticipada siendo prohibida, entre otras razones—pásmense nuestros lectores,—*porque era bueno* y que después fue calificado de *obra maestra* por un jurado, que echó por tierra el dictamen del alelado censor, ha perdido todo su prestigio al aparecer en la escena del teatro del Príncipe.

»El público, que acudió solícito y curioso á la representación, le ha encontrado débil y flojo, dando una oportuna lección de buen sentido al jurado y á la censura. El drama, en efecto, adolece de grandes faltas, que no bastan á borrar las muchas bellezas de forma que le adornan.

»La trama es sencilla y la acción se arrastra lánguida y monotona, sin que el espectador encuentre nunca situaciones que constituyen el verdadero encanto de las obras destinadas á conquistar merecida y duradera celebridad en la escena. El poeta aparece cohibido y dominado, á su pesar, por el asunto que ha elegido para su creación, sin atreverse á dar solución franca al problema político social que plantea. La vacilación le pierde, y con ella no ha conseguido otra cosa que descontentar á los dos elementos que hoy más que nunca pugnan, disputándose en encarnizada lucha, el triunfo de sus ideas. El drama, en otras circunstancias, hubiera parecido peligroso y atrevido; hoy, que la idea democrática ha ganado tanto terreno, aparece tímido y vacilante, cuando no reaccionario.»

. . . . . .

(1) Se alude, como ya hemos dicho, á *Juan Lorenzo*, drama estrenado en el Príncipe el 18 de Diciembre, y á *El Capitán Negrero*, zarzuela que se estrenó en el Circo la noche siguiente.

«Juan Lorenzo, poniéndose á la cabeza del movimiento popular que sirvió de fundamento y base á la formación de las Germanias, y arrepintiéndose después de su obra al ver los desmanes del pueblo, es una figura pálida y empequeñecida, que más que otra cosa inspira lástima.»

Así trataron entonces al egregio autor los más benévolos y los más indulgentes de sus amigos políticos. Lo que en privado y en voz baja se dijo entonces de D. Antonio García Gutiérrez, no es para repetido. Las palabras traición, apostasía, y otras que enriquecen en casos tales el vocabulario especial de los políticos maldicientes, comenzaron á ser el ripio obligado de las murmuraciones, sin que faltasen, ¿cómo habían de faltar?, catones de guardarropía que juzgasen al poeta *vendido al oro de la reacción;* ese tan acreditado oro que es obligado tópico para los oradores de tertulias políticas.

Política, no literaria fue la campaña iniciada entonces contra el autor de *Juan Lorenzo*; campaña que el ilustre autor de *Un duelo á muerte* no consiguió explicarse nunca.

Aun después de transcurridos muchos años, confesaba á sus amigos íntimos y á sus admiradores, el ilustre García Gutiérrez, siempre leal y franco, y modesto siempre, que no comprendía lo sucedido.

«Yo, solía decir, eché de ver que mi *Juan Lorenzo,* en el cual había yo puesto mis cinco sentidos, no agradaba al público. Supuse que se trataba de una derrota de esas á que siempre estamos expuestos los que escribimos para el teatro. Creí entonces, y sigo creyendo todavía, que mi drama es de los menos malos que he escrito, y declaro desde luego que es el que más laboriosamente he planeado. Es indudable que me equivoqué llevándolo á la escena, porque yo quería que gustase y no gustó; pero lo que no acierto á entender es la inquina, la saña con que después fuí tratado por los periódicos, y muy especialmente por mis amigos. No quise hacer, no debí hacer un drama progresista ni reaccionario, sino un drama histórico. Antes de poner la pluma sobre la primera cuartilla, estudié á

conciencia aquel período de la historia, el sacudimiento que determinó la protesta de las Germanias y llevé á mi cuadro la verdad; lo que ví en crónicas y documentos de la época; no habría sido honrado desfigurar la historia para halagar al pueblo, convirtiéndome en su adulador, yo que nunca he adulado á nadie; ni es esa, ni ha sido jamás la misión del artista. Pude errar; erré, indudablemente, en lo imaginativo, en lo de invención mía; no me equivoqué, ni mentí, en lo que me dió la historia.»

Y en esas explicaciones ingenuas del autor—que, como fácilmente se comprende, no han sido reproducidas al pie de la letra, aunque sí en lo substancial, está la aclaración de lo ocurrido entonces.

Preparábase el movimiento de Enero de 1866; habría convenido por tanto á los iniciadores del mismo, que un drama, de toques muy revolucionarios, enardeciese el espíritu de las masas; hubo de creerse que *Juan Lorenzo* iba á ser ese drama, causa determinante quizá de asonadas y de tumultos; lejos de ser así, el drama, sujetándose fielmente á los hechos históricos, ponía las cosas en su punto; *inde iræ*. La sinceridad pareció engaño, traición la verdad, y el respeto al arte, apostasía.

Pero, como acontece siempre en casos parecidos, á las apasionadas censuras del primer momento, á las diatribas enconadas de los que se juzgaban burlados, sustituyó algunos años después el juicio sereno é imparcial de los críticos, y ellos colocaron la hermosa creación de García Gutiérrez en el lugar preeminente á que tiene derecho indiscutible.

Uno de esos críticos, después de tributar elogios muy justos á la obra *Venganza Catalana*, añade:

«Como lo mejor es enemigo de lo bueno, aún parece faltar aquí algo que brilla como aureola suprema en *Juan Lorenzo*, drama que se estrenó en el siguiente año de 1865. Este algo es la intuición certera y profunda, el estudio analítico de un carácter y el más difícil de los enigmas, abismos y contrariedades pavorosas que se ocultan en el fondo del corazón humano.

Nada de desfigurarlo con la calumnia, ni con la apoteosis: la verdad es la única musa inspiradora del gran dramaturgo, que ha aprendido á desoir las voces de sirena con que la seducían sus propias inclinaciones.

»Juan Lorenzo simboliza, en medio de su individualidad enérgica, al ideólogo honrado que arroja á las calles el torbellino de la anarquía y sucumbe arrollado por él.»

. . . . . .

. . . . . .

«¿Por qué la intolerancia de los partidos ahogó el éxito de este prodigio dramático hacia el que justamente sentía García Gutiérrez como predilección instructiva?

»No era *Juan Lorenzo* un arma política ni en él estaban representados intereses ajenos al arte; pero el fanatismo de bandería se creyó herido de soslayo, influyendo por entonces en el veredicto de la crítica» (1).

El Padre Blanco García, cuyas son las palabras reproducidas, influído evidentemente por las propias inclinaciones, extrema sin duda el elogio, y aparece, como dice el vulgo, más papista que el Papa; más partidario de García Gutiérrez, que el mismo García Gutiérrez. Este profesó, es cierto, á *su Juan Lorenzo* cariño muy superior al que sentía por otros hijos de su ingenio; pero acataba el fallo del público y reconocía que en algún error del poeta había tenido fundamento y origen el fracaso de la obra. Esta, sin ser un *prodigio*, como sostiene el Padre Blanco, es digno compañero de los muchos dramas que integran la obra literaria del insigne dramaturgo.

---

(1) *La Literatura española en el siglo XIX*, por el Padre D. Francisco Blanco García, Agustino. Parte 1.ª, páginas 233 y 234.

V

EL CAPITÁN ESPINOSA

Triste fue el resultado del fracaso teatral de García Gutiérrez; pero más tristes y más dolorosas fueron las consecuencias de la rebelión abortada en Villarejo.

Prim, como queda dicho, se refugió, con las fuerzas sublevadas, en Portugal; pero el capitán Espinosa y algunos sargentos del batallón de Figueras, acuartelado en Alcalá, fueron fusilados en el paseo de la Castellana en 3 de Febrero de 1866; cuarenta y siete días después de aquel en que el desdichado oficial, saliendo de haber presenciado la primera representación de *Juan Lorenzo,* cometió la imprudencia de confiarse á la lealtad de su compañero L. S.

Díjose por entonces, aunque de tal rumor no se han hecho eco los historiadores, conservándose únicamente en el recuerdo de los que más directamente intervenían en todos aquellos trabajos de conspiración; díjose entonces, repetimos, que ni los sargentos, ni el capitán Espinosa, habrían sido fusilados sin la delación del mencionado L. S., quien juzgándose en peligro como sospechoso, y á fin de alejar de sí la más leve sombra de duda, descubrió á los miembros del Consejo de Guerra cuanto Espinosa había confiado al amigo, al compañero.

La verdad del caso es que precisamente el Sr. D. L. S. actuó de Fiscal en aquella causa y que el capitán Espinosa, contra quien no hubo más indicio que el de haber formado dentro del cuartel de Alcalá dos compañías, que nada hicieron, fue condenado á muerte.

Cumplida la terrible sentencia, L. S., de quien sus compañeros huían y se apartaban, solicitó y obtuvo ser trasladado á Canarias, con un empleo de su carrera.

Refiriéndose á él, escribía en una de sus estimables obras el malogrado Villalba Herbás:

«Ese... D. L., ejercía en Santa Cruz de Tenerife (Canarias) el empleo de Sargento Mayor de la plaza, cuando el 5 de Octubre de 1868 llegó allí la noticia del triunfo de la revolución en Alcolea. Muy poco faltó para que le hiciesen pagar aquella infamia con su vida, que á duras penas pudieron salvarle dos miembros de la Junta de Gobierno, embarcándolo con su anuencia en el vapor *San Antonio*, que ardía en fiebre amarilla.»

La leyenda, que en estos casos se apresura siempre á mezclarse y confundirse con los hechos históricos, hizo también una creación poética de la infeliz viuda de Espinosa.

Uno de los cronistas de los sucesos que precedieron á la revolución de Septiembre y la prepararon, refiriéndose á la interesantísima viuda de Espinosa:

«De arrogante figura, vivió en aquel estado (1) hasta la gloriosa revolución de 1868, en que se le vió pasear por entre las barricadas á manera del genio de la venganza.»

El párrafo resulta sonoro, redondeado y... *sugestivo*, como ahora se dice... sólo que en 1868 no hubo barricadas.

En Madrid, desde las de 1854, que duraron cerca de un mes, no han vuelto á levantarse barricadas, y es seguro que nadie pensará en tomarse el trabajo de levantarlas; trabajo del todo inútil dado el alcance y la fuerza del armamento moderno.

Pero si la pobre y respetable viuda de Espinosa no pudo recorrer barricadas que no existían, el hecho cierto es que á consecuencia de la muerte de su marido perdió la razón; alguna vez, convenientemente vigilada por persona de su familia, veíasela tendido el abundante y hermoso cabello, completamente enlutada, descubierta la cabeza y alta la frente, y fijos los ojos en el cielo, pasear silenciosa por el Prado á las altas horas de la noche.

Aparición casi fantástica, producía extrañeza; conocido su nombre inspiraba compasión respetuosa.

---

(1) Alude á su locura.

Esto sucedía, no en 1868, sino en el verano del mismo año 1866 (después de la algarada del 22 de Junio). Desde entonces no se ha vuelto á tener noticias de aquella desventurada señora.

***

García Gutiérrez y Prim, los fracasados en aquellos días, tuvieron sus respectivos desquites: el General, en la revolución de 1868; el poeta, en muchas y muy envidiables victorias.

Para los que perecieron en la lucha, no hubo redención. El *montón anónimo* sólo vislumbra en las lejanías de su horizonte las sombras del olvido.

A. Sánchez Pérez.

EL PROBLEMA RELIGIOSO EN ESPAÑA

I.—CAUSAS DEL MOVIMIENTO ANTICLERICAL

Hace cerca de medio siglo que el General Prim, enemigo de la confusión de la política con el dogma, contestaba á la comisión popular que le pedía la inmediata libertad de cultos: *No discutais sobre religión, porque sólo conseguiréis que los amigos os exploten y los enemigos os persigan de muerte.* Estas sencillas palabras son la España entera: en ellas se ve latir el indiferentismo vergonzante que desde la septembrina hasta fines de siglo viene atrofiando el órgano religioso de la nación. Algo, sin embargo, han variado los tiempos. Con motivo de la agitación iniciada en otros países, la conciencia española ha parecido despertar de su prolongado sueño, y así hemos visto surgir de una escuela incipiente y mal segura el grito de guerra contra el clericalismo, que, si no para otra cosa, ha servido para comprender, ó vislumbrar, mejor dicho, el camino que debe seguir nuestro Gobierno y nuestro pueblo en la cuestión religiosa. El lector me perdonará si me extiendo demasiado en esta cuestión; quisiera llevar á su ánimo toda la evidencia posible, y en este momento estoy en pugna con una obra de carácter popular en la que ha reducido un hombre de incontestable autoridad y que goza de generales simpatías, á un corto número de problemas, tan vitales como delicados,

toda la controversia suscitada con motivo del movimiento anticlerical. Me refiero á *El Kulturkampf internacional* del Cardenal Sancha.

No me he atrevido hasta hoy á emitir mi humilde juicio sobre esa importante obra que, muy poco tiempo después de su primera publicación, se ha dispuesto á entrar en el mundo por segunda vez. El Cardenal Sancha, liberal á su modo, ha hecho lo que debía en los tiempos de Casañas que atravesamos, presentando el movimiento anticlerical como una campaña apasionada á la vez que injustificada, y el clericalismo como la única tendencia que deben seguir y apoyar los verdaderos creyentes. En verdad, yo no acuso al eminente prelado de adoptar todas las extravagancias patrocinadas por Casañas; pero no puedo menos de contar sus manifestaciones entre las más terminantes y comprensivas que cabe encontrar en una excursión por los campos de la literatura clerical. Todo está claro en ellas. No hay distinción real entre el clericalismo y el catolicismo; el catolicismo es el clericalismo como poder dogmático; el clericalismo es el catolicismo como poder social. Los asertos del Cardenal Sancha tienen mucho de alegatos *inter pocula:* no denuncian conocimiento alguno de la psicología social del pueblo á que van dirigidos: un tonillo sermonario se esparce con sequedad por todos los pasajes de su libro, respondiendo á la pobreza del pensamiento y á la limitación del ideal. En él podemos estudiar esa tendencia *sui generis* que el clericalismo latino ofrece entre el antiguo ultramontanismo y el catolicismo liberal (1).

(1) No debe olvidarse que en tiempos pasados se entendía por ultramontanismo (de *ultra-montes,* más allá de los montes) lo que hoy se llama más bien *hierocracia,* es decir, la política oficial de la corte romana. Entonces se conocía con el nombre de sistema ultramontano la anteposición del poder de los Papas al de los Príncipes *cismontanos* ó de los reinos de más acá de los Alpes, de las montañas que separan á Italia del resto de Europa. El ultramontanismo de algunas escuelas teológicas modernas es indudablemente el extremo opuesto al liberalismo, pero no puede por eso confundirse con el *clericalismo,* que es cosa más práctica.

Debo ahora hacer una declaración en favor del insigne purpurado que me ha dado margen á escribir estas páginas. El Cardenal Sancha es un eclesiástico modelo, un hombre virtuoso, y sobre todo un buen español. Mucho me apena combatir una obra donde se respira un patriotismo equivocado, pero ingenuo, y que desde el principio hasta el fin aparece exento de toda mala fe y de toda inquina sectaria. Y si examinando algunas de las observaciones que presenta las he juzgado defectuosas, nada más lejos de mi ánimo que zaherir, no digo la personalidad, pero ni aun la finalidad y trascendencia que pretende darles su simpático autor. De cualquier modo que sea, creo yo que nadie podrá ofenderse de discusiones graves, sinceras, benévolas y que tanto interés ofrecen en las presentes circunstancias, dado el estado de ánimo de los españoles no contagiados por la indiferencia y la apatía en política y en religión.

En cuanto á las manifestaciones concretas del espíritu anticlerical contemporáneo, son de todos conocidas y me bastará indicarlas someramente. Inicióla Canalejas en el Congreso á últimos del año 1900 y, á creer al Cardenal Sancha, estaban ya preparadas por las maquinaciones del H.·. Gran Oriente de la Masonería Española, con Morayta por promotor; mas quien logró poner el tema á la orden del día, fue Galdós con su *Electra*. Una coincidencia fortuita, el ruidoso proceso de la señorita Ubao, en que entendía Salmerón, fue, como todos saben, la principal causa del extraordinario éxito del susodicho drama. En 21 de Abril último, ese pensamiento belicoso tuvo su más avanzada manifestación en el *meeting* celebrado en Madrid con gran concurrencia de socialistas y republicanos, y donde se llegó á la paradoja, al ateísmo y á la acracia, abogando los oradores impúberes que usaron de la palabra por la guerra mortal contra el clero, contra la religión y contra los poderes constituídos.

Estas afirmaciones y estas negaciones extremadas hicieron surgir en mi ánimo una serie de reflexiones é ideas que expu-

se lo mejor que me fue posible en mi modesto escrito recientemente publicado bajo el título de *Democracia y clericalismo (estudios de política aplicada)*. En la presente obra me propongo reproducir de una manera más concreta y bajo un nuevo plan las teorías políticas sobre el problema religioso. Al elegir por blanco de mi crítica *El Kulturkampf internacional* del Cardenal Sancha, he tenido presente, no sólo el nombre del autor, que es lo que más contribuye siempre á extraviar la opinión pública, sino el hecho de versar todo ese libro sobre una materia que agita profundamente el espíritu de dicha opinión y forma el fondo de la mayor parte de los debates cotidianos de la prensa. No aspira, pues, el que esto escribe, á ensayar torneos filosóficos en el palenque de la discusión: su intento se dirige únicamente á considerar el asunto que llaman de actualidad en sus aspectos principales, oponiendo á los sofismas del clericalismo las enseñanzas de la ciencia, de la historia y del progreso modernos.

Bien que hoy día no se escriben ya apologías extensas y filosóficas del Catolicismo, como lo hizo Balmes, se trata al menos de disculpar esa inacción con lo injustificado de la conducta de los enemigos de la Iglesia. Comienza el Cardenal Sancha aseverando que «nunca ha existido menos motivo ni pretexto, que en nuestros días, para combatir la preponderancia del clericalismo en la vida civil y política de nuestro país». Como han pasado, para no volver más, los tiempos en que prevalecía la hierocracia cruda, el ultramontanismo y la disciplina inquisitorial, y en que la jurisdicción eclesiástica se extendió como una red que todo lo cubría, parece, en efecto, que esa agitación contra el clero es extemporánea y carece de fundamento racional. Así observa el Cardenal Sancha, que «se dió el grito de guerra contra el clericalismo, precisamente cuando la clase sacerdotal venía conduciéndose con una corrección prudente, digna de todo elogio, tanto en el cumplimiento de sus deberes cívicos como en el ejercicio de su sagrado ministerio». Añade que, entre los clérigos españoles, «se ha eliminado

en absoluto todo debate de carácter político», en conformidad con lo ordenado por la Santidad de León XIII. Y si algunos creyesen que, aunque todo esto sea verdad, se provocó, no obstante, la sublevación de los anticlericales por la excesiva influencia del elemento eclesiástico en el orden social y su participación en los cargos públicos del Estado, «jamás, les responderá el Cardenal Sancha, se ha visto el clero tan postergado y alejado de puestos oficiales, así en el orden civil como en el político. Ni en las Universidades, ni en los Tribunales, ni en los Centros Administrativos, ni en el Parlamento, se ve sacerdote alguno. Los que hay en los Institutos de segunda enseñanza, sobre hallarse rebajados en dotación y atribuciones, en comparación de las que son concedidas á los demás profesores, se limitan á enseñar exclusivamente la religión, cuya explicación es propia de su sagrado ministerio. Si á los mismos y á los Prelados se les concede el poder tener asiento en el Senado, es á todos muy notorio que sólo intervienen cuando en los debates se ventila algún asunto que afecta á los intereses de la Iglesia». Y conforme á esto, el Cardenal Sancha declara: «No se comprende que ante esa laudable disposición de espíritu de parte del clero y de los católicos, se haya cometido la torpeza de levantar bandera de guerra contra el clericalismo y de reputar enemigo de la civilización al principal elemento vital que la ha formado y difundido en el mundo.» Estas insinuaciones envuelven varios problemas político-religiosos, merecedores de ser analizados con prolijidad.

En primer lugar, la afirmación de que no hay cabos que atar en materia eclesiástica, sólo porque el clero no ha manifestado corrupción moral ni tendencias usurpadoras en asuntos sociales, es tan necia como infundada, y dado el criterio de una persona ilustrada como el Cardenal Sancha, pudo salir solamente de quien, imbuído en la fría quietud de los principios ultramontanos, no halla otra causa á las revoluciones en general que el viejo pesimismo de los *abusos*. ¿O cree quizá el Cardenal Sancha que estamos en los tiempos de Lutero? He-

mos cesado de declamar contra los excesos de la Inquisición: aún no hemos cesado ni podido cesar, de desenmascarar esa Inquisición mansa que en todos los círculos jesuíticos y desde los distintos centros del alto clero católico lucha oculta, pero eficazmente, contra la natural secularización de los elementos nacionales.

Si no temiese violentar demasiado la cuestión, señalaría entre el comenzar del siglo xx y el movimiento anticlerical, una relación que no deja de ser precisa. El siglo xviii ha secularizado la moral; el xix ha secularizado la religión, interiorizándola en el espíritu del hombre; al xx compete, por lo tanto, hacer esta secularización más viva, más determinada y más concreta en lo exterior de la sociedad. En la cuestión social pura, el siglo xviii se preguntó como Pilatos: ¿Qué es la verdad, qué es la justicia? Pero en vez de lavarse las manos, llenólas de sangre. Atemorizado el siglo xix por estas consecuencias de una libertad exaltada, de un fanatismo libertador opuesto á un fanatismo opresor, colocó su esperanza de emancipación y de progreso en la tolerancia universal y pidió la independencia para todo y para todos, á fin de que las conciencias se pusiesen espontáneamente en equilibrio, como el agua recobra por sí misma su nivel. El siglo xx no ha tardado en comprender que si, por una parte, se debe procurar que goce de libertad el pensamiento conservador y el dogmatismo religioso, por otra conviene que esa tolerancia no deje subsistir ideas y prácticas ridículas ante la civilización, pues el progreso verdaderamente libertario no es sólo una neutralidad pasiva que deja obrar indiferentemente: es también un apasionamiento activo que quiere llegar á la paz de la verdad por el combate con los errores.

La Edad Media fue ante todo creyente. Al venir el Renacimiento las cosas cambiaron mucho de aspecto, porque el hombre ya era otro. Engolfado en el estudio de los antiguos dió valor relativo á todas las opiniones, autoridad limitada á todos los sabios, verdad parcial á todos los libros. ¡Escepti-

cismo provechoso que, pasando de la teoría á la práctica, se resolvió en una vasta conjuración de revoluciones, caos fecundo en riquezas sociales de donde había de brotar el mundo moderno! Por eso el Renacimiento tiene siempre simpatías para todos los entusiastas del progreso, bellos recuerdos para todos los amantes de la libertad, y estos recuerdos y esas simpatías se concentran también, aun tratándose de espíritus liberales muy religiosos, en aquella corriente formada por dos naturalezas que parecían opuestas, por dos nombres que parecían contrarios, por un literato filósofo y una asociación científica: *Voltaire* y *la Enciclopedia*.

El volterianismo y el enciclopedismo no se circunscribieron á Francia: extendieron su dominio por toda Europa, y llegaron hasta nuestra cristianísima España. Aquellos libros de filosofía popular, de teología polémica y de historia crítica en que la Divinidad, la Religión y la Iglesia eran objeto de la befa científica, excitaron los ánimos, conmovieron las opiniones, hicieron abrir los ojos á los mismos ignorantes. Un principio de duda se manifestó en el alma de aquella sociedad, que se apresuró á sofocarle, porque para ella creer era una necesidad.

¿Produjo, con todo, esta reacción una vuelta al vómito antiguo? ¡Ah! la virginidad de la fe no se recupera jamás. Yo he recordado esta lección, porque me ha admirado mucho la seguridad con que el Cardenal Sancha dice que «en España el movimiento antirreligioso y el grito anticlerical no son fenómenos nacionales, sino abiertamente contrarios á la opinión pública y sentimientos del país». Apenas me fié de mis ojos, cuando leí semejante aserto en *El Kulturkampf internacional*, cuyo autor es el Cardenal Sancha. De diez y ocho millones de españoles dudo que haya ocho que se digan católicos, y de estos ocho, faltaría saber los que lo son íntegra y sinceramente. Las Islas Canarias deben, sin duda, considerarse como la provincia española en que se conservan en toda su pureza las costumbres patriarcales, y sin embargo, entrais en un templo de

aldea y no encontrais más que mujeres: durante mi residencia allí, pude comprobarlo de una manera evidente. Asturias, otra de las provincias en que más pura persiste la fe de nuestros antepasados, ha perdido en el sexo masculino toda su religiosidad, desde que el industrialismo ha echado raíces en ella. Yo soy natural de un pueblo insignificante de esa provincia, y sólo desde la época de mi niñez hasta la fecha puedo textificar una disminución paulatina del sentimiento religioso en los hombres. Apartado como está de la vida nacional y aun de la vida provincial, no constituyendo tránsito de ningún otro pueblo, enclavado sobre el Cantábrico en las proximidades del cabo de Peñas, y sin otra perspectiva inmediata que el doble infinito de la mar y del cielo, ha sentido sin embargo, la trepidación del inmenso terremoto secularizador que conmueve al mundo. Y si á estos lugares escondidos ha llegado el terremoto, ¿qué decir de esos populosos centros, como Madrid, Sevilla, Valencia, Barcelona, donde el aire social está infestado de ateísmo, donde es atea la literatura, y atea la ciencia, y atea la vida? Bien quisiera yo que esto no fuese así, que todos los españoles conviniéramos en admitir y adorar al Dios del Cristianismo; pero puesto que desgraciadamente no lo es, hace muy mal el Cardenal Sancha en predicar de España lo que en España no existe, y fundar sobre base tan deleznable su opinión, referente á la inoportunidad de la agitación anticlerical.

Creeré al Cardenal Sancha, sin discutirlo, cuando afirma que el clero español de estos últimos tiempos está dando vivo ejemplo de corrección pública y privada y de moralidad intachable, tanto en lo particular como en lo social. Esto, empero, no le impide hallarse desorientado frente al estruendoso *Kulturkampf* que arrastra y envuelve al mundo moderno, pues esa corriente es, ante todo, una evolución intelectual, ó como ha declarado Haeckel, uno de sus secuaces más famosos y apasionados, es (1) «un progreso de verdades científicas que

(1) *Anthropogénie.*

marca el comienzo de una nueva época en la historia contra la existencia ulterior de las instituciones más inmorales y perniciosas de la Iglesia, que se arroga el derecho de facilitar ella sola la salvación á las almas». Lo que Fouillée dice de los eclesiásticos franceses (1), puede aplicarse en un todo á nuestra patria: «El clero católico en este país tiene altas virtudes morales, pero no tiene, y esto se explica perfectamente, un gran valor intelectual. Es el resultado de una selección, no de inteligencias, sino de buenas voluntades y de corazones sencillos. Se recluta entre los espíritus más extraños al movimiento general de la sociedad moderna, de la ciencia y de la filosofía: es, en gran parte, rústico, en todo el sentido de la palabra. ¿Cómo va así á tener prestigio? Además, en nuestro país, á pesar de ciertas evoluciones condenadas por Roma misma, el altar y el trono son, para casi todos los párrocos y los fieles, cosas unidas. La política ha venido de este modo á añadirse, como causa de división, á las discusiones científicas y filosóficas» (2).

Como la iniciación del movimiento anticlerical en España ha coincidido con la dictadura ejercida en Francia por Wal-

---

(1) *La France au point de vue morale.*

(2) Lo mismo, aunque en otros términos, viene á decir el elegante prosista Macías Picavea, en su notable libro sobre *El problema nacional*: «¡Qué abismo entre las magnas Universidades católicas del extranjero, donde se estudian y profesan con los últimos recursos pedagógicos cuantas ciencias modernas y problemas científicos hoy palpitan, y nuestros menguados Seminarios donde todavía rigen el P. Perrone la física aprendida de memoria, y los silogismos *en bárbara*. ¿Cómo extrañarse de que el clero, en tales pechos en gran parte criado, sea el clero del odio negro á la cultura, el clero inocente del gran movimiento regenerador religioso que por el mundo civilizado como aura nueva circula, el clero que va á Roma en peregrinaciones que asustan al Pontífice y hacen sonreir lastimosamente á los intelectualísimos de su corte? Que en Roma mismo, y por quien más puede hacerlo, se han formulado juicios nada lisonjeros (y el que esto escribe los conoce auténticos) sobre estas tristes cosas de la España decadente.»

E. M.—*Enero 1902.*

deck-Rousseau sobre las asociaciones religiosas, los esfuerzos de los clericales de nuestra patria debían tender á acusar de *imitación* esa provocación á la lucha de clases que venimos notando y sintiendo desde principios del año anterior. Yo creo que es doloroso y da verdadera idea de nuestra ineptitud, el hecho de que tengamos que reducirnos á *imitar* á las naciones europeas en toda iniciativa de reforma social; pero ¿será por eso menos laudable en sí mismo el ideal que se persigue? Los *afrancesados* españoles de principios del siglo anterior, ¿no eran acaso la masa sana de la nación que había bebido su ilustración en las fuentes de la cultura extranjera? Véase, pues, un caso práctico y un ejemplo flagrante de la influencia de las ideas de una época en los hechos históricos de la misma. Un afrancesado, sin haber perdido precisamente el hermoso sentimiento de la patria, se hallaba inclinado á dejar las riendas del Gobierno á representantes de un país en que imperaba, en medio de horrores revolucionarios, la razón, y no la ignorancia supersticiosa de la Península ibérica de aquellos desgraciados tiempos. Verdad es que aquí se daba la mala aplicación de un buen principio; pero ¿no vale más plagiar con intención regeneradora que permanecer en la inacción absoluta? Si el Cardenal Sancha ve una reproducción servil de Francia en el anticlericalismo español, sea enhorabuena: nosotros, entretanto, tomaremos el partido de importar lo europeo, sin dejar de aprovechar para su adaptación á nuestra raza las fuerzas vivas del país.

Con esto queda preparado el terreno para que señalemos al movimiento anticlerical otras razones más íntimas, más filosóficas, más profundas. ¿Qué haría el clero de las innumerables generaciones confiadas á su cuidado, si no se pusiesen límites y cortapisas á su poder? Lo primero que ocurre recordar es la enseñanza de la experiencia histórica: ¿no ha demostrado bastante su ambición cuando era dueño de la opinión pública? Y no creais que esto sólo ha sucedido en la Iglesia romana y en nuestro católico país: aun en las iglesias acéfalas

y en los países cismáticos se puede notar esa tendencia. Siglos antes de Pedro el Grande, el patriarca de la comunión de Rusia, era como la segunda persona de la trinidad imperial y se sometían á su aquiescencia todas las resoluciones de la nación; pero como al cabo del tiempo la ambición clerical, pasando por encima de todas las reservas y olvidando todo comedimiento, intentase sobreponerse á la autoridad nacional, Pedro el Grande determinó, con muy buen acuerdo, suprimir el patriarcado.

Este último ejemplo nos recuerda que, al predominar en un país el elemento clerical, predomina *à fortiori* la absorción eclesiástica y la hierocracia. La Iglesia de la Edad Media tendía á la monarquía universal: la Iglesia de Roma hoy en día no ha renunciado á nada, no se ha retractado de nada. La Iglesia quiere poner su mano en la ley civil, á fin de ejercer á su antojo el poder temporal. Esa supuesta «libertad de la Iglesia» de que tanto se habla, no es otra cosa que la negación absoluta de la libertad de todo lo que no es la Iglesia (1), la negación de los inmortales principios que nos ha legado la Revolución Francesa, la negación de todas las libertades, la libertad de conciencia, la libertad de reunión, la libertad de asociación y la libertad de la prensa. Tyndall compara con razón la «firmeza de bronce» de la política romana á la verdadera y natural fortaleza de ese metal. Nada más resistente que él; pero, no obstante, á una caja de bronce puede hacerla saltar el agua si llega á cristalizar, y en general, cuanto es el metal menos flexible, tanto mayor es el peligro que corre su permanencia. Este hecho es incontestable, y queda probado con sólo echar una mirada á Roma Católica, que persevera en la fe de bronce de las antiguas creencias, mientras que los jefes del protestantismo liberal en Europa son lo bastante precavidos y prudentes para ablandar el metal del Cristianismo á fin de acomodarlo á los futuros progresos de la conciencia humana.

(1) Gladstone: *Rome and the Pope.*—Bert: *Le clericalisme.*

Otra de las causas por las que el pueblo no tiene confianza en el clero y en los eclesiásticos, es la indiferencia con que éstos miran lo concerniente á la moral social y el espíritu tolerante con que juzgan los pecados más graves, así privados como públicos, con tal que en lo alto de los Estados tremole enhiesta y victoriosa la bandera de su poder. La historia confirma de una manera clarísima esta aserción. «La animosidad más fuerte de las iglesias del Estado, dice Spencer, se manifestó siempre contra los disidentes que reclamaban y querían practicar con mayor perfección los preceptos del Cristianismo. Los waldenses tomaban como modelo de su disciplina moral el Sermón de Jesús en la Montaña, pero al propio tiempo se revelaban contra el gobierno de la Iglesia: así sufrieron durante tres siglos sangrientas persecuciones. Los cuákeros, entre los protestantes, querían obedecer á los mandamientos de la fe cristiana, no á algunos, sino á todos, y se les persiguió con tal rigor, que antes del advenimiento de Jacobo II, á pesar de su pequeño número, 1.500 de ellos fueron reducidos á prisión. No hay duda alguna: la moral distintiva de una religión no contiene en nada á sus administradores cuando ven su autoridad puesta en tela de juicio.»

Y no es esto todo. El clero, no sólo ha tenido en poco las leyes morales de la existencia, sino que tampoco se ha preocupado nada por contribuir á la expansión de esa existencia en aquellas cosas que no se oponen, en realidad, á su predominio social. Salvo excepciones individuales, nunca se ha visto al clero en masa oponerse al espíritu guerrero de una época, á la abolición efectiva de la esclavitud, á la disminución de los impuestos, etc. Todas estas conquistas han sido realizaciones de ideales, no eclesiásticos, sino políticos ó filosóficos.

La simpatía que todos los buenos españoles tenemos al clero actual nos hace creer que es un elemento afín á nuestras convicciones y que va con nosotros hacia la conquista de la libertad en la lucha por la civilización; pero un juicio sereno, tranquilo y desapasionado del alcance y verdadera significa-

ción de sus doctrinas sociales, basta para hacernos comprender la profundidad de nuestro error. Como Fouillée (1) nota con verdad, la intransigencia de cultos es la «pura doctrina de los teólogos», y si no es aplicada por la Iglesia con todo rigor, Brun, catedrático de la Facultad Católica de Lyon, en su *Introduction á l'etude du droit*, y Perin, Profesor de la Universidad de Lovaina, en sus *Lois de la societé chretienne*, nos advierten que es simplemente porque la Iglesia no tiene el poder en la mano. Los libros de los citados Brun y Perin son curiosos como muestra de cómo las Universidades católicas entienden la igualdad. «Nos vemos reducidos, dice Perin con pena, *por temor á un mal mayor, á transigir* con los cultos que no representan más que la verdad aminorada, como las confesiones protestantes, ó que provienen del error obstinado, como el culto judaico.» «No podemos, exclama con análoga pena Brun, ser en la práctica más exigentes que la Iglesia, y debemos ser de nuestro tiempo, *que no hemos elegido*. Pero es necesario mantener altamente los principios en su lugar» (2).

(1) *La science sociale contemporaine*.

(2) En estos tiempos de obstinación clerical y de hipocresía en que el verdadero programa del ultramontanismo se oculta todo lo posible para seducir á los liberales incautos, no será inútil recordar lo que pensaba y sentía la ortodoxia de nuestra patria en una época en que no se había iniciado en Europa el *kulturkampf*. Una *Refutación de varios errores reproducidos con ocasión de la revolución francesa y española*, publicada por J. G. Villar, deán de la catedral de León, en la fecha remota de 1817, contiene pormenores curiosos acerca de la polémica entre los que pedían la abolición y los que pedían el restablecimiento de la Inquisición. Si refrescamos la memoria al leer sus consideraciones, encontraremos que había en ellas lógica y valentía dentro del criterio ultramontano. Argüían los liberales que aquel Tribunal era peligroso é injusto, á la vez que contrario al derecho natural, por exigir la delación de marido á mujer y de padre á hijo. Villar les opone los ejemplos de Lucio Bruto, de Casio, de Manlio Torcuato, de Marco Scauro y de Guzmán el Bueno, el texto del Exodo *mate cada cual á su hermano y á su amigo*, y este pasaje de San Jerónimo: «Si oyera blasfemar contra Cristo á mi padre, á mi madre ó hermano, mi mano se descargaría la primera sobre ellos, y les despedazaría como á perros rabio-

Escribía Posada, en 1894, con el mismo motivo: «Es, sin duda, muy curioso lo que Fouillée anota; pero no lo es menos conocer cómo entienden esa misma libertad en España los políticos militantes. No hace mucho se escandalizaba (!) un diputado en pleno Parlamento ante la idea de que en Madrid se consagrara ¡un Obispo protestante!, y pedía por ello cuenta al Gobierno. Antes se había armado una revolución por la apertura de un templo evangélico. Aún está cuando esto se dicta, pendiente de decisión cierto expediente formado por iniciativa de un Obispo á un Profesor que vertió en un libro doctrinas al parecer heréticas... Y ¿á qué insistir? ¡La Constitución sólo permite la *tolerancia* de los cultos no católicos!»

No es necesario ser muy ilustrado para reconocer con cuánto motivo se lamenta mi sabio paisano de la timidez de nues-

---

sos, pues el que ama á la familia más que á Cristo no es digno de él.» «Los antagonistas del Santo Oficio—añadía Villar—dicen que bastan los Obispos para exterminar las herejías ó estorbar sus progresos, como bastaban en los siglos anteriores á su institución; mas un efugio semejante se desvanece, lo primero, considerando que las ocupaciones de los pastores de la Iglesia y las de sus Tribunales impiden forzosamente atender á tantas y tan individuales disquisiciones como son necesarias... Lo segundo, si se reflexiona bien, que los Obispos no tienen otras armas de qué valerse más que de la excomunión, y ésta, recayendo en sujetos inficionados de libertinaje ó retocados del espíritu de incredulidad, lejos de extinguir el daño, se convierte infaustamente por su malicia en materia de ludibrio y escarnio. Si antiguamente los prelados lograban extirpar los errores que cundían en el territorio de su diócesis, esto se debía atribuir á la vigorosa cooperación y protección de la espada de los Príncipes. Dígalo el gran Teodosio, cuyo celo y eficacia consiguió detener los rápidos progresos del arrianismo. Díganlo los sucesores gloriosos que lo imitaron, por cuya actividad se acabó de disipar esta secta. Díganlo nuestros Reyes godos después de la conversión de Recaredo, que felizmente concluyeron la misma empresa dentro de España. No queremos con más ejemplos, que V. M. no ignora, distraer la justa atención á tantos negocios importantes como le ocupan. Pero no podemos omitir el de los Priscilianistas alegado en su favor por nuestros adversarios, que pretenden fueron aniquilados solamente por los esfuerzos de los Obispos. ¡Error intolerable

tro Gobierno en punto á religión. En España no podemos quejarnos, como en Francia se quejan los filósofos sobrios y moderados, de que la sociedad se vea amenazada por la abundancia de «salvadores», á semejanza de aquel emperador romano, que decía: «Muero por la abundancia de médicos». ¿Cómo extrañar, pues, que el clero se haya aprovechado de esta apatía nacional para proteger el desarrollo pletórico de las Congregaciones y esa aristocracia teocrática, que es la que realmente gobierna el país en la cuestión religiosa? Porque, no ya el catolicismo, sino toda religión que se funde en sus mismas bases para la organización de la jerarquía sacerdotal, conducirá á los mismos resultados nacionales. Los habitantes del Thibet, dice Reclus, que es uno de los pueblos mejor dotados de la tierra, son fuertes, valerosos, alegres, aficionados á la

---

en la historia! La verdad pura, señor, de este suceso es que los Obispos españoles congregados en el Concilio de Zaragoza condenaron á estos herejes, y ellos, menospreciando su excomunión, se hicieron más insolentes y eligieron á Prisciliano lego por el Obispo de Ávila. Entonces los prelados católicos acudieron á la protección del Emperador Graciano, por cuyo decreto fueron en seguida desterrados de España estos malvados, los cuales, implorando vanamente el auxilio del Papa y de San Ambrosio, fueron desechados y desatendidos.» Relata después las peripecias de su vuelta, por la protección de Macedonio, y su nueva condenación por el Concilio de Burdeos, y termina así su juicio: «Nada de esto hubiera bastado si Prisciliano no hubiera sido preso y decapitado por mandato de Máximo, que aunque injustamente (perseguido y muerto Graciano) había tomado las riendas de todo el Imperio en Occidente. Este fue el último fatal golpe de exterminio para aquella herejía.» Recomiendo estos argumentos á la consideración de los neocatólicos que traten de justificar el pasado de la Iglesia y defender la Inquisición como un Tribunal independiente de la legislatura é irresponsable de sus abusos. Hoy no nos apasionamos ni nos entusiasmamos con semejante cuestión: ya se ha reconocido que se puede amar el derramamiento de sangre abandonando esta operación á los lacayos, y que ninguno afirmará en serio no haber matado porque se haya servido de un puñal. Para mí tiene sólo importancia el motivo que ha dado origen á tales horrores, y que vuelvo á recomendar á la discreción de las almas piadosas.

música y al canto, llenos de dulzura, de humanidad y de franqueza, pero carecen por completo de iniciativa. Sometidos ciegamente al dominio de sus sacerdotes, se dejan llevar como un rebaño. Lo que mandan y enseñan los Lamas es para ellos ley (1). Temen á todo cambio, á todo progreso, recelando siempre que tenga por objeto destruir su religión. Es aquella la organización de una colmena. El quietismo fatal se ha convertido para ellos en un ideal de ventura.

Algo muy semejante se advierte en nuestra desgraciada patria, resto atávico de tantas generaciones fanáticas, de tantos siglos de superstición. El atavismo es tal, que nos cubre de vergüenza y pasma á los extranjeros instruídos que residen entre nosotros. Así se explican los juicios, exagerados sin duda, pero verdaderos en el fondo, que de la razón de nuestra actual decadencia forman los sabios de otros países. Sirva de ejemplo Lombroso, cuando dice: «España, que por la mezcla de las razas y por las influencias del clima, debía ser un país evolutivo y revolucionario, por lo menos tanto como Italia y Francia, perdió todo su empuje desde que la Inquisición destruyó las mejores inteligencias y sólo dejó con vida á los pobres de espíritu.»

(1) Volney *(La loi naturelle)* recuerda, á propósito del espíritu general de los sacerdotes hacia los demás hombres, que, según Sanchoniaton, deseaban «excitar la admiración por lo maravilloso». En una carta de San Gregorio Nacianceno á Jerónimo, le dice: «No es menester más que un poco de charlatanismo para engañar al pueblo. Cuanto menos comprende, más se admira. Nuestros padres y doctores han manifestado muchas veces, no lo que pensaban, sino lo que les forzaban á fingir las circunstancias ó la necesidad.» Por último, el Obispo Sinnesio se expresaba acerca del particular como sigue: «El pueblo quiere absolutamente que le engañen, y no puede procederse de otro modo con él... Los antiguos sacerdotes de Egipto practicaron siempre esto mismo; y he aquí por qué se encerraban en sus templos y componían los misterios sin conocimiento del pueblo: bien que si hubiese conocido que se le engañaba se hubiera enfadado... Pero ¿cómo es posible obrar de otro modo con el pueblo, puesto que es pueblo? En cuanto á mí, seré siempre filósofo conmigo mismo, y sacerdote con el pueblo.»

Después de tan abrumadoras consideraciones, ¿quién intentará sostener, con el Cardenal Sancha y todos los defensores del sistema ultramontano, que no hay motivo para suscitar y emprender una campaña verdad contra el clericalismo? Sin duda que los excesos de las turbas son explosiones derivadas del movimiento anticlerical teórico; pero seguramente que no es reconocida su legitimidad por los iniciadores de este movimiento. Por la misma razón no debe confundirse la cuestión social con la cuestión dogmática, ya que, en rigor, el catolicismo está excluído de la guerra á los clericales. Para probar lo contrario pone el Cardenal Sancha el ejemplo de uno que hiciera alardes de amar y defender á los Generales y Jefes del Ejército, y sin embargo saliera por las calles tirando tiros y pedradas y pidiendo á gritos la muerte y exterminio del militarismo. Y envolviendo en tan pobre sofisma la píldora, todavía se atreve á declarar el Cardenal Sancha que es incompatible ser buen católico y fervoroso creyente con ser anticlerical. Nosotros tenemos un modo de ver opuesto, y profesamos la opinión de que así como se puede ser buen patriota y entusiasta por el ejército, sin dejar de combatir el militarismo, que es su abuso y su generalización social y nacional, cabe también tener excelentes sentimientos religiosos y declarar guerra sin tregua ni cuartel al clericalismo y á los clericales. Porque al coartar el poder del clero, no se le quita su derecho: lo que se hace es negarle como casta, como excepción, como privilegio, para devolverle á la humanidad é integrarle en ella.

II.—Las libertades intangibles

Con este nombre designa el excelente y fervoroso católico francés Ferón-Vrau á la libertad de conciencia, á la libertad de cultos, á la libertad de enseñanza, á la libertad de pensamiento, á la libertad de imprenta; en una palabra, á todos los derechos llamados ilegislables; y el eco de esa voz del catoli-

cismo extranjero, repercutiendo en el tímpano de los clericales españoles, les ha hecho vacilar y excusarse, hablar de circunstancias y de acomodamientos, como si España fuese una nación de ortodoxos y de santos. El autor de *El Kulturkampf internacional,* que no parece tener muy en cuenta los principios de la teoría, mal había de hacer caso de las enseñanzas de la práctica. Por eso escribe también: «Antes de formar juicio desfavorable (*de esos católicos extranjeros*), conviene hacerse cargo del estado y legislación de la vecina República. Hay allí mezcla de religiones, protección oficial á la enseñanza laica, centros docentes con profesores ateos sostenidos por el Estado... matrimonio civil obligatorio antes del canónico, hornos crematorios, etc., etc.» Más adelante dice: «Conocen (*los referidos creyentes*) que en las actuales condiciones les es imposible, humanamente hablando y obrando, llevar á la práctica la tesis católica.» Y concluye: «He aquí por qué nuestros hermanos de Francia, con la mira y laudable intención de servir á nuestra Madre la Iglesia y de defender sus derechos é interés en el orden social y político en que son combatidos, se han colocado en la teoría teológica de la hipótesis (*¿qué entenderá el Cardenal Sancha por teoría teológica de la hipótesis?*) para tolerar desde ella libertades y postulados que de suyo y como tesis son insostenibles y están condenados por la Iglesia.»

Con estas consideraciones doctrinarias sobre la prudente conducta y las disposiciones tomadas por el catolicismo francés, se cree desvirtuar la eficacia de toda tentativa de propaganda anticlerical en este país donde el Corazón de Jesús reinará con más predilección que en otras partes. Pero la cuestión es saber si este método y los procedimientos concretos en que se traduce están conformes con los principios de la Filosofía y con los intereses de la civilización. ¿Pueden seguir negándose ó limitándose civilmente las libertades intangibles sin renegar de nuestra naturaleza social, de las leyes de nuestro espíritu y de los derechos individuales? El Cardenal

Sancha resuelve de plano que sí, mientras que yo voy á demostrarle que no.

Por de contado, la libertad de cultos es una de aquellas cosas que hace algunos años se podía discutir todavía, pero sobre la que hoy es forzoso concluir. En otra parte (1) he dedicado á este problema reflexiones detalladas que no voy á reproducir ahora. «El Estado, tomando las palabras de Tiberghien, es incompetente en materia religiosa y carece de religión. Que deje á los cultos gobernarse por sí, administrar sus asuntos como lo juzguen conveniente, nombrar sus funcionarios y formar libremente sus dogmas, su disciplina y sus ceremonias, puesto que no atacan al orden público. Se ha dicho que el Estado debe ser *ateo*. La expresión es fuerte, pero justa, si se entiende por esto condenar las *religiones oficiales* y colocar la autoridad nacional fuera y sobre las sectas religiosas... El Estado es *neutral*, es imparcial, enfrente de todas las divisiones humanas, porque es tan incapaz de distinguir lo verdadero de lo falso en la naturaleza y en los procedimientos, como de decretar la mejor manera de adorar á Dios.» Se invoca el llamado derecho á la verdad y al bien, olvidando que el bien y la verdad son cosas impersonales que se personifican en los espíritus de los hombres hasta lo infinito. Es cierto que todos los grandes teólogos católicos, sin excluir á San Agustín y á Santo Tomás, han sostenido lo contrario, y en ello se fundan todavía los ortodoxos timoratos como el Cardenal Sancha para resistirse á proclamar la libertad de cultos en su más amplia acción; pero ¡qué absurdo aceptar todas las opiniones de los Padres de la Iglesia, sin saber distinguir lo que en ellas influyó el espíritu del tiempo! No importa que al pensar así pensasen contra su propia conciencia y olvidasen la entonces todavía reciente historia de las persecuciones del cristianismo. Platón, que había presenciado la muerte de Sócrates y reconocido su causa en la intolerancia religiosa de los

(1) *Democracia y clericalismo* (*estudios de política aplicada*).

atenienses, defendió también la penalidad directa de la impiedad, y llegó á pedir que la negación de Dios fuese castigada por la ley civil con la muerte. No cabe duda de que estas eran inconsecuencias requeridas por sus ideales unitarios en política y legislación. También por un ideal más ó menos unitario, cual requería la organización y la disciplina católica de la Edad Media, defendieron San Agustín y Santo Tomás la intransigencia de cultos, sin que por eso debamos seguirles en este punto los cristianos de estos tiempos. Y me atrevo á avanzar más; porque siendo la misma inenarrancia *ex catedra*, estado humano de verdad absoluta, cosa tan indeterminable como el estado humano de error absoluto, no ya las opiniones de los Padres, sino algunas de los mismos Pontífices, pueden y deben rehusarse, sin que esto arguya falta de consideración al Vicario de Cristo, que sólo en materia de fe y costumbres, pero nunca en materia de Derecho, posee el don de la infalibilidad. En esto debemos imitar á los racionalistas, que tienen la imparcialidad de desdeñar toda opinión de los predecesores suyos que no convenga con las recientes necesidades de la sociedad. ¿Gregorio XVI ha dicho que la libertad de conciencia es un delirio, *deliramentum?* Pues el católico actual debe hacer de esta aserción el mismo caso que el racionalista contemporáneo hace de aquella otra de Voltaire, que no quería para el pueblo más que el aguijón, el yugo y el desdén.

La libertad de conciencia, ó como otros la llaman, de pensamiento, está fundada, y los mismos ultramontanos no lo niegan, en la idea metafísica de *individualidad*. «La persona, como agente jurídico, dice Posada (1), tiene en sí misma su propia esfera de derecho, la cual resulta de su finalidad racional y de la actividad libre que pueda desplegar para cumplirla, y en esa esfera de derecho, sólo ella, esto es, sólo la persona está: *a)* en situación de apreciar la condicionalidad libre necesaria; *b)* en situación de definirla; *c)* en situación de efec-

(1) *Tratado de derecho político.*

tuarla adecuadamente. El común sentir, con cierto instinto, verdadero á veces, señala esto, que no suele verse claro en política, cuando afirma que *sabe más el loco en su casa que el cuerdo en la ajena,* y la Iglesia, sin perjuicio de obrar como sus representantes quieran, consagra nuestra idea al reconocer la imposibilidad de vigilar materialmente la conciencia de cada cual y contentarse con las apreciaciones exteriores y con las declaraciones manifiestas.» Los teólogos, en efecto, repiten con Bonald (1) que «reclamar para el espíritu la libertad de pensar es tan absurdo como reclamar para la sangre la libertad de circular en las venas». Se les ha contestado que también se puede impedir á la sangre circular en las venas quitando al individuo el alimento (2). Este alimento, este «pan del espíritu,» ¿podrá ser otra cosa que la libertad, principio de toda caridad, de todo deber y de todo derecho? ¿Y no es por la libertad misma por donde á la verdad se llega? (3). *Veritas liberavit vos*, decía con razón Jesucristo; pero si la verdad nos hace libres, sólo la libertad nos hace veraces, y viviéndola y realizándola es como se evita la inmoralidad del error y se consolida la responsabilidad de la ciencia. «Jamás, decía el gran Obispo Sidonio en sus *Epistolas*, sufriré la servidumbre

(1) *Reflexions philosophiques sur la tolerance des opinions.*

(2) Fouillée: *L'idée moderne du droit en Allemagne, en France et en Anglaterre.*

(3) Prisco (*Filosofia del diritto fondata nella etica*) cree haber descubierto una razón contra la libertad del pensamiento, en que «la libertad, antes de pertenecer al pensamiento, es función de la voluntad». ¡Graciosa ocurrencia! Esta es una de las salidas de que tantos ejemplos nos ha dado santo Tomás, y por donde suelen escaparse los hombres de más talento cuando quieren á todo trance justificar un principio erróneo. Y si no, arguyamos de la misma manera. La libertad no es facultad del pensamiento; y como sin pensamiento no hay ciencia, la ciencia no es obra nuestra ni nos pertenece la actividad libre que en ella desplegamos. El pensamiento no tiene libertad; y como sin libertad no hay veracidad ni voluntad de lo verdadero, la verdad no es propia de séres libres, y la moralidad científica no depende de la libertad científica. Es difícil defender una doctrina más absurda.

del espíritu: me parece que se rebaja demasiado el que está obligado á ocultar su pensamiento» (1). Bástale al creyente sincero detestar en su interior lo que piense como falso: con esto se librará de la peligrosa tentación de confundir lo pensado con lo verdadero. Por el contrario, cuando la extensión subjetiva del pensamiento está reconocida como verdad posible, es cuando se cumple aquello de que el sujeto pensante no debe percibir lo que redundaría en perjuicio de su perfección y de su dignidad. *Hay cosas que vale más no ver que verlas*, decía Aristóteles refiriéndose á la inteligencia divina, á lo que él llamaba el «pensamiento del pensamiento»; pero la inteligencia humana no es pensamiento puro, y necesita, para llegar á la verdad, trabajar sobre todos los objetos cognoscibles, sean inofensivos, sean peligrosos. Más diré: jamás hubiera existido sin aquellos objetos. La verdad supone la duda, ó mejor todavía, la negación de su posibilidad antes del trabajo del espíritu que la busca. Por eso las grandes inteligencias dogmáticas han sido generalmente pensadores apasionados é infecundos, al paso que la ciencia ha encontrado representantes de primera talla en hombres mediocres en lo que cabe, pero dotados de un criterio libre, despreocupado y personal. La verdad estricta está rigurosamente conforme con la veracidad del sabio; los errores mismos llevan en la significación de sus consecuencias el gérmen de nuevas verdades; y el pensamiento humano en las inagotables riquezas de su libertad parece uno de esos enormes y singulares árboles del Trópico, cuyas ramas dan nacimiento á una flor cada vez que cae su fruto (2).

---

(1) Véase á Villelga: *La libertad de pensamiento dentro del dogma.*

(2) D'Annunzio cree encontrar en la persona del fundador del Cristianismo la primera tendencia contra la amplitud del pensamiento. «No temía Jesucristo, dice, á los chacales famélicos, pero temía á los pensamientos. Su mano descarnada sabía amansar á las bestias salvajes; pero cualquier pensamiento ardiente y dominador como los que van errantes por el desierto letal, lo habría devorado. Cuando el ángel malo lo condujo á la cúspide de la montaña, y con el dedo le señaló las comarcas fértiles escalonadas, y le indicó la dirección de los varios reinos del mundo, y las

Pues si la libertad de pensamiento es innegable, ¿qué diremos de la libertad de palabra? Los ultramontanos, como hemos visto, no niegan la primera como hecho, pero ven en la segunda un peligro para el derecho que los creyentes tienen á la verdad y al bien. ¡Rara consecuencia! Se nos concede el pensamiento y se nos priva de exponerlo en la palabra. Mas ¿qué es la palabra? El pensamiento convertido en sonido. ¿Y qué es el pensamiento? La palabra espiritual é interior. Luego la libertad de pensamiento, expresado por la palabra hablada ó escrita, no debe depender del capricho de la Iglesia ni de la voluntad del Estado, que ha tomado á aquélla sus absurdos procedimientos de la «censura previa» y de la «previa autorización», ó los más recientes de las «advertencias» y de la «supresión», olvidando que el correctivo de la opinión pública es la ley más eficaz que contiene y reprime los errores que se cometen por medio de la prensa (1). No es, pues, censurable la diversidad de criterio de los periódicos, ni existen delitos de imprenta, siendo bárbaro é injusto señalar para la corrección de sus faltas penalidad diferente de la común, puesto que el derecho de publicar el pensamiento supone la responsabilidad personal. En los abusos que se han cometido conviene no olvidar sistemáticamente las anomalías de la condición humana. Al lado de estas anomalías funestas en resultados abundan las ventajas que de la libertad de la prensa se obtienen, nacidas sólo de su influencia en todas las clases sociales y aun en los mismos hombres de gobierno. Los clericales no se cansan

---

corrientes profundas y vertiginosas del deseo humano, Él entornó los párpados: no quiso ver, no quiso saber.» El lector habrá comprendido el secreto de la contradicción que hay entre la realidad y las afirmaciones de D'Annunzio. Este secreto es: que el sofista italiano, aunque habla en todo el pasaje de los *pensamientos*, los confunde lastimosamente con las *pasiones*. Lo que Jesucristo repudió siempre fueron las dominaciones terrenas: á lo que cerró sus ojos fue á la ambición del poder, no á la ambición de la verdad. Recuerde si no D'Annunzio su diálogo con Pilatos en el pretorio.

(1) Véase á Fuensanta del Valle: *Historia del periódico político*.

de declamar contra semejante influencia, porque ha venido á mermar la suya, y todos los días y á todas horas nos están mostrando cómo cunde con las publicaciones libres la semilla de la inmoralidad. ¡En cambio, no recuerdan que en el siglo XVI, cuando la permisión de obras y periódicos era cargo de la Inquisición, los mismos que con tanta dureza condenaron los tratados del Brocense y quisieron castigar á Fray Luis de León por su traducción en verso del *Cantar de los Cantares,* dejaban que circulasen y se hicieran numerosas ediciones de la *Celestina, Thebaida* y *Lozana Andaluza!*

Bien diferente es la cuestión que concierne á la *libertad de obrar.* Aquí se presentan con una fuerza irresistible todas las consecuencias deducidas de la *moral independiente,* que no es *atea,* como vulgarmente se dice, pero sí *ateológica,* en el sentido de excluir el criterio de una determinada religión ó de una determinada secta para fundarse en las leyes morales de la naturaleza humana (1). ¿Ni cómo podía ser de otro modo? Sin la percepción directa de la moralidad y del bien, sin un principio de conducta apoyado en las luces naturales de la conciencia humana que sirva de criterio primordial á las distintas concepciones éticas de las sectas religiosas y sea anterior á ellas, sería hasta imposible determinar la superioridad de unas sobre otras; y puesto que el catolicismo es posterior á la mayor parte de las religiones del mundo, necesita fundarse precisamente en la aborrecida *moral independiente* ó natural para demostrar la excelencia de sus propias máximas y preceptos. Los apologistas católicos de todos los siglos han empleado este método contra los herejes de su tiempo; pero en los comienzos de la religión de Cristo, sobre todo, fue el único convincente y

(1) «El principio de la Ética existe *à priori,* no como conciencia formada y desenvuelta, pero sí como disposición de nuestra naturaleza original, según la cual, podemos aprender á conocer su esencia y modo de ejercitarse.» (Lange: *Geschichte des materialismus.*) «El fin moral que los pueblos se proponen cumplir queda siempre el mismo en el fondo, sólo varían los medios. (Wundt: *Vorlesungen ueber menschen und thierseele.*)

legítimo. «Consultad el pudor (decía Tertuliano, refutando el politeísmo gentílico y los sofismas de la reacción á lo tradicional), consultad la probidad, la justicia, todas las virtudes, en una palabra. ¿Están con vuestros dioses ó con el nuestro? *Que la moral eterna decida.*» Así hablaba el antiguo pagano, que había llegado á ser lumbrera y ornamento de la Iglesia. El Cardenal Sancha, en principio, admite esta misma doctrina, afirmando que, «alumbradas las almas por la luz de la ley natural, no cabe duda que algunas ó muchas de ellas, rectamente pensando y honestamente obrando, se resolverían á realizar los beneficios de la sociabilidad en una forma de vida, no ordinaria, sino especial, pero más idónea para practicar las virtudes que exigen mayor sacrificio personal, y para acercarse á merecer con verdad el predicado de alma naturalmente cristiana, en el sentido que lo enunciaba el gran Tertuliano». Pero cuando se le pregunta si esto conduce lógicamente á la secularización de la moral, responde del modo más explícito y terminante que no. Varias veces repite que semejante secularización no es más que un medio de aniquilar la influencia de la Iglesia. Del eminente Mazzini, bien conocido por sus reformas sociales en Italia, y que cree que «en la escuela no debe enseñarse el dogma, sino la moral civil y moderna, que está ya compendiada en los deberes del hombre», juzga el Cardenal Sancha que «en toda esa labor no se ve más que fraseología revolucionaria..., que no hay moral sin dogma, como no hay edificio sin cimientos, ni ciencia sin principios fundamentales».

De las citas aducidas podemos ya deducir el aprecio que el Cardenal Sancha hace de la libertad de enseñanza. «Esta libertad, dice, lo es para la enseñanza de todas las ideas y errores, menos para la de la verdad católica.» «La escuela neutra está ya desacreditada y desechada, y hasta los hombres de gobierno, partidarios de ideales heterodoxos, sostienen en los planes de enseñanza la *escuela confesional*.» No sé en qué se fundará el Cardenal Sancha para hacer esta afirmación; pero creo

poderle asegurar que se opone á la doctrina misma de Santo Tomás, en opinión del cual el hombre, por el solo poder de la razón, fuera de toda revelación y ante toda revelación, puede llegar al conocimiento de Dios y demostrar la espiritualidad del alma y la libertad humana, inquebrantables bases en que descansa toda enseñanza moral y religiosa (1). Y para que el Cardenal Sancha veá que de nuestra parte se halla la ortodoxia en general, le recordaré que eso es exactamente lo que en 1856 sostenía el Abate Maret, Vicario de París y Decano de la Facultad de Teología, en su obra titulada *Philosophie et religion*, y lo que en 1868 defendió Frére Orban en la Cámara de los representantes de Bélgica, contra las pretensiones de los que querían la enseñanza exclusiva y dogmática (2). Y como Dumortier protestase á nombre de la revelación, Frére Orban exclamó: «¡Tened cuidado, que caéis en la herejía!» (3) Así, el ultramontano debe llegar, estrechado por la necesidad, á donde llegó Bonald, para quien la enseñanza era fruto de perdición; y á decir con el famoso Demaistre: «La ignorancia vale más que la ciencia, porque la ciencia viene de los hombres y la ignorancia viene de Dios.» Estas palabras ponen el sello á toda la escuela. Reclús (4) cree, y no sin razón, que esta teoría es consecuente consigo misma. Porque, en efecto, el que funda la negación de la libertad de enseñanza en textos bíblicos y en consideraciones religiosas, tropezará desde sus primeros pasos en pedagogía teológica con la prohibición formulada por el mismo Dios: *No tocarás el fruto del árbol del saber*. «La

(1) De esta cuestión he de hablar más ampliamente en mi libro, próximo á publicarse, sobre *La Filosofía de Santo Tomás*.

(2) Proposiciones publicadas por el Arzobispo de París, formuladas y aprobadas en el seno de la Congregación del Indice y dirigidas contra la doctrina tradicionalista de Bonald. La segunda está concebida en estos términos: *Ratiocinatio Dei existentiam, animae spiritualitatem, hominis libertatem cum certitudine probari potest*. (Tiberghien: *Theorie de la connaissance*.)

(3) Tiberghien: *Enseignement et philosophie*.

(4) *Evolution et revolution*.

prodigiosa ironía de las cosas, dice Reclús, ha hecho que actualmente los elementos religiosos sean los que distribuyen ese fruto venenoso. Es curioso verles repartir esas *manzanas* del pecado con prudencia y parsimonia, al mismo tiempo que administran el contraveneno. Para ellos hay ciencia y ciencia: la que se enseña con toda clase de precauciones y la que debe callarse cuidadosamente. Un hecho considerado como moral puede consentirse que los alumnos lo aprendan de memoria: todo lo que contribuya á despertar el espíritu de crítica es preciso ocultarlo con cautela. Comprendida de este modo, la historia no es más que un relato mentiroso; las ciencias naturales consisten en un conjunto de hechos sin cohesión, sin causa y sin fin; en cada serie de estudios las palabras ocultan las cosas; y en la enseñanza superior, donde es permitido abordar los grandes problemas, sólo se hace esto por falsos derroteros, por vías indirectas, amontonando las anécdotas, las fechas y nombres propios, las hipótesis, los argumentos rancios de los antiguos sistemas.» De cuando en cuando, sin embargo, un rayo de luz aislado surge de tanta confusión, y una lógica consecuencia aparece en la mente del niño. Estos relámpagos aislados y provocados por una alusión lejana, por un aventurado adjetivo, bastan á veces para producir el *mal* que se quería evitar y conmover el espíritu del educado que salta de repente á *terribles* conclusiones. Pero aquí del celo de los profesores religiosos: la «caridad de severidad» sustituye entonces á la libre exposición de la ciencia, y se antepone la eterna salvación de aquella alma llena de vida propia á su expansión intelectual y á la ampliación de sus conocimientos (1).

(1) Esta anteposición no se limita á la libertad de enseñanza, sino que se extiende á la libertad en general, hasta el extremo de que la intolerancia práctica y la persecución á sangre y fuego ha merecido la aprobación de la Iglesia cuando ha dado por resultado la extirpación de una herejía, sin que le quedase otro remordimiento de conciencia que *la idea de la posibilidad* de una vuelta de los disidentes á su seno, es decir, de una reconciliación con Dios. Así, por ejemplo, al tener noticia de la matanza de

La tiranía, pues, subsiste, y es inevitable, porque esa supuesta conciliación de la fecundidad de la enseñanza con su sujeción á los estrechos cánones del ultramontanismo rígido está tan en desacuerdo con las lecciones de la experiencia y de la práctica, que puede decirse que de los centros de enseñanza eclesiástica ó jesuítica no salen más que dos clases de espíritus: ó ateos furibundos ó solapados hipócritas, esto es, ó el fanatismo contra Dios ó el fanatismo para Dios. Es el mismo dilema que ofrece, en general, el católico que quiera vivir en el siglo. Uno lo será leal y sinceramente, y éste admite, á despecho suyo, la libertad de conciencia: de esta clase es dable citar muchos ejemplos (1). Otro, empero, renunciará á toda amplitud de criterio, y tendrá por fuerza que limitarse á Donoso Cortés, que tuvo sobre el asunto ideas erróneas y fanáticas en su totalidad, pero consecuentes (2). Contra esta detestable dirección hay para el creyente verdadero una vía normal de sociabilidad: la tolerancia y la persuasión. Fanatismo é hipocresía son los dos extremos opuestos á la libertad, que es lo único que concilia armónicamente las tendencias altruistas y las tendencias proselitísticas en religión. Esta conciliación

---

la noche de San Bartolomé, el Papa Gregorio XIII no extrañó el hecho ni tuvo para él una palabra de censura, y si derramó lágrimas, según Brantome, fue bajo la consideración de que «tal vez entre los culpables habrían perecido algunos inocentes que, de no haber muerto, hubiesen podido recibir la gracia de la conversión». ¡Siempre la misma confusión de la caridad con el *utilitarismo* futuro y la subordinación de todos los sentimientos de fraternidad y de amor al mayor interés de la otra vida!

(1) Tomemos el primer autor que hallamos á mano. En los *Ensayos de crítica filosófica* de Menéndez Pelayo, se lee el siguiente significativo párrafo: «La virtud genial del pensamiento es tan invencible, que *aun imponiéndose un yugo y acatando una autoridad, halla siempre algún resquicio por donde reconquistar su libertad nativa.*» Admirable justificación del pensador libre en la pluma de un sabio que de nada tiene menos que de libre pensador.

(2) «Con ellas buscaba la religión en la política y la política en la religión, y en una y otra la razón de una resistencia inquebrantable contra toda idea liberal. Parecía llevar, como Diógenes, una linterna, no para

de las dos tendencias es poderosa y fecunda en resultados en toda alma humana, mientras que la manera de ser de los fanáticos ante la transigencia de sus enemigos ha puesto en boca de Locke esta valiente frase: «La libertad no debe ser dada á los que niegan todas las libertades.» Que es como decir: debemos ser tolerantes con todos, excepto con los que predican la intolerancia. El amor, en efecto, aborrece todo lo que no es amor.

No voy á seguir más adelante en esta defensa y vindicación de las libertades intangibles. Bueno será, sin embargo, presentar en compendio las ventajas de la libertad en general, tal como las han puesto de manifiesto desde sus puntos de vista respectivos, Stuart Mill (1), el representante más ilustre del positivismo utilitario, y Julio Simón (2), el defensor más imparcial del espiritualismo independiente. La libertad, nos dicen estos dos grandes filósofos, desenvuelve las facultades del individuo, y las desenvuelve en sentidos diferentes; favorece la originalidad y con ella el progreso, suscita el genio, encuentra en sí misma su propia regla, y tiende, naturalmen-

---

buscar un hombre sin encontrarle, sino para descubrir en todas partes al Dios que había creado su imaginación, y al diablo que suponía inspirando el progreso en la humanidad. Donoso Cortés es el único sectario de su escuela que en bellísimas expresiones ha admirado y bendecido los grandes descubrimientos de la ciencia, para considerarlos como obra divina en favor de la tiranía y el absolutismo. Los ferrocarriles y los telégrafos eran para él descubrimientos providenciales, con objeto de que el Gobierno tuviese los soldados y el pensamiento en todas partes, para ahogar los gérmenes de la libertad... El bello ideal de Donoso Cortés: Felipe II con líneas férreas y líneas telegráficas, es un delirio absurdo; porque estos inventos maravillosos no son, como él creía, el *summum* de la centralización, sino todo lo contrario, extienden la luz y la vida más que la concentran: son fuerzas más centrífugas que centrípetas: son elementos populares de libertad, de fraternidad y de unión... Esa tendencia no puede ser ya ante el progreso más que un sainete semi-religioso, un hecho bufo y una caricatura.» (Picatoste: *Las frases célebres.*)

(1) *The liberty.*

(2) *La liberté.*

te, á ponerse en equilibrio con las demás libertades. Así, de la libre acción de las inteligencias, se desprende la verdad; de la libre combinación de los intereses, la utilidad común; de la libre acción de las voluntades individuales, una voluntad general que, sin ser infalible es perfectible siempre, y lleva en sí misma el medio de corregir sus propios errores. Además, la libertad aumenta los medios de cultura y de riqueza, favoreciendo los cambios y facilitando la venida de los extranjeros perseguidos. «Inglaterra, refugio de todas las víctimas de todas las causas, escribe con acierto Morote (1), debe á eso principalmente su prosperidad. Flandes y Suiza se enriquecieron dando hospitalidad á los hugonotes. La América del Norte, la poderosa República, se formó por los Puritanos. El califato de Córdoba gozó de su gran esplendor cuando era asilo para los sabios de la tierra. Aragón y Cataluña congregaban en su seno gente de todas las castas. La restauración de España, por Carlos III, promovía las ofertas de alemanes, ingleses, holandeses, para la colonización de nuestro suelo. Pestalozzi y Froebel extendían hasta aquí sus métodos de enseñanza en cuanto encontraban gobernantes ilustrados ó tolerantes. La tiranía recoge á veces los últimos frutos de la libertad, pero es para dispendiarlos. Y que no nos deslumbre el hecho de que los siglos de oro de su literatura, en Roma como en España, coincidan con el despotismo, pues los engendró la libertad mucho antes de que el poder absoluto los gozara y los pudriera. Tácito decía: *Postquam bellatum apud Actium atque omnem potenciam ad unum conferri paci interfuit magna illa ingenia cessere.*»

La libertad es lo antiguo en España: el despotismo lo moderno. Así lo afirma Mad. Stäel, y así lo confirman unánimes la tradición y la experiencia.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

(1) *La moral de la derrota.*

CRÓNICA LITERARIA

Recepción de D. Francisco Silvela en la Academia de la Historia. - Matrimonios de España y Francia en 1615.—Las causas de la decadencia de la Monarquía española.—Recepción de D. José de Cárdenas en la Academia de Bellas Artes.—Las Bellas Artes en los presupuestos del Estado.—Pí y Margall.—Tres libros sobre Cánovas.

Entre los acontecimientos literarios del mes anterior merece mencionarse la recepción del Sr. D. Francisco Silvela en la Real Academia de la Historia. Los hombres políticos dan ahora crecido contingente á las Academias, como antes se lo daban los Grandes de las aristocracias nobiliarias, sin duda porque la posición culminante que ocupan hace más visibles sus merecimientos y permite que los descubran con facilidad los miembros de estas doctas corporaciones, percibiendo á veces méritos que los ojos, menos sagaces, de la masa general del público no acierta á distinguir.

No es este el caso del Sr. Silvela, el cual, aunque no hubiera sido político, ni Ministro, ni jefe de partidos y Gobiernos, habría hallado abiertas las puertas de la Academia de la Historia por sus talentos de historiador, no presuntos, sino demostrados en obra tan importante como la publicación de la Correspondencia entre Felipe IV y Sor María de Agreda y el *bosquejo histórico* que á las cartas precede, y que, bajo este título modesto, es una acabada pintura del estado político de España en aquel reinado, y forma una de las mejores páginas histó-

ricas que acerca de nuestro pasado se han escrito por españoles en el curso del último siglo. Ha ido, pues, el Sr. Silvela á la Academia de la Historia como se debe ir: por merecimientos contraídos en el cultivo de las ciencias históricas y públicamente demostrados en textos que andan impresos.

Obra de historiador y de literato, de subido valor también, es el discurso de recepción que leyó en la sesión celebrada por la Academia, con tal objeto, el 1.° de Diciembre último. Eligió como asunto el nuevo académico los *Matrimonios de España y Francia*—según la frase usada por Bernabé de Vivanco —que se celebraron en 1615; tema histórico interesante que el Sr. Silvela no examina sólo como uno de tantos casos ó acontecimientos particulares como ofrecen á la curiosidad del investigador las memorias de lo pasado, sino como un ejemplo de que la influencia de los matrimonios de los Príncipes en la suerte de los pueblos no ha solido ser tan grande como algunos pensaron, sino que aparece reducida á límites bien estrechos. Al par que este ejemplo de la experiencia histórica, halla el autor del discurso en los matrimonios de Príncipes de 1615 un punto de partida para disertar sobre las causas de nuestra decadencia, estudio tentador para políticos, historiadores y sociólogos, que á naturales y extranjeros ha sugerido libros ya numerosos y juicios muy diversos; y para bosquejar la hipótesis de una política nacional que hubiera podido apartarnos de la cuesta por donde declinó nuestro poderío con tanta rapidez como la que había tenido para alzarse á su zénit el sol de la preponderancia española.

Producto del estilo de la época ó de intencionada expresión, la frase de Vivanco: «Matrimonios de España y Francia» es en extremo feliz, pues expresa lo que fueron aquellos matrimonios en la mente de los que trataron de ellos como medio de poner fin á la emulación y discordia de las dos Coronas, siendo, más que enlace de Príncipes, consorcio de naciones, á la manera de los matrimonios alguna vez celebrados para poner término á los odios de familias enemistadas.

El Sr. Silvela, después de consagrar el acostumbrado recuerdo á su antecesor en el sillón académico, el ilustre arabista Gayangos, de quien dice mucho en pocas páginas, entra en materia, describiendo el estado de las cosas en España y Francia al iniciarse el pensamiento de los enlaces del que había de ser Luis XIII de Francia con la Infanta Doña Ana y de la Princesa Doña Isabel con el que luego fue Felipe IV de España. Relata las vicisitudes de las primeras negociaciones que mediaron entre Enrique IV y Felipe III, y describe luego al por menor los viajes que para las entregas de las dos Princesas hicieron, concertadas ya las bodas, las dos comitivas española y francesa, parte del discurso que forma un brillante cuadro de época, en que resucitan ante el lector las costumbres, el estado social de la España y la Francia de principios del siglo XVII, las fórmulas de la etiqueta, el lujo de las cortes, el aparato de los grandes, las divisiones de los opuestos bandos y el contraste entre la majestad semioriental en el acatamiento, de la realeza española y el estado de guerra civil latente en que se encontraba la Monarquía francesa, frescas aún las luchas de la Liga y las contiendas entre católicos y hugonotes, formando todo una página de evocación histórica, rica en colorido y de firme y bien trazado dibujo.

Muestra después el autor del discurso cómo fallaron las esperanzas políticas que habían hecho concebir aquellas bodas reales, y cómo no ejercieron influjo alguno en las relaciones mutuas de ambas naciones, juzgando que fueron un error desde el punto de vista español y de la política española seguida por los Austrias, que perdió entonces la ocasión de disputar á Francia el predominio en circunstancias propicias para nosotros que ya no habían de repetirse nunca, de donde pasa por natural transición á examinar el fracaso de la política internacional seguida por la Monarquía española desde el reinado de Carlos V, y á exponer y defender la hipótesis de haber sido la falta de buenos y capaces gobernantes causa principal de la decadencia del Imperio español, mostrando cuán otros hubie-

sen podido ser los destinos de nuestra nacionalidad y aun de la raza, si nuestra acción política en vez de orientarse en el sentido de la lucha por la preponderancia en el continente europeo, hubiese vuelto la espalda á los Pirineos, buscando en Africa y en los dominios americanos el teatro de sus empresas de expansión y de conquista.

En extensión, no excede el discurso del Sr. Silvela de los límites acostumbrados en esta clase de oraciones; pero dentro de ese reducido espacio y dentro también de la esfera propia de su particular asunto, tienen su representación en este trabajo casi todas las especies y formas principales de la historia. La historia descriptiva, *pictórica*, que se cuida ante todo de la perfección literaria, que quiere evocar los espectáculos de lo pasado pintando costumbres, ceremonias, tipos, escenas de la guerra y de la paz, solemnidades regias, fiestas y otros acontecimientos memorables, en suma, la parte intuitiva y sensible del material histórico, cuya resurrección requiere no sólo la diligente investigación del erudito, sino el gusto del literato, aquella parte en que la historia es ante todo arte, *restauración* de representaciones sensibles, semejante en algo á la restauración ó reconstrucción de los antiguos monumentos menoscabados por la acción del tiempo, ese aspecto de la historia está representado en el discurso por las magistrales descripciones de las jornadas de las Cortes de España y Francia para la entrega de la Infanta Doña Ana y la Princesa Doña Isabel. Llena de solemnidad y aparato la jornada de los españoles, regida por el Duque de Lerma, rodeada y asistida de la flor de la nobleza, recibida por los pueblos la comitiva con entusiasmo mezclado de admiración y asombro, formando, en suma, como dice el Sr. Silvela, «la más cumplida representación de una Monarquía, en que se dividieron el campo la ostención palaciega de la etiqueta y la burocracia curialesca de Juntas y Consejos». Muy diferente en su aspecto y en sus incidentes la comitiva y la jornada francesa, protegida por tropas numerosas para resguardarla de los ataques de los hugonotes,

juzgada por una opinión dividida y en parte hostil, objeto de más libelos y diatribas que apologías, obligada á rodeos y precauciones, no exenta de peligros que hasta á última hora parecieron á algunos aconsejar el desistimiento de los matrimonios de España. Al espectador que sólo contemplase el aspecto exterior de los sucesos y la situación en que se encontraban ambas Cortes y Coronas, habrá de parecerle que todas las ventajas que da la firmeza y seguridad de los poderes, estaban de la parte de la Monarquía española. Y sin embargo, los acontecimientos entonces por venir, hoy pasados, remotos ya y sabidos, muestran que la Monarquía de los Austrias caminaba con el paso solemne de una comitiva funeraria al triste ocaso de Carlos II y á los peligros de la desmembración, mientras que la Monarquía de los Borbones de Francia marchaba, á pesar de sus divisiones y sus aún no extinguidas luchas religiosas, al predominio europeo de Luis XIV y á la imposición de su dinastía sobre el trono rival de las Españas.

Entre los retratos históricos que contiene el discurso, trazados al pasar, pero con rasgos felices que en pocas líneas hacen visible el parecido y el carácter, se destacan el del altivo y áspero Embajador español D. Pedro de Toledo, que siendo como es figura histórica, parece sacado de los romances del Duque de Rivas, ó digno de figurar en ellos al lado del *Castellano leal* y que contribuyó, acaso con su actitud, al fracaso de las primeras negociaciones de los matrimonios en la Corte del Bearnés; y el del confesor de Enrique IV, P. Cotton, tipo del jesuíta sagaz y político que sabía predicar á tiempo «doctrinas gratas para los gobernantes» como la de «ser mejor y más devoto pagar los impuestos que dar limosna, pues lo primero es precepto y lo segundo no ha pasado de consejo». Es posible que al bosquejar esta figura pensase el Sr. Silvela que no hubieran estado de más algunos predicadores de esta clase, eclesiásticos ó seglares, en los días de la propaganda de la Unión Nacional.

A las alturas de la historia pragmática y filosófica que in-

vestiga la causalidad histórica y no se contenta con conocer los hechos en lo que tuvieron de determinación concreta y singular, sino que pretende conocerlos en sus causas, se levanta el discurso cuando, partiendo de las consecuencias de los matrimonios de 1615, examina las causas de nuestra decadencia y formula la hipótesis de cuáles hubieran podido ser nuestros destinos á ser otra la orientación política de la Monarquía en los negocios exteriores durante el período de nuestra grandeza. Algo hay en esta parte del discurso que es, más que historia, interpretación filosófica de la historia.

Menciona el Sr. Silvela, de pasada, las diferentes explicaciones que se han dado del fenómeno de nuestra decadencia, primero las ya mandadas recoger, las que obedecieron, más que al atento é imparcial estudio de la historia, á pasiones políticas ó religiosas, las que hablan de la intolerancia religiosa, del absolutismo monárquico, de la Inquisición, cual si se tratara de hechos que sólo se hubiesen dado en España. Cita luego la de Cánovas del Castillo, que veía en nuestra pobreza y en la desproporción de nuestros recursos naturales con las grandes empresas acometidas por los Austrias, la causa de la caída del Imperio español, y por último expone la suya, según la cual, no á nuestra pobreza ni á defectos del pueblo español, del que hace un caluroso elogio, sino á la falta de buenos administradores y gobernantes y al error de la política internacional, se debió el ocaso de nuestra grandeza. «La verdadera culpa estuvo en el abandono de toda idea racional de Gobierno desde la muerte de la Reina Católica y del Cardenal Cisneros en adelante», dice el Sr. Silvela; «la dificultad no ha estado nunca en gobernar á los españoles; lo arriesgado y difícil por todo extremo ha sido siempre el gobernar y el administrar con españoles». En estas dos frases se resume y compendia la teoría del Sr. Silvela, que expuesta por quien ha sido y ha de volver á ser, según todas las probabilidades, un gobernante, y ha podido experimentar, por tanto, en cabeza propia cuán general y arraigada es la propensión á achacar

todos los males públicos á los que ejercen el Gobierno, presenta caracteres de abnegación y desinterés raros, aun en este linaje de juicios históricos. Pocos son, sin duda, capaces de llegar á ese objetivismo en que se coloca el Sr. Silvela, pues tan general y explicable como la inclinación del vulgo á inculpar á los que mandan de todo mal suceso, es por parte del gobernante, que tropieza á cada paso con las *impurezas de la realidad,* con las resistencias y los rozamientos con que la masa social entorpece y detiene la marcha de la máquina política, la tendencia á explicar por los defectos de la colectividad los contratiempos y los fracasos, siendo cosa común y que fácilmente se explica, que en el estudio de la historia experimente el hombre de Estado esa misma tendencia, á que le inclinan su propia experiencia, su disposición de ánimo y su punto de vista de gobernante.

Dejando esto aparte, el por qué de la historia es un enigma, y todas las explicaciones que se dan de las elevaciones y caídas de los pueblos no son, al cabo, más que hipótesis. Nadie puede medir la parte que la Providencia ó el azar han tenido en los sucesos humanos, y el examen de ellos apenas puede ofrecernos más que una representación exacta ó aproximada de lo que sucedió, no de las causas por virtud de las cuales sucedieron así las cosas. Claro es que entre aquellas hipótesis las hay más verosímiles y probables que otras; mas como en esta esfera la experimentación no es posible, no puede saberse qué consecuencias hubiesen resultado á seguir otros derroteros los pueblos y alterarse el cauce de los hechos. Los ejemplos no son concluyentes, porque el caso de cada pueblo y de cada época tiene mucho de individual; es, en cierto sentido, único.

No desmerecen por eso tales juicios históricos, ni su falibilidad é incertidumbre es defecto de que ellos solos adolezcan. Siguen la ley general de los conocimientos humanos cuando se remontan á la región de las causas. Las más elevadas especulaciones andan bordeando la región de la hipótesis ó están de lleno dentro de ella, y puede decirse que el conocimiento, en

cuanto se aparta del fenómeno concreto y singular, hacia la hipótesis camina, y tanto más se acerca á ella, cuanto más se aleja de lo puramente fenomenal y sensible. Esa misma vaguedad é inseguridad de la filosofía de la historia y aun de la misma historia filosófica, hace más atractivas las investigaciones y meditaciones acerca de estas materias, pues parece que el espíritu se complace en perseguir aquellos objetos que no se le rinden y entregan fácilmente, sino que conservan algo inasequible y no revelan la última palabra de su enigma, ni abren de par en par las puertas de su *jardín secreto*.

Mas necesariamente hay que admitir en estas materias una gran libertad de opiniones. Casi todas las interpretaciones de los fenómenos históricos encierran alguna parte de verdad, aunque sean atisbos parciales de las cosas y de sus causas; y con frecuencia pueden conciliarse unas y otras, pues siendo los hechos sociales complejos en extremo, obedecen siempre á diferentes causas, próximas y remotas, sin perjuicio de que entre ellas sobresalga alguna y tape con su principal influencia otras influencias causales más menudas y menos visibles, pero también eficaces y positivas.

En mi modesta opinión, la teoría del Sr. Cánovas, poco grata al amor propio nacional, de la desproporción entre nuestras fuerzas y las empresas que acometimos, está conforme con lo que declaran y hasta pregonan á voces los hechos. Mil particularidades, mil fenómenos de la vida privada y pública de los españoles en los siglos XVI y XVII, la literatura, las opiniones de los contemporáneos, la confirman.

Mas esto no quita el que sea ciertísimo que no tuvimos un Sully, un Richelieu ni un Colbert, como dice el Sr. Silvela, y que el mal gobierno, y sobre todo la mala administración y el error de la política internacional, fuesen también causa importante de nuestra caída y la hiciesen más rápida é inevitable.

Por último, tienen estas interpretaciones de la historia aspectos diferentes, y no sólo encierran un valor científico de

aproximaciones á la verdad, sino también un valor artístico y un valor ético. La teoría del Sr. Silvela es de las más propias para levantar el espíritu colectivo, porque á los pueblos les conviene al cabo creer, sea ó no cierto, que sus males se deben á causas accidentales y no á vicios y flaquezas inherentes á su condición. En el patriotismo entra por mucho la fe, que en todas las esferas es una fuerza...

El discurso de contestación del Sr. Asensio se limita á hacer el elogio del nuevo académico, y á señalar la importancia del tema tratado por el Sr. Silvela.

***

En la Academia de Bellas Artes de San Fernando se verificó, el 24 de Noviembre último, la recepción de D. José de Cárdenas. Publicista muy conocido, director de periódicos y revistas, alto funcionario en importantes cargos de la administración activa y consultiva, considerado hace tiempo como *ministrable* entre sus amigos políticos, el Sr. Cárdenas entra en la Academia de Bellas Artes precedido de una reputación de cultura que justifica su elección.

Su discurso versa sobre *Las Bellas Artes en los presupuestos del Estado*. En este tema, árido al parecer, ha sabido hallar el Sr. Cárdenas materia para una disertación interesante, y un estudio muy útil que abarca desde los primeros presupuestos del sistema constitucional hasta el de 1845, en que se transforma el régimen y la manera de ser de la Hacienda. Si el Sr. Cárdenas completa su trabajo hasta los días contemporáneos, como promete en el discurso, formará una monografía notable que deberán consultar cuantos quieran orientarse en un asunto que no es baladí ni de mera curiosidad, pues representa el auxilio y consideración que han merecido las Bellas Artes al Estado, desde que existe en España el régimen representativo. En las cifras del presupuesto se refleja el concepto que tiene el Estado de la importancia de las actividades

humanas, y la dotación asignada á las funciones tutelares de aquél dice mucho, y es un dato por demás expresivo. Al cabo, aunque las Bellas Artes no sean cosa que pueda producir artificialmente el Estado con cierta dosis de protección, algo influye ésta, pues no hay actividad humana, por sublime y elevada que sea, que no se relacione con la vida económica y no necesite de ella. Si es verdad que *no sólo* de pan vive el hombre, ya implícitamente se dice que de pan vive, aunque el pan por sí solo no le baste.

El discurso del Sr. Cárdenas abunda en noticias curiosas y en juicios atinados. El elogio que hace el nuevo académico de su antecesor el Sr. Tubino es detenido é imparcial, con rasgos, en algunos pasajes, de verdadera semblanza. La contestación de D. Amós Salvador trata principalmente de la libertad y la protección en las Bellas Artes.

*
* *

Algo tardío tiene que ser el recuerdo que consagremos en esta *Crónica* á Pí y Margall, con cuya muerte desaparece uno de los mejores prosistas en lengua castellana, acaso el que mejor supo en su tiempo y entre los escritores políticos, conservar la tradición castiza sin caer en arcaismos ni en amaneramientos. La actualidad devora tan rápidamente los sucesos, que los convierte en flores de un día; y ya la desaparición de Pí y Margall, siendo de ayer, parece cosa lejana.

El sello especial de su personalidad era la unidad del carácter. Ni en su pensamiento ni en su estilo se observan apenas variaciones. La consecuencia política que le dió esa aureola de firmeza, más preciosa que nunca en épocas de mudanzas, de vacilaciones y de incertidumbres, tiene su complemento en la consecuencia filosófica y hasta en la consecuencia literaria. Comparando sus últimos escritos con los de su juventud, no se advierten los cambios de gusto y de *manera*, frecuentes tan en los escritores que han escrito mucho.

Pí y Margall, tan avanzado en política, en religión, en filosofía, era en literatura un clásico, aunque él no profesase teóricamente el clasicismo. Escribía en un castellano limpio, sencillo, transparente, más cercano á la prosa del siglo de oro que á la prosa moderna. Propendía á las formas antiguas como el diálogo, poco usado ahora y que él empleó frecuentemente con facilidad y elegancia. Expresaba con hermosa y fría diafanidad un pensamiento regular, arquitectónico como las construcciones del arte clásico. En esto se reflejaba también la unidad de su carácter y de su personalidad espiritual. ¡El bello ejemplo de una vida armoniosa, guiada por conceptos, alejada de flaquezas y pasiones, que dió, hace de él un tipo antiguo, de ciudadano griego ó romano de los buenos tiempos, que cultiva y practica una serena filosofía cercana al estoicismo. Entre las muchas obras que escribió en su labor literaria de más de cincuenta años, los *Estudios sobre la Edad Media* (sacados de la *Historia de la Pintura), La reacción y la Revolución,* el estudio sobre el P. Mariana, *Las luchas de nuestros días* y *Las nacionalidades,* son acaso las que contienen sus mejores páginas literarias, aunque algunos de estos estudios, como los relativos á la Edad Media, no respondiesen ya á los adelantos de las ciencias históricas. Entre los últimos escritos que dió á la estampa, los Diálogos entre Guatimozin y Cortés y sobre las Bellas Artes, conservan también la armoniosa serenidad y sencillez del estilo que tanto avalora las producciones de Pí y Margall y tanto las distingue del hueco verbalismo que han introducido las modernas modas literarias, tan propicias á disimular la escasez de pensamiento.

El recuerdo de Pí y Margall nos lleva hacia el de otro gran escritor y otra gran figura histórica de su tiempo: Cánovas. *Los dioses se van...* Poco á poco van desapareciendo, sin dejar sucesores conocidos, las grandes figuras de aquella generación: Cánovas, Castelar, Pí y Margall, Campoamor... Acerca de Cánovas se han publicado recientemente tres libros que mencionaré antes de poner punto á esta crónica. Uno es la copiosa

E. M.—*Enero 1902.*

compilación de lo escrito y publicado en la Prensa nacional y extranjera con motivo de su muerte, que ha formado con laboriosidad digna de elogio el hermano del autor de *El solitario y su tiempo,* D. Emilio Cánovas del Castillo, obra de 600 páginas en folio, que constituye uno de los mayores homenajes que han podido dedicarse á un hombre ilustre, y en la cual se incluyen diversos trabajos que aparecieron en La España Moderna. Los otros dos libros á que me refiero son los estudios sobre la significación de Cánovas en el Derecho y la Sociología y su influencia en la historia de la legislación española, de los Sres. Pons y Umbert y Lara y Pedrajas, premiados en el concurso de la Academia de Jurisprudencia con el premio el primero de ellos y con el *accessit* el segundo (1). Ambas obras revelan mucho estudio del asunto y detenida lectura de los libros y discursos de Cánovas, y representan dos valiosas *contribuciones* ó aportaciones de noticias y juicios para la biografía definitiva y completa de aquel gran hombre. Los defectos que podrían señalarse en estas obras, más que de los autores, dependen del sistema de concursos con temas muy precisos y determinados, concursos que son una incubación de obras artificiales, hechas sobre patrón obligatorio y con pie forzado, y coartan la espontaneidad del escritor, obligándole, con el aliciente del premio, á *improvisar* en algunos meses el estudio de una materia. Con los concursos sucede lo que con el régimen de oposiciones, usado en España como *mal menor,* pero mal al fin, y es cien veces preferible el sistema que practican las Academias francesas, de dedicar los premios de que disponen á recompensar los mejores libros publicados durante el año, ó durante el período que se fija, sin distinción de asuntos ni señalamiento de pautas.

E. Gómez de Baquero.

---

(1) *Cánovas del Castillo,* por Adolfo Pons y Umbert. — Madrid, 1901; 625 páginas en 4.°; precio, 6 pesetas.

D. Antonio Cánovas del Castillo. Estudio crítico por D. Antonio de Lara y Pedrajas.—Madrid, 1901; 280 páginas en 4.°; precio, 3 pesetas.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Literatura: El telar dramático.—Del simbolismo al clasicismo.=Criminología: La enfermedad del crimen.=Teosofía: El poder del pensamiento.=Política: El sufragio universal.=Psicofísica: Los tics nerviosos.=Educación: Las lengas vivas y el internacionalismo.=Impresiones y notas: La parodia y el arte.—Las escuelas militares.—La temperatura del sol.—La cuestión religiosa ¿existe ó no?—Las inyecciones de vaselina.—Ocultismo.

LITERATURA

El telar dramático (1).—Hay que entenderse ante todo—dice en la *Revue Bleue* Jorge Ancey—sobre la palabra «telar». No hace todavía mucho tiempo, en vida de Sarcey y de su código, el término había tomado una significación precisa, cabalística, de la que nada podía desviarlo, á semejanza de un dios hierático, fuera del cual no había salvación. Desgraciadamente para él era un dios falso, y no era «el telar», sino «el molde dramático», como debía habérsele nombrado. Sus leyes, que se presumían divinas, eran simplemente recetas.

Hoy es evidente que aquello era un error y que no es eso «el telar»; y aun es de presumir que «el telar» apenas se define. No hay reglas para hacer una pieza. ¿Trabajaba Molière como Ibsen? En el fondo sólo hay una ley: la que consiste en preparar, sin cesar y por cualquier medio, la gradación de la

(1) V. La España Moderna de Noviembre anterior.

obra manteniendo el interés de la acción en el espíritu del público. Es difícil y complicado; pero el que sabe hacerlo es autor dramático, y el que no, no lo es. Aristóteles ha formulado esta ley, que, como se ve, no es de ayer, ni menos de hoy, y que se encuentra en toda manifestación vital: todo sér nace, vive y muere; toda historia tiene un principio, un medio y un fin; todo drama debe tener una exposición, una peripecia y un desenlace. A eso se limita, en suma, la dramaturgia del filósofo griego, que algunos encontrarán insuficiente, pero que encierra los puntos esenciales, siendo todos los demás meramente secundarios.

Apurado me veo—dice Jorge de Porto-Riche tomando parte en la información abierta por la amena revista parisién —para exponer mis ideas sobre el telar dramático. Sin embargo, sí me atrevo á decirlo—añade,—nunca me he propuesto más que un objeto: tratar de crear una cosa perfecta. Y para acercarme á este objeto he escogido cuidadosamente en mi cerebro lo que me parecía encerrar de más artístico, más personal y al mismo tiempo más experimentado, pues no hay pieza buena sin maestría. En cuanto á las demás consideraciones sociales, humanitarias, patrióticas, etc., son de orden inferior cuando se trata de un trabajo que debe ser, ante todo, una obra de arte.

Con esto da por terminada la *Revue Bleue* la información abierta, haciendo después el resumen de la misma. Salvo Mauricio Donnay—dice—que, como poeta, rechaza toda traba para no obedecer más que á su fantasía, los principales autores dramáticos modernos reconocen todos la necesidad de una técnica dramática; pero mientras Emilio Fabre desprende de fórmulas muy precisas una técnica variable, Fernando Vanderem no piensa que deba ser inmutable.

Edmundo Rostand y Alfredo Capus parecen tener ideas algo subversivas: escépticos en lo que toca al arreglo y composición de una pieza, están persuadidos de que el público aplaude, sobre todo en el teatro, más bien escenas aisladas que

el conjunto de una obra; para ellos, la pieza de éxito sería aquella en que la suma de los minutos agradables fuera superior á la de los minutos aburridos. Y no son menos desconcertantes las conclusiones de Juan Julián, para quien el autor dramático debe tener una técnica muy segura y obrar como si no la tuviese.

Curel y Brieux han querido determinar las condiciones del teatro; pero mientras el primero las reduce á tres, variedad de asunto, evolución constante y dirección á las pasiones del espectador antes que á su inteligencia, el segundo ve la gran ley del teatro en la evolución de una voluntad. En cuanto á Hervieu, se ha complacido en diferenciar la fórmula moderna de las anteriores, siendo lástima que Porto-Riche no haya querido indicar lo que da á sus trabajos ese carácter particular que los hace tan originales y sabrosos. Entre tantas opiniones diversas hay, sin embargo, un pensamiento común, que puede sintetizarse en la fórmula arquitectónica de Trelat: «La teoría es impotente para crear una obra de arte, pero permite al artista equilibrar sus concepciones.»

***

Del simbolismo al clasicismo.—Juan Moreas es uno de los *jóvenes* más dignos de consideración y de estudio, sea ó no reconocido su valor, dice en *La Rassegna internazionale della Letteratura e dell Arte* Sansot Orland. En ningún poeta se reflejan mejor las fases diversas de la poesía francesa en el último cuarto de siglo.

Apareció Moreas en los comienzos de aquel período turbulento en el que parecía que iba á empeñarse por un momento la cualidad primordial del genio francés: la claridad. Entonces, con el arrogante título de *El Decadente,* vió la luz un periódico, en el que colaboraban Verlaine, Tailhade, Du Plessys, Reynaud y otros, y un hálito de locura cruzaba por aquellos cerebros, algunos de los cuales todavía sienten los efectos.

Juan Moreas fue uno de los primeros en el movimiento simbolista. De Grecia, su patria, había venido hacía poco á París. Su primer volumen, *Las Sirtes* (1884), no dejaba traslucir en nada su origen helénico; la armonía, la luz y la serenidad eran cuidadosamente abandonadas para dejar el campo á todas las extravagancias en boga. Impreso en pocos ejemplares, el éxito del libro no pasó de la orilla izquierda parisién del Sena. Algunos años después las *Cantilenas*, mejor lanzadas, le valieron el favor de la crítica; recordaban á Verlaine y á Mallarmé, pero contenían bastantes investigaciones de pensamiento y de técnica, que le daban gran valor de originalidad.

Tras esta obra, Moreas se cansó de los misterios simbólicos, y buscando una nueva fórmula, fundó la «escuela romana», basada, según Remy de Gourmont, en imitar á los griegos de la Antología á través de Ronsard, arrebatando á Ronsard el secreto de su frase laboriosa, de sus epítetos y de su ritmo enfermizo. *El Peregrino apasionado*, editado por Vanier en 1891, fue el breviario de la nueva escuela: églogas perfumadas, madrigales floridos y alegorías en honor de las «dulces damas». A pesar del valor real de Moreas y de sus discípulos, la *escuela romana* ha dado en los diez años que lleva de existencia pocas muestras de gran vitalidad.

Juan Moreas no se ha detenido aquí, y las *Estancias* demuestran que si el autor de *El Peregrino* estaba enamorado de las gracias de Ronsard, ahora se interna de lleno en las vías luminosas de la poesía clásica, sintiéndose en *Estancias* aquella serena gravedad, cercana á la tristeza, que es uno de los caracteres esenciales del tipo griego. Juan Moreas ha entrado al fin en la plena posesión de sí mismo, mostrándose tal cual es, sin trasposiciones ni artificios, griego por nacimiento y francés al mismo tiempo por adoración.

El mayor número de los trozos que componen sus *Estancias* derivan en derechura de la Antología y de los más puristas franceses, como Malherbe, Racine y Chenier, pudiéndose alabar con razón de haber logrado la renovación de la tradi-

ción clásica, que ya en 1892 se jactaba de estar preparando. ¡Cuán lejos estamos en estas *Estancias* de los antiguos preciosismos, de las evocaciones pedantes, de las indisciplinas refinadas, de las alteraciones rebuscadas y de truncamiento del ritmo! Ahora son versos regulares, líneas clásicas, sencillez, concisión, claridad. Citemos como muestra:

Ne dites pas: «la vie est un joyeux festin»;
Ou c'est d'un esprit sot ou c'est d'une âme basse.
Surtout ne dites point: «elle est malheur sans fin»;
C'est d'un mauvais courage et qui trop tôt se lasse.
Riez comme au printemps s'agitent les rameaux,
Pleurez comme la bise ou le flot sur la grève;
Goûtez tous les plaisirs et souffrez tous les maux
Et dites: «c'est beaucoup, et c'est l'ombre d'un rêve» (1).

¡Qué noble gracia y qué límpida profundidad en estas meditaciones tan concisas y tan amplias al mismo tiempo! ¿Qué podemos deducir de las sucesivas evoluciones de Juan Moreas? Las *Sirtes*, las *Cantilenas* y *El Peregrino apasionado*, no pueden estimarse sino como excelentes ejercicios de retórica que muestran el estudio serio de nuestros antiguos clásicos; pero las *Estancias* son el maduro y jugoso fruto de una naturaleza poética, fortificada por una cultura que falta á muchos otros poetas.

CRIMINOLOGIA

La enfermedad del crimen.—El crimen—dice en la *Revue Bleue* Luis Albanel—es una enfermedad social que, como el alcoholismo y la tuberculosis, espanta con razón á la opinión

(1) No digais: «la vida es un alegre festín»; eso es propio de un tonto ó de un alma baja. Sobre todo, no digais: «es una desgracia sin fin»; eso es de un cobarde que se cansa demasiado pronto.—Reid como en la primavera se agitan las ramas; llorad como el cierzo, ó como la ola sobre la arena; gustad todos los placeres y sufrid todos los males, y decid: «es mucho, y es la sombra de un sueño».

y provoca irresistible repulsión, sobre todo tratándose de los crímenes de *sangre*. Grandes naciones como Rusia, Italia, Bélgica, Suiza, etc., han borrado la pena de muerte de sus Códigos, sin que la estadística demuestre que la criminalidad haya por eso aumentado. Hay, pues, que preguntarse si el mal puede combatirse de otro modo, y si no debe ser objeto de una medicación preventiva, más en relación con el actual estado social y con los nuevos datos de la ciencia.

Ultimamente se reunía en Amsterdam el quinto Congreso de Antropología criminal, y se trataba de determinar en qué medida debe la sociedad pedir cuenta al criminal del acto cometido, y si los sistemas represivos aplicados hasta el día están conformes con los nuevos datos de la ciencia antropológica.

Hoy se afirma, en efecto, científicamente, que el crimen no es más que «*un fenómeno natural* más ó menos nocivo, y más ó menos patológico». Tal es la opinión del eminente Enrique Ferri; en cuanto á su maestro, Lombroso nos muestra en el *criminal nato* un sér anormal, de tal modo predispuesto al crimen, que será casi siempre imposible apartarle del mal camino. Esta teoría determinista podrá parecer excesiva; pero es una verdad, si se aplica á una categoría de individuos respecto á los cuales han establecido los antropólogos un diagnóstico cierto.

Hay seres, sin embargo, que no traen al nacer ninguno de esos estigmas fisiológicos ó psicológicos que los hacen clasificar en seguida entre los degenerados hereditarios, y que en el transcurso de su existencia, por una enfermedad, un traumatismo ó un vicio contraído, se convierten en seres anormales. Enrique Ferri hace, al efecto, una ingeniosa clasificación; llama *anormales involutivos* á « los que, con tendencias atávicas, egoístas y salvajes, cometen crímenes violentos sin ningún provecho posible»; y *anormales evolutivos*, á «los que son refractarios á la sociedad actual, pero por tendencias progresivas y altruistas, y que extraviados, pueden exteriorizar estas tendencias, útiles en el fondo, por actos nocivos, violentos ó

fraudulentos». Partiendo de esta anormalidad del criminal, Ferri predica la necesidad de utilizar sus energías, canalizándolas en formas menos perjudiciales ó más favorables á la colectividad; es el sistema de la *simbiosis del crimen*.

Dejando á un lado la idea de venganza social, ¿no debe aplicarse, en ciertos casos por lo menos, en lugar de una pena brutal, una verdadera medicación represiva, destinada á salvar los derechos de la colectividad y á preservar de una recaída al criminal? Es la teoría de la *sentencia indeterminada*, que prescribe la segregación durante tiempo no determinado de antemano, del individuo nocivo. Para los individuos que no pueden vivir en el medio social, ¿acabará con su maleficencia un encarcelamiento de duración fija?

Evidente es que hay que encontrar otro medio de coercisión que la prisión celular, que adormece las energías criminales, hasta el día en que la vida libre las hace renacer. Para esto no basta cambiar la ley, siendo preciso modificar el papel del juez, y hasta su espíritu, mediante la enseñanza de la sociología y de la antropología criminal.

Otra reforma que se impone en seguida es la especialización absoluta de los magistrados; unos deberán juzgar los procesos civiles que sólo afectan á intereses privados; otros recibirán la misión de reprimir los actos criminales de todos órdenes. Y aun entre éstos, debiera establecerse una distinción: el órgano del ministerio público no debe llegar á convertirse por ascenso en juez; son funciones diversas que no deben confiarse á un mismo hombre.

El magistrado que juzga al criminal debe estar dotado de una psicología especial. En otros países se ha comprendido así, separando la justicia civil de la criminal. Para funciones especiales se requieren hombres especiales. Por otra parte, elegido un juez, se impone una selección. Es, en efecto, indiscutible que entre los individuos perseguidos como criminales existe gran número de degenerados y desequilibrados al lado de dementes propiamente dichos. Esos individuos, más ó me-

nos responsables de sus actos, entran en el dominio de la psiquiatría. Esos deben ser enviados, después de un examen por médicos preparados al efecto, á un establecimiento donde puedan transformarse intelectual y moralmente.

En cuanto á los voluntarios del crimen, esos son antisociales contra quienes la sociedad debe adoptar medidas rigurosas. Los ocasionales del crimen, que han faltado á la ley porque les ha empujado una circunstancia fortuíta, esos podrán rescatarse. Pero los profesionales, los incorregibles, deben ser tratados tanto más severamente cuanto que no tienen ninguna disculpa. El único remedio es someterlos á la ley del trabajo contra la que se han sublevado, adaptando el modo de represión al estado físico y moral del culpable. Fórmense con los grandes malhechores colonias para los trabajos públicos; pero en cuanto á los vagabundos habituales y á los delincuentes incorregibles, no se piense jamás en hacer de ellos colonos ni desmontadores, porque habría muchos desengaños. Para esos *detritus* sociales la única solución es la casa de trabajo, establecimiento intermedio entre la fábrica y la cárcel, donde se impone el trabajo á los perezosos inveterados.

Pero ¿debe tener el internado en estas casas limitada duración, fijada de antemano en una tarifa penal estrictamente reglamentada? ¿No vale más, como quiere el eminente criminalista holandés Van Hammel, la duración indeterminada, salvo el asegurarse en un momento dado de la inocuidad social del condenado? Pero en ese caso no puede dejarse al arbitrio de un simple director de cárcel el cuidado de juzgar si el individuo internado ha perdido toda su energía criminal; es indispensable organizar una intervención formal para asegurarse del estado moral del individuo, cosa ciertamente difícil, aunque no imposible.

Si la sociedad tiene el derecho de defenderse, tiene también el deber de preservarse de la invasión de la enfermedad criminal, que es un peligro constante, y es muy natural emplear ante todo los medios profilácticos, antes de usar los re-

medios terapéuticos. Para ello hay ante todo que preservar á la juventud, donde se recluta el ejército del crimen, creando una serie de medidas preventivas contra el aprendizaje del crimen: el patronato de la familia, cuando ésta es buena y sólo necesita ayuda en su misión educadora; la colocación familiar fuera, cuando los padres son malos; el internado en casas de educación especiales para los indisciplinados, con gradaciones, según el estado moral del niño y, en fin, la casa médica-pedagógica para la transformación de los anormales y los degenerados.

Para el adulto será preciso establecer casas de trabajo, combatiendo las causas sociales del crimen, mejorando la situación higiénica, moral y económica de las clases laboriosas, marchando progresiva y seguramente hacia una organización social más justa y más humanitaria. El crimen no desaparecerá bruscamente, pero disminuirá en intensidad si se recurre para combatirlo á un método racional basado en las ideas de la preservación y de la regeneración, por cuyo camino importa que entren los legisladores.

TEOSOFIA

El poder del pensamiento.—Para fortalecer el poder del pensamiento—dice Annie Besant en *Sophia*,—no hay mejor medio que la práctica firme y persistente. El desarrollo resulta del ejercicio; un cuerpo mental constantemente ejercitado crece, sean buenos ó malos los pensamientos en que se ejercite. Las células de la materia gris del cerebro se multiplican á medida que el cerebro se ejercita pensando; análisis hechos *post mortem* han demostrado que el cerebro del pensador no sólo es más grande y más pesado que el del patán, sino que tiene mayor número de circunvoluciones, con gran aumento de la materia gris, instrumento físico inmediato del pensamiento.

Para que pueda surtir todo su efecto la práctica del pensar debe ser metódica. Debe leerse lentamente una sentencia y luego pensar con intensidad y fijeza en lo leído; es una buena regla pensar dos veces mientras se lee, pues el objeto de leer no es simplemente adquirir nuevas ideas, sino fortalecer las facultades pensantes; si es posible debe dedicarse media hora á esta práctica, aunque el estudiante puede empezar por un cuarto de hora para que no le resulte tan fatigoso el fijar la atención. El que haga esto durante unos meses adquirirá la conciencia del desarrollo de su fuerza mental. Sobre todo, el estudiante debe tener presente que la regularidad en la práctica es condición esencial para el desarrollo; cuando se omite un día de práctica, son necesarios tres ó cuatro para recuperar el perdido. Una vez adquirido el hábito, la regularidad es menos importante.

Se ha dicho, con razón, que la gente se avejenta más con la cavilación que con el trabajo; el trabajo, á menos de ser excesivo, no sólo no perjudica al aparato del pensamiento, sino que lo fortalece; pero el proceso mental conocido con el nombre de *cavilación* lo perjudica, produciendo un agotamiento nervioso y una irritabilidad que hace imposible un trabajo mental firme. La cavilación consiste en la repetición de la misma serie de pensamientos una y otra vez con pequeñas variantes, sin llegar á resultado alguno y sin siquiera pensar en obtener un resultado; es la continua reproducción de formas de pensamientos iniciados por el cuerpo mental y el cerebro, no por la conciencia, é impuesta á ésta por aquélla. El pensador se fija en un asunto penoso y trata de llegar á una conclusión directa y útil; fracasa en ello, pero deseando encontrar una solución, cavila inútilmente.

Este automatismo del cuerpo mental y del cerebro, esta tendencia á repetir vibraciones ya producidas, puede usarse para corregir la inútil repetición de pensamientos perturbadores. Cuando una corriente de pensamiento ha hecho un canal, nuevas corrientes tienden á fluir por el mismo curso, siendo

esta la línea de menor resistencia. Quizá el medio mejor para deshacerse de un «conducto de cavilaciones» sea abrir otro de carácter completamente opuesto; la persona atormentada por la cavilación debe dedicar tres ó cuatro minutos cada mañana al levantarse á un pensamiento noble y alentador; meditando así la paz le envolverá como en su atmósfera natural, y al hacer esto uno y otro día el pensamiento abrirá nuevos conductos en el cuerpo mental. Otro medio consiste en educar la mente en el descanso de la Buena Ley, estableciendo una costumbre de contento; hasta cuando se prevé un dolor ó un disgusto se hará bien en hacerle frente con tranquilidad, conformándose con él; la mayor parte del aguijonazo pierde su fuerza cuando prestamos nuestra conformidad á la ley; todo sufrimiento, sea el que quiera, obra para nuestra dicha final, y su función es sólo romper los lazos que nos mantienen atados á la girante rueda de los nacimientos y las muertes.

Tanta fuerza puede obtenerse aprendiendo á pensar como aprendiendo á dejar de pensar, á voluntad; este aprendizaje es una adquisición de mayor valor que aquélla; así como los miembros fatigados recobran energías gozando en el reposo, así también la mente cansada encuentra alivio en el reposo completo. Dejar de pensar es quizá más difícil que pensar, y debe practicarse por períodos muy breves hasta que se adquiere el hábito, porque al principio cuesta gran trabajo sostener la mente quieta.

Otro modo de dar reposo al cuerpo mental y al cerebro mucho más fácil que la cesación de pensar, consiste en cambiar de pensamiento; Gladstone debió á este procedimiento la frescura de su mente, pues aunque se dedicaba principalmente á la política, se distraía con el griego y la teología. Darwin, en cambio, se lamentaba en su vejez de haber dejado atrofiar su pensamiento por falta de uso de todas las facultades que no se referían á su trabajo especial, no teniendo para él atractivo ninguno la literatura ni el arte. El hombre necesita cambio de ejercicio en el pensamiento como en el cuerpo, porque

de otro modo puede sufrir el calambre mental como algunos sufren el calambre de escribir.

Para asegurar la paz de la mente no hay nada como reconocer y comprender nuestro lugar en el Universo. Somos parte de una gran Vida, que no conoce fracaso alguno, ni pérdida alguna de esfuerzo ni de fuerza; la noción de que nuestra vida es una unidad separada, independiente, que combate por sí misma contra innumerables unidades separadas é independientes, es una ilusión de las más perturbadoras, de la que provienen todas nuestras desdichas. La paz no se encuentra en los constantes esfuerzos para satisfacer algo separado, aun cuando la satisfacción sea de clase superior; se encuentra renunciando á ese yo aislado, apoyándose en el Yo que es *uno*, y que se manifiesta en nuestro estado lo mismo que en cualquier otro, y en todos está contento.

Lo más valioso de todo lo que consigue el que trabaja por el poder del pensamiento consiste en la facultad de ayudar á los demás, facultad que debe ejercitar en los momentos más propicios y que obra con evidente éxito cuando se ejercita en las condiciones requeridas. Y no se trata aquí de sugestión, ni de secuestro de otra voluntad por la nuestra; sino de la acción natural de un buen pensamiento. La ayuda por medio de la oración es de esta clase, siendo debido su éxito á la concentración é intensidad con que el creyente piadoso reza y ora.

Y todo esto que puede hacerse por los vivos, puede hacerse con más facilidad por los llamados «muertos». La reconstrucción del cuerpo astral, que sigue inmediatamente á la pérdida del cuerpo físico, tiende á encerrar dentro las energías mentales para impedir su expresión externa. La materia astral, si no es perturbada por actos de los que quedan en la tierra, forma una coraza aisladora en lugar de un instrumento plástico, y mientras más pura y elevada haya sido la vida que ha terminado, tanto más completa es la barrera entre las impresiones de fuera y las sugestiones de dentro. Pero la persona que así es refrenada en la expansión externa de sus energías, es mucho

más receptiva de las influencias del mundo mental, y por tanto, puede ser auxiliada, consolada y aconsejada de un modo mucho más eficaz que cuando estaba en la tierra. Por eso todos los que se van deben ser seguidos por pensamientos de paz y de amor; muchos permanecen en el estado intermedio más tiempo del que estarían en otro caso, por no tener amigos que sepan cómo ayudarles del lado de acá de la muerte. Los ocultistas que fundaron las grandes religiones no descuidaron estos servicios: así los hindos tienen su *shraddha*, los cristianos sus misas y oraciones por los muertos. Sólo las sectas protestantes han perdido esta feliz costumbre, como otras muchas cosas que pertenecen á la vida superior del cristiano.

Nuestra actividad de pensar no debe, por otra parte, limitarse á las horas que empleamos dentro del cuerpo físico, pues puede trabajarse con el pensamiento más eficazmente durante el sueño, dando así la razón al proverbio de que la noche es buena consejera y á la costumbre de «consultar con la almohada» las cosas graves. Para ello debe evitarse el discutir consigo mismo al dormirse, pues esto ahuyenta el sueño y fatiga; basta tener tranquilamente en el pensamiento el asunto de que se trata; la solución suele encontrarse al despertar, y conviene apuntarla en el acto para que no se borre de la mente. Y lo que se hace consigo mismo, puede hacerse con los demás ayudándolos durante el sueño eficazmente. Y claro es que si se combinan durante la vigilia ó el sueño muchos pensamientos con el mismo objeto, su fuerza será mucho mayor y su eficacia más decisiva.

POLITICA

El sufragio universal.—La acreditada Revista de París *La Revue*, ha abierto una información, en la que han tomado parte los más ilustres políticos belgas, acerca de la conveniencia de establecer ó no en Bélgica el sufragio universal, refor-

ma que trata de implantarse en aquella nación, y que si en todos tiempos y lugares es de suma trascendencia, lo es hoy allí de excepcional importancia por tratarse de un país de población densísima, donde la lucha política es de incalculables consecuencias por la rivalidad de liberales y católicos, de la raza flamenca y la walona, y por los enormes progresos que allí ha hecho el socialismo, con sus masas obreras perfectamente organizadas. La información, aunque tiene por especial objeto á Bélgica, tiene aplicación en todas partes, por ser este problema del sufragio universal asunto que interesa, por su fondo y por sus derivaciones, á cuantos se preocupan por las cuestiones políticas y sociológicas.

El sufragio universal—dice Wœste, jefe del partido católico y exministro de Instrucción pública—no puede defenderse en principio: viene á parar á entregar el gobierno de un país á la fuerza del número, cuando la razón enseña que la gestión de los negocios públicos requiere condiciones de capacidad, moralidad y adhesión al orden; puede, excepcionalmente, no tener inconvenientes; pero, en general, como instrumento de gobierno no vale nada; es fácil juguete de los políticos, da salida á todas las ambiciones, y puede llegar á sacrificar á uno solo de los intereses del país todos los demás.

El derecho de voto—dice otro jefe del mismo partido, Beernaert, varias veces Ministro—no es verdaderamente universal en ninguna parte; es un deber más que un derecho, y debe subordinarse á ciertas condiciones. Todo ciudadano debe tomar alguna parte en el Gobierno, pero es justo que esta parte no sea la misma para todos; el ciudadano casado y padre de familia ocupa en la sociedad más lugar que el soltero; su voto debe pesar más en la balanza electoral, como debe también concederse un suplemento de peso al saber y al capital, democráticamente entendidos. Tal es la base del sufragio plural actual, que asegura un régimen electoral honrado y racional y que no debe cambiarse.

Caston de Wiart, diputado y director del *Durendal*, invoca

la opinión de Taine (el derecho de sufragio no es un fin, sino un medio, por lo cual no sólo deben contarse, sino que hay que pesar los votos) y dice que el sufragio universal, aparte de su empirismo, adolece de tres vicios capitales: el sistema mayoritario, el escrutinio uninominal y el abstencionismo. El sistema belga actual es muy superior á éste, con su voto obligatorio, secreto, universal y plural y su representación proporcional, fórmulas todas nuevas, racionales y progresivas, aunque no sean perfectas. La representación proporcional tiene probabilidades de vivir largo tiempo; el voto obligatorio no debe ser derrotado tan pronto; y en cuanto al voto plural, es posible que se modifique. El doble voto del padre de familia no desaparecerá sino para ceder su puesto al voto de la mujer; el principio del doble y triple voto del ciudadano instruído es más precario; el voto plural del propietario es fruto de una transacción, y las transacciones no son eternas. Si los socialistas tienen el fetichismo del sufragio universal, los liberales, digan lo que quieran, lo temen, porque son las víctimas destinadas por el sufragio á ser inmoladas al socialismo. Una revisión constitucional es, por otra parte, satisfacción harto platónica para los que sufren enfermedades sociales.

El sufragio universal—dice Smet de Naeyer—sería la ruína del país, siendo explotado por los políticos aduladores de la clase obrera. En Francia, donde todavía los grandes centros industriales están separados por grandes comarcas de labradores, esos centros no han llegado á desempeñar un papel peligroso; pero en Bélgica es muy distinto.

El Ministro de Estado, Lejeune, dice por su parte: «El pueblo, sobre todo en los grandes centros, esta minado por el alcoholismo. ¿Cómo queréis que un alcohólico pueda votar con conocimiento de causa, ni dar á su voto el valor del de un hombre sobrio? Es verdad que los socialistas luchan contra el alcoholismo; pero esa lucha no debe tener por consecuencia la abolición de la propiedad individual, como sueñan esos señores.

E. M.—*Enero 1902.*

Soy partidario convencido—dice Pablo Janson, jefe del partido progresista—del establecimiento del sufragio universal, puro y simple. Y añado «puro y simple», porque tenemos un sufragio universal adulterado por el privilegio del voto plural; todos los ciudadanos de veinticinco años votan, pero mientras que unos no tienen más que un voto, otros tienen dos, y otros tres. El sufragio universal, puro y simple, con el secreto del voto y la representación proporcional, constituirá un sistema electoral equitativo y justo.

Soy partidario del sufragio universal—dice el senador Edmundo Picard—porque soy hombre de mi tiempo, por más que los efectos de la universalidad del sufragio no siempre son brillantes, como se ve en Francia, donde, al lado de algunos éxitos verdaderamente notables, se han realizado algunas notabilísimas colecciones históricas de medianías, y sobre todo de cerebros sectarios, dogmáticos, jacobinizantes.

El artículo 25 de la Constitución declara que «todos los poderes emanan de la nación»; y siendo la nación la reunión de todos los individuos que la componen, en cada uno de ellos reside una parte de soberanía, y por consiguiente—dice Vanderbelde, jefe del partido socialista,—á los adversarios del sufragio universal corresponde justificar las restricciones que ponen al principio fundamental de la Constitución. La más importante y característica de estas restricciones es la del voto plural. Se invoca en su apoyo la necesidad de tomar precauciones «contra la fuerza ciega del número»; pero ¿quién no ve que, como decía Luis Blanc, los hombres escogidos tienen, en realidad, tantos votos cuantos pueden ganar, por sus palabras ó por sus escritos, á la causa que defienden? Soy adversario en principio—añade—del voto plural, y lo soy tanto más cuanto que prácticamente engendra fraudes sin número y asegura á los electores del campo, que suelen ser clericales y reaccionarios, una preponderancia electoral tan artificial como injustificable. No me entusiasma el funcionamiento del sufragio universal en Francia; pero ninguno de los demócratas y so-

cialistas franceses nos envidia el barroco sistema del voto plural, dándose todos cuenta de que si el derecho de sufragio no siempre es un instrumento eficaz en manos todavía inexpertas, es en todo caso un medio poderoso de educación política, y una meta necesaria de la evolución de los comités modernos.

Tres funciones constantes—dice el Rector de la Universidad libre de Bruselas, de Greef—concurren en toda sociedad á la manifestación de la voluntad colectiva: la representativa, la deliberativa y la ejecutiva. El ideal político que toda sociedad progresiva tiende á realizar consiste en el sistema más exacto de representación, deliberación y ejecución, constituyendo el parlamentarismo la realización más ó menos feliz de ese género. Pero este sistema pertenece ya al pasado: nuestros Parlamentos no son ya la fotografía de los grandes intereses sociales, y el imperialismo tiende en todas partes, hasta en Bélgica, á fortificarse á expensas de la democracia. El mismo sufragio universal sería impotente para luchar con el imperialismo, si no se organiza científicamente conforme á las necesidades modernas: los centros superiores de representación deben completarse con representaciones regionales y profesionales, yendo así el sistema desde el simple consejo de fábrica ó comicio agrícola local, pasando por organismos cada vez más elevados, hasta el órgano central de la representación nacional. El número no es todo el derecho, es sólo uno de sus elementos; el sufragio universal se impone en las modernas democracias; pero en ninguna parte las ha dado la representación que las corresponde; adulterado y sofisticado por el voto plural, su adopción en Bélgica es asunto de años. Puesto que el parlamentarismo está ya condenado en todas partes, lo mejor sería una reconstitución científica del régimen representativo.

Sería partidario del sufragio universal—dice Mauricio Wilmote, director de la *Revue de Belgique*—si fuese una realidad; pero ya el voto plural ha sido una concesión demasiado pronta, siendo antes preciso instruir y educar al cuerpo elec-

toral *moralmente* limitando la acción del clero, *intelectualmente* haciendo obligatoria la escuela laica y democratizando los Institutos y las Universidades, y *físicamente* votando una legislación protectora del trabajo, medidas draconianas contra el alcoholismo, y una reforma del impuesto que hiera á los grandes rentistas, á las colectividades, á los valores moviliarios y á las herencias, exonerando los productos de consumo y los pequeños capitales. Los partidarios del sufragio universal sostienen que él nos dará estas reformas; pero eso es lo que hay que demostrar: la voluntad despótica de un hombre ha hecho en Alemania más que todos los discursos de los políticos del sufragio universal en Francia.

PSICO-FISICA

Los TICS NERVIOSOS.—¿Os acordais haber visto—dice Enrique Charriaut en la *Nouvelle Revue Internationale*—aquella buena señora que en *El revisor de los wagones-camas* hace á cada minuto un movimiento de cabeza, como si quisiera decir «¿Venís?», del que surgen aventuras sin cuento y que tanto hace reir al público? Los tics se han explotado mucho en el teatro; pero si allí hacen reir, en la vida real hacen generalmente llorar.

Los Sres. Meige y Feindel, en el último Congreso de médicos alienistas y neurologistas, han presentado un estudio tan interesante como curioso de los tics. En el tic hay que considerar dos elementos: la manifestación motriz propiamente dicha y un estado mental particular, en el que se relacionan las perturbaciones motoras. Charcot mismo deduce de sus estudios que «el tic es una enfermedad sólo material en apariencia», siendo por otra parte «una enfermedad psíquica», producto directo de la vesania. El gesto ó el acto puede originariamente ser voluntario y tener un objetivo; pero en cuanto se hace habitual y se repite fuera de propósito toma el nom-

bre de tic, y el que lo padece es un *gestero*. Meige y Feindel no vacilan en afirmar que los gesteros pertenecen al vasto grupo de los degenerados.

El tic puede definirse como un desequilibrio de las funciones motrices, correspondiente á un desequilibrio psíquico. Los gesteros tienen frecuentemente dones naturales que disimulan fácilmente sus defectos: éstos consisten generalmente en que no tienen voluntad fija; en la escuela de la vida suelen ser novilleros; ligeros y violentos, inconstantes y ávidos de llegar, pertenecen á la clase de los desarreglados; son también emotivos y desequilibrados, y tan pronto temerarios y crédulos como pusilánimes y testarudos; su característica principal está en que presentan siempre un estado mental inferior á la edad que en realidad tienen y más ó menos infantil.

A este estado mental infantil corresponden desórdenes motores variables y anomalías psíquicas, consistentes ordinariamente en ideas fijas, obsesiones y fobias. Un tic puede nacer de una idea fija, si esta idea es motriz, como puede nacer de una obsesión, si la idea obsesionante provoca una reacción motriz. En los niños, por ejemplo, la emoción de la primera comunión favorece el desarrollo de los escrúpulos religiosos.

Se ha llamado la *locura del por qué* á esa necesidad irresistible que impulsa á ciertos sujetos á buscar una explicación á los hechos más ordinarios. «¿Por qué tiene seis botones este vestido?» «¿Por qué Fulano tiene el pelo rubio?» «¿Por qué París está á orillas del Sena?», etc. Esta especie de obsesión es frecuente, y recuerda el por qué de los niños. Otra perturbación mental de los gesteros consiste en las fobias de todas clases: hidrofobia, topofobia, agorafobia, claustrofobia, etcétera, y todas las clases de delirios del tacto; estas fobias van de pareja con la tendencia melancólica é hipocondriaca de los gesteros, preocupados de su salud más de lo debido, y que, lo mismo que los neurasténicos, se observan minuciosamente y analizan sus menores sensaciones. Al lado de estas fobias existen predilecciones raras y afectos absurdos: unos, no pueden

sentarse más que en un asiento determinado, ni dormir sino en cierta cama ó comer con cierto cubierto; otros, no pueden entrar en una habitación sino por una puerta, ó harán grandes rodeos para pasar por la misma calle, y en esta calle irán por la misma acera poniendo el pie en las mismas losas, etc.

En el mismo orden de ideas entra el amor exagerado del orden que algunos gesteros sienten, y la misma tendencia se traduce á veces por el afán exagerado de la precisión en los detalles más fútiles: de ahí, en los discursos digresiones interminables, paréntesis que engendran paréntesis sin fin, de modo que la idea capital queda anegada en un mar de pormenores. No todas estas manifestaciones son exclusivas de los gesteros; pero se implantan y crecen como en terreno propio donde quiera que aparece el tic.

EDUCACIÓN

Las lenguas vivas y el internacionalismo.—Tal es el título de un artículo de Pedro Preteux, inserto en la *Nouvelle Revue internationale.*

Las exigencias de la vida moderna están produciendo en todas partes y en todos los órdenes servicios nuevos y continuas transformaciones de los antiguos para satisfacerlas. En Inglaterra se ha creado un Negociado intelectual (*Intelligence Department*) para poner al Gobierno al corriente del movimiento general de las ideas é instruirle en todos los proyectos tocantes al arte, á las ciencias y á la literatura. En Francia, otra comisión semejante, la *Oficina de informaciones y de estudios*, acaba de ser creada en el ministerio de Instrucción pública con el encargo de sostener relaciones frecuentes con las Universidades extranjeras, en particular con las de Upsal, Dresde y Estados Unidos.

El estudio de las lenguas vivas se ha impuesto por sí mismo para la vulgarización de la ciencia y del saber en el más amplio sentido. Alemania, por ejemplo, ha cargado de lenguas vivas el empleo del tiempo de sus alumnos; Francia, más

lenta en desprenderse de la rutina, ha llevado también este año á sus programas una modificación urgente. Por desgracia, el estudio de las lenguas ha sido en todas partes privilegio de las clases ricas durante mucho tiempo; hoy, afortunadamente, la enseñanza gratuíta y obligatoria, extendida hasta la última aldea, ha abierto las puertas del saber á todos, completándose las escuelas, en las grandes ciudades por lo menos, con cursos gratuítos donde la juventud laboriosa perfecciona su instrucción, y en todos los cuales hay uno ó dos profesores para el estudio de las lenguas vivas. Algunos idealistas, soñando con la unidad absoluta, han hablado de una lengua universal. ¿Para qué? Imponed á cada pueblo el aprendizaje de una ó dos lenguas extranjeras, y estad seguro de ser entendido en todo el mundo.

Se ha hecho más por la difusión de las lenguas: se han creado pensiones de viaje, no sólo para las eminencias de las altas escuelas que se dedican á la enseñanza, sino para los alumnos de los cursos gratuítos. Es más: se han instituído cursos especiales para los extranjeros, y esta novedad, establecida por los *Summer Meetings* de Alemania, ha sido seguida ante todo en Francia por la Academia de Grenoble; luego profesores eminentes han tenido la feliz idea de dar conferencias en el extranjero, y el éxito más brillante ha coronado sus esfuerzos.

Y no es esto todo. Desde hace algunos años, á excitación del profesor de Instituto Mieille (y de otros muchos—podríamos añadir, citando especialmente al Sr. Merimée, de Tolosa) se ha organizado entre los alumnos de Francia, Alemania, Italia, España y los Estados Unidos una correspondencia regular en la que alternan las cartas en lengua propia con las en lengua extraña. Claro es que los resultados de esta correspondencia no son grandes, pues nadie hace milagros, y niños que apenas saben escribir su propia lengua, no es fácil que se conviertan por arte de magia en maestros de una lengua extranjera. Pero lo cierto es que esta correspondencia les inte-

resa, y con el atractivo de la novedad les obliga á fijar la atención y á sacar mayor partido de sus estudios.

Hay, por otra parte, en esta correspondencia algo más alto que ver: el niño tiene el don de la asimilación; al encontrarse con los giros y las ideas de su corresponsal, no tarda en compartirlas fundiéndolas con las suyas; orgulloso de la correspondencia que sostiene, siente viva simpatía hacia la nación representada por su corresponsal, y así un parisién acostumbrado á escribir una carta todos los meses á su compañero de Londres, siente amor á su camarada, á Londres y á Inglaterra, y no le gustará oir hablar mal de los ingleses, porque ¡tiene un amigo en Londres!, y hasta le parecerá bien todo lo que se hace en Inglaterra. Ese es el exceso natural, inevitable, propio del entusiasmo irreflexivo de la juventud. Pero ese adolescente será hombre, llegará á la madurez de su juicio y quedará en su espíritu y en su corazón el más sabroso fruto, la estimación justa y razonable de las cosas y de las personas.

Ese es el noble fin—uno de los fines—á que tiende el estudio de las lenguas vivas. Por él aprende el joven á conocer lenguas, razas y costumbres distintas de las suyas, y á juzgarse á sí mismo con menos parcialidad; conociendo mejor á su vecino, se ve fatalmente conducido á comprender mejor sus ideas y á explicarse sus modos de obrar; de aquí la tolerancia; y la tolerancia es hermana gemela de la paz, y la paz es la prosperidad, el progreso sin trabas, irradiando de la pura luz de la verdad, por el bienestar material y moral de los hombres.

Ahora bien, quien dice tolerancia, dice internacionalismo. Pero esta gran palabra, mal comprendida, asusta todavía hoy á los que imbuídos de ideas retrógradas, la traducen por antinacionalismo. El internacionalismo confunde en una sola todas las naciones. No excluye por eso el patriotismo, pero un patriotismo más amplio, más puro, más humano, cobijado por el estandarte augusto de la paternidad de los pueblos.

IMPRESIONES Y NOTAS.

La parodia y el arte.—La parodia ha sido siempre estimada como una forma inferior del arte. Contra este concepto corriente de la parodia protestan en el *Bookman* Trowbridge Larred y Percival Pollard, y aducen en su alegato en pro de la parodia el argumento no despreciable de figurar, entre los cultivadores del género, nada menos que Shakspeare, Byron, Coleridge, Chaucer, Keats, Pope, Shelley, Swinburne y otros no menos ilustres literatos.

Entre los contemporáneos ingleses se han distinguido sobre todo, desplegando tesoros de ingenio, de sentido crítico y de humorismo, dos escritores de fama: Andrés Lang, en sus célebres *Cartas de autores muertos,* y el americano Bayardo Taylor, que sobresale en metamorfosear en las mayores simplezas las más brillantes páginas de Ruskin, de Morris ó de Swinburne, con gran regocijo de sus numerosos lectores. En España podríamos citar, por nuestra parte, á nuestro Mariano de Cavia, cuyas *Cartas de Ultratumba* y mil otras creaciones de su inagotable ingenio, son trozos admirables de nuestros más celebrados clásicos, que revelan tesoros de observación y atisbos preciosos de finísima crítica, demostrando en efecto que la parodia, manejada con acierto por quienes cuenten con recursos de talento y erudición poco comunes, puede elevarse á la dignidad y á las alturas del verdadero arte.

***

Las escuelas militares.—El médico de Sanidad militar Carlos Woodruf ha realizado una serie de estudios é investigaciones, cuyos resultados ha publicado el *Army and Navy Register* en un trabajo que ha producido enorme sensación en el mundo profesional, constituyendo un verdadero descubrimiento.

El descubrimiento consiste en la afirmación tajante de Woodruf de que las escuelas militares, en general, y la de West-Point, en particular, producen el aminoramiento físico y la aniquilación mental de sus alumnos. Su larga experiencia personal y las investigaciones llevadas á cabo en las mismas fuentes, permiten asegurar á Woodruf que un joven, cuando sale de la escuela de West-Point, aunque figure entre los primeros, sabe muchísimo menos en todas las materias que á su ingreso en la escuela, aunque entonces figurara entre los medianos. Hay, además, en ese joven un principio de atrofia de las facultades de comprensión, de memoria y de elocución, habiendo perdido, por otra parte, casi toda su resistencia y agilidad, su robustez y su destreza.

***

La temperatura del sol.—Al sol debe toda su vida nuestro planeta, dice A. B. en *La Naturaleza*. ¿Cuál es la cantidad de calor que irradia sobre la tierra? ¿Cuál la que irradia en el espacio? ¿Cuál es su temperatura para poder producir tales efectos? ¿Cómo se mantiene y se conserva este calor?

Si pudiéramos distribuir con uniformidad la cantidad de calor que la tierra recibe en un año, sería ésta suficiente para liquidar una capa de hielo que envolviese al globo entero y que tuviese 30 metros de espesor. Y sin embargo, la tierra no recibe más que una ínfima parte del calor que el sol irradia en el espacio, del que sólo llega á la tierra una fracción, que puede calcularse en una dos mil ciento treinta y ocho millonava parte. ¿Cuál es, pues, el valor de la radiación total? Hay que apelar á comparaciones para formarse una idea de este valor: suponiendo helados todos los mares del globo, con una profundidad de un kilómetro, bastaría el calor irradiado por el sol en una hora para hacer hervir ocho veces el volumen de todos esos mares helados.

¿Cuál es entonces la temperatura del sol? Desde la de 1.396

grados centígrados que le asigna Vicaire hasta los 20.000 grados de Rossetti, los cinco millones del P. Secchi y los diez millones de Waterston, la distancia es grande, probando estas divergencias de los sabios que no existe una base positiva para un cálculo exacto. De todos modos, la temperatura del sol alcanza ciertamente cifras fantásticas, de que no podemos formarnos sino ideas confusas, pensando en los efectos del calor irradiado que antes hemos citado.

Ahora bien, y esta es casi la pregunta que más nos interesa: ¿cómo se conserva ese calor? Si una esfera de carbón del tamaño del sol ardiera constantemente, se consumiría al cabo de 500 años. ¿Cómo es que el sol no se ha enfriado todavía, después de tantos miles de años como cuenta de existencia? Dos causas principales contribuyen á la conservación del calor solar: una es la caída sin fin de bólidos atraídos por el sol, y cuyo choque produce un calor 9.000 veces mayor que el que daría la combustión de un peso igual al suyo; otra es la condensación de la nebulosa por la que está formado el sol; esta es la causa mayor, pues el calórico producido por condensación, según Helmholtz, es 12 millones de veces mayor que el emitido durante todo un año por el sol.

Continuando la condensación en la misma proporción, se necesita que el diámetro solar disminuya en un siglo una cienmilésima, cantidad inapreciable para nuestra observación, y que está más ó menos compensada, por otra parte, con la caída de aerolitos y bólidos. No hay, pues, que temer que el sol cese en sus funciones, y los sabios que han predicho la muerte de la tierra por el frío tendrán que esperar millones de años para ver cumplida su predicción. Esto sin contar con que en su movimiento de traslación hacia la constelación de Hércules el sol no encuentre mundos más considerables que los bólidos con que ahora se alimenta, que puedan renovar su potencia calorífica y aun aumentarla.

***

La cuestión religiosa, ¿existe ó no?—Tal es la pregunta que se hace el Marqués del Vadillo en *Nuestro Tiempo*. Hablar de cuestión religiosa es tanto como preguntar si la Religión es algo que, por su naturaleza é importancia, ha constituído y debe seguir constituyendo un principio esencial de nuestra organización social, ó si, relegada á la categoría de elemento afectivo y personal, no tiene por qué ser tomada en cuenta en la vida de relación ó social, cuyo regulador es el derecho. Tal es en definitiva el carácter de la polémica contemporánea, en la que domina un sentido antireligioso, mantenido por los factores predominantes: el capital, influído por el sórdido interés y el cálculo egoísta, y los centros obreros, de donde ha desaparecido todo ideal, sustituído por la aspiración á la posesión de bienes materiales.

Donoso Cortés afirmaba que «en toda cuestión teológica hay siempre una cuestión política», y con esto queda sentado el carácter social de la Religión. La Religión lo abarca todo, en el orden universal y en el moral, no concibiéndose la vida y el orden social sin un principio moral y religioso del que fluyan las costumbres y surja el derecho. Y si la Regilión es principio social, tiene que garantizar su vida y su ejercicio el derecho, informando ella las instituciones y los senos todos de la vida social. Así nos muestra la historia que ha sucedido constantemente y así tiene que suceder en la actualidad.

Lo que ha dado en llamarse cuestión religiosa no ha podido existir fuera del orden cristiano, donde con divina autoridad se trazaron las eternas fronteras de lo temporal y lo espiritual en las memorables palabras: «Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios». Suponer que puede ser solución á la contienda la humillación de cualquiera de ambas potestades ó el desconocimiento y lesión de sus esenciales derechos, es, sobre inútil y peligroso, absurdo: sólo el mutuo respeto y la libertad recíproca, generadores del necesario acuerdo, pueden ser soluciones aceptables de los conflictos posibles.

La normalidad social no puede ser la lucha, imponiéndose la paz entre ambas potestades para que pueda prevalecer la justicia y restablecerse el orden. Con la lucha ambas han padecido, sin provecho para nadie. Importa convencernos de la necesidad de respetar y afirmar la Religión como ley de vida para los pueblos, entendiendo por Religión la religión católica, molde único de la civilización cristiana. La lucha religiosa actual representa un retroceso y una reversión hacia los ideales del paganismo, por su naturaleza cesarista. En esta lucha hay posiciones conquistadas por los distintos pueblos, y en las relaciones de estos pueblos con la Iglesia hay hijos pródigos que vuelven é hijos pródigos que pretenden irse: el paso de éstos, sobre ser funesto para su porvenir, constituiría el mayor de los errores y la más grande de las injusticias.

***

Las inyecciones de vaselina.—Una curiosa nota del doctor Romme en la *Revue* nos hace saber que en lugar de las complicadas, difíciles y pocas veces acertadas operaciones quirúrgicas destinadas á reconstituir ó arreglar una naríz rota ó desfigurada ó una mandíbula cancerosa, se ha descubierto por Gersuny un procedimiento mucho menos cruento y de éxito mucho más positivo: las inyecciones de parafina ó vaselina medicinal.

Bajo la piel de la naríz aplastada se inyecta sencillamente con una jeringa de Pravaz dos ó tres centímetros cúbicos de vaselina previamente liquidificada por el calor; la masa inyectada levanta y distiende la piel de la naríz, y como la parafina se solidifica á 37°, es decir, á la temperatura del cuerpo, no hay más que modelarla mientras se enfría bajo la piel, dándole la forma que se desea. Las narices así fabricadas son perfectas. La vaselina no se resorbe y hasta provoca en los tejidos vecinos un trabajo de reacción, formando una trama de

tejido conjuntivo que engloba y atraviesa en todos sentidos la vaselina; cuando se sacrifica un animal sometido á esta operación, se encuentra en el sitio de la inyección un cuerpo duro como un cartílago, una especie de fieltro conjuntivo, cuyas mallas están llenas de parafina, lo cual permite esperar que los resultados obtenidos por el método Gersuny sean definitivos ó poco menos. Algunas operaciones hechas de este modo tienen ya dos años de fecha, y la deformidad producida no se ha reproducido. En un enfermo se ha llegado á reconstituir así toda una mandíbula que había desaparecido al extirpar un cáncer. En otros casos se ha empleado también para corregir vicios de pronunciación, habiéndose llegado á reconstituir un esfinter destruído por un proceso traumático.

***

Ocultismo.—El profesor Angel Zuccarelli, de la Universidad de Nápoles, da cuenta, en la *Rivista de Diritto penale,* de un hecho que le ha ocurrido, del modo siguiente:

En el invierno último hubo en los alrededores de Nápoles varias nevadas; una fortísima, cuya influencia se hizo sentir mucho, y otra en la misma ciudad, el 5 de Enero: casi todas las veces—dice Zuccarelli—me ha sucedido que he soñado durante la noche, reproduciéndose en mis sueños lugares, personas y escenas de mi país natal, San Julián, en el corazón del Sannio; una de esas veces se me ha aparecido un tío mío materno, médico, septuagenario, sumamente aviejado, con aspecto de muerte. Algún tiempo después he sabido que precisamente en la época de mi sueño estaba en condiciones gravísimas de salud.

Yo estoy lejos de ser un epiléptico ó un histérico ó un neurópata constitucional; sólo he sufrido años hace algo de neurastenia (¿quién no la sufre hoy?) adquirida por exceso de trabajo y por las ásperas luchas con mis... amables colegas. Por eso hago notar la coincidencia (ocurrida también en años an-

teriores) entre la caída de la nieve y mis sueños. ¿Es que la sensación actual de la caída de la nieve despierta las imágenes de mi tierra nativa, registradas en mis arcas cerebrales sensorias? Puede también añadirse que la temperatura del aire á 0° ó por bajo de cero y la noche con su mayor homogeneidad de ambiente atmosférico fueran condiciones propicias á la transmisión de ondas vibrantes de lugares, personas y cosas de mi país hasta mí, de manera que dos órdenes de fenómenos, verificándose contemporáneamente, se compenetrasen y reforzasen.

Fácil es concebir que entre tantas imágenes despertadas apareciera la de mi tío, á quien había visto enfermo en épocas precedentes. En cuanto á la hipótesis de ***ondas vibrantes***, la clarividencia á larga distancia es opinión en mí arraigada desde hace tiempo y corroborada por los dos grandes descubrimientos de los rayos Roentgen y la telegrafía sin hilos. Dado cierto *índice* especial de energía, velocidad y extensión de algunas ondas vibrantes en su punto de origen; dado cierto grado de temperatura, densidad, estado eléctrico, higrométrico, etc., del ambiente de transmisión; dadas especialísimas condiciones nerviosas, habituales ó momentáneas, del organismo á que llegan tales vibraciones, no debe resultar difícil que determinados sujetos en momentos dados, concentrando su fuerza nerviosa en determinados sentidos y dirección, puedan realmente advertir hechos que ocurren en puntos lejanos ó remotísimos.

FERNANDO ARAUJO.

INDICE

Págs.

Su Majestad (novela), conclusión, por Luis Couperus..... 5

Poetas americanos: Manuel Gutiérrez Nájera, por Emilio Gallegos del Campo; *A una desposada,* por Enrique Pérez Valencia.. 65

La literatura moderna en Francia, por Emilia Pardo Bazán..... 69

El Convento de la Concepción, en Toledo, por Rodrigo Amador de los Ríos..... 89

Dos fracasos, por A. Sánchez Pérez..... 119

El problema religioso en España, por Edmundo González-Blanco.. 137

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 167

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 179

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 14. NUM. 158

LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE DE LAZARO

FEBRERO, 1902

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

HIGH-LIFE

NOVELA

I

Primero de Mayo, en el Prater, Viena...

Los carruajes rodaban, envueltos por una atmósfera alegre y vivificante; las señoras con vaporosos trajes, conscientes de su belleza, gozaban con la admiración envidiosa de la muchedumbre, que representaba para ellas las alfombras de rosas, tendidas al paso del triunfador antiguo.

En el aire perfumado por el saúco, en el follaje dorado por el sol, en el cielo de un azul suave, en la Naturaleza entera, todo sonreía, todo vibraba de alegría. Era la divina fiesta de la primavera, el baile de los pájaros, de las abejas y de las flores.

La princesa Cari Hohenberg, una de las reinas de la estación de invierno, triunfaba en su carruaje, algo cansada de los bailes, de los conciertos y de las reuniones, satisfecha de respirar aquel ambiente puro, mientras cambiaba saludos afectuosos á derecha é izquierda.

A su lado iba sentada su hermana, la condesa Isi de Thunen, otra reina de la moda, pues esta soberanía admite la pluralidad de cetros.

Carolina, la mayor, de treinta años—el Almanaque de

Gotha lo atestiguaba—estaba predestinada por su rubio ardiente á vestir en los cuadros vivos el traje veneciano. Isabel, de veinticinco años, era una morena intensa, para la que el disfraz de aldeana napolitana era de rigor.

Isi no se reclinaba lánguidamente en los almohadones del landó, no se dejaba mecer por la dulzura del mes de Mayo, escuchaba la banda militar que tocaba en un café el vals del *Murciélago*, y aquella pieza hablaba á la bella Isi de una historia de amor, á cuyo recuerdo brillaban sus ojos.

En el carruaje de la condesa de Simmersburg, una forastera atraía todas las miradas: era su biznieta Gertrudis, de diez y siete años de edad, una deliciosa criatura rubia y pura como aquel día de sol. Era la primera vez que la joven, educada en una ciudad de provincia y llegada hacía pocos días á casa de su abuela, se presentaba á la sociedad vienesa. Y la presentación era sensacional.

No debía hacer su entrada en el mundo sino al año siguiente, es decir, ser primero presentada en la corte, después en los salones de la nobleza y de la aristocracia. Su abuela esperaba casarla bien, porque, á pesar de lo modesto de su fortuna, su bonita cara le constituía un dote que le permitía aspirar á los más brillantes partidos.

Pero Gertrudis ignoraba su belleza; no sospechaba que pudiese inspirar una pasión ó alcanzar victorias mundanas.

El paseo del Prater le parecía la introducción en un reino de hadas, porque por primera vez veía una sociedad brillante que, en adelante, iba á ser la suya. Un porvenir radiante presentaba ante sus deslumbrados ojos perspectivas esplendorosas y divinas, prometiendo magnificencias desconocidas.

Inauguraba en aquel día un verdadero tocado de «señorita» á la última moda; hasta entonces no había llevado más que modestos vestidillos de lana ó de percal; pero en aquella ocasión iba elegantísima. Su ondulante cabellera iba aprisionada por un sombrero de largas plumas. El espejo le había revelado momentos antes que aquellos rizos rubios, uno de los cuales

acariciaba graciosamente sus cejas oscuras, le daban cierto aire picaresco. Sentíase bonita y se complacía en ella misma, sin pensar en trastornar cerebros. Los capullos de las flores, próximos á abrirse, debían experimentar la misma sensación en aquella tibia tarde de Mayo.

—No metas las narices en tu ramo, y ponte derecha: ¡una muchacha no debe ir reclinada!—dijo la anciana Condesa con tono de reprensión.

Gertrudis se irguió y bajó el ramito de rosas que ocultaba la parte inferior de su rostro: hubiera sido lástima esconder aquellos labios de cereza, cercanos á tan graciosos hoyuelos.

Sin embargo, la condesa de Simmersburg hubo de repetir su observación respecto del ramo sobre el que Gertrudis se obstinaba en inclinarse; aspiraba, al mismo tiempo que el aroma de las flores, el olor de su largo guante de Suecia, y aquella mezcla de perfumes le sugería este pensamiento: que el mundo era un vasto jardín... y que ella era ya una «señorita».

Poseía dos docenas de guantes iguales á aquéllos, de todos matices, entre los cuales había unos blancos «para baile», como había dicho su abuela. Así, pues, la llevarían á los bailes... ¡Ah! ¡bailar al compás de aquel vals del *Murciélago,* con apuestos jóvenes, con oficiales, con príncipes tal vez, como aquellos que pasaban á caballo ó en coche!... Una sonrisa de satisfacción entreabría sus labios y descubría una deslumbrante hilera de perlas.

—¡No te rias así, Trudy, y no mires constantemente hacia el paseo de los jinetes! Observa los tocados de las señoras; es más interesante y más oportuno.

—¿Quién es esa deliciosa criatura que va con la condesa de Simmersburg? ¿La conoce usted?—preguntó Hans Witterstein, capitán de dragones y heredero de uno de los más importantes mayorazgos de Príncipes.

El interpelado, Kurt de Osenoff, joven de veinte años, respondió con perezoso acento:

—¿Aquella rubia?... No la he visto nunca... No me gustan las «Margaritas».

—Ya se ve, querido, que no es usted de este país; «Margarita» es un producto eminentemente alemán. Nuestras vienesinas son muy diferentes; al cabo de una estación mundana se emancipan, se hacen coquetas, endiabladas.

—Admito que las ingenuas son encantadoras; pero prefiero las mujeres casadas, por ejemplo, las hermanas Hohenberg y Thunen.

—¡Alto ahí! Ya sabe usted que estoy loco por la última.

—¿Siempre desgraciado?

—Más que nunca. La frialdad de Isi me desespera.

—Yo adoro á lo otra, con su color leonado y sus ojos de fuego.

—¡Ya!

—¿Una vuelta más? — preguntó Isi á su hermana. —¿No tienes bastante?

—Sí, vámonos. A casa—dijo Cari al cochero.

Y el carruaje siguió á los que se alejaban del Prater.

El desfile fue brillantísimo; los peatones formaban fila á lo largo del camino, los veladores de mármol de los cafés llenaban las aceras, encendíanse los mecheros de gas de las tiendas, la primera estrella titilaba en el oscuro azul del cielo.

En cuanto á Gertrudis, no habían terminado todavía los encantos de la jornada: su abuela debía llevarla á la Ópera.

Fuera, en el Ring, aún era de día y casi se estaba en verano; pero en cuanto se entraba en la Ópera reinaban la noche y el invierno. Desaparecía todo recuerdo de los árboles, del canto de los pájaros, del olor de los saúcos. La iluminación de la gran escalera, los espejos, los perfumes penetrantes, todo le transportaba á uno al mundo ficticio de las fiestas invernales.

Gertrudis, en su ciudad de provincia, había ido varias veces al teatro, y siempre la había palpitado el corazón al penetrar en aquellos corredores cuyo solo aspecto era una promesa de placer. Experimentó la misma emoción, pero más viva to-

davía, cuando el lacayo abrió una puerta y entró ella detrás de su abuela en el antepalco.

Las dos damas se despojaron de sus abrigos. La condesa de Simmersburg arregló los rizos de Gertrudis y la hizo sentar en la butaca más próxima al escenario: ella se instaló en el otro puesto.

Con un suspiro de contento, Gertrudis colocó su ramo y su abanico en el antepecho de terciopelo y preparó sus gemelos para contemplar el espectáculo.

La repesentación había ya comenzado. Se hacía el *Fausto*, de Gounod.

—... Es la escena de la feria. Ahora sale Margarita —dijo la Condesa.

Y reinó en la sala un silencio espectante.

«No soy señorita, ni linda...»

El encanto se deshizo con la marcha de Margarita. Los bailarines se lanzaron en torbellino al compás del vals. Cayó el telón, y la lucerna amortiguada, esparció de nuevo el resplandor de sus haces luminosos. Gertrudis pudo contemplar la sala.

En los palcos había algunos tocados brillantes, otros medianos; la mayor parte de las damas llevaban trajes de calle, pues la estación tocaba á su fin.

En la primer fila de butacas un dragón miraba obstinadamente con sus gemelos á Gertrudis. ¿No era en el que se había fijado ella hacía poco en el Prater?

—Trudy, no está bien que mires de esa manera á las butacas. Tienes modales muy feos.

La joven así reprendida apartó la vista, pero sin dejar de mirar con el rabillo del ojo al apuesto oficial. Después, comprendiendo que iba á cometer una acción tan grata como censurable, enfocó de repente sus gemelos hacia los otros. De esta suerte el diablillo de la coquetería que duerme en el alma de las jóvenes, merced á la excitante atmósfera de las salas de

fiestas, comenzaba á agitarse en Gertrudis, el mismo día de su iniciación en la vida mundana.

El telón se levantó en el acto del jardín.

La invocación de Siebel á su ramito fue desdeñada, como es costumbre. La princesa Cari y la condesa Isi entraron en su palco, y la atención de Hans Witterstein tomó nueva dirección. Sin embargo, Isi no le honró con la agradable mirada con que Gertrudis le había favorecido; le hizo una sencilla inclinación de cabeza, muy ocupada con la llegada de nuevos visitantes. Uno de ellos, muy conocido del dragón, era el duque Emilio, perteneciente á una familia reinante alemana. El otro le era desconocido. Era un personaje digno de llamar la atención: veintiocho años, tipo oriental y el uniforme de la caballería de la Guardia rusa...

En el escenario comenzaba el dúo de amor: Margarita, á la luz de la luna, se inclinaba hacia Fausto arrodillado y murmuraba:

«Noche de amor, radiante cielo ..»

Gertrudis se estremeció. Se identificaba con la sublime enamorada y veía á sus pies al oficial en lugar de Fausto... Su alma cantaba: «Noche de amor, radiante cielo...»

—¿De manera que aquello era el mundo? El amor, el esplendor de las fiestas, la música, la embriaguez, la alegría... ¡Qué felicidad! pensaba ella entusiasmada.

La abuela seguía la representación con indiferencia, satisfecha del éxito de su nieta.

—Trudy, no tomes ese aspecto de asombro. Esta música es bonita, pero no tienes necesidad de poner los ojos en blanco: eso no está bien.

En el entreacto, Witterstein fué á hacer una visita al palco de las Hohenberg. Su entrada coincidió con la marcha del ruso; el duque Emilio se quedó.

—Buenas noches—dijeron las señoras tendiéndole la mano.

El joven se sentó detrás de Isi.

—¿Quién es ese noble extranjero que acaba de salir, condesa?

—El Príncipe Diamante, un hombre simpático.

—¿Diamante?... Es un nombre extraño.

—Es un apodo para indicar sus fabulosas riquezas.

—... ¡De hermosas aguas, entonces! ¿Cómo se llama esa piedra preciosa?

—¡Cómo!¿Tendría usted acaso envidia para hablar en ese tono de burla?... No tiene usted derecho de experimentar ese sentimiento, cuando se llama Witterstein...

—¡Es usted muy amable, Princesa! No, yo no soy envidioso; celoso, tal vez...

La condesa Isi se ocultó el rostro detrás del abanico y dirigió á Haus una mirada que parecía decir: «No tiene usted que desconfiar de nadie.» Pero el abanico se cerró rápidamente, la llamarada de los ojos se extinguió y dijo Isi sencillamente:

—Se llama Arlán, Príncipe de Abcasia. Es un bávaro. Sus antepasados fueron Reyes de Abcasia, un país desconocido, situado cerca del Mar Negro y que, ahora, forma parte de Rusia. El Príncipe ha sido educado en San Petersburgo, en el cuerpo de pajes. Actualmente es ayudante de campo del Czar y presta sus servicios en la guardia. Viaja mucho; conoce Italia, Alemania, París y Londres, y quiere entablar conocimiento con nuestro Viena.

—¡Muchas gracias por sus detalles biográficos y etnográficos, condesa!—replicó Witterstein molestado.

—Parece que ese asiático quiere lanzarse de lleno en la gran vida—dijo interviniendo el duque Emilio.—Lo conseguirá, porque es vulgar y pretencioso.

—Es usted severo, Alteza.

—Agradará á las mujeres á causa de su cabellera ensortijada y su nariz recta—continuó diciendo el Duque.—Se impondrá á los hombres porque es valiente y diestro en todos los ejercicios físicos, y deslumbrará con su lujo á la galería.

Un momento después, Witterstein salió del palco de las Hohenberg y se dirigió al de la condesa de Simmersburg.

El corazón de Gertrudis dió un vuelco cuando vió al joven. ¡Cómo! ¡Aquel oficial de caballería al que hacía poco había ella mirado tan atrevidamente conocía á su abuela é iba á tener que hablarle!... Se ruborizó, palideció después y se sintió oprimida. En una palabra, iba á enamorarse locamente como jovencilla cuyos vagos ensueños, pensamientos novelescos y deseos indefinidos se encarnan en el primer joven que la turba el corazón. El azoramiento de la niña aumentaba su encanto. La condesa dijo presentando:

—Mi nieta, Príncipe Witterstein.

Hans tendió la mano á Gertrudis. Era incorrecto, pero tenía sin duda, sus razones para permitirse aquella grave infracción de la etiqueta. Estrechó los temblorosos deditos de una manera significativa, y ella creyó comprender que aquella ligera presión quería decir: «Sí, ya sé que te agrado, y tú me gustas extraordinariamente.»

II

El duque Emilio, que residía en Viena temporalmente, vivía en el hotel Munsch; la pieza que le servía de sala y gabinete de trabajo había perdido por completo su vulgar aspecto, porque le había llenado de tapices, armas, cuadros y antigüedades. Libros, periódicos y revistas se amontonaban en una gran mesa de despacho que se parecía á una mesa de redacción. El Príncipe era un refinado, un exquisito en materia literaria. Las obras selectas, las polémicas interesantes, las discusiones políticas constituían su placer favorito. Consagraba cuatro horas diarias á tal ocupación. De viaje, en los baños de mar, en la ciudad, en su castillo hereditario, en don-

de se encontrase, d edicaba invariablemente las mañanas á sus estudios predilectos.

Por la noche frecuentaba los salones de la aristocracia, asistía á cenas alegres, iba al teatro y llevaba la existencia de un perfecto mundano. Una ligera imperfección física le impedía entregarse á ejercicios violentos. A los quince años de edad se había roto una pierna en una caída. Le había quedado una imperceptible cojera, así como un dolor punzante cada vez que se aventuraba á hacer un movimiento demasiado vivo. Por consiguiente, la caza, l a esgrima, la equitación, todos los deportes, en una palabr a, le estaban vedados; hubo de renunciar por la misma razón al servicio militar, y de esta manera había llegado á ser, al decir de sus amigos, un ratón de biblioteca.

El duque había pas ado la cuarentena; era un hombre de aspecto distinguido y si mpático, de rostro dulce y cabellera negra y abundante; su bar ba larga comenzaba á ponerse gris, y algunas arrugas surcaban su frente pensativa. Era célibe, por no haber podido casarse con una mujer amada y haberse negado á contraer un matrimonio de conveniencia. Por otra parte, sus numer osas aventuras galantes habían podido convencerle de que no siempre es envidiable la suerte de un marido.

Por el momento se mostraba muy asiduo cerca de la Princesa Cari, pero la maledicencia no pasaba de ahí.

Dió la un a en el reloj. El duque, que leía sentado cerca de su mesa de trabajo, levantó la cabeza al oir anunciar á Witterstein.

—¿Te molesto?

—De ninguna manera. ¿Qué es lo que te trae?

El familiar tuteo cho caba entre aquellos dos hombres de edad y rango diferentes.

Witterstein tenía veintisiete años y pertenecía á una familia de Príncipes dependientes, mientras que Emilio, cuarentón, era miembro de una familia reinante.

Pero habían cenado juntos, en alegres reuniones, donde los corazones se ensanchaban, los labios rozaban blancos hombros, espumaba el champaña, las risas repercutían y en donde, según frase de Schiller, cada cual estaba dispuesto á abrazar al mundo... Y de aquellas horas fraternales y generosas habían quedado algunas impresiones duraderas—un compañerismo, casi una amistad.

Witterstein se sentó en una mecedora, cogió maquinalmente un cigarro de una caja:—«¿Me permites?»—y lo encendió.

—... Lo que me trae es todo una historia, y me vas á dar una lección de moral.

—Mis cabellos blancos me autorizan á ello. Vamos, confiésate pronto.

—Vengo á rogarte que me hagas el honor de servir de testigo.

—¿Un duelo? Estoy á tu disposición. Ten la seguridad de que haré todo lo posible para reconciliarte con tu adversario, porque, en mi opinión, el duelo es una locura peligrosa...

—No; quizás se trate de otra locura, pero no de esa.

—¡El cielo te proteja! ¡Una boda!

—¿Harás también todo lo posible para enemistarme con mi adversario?

—¿Quieres casarte? Mi enhorabuena... ¿Qué dice de ello la condesa Isi?... ¡Perdona! La pregunta es indiscreta... ¿Cuál es la elegida?

—¿Te acuerdas de aquel rostro angelical que asomaba el otro día, en la Opera, en el palco de la condesa de Simmersburg?

—¿Aquella niña?

—¡Gertrudis Simmersburg tiene ya diez y siete años! He pedido su mano; naturalmente, la abuela me ha dicho que sí, ella también... No le soy indiferente... Es de una nobleza irreprochable, de una belleza exquisita; tiene poca fortuna, pero mi tío me deja el mayorazgo. La condesa Isi rabiará tal

vez; ¿pero por qué ha sido inexorable?... En fin, soy dichoso, no es un capricho ni una ligereza.

—Párate, por favor, y deja de defenderte como si estuvieras en el banquillo de los acusados y yo en el sitio del Fiscal pidiendo tu cabeza. No invocas la única circunstancia atenuante que yo pueda admitir, no dices: «¡Estoy locamente enamorado de mi novia!» ¿Para cuándo la boda?

Hacia el otoño, en Bohemia, en el castillo de Simmersburg.

—¿Este otoño? ¡Dios sabe dónde estaré!

—Desde cualquier parte, puedes siempre meterte en un *sleeping* y llegar á tiempo. Tengo empeño en que seas mi testigo.

—No te prometo nada, querido, porque en esa época me encontraré sin duda en un país desde el cual ningún *sleeping* podrá llevarme á Bohemia. Proyecto grandes viajes, porque estoy harto de Europa. Que sea en Vichy, en Ostende, en Carlsbad, en París ó en Londres, los dos mil comparsas de la vida mundana se parecen: los mismos trajes, las mismas diversiones, las mismas ideas... Deseo ir á algún sitio en donde no haya ni ventas de caridad, ni bailes, ni conciertos, ni *five o'clock*.

—Deja tu expedición entre los salvajes para otra época, será de buen corazón.

—Veremos, veremos...

—Y además, ¿agradará á Cari semejante éxodo?

—¿Ah! Eso es devolverme mi observación de hace un momento. También ella es inaccesible, amigo mío.

—Sí, todas lo son, naturalmente...

—Parece como si lo dudaras; pero te haré observar que ese «todas» irónico comprende también á la futura Princesa de Witterstein.

—¡Ah! en cuanto á esa, yo vigilo.

Un criado entró con una tarjeta. El duque leyó:

PRÍNCIPE ARLÁN DE ABCASIA

Ayudante de campo de S. M. el Emperador de Rusia.

Es la primera visita del Príncipe circasiano al Príncipe alemán; hasta entonces se habían encontrado en el mundo y sus relaciones eran superficiales.

Emilio se adelantó al encuentro del visitante y se cambiaron saludos ceremoniosos. El duque presentó mutuamente á los dos jóvenes. La conversación se entabló en francés. El ayudante hablaba con locuacidad y animación.

—Estoy encantado de Viena. Antes creía que París era la ciudad más hermosa del mundo; pero he rectificado completamente mi opinión... Aquí hay por lo menos una sociedad, una corte, una aristocracia cerrada—ese pobre París se encanalla, se hace cada vez más democrático; la República lo ha trastornado todo.

—Sin embargo, he estado allí el invierno último y no he experimentado semejantes impresiones—dijo Hans.

—¡Qué quiere usted!—Quizás soy un salvaje, y sin duda me ha quedado en la sangre algo de la rudeza oriental y regia de mis antepasados. He conservado principios feudales. No me gusta el «pueblo».

—Es de lamentar que no haya nacido usted dos siglos antes.

—No, porque entonces hubiera sido realmente un salvaje. Soberano absoluto de un pueblo de esclavos, no me hubiese educado en el cuerpo de pajes, no hubiera conocido los goces intelectuales que me ha procurado la civilización, no hubiese tenido la dicha de vivir en esta encantadora ciudad, altiva, alegre y elegante.

—Me asombra que mi país y mis compatriotas le agraden hasta ese punto—dijo Witterstein levantándose para marcharse.

—¿Cuándo nos vemos?—preguntó el duque tendiéndole la mano.

—¿Qué vas á hacer esta noche?

—Como con la condesa de Simmersburg, luego iré á tomar una taza de té con las Hohenberg, después cenaré en casa de Sachez con Osenoff, que se marcha...

—Entonces nos veremos en casa de las Hohenberg. Hasta luego.

El Príncipe de Abcasia se despidió también, y el duque Emilio, una vez solo, se engolfó en la lectura interrumpida de la *Deutsche Rundchau*.

*
* *

Cari é Isi vivían juntas.

Isí era temporalmente «viuda», pues su marido, en su cualidad de Secretario de la Embajada austriaca, pasó el invierno en San Petersburgo. La condesa no había acompañado á su marido, ya porque, como decía el mundo, reinase cierta frialdad entre los dos esposos, ó ya porque, como decían los interesados, hubiesen prohibido los médicos la estancia en Rusia á la joven, un poco delicada del pecho. Para no quedarse sola, se había refugiado cerca de su hermana, la Princesa de Hohenberg, y se las veía siempre juntas, en el Prater, en los bailes, en el teatro, en todas partes. Eran las mejores amigas del mundo, es decir, íntimas compañeras de diversiones.

El Príncipe Fernando de Hohenberg, marido de Cari, acompañaba raras veces á las señoras en sus salidas. Jefe del partido conservador, entregado por completo á la política, no gustaba del mundo, con sus pompas y vanidades. Joven aún, de brillante aspecto, hubiera podido hacer varias conquistas en los salones; pero los *flirts* prolongados, las declaraciones, las atenciones solícitas, le hubiesen desagradablemente distraído de las cosas en que su espíritu se complacía. Sin embargo, como las distracciones le eran necesarias, las había buscado y encontrado de una manera cómoda en la persona de una bailarina de la Opera, á la que había puesto un bonito piso en el Ring, y cerca de la cual descansaba de su labor cotidiana.

Su ocupación más penosa era la lectura de los periódicos de oposición; no los recorría sino para irritarse, porque no se le ocurría sacar de ellos utilidad ni provecho alguno. Todo lo que

se decía, se escribía y se imprimía en el campo contrario, no era sino mentira ó error; los que no pensaban como él—la mayoría,—eran cerebros enfermos ó saltimbanquis sin conciencia. Fomentaba su cólera y su desprecio leyendo los periódicos de aquellos tales, y creía cumplir así con un deber. Pero cuando la prensa le proporcionaba el tormento más delicioso era los domingos. En estos días mandaba comprar todas las publicaciones satíricas, y estaba seguro de encontrar en ellas su propia caricatura ó una sátira sobre su último discurso parlamentario. Aquellos papeluchos le atraían irresistiblemente. Dícese que cada uno habla de lo que le duele, y en virtud de este axioma el Príncipe Hohenberg se engolfaba semanalmente en «aquellos innobles papeles».

***

El palacio de Hohenberg se alzaba en medio de un vasto jardín. El *boudoir* en donde la condesa recibía á sus íntimos, se abría sobre una terraza llena de flores, de arbustos raros y pájaros.

Eran las dos. La princesa escribía ante una mesita de palo de rosa. La blanca mano completamente femenina de la dama trazaba en un pliego de papel una invitación con caracteres alargados.

Cari estaba vestida con un traje de seda cruda, y su arrogante belleza concertaba con la sencillez de su tocado y con el esplendor del sol. Su cutis tenía la delicadeza peculiar de las rubias rojizas, y sus grandes ojos azules, ornados con cejas negras, se destacaban en la blancura lechosa del rostro.

Cari era hermosa y lo sabía. El culto de sí misma la protegía contra todas las tentaciones, contra todas las debilidades del corazón. Ser envidiada, admirada, adulada, constituía su principal goce. ¿No valía más ser festejada por todos que amada por uno solo? Y en suma, ¿qué era el amor?... ¿Una mentira, una quimera, un sueño bueno para las almas inferiores?

Cari tenía, por lo demás, una gran pasión en el corazón, una idolatría que la preservaba de los deseos culpables y de los goces prohibidos—la pasión de su belleza. Pensaba en ella diariamente, extasiada, adorándose de rodillas, llevando su virtud como un manto de armiño: por orgullo.

Ademas, era altiva hasta la soberbia, fría hasta la rudeza. Ya un oficial se había suicidado por ella, y aquel homenaje la halagó, más que un soneto, más que un ramo. La infidelidad de su marido le era conocida, y no la importaba nada. Todo la dejaba indiferente; no experimentaba ni pasión, ni cólera, ni odio, ni emoción, ni entusiasmo. Como un cisne, que con su blancura se desliza tranquilo y orgulloso sobre las aguas de un lago, así la gran señora, pura como aquél, se deslizaba tranquila y orgullosa sobre el gran río de la vida.

Las obligaciones de su posición absorbían tan completamente su espíritu, que consideraba como un deber profesional no faltar á ninguna fiesta, tener su casa abierta, presidir los bailes de Carnaval y las cacerías de otoño, y contar entre sus huéspedes testas coronadas. La princesa Cari tenía dos hijos. un niño de diez años, alumno del *Teresianum*, y una niñita de cuatro, confiada á una aya inglesa, cuyas habitaciones estaban relegadas al extremo opuesto del palacio.

La condesa Isabel Thunen, como la llamaban sus amigos, la condesa Isi no se parecía á su hermana, ni en lo físico ni en lo moral. Era ardiente, arrebatada, apasionada... En los comienzos de su matrimonio había tenido violentas escenas de celos con su marido—escenas perfectamente justificadas por la conducta del último.—Por entonces vivían casi separados. Isi era coqueta hasta el exceso; gustaba de jugar con fuego; á veces se quemaba un poco... un poquito. Mientras que Cari no descendía jamás de su altiva tranquilidad, Isi se entregaba gustosa á manifestaciones de alegría ó de dolor, riendo á carcajadas ó llorando á lágrima viva, siempre presa de extremos sentimientos.

La condesa Isi entró en el saloncito.

—¡Ah! eres tú, Isi—dijo la Princesa alzando los ojos.

—Es odioso, infame... Es una infamia...

Cari cerró el pupitre.

—¿El qué?

—Hans Witterstein se casa.

—¿De veras? ¿Y con quién?

—Con la nieta de la condesa de Simmersburg.

—¡Ah! ¿la preciosa criatura que vimos últimamente en la Ópera? Hace una buena boda... Será una decepción para Lori Hanig, que coqueteaba con Witterstein desde hace tanto tiempo.

—¡Me desesperas, Cari!

—¡Ah, sí, es verdad! Cari lo había olvidado... ¡Pobre Isi, un adorador de menos!... ¡Qué te importa! Por uno que se pierda se encuentran diez.

Isi se colocó enfrente de su hermana, con las dos manos sobre la mesa de escribir, y exclamó trágicamente:

—¡Pero si le amo!

Cari se echó á reir.

—¡Frases de novela! ¿Estás loca? Sé más natural.

—Tú no comprendes nada—replicó Isi abandonando su postura teatral y yendo á echarse en una butaca. Cari se levantó y se sentó en su sitio habitual. Sacó de un cesto de labor un mantel de altar recamado de oro, y se puso tranquilamente á bordar.

—¿Que no comprendo nada?... Pues sí, conozco toda la historia, aunque cuando sea hoy la primera vez que me favorezcas con tu confianza. Desde hace tiempo vengo observando tu indulgencia con el arrogante Hans, y sus asiduidades para contigo. Pero supongo que no te liga nada con él... ¿Habrías tú...?

No concluyó la frase. Separó su vista del bordado, y miró fijamente á su hermana con la aguja en el aire.

—No—respondió Isi á aquella pregunta apenas formulada. —Solamente él hubiera podido esperar, hubiera podido intentar... ¡No me ha amado jamás!

—Naturalmente—replicó Cari volviéndose á su labor.

—¡No tiene corazón!—añadió la otra.

—Estás ridícula, Isi. Por lo demás, ten la seguridad de que después de haberse casado con la pequeña Simmersburg, y jugado algún tiempo á la luna de miel, volverá á tus pies...

—Para ser enérgicamente rechazado... Le desprecio, le odio. Deseo que su novia sea «el gansito blanco», la más insignificante del mundo.

—De un gansito de diez y seis años un hombre hace lo que quiere: una paloma ó un cisne. Isi, hablemos de cosas más serias. El *carrousel* se acerca, y tú no has decidido tu traje...

—No quiero ir. Sabes muy bien que él debía ser mi caballero.

—¡Tanto mejor! Oculta tu enfado, muéstrate encantada de su boda.

—No, no me hables ni del *carrousel* ni del baile de mañana; hasta renuncio á tomar el té contigo esta noche, porque podría estar él...

—¡Muy bien! vete á un convento.

—¿Por qué no? También podría hacer otra cosa: marchar á San Petersburgo, y reconciliarme con mi marido.

—Como nadie sabe que estais reñidos, tu acto no produciría efecto. Créeme, Isi, tranquilízate. Nada de manifestación ruidosa que llame la atención; no es correcto. No debes mostrar á todo el mundo los secretos de tu alma.

—En verdad que envidio tu sangre fría... Nada te afecta: te dejas engañar por tu marido, y nadie puede encontrar el camino de tu corazón.

Un criado anunció al duque Emilio; la Princesa hizo un signo afirmativo, y fue introducido el visitante. Avanzó hacia las dos hermanas y les besó la punta de los dedos. La dueña de la casa le indicó una butaca.

—¿Qué hay de nuevo?—preguntó ella.

—¿De nuevo?... No mucho. El té *dansant* del Ministerio

del Interior ha sido muy aburrido... Después, que Hans Witterstein me ha rogado que le sirva de testigo.

—¿Se bate?—preguntó Isi asustada.

—El mismo temor tuve yo cuando me requirió, pero...

—¡Ah! comprendo, se casa.

—¿Lo sabian ustedes ya?

—Sí. A usted le toca el turno de elegir novia, querido duque—dijo Cari.

—¿A mi edad, Princesa? Sería verdaderamente mostrar demasiada complacencia con los jóvenes, cuya única misión es consolar á las mujeres casadas.

Entraron otras visitas, y al poco rato estuvieron reunidas alrededor de la Princesa unas quince personas. Todas formaban parte de los «quinientos» de la high-life vienesa. Era lo selectó de los bailes de la corte, damas de la orden de la «Cruz estrellada», condesitas desdeñosas, brillantes oficiales, personajes influyentes, todo el escogido grupo que se arrogaba el monopolio de los placeres mundanos y miraba con desprecio á la multitud vulgar, sin codearse jamás con ella. Aquella gente elegante animaba alegremente el salón de Cari. Todo atestiguaba que el placer era el dios al que todos sacrificaban la alegría de los rostros, el esplendor de las cosas, los trajes vaporosos, las bomboneras abiertas, los billetes de conciertos extendidos sobre una mesa, al lado de una invitación para el próximo baile de la corte, el programa de la Opera anunciando para la noche *Ania* y *Mesalina*, la bandeja, en la que se amontonaban las tarjetas, los grabados de modas para los disfraces de la cabalgata, la partitura, abierta en el piano, de la última opereta en boga, las conversaciones animadas, en las que se cruzaban preguntas y respuestas.

—¿Cuáles son sus planes para el verano?

—Medicación en Carlsbad, excursión á Londres, viaje á Suiza, seis semanas en Ostende, carreras en Baden-Baden, cacerías de zorras en Escocia...

Después, invariablemente:

—... Y en seguida, á mi casa, á mis tierras.

Tres condesitas, sentadas juntas, hablaban en voz baja:

—Treinta ramos de cotillón... Muchacho muy distinguido... Un *flirt* delicioso... Tul bordado...

Las señoras jóvenes hablaban de la cabalgata, los hombres del caballo ganancioso ó de un estreno sensacional en el teatro Wred. Una atmósfera luminosa envolvía á aquellas conversaciones frívolas, ligeras como plumas de pájaros ó pétalos de flores. La condesa de Thunen se había refugiado en la terraza al ver entrar á Hans Witterstein. Este, después de haber cambiado algunas palabras con la Princesa, fué á reunirse con Isi, que estaba echada en una butaca americana con el rostro oculto entre las manos...

—Condesa...

La joven se estremeció.

—Buenas, Príncipe—dijo con frialdad.—Sin duda viene usted para recibir mis felicitaciones... Estaba pálida y sus labios temblaban...

—La frialdad de la que amo...—comenzó á decir Hans.

—Cállese usted—replicó ella.—No tenga usted la audacia de servirse de tales frases.

—Estaba desesperado, condesa...

Ella hundió su ardiente mirada en la del joven, y murmuró:

—¡Insensato!

Él sintió un vértigo, porque aquella palabra significaba claramente que no estaba perdida toda esperanza...

—Isi, ¿debo volverme atrás? No tiene usted que hacer sino una indicación.

Ella comprendió el peligro, y retrocedió asustada.

—No, no era eso lo que yo quería decir... Se engaña usted por completo, Príncipe.

Se levantó y volvió al salón.

III

Gertrudis vivía en un mundo encantado. El fantástico paseo en el Prater y la embriagadora velada en la Ópera la habían trasportado al país de los sueños, y desde entonces su maravillosa felicidad había ido en aumento.

El 2 de Mayo, al despertarse, sintió inundado su corazón por una ternura infinita. Primero evocó la imagen de su abuela, pero en seguida se transformaron los rasgos de la venerable anciana: los cabellos blancos se convirtieron en negros y rizados, la flotante bata se cambió en un uniforme de dragones y la niña supo al fin á quien amaba tan extraordinariamente. Aquel era, pues, el famoso sentimiento tan soñado de que hablan los libros, y en el que debía empezar su porvenir... ¡Delicioso sentimiento!... Ella le percibía de una manera clara, palpable casi. Al cerrar los ojos volvía á ver al apuesto oficial, oía su voz acariciadora, sentía aún la presión de su mano, y su corazón palpitaba dulcemente... ¡Primer amor! ¡Victoria primaveral, chispa divina y fugitiva!... Locura novelesca pronto desvanecida...

Aquel 2 de Mayo era domingo. La condesa de Simmersburg condujo á su nieta á la iglesia de San Miguel. A la salida hubieron de pasar entre la doble fila de elegantes que formaban en la acera. Gertrudis se puso muy encarnada al reconocer á Witterstein entre los oficiales. Él saludó, se acercó al coche cuando abuela y nieta se hubieron instalado, preguntó por la salud de la abuela é hizo esta interesante observación:

«¡Hermoso tiempo!» Después se despidió. Su mirada no se apartaba del rostro de la niña, que le sonreía con gracia.

—¿No podías haber dicho una palabra á Witterstein, Trudy? Hay que ser amable y reservada al mismo tiempo. Deja

también esa costumbre de sonreir y mirar á las gentes á la cara.

Como el camino de la iglesia á la casa era muy corto, la condesa tuvo á bien continuar en la casa su sermón.

—Vete á tu cuarto á dejar el sombrero y la sombrilla, Trudy; después ven al salón, tengo que hablarte.

Cuando Gertrudis hubo cumplimentado el mandato, su abuela comenzó de esta manera:

—Siéntate, hija mía... No en ese taburete, sino en una silla, y escúchame. Hasta aquí has vivido en el colegio, y no conoces nada del mundo...

—Pero, abuela, pasaba todos los años las vacaciones en casa de papá, y ya hace un año que he salido del colegio.

—Da lo mismo. La estancia en una ciudad de provincia ó en el campo con tu tía desde que eres huérfana, no ha podido enseñarte gran cosa; era, pues, inútil contradecirme... Además, no está bien que una niña como tú contradiga á su abuela. Eres muy joven, una verdadera criatura, y no tienes ninguna experiencia. Es preciso que en todo te dejes guiar por mí y sigas mis consejos. Encuentro muchas cosas que censurar en ti, Trudy. Te has distraído en la iglesia y no has rezado con el fervor que conviene á una joven bien educada. ¿Acaso no serías piadosa?

—¡Oh, abuela!

—Bien, supongo que tu alma es pura y temes á Dios. La piedad es el mejor ornamento de una joven, nada hay más elevado ni mejor. Sé siempre piadosa, Trudy, y la bendición del cielo te guiará al través de la vida.

—Sí, abuela... ¿Pero qué pretendía su abuela con aquel sermón?

—Hubiera preferido verte entrar en un convento, pero tu educación en un colegio laico no ha despertado en ti la santa vocación. Tienes, pues, que realizar otra misión: hay que casarte.

Gertrudis quedó encantada. Veíase ya en el altar con el velo blanco, al lado de un oficial de dragones.

—Sí, abuela.

—Pero el matrimonio es cosa grave, Trudy; en él se encierra todo el porvenir.

—Sí, abuela, ya sé que una debe amar á su marido; el amor...

—Evidentemente, mejor es amar á su marido—dijo interrumpiendo la condesa,—pero no te calientes la cabeza con frases de novela... Me sorprende oirte pronunciar la palabra «amor» de esa manera; esto prueba que os inculcaban ideas locas en ese miserable colegio. Cuando yo salí del convento, á los diez y ocho años, no conocía más amor que el amor divino. Puesto que tú estás tan adelantada en este punto, me alegraré que puedas querer á tu marido; pero entretanto, permanece tranquila. Mira, Gertrudis, para inspirar el deseo de casarse contigo, es preciso que te esfuerces en adquirir una exquisita corrección, que te muestres modesta, simpática, graciosa. No eres fea, hasta creo que eres una de las condesitas más agraciadas; pero en tus maneras, en tus modales, no tienes... ¿cómo decirlo?... nada de condesa. Lo tendrás con un poco de cuidado. Ante todo, pierde la costumbre de ser atrevida con los jóvenes. ¿Crees tú que no he observado la manera que tenías de mirar á Witterstein?... ¡Ah! te ruborizas... ¡Le has sonreído con una coquetería!... Perderías tu porvenir si te conduces así con oficiales que no pueden ser un partido para ti.

—¿Y por qué no puede ser un partido para mí el Príncipe Witterstein?—preguntó tímidamente Gertrudis.

—Porque tiene unas relaciones... —la condesa tosió, porque se la había escapado una palabra que no deben conocer oídos de diez y siete años.—Quiero decir, que la pasión de los caballos, de los viajes, etc.... Además, su posición le permite elegir entre las principales Princesas, y no había de fijarse en una provincianita como tú. Sobre todo, no te forjes semejantes ilusiones.

—Pero, abuela...

—Yo te buscaré algún conde ó barón con una buena renta... Pero no hay necesidad de aspirar á un príncipe que posee un millón de renta.

—¡Un millón! ¿Witterstein tiene un millón de renta?—exclamó Gertrudis deslumbrada.

Aquella cifra hizo surgir ante sus ojos un mágico palacio de mármol y pedrerías que se armonizaban deliciosamente con la persona del arrogante Príncipe.

—Poco más ó menos; pero no hace falta tanto para vivir con decoro. No soy de parecer que se deba una contentar con una choza y un corazón, pero la afición al lujo es un feo defecto. Una fortuna de treinta mil florines de renta puede bastar. Yo no tengo más que veinte mil; evidentemente hace falta más á un matrimonio joven, porque una viuda de edad tiene pocas necesidades. No te permitiré aceptar menos de treinta mil florines de renta: me intereso en tu felicidad, y velaré maternalmente por ella.

El sermón fue interrumpido con la llegada de la canonesa condesa de Lydovitz, una antigua amiga de la condesa de Simmersburg.

—¡Ah! ¡Eres tú, Lory! ¡Cuánto me alegro de verte!

Gertrudis aprovechó el incidente para desaparecer detrás de una puerta y meterse en su cuarto.

—Siéntate, Lory. Trudy, ven aquí á que te presente... ¿Dónde estás?

—Acabo de percibir un vestido azul que huía...

—Se habrá escapado. Lo mismo da, te la presentaré otro día. Una criatura preciosa, ya verás; pero todavía con ciertos resabios... ¿Y tú, como estás?

—Bastante bien. ¿Y tú?

—Lo mismo. ¿Qué te haces?

—Nada. La vida es cada vez más fastidiosa.

—Es verdad. Antes era más alegre... Se divertía una en grande. ¡Está tan mezclada hoy la sociedad! Encuentra una en los salones gentes á quienes en mis tiempos no se hubiera

dirigido nunca la palabra: pintores, autores, actores, hombres de negocios, advenedizos... No solamente se les invita, sino hasta se les imita... Todo el mundo escribe, pinta, declama, compone ó especula. Ya no se habla, ya no se baila, ya no se coquetea... Cuando pienso en los lunes de los Witterstein, en los bailes de los Thunen, en las cacerías de Moravia, en las posesiones de mis primos... ¡Ah! no hablemos del pasado... ¿Cuánto tiempo permanecerás aquí?

—Hasta mediados de Junio. En seguida iré á Carlsbad.

—¿Te vas á poner en cura?

—No, voy con la esperanza de encontrar un marido para mi nieta.

—¡Ah! No es empresa fácil encontrar hoy un marido para una joven de mundo.

—Ya lo creo que no; figúrate que Rudy quiere casarse con la Gallinger del teatro de Wred.

—Es inaudito. Dentro de poco tendremos que hacer que salgan nuestras condesitas á las tablas para poder casarse. Así, ayer, Nini Niedeshof me ha dicho en serio que su hija tiene una admirable voz de contralto, y que va á que la dé lecciones la Marchesi. La miré de tal manera, que comprendió su inconveniencia. Todo el mal procede de la mala educación que se da á los hijos. A excepción de algunas familias que envían aún sus hijas al convento, las demás casas tienen tendencias deplorables. En lugar de bordar, bailar, rezar, las enseñan á cantar, á montar á caballo, á ir en bicicleta, ¡sabe Dios qué más!

—A propósito, tengo que hacerte una pregunta. Quisiera saber si Hohenberg hace la corte á su cuñada, Isi Thunen. Esto sería indiferente á Cari, que no se afecta por nada.

—¡Vamos! ¿Y su duque cojo?

—¿Crees tú? A mí no me parece que sea capaz de experimentar una pasión.

—¿Has oído hablar de la boda de Helldorff—ya sabes, el viudo—con *mademoiselle* Schmidt, la institutriz de sus hijos?

—No. En ese caso, se verá obligado á retirarse á sus tierras, porque nadie querrá recibir á su mujer.

—Pero si hace visitas con ella...

—No le serán devueltas. Es un deber de sociedad el conservar las distancias, harto acortadas ya.

—¿Conoces al famoso Príncipe «Diamante», que hace furor en este momento?

—¡Ah! ¿Ese tártaro, ese mongol? Se dice que viene de Asia, de Abcasia. Le ví ayer en el palco de las Hohenberg, en la Opera. Esos farfantones no me inspiran ninguna confianza; casi todos no son más que caballeros de industria.

—Dicen que éste es de nobleza antigua.

—Puede ser. En Rusia todo el mundo es príncipe, como cualquiera es conde en Italia. Esto no representa nada, salvo algunas excepciones. No me gusta más que nuestra antigua nobleza indígena; esos extranjeros no me impresionan nada... Por lo demás, todo lo que viene de fuera me disgusta. Me horrorizan los viajes, no comprendo esa moda de pasar estaciones enteras en balnearios franceses ó alemanes, los inviernos en Niza, las primaveras en París ó en Londres. Pasen todavía las exploraciones á nuevas comarcas; pero ¡mezclarse á la vida mundana de los demás países!... Y si esa manía de los viajes continúa propagándose, corromperá nuestra sociedad. ¿De dónde proceden todas esas ideas democráticas, revolucionarias y emancipadoras, sino de nuestros vecinos? ¡En Suiza, las jóvenes estudian medicina; en Italia, está prisionero el Papa; en Francia, no hay Corte; Rusia es nihilista, y la Cámara de los Diputados en París, es atea!... No, no, el invierno en Viena, y el verano en casa de una, en sus tierras ó en las estaciones termales de Bohemia; esa es la verdadera existencia.

Mientras aquellas señoras se lamentaban de los cambios de los tiempos modernos, Trudy lloraba en su cuarto. ¿Por qué? No hubiera podido decirlo.

Una nube de verano, lágrimas de muchacha, que hacen

que reverdezca todo en el corazoncito refrescado. Se desconsolaba porque su abuela había dicho que *él* no podía casarse con Trudy. Se desconsolaba porque hubiera sido una felicidad celeste ser elegida por Hans, y porque semejante felicidad no se realizaría. Sin embargo, tal vez... ¡No, no era posible! ¿Cómo imaginarse una alegría tan completa? ¿Cómo forjarse ilusiones?

Por la tarde, nuevo paseo al Prater. Gertrudis no vió más que á él en el hormigueo de la muchedumbre. Estaba allí, á caballo... ¡De qué manera la había mirado!... ¡No, no; sería demasiado hermoso!... No le volvió á ver en los días sucesivos. Sin duda él no la quería; no había sido más que una ilusión... Tras unos días de desesperación resolvió olvidarle.

A la semana siguiente, la condesa de Simmersburg mandó llamar á su nieta. «Un sermón», pensó la niña, y fué resignada en busca de su abuela. Pensaba á menudo que la mayor ventaja que reportaría su matrimonio sería la de no volver á oir la eterna cantinela: «Eso no está bien en una joven.»

Cuando Gertrudis entró, su abuela salió á su encuentro y la abrazó. Lo solemne y casi respetuoso de la acogida impresionó á la pequeña. ¿Qué había sucedido?

—Gertrudis, siéntate.

Aquel apelativo la intimidó; de ordinario la llamaban Trudy.

—Escúchame seriamente. Tengo que comunicarte algo muy grave. Escucha con recogimiento. Han pedido tu mano.

Aquella palabra electrizó á la oyente.

—¿Quién, abuela?

—He dado mi consentimiento sin vacilar, y esta noche le he invitado á tomar el té con nosotras. Vendrá aquí.

—Pero ¿quién es, abuela? ¿Podré rechazarle si me desagrada?

—No hay cuidado, Trudy. Deberías dar gracias á Dios de rodillas por la felicidad inesperada que te envía.

En el alma de la joven surgió una visión, pero la expulsó, pues había renunciado á la esperanza...

—¿Quién, abuela? No me atormentes más.

—Hans Witterstein.

Gertrudis dió un grito y se arrojó en los brazos de la abuela.

IV

Gertrudis vivía en una especie de éxtasis. Se abandonaba á la felicidad de ser una de las mujeres más ricas, de posición más elevada, de las más envidiadas de su país; se sentía la elegida de Dios, destinada á llevar por toda una eternidad la corona de una princesa de Witterstein, y desde el fondo de su corazón aprobaba los decretos de la Providencia.

Cuando se miró en un espejo después de la comunicación de su abuela, le pareció que la aureolaba un nimbo de gloria. Vió brillar en su rubia cabellera los diamantes de la corona cerrada, y sobre sus hombros flotar el manto de corte: como fondo, castillos y palacios de los que era dueña. Por todas partes miradas de admiración y cabezas inclinadas; en fin, á sus pies, el adorado, el arrogante oficial de negros ojos. De pronto su rostro infantil perdió su expresión angélica, su boca se contrajo, sus cejas se fruncieron, sintió angustia, exhaló un suspiro casi doloroso: tanta felicidad le parecía una carga pesada, demasiado pesada...

La condesa de Simmersburg hizo con su nieta una serie de visitas. Con arreglo á los proyectos primitivos, Gertrudis no debía entrar en el mundo sino al otoño siguiente; pero sus circunstancias adelantaron la presentación. En todas partes fue recibida con los brazos abiertos; se dieron en honor suyo comidas, fiestas, bailes, y las otras condesitas, con el corazón lleno de amargura y envidia, trataron de granjearse sus simpatías. Los hombres la miraron con interés, las señoras de

edad la colmaron de caricias; en fin, se convirtió en el punto de mira de la atención, de la admiración y la envidia generales.

Aun cuando la boda no debía verificarse hasta Octubre, se encargaron las galas inmediatamente. El reducido dote de Gertrudis fue consagrado á la compra de trajes, ropa blanca y encajes. El día de la toma de dichos, Witterstein la regaló un collar de perlas de cien mil florines, porque los diamantes de familia formaban parte de la canastilla. Las prolongadas sesiones en casa de la costurera y de la modista seducían á la novia. El respeto de los que recibían sus órdenes, la exhibición de aquellas bagatelas lujosas y encantadoras, la elección de una nueva hechura, todo embriagaba á Gertrudis, hasta el aturdimiento, y concluía por ocasionarla la saciedad de la felicidad.

Experimentaba hacia Witterstein un amor exaltado y fanático que la hacía más feliz en su ausencia que cuando se encontraba á su lado. La actitud de Hans tenía algo de seco y frío que producía á la niña una sensación de extraño malestar.

La trataba como «primita», con cierta altivez y condescendencia; tenía una calma, ¡una calma desesperante!

La próxima boda que se presentaba á Gertrudis como la apoteosis de su vida, parecía tener para Witterstein la importancia de una partida de campo.

A veces contemplaba á su prometida con alegría, admirando su pura belleza, pero sin tratar nunca de penetrar en aquel corazón, dispuesto á prodigarle tesoros de ternura. A menudo brillaban sus ojos y Gertrudis bajaba los suyos, feliz y confusa; pero no existían entre ambos jóvenes ni confianza ni intimidad. No aprendían á comprenderse, á conocerse. Gertrudis estaba enamorada, pero el objeto de su amor no era tanto el mismo Witterstein, como la imagen lejana é ideal que al principio le había personificado; todos sus sueños juveniles se encarnaban en aquel que fue el primero en hacer que palpitara su corazón.

Al comunicar á su amigo el duque Emilio las razones que le decidían á casarse, Hans Witterstein no había mencionado la única que podía ser admitida como circunstancia atenuante: una gran pasión. Y en efecto, semejante razón no existía. Hans estaba encantado de la belleza de Gertrudis; cuando, por primera vez, la vió en el Prater, le sedujo su gracia; en el teatro, aquella misma noche, la actitud de la joven le había demostrado la profunda impresión que ejercía sobre ella; el pensamiento de casarse había atravesado el espíritu de Hans como un relámpago. Desde hacía algún tiempo, estaba decidido á casarse para entrar en posesión del mayorazgo que su tío debía transmitirle el día de sus bodas. De todas las condesas expuestas en el gran mercado matrimonial, ninguna había conseguido agradarle. Le desagradaba la convicción de que todas le estaban concedidas de antemano, como, por lo demás, lo serían á cualquier otro heredero. Aquella figura cándida de niña que vió en el palco de los Simmersburg, no había entrado aún en el mercado, no se había desprendido de sus alas ninguna blanca pluma.—«Será mío ese ángel»—pensó. Por otra parte, todo le convenía en ella: educación, nobleza, belleza. ¿Por qué vacilar en espera de un problemático chispazo?

Hasta entonces había cortejado á las mujeres casadas, porque la idea de ser «el mejor partido de Viena» contenía de antemano todo impulso de pasión y no buscaba sino aquellas cuyas coqueterías desinteresadas se dirigían solamente á su corazón. Por esto se había dejado cautivar por el encanto de Isi Thunen. En el último baile de la Corte se había atrevido á hablarla de sus sentimientos, pero había sufrido una derrota vergonzosa... ¿No clamaba venganza semejante rigor? No había sido necesario más para poner en práctica el deseo que le había tentado por un momento. El noviazgo se deslizaba sin que la melodía amorosa que cantaba en el alma de la prometida hubiese hallado un eco en el alma del pretendido; él, obedeciendo á un movimiento de despecho, no había visto más que un rostro bonito.

E. M.— *Febrero 1902.*

Se estaba á principio de Junio. Hans marchaba al día siguiente por la mañana para asistir al Derby inglés; desde allí, debía ir á París para el Gran Premio y volver en seguida á Austria para entrar en posesión del mayorazgo. La boda se había fijado para el mes de Octubre; algunas semanas antes, Witterstein iría á habitar en el castillo Herrenberg, cerca de su prometida.

Se trataba, pues, de una separación de tres meses.

Aquella noche, la condesa de Simmersburg daba una comida de despedida al viajero; se sentó á la mesa al lado de Gertrudis, que experimentaba alguna melancolía. Hans, en cambio, parecía más alegre que de ordinario. Su marcha le sonreía y la separación no le causaba ningún pesar. Nunca pudo evitar un ligero fastidio en casa de aquella vieja gruñona, ante la cual no se atrevía á decir nada á su novia; así es que las horas que pasaba al lado de ésta eran verdaderamente enojosas.

—¡No me quiere! pensaba Gertrudis con tristeza, pero rechazaba tal pensamiento y se decía: ¿Por qué había de casarse conmigo si no me quisiera?

—¿Me escribirá usted?—preguntó ella tímidamente.

—Ciertamente, le daré á usted á menudo noticias mías y la tendré al corriente de mi vida. Pero soy poco aficionado á escribir, y las cartas de una cara me parecen largas.

—¿De veras? Yo mantengo correspondencia con algunas amigas de colegio y nuestras misivas más cortas llenan por lo menos seis caras.

— ¡Gran Dios! ¡me asusta usted!

—No tema usted, seguiré su ejemplo, si es que desea recibir mis patas de mosca.

—Ya lo creo, serán la alegría de mi destierro.

Esta frase simplemente cortés sonaba á falso.

—¡Oh! su destierro es voluntario—replicó Gertrudis.

—Obedezco á las circunstancias; compromisos me obligan ir á París y á Londres, los negocios me llaman al campo; si no, preferiría permanecer al lado de usted.

Se levantaron de la mesa para pasar al salón. Hans se entregó á una larga discusión sobre agricultura con un viejo propietario rural. Gertrudis, que estaba sentada cerca de una prima suya, en un ángulo del salón, consideró aquello como una grave ofensa. Su novio debía pertenecerla por completo en aquel día. Se hallaba, sin embargo, acostumbrada á verle absorberse en conversaciones particulares, pero en aquella ocasión le parecía mortificante. Había esperado que se sentaría á su lado y que, con motivo de su marcha, se entregaría á tiernas efusiones en las que se fundirían íntimamente sus dos almas. En lugar de esto: ¡cultivo de patatas, cría de borregos, arboricultura!

Hans miró el reloj.

—Van á dar las nueve—dijo aproximándose á la dueña de la casa,—es hora de despedirme.

—¿Por qué tan pronto?—preguntó la condesa.

—Tengo una cita con algunos amigos. Y ahora, es preciso que me separe de lo que más quiero en el mundo.

La joven se levantó. Sus amigas la imitaron y se alejaron discretamente para no estorbar las expansiones de los dos futuros.

—Adiós, querida Trudy, piense usted en mí y quiérame siempre.

Los labios de la niña temblaban, sus ojos se llenaban de lágrimas y no conseguía articular palabra.

—¿Me permite usted—dijo Hans volviéndose hacia la condesa—dar un beso á Trudy?

—En la frente, amigo mío, nada más que en la frente.

Hans rozó los rubios rizos de Gertrudis, saludó á la reunión y se retiró. Entonces estalló el dolor de Gertrudis y se arrojó sollozando al cuello de su abuela.

—Trudy, eso no está bien.

Las condesitas se adelantaron, tratando de consolarla.

—Monina, encanto; no llores, Trudy; el tiempo pasa volando.

Mientras tanto, Hans se dirigía al palacio Hohenberg.

—¿Están las señoras?—preguntó al suizo.

—La señora condesa solamente. Su Alteza ha salido.

Sin preguntar más, el joven subió rápidamente la escalera; por casualidad estaba desierto el recibimiento. Atravesó una serie de piezas sombrías, y llegó al saloncito en donde acostumbraban á estar las señoras. Entró sin ser anunciado. El salón estaba iluminado por tres lámparas, cuyas pantallas tamizaban el suelo. Isi estaba de pie junto á una ventana, y contemplaba la noche tibia y perfumada. Sus pensamientos se dirigían hacia aquel que, sin sospecharlo ella, se encontraba en el umbral de la puerta. Después de las frases cambiadas en la terraza, se habían encontrado en sociedad, sin hablarse. La última frase de Witterstein, «Isi, ¿debo volverme atrás?» resonaba aún en los oídos de la joven. De suerte que, si ella quisiera, abandonaría él á su prometida y caería á sus pies—¿como esclavo? No; ¡como amo!

—Condesa...

Al acento de aquella voz, Isi se volvió sobresaltada.

—He venido á despedirme de usted; me marcho mañana por la mañana.

La joven se había repuesto, y tendió la mano al visitante.

—Ha sido una buena idea la de traer en persona la tarjeta de despedida. Mi hermana sentirá no haber estado... ¿Y á dónde va usted?

Isi se había sentado en una amplia butaca, y apoyaba su brazo en una mesa. Sus pies estrechos y encorvados, salían de entre un revuelto de encajes, y descansaban en un almohadón de raso. Llevaba un traje de color amarilllo pálido, con una rosa de té en el pecho: estaba deliciosa.

A la pregunta hecha secamente, Witterstein respondió con el mismo tono:

—Voy á Londres, y después á París.

—¡Ah! Tal vez nos encontremos; Cari y yo queremos pa-

sar una temporada en Trouville; antes estaremos unos días en París, durante la semana del Gran Premio.

La conversación era indiferente, pero sus pensamientos estaban ausentes. Era la primera vez que se encontraban sólos, de noche, á la luz rosada de la lámpara. Mediaban pausas entre sus frases; sus voces tomaban entonaciones acariciadoras que no estaban de acuerdo con la frialdad de las palabras; sus miradas se buscaban y se cruzaban. Hans se levantó bruscamente.

—No puedo más. Es preciso que diga á usted lo que tengo en el corazón. Isi, usted ha jugado conmigo de un modo cruel.

—¿Yo? ¿Quién fue el primero en desertar?

Hans se acercó á Isi y la cogió una mano, que ella retiró con brusquedad.

—Ha tenido usted razón—añadió ella,—no podía usted esperar nada de mí.

—¿No me habrá usted querido alguna vez?

—...Aun cuando le hubiera adorado, nada podía usted esperar.

Isi se levantó.

—Váyase usted... Adiós.

—¡Isabel!

Hans quiso cogerla entre sus brazos, pero un criado llamó á la puerta precediendo á una visita.

—Por última vez, adiós—dijo Isi.

No—respondió él besándole la mano,—hasta la vista.

BARONESA DE SUTTNER.

(*Se continuará.*)

POETAS AMERICANOS

NERÓN

Vedle tañir la cítara esplendente;
De mirto y de laurel ciñe á su frente
Espléndida corona;
Pídele al cielo inspiración y ayuda,
Al pueblo-rey saluda
Con rostro humilde y su canción entona.

La nueva Babilonia, la altanera,
La que en el mundo impera
Entre duelos y pánicos y asombros,
La del orbe señora,
La que luce sangrienta y triunfadora
La púrpura imperial sobre los hombros;
El soberbio patricio que en augusta
Cuna arrullara el Tíber; el guerrero
Que al sármata y al partho y al ibero
Con su valor asusta;
La infiel sacerdotisa
Que del César en brazos, la divisa
De Vesta mancillara; el campesino
De atezado semblante,

El atleta de torso de gigante,
El taumaturgo que por dón divino
Descifra los enigmas del destino
Y á sondar sus misterios nos enseña;
Del Trastíber la plebe, la risueña
Turba del Aventino;
El poeta que oculta sus laureles
Y su sagrada inspiración oculta;
La vil esclava que al pudor insulta;
El viejo sacerdote de Cibeles
Y el bravo centurión y el pretoriano,
Todos rinden al mónstruo vasallaje,
Que hasta el genio le ofrece su homenaje
En Séneca y Lucano.

Y ¡guay del que pretenda
Hacer de noble independencia gala;
Del que el canto sublime no comprenda
Del que á los dioses en poder iguala;
Del que ose sincero
De su voz no admirar las inflexiones,
Ó prefiera á sus cantos las canciones
De Píndaro y Homero!

Contempladle bañado en viva lumbre
Sobre el estrado, pedestal y cumbre
Y abismo donde todo resplandece
Y embriaga y aroma,
Que la dueña del mundo es Roma, y Roma
A su dueño y señor toda se ofrece.

Contempladle; la cítara de oro
Tañe con torpe mano, y su insonoro
Canto preludia ante su pueblo atento,
Y ora el dulce y profundo arrobamiento

Del éxtasis simula,
Ora ronco y febril salta y jadea,
Y la enorme cabeza balancea
Y en simias actitudes gesticula.

Y el entusiasmo estalla,
Y el cónsul y el quirite y la canalla
Rompen en delirante clamoreo:
—¡Ave, César cantor, sistro de oro!
¡Astro!—la turba grita.—Yo te adoro,
Y me ciega tu luz y no te veo.

Y en el muelle cogín, en irrisoria
Afectada actitud en que mañana
Con su buril lo esculpirá la historia,
Se reclina soñando que es la gloria
La torpe adulación, su barragana.
Y reclinado en el cogín pasea
Los entonados ojos,
En los que nada humano centellea,
Por la turba que ruge y que vocea
A sus plantas de hinojos,
Y de pronto su sed de sangre aviva
De Lucano la altiva
Faz á un tiempo sarcástica y burlona:
¡Ya le irrita mirar siempre delante
Una frente cien veces más radiante
Que en la que ostenta la imperial corona!
. . . . . .

Pronto Pisón intenta
Quebrantar el dogal que al mundo afrenta,
Y sucumbe Pisón y no desata
El vergonzoso freno
Que al pueblo rey y á su verdugo ata;

Y á la vez que Pisón, Lucano acata
Del déspota la orden, y sereno
Atraviesa del baño los umbrales,
Y en el agua aromada con verbenas
Corrige con la sangre de sus venas
De sus cantos los versos inmortales.

ARTURO REYES.

Caracas, 1901.

LA EDUCACIÓN [1]

El Dr. Osvaldo Magnasco, Ministro de Instrucción pública de la República Argentina, encomendó al Dr. C. O. Bunge un viaje á Europa para que estudiara el espíritu y cuerpo de los institutos de educación y los rumbos que emprendía ésta, y fruto de tal estudio fue el informe que dió Bunge para la instrucción pública nacional argentina con el título de «El Espíritu de la Educación». La presente obra es este mismo informe, algo modificado en algunas de sus partes.

Al editarla el Sr. Lázaro, sobre prestar un buen servicio á nuestra cultura, echa un nudo más en las relaciones entre España y los pueblos de lengua española de allende el Océano. He de ahorrarme aquí las consabidas consideraciones respecto al cambio de ideas y productos para estrechar la unión iberoamericana, sin más que lamentarme de que sean tantas nuestras no satisfechas necesidades de cultura y tan escasa y pobre nuestra labor en ella, que excediendo con mucho nuestro consumo á nuestra producción, con ser aquél tan menguado, no nos baste lo que de nuestro ingenio sacamos, teniendo que acudir á la importación del extranjero y no logrando exportar ideas. Y no se tome á ingeniosidad metafórica lo que digo, pues el escritor español, obligado á escribir entre españoles y

(1) Prólogo á la obra en prensa de Bunge, del mismo título. *N. del E.*

para ellos, se ve por fuerza llevado á una cierta labor pedagógica, á elevar el nivel del pueblo en que vive, más que á dar sugestiones á otros pueblos.

Adviértase que es esta una obra escrita en lengua castellana por un Bunge, apellido alemán, á excitación de un Magnasco, apellido italiano, y véase en este solo hecho un indicio de ese espíritu cosmopolita que caracteriza al pueblo argentino, según el autor y otros muchos publicistas, sobre todo del país. Me parece, sin embargo, que extreman en buena parte lo del espíritu cosmopolita, y que éste se halla más en la superficie que en el fondo. Una región, un clima, un género de vida, un idioma sobre todo, da una fuerte homogeneidad á una reunión cualquiera de hombres, por muy extraños que sean éstos entre sí en cuanto á su origen. El elemento más numeroso, que es casi siempre el más antiguo, predomina en el compuesto en mucha mayor proporción que la que le da su superioridad numérica, sobre el elemento adventicio, de tal modo que si hay tres nativos del país por cada inmigrante, figurará el espíritu de los nativos en el compuesto en mayor razón que de tres cuartos. Figurará en la vida íntima, en la sub-histórica, en lo que podemos llamar sub-conciencia nacional. Los hijos de colonos italianos, franceses ó alemanes hablarán en la Argentina castellano y la lengua es la sangre de la casta histórica, de la raza espiritual. Cuando los ingleses dicen que la sangre puede más qne el agua, aludiendo á su parentesco con los yanquis, de los que les separa el Océano, suele replicárseles que hay en el yanqui poca sangre inglesa. Mas el inglés está en lo cierto, ya que nada hay más engañoso que este criterio de la sangre material. El criollo es siempre criollo, lleve apellido castellano, catalán, vasco, italiano, alemán ó francés, aun sin tener en cuenta lo conducente á error que el apellido es, puesto que en el caso mismo del Dr. Bunge sé que lleva tanta ó más sangre vasca que prusiana en sus venas. Y la lengua del criollo es el español, siendo ilusiones, fundadas en gran parte en imperfecto conocimiento del estado y vida actuales del castellano

que en España se *habla,* todo eso de la lengua nacional argentina. Al Dr. Abeille le faltó venir á España á aprender el español que aquí se habla. Mas como esta cuestión, aunque interesantísima, no es de este lugar, la dejo para ocasión más adecuada á ella.

Un poco sombría me parece, y tal vez algo recargada de tintas, la pintura que del carácter de la juventud de la clase rica bonaerense nos hace el Dr. Bunge al tratar de la educación del carácter nacional, y hallo, por otra parte, que cuanto de dicha juventud nos cuenta no es tan privativo de ella. Nada blandos estuvieron ni Ghild ni Groussac.

De cómo se piensa en la Argentina en castellano, nos da muestra este libro mismo, pues aunque abundante en vocablos de origen francés que aquí, en España, jamás usamos, como *rol*, *controlar*, *monarquía temperada* y otros, es en el fondo del lenguaje y estilo profundamente español, á pesar de la cultura cosmopolita del autor. Porque hay quien sin salirse de las más estrictas reglas gramaticales, sin emplear vocablos que no sean castizos, sin faltar á la más cuidadosa corrección formal, escribe en un castellano que parece traducido, muy bien traducido, pero traducido al cabo del francés, y hay quien escribe en lengua radical y hondamente castellana, aunque llena de impropiedades gramaticales y de galicismos de toda clase. Y este libro es en el fondo un libro español, de un español europeo y cultísimo, pero de un español al fin y á la postre, y al decir español quiero decir de un hombre que piensa en lengua española. Su estilo es animado, vivo, pintoresco; la exposición poco continua, con saltos y esguinces que la animan. A las veces recuerda á Carlyle, pero lo más á menudo recuerda á escritores nuestros. Y el mismo Carlyle, ¿no está más cerca, mucho más cerca de nuestra literatura, que los más de los escritores franceses?

***

Empieza esta obra con una parte general, casi metafísica, en que el autor nos traza á grandes rasgos su filosofía, y en que noto aquella idea madre de que «debe considerarse verdad *cualquier creencia sincera*», es decir, «inspirada por las necesidades de la época, del pueblo y del hombre que la *siente*, porque la creencia no se piensa, sino se siente». He aquí una manera vigorosa, y más sentida que pensada, de expresar el fecundo principio de la relatividad de todo conocimiento, principio que, llevado de la esfera intelectual á la moral, es la base de toda profunda tolerancia. Es el esfuerzo del Dr. Bunge ser tolerante de verdad, comprenderlo todo, explicárselo todo, no excluir más que la exclusión. Y de aquí cierta esquivez al espíritu francés, que es, con apariencias de lo contrario, uno de los más exclusivistas. ¡Como que se presenta cual padre del tolerantismo á un Voltaire, espíritu estrecho, para quien permanecieron siempre cerrados mundos enteros del espíritu, mundos que negó por no alcanzar á verlos! El siglo XVIII francés es un asombro de claridad y netitud incomprensivas.

Hay á este respecto un precioso pasaje en esta obra, un pasaje que quiero anticipar al lector, y es donde el Dr. Bunge nos dice que «para el ratón hambriento que roe un queso, la verdad debe circunscribirse á la esfera del queso. La despensa, los despenseros, la quesería donde se fabricara el queso, las vacas que dieron la leche para que se compusiera el queso, el ameno valle, el ambiente, el sol que bañó la piel manchada del rebaño, todo debe ser, para el ratón, mentira. Si alguien se lo contara, contestaría que son ridículas fantasías de teólogos, teósofos y metafísicos. Y los hombres, como el ratón, no creen, en general, más que en las sustancias que alimentan su cuerpo y su espíritu...» Este admirable pasaje me parece una felicísima caracterización de lo que en sentido estricto y casi etimológico llamaría *racionalismo*, ó más bien *intelectualismo;* racionalismo que me recuerda siempre la profunda sentencia de Sófocles: «la verdad puede más que la razón», y racionalismo al que opongo un sentido, más bien que

de doctrina, que llamaría de *espiritualismo*, si no tuviese este vocablo una significación profundamente distinta de la que ahora quiero darle. *Cordialismo* parecería algo violento. En el fondo, se reduce á oponer á los que sólo se atienen á su pensamiento racional y lógico, á los que apenas piensan más que con el cerebro, los que se atienen á su conciencia total y vital, los que piensan con todo el cuerpo y aun con todo el circumcuerpo, con el *Umleib* que lo llama Bruno Wille, con el universo todo. A un racional antepongo un espiritual, y espiritual proponde á ser el Dr. Bunge.

Por esta su espiritualidad, por su empeño en encontrar verdad en *cualquier creencia sincera*, por su noble esfuerzo de penetrar en los más diferentes campos, me extraña más la dureza, á mi juicio injusta, con que en la parte histórica de su obra *Espíritu de la educación á través del tiempo* trata á la Edad Media. Profesor yo de lengua y de literatura griega, no comparto con el Dr. Bunge muchas de las opiniones, viva y brillantemente expuestas, respecto al espíritu de la antigüedad helénica, y aun indicaré aquí, reservándome desarrollarlo en otra parte, que la mística y el misticismo son elementos poco ó nada genuinamente cristianos, lo menos evangélicos posible; que de la religión y la filosofía helénicas se desenvolvieron en los alejandrinos (Plotino, Proclo, Porfirio, etc.); que el cuarto evangelio marca ya la adulteración del espíritu cristiano por el pagano ó místico, y que creo profundísima la concepción del Dr. W. Hermann, maestro en luteranismo, cuando dedica el capítulo primero de su hermosa obra *El Comercio del cristiano con Dios* (1) á «la oposición de la religión cristiana á la mística». Doctrina es ésta que puede verse muy bien tratada desde el punto histórico en las preciosas leccio-

(1) *Der Verkehr des Christen mit Gott, im Anschluss an Luther dargestellt von Dr. W. Hermann, professor in Marburg. Dritte Auflage. Stuttgart, 1866.*

nes que sobre la influencia de las ideas y costumbres griegas sobre la Iglesia cristiana dió en 1888 Hatch (1).

Y escribo esto, saliéndome acaso de mi cometido en estas líneas, porque observo en no pocos neo-paganos, entre los que no se cuenta ciertamente el Dr. Bunge, cierto prurito por ennegrecer y calumniar al cristianismo echándole en cara precisamente lo que del paganismo heredó.

Y volviendo de esta mi digresión, he de continuar diciendo que me parece el Dr. Bunge excesivamente duro con la pobre Edad Media. Hay mucho oro y de muy buena ley en el «fango de las oscuridades gótico-bizantinas de los escolásticos», mucho, muy profundo y muy liberador pensamiento en lo hondo de sus «abstrusas teologías» y extraordinario vigor mental bajo la «ridícula impotencia de sus ergotismos.»

No he podido llegar á creer que fueran «cuestiones bizantinas» las de los *universales*, sino que la creo la cuestión eterna, eternamente renovada, la de ayer, la de hoy, la de mañana y la de siempre, el aspecto metafísico del combate entre el individualismo y el socialismo. La frase, profundamente *realista* de Natorp, de que el individuo es tan abstracción como el átomo, ¿no ha de escandalizar á los *nominalistas* del individualismo? Encuentro mucha vida, mucha plenitud, profundísima originalidad en las «ideas muertas», las «frases huecas», las «indescifrables anfibologías» de la escolástica medioeval. La insoportable, la muerta y hueca es la escolástica galvanizada de hoy. ¡Profundo revolucionario Duns Escoto!, ¡maravilloso libertador del espíritu! Me cuesta admitir que aquella enseñanza medioeval no haya dejado raíces hondas en la educación moderna, «salvo en teología».

Y aunque así fuera, ¿es que la teología no significa nada en el pensamiento moderno? He aquí por qué comprendemos tan mal la escolástica, por empeñarnos en estudiar su filosofía

(1) *The influence of greek ideas and usages upon the christian church. By the late Edwin Atch, D. D. Eighth edition Oxford, 1901.*

desgajada de su teología; una historia de la *filosofía* escolástica es un absurdo. Es imposible entender el valor y alcance de las discusiones, respecto á la distinción entre la esencia y la existencia ó entre la substancia y los accidentes, v. gr., sin entender el proceso de los dogmas de la Trinidad y de la Eucaristía, ni se entienden éstos sin penetrar en las *razones de sentimiento*, en la *cardíaca*, más bien que en la *lógica* que llevó á ellos. La atenta lectura de la fundamental obra del Dr. Harnack, respecto á la evolución de los dogmas cristianos (1), pongo por caso, me ha enseñado, respecto á la escolástica, más que cuantas historias de la filosofía he leído. Aun hay más, y es que creo que el escasísimo éxito de cuantos trasplantes de filosofía alemana á tierra latina se han hecho, se debe á haber traído las plantas sin raíces, sin raíces teológicas, no ya sólo religiosas. Porque el pensamiento racional ó filosófico no es en un pueblo, y más en el alemán, más que como la espuma de la vida total del pensamiento, de la vida toda espiritual, que en el pensar y sentir religiosos es donde mejor encarna. Puede un latino llegar á entender y aun comprender á Kant, tomándole tal cual se nos presenta; mas creo casi imposible que le sienta á no haber pasado, de un modo ó de otro, por Lutero. El tránsito de la destrucción de la crítica de la razón pura á la construcción de la crítica de la razón práctica no se *siente* á no haberse penetrado del concepto, y más que del concepto, del sentimiento luterano de la fe. Si algo prendió en España el krausismo, es porque algunas raíces religiosas traía, es porque se nos presentaba menos estricta y exclusivamente filosófico que el hegelianismo, por ejemplo. De Hegel, de Fichte, de Schilling, se nos habló hasta la saciedad; pero ¿quién nos descubrió de veras á Schleiermacher? Conocemos á Wund, pero ¿y á Ritschl, á Hermann, á Kaftan?

Pasa el autor de la Edad Media al Renacimiento, con el que

(1) *Lehrbuch des Dogmengeschichte von Dr. Adolf Harnack. Friburg i. B. und Leipzig, 1894*, tres volúmenes.

por contrapeso se entusiasma, y ve el espíritu de la educación moderna sintetizado en Rousseau, en un pensador en el fondo más teólogo que filósofo, en un protestante radical; mas trata muy de prisa la influencia de la Reforma en la educación. Y la Reforma misma, ¿no fue en gran parte, por mucho que en contrario se diga, una reacción del espíritu medioeval, el de debajo del escolasticismo, contra el Renacimiento, más que una consecuencia de éste, como ciertos tendenciosos publicistas quieren demostrar? Lutero, que se confortaba con la lectura de la *Theologia deutsch,* famosa obra mística, ¿no era el heredero del maestro Eckart, de Taulero, de Ruisbroquio, de Suso, de los místicos alemanes y flamencos del siglo XIV?

Llega el autor á la época moderna, y acaso aquí es harto severo con Darwin, Spencer y la ciencia inglesa, aunque no con Balmes. Ve muy bien, sin embargo, qué inexhausto fondo de idealismo hay en el tan decantado positivismo de nuestro tiempo. Este fondo hay que sacar á superficie, hay que predicar de continuo contra esa barbarie de la supremacía de los conocimientos de aplicación y contra esa otra barbarie del especialismo á toda costa y sin base de universalidad. Así llegaríamos á aprender á manejar máquinas, pero no á saber hacerlas, y sobre todo á perder el apetito de vida y á no tener motivo de vivir.

*
* *

Desde que el autor entra en el libro II, parece que su paso se hace más firme, y si no gana en sugestividad, en viveza y animación de estilo, en espontaneidad de juicio, nos convence mucho mejor. La exposición de los cinco hábitos de virtud que hay que inculcar en el niño es muy jugosa, y me parece muy exacto cuanto á propósito de la libertad de estudios—punto en que me parece seguro y sólido el criterio del doctor Bunge—dice del estudiante francés.

Pero lo que más me interesa y lo que debe interesar más á

los lectores españoles es lo que acerca de la enseñanza de la religión—punto que tanto y tan mal se discute hoy en España—nos dice el capítulo III del libro II, capítulo titulado: «Educación sectaria». Expónenos aquí los tres sistemas: el confesional, que enseña como imposición dogmática una religión dada; el laico, que más bien que no enseñar religión alguna, imbuye hostilidad hacia ellas, y la escuela interconfesional insectaria, que, en realidad, apenas cabe más que donde luchan varias sectas. Cuanto acerca de esto y del ideal de educación inglesa según Arnold, el de formar el caballero cristiano, el *christian gentleman,* el autor nos dice, merece meditarse, sobre todo en España.

Preguntáronme no ha mucho qué opinaba respecto á la enseñanza de la religión, y respondí que era partidario de ella por espíritu liberal. Es indudable que la religión católica, oficial en España, y la que profesan la inmensa mayoría de los españoles—aunque muchos finjan profesarla y otros no tengan conciencia de ella—ha influído y sigue influyendo en el modo de ser, de vivir, de pensar y de sentir del pueblo español, tanto ó más—creo que mucho más—que su lengua, su legislación, su historia, etc., etc. Y si hemos de conocernos y de conocer al pueblo en que vivimos, ¿hemos de desdeñar el estudio de ese elemento? La profunda ignorancia que en asuntos religiosos nos aqueja, es la causa capital de los más de los males—de los que lo sean—que lamentan y combaten los que á la enseñanza de la religión se oponen, con más los males que á estos mismos oponentes aquejan. No conozco desatino más grande que eso de que la religión debe quedar al cuidado de las madres, que son precisamente las que más la ignoran y las que más la deforman y desreligionalizan. Una vez más, y no será la última, tengo que repetir lo vergonzoso y degradante que resulta el que en un país que se dice cristiano no haya leído el Evangelio la inmensa mayoría de los hombres que por cultos se tienen, y que en cambio se cuelgue del cuello de los niños, á modo de amuleto, trocitos del Evangelio, *en latín,* me-

tidos dentro de unas bolsitas cosidas y adornadas con lentejuelas, y que se traguen las parturientas una cintita de papel hecha un rollo conteniendo una jaculatoria y otras formas del más bajo y anticristiano fetichismo.

Tengo observado la inmensa diferencia que va de los librepensadores á quienes se educó más ó menos religiosamente, aunque fuera en las formas más impuras de religión, y aquellos otros á quienes se criara en principios de irreligión. Los primeros, aun siendo ateos y, en toda la extensión del vocablo, materialistas, no saben bien cuánto jugo y savia dan á su vida mental y espiritual las profundas aguas de la niñez, oreadas en algún aliento religioso, y al educar á los segundos, á sus hijos, en irreligión ignoran que les privan de lo mejor que ellos tienen, de la raíz positiva, hasta de aquello que de fecundo y noble tiene su librepensamiento. Y esto por no decir nada de la inmensa diferencia de los que rechazaron los dogmas religiosos que se les imbuyera sin adentrárselos y los que se los han digerido, disolviéndolos así.

El autor trata en este interesante capítulo, y en su párrafo 86, de la *doctrina del moderno «anticristianismo»*, hablándonos de Nietzsche, que también en España ha hecho sus estragos, de este pensador de pura cepa teológica, cuya irreligiosidad es una forma aguda de religión, de este pobre espíritu atormentado por la angustia metafísica y la religiosa, por el problema pavoroso del destino individual y de la inmortalidad —tormento que le llevó á lo de la «vuelta eterna»—de ese caso agudo de erostratismo. Se ha tomado mal su doctrina del sobre-hombre, que aparece ya en San Pablo y aún antes, como él tomó mal el principio darwiniano de la sobre-vivencia de los más aptos. De los más aptos, digo, y no de los más fuertes. ¿Y quiénes son los más aptos? ¿Quiénes los más fuertes? Recuerdo que hace años, siendo yo estudiante, me produjo honda impresión oir á un estudiante de medicina decir que el Estado debía prohibir la vacunación de los niños, pues si desde el punto de vista del padre estaba esto bien, al Estado le con-

venía ciudadanos robustos y eliminar en su primera edad los débiles, librándolos así de la infelicidad, y que la viruela se encargaría de eliminarlos. Y ya entonces di en pensar en ello, y me dije: «pero ¿han de ser infelices los que éste llama débiles? Y sobre todo, la viruela mataría á los organismos débiles para resistirla, para resistir la viruela; pero ¿hemos de declararlos por eso débiles en absoluto? ¿Quiénes son los débiles?» Y hoy en que oigo á menudo tachar á éstos ó los otros de débiles, de fracasados, de vencidos, de enfermos, me digo: ¿quiénes son los débiles? La resignación, la mansedumbre, la paciencia cristianas: tan mal entendidas por unos y tan mal practicadas por otros, ¿no son acaso poderosa arma en la lucha por la vida? Con frecuencia se rompe antes el martillo que el yunque, pues no sufre menos aquél con los golpes que da, que éste con los que recibe. La resignación, la resignación activa, no la pasiva, no consiste en cruzarse de brazos, sino en no volver la vista atrás ni apesadumbrarse por lo irremediable, en comprender que el porvenir es el único reino de la salud. Los grandes caracteres, los más enérgicos, han sido los más resignados, los más capaces de cumplir el precepto de Alfredo de Vigny:

...Souffre et meurs sans parler:

He aquí por qué no acepto la doctrina del párrafo 89 de este mismo capítulo, la primera parte de cuyo título dice: *Ineficacia del espíritu cristiano en la educación de individuos de razas débiles*. Estoy convencido de que el espíritu cristiano si templa las intemperancias de los individuos de las razas llamadas, no sé bien por qué, fuertes, vigoriza á los de razas débiles. Por otra parte, el autor mismo, á pesar de su gran perspicacia, destruye esa primera parte del título del párrafo 89 con la segunda de él, que dice: *ejemplo de la instrucción jesuítica en las misiones de Sur América* ;y digo que la destruye, porque la educación jesuítica no ha consistido nunca en imbuir espíritu cristiano ni fue este espíritu el que llevaron á las re-

ducciones del Paraguay. Esto, aparte de que no estoy convencido tampoco del fracaso de aquel noble ensayo, fuera ó no cristiano, que nuestro Carlos III cortó cuando no había podido aún madurar.

Repito que todo este capítulo III del libro II, escrito con un espíritu amplísimo y muy noble y elevado, merece leerse y meditarse en España hoy que frente á la barbarie tradicional quieren traernos algunos la barbarie volteriana y que hallan curso necedades anticristianas que delatan la más profunda ignorancia y la más deplorable inespiritualidad.

Es también muy interesante el capítulo IV de este mismo libro III, que trata de la cuestión de la enseñanza clásica, cuestión que en España apenas existe. Porque resultan aquí hasta ridículos los ataques á la enseñanza del latín, ya que no se enseña latín en España. Y como de esto he tratado con alguna extensión en mi folleto *De la enseñanza superior en España*, no vuelvo á ella. Me limito á manifestar mi conformidad á los puntos de vista del autor.

Trata éste en el capítulo V de este mismo libro III de los planes de estudios secundarios, y hay en él una interesantísima referencia á esa perniciosa separación entre los estudios de ciencia y de letras. Mil veces he observado, en efecto, cuán iliteratos son nuestros hombres de ciencia, qué mal escriben y exponen, qué pesados y soporíferos son, y cuán incientíficos nuestros literatos, qué enormes disparates sueltan, qué huecos y superficiales resultan. Desde aquel literato que al decirle yo de un amigo mío que era ingeniero me respondió: «¿Ingeniero? ¡Ah, sí! ¡Uno que se ocupa en cosas sin importancia!» hasta un amigo mío que suele decirme: «¿Poeta? Bueno, sí, ¡un pobre inútil!» hay toda una gradación de figuras. Desdeñar la poesía arguye tanta estrechez de espíritu como desdeñar la geometría. Y ambas necedades se dan. Y en España no es cierto, como se dice, que nos pierdan la retórica y la oratoria, sino la mala retórica y la mala oratoria, contando entre la mala á casi toda la que pasa por buena. Y cuando uno de nues-

tros hombres de ciencia se mete á literato ó uno de nuestros literatos á hombres de ciencia, parécenme aquél un elefante bailando en una maroma y éste una ardilla revolviéndose en una jaula. Lo que nos hace falta no es dar á todos una sólida instrucción en ciencias y en letras, sino no enseñar éstas disociadas, sino asociadas. La metafísica que se enseña en nuestras Facultades de Letras es deplorabilísima, porque carece de toda sólida base científica, así como las ciencias carecen de base filosófica; disértase en nuestras cátedras de filosofía acerca de la noción del infinito sin la menor tintura de cálculo infinitesimal y se enseña ciertas ciencias sin el menor vislumbre del problema del conocimiento. De aquí ese desecho de escolástica manida de una parte, y de otra parte esos matemáticos que creen que la única ciencia exacta son las matemáticas, las matemáticas que, como el arsénico, en debida proporción y mezcladas con otras sustancias, fortifican, y, pasando de la medida y administradas solas, envenenan la mene.

Agréguese, y lo he dicho antes de ahora, que en países tan atrasados como el nuestro y de tan menguada y tan poco difundida cultura general, la especialización científica tiene más inconvenientes que ventajas, con ser éstas tan grandes.

Interesantísimo es el capítulo VI sobre *Universidades;* mas de esto nada he de decir, á pesar de hallarme al frente de la más antigua y más histórica de España, y tal vez por esto mismo. He de limitarme á indicar cómo aquí en España no queda del ceremonial de la colación del grado de Doctor nada, absolutamente nada, ni aun lo que describe el autor en las páginas 387 y 388. Una vez aprobados los exámenes y la tesis, redúcese todo á un acto administrativo, á pagar los derechos y que le remitan á uno el título. Título al que, por otra parte, no se le da aquí ninguna importancia social. No sucede como en América, donde todos los que le tienen le usan, á tal punto, que solemos decir por aquí que por allá el hombre público que no es General es Doctor. Aquí llamamos Doctor al Médico, sóalo ó no, y los demás que tenemos tal título nunca le usa-

mos, sobre todo de algunos años acá, pues aún quedan los que firman Doctor Fulano.

Trata el autor en el capítulo VII de la educación de la mujer; pero yo no sé qué sino me persigue, que nadie ha logrado aún interesarme por eso del feminismo, ni logro verlo como problema sustantivo y propio, y no como corolario de otros problemas. Paréceme que desde que se han atravesado escritoras en la cuestión, rara vez se coloca ésta en su verdadero punto, en el que la colocan, v. gr., los profesores Patrick Geddes y J. A. Thomson (*The Evolution of sex*) ó Havelock Ellis (*Man an Woman*). Podrá parecer ello muy superficial y grosero, pero para mí todo el feminismo tiene que arrancar del principio de que la mujer gesta, pare y lacta, y está organizada para gestar, parir y lactar, y el hombre no. Y el gestar, parir y lactar llevan consigo una predominancia de la vida vegetativa y del sistema linfático y, con ellos, del sentido común y práctico. Hasta cuando tiene menos inteligencia, tiene más sentido común que el hombre.

He olvidado indicar las interesantes observaciones del autor respecto á la educación nacional, problema de vital importancia en España. El fundamento de los deberes de los padres para con los hijos es, á mi parecer, la herencia; no estoy para con mis hijos tan obligado por haberlos engendrado como cuanto por haberlos engendrado tales cuales son, pues son como son, en gran parte, por ser hijos míos y no de otro. Lo que principalmente debo hacer es combatir en ellos todas aquellas tendencias que de mí hayan heredado y que me hayan resultado perjudiciales en mi vida; ya que, conforme á aquel nuestro adagio de «genio y figura hasta la sepultura» no pueda yo ya corregirme en mí mismo, estoy en el deber de corregirme en ellos, robusteciendo lo bueno que de mí saquen y amenguando, si es que no logro borrarlo por completo, lo malo que les haya trasmitido. Y de aquí mi deber de conocerme para conocerles mejor. Y este principio de la herencia, base de los deberes paternos, es tam-

bién la base de los deberes de cada generación para con la que le sigue y á que educa. Difícil es que los españoles que pasamos de los veinte años nos corrijamos ya, ni espero cambio alguno radical en nuestro modo de gobernarnos; harto será que eduquemos á nuestros hijos para que mañana se gobiernen mejor. Y en esta educación compete un capital papel al Estado.

«No es posible organizar el Estado sino por medio de la educación; no es posible organizar la educación sino por medio del Estado.» Sentencia es esta del autor, con la que estoy de completo acuerdo.

Más adelante se refiere el Sr. Bunge á aquella definición que de la educación dan muchos diciendo que es un *proceso de adaptamiento al medio*. Lo cual me sugiere la idea de que aquí en España hay dos procesos de adaptamiento al medio, uno el del individuo á nuestro medio social, á la sociedad española, y otro el de esta misma sociedad al medio internacional ó europeo, habiendo, por lo tanto, dos tareas educativas. Hay aquí, en efecto, que educar tanto á la sociedad toda cuanto al individuo, para hacer que aquélla no quede rezagada entre los demás pueblos. Hay aquí que cumplir una labor de pedagogía y otra que llamaría de *demagogia*, si no tuviese este vocablo desde muy antiguo un sentido diversísimo, y en el fondo opuesto al que quiero aquí darle—¿por qué no llamar á esto *demagogía*, acentuado como pedagogía, dejando la vieja palabra, demagogia, para el viejo sentido?—ó de demopedia, como otros dicen. Y aquí surge de nuevo una faz de la vieja cuestión de los *universales*, la de si hemos de obrar sobre los individuos por el universal ó sobre el universal por los individuos, si ha de modificarse la sociedad modificando antes al individuo y obrando sobre éste ó es más eficaz obrar sobre las masas, demagógicamente, para modificar á los individuos. Conozco á un insigne maestro en pedagogía, á un hombre socrático, forjador de almas, que habla de la esterilidad de los esfuerzos de un insigne político, de un hombre demosténico,

movedor de muchedumbres, el cual á su vez acusa al primero de haber perdido el tiempo. Por mi parte creo en la eficacia de ambos, no sabré decir en cuál de la de los dos más, pero me parece que les falta razón cuando cada uno de ellos niega en parte la del otro. Tengo mi cátedra, procuro en ella, no sólo enseñar la materia que me está encomendada, sino disciplinar y avivar la mente de mis alumnos, obrar sobre cada uno de ellos, hacer obra pedagógica; pero no desperdicio ocasión de hacerla demagógica, de dirigirme, ya por la pluma, ya de palabra, á muchedumbres, de predicar, que es para lo que acaso siento más vocación y más honda.

***

Tales son las consideraciones que la presente obra me ha sugerido, y una obra que sugiere algo es ya, por sólo esto mismo, una obra digna de atención. Lo es la del Dr. Bunge por muchísimos otros conceptos; sugiere, instruye y deleita. A su valor intrínseco auna otro de ocasión y es el ser de grandísima actualidad en España, donde hemos dado en la flor de hablar y escribir acerca de asuntos educacionales. Que hay algo de moda en ello, no cabe duda; después de los grandes desastres nacionales, desde el de 1870 en Francia, se lleva mucho lo de agitar problemas pedagógicos, y decir: «no los soldados, los maestros de escuela nos han vencido», porque se resigna uno mejor á ser vencido por la mayor pericia y ciencia que por el mayor denuedo y valor; pero así y todo, la moda es muy útil. La inmensa mayoría de los españoles, aun de los que podríamos llamar cultos, dando grandísima extensión á este calificativo, maldito si creen en la eficacia del maestro de escuela ni en la importancia de los problemas pedagógicos; y si otra cosa dicen ó es de boquilla y por no desentonar ó se engañan á sí mismos; les carga la ciencia y están convencidos de que los brutos é ignorantes son más felices que los intelec-

tuales y cultos; fáltales fe en la cultura, que es en España casi exótica; óyese con frecuencia decir á hombres de carrera que para lo que sacan con ella saben bastante; todo eso del sacerdocio del magisterio es aquí una mentira tan grande como la del magisterio del sacerdocio sería; un positivismo brutal y práctico—el teórico nos liberta de este otro—infesta á nuestras clases dirigentes; en los casinos en que están siempre ocupadas las mesas de tresillo, no se ve entrar á nadie en los salones de lectura más que á leer periódicos políticos, mientras los obreros consumen folletos y libritos de propaganda; el filisteísmo de nuestra clase media se reduce á un terrible beotismo; se llama teórico, soñador ó idealista á quien no enfoca las altas cuestiones desde el bajo punto de mira de los intereses personales, locales ó regionales; cunde la concepción hospiciana del Estado; se sostiene abierta ó solapadamente que un instituto cualquiera de enseñanza es un medio de dar vida á una localidad ó comarca, sin advertir no ya lo torpe, sino lo equivocado de este concepto, aun para los fines á que dicen enderezarlo sus sostenedores... mas con todo esto, cualquier obra que sobre educación se dé á nuestro pueblo será una gota más que cabe en la piedra.

Y esta obra es mucho más que gota; es ya chorro. Merece bien de la cultura patria el ya de antes meritísimo de ella Sr. Lázaro, al publicarla.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, Enero de 1904.

EL PROBLEMA RELIGIOSO EN ESPAÑA

LA IGLESIA Y EL ESTADO (1)

Las relaciones del elemento eclesiástico con el poder político pueden establecerse siguiendo tres sistemas distintos: Constitución civil, Concordato, Separación (2). La Constitución civil no es más que una forma de galicanismo impopular, inadaptable á España y que carece en absoluto de actualidad. No tengo que perder ni una sola palabra en su refutación, debiendo ceñirme al examen de las otras dos soluciones: el Concordato, que es lo que hoy existe en nuestra patria, y la Separación, que es lo que debe existir. Procedamos por partes.

Los *concordatos,* que son en este punto lo que el eclecticismo en filosofía, el doctrinarismo en política y las cartas constitucionales otorgadas ó paccionadas en el régimen del Estado, tienen un defecto común que les hace á todos inaceptables: el de particularizar y determinar de una manera precisa, arbitraria y convencional la unión del elemento eclesiástico con la potestad gubernativa. Pero antes de examinar cómo la Iglesia y el Estado han de estar unidos, debiera ha-

(1) Véase el número de Enero.

(2) Bert: *Rapport sur le Concordat et la separation des Eglises et de l'Etat.*—Prescindo aquí del sistema de la *confusión*, que únicamente existe entre los moros, y que no es más que un nombre en el reino inglés y en el imperio ruso. (Véase á Wagner: *Staat und religion.*)

berse dilucidado si jamás hubieron de estarlo. El principio del Estado es que cada uno debe disfrutar de los derechos que reconoce á los demás: conviene, pues, como ya se ha dicho, que tolere todos los cultos exteriores. ¿Y qué es esto sino afirmar *à priori* su independencia de la Iglesia, es decir, de una determinada secta ó comunión, y sus solas relaciones jurídicas con la religión? De aquí el que la Iglesia no sea para el Estado motivo de otro deber que el de la protección legal, pero no el de un protectorado exclusivo que obligaría al último á excederse en sus atribuciones.

Como la sociedad civil no está basada sobre los intereses de la Iglesia, la misión del Estado no es hacer creyentes. No hay para qué hablar, decía Locke, de un Estado cristiano; la fe no puede excluir á nadie del derecho. Inspirándose en la misma idea, declaró Washington que «cuando los hombres cumplen exactamente los deberes civiles, hacen cuanto el Estado tiene derecho á exigir y esperar de ellos: sólo ante Dios son responsables de la religión que profesan y del culto que prefieren». Acaso el Cardenal Sancha me replicará que fuera de la Iglesia católica no hay salvación; pero no me será difícil tampoco quitarle este apoyo y demostrar que no tiene en su favor las mejores autoridades eclesiásticas. Apelo aquí al propio Cardenal Satolli, delegado apostólico de Washington, y que tantas y tan extraordinarias distinciones ha merecido al Papa actual. El eminente Prelado se expresa sobre el particular como sigue: «Cristo ha fundado una Iglesia y la ha confiado los medios de salud. De aquí, objetivamente hablando y en general, la necesidad de pertenecer á esta Iglesia. Los que, reconociendo este hecho evitan, sin embargo, entrar en la Iglesia, se privan evidentemente de los medios de salud y desobedecen la orden de Dios. Pero los que se hallan fuera de la Iglesia porque están convencidos de que su religión es la verdadera, poseen los medios de salud de una manera imperfecta y acaso totalmente.» Y luego añade: «Si estos hombres son condenados, no es porque no han sido católicos,

sino por los pecados que han cometido. Tal es el sentido de la proposición: *extra Ecclessiam nulla salus.*» Con la misma intención afirmó Lessing que «no puede depender la salvación del hombre de la confirmación ó negación de la verdad contingente é histórica, ni de que el hombre conozca, porque se le haya revelado ó ignore esta verdad». Por eso, en algunas ocasiones, los adversarios más decididos del libre pensamiento sistemático han hecho en favor de la conexión entre la libertad y el destino del hombre declaraciones tan terminantes como ésta de Guizot (1): «La distinción del bien y del mal moral, la obligación de evitar el mal y hacer el bien, son leyes que el hombre reconoce *en su propia naturaleza*, lo mismo que las leyes de la lógica, y que tienen en ella su base, como en su vida actual su aplicación.»

El Cardenal Sancha se indigna en seguida, á propósito de la independencia de la Iglesia y del Estado, contra el liberalismo y el radicalismo en esta materia. «Respecto de la separación de la Iglesia y el Estado—dice—conste que, aun siendo lealmente practicada por los poderes públicos, que desgraciadamente no lo ha sido, sino que por esa fórmula se ha buscado casi siempre un instrumento de persecución, la Iglesia no la quiere ni la pide. Lejos de eso *la condena* (2) y enseña como doctrina sana la unión de la Iglesia y del Estado, *como lo están el alma y el cuerpo.*» Esta es la célebre comparación del viejo ultramontanismo, cuya crítica pertenece á la historia de la Iglesia, que nos muestra igualmente cómo han vuelto á ella los nuevos clericales. A poco que se reflexione, tal comparación, defectuosa por todos conceptos, está basada solamente sobre arbitrariedades. El cuerpo y el alma son *à priori* inseparables en la unidad primordial del hombre, ora miremos á éste en su existencia como ser sociable, ora le consideremos en la esfera de los sentimientos religiosos. No así

(1) *Histoire de la civilisation en Europe.*

(2) Allocutio *Acerbissimun* (1852).

los elementos sociales en sus realizaciones mútuas, pues la Iglesia podrá, á lo sumo, juzgar estas realizaciones bajo el aspecto inofensivo de la religión, mientras que ésta, en su manifestación externa, cae bajo la plena acción del Estado, es decir, del órgano del derecho. Pudiera dudarse también de que el Cardenal Sancha se haya percatado de los absurdos á que conduce esa idea, desarrollada de un modo consecuente. Porque la verdad es que dando al Estado por misión la realización de los fines del cuerpo, vendríamos á parar á que el derecho, que es su fin próximo, se reduce á una relación puramente corpórea ó material. Si la experiencia no patentizara los extremos á que suele llegar la inteligencia preocupada, especialmente cuando lo está por un fanatismo, no sería fácil comprender cómo los ultramontanos, los exaltadores del poder espiritual en las sociedades, han tenido, para ser lógicos. que terminar en el materialismo más grosero.

El pernicioso influjo del régimen hierocrático y de la obsesión clerical sobre la filosofía del derecho y sobre la suerte de las naciones, aunque callado de intento por el Cardenal Sancha, es bien conocido de cuantos atienden á las enseñanzas de la historia. ¿Qué decir de aquellas especiosas teorías de los jurisconsultos ortodoxos de la Edad Media sobre la sumisión temporal de los pueblos á la corte romana y aquel continuado olvido del *Reddite Cesaris, Cesari?* Nos avergonzaríamos hoy de los violentos comentarios con que se trataba de desvirtuar el sentido de esa máxima. Según la doctrina de Beckt, los Reyes cristianos habían recibido su autoridad de la Iglesia, y á ella debían someter todas sus resoluciones. Un parecer vago y nada oportuno, de los que abundan mucho en Hincmaro, fue el primer paso dado hacia la cesión al sacerdocio de la facultad de cambiar la residencia de los monarcas que hiciesen mal uso de su poder. Los que se apoyaron en esta doctrina llegaron á considerar con Salisbury al príncipe como ministro del sacerdote para empuñar en su nombre la espada. Y luego, ¡qué de usurpaciones, qué de abusos, apoyados en la falsa

donación de Constantino, en las falsas decretales, en los falsos poderes sobre el imperio griego concedido por los Papas á los germanos, en el falso voto de Santiago, por el cual, como se ha dicho, hemos estado los españoles pagando tantos siglos un tributo que no debíamos, y que si lo pidiéramos ahora á la Iglesia con todos sus intereses, no habría en toda la nación española bastante para pagarnos aquello que indebidamente le hemos dado! Partiendo del mismo principio que el Cardenal Sancha se atreve aún á sostener á comienzos del siglo xx, la corte pontificia, en la época de su preponderancia terrena, se entretuvo del modo más ambicioso é indigno en presentar interpretado el *quodcumque ligaveris super terram* en el sentido externo de la sociedad civil. Por lo menos esto era hierocracia. En primer lugar, se comparaba la relación entre ambas potestades á la que existe entre el sol y la luna, por recibir ésta los rayos de aquél. Así es como se vino á proclamar que «las dos espadas están bajo la potestad de la Iglesia, manejándose la temporal por la mano de los Reyes, pero á discreción del sacerdote». El poder eclesiástico llegó á hacerse el ejecutor de la política activa, y estas tendencias fueron tan lejos, que los Pontífices Gregorio XII, Inocencio III y Bonifacio VIII depusieron á algunos Príncipes, exigieron vasallaje á todos y desligaron á los súbditos del juramento de fidelidad á sus Reyes. Así, bajo pretexto de realizar el reinado de Dios en la tierra, se destruían los cimientos de la política más sencilla y se aconsejaba, con el consentimiento de la Iglesia, la rebelión y hasta el regicidio. No faltaron, sin embargo, en el seno mismo del catolicismo, protestas en el sentido evangélico de pobreza y mansedumbre cristianas, sobresaliendo en esta para aquel tiempo poco grata tarea, Gerson, Okam, Hales, Dante, Hugo, y á la cabeza de todos el gran San Bernardo (1).

(1) Opone San Bernardo (*De consideratione*) la idea de la humildad cristiana á la usurpación temporal á que tendía en su época el Pontificado: «He aquí la voz del Señor en el Evangelio: *Los Reyes de las naciones*

Pasaré ahora á ciertos resultados más directos y prácticos de la ambición ultramontana. Sin duda que en el cristianismo la relación del sacerdote al soberano era diferente en el origen á la de las religiones indígenas; pero Spencer nota, con razón, que «desde que se empezó á ver en el sacerdote cristiano, como ocurría en dichas religiones, una persona divinamente inspirada, se comenzó también á reconocer su dignidad como juez. En los tiempos antiguos de la historia de Inglaterra, el Obispo tenía que administrar justicia, inquirir el perjurio y dirigir las ordalias (1). Participantes al principio en la función judicial de los laicos, no tardaron mucho en convertirse en usurpadores. Los tribunales eclesiásticos, que no eran al principio más que tribunales destinados á someter á las autoridades eclesiásticas superiores los sacerdotes inferiores, ampliaron su esfera de acción hasta comprender primero los asuntos debatidos por clérigos y legos, acabando por entender en los asuntos en que los laicos solos se hallaban interesados. Entendieron por de pronto en las infracciones llamadas espirituales; después, extendiendo la definición de esos delitos, hicieron caer en la jurisdicción de la Iglesia todas las cuestiones testamentarias y matrimoniales, las relativas á los banqueros, á los usureros, á los judíos, á los lombardos, cuanto se refería á los contratos ó compromisos mediante juramento, los asuntos que se relacionaban con las Cruzadas, la administración de los hospitales y otras instituciones de caridad, las acusaciones de sacrilegio, perjurio, incontinencia, etc., etc. (2). Al propio tiempo se formaba un Código de leyes económicas derivadas de los juicios de los Papas. Esta usurpación de la jurisdicción

---

dominan sobre ellas; que no suceda así entre vosotros. Es, pues, evidente que la dominación está prohibida á los apóstoles... Esto es lo que os está prohibido; veamos lo que os está ordenado: *Que aquel que sea el más grande entre vosotros se haga como el más pequeño y que el primero sea vuestro servidor.*»

(1) Kemble: *The saxons in England.*

(2) Jervis: *History of the Curch of France.*

eclesiástica en la esfera de la jurisdicción civil condujo últimamente á las luchas por la supremacía. Por fin, hacia el siglo XIII, la jurisdicción eclesiástica comenzó á perder terreno, y desde entonces se han reducido bastante sus límites».

Mucho interés ofrecería para el lector erudito ver corroborada esta tesis con hechos consignados en la historia; pero semejante ampliación me haría salir de los límites que me he trazado. Por otra parte, este estudio no añadiría ningún dato nuevo á los que ya conocemos. Permítaseme sólo recordar la centralización de la autoridad civil en la autoridad religiosa durante la Edad Media. Esta centralización, preparada por los Códigos de Teodosio y Justiniano, llegó á su apogeo en los siglos IV y V. Guizot (1) nota que los Obispos y sacerdotes de esa época llegaron á desempeñar las principales magistraturas municipales, siendo elegidos de entre los senadores, los grandes propietarios, los gobernadores de provincias y los funcionarios del Imperio de Francia. En Alemania, esa extensión de la jurisdicción del episcopado se debió también á las ambiciones de los laicos. Como lo ha demostrado Dunham (2), el desenvolvimiento del sistema feudal en el siglo X hizo de los Obispos alemanes barones temporales sometidos, como los legos, al servicio militar, á la *juridictio herilis* y á todas las delegaciones dignatarias, y de los sacerdotes barones seculares, oficiales de justicia que, sin embargo, carecían de poder para sentenciar, pues aun en los casos en que el Derecho canónico ó la disciplina eclesiástica andaban por medio, era la justicia local la encargada de pronunciar y ejecutar sentencias. De igual manera, según Hallam (3), los abades de Inglaterra en el siglo XII eran verdaderos señores de horca y cuchillo. Como los demás nobles feudales, juraban fidelidad por sus tierras al rey, recibían el homenaje de sus vasallos, gozaban de iguales inmunidades, ejercían idénticas jurisdicciones, conservaban la

(1) *Histoire de la civilisation en France.*

(2) *History of the Germanic Empire.*

(3) *The state of Europe during the middle age.*

misma autoridad que los lores seglares entre quienes vivían. Todas las intrusiones de la autoridad eclesiástica local en la autoridad civil local no fueron ni más ni menos que aplicaciones inconscientes de los principios clericales, aplicaciones que se consumaron también en la autoridad eclesiástica central y en la autoridad civil central. El Papa fue el jefe de los reyes, y sus resoluciones la norma de todos los actos públicos. Los reinos europeos en el siglo XIII acabaron por ser feudos vivos. «La historia de Europa en la Edad Media—dice Spencer—muestra que los prelados se convirtieron en agentes del poder secular como ministros, como diplomáticos y como miembros de las asambleas donde se trataban los asuntos políticos.»

Si volvemos la vista á lo afirmado sobre el espíritu nada pacificador del antiguo clero, llegaremos á apreciar la significación de su fe nominal. Encontrámosla mencionada también en el libro de Spencer, quien acerca de ella escribe: «Todos sabemos que la Europa cristiana ha visto durante varios siglos á los sacerdotes tomar una parte activa en la guerra, como hacen en nuestros días los sacerdotes salvajes. En el siglo VII, en Francia, los sacerdotes iban al combate, y á mediados del VIII, el clero contribuía al servicio militar. Bajo Carlos Martel, afirma Roth (1), se veía generalmente á los Obispos y á los clérigos empuñar las armas. Los Obispos, dice también Guizot hablando del estado de la Iglesia en esta época, tomaban parte en las guerras nacionales, y además emprendían expediciones de violencia y de rapiña contra sus vecinos por cuenta propia. En los siglos siguientes, conocieron Alemania y Francia ejemplos de la unión del mando militar, con un rango elevado en la Iglesia. En Alemania, el Jefe espiritual se había convertido en un Barón feudal; era el jefe de las fuerzas militares en su diócesis. Orderico Vital nos muestra sacerdotes que dirigían á sus parroquianos al combate, y abades que llevaban al comba-

(1) *Feudalität and Unterthanenverband.*—Consúltese á Leber: *Colection des méilleures dissertations relatives á l'histoire de France.*

te también á sus vasallos, en 1094 y hasta en 1108. En 1119, los Obispos convocaban á sus sacerdotes con sus parroquianos. Aun después de mediados del siglo XV, se ve al Cardenal Labalue reunir sus tropas en París: á su llamamiento, el Obispo, los jefes de la Universidad, los abades, los priores y demás gente de Iglesia, respondían conduciendo un número dado de hombres (1). Sólo hacia la mitad del siglo XVII, un edicto exceptuaba del servicio personal de las armas al clero. En nuestros mismos días, la unión de las funciones de matar hombres con la de salvar almas, no deja de presentarnos algún ejemplo en la cristiandad. Se observa que los montenegrinos forman la única sociedad en Europa que está dirigida por un Obispo militar. Los sacerdotes, atestigua Denton (2), llevan armas, y son por lo común valientes; acuden los primeros al lugar de la cita, y conducen sus tropas fieles á la lucha. Debe añadirse á esta participación directa en la guerra, la participación indirecta que supone la administración de los cuerpos organizados para el combate. El Cardenal Richelieu dirigía á un mismo tiempo la Marina y el Ejército. Aún más: su política inauguraba en Francia una era de grandes guerras (3). En su testamento político, recuerda con orgullo la disciplina por él establecida en el ejército de Italia y en las tropas que sitiaban la Rochela: se obedecía allí como monjes bajo las armas (4). Actualmente no se está habituado á esas relaciones, y se olvida hasta que hayan existido. Los deberes militares de los sacerdotes entre nosotros, hanse reducido á bendecir la bandera, á las alocuciones de capellanes de tropa que prescriben el perdón de las ofensas á hombres que van en busca de venganza, y á las plegarias dirigidas al Dios de amor para que bendiga los ataques á mano armada provocados ó no.» Después de esta insinuación, ya no podrán dudar los clericales de la

(1) Montelet: *Chroniques.*

(2) Montenegro: *Il people und their history.*

(3) Kitchin: *A History of France.*

(4) Cheruel: *Histoire de l'administration monarchique en France.*

escuela del Cardenal Sancha, de que el mundo marcha en esto como en todo. Es claro que en el tiempo pasado, la separación de lo espiritual y de lo temporal no sólo se hacía imposible circunstancialmente, sino que era negada *à priori*.

Pero el ultramontanismo de los tiempos modernos, temblando por sus maniobras y sin apoyo inmediato en los Estados, ha sabido hallar otra astucia atrincherándose contra la verdad. «Admitimos la separación, dijo, pero subordinándola á una dominación absoluta de la inteligencia», ó como dice ahora: «Reducimos todos los conocimientos y especialmente el derecho á un solo criterio de doctrina, donde somos únicos é inapelables jueces.» Si les dejamos las cuestiones del orden temporal de la vida, las convertirán en cuestiones religiosas, para arrogarse el poder de someter los problemas del Estado á la solución de la Iglesia. «Mas esta doctrina, escribe á mi propósito el profesor Santamaría (1), es contraria al espíritu del Catolicismo. El Papa sólo es infalible, según el texto del Concilio Vaticano, en asuntos de *fe* y de *moral*; pero no lo es en materia de *derecho*. Ahora bien: ¿cuál es el criterio para resolver los problemas de derecho? La *razón*, y solamente la razón; por cuyo motivo el Estado no puede consentir que pretenda imponerse el criterio de la fe, para decidir cuestiones *jurídicas*. Jesucristo no vino á gobernar pueblos, sino á redimir á los hombres del pecado: por eso dejó á salvo el criterio de la razón, ocupándose sólo en moral y dogma, y prescindiendo de crear moldes jurídicos para la vida temporal de las sociedades. San Isidoro concluye su obra *De sinonimiorum*, diciendo que «la razón es guía de la vida, maestra de la virtud y *regla para el derecho*». Santo Tomás, en la *Summa*, afirma terminantemente: «En cuanto á aquellas cosas que se refieren al fin natural del hombre, puede obrar éste *por el juicio de su razón.*» Y por lo mismo añade: «No deben absorberse, el derecho divino, que es de gracia, y *el derecho humano, que es de*

(1) *Curso de Derecho político.*

razón natural.» El insigne teólogo español Suárez desenvuelve la doctrina tomista en su *Tractatus de legibus*, asegurando «que hay en el hombre una doble felicidad: la de la vida presente y la de la vida futura; y en ellas debe distinguirse lo sobrenatural de lo natural, aplicando á lo uno la fe y á lo otro la razón».

Abrazo con gusto la confesión que encierran estas palabras del profesor Santamaría, aunque no deje de inspirarme algún recelo que invoque el nombre de Santo Tomás, pues todas las teorías erróneas que en el Catolicismo moderno se tienen sobre legislación provienen de ese teólogo. Fuera de esto, y aun en esto mismo, sus aserciones son en el fondo ciertas. El Estado mira á la vida terrestre, la Iglesia á la vida celestial. Y si las leyes del Estado no deben referirse para nada á la fe religiosa, la Iglesia, en cambio, puede gobernarse á sí misma en todo lo concerniente á las prácticas dogmáticas, de conformidad con las leyes comunes. Tal parecen dar á entender las dos frases de Cristo «mi reino no es de este mundo» y «dad al César lo que es del César;» máximas fecundas que bastan por sí solas, como observa Bossuet, para echar abajo todo el edificio de las pretensiones ultramontanas.

Juzgo innecesario insistir más en demostrar que las tendencias rutinarias del Catolicismo parcial se oponen de todo en todo al espíritu católico verdadero. Bien miradas las cosas, el parcialismo no se detiene en la cuestión social, sino que llega á graves aspectos del terreno dogmático. En el Vaticano hay un cuadro en el cual está la Virgen María colocada encima de las personas de la Trinidad; hay un cuadro donde se halla sobre el Hacedor, sobre el Eterno, la madre, la generadora del Salvador de los hombres; de suerte que para esos secuaces de la religión en espíritu y en verdad, es antes un sér sobrenatural secundario que el Padre del mundo de Platón, que el Dios viviente de San Pablo: lo mismo, exactamente lo mismo que para los anatematizados idólatras y para los aborrecidos gentiles.

Basta esta indicación para poner de manifiesto el carácter y aspiraciones de lo que se ha dado en llamar espíritu católico. Tal es la ortodoxia oficial considerada en su ideal teológico: veamos ahora en lo que consiste su ideal utilitario. Para formarse una idea exacta de él es preciso responder á estas preguntas: ¿Cuál es actualmente el derecho de posesión del clero? ¿Cuáles sus límites?

El Cardenal Sancha afirma que lo infundado de la reacción anticlerical se manifiesta con más claridad aún en el aspecto económico de la misma. Cierto que la constitución de la mano muerta es, en cierto limitadísimo grado, una verdadera ateocracia, un sistema de *clérigos secularizados*, el cual viene en algún modo á quitarles toda tendencia á la absorción política; cierto que, como ha declarado Cavour, vale más un clero propietario que un clero asalariado; pero debemos distinguir. Yo respondo como filósofo, tratándose de una cuestión de principios. La Iglesia es una sociedad que se ha extendido fuera de la jurisdicción territorial del Estado y á la cual, por consiguiente, no puede éste conceder otro carácter que el de asociación voluntaria, libre dentro de la asociación política, pero no personalidad civil ni derecho á adquirir.

Oigamos las objeciones de otro clerical. El prelado francés Affre escribe en su *Traité des biens eclesiastiques*: «Si el ser moral llamado Iglesia tiene el derecho de existir como potestad espiritual, es evidentemente capaz de poseer. El simple enunciado de esta proposición basta para demostrarlo.» Descartes decía: *pienso, luego existo.* Monseñor Affre dice: *La Iglesia existe, luego tiene el derecho de poseer.* Lo sensible es que haya todavía individuos que empleen este género de razonamientos. Consignar tales cosas, equivale á juzgarlas.

Sin tratar en modo alguno de exponer ni aun de indicar la historia de los conflictos económicos entre la Iglesia y el Estado, tenemos que recordar la tendencia de la primera á la absorción cuando ha vivido en buenas relaciones con el segundo. Esa tendencia ha sido reconocida y deplorada hasta por

los monarcas más ortodoxos. ¡Cuántos disgustos no tuvo que sufrir Carlo Magno, por haberse atrevido á quejarse de que los Abades y los Obispos negociasen á diario con el acrecentamiento de sus posesiones, aprovechando el estado de debilidad de los moribundos y sin cuidarse de los herederos! Ya lo dijo Clodoveo con su buen sentido y su astucia: «Los *santos* son amigos *seguros,* pero *un poco caros.*» Y el rey Chilperico solía decir: «¡Nuestro fisco se empobrece! ¡Nuestros bienes van á parar á las iglesias! Quien en realidad está reinando son los Obispos.» En la época del protestantismo, el clero de la República de Venecia llegó á poseer en ciertas regiones una cuarta parte del territorio, en otras la tercera y en otras la mitad (1). Conocida es la insinuante frase de Sarpi: «Si se deja al clero la ilimitada libertad de adquirir, se apoderará, sin duda alguna, de todos los bienes y los laicos serán siervos de la Iglesia.» No tan conocida, pero en extremo curiosa, es la respuesta que le dió Belarmino: «Es cierto que el clero ha necesitado doce siglos para adquirir la mitad del suelo; pero necesitaría otros doce para adquirir la otra mitad, y antes de ese tiempo tendrá lugar el fin del mundo. Es, pues, enteramente infundado el temor de los que afirman que los laicos quedarán despojados de todos sus bienes si no se ponen límites á las posesiones de la Iglesia.» He aquí una solución cómoda, excelente é irrebatible de economía política sobrenatural.

LOS INSTITUTOS RELIGIOSOS

Sería cosa de todo punto imposible, dados los breves límites en que ha de encerrarse esta disertación, extender mi crítica á los aspectos particulares de la cuestión que nos ocupa; pero en estos tiempos en que la sociedad sólo escucha andando y en que la atención puede apenas fijarse en un objeto, dis-

(1) Laurent: *Etudes sur l'histoire de l'humanité.*

traída como está sin cesar por objetos nuevos, difícilmente se puede sustraer el escritor (y el mismo Cardenal Sancha es un ejemplo de ello) á la costumbre de contentarse con la impresión del momento, con hacer ruído, con halagar las pasioncillas del día, cumpliéndose aquello de que «es preciso poner á las obras que se dan á luz el año en que fueron escritas». No tendría la mía este carácter si se ciñese á la polémica personal y á la labor histórica, y aun cabe decir que su tendencia especulativa es lo que constituye su verdadera actualidad, pues el fondo común y la tendencia característica de las distintas manifestaciones del reciente clericalismo español es la resultante de dos principios: la subordinación del Estado á la Iglesia y la exaltación del clero regular á expensas del secular. Por la misma razón, los clericales españoles abominan *à priori* y *à posteriori* de las dos tesis opuestas del liberalismo actual: independencia de la Iglesia y del Estado; protección del clero secular contra el regular. Removida, pues, la primera de estas piedras de escándalo, ¿qué pensaremos de las asociaciones religiosas y de su finalidad social?

El Cardenal Sancha ha dedicado preferentemente su atención á este significativo aspecto del problema. De su mencionada obra, las nueve décimas partes se ocupan de congregaciones y de órdenes. Como en el resto de ella, su argumentación se reduce á copiar pasajes vulgarísimos é inoportunos de escritores ortodoxos y heterodoxos. ¿Cree el Cardenal Sancha que esto es suficiente? ¿Ignora que abierta la compuerta á las autoridades no hay verdad posible, y que todas las causas pueden sostenerse con testimonios y nombres igualmente respetables? Siguiendo el método y empleando el recurso del Cardenal Sancha en favor de las asociaciones religiosas, las han combatido los anticlericales franceses, fundándose en que, durante la Revolución francesa, el famoso Barnave, el mismo que en nombre de la libertad y de la conciencia pidió que se revocase el edicto de los Reyes que arrojaba á los jesuítas y tronó contra la medida de exigir al clero el juramento civil, roconoció

en teoría que los institutos religiosos son «incompatibles con los derechos del hombre», en lo cual fue imitado y apoyado hasta por el monárquico Dupont (de Nemours), que consideraba aquellas corporaciones «como un gran crimen contra la naturaleza y contra la sociedad».

Pero lo que, sobre todo, necesita respuesta, es la insinuación, repetida en multitud de pasajes de *El Kulturkampf internacional*, que parecen suponer que en la historia de España todo lo debemos á las órdenes religiosas en enseñanza y civilización, y que el pueblo español ha sido siempre refractario á la expulsión y odio hacia las dichas órdenes, «especialmente hacia los jesuítas». Del alcance de esta popularidad del jesuitismo en nuestra patria, popularidad tan preconizada por el Cardenal Sancha, va á juzgar el lector por algunos interesantes datos históricos que me place recordar á mi antagonista y á sus partidarios y admiradores. Procuraré ser todo lo conciso que el carácter de mi obra requiere.

Madrid fue siempre enemiga de que los religiosos se encargasen de la enseñanza: desde 1483 sometió la elección de profesores á los Ayuntamientos, que los eligieron laicos: durante casi toda la mitad del siglo xv había resistido á la invasión de los frailes en las aulas. Como los estudios entonces no eran gratuítos, aquéllos se valieron de la estratagema de darles este carácter, no perdonando medio para atraerse la niñez y la juventud é introduciéndose en los hogares, donde sobornaban á su placer á las inocentes madres de famila. Así es como llegó á establecerse en 1495 una escuela gratuíta en el convento de San Francisco; pero el Ayuntamiento presentó tal oposición que se alteró varias veces el orden público y aun se dió el caso de anunciarse por pregón en las calles que se impondría la multa de 2.000 maravedís al ciudadano cuyos hijos no fuesen á recibir la enseñanza al estudio del Municipio por ir al del convento. Por si esto no bastase, á comienzo del siglo xvi se apeló al Rey, que concedió una provisión en que se ordenaba á los vecinos de la corte que llevasen los niños á los estudios

públicos. Otra real provisión (1521) prohibió la enseñanza pública de la gramática en otros centros de instrucción que no fuesen los de la villa.

El establecimiento de la Compañía de Jesús dió más fuerza á las ambiciones del clero, y con nuevos y más poderosos apoyos tendió á consolidarlas. No se hizo esperar mucho el merecido á tal conducta: los seglares acogieron la pretensión de la nueva orden con una indignación general, según consta del profesor Venegas. Y aunque el Rector de los jesuítas trató de seducir á los Regidores municipales, comprometiéndose á dar gratuitamente su enseñanza y aun á sostener dos profesores públicos con el mismo sueldo de 25.000 maravedís que daba la villa, todo fue en vano. El pueblo madrileño presentó la más dura resistencia á estas transacciones. «Nuestra enseñanza, exclamaba el jesuíta Rivadeneyra, tiene muchos contrarios, que han levantado contra nosotros clamoreo inmenso.» Venían por lo común esos jesuítas con poca ó ninguna erudición y menos espíritu pedagógico: ¡considérese, pues, qué frutos y qué resultados produciría su enseñanza! El primero que llamó la atención sobre el conjunto de estos resultados, fue precisamente un jesuíta, el insigne Mariana. Las frases que con tal motivo dejó escapar de su pluma, vienen quemando la sangre á los clericales, pero todavía no han sido refutadas. A mí me sirven grandemente para oponerlas á las afirmaciones del Cardenal Sancha y desvirtuarlas.

Mariana rechazó terminantemente los efectos de la enseñanza de la Compañía, y con objeto de alejar el peligro de que el resto de los españoles dejase de dedicarse al progreso y perfección de los estudios, aprobó que se prohibiese por decreto público enseñar á los profesores jesuítas (profesores que, según Mariana, eran *ignorantes como remendones*). «Hanse encargado los nuestros, decía, de enseñar las letras de humanidad... leen de ordinario dos ó tres años lo que no saben ni quieren aprender. Enseñan á los oyentes impropiedades y barbarismos que nunca pueden olvidar. No hay duda sino que en España hoy se

sabe menos latín que hace cincuenta años. Creo yo, y aun antes lo tengo por muy cierto, que una de las causas más principales de este daño es estar encargada la Compañía de estos estudios; que si la gente entendiese bien el daño que por este camino se hace, no dudo sino que por decreto público nos quitarían estas escuelas, como se ha empezado á tratar. Veamos si sería buen Gobierno que en los otros oficios se permitiesen los enseñasen los remendones con color de que son hombres de bien y enseñan virtud á sus aprendices... Antiguamente los preceptores, como gastaban toda la vida en aquel oficio, unos sabían preceptos, otros poesía, otros erudición; entre los nuestros apenas hay quien sepa de esto. Los seglares por ver los puestos ocupados no se dan hoy á estas letras y profesión... ningún premio tiene la Compañía para las letras. De la misma manera tratan al letrado que al ignorante... Hay falta de predicadores señalados... lo mismo se puede decir de la erudición eclesiástica y letras humanas, que están muy caídas. No las honran, antes bien, las tienen en poco.»

El juicio que Mariana formó de la enseñanza jesuítica es el de cuantos la conocieron y experimentaron de cerca, y Mariana no hizo más que ponerle el sello de su enérgica expresión. Fray Diego de Carvajal, en su *Arte de gramática latina*, abundaba en las mismas ideas, acusando á los jesuítas de querer arrogarse el derecho exclusivo de la enseñanza de la juventud. Otro religioso, Fray Sebastián de Padrón (1), escribía lo siguiente: «Vinieron (los jesuítas) con intentos de matar las enseñanzas pasadas, y con el pretexto de dar lección gratuíta acabarán con lo que queda de nobleza de las artes con bárbaros ejercicios en sus cátedras.» Se ha dicho, con exactitud, que la anteposición de los intereses de clase á los generales fue lo característico del jesuitismo y lo que en mayor daño fecundó de sus educandos y discípulos. Privada de su ideal verdadero por los mismos á quienes competía realizarlo entusiastamente,

(1) *Información de costumbres y maldad de los tiempos* (1585).

la enseñanza quedó reducida á un ministerio servil y se perdió en todo género de granjerías y hasta de vicios. Una multitud de seudo-clérigos inundó los palacios de la nobleza, procurando, con exquisita sutileza, imbuir á los hijos de las grandes casas en sus vulgaridades y devociones. Unos fundaron en el *ite et docete* del Evangelio el exclusivismo de la enseñanza para los ministros de Dios; otros invocaban los principios ultramontanos, y hubo fraile dominico que llegó á sostener que el clero era el depositario de la ciencia y del arte y que bastaba para resolver los problemas científicos el juicioso y prudente conocimiento de las Escrituras. No es posible olvidar á este respecto la viva descripción que hace Picatoste de aquel estado de cosas: «Apoderados los jesuítas de la enseñanza; suprimidos los estudios de latín y humanidades, que llegaron á tener tantas rentas en España y que favorecieron tanto la cultura y la instrucción pública; alejados de la enseñanza los profesores particulares, que tan buenos recuerdos dejaron en las ciencias y en las letras; erigidos los Seminarios, que ofrecían una enseñanza, aunque barata y con porvenir, impropia para los que no se dedicaban á la Iglesia; perseguidas hasta su supresión las Academias y los estudios especiales, y heridas de muerte las Universidades por la triple amistad y desconfianza de la Corona, de la Inquisición y de los jesuítas, la instrucción pública cayó en un abandono y en unos vicios que *crearon la ignorancia de que no hemos salido todavía.*»

Es error vulgarísimo el de retrasar el movimiento antijesuíta hasta estos días de lucha con el monopolio clerical. España, cuando defendía y veneraba al Papa, cuando catolizaba y civilizaba á América, era cuando más se quería *europeizar;* y una agitación tan importante contra los jesuítas como la del año 1627 en Alemania, en los Países Bajos y en Italia, tuvo tal eco en nuestro país, que en 26 de Febrero recibió la Universidad de Salamanca en pleno claustro al comisionado de la de Lovaina, Cornelio Jansenio, que venía á hacer propaganda de secularización académica enfrente de las preten-

siones de la Compañía de Jesús, y habiendo pronunciado una elocuente oración latina en ese sentido, fue calurosamente aplaudido por los doctores.

Hay otro suceso subsiguiente y muy notable, que denota el espíritu contrario al jesuitismo del profesorado español de aquella época. El día 20 de Abril del año citado celebrábase en Salamanca una junta, en la que tomaron parte los más ilustres profesores, movidos por la aspiración de resistir á la influencia jesuítica, recurriendo en demanda al Rey, que, aleccionado á lo que parece por los jesuítas, contestó atentamente indicando que no quería creer que aquel documento proviniese de la respetable Corporación, y dictando una orden humillante que aquella recogió con esta determinación adoptada tantas veces por nuestro pueblo ante las arbitrariedades de la Corona: «Obedézcase y no se cumpla.» Evitó, pues, la Universidad dar una contestación opuesta á sus convicciones. Los jesuítas, siguiendo su ordinaria diplomacia, dejaron hacer y precisaron su plan; esperaron tranquilamente que acabaran de apelar, y continuaron granjeándose el favor del Monarca hasta quedar dueños del campo, adquirir las rentas de los estudios y destruir, por último, todo cuanto en su contra se había escrito (1).

Nació de aquí un disentimiento general de poblaciones que ha conmovido también á España recientemente, y que tiene la particularidad de haberse manifestado en las dos que hoy van á la cabeza de la reacción anticlerical: Zaragoza y Valencia. La primera mostró tal desprecio y odio para las ambicio-

(1) Algunos papeles, sin embargo, se libraron de la destrucción. Se conserva una representación impresa en la Biblioteca de San Isidro de Madrid. Esta representación es un documento de gran importancia, como revelación de por qué se suprimió la Academia de Ciencias, cuyos libros y aparatos pasaron á poder de los jesuítas. Consta de cuarenta y nueve párrafos, que no copio á causa de su prolijidad, y concluye con esta observación: «La primitiva Compañía de Jesús la examinó el Señor, y uno le vendió.»

nes jesuíticas, que no permitió se estableciesen los hijos de San Ignacio en ninguna de tres casas que tomaron en 1555. Un solo vecino les regaló dos años más tarde un edificio de su propiedad, que ellos trataron de convertir en templo; pero los zaragozanos promovieron escándalos tales, que el Virrey y el Vicario general no fueron bastante para sojuzgarlos. Se excomulgó públicamente á los jesuítas, se mataron candelas, se cantó el salmo de «la maldición,» se puso fuera de gremio á los que siquiera los tratasen, hasta el extremo de echar por esta causa de las iglesias á personas principales; se huía de ellos como de gente apestada, se les pintaba acompañados de demonios en cedulones fijados hasta en las puertas de las iglesias, se les silbaba, perseguía y apedreaba por los muchachos, y en nadie encontraban favor, ni en el Prelado, ni en las religiones, ni en el pueblo. En fin, bajo pretexto de marchar á convertir moriscos, salieron los jesuítas de Zaragoza entre las zumbas y los silbidos de la plebe. ¡Luego extrañamos que las turbas de hoy cometan idénticos desmanes! (1). Valencia rivalizó con la ciudad del Ebro. Hasta mediados del siglo XVII soportaron los valencianos la estancia de los jesuítas, pero limitándoles las horas y materias de su enseñanza, prohibiendo todo roce entre sus alumnos y los de la Universidad, y promoviendo continuados tumultos y *escopetades de una y altra part, inquietant la pau pública*. Ya ve, pues, el Cardenal Sancha que Valencia no es tan afecta á las Ordenes religiosas como él se figura y propala contra el parecer de Morote, para

(1) Inútil es añadir que los jesuítas, con su acostumbrada tenacidad, volvieron á Zaragoza y establecieron (1580) escuelas de latín y de pupilaje, que fueron cerradas á petición de los jurados de la población; las de latín en 1581 y las de pupilaje en 1588. Con todo, no cejaron y abrieron de nuevo aulas de humanidades, pero de nuevo las cerraron los zaragozanos en 1618. Luego, cuando se inició en Salamanca la guerra académica al jesuitismo, la Universidad de Zaragoza fue la primera en prohibirle la enseñanza y obligar á sus estudiantes á no asistir á ninguna clase de los jesuítas. Este espíritu, verdaderamente aragonés, duró hasta la expulsión de la Compañía.

quien la ciudad del Turia «va en la vanguardia de la civilización, de la cultura, de la libertad, de la república y de la democracia».

¿Qué decir ahora de las inmorales y perniciosas máximas con que los jesuítas pretenden dirigir la conciencia de sus educandos y de los hombres en general? Una juiciosa escritora de aquella época, citada á este propósito por Picatoste, protestaba ya contra aquel casuísmo y aquella tiranía de la vida, que lo preceptuaba todo, en los siguientes términos: «¿No sería necia prudencia de un Rey que mandase á cincuenta sabios escribir á su hijo, nieto y biznieto todo lo que en su existencia han de hacer y decir por sus horas en cada hora y en cada día, y en cada semana, y en cada mes, y en cada año de toda la vida; y estos cincuenta sabios cada uno le escribiese muy grandes volúmenes, que así era menester, y que su hijo y descendientes fuesen obligados á mirar aquellos libros todos de los sabios, y buscar cada hora lo que habían de hacer y seguir al que mejor dijese? Con razón dirían el hijo y el nieto al Rey: padre, mayor trabajo es buscar entre tantos libros lo que tengo de hacer á aquella hora y ver lo que todos dicen para tomar lo mejor, que no hacerlo; y después de tanto trabajo, lo mismo ó mejor lo hiciera yo á mi juicio.»

Fleury, aunque eclesiástico, previó á donde iría á parar este método dogmático de la ética casuística. «Los casuístas, decía, han introducido dos medios de dejar reinar el pecado: uno excusando la mayor parte de las culpas; otro facilitando sus absoluciones. Las nuevas devociones introducidas por algunos religiosos han concurrido al mismo efecto de disminuir el horror á los pecados. Se puede llevar un escapulario y rezar el rosario todos los días, sin perdonar al enemigo, restituir el bien mal adquirido ó dejar la concubina. De ahí viene también la devoción exterior al Santísimo Sacramento: se quiere mejor adorarle expuesto ó seguirle en procesión, que disponerse á comulgar dignamente.»

Y no se nos diga que los jesuítas han modificado su método

educativo, acomodándolo á las necesidades de los tiempos posteriores. Esas modificaciones, para ser aceptables, tendrían que suponer la formación de un plan nuevo; pero no es así. Con motivo de la última modificación del *Ratia et instituto studiorum societatis Jesu,* el P. Roothann, General de la Orden, declaró terminantemente que «nada esencial puede ser objeto de mudanza en un plan cuya eficacia está acreditada por tantos siglos de experiencia». Se ve aquí el quietismo académico llevado á su último límite.

Insistamos sobre la oposición que existe entre la educación moral jesuítica y la educación moral humanitaria: se oponen en su raíz, en su aplicación y en sus frutos. Los jesuítas manejan, sobre todo, los resortes de la emulación, de la acusación y de los castigos. Pero, por de pronto, la emulación no podrá servir nunca de base á ningún sistema educativo que busque la verdadera moralidad. La emulación, en el sentido lato empleado por los educadores jesuítas, abandona el único medio legítimo de impulsar al cumplimiento del deber, que es el amor desinteresado al trabajo y el prudente temor de Dios, temor que prepara á la obediencia y que es en extremo necesario, pues predispone al niño para los obstáculos y contrariedades que deberá experimentar más tarde como hombre, aun cuando no le agraden ni le produzcan emulación. Lo mismo pasa con la acusación: tal como la concibe la pedagogía jesuítica es una denuncia de las faltas de los compañeros, denuncia fundada en la intolerancia. Por eso el niño educado en casas de jesuítas carece de todo sentimiento de fraternidad, caridad é indulgencia para los defectos y flaquezas del prójimo. Nada menos cristiano que un tal espíritu. Más próximos al acierto están los medios disciplinarios, en especial el castigo de una falta de recogimiento en los ejercicios de piedad con nuevos y prolongados ejercicios del mismo género. Pero este castigo, no obstante su legitimidad, envuelve un evidente y peligroso resultado: se podría llegar á conseguir que el niño concluya por juzgar indiferentemente las cosas santas y mire las prácticas del culto

como cosa puramente mecánica y exterior. Y si este procedimiento cabe todavía cuando se trata de castigar, sus inconvenientes se tocan al llegar al terreno de las recompensas. Se corre entonces el riesgo de hacer hipócritas y desfigurar con la imprudencia del elogio la raíz y fondo íntimo de la verdadera piedad. Por otra parte, ¡cuántas veces no sucede que un individuo avergonzado por los superiores delante de los compañeros sale del colegio dispuesto á tomar revancha por medios innobles y solapados! Tal contraproducencia de resultados no puede ser explicada certeramente sino por el espíritu intolerante de la Orden. La severa disciplina á que se hallan sometidos los discípulos de los jesuítas es una consecuencia natural del principio que domina en la Orden de que «la voluntad de todos debe identificarse con la del Superior, respetarse y ejecutarse como la voluntad de Jesucristo». El sistema de los jesuítas condena toda independencia y toda libertad, no sólo fuera del catolicismo, sino en el seno mismo de la religión católica (1). «Es la moral del religioso, que ha hecho voto de obediencia, dice Fouillée, más que la del hombre y el ciudadano libre. «Corres de aquí para allá, pero no hallarás reposo más que en la humilde sumisión á un jefe.» «¡Qué grande es no pertenecerse á sí mismo!» *¡Sui juris non esse!* La idea del derecho es lo que aquí se repudia, el comercio de los hombres lo que se rechaza y el hastío de la vida social lo que inspira estos sentimientos. Semejante doctrina fomenta la tristeza y la inercia: preocupada con el solo cuidado de aproximar el hombre á Dios, permanece indiferente ante las grandes injusticias sociales» y aun ante las grandes injusticias eclesiásticas. Esta fué la causa de las expulsiones que sufrieron.

Pero ¡las expulsiones! Ved aquí una página que no podéis quitar á la historia del jesuitismo y que más significativamente que ninguna otra indica lo siniestro de sus orígenes y de sus

(1) Paroz: *Histoire universelle de la pedagogie,* obra donde la erudición y la sagacidad corren parejas con la pureza de doctrinas. De ella me he servido con provecho.

E. M.—*Febrero 1902.*

fines. Los ultramontanos y los clericales se han esforzado en justificar con mil subterfugios la conducta de Clemente XIV, y siempre, á mi modo de ver, con poquísimo éxito. La comparación que se ha querido establecer entre el proceder de aquel Pontífice y el del capitán de una embarcación que ante un naufragio inminente y total se desprende, á pesar suyo, y lanza al mar el cargamento más preciado para él: esta comparación, digo, no es exacta, y si se toma al pie de la letra resulta absurda. A menos que se quiera considerar á los jesuítas como una cosa inanimada en la Iglesia y como una *carga* para el Papa (lo que en realidad de verdad es bastante cierto), hay que reconocer que en aquella ocasión no entendieron bien la náutica religiosa y ni aun de lastre sirvieron. Ellos se llaman á sí mismos los «indispensables pilotos»; pero durante la mencionada borrasca la nave de Cristo, sin su técnica, llegó perfectamente al puerto.

La falta de apoyo en el Evangelio de las asociaciones religiosas es tal, que nadie en el clero secular ni en el regular ha intentado probarlo citando hechos históricos, y se ha tenido que apelar á las falsedades de la tradición. El Cardenal Sancha no ha citado tampoco ninguno, y le habría venido de perlas para concluir, como concluye que «la vida de los religiosos comenzó desde la predicación de los apóstoles», apoyándose en un texto discutible de Casiano y otro truncado del seudo-Areopagita. El día que el Cardenal Sancha me presente un solo hecho bien probado que demuestre que el establecimiento de las congregaciones es de institución evangélica, borraré cuanto he escrito sobre este particular.

Queda una cuestión, que para el Cardenal Sancha no debe serlo, pues ni siquiera la menciona, y es que las órdenes religiosas de la España actual ejercen sin dispendio ni obstáculo alguno industrias de todas clases, con grave perjuicio de los industriales laicos. Me consta, por relación de testigos que viven y darán de ello testimonio si es preciso, que varias fábricas de esta corte se han arruinado y visto en la precisión

de llegar á inverosímiles recursos de baratura por causa de la competencia del industrialismo conventual. ¿Será, por lo tanto, posible que el Gobierno continúe tolerando y permitiendo á sangre fría una desigualdad tan irritante? ¿Habremos de fundar en la libertad de asociación un abuso tan marcadísimo y tan injustificado? Lo que se desprende clarísimamente de tal hecho es que no se ha extinguido aún completamente la raza de los que Jesús tuvo que arrojar del templo.

Por lo demás, como dijo hace tiempo Víctor Hugo, «los conventos ofrecen una cuestión compleja. Cuestión de civilización, que los condena; cuestión de libertad, que los proteje». El dogma de la tolerancia, que predicamos todos, se aviene muy mal con las hazañas de Waldeck-Rousseau. Esas hazañas son, seguramente, irritantes arbitrariedades y apasionamientos odiosos. Sin embargo, no es preciso exagerar su extemporaneidad, pues que inconscientemente habían sido preparados por el espíritu unitario y anti-individualista de la Francia de todas épocas, ni, sobre todo, su tendencia inhumanitaria, porque no se ve que hayan provocado una protesta verdad en el resto de las naciones. En cuanto á España, baste haber consignado la perfecta impopularidad pasada y presente de las órdenes religiosas, haciéndoles, por otra parte, la justicia de creer que procurarán con el tiempo acomodarse y adaptarse al medio nacional, sin extralimitarse en el ejercicio de las funciones de su ministerio.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

EL RENACIMIENTO

Y SU INFLUENCIA LITERARIA EN ESPAÑA [1]

Es el Renacimiento un período histórico caracterizado por la universal resurrección que en él se verifica de las formas y de las ideas antiguas. Comenzó imitando: así, Giotto y su escuela copiaban una estatua, un motivo ornamental; pero poco á poco se desligaba el artista de la sujeción al modelo, á medida que lo iba penetrando más. Por eso la resurrección á que nos referimos no fue una mera copia ó servil imitación de modelos más ó menos perfectos, sino que laten en toda ella ideales nuevos, tendencias de libertad y amplitud hasta entonces desconocidas, contradicciones de mera forma unas, de radicales principios otras. Y como sólo de la comparación racio-

(1) Son obras clásicas acerca del Renacimiento en general:—J. Burckhardt: *Die Cultur der Renaissance in Italien*. 2 vol. en 4.° de XXII-384 y VIII-396 págs. Leipzig, E. A. Seemann, 1899. (7.ª ed.)

Georg Voigt: *Die Wiederbelebung des classischen Alterthums oder das erste Jahrhundert des Humanismus*. Dritte Auflage, besorgt von Max Lehnerdt. Berlín, G. Reimer, 1893. 2 vol. en 8.° de XVI-591 y 543 páginas.

Ludwig Geiger: *Renaissance und Humanismus in Italien und Deutschland*. Berlín, 1882.

J. Symonds: *Renaissance in Italy*. 2 vol. en 8.°—London, Smith, Elder and Co. 1898.

Eugène Müntz: *Histoire de l'art pendant la Renaissance*. París, Hachette, 1889, y sigs.

nal, del examen abierto, de la lucha de ideas, nacen las convicciones arraigadas y los progresos verdaderos, de ahí la excepcional importancia que semejante revolución ofrece para la historia de la cultura.

Universal decimos, fue semejante resurrección, ó lo que es lo mismo, no representó en sus primeros momentos tendencia hostil á instituciones ó sistemas determinados, porque empezó por ser casi exclusivamente formalista. Antigüedad sagrada y profana fue indistintamente objeto de las nuevas investigaciones, y al mismo tiempo que los humanistas y renacientes sacaban á luz á Horacio y á Iuvenal, á Propercio y á Tibulo, á Lucrecio y á Ovidio, á Tito Livio y á Lucano, á Luciano y á Xenofonte, publicaban ediciones críticas de Prudencio y Yuvenco, de San Jerónimo y San Cipriano, de San Agustín y Lactancio, de Paulo Orosio y Eusebio de Cesarea, del Nuevo Testamento y de las *Vidas de los Santos Padres.*

Como toda impulsión nueva, trajo consigo el Renacimiento en sus albores, notables y muy varias exageraciones. Sadoleto, Bembo, Buonamico, Pablo Cortés, León X, llevan hasta el extremo su admiración entusiasta por el insuperable decir de Tulio. Policiano recuerda maravillosamente la manera de Ovidio en sus inmortales elegías, y la de Salustio en el *Comentario* acerca de la conjuración de los Pazzi, y el culto de la Antigüedad llegó á tal término, que, al decir de Brenckmann, guardábase en Florencia el famoso ejemplar de las Pandectas como depósito sagrado, dentro de una caja de riquísima labor, en el antiguo palacio de la República. Si algún viajero deseaba contemplar el precioso códice, los frailes y magistrados, con la cabeza descubierta y un cirio en la mano, eran los encargados de mostrárselo. El Cardenal Bembo, secretario de León X, contaba en el Sacro Colegio catorce Cardenales *paganos;* y Bessarión, Príncipe también de la Iglesia, deplorando la muerte de Gemistho Pléthon, le felicita por haber ido *á reunirse con los Dioses del Olimpo, y á celebrar con ellos el coro místico de Iaccho.*

El afán de ilustración era inmenso. Ejemplo curioso de ello ofrece el *Hodaeporicon* ó memorias de las aventuras y correrías escolares de Juan Butzbach, y las *Memorias* del profesor é impresor de Basilea Tomás Platter.

La narración de este último es típica, por lo cual vamos á insertar aquí algunos párrafos de la misma:

«Había crecido ya mucho—escribe—para ir por las calles cantando y recogiendo limosna. Me vi, pues, en gran miseria. Vivía en casa de una vieja; ¡sabe Dios el hambre que allí pasé! Cuando nada tenía que comer, rogaba á la vieja que me diese un poco de sal, que echaba en agua hirviendo y bebía luego para calmar el hambre... Esta desdichada vida duró hasta que entré en casa del Maestro Henrich Werdmuller para enseñar á sus dos hijos. Allí me puse á estudiar en serio. Quería aprender á la vez el latín, el griego y el hebreo. Privábame del sueño, y, para no dormir, me llenaba la boca de agua ó de arena que crujía entre los dientes. Sin ayuda de nadie estudié á Luciano y á Homero. En cuanto al hebreo, recibí algunas lecciones de Bibliandro, que había escrito una Gramática hebráica; como era pupilo de Myconio, iba á su casa por la mañana temprano y copiaba su Gramática mientras dormía, cosa que no ha llegado á saber nunca.—Este mismo año, Darmion Irmi, de Basilea, escribió á Pellicano, de Zurich, que marchaba á Venecia, encargándole trajese Biblias en hebreo á bajo precio. Le pidió doce; cada una costaba una *corona*. Yo poseía una *corona*, procedente de la herencia paterna que poco antes había recibido; compré una Biblia y comencé á estudiar. Pronto varios sacerdotes me rogaron les enseñase el hebreo; entre ellos había un anciano de ochenta años.—Vino por entonces á Zurich un joven de Lucerna, Rodolfo Collín, hábil é instruído, de oficio cordelero, que me llevó á Constanza. Una vez que se estableció en esta ciudad y que hubo obtenido el grado de Maestro, supliquéle me enseñase su oficio. Me respondió que no tenía cáñamo. Yo conservaba algún dinero de la herencia de mi madre; compré un quintal de cáñamo y

aprendí lo mejor que pude. Pero duraba en mí el amor al estudio, y cuando el maestro creía que dormía, copiaba en secreto sus versiones de Homero. Durante el trabajo, tenía siempre al lado á Homero y estudiaba al mismo tiempo que hacía cuerda. Echólo de ver un día, y me dijo:—«Platter, *pluribus intentus minor est ad singula sensus;* estudia ó trabaja.» Cierto día, durante la cena, me preguntó cuál era el primer verso de Píndaro;—

Αριστον μὲν ὕδωρ.
(El agua es ciertamente lo mejor),

respondí. Bueno (dijo riéndose), sigamos á Píndaro, y puesto que no tenemos vino, bebamos agua... Trabé amistad con varios estudiantes, que querían que yo recibiese el grado de Doctor y se ofrecían á presentarme á Erasmo, quien me recomendaría al Obispo. Ambos vinieron en efecto á buscarme un día que trabajaba en la plaza de San Pedro, donde ayudaba á hacer una gruesa cuerda; pero sus instancias fueron inútiles, porque yo estaba resuelto á aprender bien mi oficio.»

Pero si ese afán de ilustración era grande, no menos extraordinaria era la agitación de los espíritus, como puede verse en la correspondencia de Erasmo, ni menos considerable la extensión de los conocimientos. La erudición de los humanistas tenía, por punto general, carácter enciclopédico. A la manera que Miguel Angel y Leonardo de Vinci eran, á la vez que pintores, escultores, arquitectos, músicos y poetas, los eruditos del Renacimiento acostumbraban á llevar de frente todas las disciplinas. A la edad de veinticuatro años publica Pico de la Mirándola, en Roma y en las principales ciudades de Italia, sus 900 tesis *de omni re scibili,* desafiando á duelo literario á todos los doctos de su época; y para no hablar más que de nuestra patria, Lebrija, Vives, Fox Morcillo, el Brocense y Arias Montano, son, á la vez que gramáticos y retóricos, matemáticos, físicos, teólogos, políticos, filósofos y astrónomos.

No brillaba ciertamente la moralidad en los palacios de los magnates ni en las Cortes de los poderosos, como lo revelan, entre otros documentos de la época, las interesantes memorias de Benvenuto Cellini, pero muchos rivalizaban en proteger las letras y las artes. Ahí están para demostrarlo los nombres de Alfonso V el Magnánimo de Aragón, Francisco I de Francia, los Viscontis de Milán, los Estes de Ferrara, los Gonzagas de Mántua, León X y los Médicis de Florencia. Juan II de Portugal escribe á Policiano llamándole «*viro peritissimo et amico suo*»; «*honorabile devote dilecte*» llama Cárlos V á Erasmo, y Cosme, Pedro y Lorenzo de Médicis favorecen á Marsilio Ficino, regalándole una lindísima casa de campo, rentas eclesiásticas y pensiones. El último de los magnates citados hace donación á Policiano de una *villa* amenísima en la comarca de Fésoli, en cuyo delicioso retiro compone el gran poeta sus bellas elegías *Nutricia* y *Rusticus*. Y ocioso es hablar del favor dispensado á los artistas.

***

Conviene distinguir, sin embargo, cuando de los humanistas del Renacimiento se trata, la que ha recibido el nombre de falange meridional, la de los Vallas, Policianos, Bembos, Sadoletos y Fracastorios, de la septentrional, principalmente representada por Erasmo, Agrícola, Reuchlin, Ulrico de Hutten, Santiago Locher, Conrado Celtes y Eobano Hesso. Empleando una comparación, cabría decir que median entre ambas direcciones relación y diferencia análogas á las que existen entre los dos grandes artistas Alberto Durero y Rafael de Urbino. Gusta el primero de lo abstracto y de lo filosófico, pero hay cierta exageración en los rasgos típicos de sus personajes; fáltale la gracia—dice Michiels—y todos sus cuadros «recuerdan al viejo bárbaro de las hordas germánicas». Más ideal el segundo, sabe imprimir en sus creaciones el sello de sobrenatural pureza y encantadora sublimidad que las caracteriza. Pues

otro tanto acontece respecto de las dos direcciones del Humanismo á que nos referimos; la septentrional profesa un culto menos devoto de la forma que la italiana, busca más bien la idea, detiénese más en las cosas, y cuando lucha muestra menos arte, menos astucia, pero más energía y mayor rudeza que la segunda. En suma, como ha dicho muy bien el señor Menéndez y Pelayo, el Renacimiento en Italia y España es más artístico; en los países del Norte más batallador y agresivo.

***

El Renacimiento del helenismo comienza verdaderamente en Italia en el siglo XIV, y tiene su principal foco en Florencia, á donde Palla Strozzi hizo ir en 1396 á Manuel Chrysoloras, «padre—advierte A. Didot—de toda una generación de helenistas». Después, Nápoles con Alfonso V de Aragón, Ferrara con los Estes, Mántua con los Gonzagas y Venecia con Aldo Manucio, continúan la obra y contribuyen poderosamente al esplendor del Renacimiento.

No es esto decir que el comercio intelectual entre griegos y latinos hubiese cesado por completo con el establecimiento de los bárbaros sobre las ruinas del Imperio de Occidente. La cultura hispano-goda; la que tanto resplandeció en la corte de los Hohenstaufen—Federico II y Manfredo de Sicilia;—el movimiento literario de Irlanda en los siglos VI, VII y VIII; el de la corte de Carlo Magno, y el de la de Alfonso el Sabio de Castilla, bastarían para certificarnos de lo contrario, pero preciso es reconocer que semejante comercio no pasaba de una superficialidad deficiente.

«Los hombres de la Edad Media—escribe Pedro de Nolhac en su hermoso libro sobre *Petrarca*—han leído y copiado con frecuencia, sin duda, las obras paganas; pero ninguno de ellos conoció más que un certo número de las mismas, y ninguno tampoco las llegó á comprender por completo. Los maestros

de gramática han tomado en los autores ejemplos para la enseñanza técnica, los teólogos ó los filósofos les han copiado textos en apoyo de un sistema; ninguno ha penetrado ni aun llegado á sospechar la naturaleza del espíritu antiguo. Ciertos italianos, á la verdad, han conservado con veneración el recuerdo de los grandes escritores de Roma, desfigurado en la leyenda popular y tan vago aún en los literatos. Brunetto Latini es del número de estos discípulos instintivos de la antigüedad. Dante, sobre todo, por el respeto que demuestra á los maestros de Grecia y Roma, la mayor parte de los cuales no son más que un nombre para él «reconoce en ellos los eternos educadores de la humanidad» [Gebhart]; pero ¡qué de confusiones y de errores en la visión del pasado por Latini ó por Dante, y cuán incompleta es su información! Aun los escritores cuya erudición es más vasta, un Albertano de Brescia, por ejemplo, no hacen más que amontonar citas, frecuentemente mal colocadas, ó desfiguradas por la interpretación de que son objeto. Es preciso que nuestro poeta aparezca, para que se produzca un movimiento duradero y un ilustrado retorno á los Antiguos.»

Por eso M. Arturo Piaget observa con fundamento que es un error, por lo que á Francia respecta, hablar de un *renacimiento* y de un *primer humanismo* en tiempo de Carlos V. El humanismo se caracteriza por haber reanimado la inteligencia y el sentimiento de la belleza antigua, y esto es de lo que no tuvieron idea los traductores del siglo XIV. Los Príncipes y señores que les encomendaban trabajos, no iban guiados por el sentimiento artístico, sino por el deseo de instruirse y de instruir á los demás en las verdades contenidas en los libros latinos y reservadas hasta entonces á los clérigos.

***

Pero había cierto peligro en esa insaciable curiosidad de lo antiguo que tan generalmente se despertó en el siglo XV, y era

el de que no salieran bien libradas altas y seculares instituciones, porque del menosprecio de la forma á la censura de la idea va menos distancia de lo que á primera vista parece, así como va muy poca también del enaltecimiento absurdo del símbolo á la irracional mistificación de lo representado.

Muy luego pudo echarse de ver la realidad del peligro en aquella celebérrima corte literaria que á los Médicis rodeaba en Florencia. «A la vez que el racionalismo místico de Ficino, de Pico y de sus amigos y concurrentes al palacio de los Médicis—manifiesta Berti Domenico,—instaurábase en las letras el politeísmo, que pronto degeneró en un materialismo asqueroso. Los más ilustres literatos, sacerdotes, profesores de la Universidad, hombres de Estado, mancharon sus escritos con todo género de suciedades. Antonio Beccatelli, llamado *el Panormita,* publicaba, con el título de *Hermaphrodita*, una colección de poesías latinas obscenísimas, que dedicaba á Cosme, padre de la patria. Juan Pontano, que tuvo tanta parte en el gobierno de Nápoles, escribía versos que no cedían en lascivia al *Hermaphrodita.* Hacíanles coro Francisco Filelfo, con sus sátiras y su libro *De iocis et seriis*, y Poggio Bracciolini, su antagonista, con sus *Facetiae.* Venían luego Landino con su *Xandra*, Policiano con otros de menor cuantía, y á corta distancia Lorenzo el Magnífico con sus *Canti carnascialeschi,*»

De Gemistho Plethon cuenta Jorge de Trebisonda, en su *Comparatio Platonis et Aristotelis*, haberle oído decir en Florencia que no pasarían muchos años sin que todos los hombres adoptaran de común acuerdo y con idéntica inclinación una sola religión, luego que recibieran la instrucción elemental de sus principios. Añade que, preguntado Plethon si esa religión de que hablaba sería la de Cristo ó la de Mahoma, respondió el sabio humanista: «Ni ésta ni aquella, sino una tercera que apenas se distinguirá del paganismo.»

Filelfo y el mismo Trapezuncio, escribían al Sultán de Turquía elevándole hasta las nubes y aclamándole libertador del mundo, enviado por Dios para reunir la humanidad ente-

ra bajo su cetro. De Policiano refiere Manlio, que hacía más aprecio de las odas de Píndaro que de los salmos de David, y que aborrecía sobre todo la lectura del Breviario, hasta el extremo de declarar en cierta ocasión: «Helo leído una sola vez, y jamás he perdido el tiempo de peor manera.» Razón semejante, es á saber, el hablar mal del Breviario y el criticar el latín de los Evangelios, fue una de las que motivaron el proceso formado por la Inquisición al Brocense.

Análagas tendencias se descubren en el humanismo septentrional. Conocidos son los anatemas fulminados contra Erasmo por sus adversarios, á causa de haber censurado aquél á los Papas «*qui et silentio Christum sinunt abolescere, et quaestuariis legibus alligant, et coactis interpretationibus adulterant, et pestilente vita iugulant*», hablado mal de los frailes, condenado el celibato de os clérigos, y expuesto no muy católicas doctrinas acerca de la confesión auricular, el culto de los santos y de las imágenes, las indulgencias, etc., etc. Ulrico de Hutten, ó sus adeptos, escriben las inmortales *Cartas de los hombres obscuros—Epistolae obscurorum virorum,*— y en ellas presentan al clero torpe, vicioso, materialista y sensual, orgulloso de sus títulos académicos, pero ignorante, grosero y enemigo declarado de los amantes de la antigüedad clásica. Y no es para olvidada la original figura de aquel Pedro Luder, sacerdote y humanista alemán, instaurador en su patria de los nuevos estudios. Pobre como un escolar, de inalterable buen humor y devotísimo de Baco y de Venus, era Luder poco rigorista en materias de religión. Cuéntase de él que, habiendo tenido noticia en Basilea de que los teólogos querían denunciarle como hereje porque dudaba de la Trinidad, dijo que antes que dejarse tostar, creería, si se lo pidieran, hasta en la divinidad cuádruple.

Aun el mismo Cardenal Sadoleto, Secretario de León X, parece coincidir con el fundamento de las censuras, cuando, defendiendo á la Iglesia romana, decía en su carta á los calvinistas de Ginebra: «*Odisse forsitan personas nostras potestis*

(si id ab Evangelio conceditur), doctrinam certé et fidem habere odio non debetis, scriptum est enim: Quae dicunt, facite», palabras éstas últimas que Cristo aplicó á los fariseos.

Tales eran los principales caracteres de la revolución literaria que repercutió en España durante el reinado de los Reyes Católicos, y fue representada en primer término por el insigne Elio Antonio de Lebrija, quien después de amamantarse por espacio de dos lustros á los pechos del Renacimiento italiano, volvió á su patria con ánimo de desterrar la barbarie antigua y sustituir los Perottis y los Pastranas por nuevos y más científicos trabajos, empresa para cuya realización fue alentado por el ilustre D. Alonso de Fonseca, Arzobispo de Sevilla.

II

No obstante, antes de tal época se habían señalado entre los españoles muchos y muy importantes precursores de aquel movimiento.

Merced á los trabajos de A. Jourdain, ha sido apreciada la importancia histórica del famoso colegio de traductores que reunió en torno suyo el gran Canciller de Castilla y Arzobispo de Toledo, D. Raimundo, de 1130 á 1150. A la cabeza de ese colegio estaba el arcediano Domingo Gundisalvo, y allí mismo trabajaron Miguel Escoto—primer introductor de Averroes entre los latinos,—Hermann el Alemán, Gerardo de Cremona, Alfredo Morlay, judíos como Juan Hispalense, y Andrés—auxiliar de Miguel Escoto—con otros varios. Como ha dicho Ernesto Renan: «la introducción de los textos árabes en los estudios occidentales, divide la historia científica y filosófica de la Edad Media en dos épocas perfectamente distintas»; ahora bien, al colegio de traductores toledanos se debe principalmente esta obra memorable.

Los nombres de San Isidoro de Sevilla, del Arzobispo Don Rodrigo, de Don Alonso el Sabio y de D. Juan Manuel, son buena prueba de que la tradición clásica no se había interrumpido entre nosotros, siquiera en los tres últimos predominara la corriente oriental.

Figura inolvidable en la historia de los albores de nuestro Renacimiento es la del gran Maestre de San Juan de Jerusalén, Fray Juan Fernández de Heredia, el autor de *La grant cronica de Espanya* y de *La grant cronica de los conqueridores*. Gracias á la solicitud de este ilustre prócer, la *Historia* de Eutropio, las *Vidas* de Plutarco, y otros importantes textos, fueron traducidos de los originales en dialecto aragonés. La *Société de l'Orient latin* ha publicado recientemente la *Crónica de Morea,* compilada por orden del mismo Fray Juan Fernández de Heredia.

El estudio de nuestras Bibliotecas medioevales—apenas iniciado—y el de la literatura de nuestros Cancioneros, habrían de arrojar mucha luz acerca de los orígenes del Renacimiento.

En ciertos recibos dados por Don Alonso el Sabio al Monasterio de Santa María de Nájera y Cabildo de Albelda, en Santo Domingo de la Calzada, á 22 de Febrero de la Era de 1308, reconoce el Monarca haber recibido en préstamo de los referidos Monasterios:—«Las ediciones de Donato, Statio de Tebas, el Catálogo de los Reyes Godos, el Libro Juzgo de ellos, Boecio de Consolación, un libro de Justicia, Prudencio, Georgicas de Virgilio, Ovidio, Epístolas, la Historia de los Reyes é de Esidro el Menor, otro Donato, el Barbarisio, Bocolicas de Virgilio, Liber illustrium virorum, Preciano Mayor, Boecio sobre los diez Predicamentos, el Comento de Cicerón sobre el sueño de Scipión.» Dice que se le prestaron además otros libros: «el uno de ellos es el libro de los Cánones, é el otro el Esidoro de Etymologias, é el otro el libro de Casiano de las Collaciones de los Santos Padres, é el otro el Lucan.»

Hojeando los inventarios de las Bibliotecas de D. Enrique de Villena, del Marqués de Santillana, de los Condes de Haro, del Duque de Béjar, de los Condes de Benavente, de Batres, del Duque de Calabria, y sobre todo los de las librerías del Príncipe de Viana y de Isabel la Católica, se comprende cómo paulatinamente se fue acentuando el caudal de los elementos de instrucción en España y preparándose la era del Renacimiento. Ya el Príncipe de Viana posee á Demóstenes, Cicerón, Aristóteles, Justino, César, Elio Lampridio, Nonio Marcelo, Tito Livio (en epítome), Plinio, Tácito, Quinto Curcio, Diógenes, Laercio, Quintiliano, Plutarco, Séneca—que apenas falta en ninguna Biblioteca medioeval,—Valerio Máximo y hasta «*Los evangelis en grech*» y «*Un alfabet en grech.*»

La Corte de Don Juan II de Castilla es el preámbulo inolvidable del Renacimiento español. Cierto es que, á excepción quizá de Alonso de Cartagena y de Don Enrique de Aragón, ningún otro de los literatos de aquella época llegó á tener conocimiento del idioma griego; pero tampoco Dante ni Petrarca pudieron leer jamás á Platón ni á Homero sino en versiones latinas. En cambio, este último idioma era conocido con relativa perfección, y por tal medio se lograba tener noticia de las obras de la antigüedad clásica. Así, Pedro Díaz de Toledo traducía el *Axioco,* el *Fedro* y el *Fedon* y recordaba los argumentos de Sócrates para exhortar al desprecio de la muerte y á la condenación del suicidio en el *Razonamiento que fizo sobre la muerte del Marqués de Santillana*. Así este insigne prócer tenía en su Biblioteca las *Eticas* de Aristóteles y podía disfrutar á Homero, Laercio, Tito Livio, Lucano, Macrovio, Valerio Máximo, Eutropio, Floro, Virgilio, Horacio, Ovidio, Terencio, Estacio Papinio, Claudiano, Séneca, Plinio, Salustio, Suetonio, César, Cicerón, Quintiliano, Iuvenal, Frontino, Casiodoro, Boecio, Dante, Petrarca, Aretino, Boccaccio, etcétera, si no en sus originales en versiones, pues el Marqués era de los que *caresçiendo de las formas, eran contentos de las materias;* y así también Don Enrique de Aragón poseía, entre

o tros autores, á Platón, Xenofonte, Hipócrates, Catulo, Apuleyo, Aulo Gelio, Justino y Vegecio. El mismo D. Enrique de Villena traducía á Virgilio, Pero López de Ayala á Tito Livio, y Fernán Pérez de Guzmán y Mosén Diego de Valera se esforzaban por recordar en sus escritos la manera de Salustio y de Tácito.

En los poetas que figuran en los numerosos Cancioneros españoles del siglo xv y principios del xvi obsérvase claramente el prurito de mostrarse competentes en clasicismo, para lo cual á cada paso traen en sus versos recuerdos de la antigüedad. Ahí están Juan de Andújar, Diego del Castillo, Juan de Tapia, Carvajal, Juan de Mena y el Marqués de Santillana, en el Cancionero de Lope de Estúñiga; Alfonso Alvarez de Villa Sandino, Fray Lope del Monte, Diego Martínez de Medina y Micer Francisco Imperial, en el de Baena; Hernán Pérez de Guzmán, Gómez Manrique, Diego de Burgos, Jerónimo de Artés y Garci Sánchez de Badajoz, en el de Hernando del Castillo (1511), que no nos dejarán mentir, para no mencionar otros muchos.

Late en muchos libros, opúsculos y discursos escritos durante el siglo xv, un anhelo de clasicismo, un deseo de resucitar la majestad de pensamiento y la belleza formal de las obras antiguas, que revelan á las claras la proximidad de una nueva etapa de civilización. Juan de Lucena, familiar de Eneas Silvio Piccolomini (Pío II), en su *Libro de Vida Beata;* el Condestable D. Pedro de Portugal, hijo del Infante Don Pedro, en su *Sátira de felice é infelice vida,* y en su preciosa *Tragedia de la Reyna Isabel;* el Doctor Pedro Díaz de Toledo en su *Diálogo e razonamiento en la muerte del Marqués de Santillana;* el poeta Rodríguez de la Cámara ó del Padrón en todas sus obras, y muchos otros literatos del siglo xv, demuestran la afirmación precedente.

* * *

De la importancia que llegó á atribuirse por entonces al estudio del latín, como un medio de penetrar los secretos de buena parte de la antigüedad clásica, nos certifica Gracia Dei en su curioso tratado: *Crianza e virtuosa doctrina, dedicada á la Reina Isabel.* Allí escribe:

«Entré una sala do ví enseñar
todos los pages á vn grand maestro,
por que fuese cada vno diestro
de ser enseñado y saber enseñar
en leer, escriuir, tañer y cantar,
dançar y nadar, luchar, esgrimir
arco y ballesta, *llatinar y dezir*,
xedrez y pelota saber bien iugar».

Y Juan de Lucena, en su *Epístola á Fernand Alvarez Zapata*, dice:—«El que latín non sabe, asno se debe llamar de dos piés», añadiendo empero:—«Ca sólo latin non és más saber que saber otra lengua, lo cual non solamente los omes, que aun las aves lo saben, papagayos, cuervos, picas, tordos, malvises, linerudos y todas las aves que tienen lenguas redondas hablarán latin, y aun greco, si les muestran.»

¡Qué dolor tan profundo y tan sencillo el de algunos de estos estudiosos del siglo xv cuando observan su ignorancia de los idiomas clásicos y la insuficiencia de los romances para expresar con galanura su pensamiento! Por eso, cuando hablan vulgarmente, todo lo latinizan ó procuran latinizarlo: vocablos, giros, sintáxis.

Es típico, y da á conocer con bastante exactitud el carácter de la época, el siguiente trozo del *Libro de Vida Beata*, compuesto en Roma por Juan de Lucena:

«El Obispo (1). Nuestra lengua primera bárbara, fecha romana despues, al guarismo se es tornada: si cerca es del latin, lexos es ya del palacio: palabra latina no se fabla de gala,

(1) Don Alonso de Cartagena.

y por desfrazo góticos, hahes letronizados de un palmo se scriuen. Nosotros, señor Marqués, no vayamos tras el tiempo; forcemos tornar el tiempo á nos otros; fablemos romance perfecto, y do será menester, fablemos latino: qui lo entiende, lo entienda; el otro quede por necio: murmuración invidiosa no temamos, y grosera redargución tengamos en poco: la una se roe royendo, y de grosa la otra, rebienta.

El Marqués (1). Bien veo, reverendo Padre, que por mi ocasión t'esfuerzas romanzar lo que apenas latino se pronuncia. Nascio en Grecia la philosophia. Sócrates la llamó desdel cielo. Después de Sócrates, el tiempo que Bruto liberó á Roma, Pithagoras la sembró por Italia. Tú agora trasplántasla en España. ¡Beata ella, felice Castilla! Para ella nasciste quando nasciste, no para tí solamente. Tú de cauallería, de re publica, de fe cristiana escreuiste vulgar, y las obras famosas del moral Séneca nuestro vulgarizaste. Si con Johan de Mena fablares á solas, latino sermón razonarías. Yo lo sé. ¡O me mísero! Cuando me veo defectuoso de letras latinas, de los fijos de los hombres me cuento, mas no de los hombres. Fablart' e, pues, como supiere. Do errare, enmienda, y suple do vieres mi mengua.»

Vivió á fines del siglo xv un singular personaje, del cual apenas se tienen más noticias que las que á continuación damos. Llamóse el Doctor Ferrant Núñez, y fué del Consejo Real y médico del Duque del Infantado. A este magnate dedicó dos curiosos opúsculos, todavía inéditos, rotulado el uno: *Prohemio e declaraçion del verdadero nombre de amor, intitulado al tractado de amiçiçia;* y el otro: *Principio et introduction a un excelente tractado de la bienauenturança.* En el preámbulo del primero se lamenta de ejercitar su balbuciente lengua «en este vulgar, que pierde el dulçor de la eloquençia et en que

(1) De Santillana.

ningún buen stillo se puede tomar como en la sacra lengua latina». En el segundo tratado, su confesión es más ingenua; terminando—no sin gran esfuerzo—el prefacio, dice á su protector:—«Et ante que comiençe, crea uuestra señoría que con tan grand pena se escriue en romançe, que non puede ser cosa más penosa e de mayor trabajo.»

***

En la corte de Alfonso V el Magnánimo, es donde mejor se echa de ver la transcendencia y significación de la reacción novísima; allí sorprendió á los entendidos la universal sabiduría de un Fernando de Córdoba; maravilló á los doctos la ilustración de un Príncipe de Viana; encantó á los cultos la discreción de un Eneas Silvio; regocijaron á los maldicientes las maliciosas agudezas de los Panormitanos, Trapezuncios, Vallas, Filelfos y Poggios, y pudo disfrutarse de los entusiasmos metafísicos de los Gazas y Bessariones. De aquella Corte, que rivaliza en esplendor con las de los Médicis y León X, en las que brillaron los Ficinos, Landinos, Policianos, Pulcis, Bembos, Sadoletos, Pomponazzis y Jovios, arrancan poderosos impulsos de nuestra cultura renaciente.

Algún tanto remisa anduvo España, sin duda alguna, en obedecer á la tendencia por el Humanismo representada, y preciso es reconocer también que una vez instaurado el último en nuestra patria—á lo cual no contribuyeron poco los trabajos de los erasmistas—todavía hubo rutinarios de aquellos perezosos é indolentes, de quienes dijo el Brocense «que aun después de descubierto el uso del trigo, continuaron alimentándose con bellotas, por no dejar los hábitos antiguos». Pero con creces indemnizó luego aquel retraso durante el siglo XVI, cual lo demuestra esa gloriosísima falange de filólogos, historiadores, filósofos, teólogos, jurisconsultos y literatos, entre los cuales baste rememorar, aparte de Vives, á Lebrija, el Pinciano, Juan Ginés de Sepúlveda, Luis de la Cadena, Juan de

Vergara, los Valdés, Melchor Cano, Cardillo de Villalpando, el Brocense, Luisa Sigea, Pedro Juan Núñez, Fox Morcillo, Arias Montano, Gouvea, Juan Gélida, Matamoros, Pedro de la Rua, Simón Abril, Páez de Castro (el cronista de Felipe II), Francisco Sánchez, Antonio Agustín, y mil más que sería ocioso mencionar aquí.

Después, ese movimiento cambió de rumbo, y en vez de llegar á la restauración del verdadero espíritu antiguo para lograr vivir la vida de aquellos pueblos que de modo tan superior la comprendieron, se trocó en una imitación estrictamente formal y en materia de curiosidad erudita. En tal sentido, la historia del Renacimiento, como la de los grandes hechos en general, enseña que ninguna evolución se realiza por completo en un momento dado, y que es en vano dar por terminada la obra de las revoluciones, cuando los ideales que representan encierran soluciones totales de la vida.

ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN.

UN GEÓGRAFO ESPAÑOL

D. RAFAEL TORRES CAMPOS

Si algún día se escribe á conciencia la historia interna de la España contemporánea, habrán de salir á luz personalidades modestas que, ocupando las primeras filas en sus respectivas profesiones, trabajando constantemente con lisonjero éxito por la cultura y el adelantamiento del país, sacrificándose muchas veces en aras de las empresas generosas á que su vocación las llama, no han realizado, sin embargo, grandes descubrimientos científicos, ni despertado la opinión pública al golpe de geniales arranques literarios, ni buscado en la política la fama que el Parlamento y la prensa otorgan con harta facilidad á tantas inteligencias mediocres y á tantos corazones corrompidos.

Silenciosamente, huyendo del brillo fugaz y de la gloria deleznable, con la vista siempre fija en un ideal elevado, van poco á poco estos utilísimos obreros haciendo su fecunda labor. No se pagan de vanas exterioridades, ni las pompas mundanas les seducen, ni el desdén del vulgo los contraría, ni los amedrenta la animadversión de los espíritus mezquinos. Miran las cosas desde muy alto y consagran lo que son y lo que valen á la ciencia y á la patria, prescindiendo sin esfuerzo de

todo otro interés. Y cuando, andando el tiempo, algún observador se asombra de que España no sea completamente africana todavía, á pesar de lo que para conseguirlo hacen la mayor parte de los españoles; cuando acá y allá, fijándose bien, se encuentran atisbos de civilización, señales de vida europea, progresos con que no se contaba, maravilla será que se acuerde nadie de que lo que parece obra del azar ha sido trabajosamente conquistado á costa de luchas sin término por personas cuyos nombres permanecen en la obscuridad, pero cuya fuerza latente se revela á cada paso y nos mantiene unidos á Europa más y mejor que las apariencias de un régimen constitucional y otras ficciones semejantes.

De esos hombres es D. Rafael Torres Campos. Sin duda lo conocen cuantos estudian y trabajan seriamente en España de treinta años á esta parte y cuantos en el extranjero siguen con algún interés la marcha de nuestros asuntos; pero si se pregunta por él fuera de este reducido círculo, pocos sabrán responder. El representante de cualquier distrito rural que haya acertado á mover un ligero escándalo en el Congreso, será cien veces más popular que este trabajador, cuya vida se ha gastado entera en educar á la juventud, en formar hombres y en dirigir la atención de las gentes hacia las cuestiones geográficas, tratadas con una elevación y una competencia que lo colocan al nivel de los primeros geógrafos de Europa.

La Academia de la Historia ha consagrado ahora sus grandes méritos, llamándole á ocupar el sillón que dejó vacante D. Luis Vidart; pero la inmortalidad relativa y discutida de nuestra Academia no quita exactitud á las observaciones precedentes.

I

Geógrafo, Torres Campos lo es por convicción. Dedicado desde muy joven á la carrera de Administración Militar, hubo de encomendársele la cátedra de Geografía de la Academia de

Ávila, y desde entonces puede decirse que ni un solo momento dejó de consagrar su atención á este género de estudios. Profesor muy distinguido de la Institución libre de Enseñanza y de la Escuela Normal Central de Maestras y el colaborador más íntimo de D. Manuel Ruiz de Quevedo en la Asociación para la Enseñanza de la Mujer, la Geografía es, no obstante, la que da mayor relieve á su personalidad.

Pero la Geografía no es para él solamente una disciplina científica, á que pudo dedicarse con preferencia á otras; sino materia de educación y de ejercicio para el pensamiento, y á la par orientación hacia ideales patrióticos, sin los cuales España no saldrá nunca de su triste estado actual. Como se ha hablado recientemente de política hidráulica y de política pedagógica, puede y debe hablarse de política geográfica. La emigración, la colonización dentro y fuera de la Península, las relaciones internacionales, son problemas que en ella han de encontrar sus datos. Por abandono constante de esa política, por olvido de las enseñanzas de nuestros geógrafos, por desconocimiento de los términos en que se plantean en el mundo las cuestiones geográficas, hemos venido á parar en lo que somos: nación completamente aislada, sin rumbo fijo en cuanto á su vida exterior, víctima resignada de las injurias y los despojos de los fuertes.

El Sr. Torres Campos lo ha advertido así constantemente, y sus predicciones se han cumplido, por desgracia. Hablando de la utilidad de los estudios geográficos, decía en 1892: «De no poner mano España brevemente en este asunto con propósito reformista; si nos obstinamos en ocupar un lugar entre los pueblos que ignoran la Geografía y sigue el *statu quo*, el mal no tendrá remedio; lo que ahora nos sucede nos sucederá siempre. Serán raros los Ministros que conozcan nuestras posesiones y que se preocupen de nuestros intereses. Faltarán no sólo opinión que impulse á seguir una política amplia y á buscar en el exterior los recursos y los elementos de prosperidad que en el propio suelo nos falten, sino también funcionarios

que sepan gobernar y hacer producir á las colonias y comerciantes é industriales que puedan dirigir con fortuna sus negocios en vista de la complejidad de las causas, á veces lejanas, que actúan en el mundo y de las cuales dependen ya hoy la prosperidad y la ruína. La decadencia más y más acentuada, la anulación, el empobrecimiento, vendrán como natural consecuencia y merecida sanción de nuestro atraso y de nuestra incultura (1).»

En otro trabajo lamenta la indiferencia reinante respecto de estos asuntos. «España, dice, después de la modesta y seria labor de Cervera y Quiroga, de Iradier, Ossorio y Montes de Oca, no piensa en exploraciones, ni toma parte en la obra de los pueblos cultos para conseguir el cabal conocimiento del planeta; permanece totalmente separada del movimiento en favor de los viajes científicos... En colonias dominadas durante siglos, no hemos creado todavía medios de penetración, y existen en el interior de las islas españolas sábanas infranqueables, inextricables maniguas y misteriosos bosques, que sirven á maravilla para la prolongación de las guerras... El elemento español está profundamente dividido en las colonias, y resulta por esto casi impotente. Los partidos antillanos se han combatido á sangre y fuego, siendo muchas veces tratados como traidores los hombres que tenían el sentido de la realidad y tendían á evitar previstas desdichas, mediante una política de amplias concesiones que hoy todos aceptan, por desgracia demasiado tarde. (Esto se escribía en 1897)... Olvidando que ningún pueblo puede ser dominado por la fuerza sin una política de violencia que desacredite al país que la emplea y que suponga sacrificios desproporcionados con los beneficios que la colonia reporte, se sostiene que la dura represión, el mero escarmiento y el saludable efecto del terror constituyen eficaces recursos para combatir el filibusterismo y mantener

(1) Memoria presentada al Congreso Pedagógico Hispano-Portugués-Americano de 1892.

la tranquilidad en las colonias... Ignorantes en Geografía, no sabemos lo que pasa en el mundo y no podemos aprovechar las experiencias de fuera... Estamos tan desorientados, que cuando España se asocia á la obra común de los pueblos cultos y realiza algo que significa exploración de nuevas comarcas, creación de vías de penetración á países incomparables, adelanto positivo y valioso de la colonización española, la opinión, mal informada, reniega de la gloriosa campaña de Mindanao y la coloca torpemente entre las causas de la insurrección tagala.»

»De aquí, añade, nuestras desdichas; de tal conjunto de circunstancias sólo podían resultar las tristezas presentes. Por ellas se explica que cuando otros pueblos extienden y hacen prosperar sus dominios nosotros permanezcamos estacionados, si no decaemos, y por falta de acertada y oportuna aplicación de nuestros esfuerzos, malgastemos dolorosamente en sangriento duelo los elementos que debieron haber servido para el desarrollo de la prosperidad en los dominios coloniales... (1).»

No hay que decir que la opinión pública y el Gobierno no llegaron á hacerse cargo entonces ni después de los atinados consejos del Sr. Torres Campos. Vivíamos en pleno reinado de la *Marcha de Cádiz*, y á los directores de las fuerzas del país les parecía imposible dejar de dominar por la fuerza á los insurrectos de Cuba y Filipinas, cuya derrota, como después la derrota de los americanos, tenían ya descontada los estrategas de café. Era la época de la política condensada en la frase célebre: «sacrificaremos hasta el último soldado y gastaremos hasta la última peseta», de que tantos beneficios reportó España.

Pero sea la que quiera su eficacia, las frases copiadas señalan, á mi juicio, el sentido de toda la obra geográfica del Sr. Torres Campos. No es que prescinda de la Geografía teórica; si tal hiciera, le faltaría la base de todos los trabajos ul-

(1) *La Geografía en 1897* (primer semestre).—Madrid, 1897.

teriores; pero procura, sobre todo, deducir de ella enseñanzas provechosas, que profusamente esparce por libros, conferencias y lecciones.

Bastarían para demostrarlo sus excelentes *Memorias* sobre el progreso de los trabajos geográficos, redactadas como Secretario de la Sociedad Geográfica de Madrid. Pocos libros podrían consultarse con más fruto para seguir el movimiento de la Geografía en las ideas y en los hechos; pero los asuntos en que se detiene con mayor complacencia son siempre aquellos de que cabe deducir una lección, y especialmente una lección para España.

Así, en la de 1896 estudia preferentemente la apertura de las Puertas de Hierro en el Danubio, la insurrección de Creta y la cuestión de Oriente; los conflictos entre Rusia é Inglaterra en Asia, el peligro amarillo; el fracaso de Italia en Abisinia, la expedición á Dongola y la invasión del Transvaal (1); en las de 1897, la cuestión de Oriente y la guerra turco-griega, los progresos de la colonización rusa, las exploraciones comerciales en Oriente, la exploración completa del Níger, las primeras disensiones entre ingleses y boers, preparación de la guerra actual, la federación en el Centro-América, la alianza de Colombia y Venezuela, la cuestión anglo-venezolana, el jubileo de la Reina Victoria de Inglaterra, la crisis de las nacionalidades en Austria-Hungría, la cuestión del Extremo Oriente, las competencias entre Inglaterra y Francia en el Africa, la anexión de Hawai á los Estados Unidos, etc. (2).

Todos estos asuntos son tratados con acabado conocimiento de sus aspectos más importantes, incluso desde el punto de vista del Derecho internacional, y con tal acierto, que en la mayoría de los casos se han resuelto como la manera de plantearlos las *Memorias* permitía prever.

(1) *La Geografía en 1896.*—Memoria leída en la Junta general de la Sociedad Geográfica de Madrid el 15 de Diciembre de 1896.—Madrid, 1897.

(2) *La Geografía en 1897* (primer semestre).—Madrid, 1895.—(Segundo semestre).—Madrid, 1898.

El mismo sentido campea en otros trabajos del Sr. Torres Campos, diseminados por varias Revistas, como el *Boletín de la Institucion Libre de Enseñanza*, el de la *Sociedad Geográfica de Madrid* y la *Revista de Geografía Comercial*. No tienen, tampoco, otro carácter algunas de las conferencias reunidas en el notable libro que tituló *Estudios Geográficos*, tales como la Campaña contra la esclavitud y los deberes de España en Africa, el Congreso y la Exposición de Geografía en París en 1889, Portugal é Inglaterra en el Africa Austral, el reparto de Africa según los últimos tratados, los problemas del Mediterráneo, el Congreso y la Exposición de Geografía de Berna y la cuestión de Melilla, estudios de cuyo conjunto ha dicho, con su gran autoridad, el Sr. Coello que «puede sacarse un plan completo para la regeneración de nuestro país y para nuestra política colonial y exterior, plan que debería formar un Código común para todos nuestros partidos políticos, que se llevara á cabo invariablemente y sin suspenderlo ó modificarlo á cada paso (1)».

Aun en publicaciones que á primera vista parecen responder á otras miras, se advierte igual preocupación. *La Geografía en 1895*, Memoria sobre el VI Congreso Internacional de Ciencias Geográficas celebrado en Londres, (del cual fue el se- Sr. Torres Vicepresidente); *Nuestros ríos*, serie de conferencias explicadas en el Fomento de las Artes, verdadero modelo de esta clase de trabajos; las hermosas monografías tituladas *Recuerdos de la montaña* y *Un viaje al Pirineo* y *Santa María de Lebeña*, son buena prueba de ello. Hasta la conferencia del Ateneo de Madrid sobre *España én California y en el Noroeste de América*, y el Discurso de recepción en la Academia, aunque consagrados á dilucidar puntos históricos, no prescinden del aspecto geográfico, ni del interés nacional (2).

(1) *Estudios geográficos*, con un prólogo del Excmo. Sr. D. Francisco Coello.—Madrid, 1895.

(2) *España en California y en el Noroeste de América*. Madrid, 1892. *Carácter de la conquista y colonización de las Islas Canarias:* Discurso

De este modo, el Sr. Torres Campos ha venido á ocupar con sus libros y folletos un lugar distinguido al lado de los que, como Rodríguez Arroquia, Gómez Arteche, Botella, Coello, Costa, Fernández Duro, Ferreiro, etc., etc., constituyen el núcleo principal de los geógrafos españoles contemporáneos; pero manteniendo una representación propia que le ha valido importantes distinciones de los Congresos geográficos de Londres París, Berna, Lorient, Budapesth y otros, á los cuales concurrió como Delegado de España.

II

Escribir libros notables; seguir paso á paso, día por día, el movimiento científico en una rama del saber; traer á la patria las novedades, los progresos, las reformas que se realizan en países más adelantados, es ya mucho; pero vale más aún, en mi opinión, la obra pedagógica realizada por el Sr. Torres Campos, con esclarecido celo y verdadero tesón en la Institución libre de Enseñanza, en la Escuela de Institutrices, en la Escuela Normal de Maestras, en la Sociedad Geográfica, en el Centro del Ejército y la Armada, en el Ateneo, en el Fomento de las Artes, donde quiera que puede prestar algún servicio á la educación nacional, prescindiendo para ello muchas veces hasta de los cuidados que reclama su salud.

Muchas de las conferencias se han publicado y citadas quedan más arriba; pero de las lecciones profesadas con carácter familiar en las clases de aquellos centros de enseñanza pocas han transcendido al público. Y, sin embargo, son quizá lo más notable, y sin quizá lo más útil de cuantos trabajos ha realizado y realiza el Sr. Torres Campos. Hay que contem-

leído en la Real Academia de la Historia el día 22 de Diciembre de 1901. Madrid, 1901.

plarle ante el encerado explicando Geografía descriptiva; hay que ver cómo, sin ser dibujante, traza mapas con increíble rapidez y de memoria, poniendo de relieve lo que más interesa para cada lección; manejando continentes y mares, islas y tierra firme, naciones y provincias, datos y estadísticas, el conjunto como los detalles, con perfecto dominio del asunto y admirable habilidad pedagógica. Su palabra es entonces elocuente y persuasiva; su enseñanza, sencilla y clara; los alumnos la siguen con profundo interés.

Media un abismo entre la Geografía que casi todos hemos aprendido, reducida, por regla general, á una lista seca de nombres y de cifras, confiada á la memoria sin tener siquiera á la vista los mapas, y la Geografía viva, animada, *organizada*, si vale la palabra, que enseña Torres Campos; en la cual parece que cada accidente de la Naturaleza y cada transformación humana adquieren personalidad propia y desempeñan especial papel.

Él mismo ha expuesto su sistema al referir el estado de esta enseñanza en las naciones europeas más cultas. «La antigua cátedra desaparece; el aparato teatral y escolástico que servía para *levantar* al maestro y alejarlo de los discípulos para que difundiera el saber desde las *alturas*, comienza á ser una manifestación arqueológica, á que conservan afición los espíritus menos abiertos á las nuevas corrientes; y el laboratorio, el taller en que trabajan en común profesores y alumnos, el sitio destinado á la acción, reemplaza al aula ó templo de la oratoria didáctica.

«La Geografía no es un estudio que se puede seguir dentro de los cuatro muros de una clase en lecciones teóricas, dirigidas á un auditorio casi desconocido. Sirve la mera exposición para ofrecer los resultados adquiridos por la ciencia y para abrir camino; pero el medio de seguir éste, de recorrerlo con fruto y de que el alumno se forme por el propio esfuerzo como un investigador y como un maestro, es la obra del Seminario...

«No basta la Geografía recogida en los libros y en las car-

tas; es necesario el examen directo de los fenómenos terrestres, ponerse en contacto con la Naturaleza, estudiar los accidentes en sí mismos, único medio, después de todo, de que las descripciones usuales, las cartas ó los relieves, despierten imágenes reales y vivas, y nos hablen en lenguaje claro y significativo, merced al auxilio que para la interpretación de lo convencional presta el conocimiento de los tipos. Por eso las excursiones son un procedimiento en boga...

Aplica, pues, el ilustre profesor el método que M. Marion llamaba *activo*, y que puede considerarse como una de tantas manifestaciones del método intuitivo. Pero no señalando á los alumnos con nombres de naciones y provincias, para componer después los mapas haciéndolos cambiar de sitio,—parodia de los procedimientos racionales que tanto ha llamado la atención de los *dilettanti* de la Pedagogía en ciertas escuelas cuyo fundador es, sin duda, más digno de admiración y de alabanza por su generoso apostolado para establecerlas, que por las novedades pedagógicas que ha puesto en práctica. No; el método intuitivo es otra cosa, y más lo desacreditan que lo ensalzan quienes lo complican con semejantes puerilidades. Enseñar primero la Geografía que está al alcance del alumno; la que seguramente sabe sin darse cuenta de ello, desde el momento en que se mueve dentro de su casa, en la escuela, en la calle, en el campo; hacerle contemplar los fenómenos de la Naturaleza; mostrarle su representación en la esfera y en los mapas, después que aprenda cómo se construyen éstos; ponerle siempre que sea posible en contacto con la realidad, y elevarlo después al conocimiento de cuanto puede concurrir á su ilustración y á despertar el gusto por estos estudios, enlazando la descripción de la superficie de la Tierra con los datos que ofrecen la Geología de un lado y de otro la Sociología; y en todo esto considerar al educando como un elemento activo de su propia educación; interesarlo en ella; procurar que la verifique por sí mismo, sirviéndole el profesor de guía: tal es en sus líneas generales lo que hay que hacer para conformarse

con los cánones de la Pedagogía, y lo que el Sr. Torres Campos practica habitualmente en sus clases.

En este punto bien puede afirmarse que representa una verdadera renovación, comparable con la realizada por el señor Cossio en el dominio de la Geografía astronómica y de la Geografía física, con sus admirables lecciones normales del Museo Pedagógico.

Las excursiones escolares habían de ser, dado este sentido de la enseñanza, un instrumento precioso, y en efecto, el señor Torres Campos las recomienda en una interesante conferencia (1) y, lo que vale más, las practica con alumnos de la Institución libre (Santander, Asturias, Pirineos, Guadarrama) y con alumnas de la Escuela Normal y de la Asociación para la Enseñanza de la Mujer (alrededores de Madrid, Guadarrama, Toledo, Alcalá de Henares, Guadalajara, etc.).

Sus mapas y pizarras para la enseñanza de la Geografía por el método gráfico y la excelente colección de mapas murales, que publicó en colaboración con M. Vidal de la Blache, completan en este punto su fisonomía científica.

Hay que considerar, pues, al nuevo académico,—y es el aspecto más simpático de su personalidad, con serlo tanto todos,—como un geógrafo-educador ó como un educador-geógrafo.

III

Pero es, además, un practicante en la esfera de aquella política geográfica á que aludía al principio. No pertenece á la numerosa legión de los que lanzan al viento la semilla y creen con esto terminada su labor, sin preocuparse de que germine ó se pierda. Labra la tierra, coloca el grano en

(1) *Conferencia sobre viajes escolares.*—Madrid, 1882.

el surco en condiciones favorables, y cuando ha nacido la planta la rodea de cuidados hasta verla crecida y fuerte. Siempre ha permanecido en primera línea cuando se ha tratado de llevar á la práctica las ideas con tanta fe predicadas.

Citaré para demostrarlo sólo las campañas recientes de la Sociedad Geográfica, cuya Secretaría desempeñó con gran acierto varios años y en cuyo seno trabajó incesantemente al lado de los Sres. Coello, Botella, Fernández Duro, Ferreiro y Beltrán, y las de la Sociedad de Africanistas y Colonistas, después de Geografía comercial, que patrocinaron tantos hombres ilustres y especialmente el mismo Sr. Ceello, que la presidió, siendo su alma un eminente polígrafo cuyos servicios á España se han señalado brillantemente en las múltiples esferas que abarca su actividad: el Sr. Costa.

Suele seguir el Sr. Costa en la organización de las fuerzas que lanza á la conquista de sus nobles ideales el sistema que para construir cañones recomendaba el artillero del cuento: se toma un agujero y se le rodea de hierro. Toma él también un agujero, lo rodea de personas prestigiosas, hablando á unos en nombre de la ciencia, á otros en el del patriotismo, á los de más allá en el del interés y á algunos en el de la vanidad, y hete formada una asociación heterogénea, en medio de la cual queda siempre el hueco que ha de llenar el fundador con su talento asombroso y su prodigiosa actividad. Así nació y vivió la Sociedad Española de Africanistas y Colonistas, á quien se debe lo poco que modernamente hemos hecho en Africa; así se formó la Sociedad de Geografía Comercial, organizadora de la memorable expedición de Cervera y Quiroga al Sahara y que tan grandes servicios prestó en la cuestión de las Carolinas, en la de Marruecos y en la de las posesiones españolas del Golfo de Guinea, desde el Niger al Gabón, determinando un movimiento geográfico que, de haberse sostenido con firmeza, quizá hubiera evitado muchos males. Así se hizo aquella *Revista de Geografía Comercial* que, dejando aparte la escasa intervención del que esto escribe, podía ponerse al lado

de las mejores Revistas geográficas. Así se formó una corriente de opinión, desgraciadamente más ficticia que real, respecto de las cuestiones coloniales y exteriores de actualidad. Así, en fin, llevando á remolque á ciertos elementos políticos, se celebraron aquellas hermosas fiestas en honor de Capello é Ivens, los exploradores portugueses que atravesaron el Africa austral de Mossamedes á Quelimane, fiestas en las cuales, al mismo tiempo que se rendía justo homenaje de admiración á los atrevidos viajeros del pueblo hermano, se perseguían fines patrióticos que dejaron malograr la inconstancia de la opinión y el abandono de los Gobiernos.

Pues bien, en todas esas campañas se halló siempre mezclado y en todas tomó parte muy activa el Sr. Torres Campos, Secretario muchos años de la Sociedad de Africanistas y Colonistas y de la de Geografía Comercial. Nadie prestó al Sr. Costa auxilio tan valioso como él. La correspondencia activa á que obligaba la Secretaría; las tareas de redacción de la revista citada; las exposiciones al Gobierno; la organización de expediciones; la colecta de fondos: á todo acudió con celosa solicitud.

***

Tal es la obra del Sr. Torres Campos. Lo mismo que á diario lamentamos nuestro atraso respecto de los pueblos civilizados y nuestra profunda incultura, cada vez que un rayo de luz rasga estas tinieblas, hay el deber de señalarlo para que á todos nos sirva de guía, y de ejemplo de lo que pueden una inteligencia cultivada y una voluntad perseverante, aun en las deplorables condiciones que el medio ofrece aquí para el progreso de la ciencia.

ANICETO SELA.

Obras principales del Sr. Torres Campos, agrupadas por materias.

GEOGRAFÍA

Viajes escolares.—Conferencia en la Sociedad Geográfica de Madrid. —Madrid, 1882.

La cuestión de los ríos africanos y la Conferencia de Berlín.—Conferencia en la Sociedad Geográfica de Madrid.—Madrid, 1885.

La enseñanza de la Geografía por el método gráfico.—Cartas mudas de España.—París, 1889.

El Congreso y la Exposición de Geografía de Berna en 1891.—Madrid, 1893.

La emigración á América.—Ponencia presentada al Congreso geográfico hispano-portugués-americano de 1892.—Madrid, 1893.

Colección de mapas murales (en colaboración con P. Vidal de la Blache).—París, 1894.

Aprovechamiento de las aguas fluviales en España.—Conferencia en la Sociedad Geográfica de Madrid.—Madrid, 1895.

Estudios geográficos, con un prólogo de D. Francisco Coello.—Madrid, 1895.

La Geografía en 1895.—Memoria sobre el IV Congreso internacional de Ciencias Geográficas celebrado en Londres.—Madrid, 1897.

La Geografía en 1896.—Memoria sobre el progreso de los trabajos geográficos, leída en la Sociedad Geográfica de Madrid.—Madrid, 1897.

La Geografía en 1897 (Primer semestre).—Memoria sobre el progreso de jos los trabajos geográficos, leída en la Sociedad Geográfica de Madrid.—Madrid, 1897.

La Geografía en 1897 (Segundo semestre).—Idem íd.—Madrid, 1898.

Coello en las Sociedades Geográficas españolas.—Discurso leído en la Sociedad Geográfica de Madrid el 29 de Noviembre de 1898.—Madrid, 1898.

EDUCACIÓN DE LA MUJER

La mujer en el servicio de Correos y Telégrafos. (En colaboración con D. Manuel Ruiz de Quevedo.—Madrid, 1883.

La reforma en la enseñanza de la mujer, y la reorganización de la Escuela Normal Central de Maestras.—Madrid, 1884.

Las profesiones de la mujer.—Ponencia presentada al Congreso Pedagógico hispano-portugués-americano.—Madrid, 1893.

MILICIA

Sobre enseñanza militar.—Madrid, 1891.

La contratación en el ramo de Guerra.—Madrid, 1892.

La Administración Militar suiza en las maniobras militares de 1891. —Madrid, 1893.

La cuestión de Melilla.—Conferencia en la Sociedad Geográfica.—Madrid, 1894.

Discurso en honra y memoria de D. José Valero y Balenguer, en 21 de Noviembre de 1883.—Madrid, 1894.

ARQUEOLOGÍA É HISTORIA

La iglesia de Santa María de Lebeña.—Madrid, 1885.

España en California y en el Noroeste de América.—Conferencia en el Ateneo de Madrid.—Madrid, 1892.

Carácter de la conquista y colonización de las Islas Canarias.— Discurso leído en la Real Academia de la Historia.—Madrid, 1901.

IMPRESIONES ESPAÑOLAS

UNA CIUDAD

A lo lejos, una campana toca lenta, pausada, melancólica. El cielo comienza á clarear indeciso. La niebla se extiende en larga pincelada blanca sobre el campo. Y en clamoroso concierto de voces agudas, graves, chirriantes, metálicas, confusas, imperceptibles, sonorosas, todos los gallos de la ciudad dormida cantan. En lo hondo, el poblado se esfuma al pie del cerro en mancha incierta. Dos, cuatro, seis blancos vellones que brotan de la negrura, crecen, se ensanchan, se desparraman en cendales tenues. El carraspeo persistente de una tos rasga los aires; los golpes espaciados de una maza de esparto resuenan lentos.

Poco á poco, la lechosa claror del horizonte se tiñe en verde pálido. El abigarrado montón de casas va de la obscuridad saliendo lentamente. Largas vetas blanquecinas, anchas, estrechas, rectas, serpenteantes, se entrecruzan sobre el ancho manchón negruzco. Los gallos cantan pertinazmente; un perro ladra con largo y plañidero ladrido.

El campo—claro ya el horizonte—se aleja en amplia sábana verde, rasgado por los trazos del ramaje ombrajoso, surcado por las líneas sinuosas de los caminos. El cielo, de verdes

tintas, pasa á encendidas nacaradas tintas. Las herrerías despiertan con su sonoro repiqueteo; cerca, un niño llora; una voz grita colérica. Y sobre el oleaje pardo de los infinitos tejados, paredones, albardillas, chimeneas, frontones, esquinazos, surge majestuosa la blanca mole de la iglesia Nueva, coronada por gigantesca cúpula listada en blancos y azules espirales.

La ciudad despierta. Las desiguales líneas de las fachadas fronterizas á Oriente, resaltan al sol en vívida blancura. Las voces de los gallos amenguan. Arriba, en el santuario, una campana tañe con dilatadas vibraciones. Abajo, en la ciudad, las notas argentinas de las campanas vuelan sobre el sordo murmullo de voces, golpazos, gritos de vendedores, ladridos, canciones, rebuznos, tintineos de fraguas, ruídos mil de la multitud que torna á la faena. El cielo se extiende en tersa bóveda de joyante seda azul. Radiante, limpio, preciso, aparece el pueblo en la falda del monte. Aquí y allá, en el mar gris de los tejados uniformes, emergen las notas rojas, amarillas, azules, verdes, de pintorescas fachadas. En primer término, destacan los dorados muros de la iglesia Vieja, con su fornida torre; más bajo, la iglesia Nueva; más bajo, lindando con la huerta, el largo edificio de las Escuelas Pías, salpicado con los diminutos puntos de sus balcones. Y esparcidos por la ciudad entera, viejos templos, ermitas, oratorios, capillas: á la izquierda, Santa Bárbara, San Roque, San Juan, ruinoso, el Niño, con los tejadillos azules de sus cúpulas rebajadas; luego, á la derecha, el Hospital, flanqueado de sus dos minúsculas torrecillas, San Cayetano, las Monjas... Las campanas tocan en multiforme campaneo. El humo blanco de las mil chimeneas asciende lento en derechas columnas. En las blanquecinas vetas de los caminos pululan, rebullen, hormiguean negros trazos que se alejan, se disgregan, se pierden en la llanura. Llegan ecos de canciones, traqueteos de carros, gritos agudos. La campana de la iglesia Nueva tañe pesada; la del Niño tintinea afanosa; la del Hospital llama tranquila. Y á lo lejos,

riente, locuela, juguetona, la de las Monjas canta en menuditos golpes cristalinos...

***

A la derecha de la iglesia Vieja—ya en la ciudad—está la parte antigua del poblado. La parte anti gua se extiende sobre escarpada peña en apretujamiento indefinido de casas bajas, con las paredes blancas, con las puertas azules, formadas en estrechas callejuelas que reptan sinuosas. Hondas barrancas surcan el arroyo; montículos pelados sobresalen lucientes. Y un angosto pasillo tallado en roca viva conduce á los umbrales, ó unas empinadas escaleras ascienden á las puertas. El sol de Marzo reverbera en las blancas fachadas. En las aceras, un viejo teje pleita ensimismado; una mujer, inclinada sobre aceitosa cabellera, va repasándola atenta hebra por hebra; del fondo lóbrego de una almazara sale un hombre y va colocando en larga rastra los cofines. Y la calleja, angosta, retorcida, ondulante, continúa culebreando hacia la altura. A trechos, sobre la blanca cal una cruz tosca de madera bajo anguloso colgadizo; en una hornacina, tras mohosa alambrera, un cuadro patinoso...

El laberinto de retorcidas vías prosigue enmarañado. En el fondo de una calleja de terreros tejadillos, el recio campanario de la iglesia Vieja se perfila bravío. Misterioso artista del Renacimiento ha esculpido en el remate, bajo la balaustrada, ancha greca de rostros en que el dolor se expresa en muecas hórridas. Y en la nitidez espléndida del cielo, sobre la ciudad triste, estas caras atormentadas destacan como símbolo perdurable de la tragedia humana.

Junto á la torre, la calle de las Once Vigas baja precipitada en sus once resbaladizos escalones. Luego, dejada atrás la calle, se recorre una rampa, se cruza la antigua puerta derruída del Castillo, se sale á una pintoresca encrucijada. En el centro, sobre un peñón enjalbegado, se yergue una doble cruz verde

inquietadora. La calle de la Morera desciende ancha. Y doblada la esquina, recorridos breves pasos, la plaza destartalada del Mercado aparece con sus blancos soportales en redondos arcos, con su caserón vetusto del ilustre Concejo.

Y la edificación moderna comienza: casas anodinas, vulgares, pintarrajeadas; comercios polvorientos, zaguanes enladrillados de losetas rojizas. A ratos, una vieja casa solariega levántase entre la monotonía de las casas recientes; junto á los modernos balcones chatos, los viejos voladizos balcones sobresalen adustos; un enorme blasón gris se ensancha en pétreas filigranas entre dos celosías verdes... Van y vienen por las calles clérigos liados en sus recias bufandas, tosiendo, carraspeando; grupos de devotas que cuchichean misteriosamente en una esquina, carros, asnos cargados con relucientes aperos de labranza, labriegos enfundados en amarillentas cabazas largas. Las puertas están abiertas de par en par. Lucen adentro los rojos ladrillos de los porches, resaltan los trazos blancos de los muebles de pino. Las perdices, á lo largo de las aceras, picotean en sus jaulas metidas en arena. Y los canarios, colgados de las jambas, cantan en arpegios rientes.

UN CLÉRIGO

La casa fue terminada el día de la Cruz de Mayo. En la fachada, entre los dos balconcillos de madera, resalta en ligero relieve una cruz grande. Dentro, el porche está solado de ladrillos rojos. Las paredes son blancas. El zócalo es de añil intenso: una vira negra bordea el zócalo. En el testero fronterizo á la puerta, la espetera cuelga. Y sobre la blancura vívida de la cal resaltan brilladores, refulgentes, áureos, los braserillos diminutos, las chocolateras, los calentadores, las capuchinas, los cazos de larga rabera, los redondeles.

Ancho arco divide la entrada. A uno de los lados destaca *el ramo*. El ramo es un afiligranado soporte giratorio. Corona el soporte un ramillete de forjado hierro. Cuatro azucenas y una rosa, entre botones y hojarasca, se inclinan graciosamente sobre el blanco farol colgado del soporte.

A la izquierda, se sube por un escalón á una puerta pintada de encarnado negruzco. La puerta está formada de resaltantes cuarterones, cuadrados unos, alargados y en forma de T otros, ensamblados todos de suerte que en el centro queda formada una cruz griega. Junto á la cerradura hay un tirador de hierro: las negras placas del tirador y de la cerradura destacan sus calados en rojo paño. La puerta está bordeada de recio marco tallado en diminutas hojas entabladas. Es la puerta de la sala. Amueblan la sala sillas amarillas con vivos negros, un ancho canapé de paja, una mesa. A lo largo de las paredes luce un apostolado en viejas estampas toscamente iluminadas: *Sanctus Joanes*—con un cáliz en la mano, del cual sale una sierpe,—*Sanctus Mattheus* — leyendo atento un libro, — *Sanctus Bartholomeus* — con la cuchilla tajadora,— *Sanctus Petrus, Sanctus Paulus, Sanctus Simon*... Encima del canapé hay un lienzo: encuadrado en ancho marco negro, un monje de bellida barba, calada la capucha, cogidas ambas manos de una pértiga, mira con ojos melancólicos. Debajo pone: *S. Franciscus de Paula; vera effigies ex prototypo quod in Palatio Vaticano servatur de sumpta*... Sobre la mesa reposan tres volúmenes en folio, y en hilera, cuidadosamente ordenados, grandes y olorosos membrillos. En el fondo, cierra la alcoba una mampara con blancas cortinillas.

A la derecha del porche se abre la cocina, de ancha campana. A los lados, adosados á la pared, corren dos poyos bajos. Dos armarios, junto á cada poyo, guardan el apropiado menaje. La luz, en la suave penumbra, baja por la espaciosa chimenea y refleja sobre las losas del hogar un blanco resplandor.

Cerca de la puerta del patio, en lo hondo, brilla en sus

primorosos arabescos, azules, verdes, amarillos, rojos, el alizar del tinajero. La tinaja, empotrada en el ancho resalto, deja ver el recio reborde bermejo de su boca. Y el sol, que por el montante de la cerrada puerta penetra en leve cinta, refulge en los platos vidriados, en los panzudos jarros, en las blancas jofainas, en las garrafas verdosas.

Dulce sosiego se respira en el ambiente plácido. En la vecindad los martillos de una fragua tintinean argentinos. A un extremo de la mesa de retorcidos pies, en la entrada, Puche, sentado, habla pausadamente; al otro extremo, Justina escucha atenta. En el fondo umbrío de la cocina, un puchero borbolla con persistente moscardoneo y deja escapar tenues vellones blancos.

Puche y Justina están sentados. Puche es un viejo clérigo de cenceño cuerpo y cara escuálida. Tiene palabra dulce de iluminado fervoroso y movimientos resignados de varón probado en la amargura. Susurra levemente más que habla; sus frases discurren untuosas, benignas, mesuradas, enervadoras, sugestivas. En plácida salmodia insinúan la beatitud de la perfecta vida, descubren la inanidad del tráfago mundano, cuentan la honda tragedia de las miserias terrenales, acarician con la promesa de dicha inacabable al alma conturbada... Puche va hablando dulcemente; la palabra poco á poco se caldea, la frase se enardece, el período se ensancha férvido. Y un momento, impetuosamente, el hombre indomeñado reaparece, y el manso clérigo se exalta con el ardimiento de un viejo profeta hebreo.

Justina es una moza fina y blanca. A través de su epidermis transparente resalta la tenue red de las venillas azuladas. Cercan sus ojos llameantes anchas ojeras. Y sus rizados bucles rubios asoman por la negrura del manto que se contrae ligeramente al cuello y cae luego sobre la espalda en amplia oleada.

Justina escucha atenta á Puche. Alma cándida y ardorosa, pronta á la abnegación ó al desconsuelo, recoge píamente las palabras del maestro y piensa:

Puche dice:

—Hija mía, hija mía, la vida es triste, el dolor es eterno, el mal es implacable. En el ansioso afán del mundo, la inquietud del momento futuro nos consume. Y por él son los rencores, las ambiciones devoradoras, la hipocresía lisonjera, el anhelante ir y venir de la humanidad errabunda sobre la tierra. Jesús ha dicho: «Mirad las aves del cielo, que no siembran ni siegan, ni allegan en trojes, y vuestro Padre celestial las alimenta...» La humanidad perece en sus propias inquietudes. La ciencia la contrista; el anhelo de las riquezas la enardece. Y así, triste y exasperada, gime en perdurables amarguras.

Justina murmura en voz opaca:

—El cuidado del día de mañana nos hace taciturnos.

Puche calla un momento; luego añade:

—Las avecillas del cielo y los lirios del campo son más felices que el hombre. El hombre se acongoja vanamente. «Porque el día de mañana asimismo se traerá su cuidado. Le basta al día su propio afán.» La sencillez ha huído de nuestros corazones. El reino de los cielos es de los hombres sencillos. Y dijo: «En verdad os digo, que si no os volviéreis é hiciéreis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.»

Los martillos de la vecindad cantan en sonoro repiqueteo argentino. Justina y Puche callan durante un largo rato. Luego, Puche exclama:

—Hija mía, hija mía: el mundo es enemigo del amor de Dios. Y el amor de Dios es la paz. Mas el hombre ama las cosas de la tierra. Y las cosas de la tierra se llevan nuestra paz. «Y aconteció que como fuesen de camino, entró Jesús en una aldea, y una mujer que se llamaba Marta lo recibió en su casa.

»Y ésta tenía una hermana llamada María, la cual también sentada á los pies del Señor, oía su palabra.

»Pero Marta estaba afanada de continuo en las haciendas de la casa: la cual se presentó y dijo: ¿Señor, no ves como mi hermana me ha dejado sola para servir? Dile, pues, que me ayude.

»Y el Señor le respondió y dijo: Marta, Marta, muy cuidadosa estás y en muchas cosas te fatigas.

»En verdad una sola cosa es necesaria. María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada.»

El silencio torna. El sol, que se ha ido corriendo poco á poco, marca sobre el aljofifado pavimento un vivo cuadro. A lo lejos, las campanadas de las doce caen lentas. En la Iglesia Nueva suena el grave tintineo del *Ave María*. Puche cruza las manos y murmura:

—Virgen Purísima antes del parto. *Dios te salve, María, llena eres de gracia,* etc. Virgen Purísima en el parto. *Dios te salve, María...* Virgen Purísima después del parto. *Dios te salve, María...*—Después agrega dulcemente: «El Señor nos dé una buena tarde.»

Vuelve á reinar un ligero silencio. Justina, al fin, suspira:

—La vida es un valle de lágrimas.

Y Puche añade:

—Jesús ha dicho: sed buenos, sed pobres, sed sencillos. Y los hombres no son buenos, ni pobres, ni sencillos. Mas tiempo vendrá en que la justicia suprema reine implacable. Los grandes serán humillados, y los humildes ensalzados. La cólera divina desbordaráse en castigos enormes. ¡Ah, la angustia de los soberbios será indecible! Un grito inmenso de dolor partirá de la humanidad aterrorizada. La peste devastará las ciudades; gentes escuálidas vagarán por las campiñas yermas; los mares rugirán enfurecidos en sus lechos; el incendio llameará crepitante sobre la tierra conmovida por temblores desenfrenados, y los mundos, trastornados de sus esferas, perecerán en espantables desquiciamientos... Y del caos siniestro, tras la confusión del juicio último, manará serena la luz de la verdad infinita.

De pie, Puche, nimbada su cabeza de apóstol por el tibio rayo de sol, permanece inmóvil un momento con los ojos al cielo.

J. Martínez Ruiz.

Yecla.

LA JURISDICCIÓN CONTENCIOSO-ADMINISTRATIVA

La transacción entre el partido conservador y el liberal, en que se inspiró la ley de 13 de Septiembre de 1888, en cuya virtud se delegó en el Tribunal de lo Contencioso-administrativo, instituído en el Consejo de Estado, la jurisdicción de aquel nombre, hasta entonces retenida, conforme á la ley de 17 de Agosto de 1860, no ha dado el resultado que se prometían sus autores. Huyendo del peligro, á que obedeció principalmente la reforma, de que el Gobierno pudiera separarse de las consultas de la Sala de lo Contencioso, cosa que en el transcurso de más de cuarenta años sólo ocurrió, y esto por fundadísimos motivos, media docena de veces, la Comisión de reformas administrativas, nombrada por el Ministerio del Sr. Cánovas del Castillo, que presidió D. Manuel Silvela, compuesta de elementos conservadores y liberales, y de que formó parte el autor de estas observaciones, no tuvo inconveniente en proponer la mencionada delegación, con la garantía á que dió fuerza la ley citada de 13 de Septiembre de 1888 y amplió después la reformada de 22 de Junio de 1894. Consiste esa garantía en poder el Gobierno, en los casos dudosos y por razones de interés público, suspender temporalmente la ejecución de las sentencias, y por las mismas razones ó la de haberse hecho imposible material ó legalmente su cumplimiento, acordar la no ejecución de ellas. En el primer caso, ó sea el de la

suspensión, debe comunicarse al Tribunal la resolución y sus motivos, pudiendo llevarse á efecto lo mandado, si ya no lo estuviere, en la Real orden recurrida, y el Tribunal, por su parte, acordar en su vista la indemnización que haya de satisfacerse al particular por el aplazamiento, si procediere, así como el Gobierno, por la suya, dar cuenta, dentro del primer mes de estar abiertas las Cortes, á las mismas de la suspensión y sus fundamentos. En el caso de no haber posibilidad de cumplir la sentencia (1), el Gobierno está obligado á declararlo así en resolución motivada, de que tiene igualmente que dar cuenta á las Cortes en el plazo indicado, verificándose esto también cuando, pudiendo cumplirse la sentencia, estima el Gobierno, por razones de interés público, que no debe llevarse á efecto la ejecución. En este último supuesto, el Ministro á quien corresponda hacerlo, debe someter á las Cortes, dentro de los dos meses siguientes al día en que les participe su acuerdo, dictado con audiencia del Consejo de Estado en pleno, un proyecto de ley determinando la indemnización que debe concederse en equivalencia del derecho declarado por la sentencia, ó la manera de atender, en otra forma, á la eficacia de lo resuelto.

Nada cabe objetar contra el pensamiento de la ley, y mucho menos respecto á la manera de armonizar el respeto á lo juzgado con el interés público y de gobierno. Lo que no se explica, ni es fácil darse cuenta de ello, atendida la limitación de las causas ó motivos que pueden originar la suspensión y aun la no ejecución de las sentencias, es que sean tan frecuentes ó comunes los casos en que el Gobierno adopta tan graves determinaciones. En lo antiguo ó bajo el régimen de la jurisdicción retenida, muy superior en doctrina, al régimen actual, fueron muy contados los casos, como ya se ha dicho, en que se separó el Gobierno de las consultas de la Sala de lo Contencioso del

(1) Esto puede suceder en el caso de supresión de servicios contratados y otros semejantes.

Consejo de Estado, de la que formó parte, no escaso tiempo, el autor de este escrito. Apenas si había ocurrido eso media docena de veces, como se ha expuesto, cuando se dictó la ley de 13 de Septiembre de 1888, y en cambio ahora, tratándose de un régimen establecido para impedir que la Administración pueda separarse del criterio del alto Tribunal de lo Contencioso-administrativo, menudean las resoluciones en contrario, hasta sin visos de razón en ocasiones. Reconocemos que sin la garantía establecida en el art. 84 de la ley reformada de 22 de Junio de 1894, no podría mantenerse la delegación de la jurisdicción de que se trata; pero los que aceptaron, como yo, por espíritu de concordia el cambio, jamás pudimos temer, ni aun sospechar siquiera, que ocurriese lo que está sucediendo.

Cuando no hay posibilidad de cumplir la sentencia, y esto tratándose de los cambios y vicisitudes que experimentan los servicios del Estado, puede ocurrir, aunque no frecuentemente, el único remedio que se ofrece para armonizar el interés de la justicia con el público, es la indemnización de que habla el último párrafo del art. 84 de la ley en favor del derecho declarado por la sentencia.

Otro tanto sucede cuando, pudiendo cumplirse el fallo dictado, estima no obstante el Gobierno, por razones de interés público, que no debe llevarse á efecto su ejecución. Semejante facultad es la verdaderamente peligrosa, aunque la haya dictado un alto espíritu de previsión, pues se presta—y de ello se han visto ejemplos ya—á torcidas interpretaciones y á resoluciones injustas, suponiendo la existencia del interés público allí donde verdaderamente no existe, con daño del Estado, á cuyo cargo ha de correr la indemnización que lleva consigo la no ejecución de las sentencias. Cierto que tiene el correctivo, al igual de la suspensión por imposibilidad de cumplir lo juzgado, de haber el Gobierno de dar cuenta de su resolución, á las Cortes; mas esto no ha impedido que se decreten suspensiones injustificadas, que no sólo ceden en menoscabo de lo fallado, sino que hacen desconfiar de la justicia administrativa,

siendo hoy objeto de preocupación lo que nadie temía en tiempo de la jurisdicción retenida, y eso que entonces podía el Gobierno separarse libremente, aunque razonándolo, de las consultas de la Sala de lo Contencioso del Consejo de Estado, sin la obligación, como queda dicho, que le está impuesta ahora, de dar cuenta á las Cortes. (1).

Claro es que aquí donde el nivel de todo, en el orden político y administrativo ha bajado mucho, el actual Tribunal de lo Contencioso-administrativo y el Consejo de que forma parte no pueden compararse con la Sala de lo Contencioso y el Consejo de 1860; como éste á su vez no alcanzó nunca, ni aun en los tiempos en que lo presidieron Martínez de la Rosa é Isturiz y formaron parte de él Pacheco, Pastor, Díaz, el Marqués de Valgornera, Casaus y Mayans, y actuaba de Secretario Posada Herrera, la importancia del Consejo de Estado de fines del siglo XVIII y principios del XIX, sobre todo después de lo que elevó sus funciones la Constitución de 1812. Evidentemente, la causa de haber disminuído la importancia del Consejo organizado por la ley de 17 de Agosto de 1860, proviene de haberse ampliado las condiciones para facilitar el nombramiento de Consejeros y satisfacer aspiraciones; pero lo que, hablando en puridad, ha concluído con él, no es tanto lo que acaba de indicarse como la reforma del Sr. D. Francisco Silvela, siendo Presidente del Consejo de Ministros, que redujo á un Presidente y tres de Sección, esto es, á un Consejo sin Consejeros, el personal de treinta y tres fijado por la citada ley, sin disminuir en igual medida el número de asuntos en que debe ser oído ó consultado (2).

---

(1) De este asunto se ha ocupado recientemente en el Senado el Señor Marqués de Perijáa.

(2) Por razón de economías y por no parecer bien que coexistiesen como cuerpos consultivos el Supremo Consejo de Guerra y Marina y la Sección de este mismo nombre del Consejo de Estado, se suprimió la última, que constaba de cinco Consejeros, quedando reducido á veintiocho el número de los que componían dicho alto cuerpo.

Así no puede continuar: ó se suprime por completo, lo que sería un mal gravísimo, sobre haber necesidad entonces de reformar la Constitución y las leyes que exigen su concurso ó su audiencia, ó hay que deshacer la obra fundada en motivos de economía del Sr. Silvela, reorganizándolo en condiciones iguales á aquellas con que se creó y procurando enaltecerlo en vez de deprimirlo, ya que por ministerio de la ley precede á todos los Cuerpos del Estado después del Consejo de Ministros, cuyos individuos forman parte del mismo.

No servirá decir que, aun reducido á las condiciones en que se encuentra en la actualidad, funciona el Consejo, porque el milagro, si así puede llamarse, se debe al inteligente personal de oficiales que ahora y en todo tiempo se distinguió por su celo é ilustración en el mismo. De él formaron parte, además del Sr. Silvela (D. Francisco), ya citado, los señores Conde de Tejada de Valdosera, Albacete Gallostra, López Puigcerver, González (D. Alfonso), Alcántara, Morales y Serrano (actual Subgobernador del Banco de España), Frau y el modesto autor de estas líneas.

Atribúyese al Sr. Sagasta, lo que es de celebrar ciertamente, el propósito de someter á las Cortes la reforma del Consejo, enalteciéndolo, como era también el pensamiento de Cánovas, en vez de rebajarlo, como en los últimos años se ha venido haciendo. El pensamiento del segundo era formarlo sólo de ex Ministros, con la salvedad de los que hubieran desempeñado puestos de igual ó equivalente importancia, si bien disminuyendo algo el número de Consejeros. Desconocemos el plan del Sr. Sagasta, pero tal vez no se diferencie mucho del de aquél, haciendo que continúe formando parte integrante del Consejo el Tribunal de lo Contencioso-administrativo, contra el parecer de los que no sólo de pensamiento, sino aun de proyectos formulados, pretenden llevar el conocimiento de los asuntos que le están atribuídos al Supremo de la jurisdicción ordinaria.

No; ya fue un mal el cambio, en delegada, de la jurisdic-

ción retenida, pues sin la menor ventaja del Estado ni de los particulares que se creen perjudicados por las resoluciones administrativas, como está demostrando la frecuencia con que se suspenden las sentencias del Tribunal de lo Contencioso, se ha desnaturalizado dicha jurisdicción, la cual en su ejercicio no puede ser otra cosa que la revisión por la Administración misma, con las formas del juicio, de los acuerdos que adopte, cuando sean impugnados por haberse lesionado con ellos derechos amparados por la ley. Ninguna ventaja, antes inconvenientes, según se ha demostrado, ha traído consigo la reforma, y en cambio se ha desnaturalizado la jurisdicción, autorizando á un Tribunal á que revoque ó deje sin efecto las resoluciones dictadas á nombre del Monarca y aun autorizadas con su firma, cosa de todo punto inadmisible en el orden de los Poderes públicos, puesto que somete en cierto modo el Ejecutivo, representado por la Corona, al judicial, aunque se trate de un organismo de esta clase de carácter administrativo.

E. Cánovas del Castillo.

CRÓNICA LITERARIA

Historia de España y de la civilización española (tomo II), por D. Rafael Altamira.—*La teoría básica* (*Bio-sociología*), dos tomos, por Don Rafael Salillas.—*La raza negra es la más antigua de las razas humanas*, por D. Gervasio Fournier.—*Mallorca durante la primera Revolución (1808-1814)*, por D. Miguel S. Oliver.—Otros libros recientes.

El docto Catedrático de la Universidad de Oviedo é ilustrado publicista D. Rafael Altamira, acaba de publicar el segundo tomo de su *Historia de España y de la civilización española*. Estos adjetivos, docto, ilustrado, que tanto se prodigan y que hasta se han envilecido por la facilidad con que los pegan á cualquier nombre las letras de molde, son aquí reflejo de la realidad, expresión de cualidades verdaderas. Los que siguen con alguna atención el movimiento bibliográfico y no son ajenos á la vida de las Universidades, saben que el Sr. Altamira es uno de los miembros más cultos del Profesorado joven de dichos centros de enseñanza. De su laboriosidad infatigable dan testimonio numerosos escritos sobre diferentes materias históricas, pedagógicas y jurídicas, y en particular la *Historia de España* á que antes nos referimos le da derecho al título de historiador, que tan pocos pueden pretender ahora entre nosotros, aunque, si no muchos, hay bastantes que lo usurpan atrevidamente y se adornan con él sin merecerlo.

No es la *Historia de España* del Sr. Altamira uno de tantos

Manuales didácticos como se publican, más que por exigencias de la cultura y de la enseñanza, por necesidades económicas de los Profesores, á quien el Estado paga poco, y que tienen que buscar un suplemento de sueldo en el socorrido libro de texto. La obra del Sr. Altamira no se parece en nada á la inmensa mayoría de esos compendios. Los dos tomos que van publicados de ella permiten calificarla del trabajo más importante de conjunto que se ha publicado en estos últimos tiempos acerca de la historia de España.

El segundo tomo señala una innovación en el plan de la obra. Fue proyectada ésta en dos volúmenes; pero la extensión que ha ido dando el Sr. Altamira al estudio de las Edades Antigua y Media, le han obligado á ampliar su primitivo proyecto, agregando un nuevo tomo, según se lee en la advertencia final del volumen recientemente publicado.

Los aficionados á las lecturas históricas celebrarán seguramente que se ensanche el marco de esta obra, que por su extensión y condiciones es única en su tipo y clase en España.

El segundo tomo consta de 570 páginas, y comprende la historia interna de las diferentes regiones españolas desde mediados del siglo XIII á mediados del XV—parte que ocupa más de la mitad del volumen—y la historia externa é interna del período del establecimiento de la unidad política y de la monarquía absoluta (1479-1516).

Tratándose de un libro que lleva el título de *Historia de España y de la civilización española*, es natural la extensión que en él se da á la llamada historia interna, cuyo concepto coincide en gran parte con el de la historia de la civilización. Esta es una de las novedades que ofrece, pues aunque hace tiempo predomina en los estudios históricos la tendencia á dar importancia cada día mayor á la historia interna, pocos lo han llevado á la práctica entre los modernos escritores españoles de historia, y en muchos de los Manuales que circulan creen haber cumplido los autores con esta exigencia, agregando al final del relato de los acontecimientos de cada período

histórico algunas breves noticias de segunda mano sobre los monumentos arquitectónicos de la época y las personalidades que sobresalieron en las artes y en las distintas ramas del saber y de la actividad humana.

La historia interna es mucho más que eso, y hasta es otra cosa. En algún sentido puede afirmarse que no sólo representa una ampliación del objeto de la historia, sino una nueva orientación y un nuevo concepto de ésta. Señala el tránsito de la historia heróica á la historia anónima. Pone al lado de la historia de la vida pública, en sus más culminantes manifestaciones, la historia de la vida privada, por decirlo así: su verdadero sujeto no son los Príncipes y los grandes hombres, sino *los que no tienen historia*. Puede decirse que *humaniza* la historia echando un presente sobre el abismo que media entre la visión histórica, solemne y grandiosa, tejida de acontecimientos transcendentales y elaborada por personajes de casta superior, como la tragedia clásica, y la vida real en que los acontecimientos pequeños y la multitud sin nombre ni fama forman el caudal de la gran corriente en que sobrenadan aquí y allá algunos grandes sucesos y algunas grandes figuras. La historia interna es, desde este punto de vista, la gran clave para entender la historia. Al conocimiento de las grandes causas y de los grandes actores agrega el de una infinidad de causas pequeñas y de efectos menudos, y el de ese gran actor de los sucesos que se llama pueblo ó colectividad, y que por obrar en silencio, á la larga, movido muchas veces por impulso de una personalidad sobresaliente, pero transformando ó modificando siempre la fuerza recibida, queda relegado á segundo término en la historia pública.

Desvanece así la historia interna esa ilusión tan general que inconscientemente nos hace ver de distinta naturaleza que los actuales los tiempos pasados; poético, trágico y épico el ayer, lleno de comitivas solemnes, de dramáticas escenas, vivido por una raza superior; pálido y prosaico el hoy, en que sólo á largos intervalos ocurre algo que despierte en el espec-

tador la *emocion histórica;* ilusión semejante á la que nos da la óptica en un paisaje: en la lejanía todo se funde y se armoniza, ofreciendo una perspectiva pintoresca; en el suelo que pisamos, en los árboles que tenemos al alcance de la mano, vemos demasiado los permenores. La historia interna acerca, por decirlo así, el paisaje lejano, y nos hace ver sus detalles y particularidades.

La antigua concepción de la historia, como selección de sucesos memorables y de hombres ilustres, no es indefendible en absoluto. Desde el punto de vista estético y desde el punto de vista moral, como visión artística de lo pasado y como ejemplo, puede tener su justificación y su defensa. Pero aun los que profesan el culto de la historia entendida al modo clásico, no pueden negar la utilidad de esta otra clase de saber histórico que se designa con el nombre de historia interna.

Gran dificultad ofrecen las investigaciones de este género: su contenido enciclopédico requiere preparación enciclopédica también, y acaso en ninguna otra clase de trabajos históricos sea más necesaria la división del trabajo. Es más difícil hacer una historia de los precios que una historia de la guerra de los cien años; las fuentes que hay que consultar para la historia interna son innumerables, están diseminadas, y suelen ser ajenas las más de ellas á toda intención histórica. Para llevar á cabo esta empresa hay que desenterrar la vida privada de otros tiempos, removiendo los restos que ha dejado en contratos, relaciones literarias, cuentas, documentos particulares y otras mil reliquias escondidas.

Aunque, como es natural en una obra del género de la suya, haya aprovechado el Sr. Altamira trabajos anteriores, es grande la labor que representa la parte consagrada en su libro á este aspecto de historia, sin que con esto queramos dar á entender que resulte sacrificada, ni sea inferior la historia externa.

Reune la *Historia de España* del Sr. Altamira las condiciones capitales que pueden apetecerse en esta clase de libros:

erudición abundante y sólida; crítica perspicaz y serena; forma esmerada y literaria. Hasta las condiciones materiales de la obra aventajan mucho á las que suelen tener los Manuales de historia, salidos de prensas españolas, y por su clara y elegante impresión y sus numerosos y bien elegidos grabados, honra esta *Historia* á la casa editorial barcelonesa de Gilí, que viene publicándola.

Al hablar de crítica, entre las condiciones que distinguen á este libro, podemos caracterizarle mejor diciendo algunas palabras sobre la clase de crítica de que usa el Sr. Altamira. Crítica en historia no significa siempre dictar fallos absolutorios ó condenatorios; significa también explicar, interpretar, juzgar de las cosas no con nuestro criterio de hoy, sino con arreglo á la atmósfera social en que nacieron y existieron; juzgar de los personajes con arreglo á su psicología y á la psicología colectiva que influyó en ellos, verlos y representárselos desde su punto de vista, con arreglo á las ideas de su tiempo y á las circunstancias de su posición histórica, y, sobre todo, *comprenderlos* antes que juzgarlos. Género es este de crítica algo más difícil aunque menos pretencioso y petulante que aquella otra crítica *judicial,* por decirlo así, que instruye su correspondiente proceso á los personajes y á los acontecimientos de la historia, y quiere sentenciarlos aplicando opiniones ó maneras de pensar de hoy, es decir, con un criterio y un espíritu abstracto y antihistórico.

Tiene, en verdad, algo de cómico el espectáculo que ofrecen no pocos autores de Manuales ó Epítomes de historia, erigiéndose en miembros del Tribunal de los muertos á usanza egipcia, ó en jueces de instrucción y jurados populares á la moderna para seguir estas causas y dictar estos fallos, y verles, por ejemplo, emplazar á los Reyes Católicos, para que respondan de la expulsión de los judíos, y declararles convictos de que fueron unos fanáticos ó se dejaron alucinar por un Padre Montaña de entonces, como si en pleno siglo XIX y en los albores del XX no hubiésemos visto renacer en Europa la cuestión

judía, bajo el nombre de antisemitismo; con los caracteres de problema étnico, social y religioso, que desde la Edad Media reviste, combinados, según los tiempos, en diversas proporciones, y con fuerza bastante para perturbar la vida social en una nación como Francia, regida por instituciones democráticas, y que blasona de ser la cuna y la depositaria de los tres principios de la Revolución: libertad, igualdad y fraternidad.

No es de este género la crítica histórica que emplea el Sr. Altamira, sino de la verdadera y legítima que aspira á comprender y explicarse lo pasado. Por eso su libro no lleva etiqueta ni sello de partido ó escuela, sino que ofrece la serena cuanto difícil objetividad del conocimiento, no encauzado artificialmente por algún fin demostrativo que se ha impuesto previamente el espíritu, cediendo á sugestiones del sentimiento ó del hábito.

Si, como es de esperar, el favor del público corresponde á los méritos de esta obra, sería muy útil que su autor hiciera un breve resumen ó epítome de ella, que podría resultar un excelente compendio para los grados inferiores de la enseñanza. En la colección de Manuales que publica la misma casa editorial de Gilí estaría muy en su lugar un resumen semejante, pues la extensión de esta *Historia de España,* que hace de ella un excelente texto para las Facultades de Filosofía y Letras y un libro precioso de lectura y consulta para la masa general del público culto, resultaría excesiva para los estudios que se hacen en los Institutos y Colegios de segunda enseñanza, y más todavía para la instrucción primaria. Como no abundan en nuestra literatura histórica libros de este mérito y de estas condiciones, conviene sacar todo el partido posible de los que se publican. Por eso me permito exponer esta idea, que probablemente se le habrá ocurrido también, sin que nadie tenga que apuntársela, al erudito autor de la *Historia de España y de la civilización española.*

***

Otro libro importante, del que hubiera deseado dar noticia antes de ahora á los lectores de La España Moderna, es *La teoría básica (Bio-sociología)* de D. Rafael Salillas, libro que forma parte de la biblioteca de Derecho y Ciencias sociales que edita la librería de Suárez. Más de 1.500 páginas de compacta impresión suman los dos tomos de que consta esta obra, que, por ser más abstracta y más general que las anteriores del mismo autor, resulta menos accesible á la mayoría del público y requiere mayor preparación intelectual en el lector.

En su notable libro sobre el *Hampa* había bosquejado ya el Sr. Salillas la teoría básica al estudiar la antropología picaresca, y dentro de ella el caso típico de nomadismo que ofrecen los gitanos. Pero su nueva obra, concebida al principio como una teoría básica del delito, al llegar á la ejecución ha abandonado esta determinación especial, esta *diferencia última,* y, saliendo del terreno criminológico, ha pasado al de la Sociología y, en esfera más amplia, al de la Biología general.

No es, pues, la *teoría básica* que expone el Sr. Salillas una teoría básica de un fenómeno particular como la delincuencia, ni se contenta con ser una teoría básica de los fenómenos sociales en general, sino que, abarcando más amplio horizonte, pretende ser una interpretación general de los fenómenos de la vida, dentro de la cual tiene su lugar la interpretación de los hechos que ofrecen las sociedades humanas, como á su vez dentro de esta esfera está comprendido el fenómeno particular morboso que llamamos delincuente, delito, delincuencia.

Por esta indicación puede comprenderse cuán vasta es la materia que abarca la nueva obra del Sr. Salillas, y el dominio que requiere de las ciencias naturales y de las sociales un trabajo de esta especie. Punto menos que imposible sería compendiar la tesis de dicho libro en las pocas palabras que aquí podemos dedicarle, sin otra pretensión que la de llamar la atención de las personas ilustradas hacia obra tan digna de estudio. A la noción de organismo con que generalmente ha solido representarse la sociedad, sustituye la teoría básica

la noción de una arquitectura, de un orden de bases: base de sustentación física, base nutritiva, base psíquica. La base es aquello en que se apoya el sér, aquello que le sustenta y le hace posible, ya de un modo material, como el suelo en que nos apoyamos, ya sosteniendo sus energías y reparando sus pérdidas, mediante la nutrición, ó ya en el orden de la mentalidad á que aplica el Sr. Salillas los mismos principios. La teoría básica es, pues, una filosofía arquitectónica biológica y sociológica, una definición y explicación de los fenómenos desde este punto de vista, que tiene, á mi entender, mucho de metafórico, como la mayor parte de las explicaciones de las cosas que exceden de la representación sensible.

El segundo tomo de la obra en que hay aplicaciones de la teoría á casos históricos como el pueblo egipcio y los nómadas del desierto (en los libros titulados *El Nilo* y *El Sinaí*), es muy interesante, y toda la obra acredita una vez más la competencia de Salillas en estos estudios. En algunos pasajes resulta un tanto obscura la expresión, ya por la concisión con que aparecen expresados los conceptos, ya por el uso del tecnicismo; por eso no es este libro de los que pueden leerse de prisa, sino que requiere la *lenta lectura* que deseaba Nietzsche. Leyéndolo así, lentamente, hasta los que no estén conformes con la teoría de Salillas, encontrarán en él un caudal de observaciones y de pensamientos de gran valor y de indudable fuerza sugestiva.

***

Si los estudios históricos tuvieran más aficionados en España, sería más conocido el nombre de D. Gervasio Fournier, autor del *Ensayo de Geografía histórica de España,* de *El pueblo griego es de origen egipcio,* y de la reciente obra *La raza negra es la más antigua de las razas humanas.*

El Sr. Fournier se ha formado á sí mismo como cultivador de la historia, según declara en el prólogo del segundo tomo de su *Ensayo de Geografía histórica,* mérito no escaso y forma

de iniciarse en los estudios históricos que ofrece tantos inconvenientes como ventajas; la primera de éstas es que semejante especie de iniciación favorece la originalidad; el mayor de aquellos es la falta de método en los primeros pasos, que puede ser causa de que el espíritu se habitúe á una visión parcial y falsa de las cosas, y adquiera prejuicios difíciles de desarraigar.

En los libros antes citados viene sosteniendo el Sr. Fournier la teoría histórica de que en Egipto, y no en la India, hay que buscar los orígenes de la civilización y de los pueblos históricos. En justicia, no puede negarse que dichas obras acreditan una extraordinaria laboriosidad, una afición probada á la historia y muchas y meditadas lecturas de los historiadores antiguos y modernos, desde los clásicos de Grecia y Roma hasta los más recientes de los actuales tiempos.

El problema que estudia el Sr. Fournier en su obra acerca de la mayor antigüedad de la raza negra, excede en cierto sentido de los límites de la historia y penetra en el campo de la prehistoria y de la Antropología paleontológica. Por testimonios propiamente históricos no podemos determinar si fueron negras las razas primitivas de Canstadt y Cro-magnon; hay que acudir á los datos anatómicos, á conjeturas basadas en la configuración de los restos que se conservan de aquellos antepasados remotos. Las tradiciones de los pueblos antiguos, lo que dicen los historiadores de la antigüedad sobre la coloración de la piel de ciertos pueblos, desaparecidos los unos, transformados otros, es un dato auxiliar, confuso y dudoso muchas veces, pues no siempre es fácil, ni siquiera posible, descubrir la filiación de los pueblos que mencionan los historiadores clásicos, *identificar* con seguridad su personalidad étnica, ni establecer su descendencia.

Muchas son, por consiguiente, las dificultades que ofrece una demostración como la que ha emprendido el Sr. Fournier. Nuestros conocimientos de los tiempos prehistóricos y de los albores de la historia tienen mucho de hipotético y conjetural, que á cada paso puede ser modificado por algún nuevo descu-

brimiento. Unas veces el estudio de las lenguas y la investigación de lo que debieron ser las civilizaciones lejanas en las raíces de antiguos idiomas, desentrañando en la palabra el concepto y en el concepto el modo de vivir de los que le concibieron y le fijaron en el lenguaje; otras veces los ladrillos, cilindros y estelas descubiertos en las excavaciones arqueológicas, aportando nuevos textos epigráficos; otras, los estudios anatómicos de los restos humanos sugieren á los sabios nuevos argumentos en favor de la antigüedad de tal pueblo ó de tal raza, y de la manera de ser y de vivir en los tiempos primitivos. El tejer y destejer de Penélope es muy frecuente en el campo de la Protohistoria, por lo mismo que sabemos y podemos saber tan poco de aquellos lejanos orígenes.

El interesante libro del Sr. Fournier está basado en autoridades; es una interpretación de textos de los historiadores. Su tesis de que la civilización va aclarando el color de las razas, de que coexisten en muchos pueblos antiguos dos razas, una de tez clara, dominadora, y otra sojuzgada, de color obscuro; su afirmación de que pueblos blancos en la actualidad debieron de ser en remotos tiempos de piel obscura, resulta apoyada en gran número de testimonios históricos y citaciones antiguas y modernas. Como es natural en una obra de esta clase, no todas sus afirmaciones parecen igualmente seguras: algunas pueden tenerse por ciertas en el estado actual de los conocimientos históricos, otras por probables, otras por dudosas y hasta aventuradas.

En el prólogo de su libro sobre *La raza negra*, se lamenta el Sr. Fournier de la indiferencia con que el público y hasta las Corporaciones doctas acogen esta clase de estudios, y manifiesta que ha pensado alguna vez abandonarlos para «dedicar el tiempo, la salud y el dinero á los placeres de la vida». Indudablemente es esto más práctico, aunque sea menos elevado, que el escribir libros de historia; pero el pensador necesita tener alguna vocación al sacrificio, amar la verdad ó el saber por sí mismos y esperar confiadamente que lo demás se

le dará por añadidura, y si no se le da, como suele acontecer, resignarse con el papel de caballero andante del ideal y del progreso, sin el estímulo ni la codicia de premios temporales. Esto es lo que en definitiva ha debido de resolver el Sr. Fournier, puesto que sigue cultivando los estudios históricos y no vende, sino regala, los libros que publica.

Merece citarse también entre los libros de historia publicados recientemente, el notable estudio que con el título *Mallorca durante la primera Revolución (1808-1814)*, ha dado á la estampa el Sr. D. Miguel S. Oliver. El asunto de la obra es interesante, pues en el período comprendido entre ambas fechas ofrece la historia de las Baleares rasgos y acontecimientos tan curiosos como la cautividad de los prisioneros franceses, procedentes en su mayor parte de la capitulación de Bailén (que como es sabido no fue cumplida en lo referente á la repatriación de los franceses) en la isla Cabrera, y la numerosa emigración de los catalanes, que pasaron á las Baleares huyendo del rigor de la dominación napoleónica. Aunque menos típicos y excepcionales, el alzamiento contra la invasión francesa y el Gobierno intruso de José Bonaparte, y luego la lucha entre liberales y serviles, ofrecen también aspectos curiosos de la historia de Mallorca en ese período en que siguió el cauce común por donde corrió la de las demás comarcas españolas, si bien la posición insular de aquella provincia y la protección de las escuadras inglesas la libraron de los horrores de la guerra.

El Sr. Oliver revela verdaderas condiciones de historiador. Su obra supone un ímprobo trabajo de investigación en muy diversas clases de documentos y papeles de la época, y el relato está hecho con amenidad y soltura, que hace en extremo grata su lectura.

***

Para terminar, citaré entre los libros recibidos recientemente la nueva novela de los hermanos Millares Cubas, nove-

listas bien reputados de Canarias: *Nuestra Señora,* superior, á mi juicio, en la pintura de tipos al desarrollo é interés dramático de la acción; otras dos obras de escritores canarios (que acusan un activo movimiento literario en aquellas islas): *A bordo*, *Boceto santanderino* del Sr. Betancort, que ha ilustrado el seudónimo de *Angel Guerra* con páginas literarias de mérito, y *De Padres á Hijos*, novelita de D. Benito Pérez Armas, premiada en los juegos florales de la Oratava; *Melita Palma*, otra novelita interesante de la Sra. Doña Blanca de los Ríos (publicada en la *Biblioteca Mignon* de Rodríguez Serra), y las bellas poesías de D. Salvador González Anaya, reunidas en los libros *Cantos sin eco* y *Medallones*. De algunas de estas obras, especialmente de las poesías del Sr. González Anaya, entre las cuales hay algunas de impecable forma y de perfume clásico que recuerdan los *Trofeos* del poeta francés Heredia, quisiera hablar con mayor detenimiento si se me ofreciera ocasión propicia.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Psico-física: Causas psíquicas del miedo.=Sociología: El felibrismo y el regionalismo en Francia.=Teosofía: La teosofía y el materialismo.=Costumbres: Los desengaños de los multimillonarios.—El krach del divorcio.=Feminismo: Las supremacías de la mujer.—El movimiento feminista.=Educación y enseñanza: Las Universidades populares.—Las reformas técnicas en la segunda enseñanza.=Biografía: Deschanel.—Millerand.—Ribot.=Impresiones y notas: El Emperador de los *trusts*.—La restauración de «La Cena», de Vinci.—Las iglesias nacionales.—El futuro Cónclave.—La curación del cáncer.—Fuerzas perdidas en los organismos sociales.—Transformación del traje femenino.—Culteranismo del siglo XX.

PSICO-FISICA

Causas psíquicas del miedo.—Interesante es el estudio del miedo hecho por Camilo Melinand en la antigua *Revue des Revues* de París, desde el punto de vista de la causa psíquica que lo produce.

El miedo es un estado muy complejo: es, ante todo, una emoción dolorosa, un sufrimiento (el miedo á una operación quirúrgica, el miedo al ladrón y al asesino, etc.); es también una tendencia ó un conflicto de tendencias (deseo de huir y de estarse quieto); es, por otra parte, un esfuerzo de adaptación al peligro; y es, por último, un pensamiento, una imagen obsesionante. Tal es el estado de lo que se llama miedo. ¿Cuál es su causa?

Hay que distinguir la causa inmediata, que es fisiológica,

de la causa inicial, que es psicológica. El cuerpo sufre una perturbación: nuestro corazón late más fuerte, nuestra garganta se oprime y se seca, temblamos, nuestros miembros se paralizan y nuestras vísceras se contraen; esta perturbación del cuerpo, según resulta de los trabajos de James, de Lange, de Ribot y de Dumas, sobre las emociones, es la que crea en la conciencia el miedo.

El vulgo y casi todos los psicólogos clásicos creen que el miedo es un sentimiento, un estado anímico que produce ciertos efectos físicos, latidos, temblores, etc.; pero esto es inexacto: el miedo está constituído por esa turbación corporal, y es la conciencia de esa turbación; los latidos y temblores no son efectos del miedo, sino sus elementos constitutivos; imaginarse un hombre con miedo cuyo corazón latiese normalmente, es contradictorio, porque ese hombre no tendría miedo mientras su corazón no se sintiera perturbado. El orden real de los hechos no es el que de ordinario se establece: visión de un peligro, emoción y turbación corporal; sino el siguiente: visión de un peligro, turbación corporal y emoción; ó mejor todavía: visión de un peligro y turbación corporal y mental á la vez que se llama miedo.

La causa del miedo está en nosotros y no fuera de nosotros; el peligro más grave, si se ignora, no provoca miedo alguno. No bastaría, sin embargo, contentarse con decir que es la idea de un peligro; porque ¿qué es un peligro? ¿Es el miedo de sufrir, es el temor á la muerte ó á un daño cualquiera? Lo que podemos afirmar, ante todo, es que el miedo es siempre provocado por una *espera*. La simple imagen, por viva que sea, de un accidente, no basta para que se tenga miedo: en un tren yo me imagino una catástrofe, y no por eso siento miedo mientras la marcha del tren es normal; pero si el tren se detiene en plena vía, y sabiendo que otro rápido viene hacia el nuestro oímos el ruido de su marcha que se acerca, entonces el miedo, el verdadero miedo, nos oprime. ¿Qué hay de nuevo? Una espera; de segundo en segundo esperamos el tremendo

choque, y nuestro cuerpo se encorva para recibirlo: ese es el miedo.

Este elemento del miedo se encuentra en los casos más variados: el *trac* del orador es la espera del momento en que aparece ante el público; cuando un ruido inesperado nos despierta de noche, el miedo está constituído por la espera de otro nuevo y decisivo ruido; el miedo de la tempestad en el mar es la espera de la enorme ola que ha de tragarse la nave. El caso típico del miedo está en el cuento de Edgardo Poe, *El pozo y el péndulo:* un condenado, que en el fondo de un pozo de la Inquisición asiste al descenso graduado, pulgada por pulgada, línea por línea, de un péndulo de acero cortante hasta el momento en que siente «el soplo del aire del trinchante» y el «olor del acero aguzado que se introduce en sus narices».

La causa del miedo es una espera; pero ¿espera de qué? Todos los casos del miedo pueden reducirse á cuatro tipos principales: miedo á la muerte, á lo desconocido, á los sufrimientos físicos y á las emociones; claro es que hay tipos mixtos, pero estas cuatro especies de miedo los resumen todos. ¿Qué hay de común en estas cuatro clases de miedo? Podría creerse que es el dolor ó el mal; pero no es esto del todo cierto, porque á veces se produce el miedo cuando se espera un placer: el estudiante formal, el día de los premios, cuando sabe que se acerca su llamamiento, experimenta una ansiedad que es realmente una especie de miedo; «la alegría da miedo», como dice el proverbio. Luego la causa no es el mal.

Supongamos la hipótesis de que la causa del miedo es siempre un *choque,* una *conmoción física ó moral,* una sorpresa, y tratemos de comprobar la exactitud de esta hipótesis en los diversos tipos del miedo. ¿Por qué tenemos miedo de la muerte? Por la inmensa sacudida que nos imaginamos; es verdad que hay en esto el miedo de lo desconocido, del más allá, de los dolores que preceden á la muerte; pero en ese doble miedo hay siempre la espera de un choque. El miedo á lo desconocido es del mismo género; la locura nos espanta porque

esperamos siempre una nueva explosión del espíritu en delirio; la máscara asusta á los niños é inquieta á los hombres, porque con ella es siempre inminente una sorpresa. El miedo al dolor no es sino el miedo del choque; cuando el dolor carece de sorpresa crece lenta y regularmente, y enerva ó deprime sin asustar. En cuanto á las emociones vivas, no necesita demostrarse que su miedo es el miedo de una conmoción; quien dice emoción dice sorpresa.

La causa psíquica del miedo es, pues, la espera de una sorpresa, de una sacudida; el caso típico se observa en el juego del escondite: un niño se oculta y otro llega, esperando á cada momento la aparición y el grito del compañero oculto, y tiene entonces un miedo mortal y delicioso.

Basta que se espere un choque para que haya miedo, aunque el choque no tenga nada de doloroso; yo sé que van á tirar un pistoletazo, espero la detonación, y aunque nada tengo que temer, experimento cierta ansiedad de la naturaleza del miedo; en el momento de entrar en el agua fría ó de recibir una ducha, hay siempre una opresión de corazón que se parece mucho á un ligero trac ó á la espera de una mala noticia. Y es más: aunque la sacudida sea agradable, hay miedo; la espera de un elogio solemne, de una buena noticia, de un gran placer, da miedo.

Merece fijar la atención el hecho misterioso de la opresión que sentimos cuando nos acercamos al término de un viaje. ¿Por qué ese obscuro deseo de no llegar, ese extraño espanto de la estación donde vamos á bajar? ¿Es simplemente repugnancia á pasar del sueño á la realidad? ¿Es vago temor de todo lo que nos espera? ¿Es secreta inquietud de no encontrar los corazones como los hemos dejado ó como los deseamos? ¿Es el sentimiento de que hay que producir cierto efecto y el temor de nuestra impotencia? En todo caso es la espera de un golpe en el corazón que quizá vamos á experimentar, la espera de una sorpresa, de un sobrecogimiento misterioso, del que no acertamos á darnos cuenta por ignorarlo. La obscuridad es-

panta porque es la perpetua posibilidad de sorpresas, choques y sacudidas; la angustia del marino que vaga entre nieblas es de este género.

He ahí por qué se dice que el oído es el sentido del miedo, porque es el sentido de la espera; un ruído nos hace esperar algo, mientras que la vista nos presenta ya el objeto mismo, y el tacto es el sentido de lo sólido, de lo real; en los animales sólo el olfato provoca tanto miedo como el oído, porque el olfato es también sentido que hace esperar la existencia de un objeto.

Podría objetarse contra la hipótesis sentada el hecho del miedo después del peligro; no esperamos el choque, puesto que ha pasado. Es verdad; pero aunque ha pasado, revive en nuestra imaginación produciendo todos sus efectos. Podemos, pues, decir, después del análisis hecho, que el miedo es la emoción producida por la espera de un choque, de una sacudida física ó moral.

¿Qué pasa cuando esperamos un choque? Que nuestro organismo se prepara á recibirlo, produciéndose en nuestro cuerpo todos los actos reflejos adecuados para esa preparación; de ahí sensaciones complejas, cuya conciencia confusa constituye el miedo. Las conclusiones á que hemos llegado tienden á probar que el hombre—como todo lo viviente—es un sér de hábito; está hecho para la fijeza, tiende á perseverar indefinidamente en cierto estado, evolucionando insensiblemente, y todo lo que rompe bruscamente la continuidad de su vida es contrario á su naturaleza. Tiene gusto por el cambio, pero es cuando no puede habituarse realmente al estado presente. Puede decirse, en otros términos, que nuestro estado normal es la adaptación al medio ambiente; cuando es perfecta no hay choques ni sacudidas; la sacudida y el choque revelan en ese medio la existencia de fuerzas con las que el hombre no se ha puesto en armonía.

SOCIOLOGIA

El felibrismo y el regionalismo en Francia.— Las diversas manifestaciones descentralizadoras de Francia deben dividirse, según Pedro Hostala lo hace en la *Rasegna internacionale* en dos grupos: los felibres y los regionalistas puros y simples.

¿Qué es el felibrismo? Una especie de regionalismo organizado de las provincias meridionales de lengua de *oc*, desde Burdeos hasta Niza. En 1854 se reunieron en Font-Segugne, en el Vancluse, siete amigos: Roumanille, Giera, Aubanel, Brunet, Mathieu, Mistral y Tavau, poetas que escribían en provenzal; tomaron el nombre de felibres y proclamaron su propósito de resucitar su lengua, contentándose con escribir obras en prosa y verso, y principalmente el *Armaná prouvençau* (1855). La publicación de *Mireio* de Mistral tuvo gran resonancia, y fue la piedra fundamental del felibrismo, cuyo programa no se reduce ya al puramente literario de resucitar el provenzal, sino también á la afirmación del pasado histórico de la raza.

En 1867 Víctor Balaguer, emigrado político, se une á sus hermanos del otro lado de los Pirineos, y al volver á España les remite una copa de plata que, con el himno de Mistral, *Coupo Santo*, vienen á ser el emblema del felibrismo. En 1874, para celebrar el centenario de Petrarca, se verificó en la fuente de Vancluse una gran fiesta á la que asistieron provenzales, parisienses, italianos y españoles, y en la que se lanzó la idea de la federación latina, cuyos estatutos fueron votados en 1876 en la Sala de los Templarios de Aviñón.

Los felibres se dividen en dos grupos: los «mantenedores» y los «mayorales». Cada «mantenencia» corresponde á un gran dialecto de *oc* dividiéndose luego en «escuelas» ó subdialectos. Los mayorales son cincuenta, y forman el «consistorio» felibre. La administración se compone de un jefe, el *capoulié*, de un

asesor y un síndico por cada mantenencia, un canciller, un tesorero y un secretario, elegidos todos por trienios. El 21 de Mayo, día de Santa Estela, los felibres se reunen en asamblea general en una ciudad previamente elegida por el consistorio, y cada siete años se celebran juegos florales. Los mayorales se distinguen por la cigarra de oro; el capoulié tiene una estrella de oro de siete rayos, y los mantenedores llevan la pervinca turquí.

En 1885 surgió con Javier de Ricarts y Augusto Fourés el felibrismo de acción social. Hoy, gracias al impulso dado por Mistral metódicamente, el felibrismo, menos alegre y burlesco, se ha extendido por todo el Mediodía, comprendiendo la Gascuña y el Bearne, y constituyendo el regionalismo de los países de lengua de oc.

El 4 de Marzo próximo pasado ha sufrido el felibrismo una pérdida difícil de reparar, con la muerte del *capoulié* Félix Gras, ocurrida en Aviñón. Gras venía siendo jefe de la Sociedad desde 1891, después de la muerte de Roumanille. Su amplitud de miras, su grandeza de alma y el positivo valor de sus obras han influído no poco para conquistar las grandes simpatías de que gozan los felibres en el mundo literario y en las esferas del Gobierno. Como exergo de su labor figuraba el lema:

Ame moun village mai que toun village;
Ame ma Prouvinço mai que ta prouvinço;
Ame la Franço mai que tout (1).

El 21 de Abril se reunió el Consistorio de los felibres en Arlés, eligiendo en sustitución de Gras para *capoulié* á un joven, Pedro Devoluy, poeta notable, pero principalmente un erudito, un historiador y un hombre de acción. Dadas las nuevas tendencias del felibrismo y sus propósitos de salir del campo

(1) «Amo mi aldea más que tu aldea; — amo mi provincia más que tu provincia;—amo á Francia más que todo». Hermoso programa, que tan bien armoniza el amor de la patria chica con el de la patria grande, que nuestros desdichados catalanistas se empeñan en poner en pugna.

puramente literario, no podía el Consistorio haber hecho mejor elección. Marco Varenne, comparando la acción de Gras con lo que se espera de Devoluy, dice: «Como los reyes constitucionales, el capoulié Gras no ha gobernado, ha reinado; Devoluy ha comprendido que la evolución debía acentuarse profundamente, y gobernará seguramente. Después de los poetas, de las leyendas y de la erudición, la acción se impone. Basta una palabra, y será.»

TEOSOFIA

La teosofía y el materialismo.—Gran parte de la misión de la teosofía consiste en combatir el materialismo, dice en *Sophia* Alejandro Fullerton. Por materialismo suele entenderse el culto á la materia, atribuyéndola todas las formas y toda potencia de vida, ya que no la negación de mundo ó plano alguno fuera del físico. La teosofía sostiene que la vida no viene del mundo físico, cuyo valor se reduce á dar al suprasensible medios para manifestarse y elementos con que enriquecerse. La teosofía tiene una doble misión: hacer revivir la creencia en lo invisible y hacer que lo invisible explique lo visible.

Hay dos materialismos: el grosero y el refinado; el que por cualquier motivo llega á creer que nada existe fuera de la materia y sus fenómenos, obra en armonía con esta creencia, y no viendo otro objetivo en la vida que el goce, procura satisfacer todos sus apetitos, reduciendo á tan pobres fines su existencia. Pero hay otra escuela de materialistas, formada por espíritus de alta inteligencia, investigadores pacientes que escrutan los maravillosos poderes de la Naturaleza; llenos de entusiasmo por sus descubrimientos y estudios exaltan, la fecundidad de la materia, pretendiendo explicarlo todo por sus leyes; tienen pasión por la verdad, abnegación y amor al trabajo y se sienten apóstoles de la ciencia. En cuanto el micros-

copio y el alambique les revelan nuevos estados de la materia, exáltase su pasión investigadora y se excita su celo por ampliar el campo de sus experimentos, con nobles fines y generosos instintos.

Entre estos dos tipos extremos del materialismo existen todos los grados y variedades imaginables, todos enlazados por la afirmación común de que la vida no es más que el producto de la materia organizada. No hay duda que entre todos estos hombres hay muchas personas de buena fe que no pueden encontrar ninguna prueba de que haya un mundo del espíritu mucho más real que el mundo visible, que haya un hombre dentro de ese tabernáculo de carne que perdurará cuando éste se disuelva en sus elementos. Hay millones de personas que viven como si no hubiera más que materia; pero probablemente es una minoría insignificante la que niega deliberadamente la existencia del espíritu, y más bien que excépticos ó materialistas, lo que hay son indiferentes é ignorantes.

No puede negarse la tendencia á considerar como real únicamente lo concreto y perceptible por los sentidos corporales. El hábito de la época es buscar la explicación de todos los fenómenos en causas materiales, conducta laudable en cierto sentido, pero vituperable por su exageración. Bien está que no se busquen lejos las causas de efectos que están cerca; pero á veces la explicación en esta forma es insuficiente y hay que completarla buscando otras causas. Puede ser conveniente rechazar explicaciones ocultas mientras no sean necesarias; pero muchas de las últimas conquistas de la ciencia en el terreno de los hechos son de tal naturaleza, que hay que apelar al esclarecimiento ocultista ó condenarse á ignorancia perpetua. Mucha parte del hipnotismo, el espiritismo y sus fenómenos, los sueños, la herencia, el genio, la clarividencia, las profecías y mil otros problemas son de esta clase.

La teosofía se halla frente á un estado social general, del que se ha borrado en gran parte la conciencia viva de poderes suprasensibles; de modo que se necesita una gran demolición

y reconstrucción antes de que los motivos más grandes entren marcadamente en acción. Uno de los hechos más lamentables es que la religión misma se ha infestado de materialismo. Examínense las diversas secciones, ritualistas y no ritualistas del Cristianismo, y se las verá impregnadas de materialismo. La afirmación más insistente de la católica es la de la necesidad de formar en sus filas para asegurar la salvación. ¿Y en qué consiste esa necesidad? La organización está sostenida por una ordenación física, una «imposición de manos» sin la cual no son válidos los sacramentos, que son los pasaportes para el cielo: el bautismo necesita agua; la confesión, palabras del penitente y del confesor; el matrimonio, votos cambiados y bendición pronunciada; la confirmación, óleos y manos episcopales; la comunión, hostias; la extremaunción, aceite y sacerdotes; á cada paso se enseña al creyente que su salvación sólo se alcanza por medio de ritos y funciones externas y corporales; la reverencia se inculca y el culto se mantiene por todos los medios adecuados para la enseñanza, por los ojos, por los oídos y por las manos; y en las peregrinaciones se empequeñece la comunión del alma con Dios al viajar por mar y tierra para alcanzar un lugar más cerca de la Divinidad, consagrado por un milagro material, una aparición ó una cura.

Claro es que se pretende que todas estas cosas no son más que una ayuda para la devoción; pero lo cierto es que la mente del devoto y aun la del sacerdote mismo sólo piensa en la forma material, y en un caso particular, en el de la provisión para el bautismo del niño no nacido, el materialismo práctico no puede ir más lejos, condicionando el bien espiritual por un rito físico. Todo se basa en cosas materiales; que falte el agua, el pan, el vino, el aceite y las ceremonias, y el alma se queda sin acceso á Dios. Dejadla en el gran templo de la naturaleza con el cielo por bóveda y la tierra por suelo, y se sentirá perdida y desamparada como un niño en el desierto.

Las iglesias no ritualistas no han llegado á igual grado de materialismo fetichista, pero también lo fundan todo en

un objeto sensible, pues hacen depender la bienaventuranza de la creencia en la crucifixión y muerte de Jesús; este acto de fe es el que transfiere al pecador el tanto necesario para libertarle de la responsabilidad personal y abrirle las puertas del cielo. Sus propios méritos de carácter, de espiritualidad, de altruismo, nada significan. La gran fiesta es la Pascua, y el hecho que se celebra es que por medio de la resurrección física de Jesús entre los muertos, los creyentes pueden también levantarse, siéndoles devueltos sus cuerpos por toda la eternidad. No se reflexiona que si el alma puede existir y funcionar perfectamente durante el tiempo que media entre la muerte y la resurrección, no hay razón para que no sea lo mismo después. Hacer que el asumir de nuevo un cuerpo físico sea necesario para la perfección de la existencia celeste, es una fase de materialismo tan extremado como el que más; esto sin contar con que la restauración del antiguo cuerpo sería todo menos una merced para muchos hombres dignos verdaderamente de la inmortalidad. La revivificación de un cadáver para contribuir á la dicha inmortal del alma, que se ha librado de él, es en todo caso un ejemplo del más extravagante materialismo.

Hay que encontrar algo mejor que todo esto para oponerlo á las tendencias materialistas y egoístas de la época actual, y que pueda satisfacer mejor las íntimas necesidades de los hombres serios. Una vez que se distingan debidamente las verdaderas relaciones entre la materia y el espíritu, la ciencia y la religión se fusionarán dejando de ser estudios hostiles y antagónicos, apareciendo como departamentos armoniosos de la gran filosofía de la vida que lleva el nombre de Teosofía.

COSTUMBRES

Los desengaños de los multimillonarios. —A medida que en los Estados Unidos aumenta el número de los millonarios, aumentan á su vez— dice Norvins en *La Revue* de París—las

historias dolorosas de sus desarreglos cerebrales, de los cataclismos de sus fortunas y de las desgracias de familia que les ocurren. Sus degenerados hijos revelan completa carencia de sentido moral, y sus mujeres é hijas, envenenadas por el contacto de la especulación, con su vida sin ideal y sin objeto, parecen servir de expiación á sus riquezas.

La versatilidad hace estragos entre las jóvenes casaderas; para una europea sería penoso y humillante verse separada de su novio, una vez aceptado oficialmente; en los Estados Unidos es cosa corriente la ruptura de un matrimonio proyectado para casarse con otro; el término *jilting*, que significa engañar y explotar el amor, no choca ya en aquella sociedad corrompida. En la sociedad nuevayorquesa no se oye hablar sino del último jilting de la linda nietecita de Astor, que ha sacrificado por otro á su prometido Harry Lher; de Ester Barrymose, que ha despedido á Dumaurier; de Ana Depew, que ha dejado al teniente Edie, y de tantas y tantas otras semejantes. Conocido es el idilio de mis S*** con el príncipe K***; la riquísima heredera del famoso tratante en cerdos de Chicago ha recorrido toda Europa con su novio, y cuando ya estaba fijado el día del matrimonio, lo dejó plantado por casarse con un multimillonario de la última hornada.

Las jóvenes de Europa se venden también en matrimonio, pero tienen la disculpa de sus necesidades. En los Estados Unidos el culto al becerro de oro ha pervertido fundamentalmente los corazones y las almas. Y á falta de millones, cuando no pueden tenerlos, el preferido de la joven yanki es... el que pueda llevar á su boda mayor número de multimillonarios, para que la prensa eche la cuenta del número de millones que estaban representados en la comida nupcial.

Las que en otro tiempo venían á Europa en busca de un título nobiliario que quisiera dorar sus enmohecidos y agrietados blasones, se han hecho «más prudentes», renunciando á toda vanidad aristocrática para no desear sino fortunas colosales que les permitan satisfacer sus más costosos caprichos.

Por eso, en lugar de interesarse como antes por las variaciones del Almanaque de Gotha, no se interesan más que por las emociones de Wall Street y por las fluctuaciones del mercado bursátil, yendo ellas mismas á la Bolsa para asistir á sus tragedias, para gozar de su movedizo y enloquecedor espectáculo. Preguntad á una nuevayorkina de diez y seis abriles, y os contará los escándalos de los triunfos y de las ruinas de la Bolsa, empleando hasta la jerga especial de los bolsistas, pues sabe distinguir perfectamente un *cordero* (lamb) novicio ignorante de los ardides de la especulación, de un *toro* (bull) que sabe buscar el momento del alza para comprar, y de un *oso* (bear) que vende cuando huele la baja.

Las tragedias reales y horribles de la Bolsa cautivan á las jóvenes americanas. Nadie ignora que los mates de la Bolsa tienen por consecuencia terribles apoplegías; un especulador afortunado ve de pronto destruído todo el andamiaje de sus combinaciones: el choque es tan violento, que llega al corazón y cae muerto como herido por el rayo; recogen su cadáver, y al día siguiente nadie se acuerda de él. Así sucedió, por ejemplo, á Juan Kee, hombre prudente que iba paso á paso con imperturbable calma labrando su fortuna, sin dejarse arrastrar por impaciencias peligrosas; en el mes de Mayo último colocó toda su fortuna en un solo valor, el *Union Pacific;* acechando siempre, é impasible en apariencia, ve de pronto bajar aquellas acciones de un modo extraordinario é inesperado; aquello era su ruina; Juan Kee palideció, y sin decir una palabra, cayó redondo; había dejado de vivir. Carlos A. Jones, un émulo de Vanderbilt, vió otro día cambiado el viento de su fortuna y se volvió loco; Nathaniel Jones, gran especulador de granos y multimillonario, tuvo que concluir por aceptar un empleo de escribiente, hasta que una noche se recogió su cadáver en una callejuela, y así muchos y muchos más.

Las comedias que se representan en la Bolsa para formar las convicciones de los tímidos son desopilantes. Los seductores, instruídos en su arte, unen el gesto á la palabra, y no hay

actor que les iguale. Los ejemplos de éxitos políticos se juntan para acabar de influir en el ánimo y lanzar en la especulación á los más timoratos; uno de los más recientes es el de la joven actriz miss Wilson: á fuerza de privaciones había llegado á ahorrar 2.000 duros; le aconsejaron que comprase un valor, lo hizo y ganó 2.500 duros; acalenturada por el éxito no pensó ya más que en jugadas y cotizaciones, perdiendo el sueño y el apetito; creyéndose ya hábil, compra y vende sin aconsejarse de nadie, y en tres días pierde todo lo que tenía; sin acobardarse juega sobre otro valor, y al fin de la semana se encuentra dueña de 500.000 duros; arriesga 10.000 y gana otros 250.000, y estupefacta de su suerte viene á Europa á gozar de su fortuna improvisada.

Esta fiebre de la especulación ocasiona víctimas á cientos todas las semanas; cuando el termómetro de la especulación está más alto, la estadística demográfica semanal revela un aumento de 25 por 100 en los fallecimientos: los hombres de cincuenta años forman el contingente principal de estas apoplegías fulminantes. Los médicos reconocen que se vive demasiado aprisa en aquella ciudad de negocios, multiplicándose de tal modo las enfermedades del corazón, que es difícil decir quién está completamente libre de ellas, lo cual se comprende fácilmente pasando revista á los quehaceres de un hombre de negocios, como Housman, por ejemplo, corredor afamado de Bolsa.

«Me levanto — dice Housman — á las seis y quince de la mañana; leo en seguida todos los cablegramas recibidos y tomo las disposiciones procedentes; esta lectura, aunque rápida, me lleva hasta las ocho, y entretanto, sin darme apenas cuenta de ello, he estado almorzando. Hecho esto voy á mi oficina, á pie cuando puedo, y cuando no en coche, tardando una hora en el primer caso y un cuarto de hora en el segundo, aprovechando en ambos casos el tiempo en hablar con mi acompañante de negocios. Llego á las nueve, y en mi mesa encuentro apilados cablegramas, telegramas y telefonemas;

los hojeo á escape, llamo á los jefes de mis servicios, les doy intrucciones, y á las nueve y cincuenta tengo que tener terminada toda esta primera parte del trabajo del día, pues la Bolsa se abre á las diez en punto. De diez á once y cuarto estoy en las operaciones del Stock Exchange y allí no tengo mío ni un segundo, pues tengo constantemente que responder ó llamar á mis cuatro teléfonos; de minuto en minuto me enteran de todos los movimientos de los valores, transmito órdenes á mis empleados y hablo con los clientes que necesitan una opinión ó una comunicación; á las once y quince corro á una asamblea, donde discuto mis intereses durante media hora; luego vuelvo a mis oficinas, asisto á las doce y treinta á otra asamblea, vuelvo á discutir en otra á las dos y treinta, y estoy de vuelta para tomar las cotizaciones del cierre; de tres á cuatro reunión de mis asociados para concertar las operaciones del día siguiente; pero la conversación queda interrumpida por una decena de campanillas eléctricas y otras tantas visitas urgentes de mis clientes. Entretanto, nuestro Consejo de Administración se ha enterado de nuestras transacciones y comentamos las fluctuaciones del día estableciendo los planes para el día siguiente, único medio de salir bien en Wall Street; esta tarea nos lleva hasta las siete ó las ocho, sin contar con que á cada instante me llaman por teléfono de unos ú otros despachos; corro allá, veo á este en el hotel, al otro en el club, como con uno y cambio unas palabras con otro. Hecho esto son las nueve. Entonces puedo volver á casa ó pasar media hora en un teatro si nadie me espera; pero lo más frecuente es encontrarme al paso con otra docena de personas, y pocas veces puedo acostarme antes de las once. Esa es mi vida, y siempre es lo mismo desde el principio hasta el fin de la semana.»

Y no es tanto la duración del trabajo como la constante tensión de espíritu lo que agota al financiero, no habiendo ninguna profesión en el mundo que esté sujeta á tal exceso de trabajo sostenido por la fascinación. Pierpont Morgan, ade-

más de la dirección de su gran casa de Banca, se ocupa activamente del Banco Nacional del Comercio, del que es Vicepresidente; dirige además *veintiuna* compañías de ferrocarriles, entre las cuales figura la Central, de Nueva York. No contento con estas tareas, que bastarían para llenar la vida de un trabajador empedernido, vigila activamente los negocios de la Compañía General Eléctrica, que es la mayor sociedad eléctrica del mundo; de la Compañía Pulman del Palacio del Gas, de la Sociedad de Seguros Etna, de la Compañía de la Unión Telegráfica del Oeste, de numerosas minas de carbón, y todavía, por añadidura, puede estar al frente del gigantesco *trust* del acero, de 5.000 millones de capital. ¿Qué cerebro resiste fantos esfuerzos?

En todo caso, estos multimillonarios, que por la robustez de su constitución logran evitar la enajenación mental ó la ruina de sus organismos, pagan en su primogenitura el tributo debido á este agotamiento de sus facultades, y basta atravesar uno de los más flamantes salones de los 400, para sentirse sobrecogido por la melancolía de ciertas parejas matrimoniales, en las que los jóvenes esposos aparecen ya fatigados y quebrantados por la vida mientras sus esposas se muestran singularmente ávidas de placeres que la vida les ofrece demasiado tardíamente.

***

El krach del divorcio.—¿Sabéis una cosa?—dice Emilio Faguet en la *Revue Bleue*. —Pues es que ya no se divorcia la gente; nada absolutamente, sería demasiado decir, ni querríais tampoco, porque el divorcio es institución eminentemente recreativa para que no se la echara de menos.

Y no sólo es cosa divertida el divorcio, sino que es eminentemente moralizadora, pues es el único que asegura la indisolubilidad del matrimonio. Conocido es en cirugía que el miembro roto y soldado es más fuerte en el sitio de la fractura, y

así pasa en Francia con el matrimonio: el matrimonio simple puede ser disuelto, pero si se vuelven los esposos á arreglar, se hace indisoluble. El único medio de estar casado indisolublemente es casarse primero, divorciarse después y luego volverse á casar; ese segundo nudo no hay quien lo rompa. Una joven cristiana con prejuicios anticuados sobre la vida conyugal se casa, hace que su marido se divorcie, lo reconquista después, y le dice: ¿Sabes por qué he obrado así? Porque soy cristiana y no admito que el matrimonio no sea indisoluble, y como el único medio para conseguirlo en Francia es divorciarse, he procurado que nos divorciáramos para casarnos cristianamente.

Hay, pues, algo bueno en el divorcio, algo agradable, algo útil y aun algo moralizador. Y lo sensible es que ha cesado de agradar; la estadística nos enseña que en los dos años últimos el número de divorcios ha bajado de un modo que Naquet calificaría de inquietante. Apenas se divorcia nadie. Ya no hay evasiones ni liberaciones.

¿Cuáles son las causas de este cambio? La primera que salta á la vista es que había sin duda un gran número de separaciones que transformar en divorcios; se ha procedido á esta transformación, y agotado el stock, se ha detenido, naturalmente, la producción. Dudoso es, sin embargo, que esta sea la verdadera explicación del fenómeno; hace diez y ocho años que se estableció la ley del divorcio, y es evidente que la liquidación de las antiguas separaciones no se ha dejado para los años 1895, 1896 y 1897, sino que se hizo de 1884 á 1886.

Se dirá, con esa sonrisa con que el vencedor se dirige á un imbécil, que hay menos divorcios porque hay menos casamientos; pero eso es un error. Hay menos casamientos, pero muy pocos menos, y hay también menos divorcios, pero muchísimos menos; las cifras no son proporcionales, y no hay que argumentar con tantos aires de vencedor.

¿Y entonces? Pues, ante todo, la influencia de la moda. El snobismo no es precisamente el fondo del carácter francés,

pero es un elemento muy importante. La gente se ha divorciado como en 1859 se puso á llevar crinolinas y miriñaques; y ha dejado de divorciarse como en 1870 la dió por llevar faldas aplastadas. La gloria del divorcio ha durado trece años, que es el tiempo de una moda; la crinolina duró doce años y el divorcio trece, sin duda por ser cosa algo más seria. Una moda dura el tiempo que tarda una generación en cambiar de gusto y en notar que su gusto precedente no vale nada. El divorcio ha sufrido la ley común: agradó, y ha dejado de agradar; ha sido de buen tono, y ahora es de muy mal tono; no hay, pues, que extrañarse de que no se use tanto.

¿No hay causas más profundas? Puede haberlas, y las hay. ¿No pueden observar los divorciados que en el 90 por 100 de los casos el divorcio no remedia nada, y que si antes estaban mal luego, están peor? Nuestra desgracia, cuando existe, no viene del otro, sino de nosotros mismos, y nos acompaña donde quiera; no es del otro de quien tenemos que divorciarnos, sino de nosotros mismos, de nuestro carácter violento, débil ó caprichoso, que es el que nos hace desgraciados. ¿Por qué no han de ser muchos los que se hayan dicho esto?

¿Qué es, por otra parte, el deseo del divorcio? Pues es una forma del optimismo, que consiste en creer que todo marcha perfectamente en el mundo excepto nuestra casa. El que piensa así se divorcia, en busca de una mejora que no encuentra. Pero como el desengaño no tarda en venir y son tantos los desengañados, la opinión cambia. «¿Es posible—se decía antes—que yo tenga tan mala mujer, cuando todas las demás son tan buenas, y que mi casa ande tan mal cuando las demás son un paraíso?» Así razonaban los optimistas, y se divorciaban. «¿Con que somos así?—se dice ahora;—pues así seguramente son todos los demás; yo no lo veo, pero es porque el mundo me es menos conocido que mi cuarto y las mujeres de los demás sólo las conozco en visita; pero en su casa serán lo mismo que la mía, que también en visita es encantadora.» Así se razona hoy, con pesimismo lleno de cordura, y todos, en conse-

cuencia, se aguantan y nadie quiere divorciarse, y hacen perfectamente.

Es un cambio de filosofía con el que hay esperanza de que cambien las cosas. La disminución de divorcios es ya un síntoma. No es la sabiduría, pero es el principio del buen sentido.

FEMINISMO

Las supremacías de la mujer.—Los feministas que ven en el hombre y la mujer dos fuerzas antagónicas iguales, y los antifeministas que afirman la superioridad incontestada del hombre y la inferioridad no menos incontestada de la mujer, se equivocan igualmente, dice en la *Nuova Antología* Paula Lombroso: lo que hay en el hombre y en la mujer son elementos distintos que se completan; pero mientras las supremacías del hombre han sido desde antiguo reconocidas, las de la mujer están todavía aprisionadas en los archivos de la biología y de la historia.

La superioridad orgánica del hombre es cosa tan bien acreditada, que el apelativo de *sexo fuerte* para el hombre y de *sexo débil* para la mujer ha llegado á ser un lugar común. Pero ¿se apoya realmente esta superioridad (1) en argumentos

(1) Hace veinticinco años, en 1877, cuando nadie hablaba de feminismo, y cuando yo era todavía un estudiante en Salamanca, escribí un artículo titulado *El sexo débil,* del que no me había vuelto á acordar, y que seguiría hasta Dios sabe cuándo, entre mis legajos, si el interesante trabajo de Paula Lombroso no hubiera despertado su recuerdo en mi memoria. He aquí ligeramente extractado aquél artículo con el que no sin trabajo he logrado tropezar:

EL SEXO DÉBIL

No comprendo por qué dicen
Que es tan débil la mujer;
Con sus ojos y su llanto,
¿Quién la aventaja en poder?

(Pedro Mata y Fortanet.)

inexpugnables? Si por superioridad orgánica se entiende la más pronta y rápida adaptación á la vida y á las condiciones del medio ambiente, la mujer es incomparablemente superior al hombre desde que nace, como lo prueba el mayor número de mujeres que existe: en el momento del nacimiento, los varones son muchos más que las hembras, 105, 110 y 117 por 100, según los países; pero apenas nacidos, los hombres sucumben en mayor número que las mujeres, llegando éstas á sobre-

---

Cuantas veces oigo decir ó leo que la mujer es débil, no puedo menos de compadecer al hombre por la carga que con esa afirmación echa sobre sus hombros, ni puedo tampoco dejar de comprender que esa carga es el justo castigo de su desmedido orgullo, la pena de su voluntaria ceguedad.

Vamos á ver: ¿donde está esa decantada debilidad de la mujer? ¿Está en la fuerza muscular? Demasiado sabéis que no: la mujer puede desempeñar y desempeña, llegado el caso de arrancarse la máscara de debilidad con que os habeis empeñado en cubrirla, los mismos trabajos manuales, los mismos oficios que vosotros, y fatigándose menos. ¿Queréis la prueba? Seguid los pasos de un criado y de una criada que vayan por agua; el criado, el *fuerte*, lleva sólo un cántaro, no muy grande, y á los pocos viajes está rendido; la criada, la *débil*, suele llevar dos enormes cántaros y apenas se descubre en ella el menor indicio de fatiga cuando su compañero ya no puede moverse; observadla acompañada por su novio y la veréis hacer largas paradas para dar largas á la conversación, con un cántaro lleno en la cabeza y otro no menos lleno estribado en las caderas. Y después de esto... decid que la mujer es débil.

Dentro, por otra parte, del mismo trabajo corporal, ejecutan operaciones las mujeres que jamás el hombre podría desempeñar sin graves trastornos para su economía. ¿Habéis visto velar un enfermo por una mujer y por un hombre? ¿Quién resiste más? La mujer, siempre la mujer, ese sexo tan... *débil*.

Pero sigamos el paralelo. Ya que podemos considerar que la mujer (y claro es que al hablar de la mujer se habla del tipo corriente, que puede estimarse como promedio y regla general) es físicamente, por su fuerza material y por su resistencia, igual al hombre, ¿habrá quien niegue que le es infinitamente superior en lo que á los sentimientos se refiere? No; en esto todos estamos de acuerdo: la mujer tiene una sensibilidad más exquisita. Sus fibras son más delicadas, sus nervios más sutiles, su corazón más grande, sus pasiones más ardientes. No hay más que ver sus formas redondeadas, turgentes, suaves, y compararlas con las nuestras, angulo-

E. M.—*Febrero 1902.*

ponerse al hombre en casi todas las edades, y sobre todo en la vejez, pues en Inglaterra hay 104 mujeres centenarias por 46 hombres, y en Francia 46 por 27; en Inglaterra las mujeres que llegan á ochenta y cinco años son 8.290, y los hombres no son más que 5.320.

Esta supervivencia de la mujer puede explicarse por esa mayor resistencia al mal que Lombroso ha llamado disvulnerabilidad de la mujer; de una información hecha por él mismo

---

sas, endurecidas, ásperas, para convencerse de ello. ¿Qué sentimiento iguala en vosotros al amor maternal? Ninguno. Sabido es de todos que entre dos que se aman, siempre ama más la mujer. La educación que el bello sexo recibe, la vida sedentaria que lleva, sus aficiones al patético, todo esto contribuye á desarrollar en ella el sentimiento hasta un grado infinitamente superior al del hombre. Es por lo tanto la mujer no débil, sino fuerte, fuertísima, por su parte sensible, por su delicado sentimiento Si aún se pudiera dudar, yo os pregunto: ¿cuándo llega el amor de un hombre al amor que siente la madre por sus hijos? Por último, sabiendo que la mujer siente más que el hombre, ¿no sería lo natural que pudiera resistir menos que éste el impulso de sus pasiones? Pues bien; la mujer, fuerte en su sentimiento, es tan fuerte en su voluntad que resiste y triunfa casi siempre (sea por lo que quiera) de sus pasiones, mientras que el hombre sucumbe vergonzosamente á su yugo. Ese es el sexo... débil; á tan extraviada aseveración nos lleva nuestro orgullo y nuestra ceguera.

Una última esfera resta que recorrer: la de la inteligencia. En esta parte, os oigo decir, no diréis que la mujer no es débil. Es cierto que comparada una mitad de la humana especie con la otra mitad, en la masculina se hallan muchos más talentos, muchas más capacidades que en la femenina. Pero si tenéis en cuenta que en el Occidente habéis esclavizado á la mujer, que en Grecia la habéis prostituído y en Roma la habéis obligado á prostituirse; si no perdéis de vista que en la Edad Media la mujer era aún una cosa, y que aun en la Edad Moderna le dais, por una extraña preocupación, la educación más opuesta al desarrollo de su parte inteligente, y si después de todo esto recordais los nombres de Safo y de Stael, de Santa Teresa y de sor Juana Inés de la Cruz, de Roland y de Concepción Arenal, y tantos y tantos otros, gloria de las ciencias y de las artes, no podréis menos de confesar que aun en ese último baluarte de nuestra *fortaleza*, quedamos vencidos por la *debilidad* de la mujer.

(*Alba de Tormes, 15 Agosto 1877.*)

entre los más reputados dentistas de Turín, resulta que las mujeres soportan mejor que el hombre las operaciones dentarias, y lo mismo afirman todos los cirujanos. Pero donde esta superioridad aparece evidente es en lo que podría llamarse el genio de la especie: las investigaciones de Orchanski sobre la herencia demuestran que la mujer opone la resistencia más eficaz para transmitir y para recibir la herencia morbosa; dada una familia enferma, el peligro de heredar la enfermedad ó de heredarla agravada es siempre mayor cuando el enfermo es el padre que cuando lo es la madre; y un varón hereda la enfermedad mucho más fácilmente que una hembra. El hombre será más inteligente que la mujer, pero mientras toda mujer puede hacer un hijo y defenderlo desde antes de nacer, no todos los hombres saben hacer un libro, ni nacen con mejores disposiciones para leer y escribir.

Además de esta forma de supremacía orgánica que la mujer puede contraponer á la mental del hombre, tiene también otra no menos importante y original. Si el hombre ha inventado y dado forma á la vida civil y social, la mujer ha encontrado por su parte la fórmula de la vida doméstica: la casa, la medicina, el arte de hilar, de tejer, de coser, de cocinar, de teñir, son invenciones de la mujer. La invención del fuego es muy discutible; pero si no lo inventó la mujer, ella lo custodió y conservó siempre. La mujer puede alabarse además de haber sido la inventora de la agricultura, puesta bajo la egida de Ceres, Flora y Pomona, con todas las artes subsidiarias, especialmente la domesticidad de los animales.

Estas son las verdaderas y positivas excelencias de la mujer, que valen mucho más en su favor que las pretendidas conquistas de virtudes y cualidades varoniles que los feministas se afanan por atribuirla: poseer una virtud innata para proteger á sus hijos de la herencia morbosa, para atenuar todos los gérmenes de degeneración, y haber dado origen á la vida doméstica, á la casa, á la cocina, á la industria textil, á la agricultura y á la domesticación de los animales.

El movimiento feminista.—Interesantes son los datos que acerca de los progresos del feminismo nos suministra la señorita Kœthe Schirmacher en *La Revue*.

La coeducación realiza en Alemania grandes progresos, habiendo ya en el Ducado de Baden trescientas jóvenes que asisten á los Institutos, habiendo tenido gran éxito todas las que se han examinado, y habiéndose fundado una nueva escuela realista para señoritas en Mannheimy, otra reformada en Hamburgo. Las Universidades de Baviera han sido autorizadas para admitir á las bachilleras, pero sólo como oyentes. El Subsecretario de Correos y Telégrafos se ha declarado muy satisfecho del servicio de las telefonistas, de las que hay 800 sólo en Berlín, mejor retribuídas que las parisienses, pues éstas ganan de mil á dos mil francos de sueldo con 200 de indemnización de casa, y aquellas cobran de mil cuatrocientos á dos mil quinientos francos de sueldo y 600 de indemnización.

En Francia se ha fundado otra nueva sociedad feminista: la Sociedad del sufragio de las mujeres; su argumentación no deja de ser convincente: admitidas las mujeres como electoras y elegibles para los Consejos de *Prud'hommes,* para los Consejos provinciales de enseñanza, para el Consejo de Instrucción pública y para el Consejo superior del trabajo, ¿por qué no han de ser electoras y elegibles para los Municipios? Para apoyar su propaganda han inventado un sello feminista para las cartas, con la inscripción «derechos de la mujer». Las últimas elecciones para los Consejos de trabajo han dado el triunfo á dos *candidatas:* la señorita Levy en la sección de Banca y seguros, y la señorita Bouvier en la sección de vestidos. Las obreras libres se quejan de la competencia que les hacen las cárceles y los conventos: sólo la obra del Buen Pastor, que empezó hace sesenta años con cinco monjas, posee hoy 220 casas donde trabajan 47.385 obreras mal alimentadas y muy mal pagadas, siendo conveniente que se reclame como en Alemania, la reglamentación del trabajo á domicilio para poner coto á la explotación de la miseria.

En Bélgica las mujeres han dado una gran prueba de buen sentido, de tacto político y de previsión; allí se trata de establecer el sufragio universal sin distinción de sexos; pues bien, la Sra. Vandervelde, en nombre de las mujeres socialistas, ha hecho adoptar por el partido obrero un orden del día en el que se dice que, pudiendo comprometer el éxito de la reforma reclamada la reivindicación inmediata de sus derechos por el cuerpo electoral femenino, se propone la suspensión del movimiento de propaganda en favor del sufragio universal de las mujeres hasta que se logre el de los hombres. Quizá en esta actitud de las socialistas haya algo más, sin embargo, de lo que dice la colaboradora de *La Revue,* pues sabido es que las mujeres de los campos y de las aldeas están todavía dominadas por el clero, y la concesión del sufragio á la mujer podría ser un entorpecimiento para el logro de los planes fraguados por los progresistas, y un triunfo para el partido católico, de tanta mayor resonancia cuanto que había luchado contra la concesión del sufragio.

Las noruegas, que intervienen ya en las elecciones municipales y políticas, organizan reuniones y trabajan para hacer triunfar á sus candidatos en las elecciones próximas. En Dinamarca se va á conceder el mismo derecho á las mujeres contribuyentes para las elecciones municipales; y las cinco plazas recientemente creadas de Inspectores del trabajo se proveerán en los aspirantes que revelen mayores aptitudes, sin distinción de sexo.

En las elecciones de Bohemia las mujeres han representado un papel airoso, pues allí las grandes propietarios votan por poder, y las que pagan cierta cuota pueden votar directamente. En Viena se ha creado la primera colonia universitaria por un grupo de filántropos; Budapest acaba de ver establecer la primera *médica,* y en la Universidad de Agram, en Croacia, son admitidas ya las mujeres en la Facultad de Filosofía.

En Rusia el movimiento feminista universitario está en

auge, asistiendo 450 mujeres á las clases universitarias de Moscou, y contándose nada menos que 624 médicas. Para las súbditas mahometanas acaba de abrirse un Instituto, cuyo protectorado se ha dignado aceptar la Czarina.

De Italia no hay más que malas noticias: las telefonistas de Milán han tenido que declararse en huelga porque sólo ganan 35 francos al mes y piden 60.

En Inglaterra el feminismo está en huelga, absorta como se halla la atención del país por la guerra anglo-boer. En los Estados Unidos las mujeres han tenido la satisfacción de ver figurar á una de las suyas, Frances Villard, en el Panteón nacional de Washington. En Bulgaria, donde nadie sabía que hubiera feminismo, se piensa nada menos que en fundar una Federación de las veintisiete sociedades feministas que allí existen. En Egipto, el magistrado Casim Asím Bey continúa su labor de propaganda en pro de la transformación de la mujer mahometana, pidiendo su emancipación al igual de la mujer europea, con gran escándalo del clero musulmán. En el Japón, en fin, acaba de fundarse una escuela de enseñanza superior para la mujer en Tokio, y se hacen trabajos de propaganda para la reforma del traje nacional; en Nagano se ha fundado una sociedad de pureza social, cuyas adheridas se obligan á no casarse sino con hombres que tengan intacta su reputación moral.

EDUCACIÓN Y ENSEÑANZA

Las Universidades populares.—Los experimentos ya hechos en Inglaterra con la *University Extension* y los que se están haciendo en París con la Universidad popular del barrio de Saint-Antoine, contienen enseñanzas que deben ser recogidas—como lo hace en la *Nuova Antologia* Carlos Sforza—por los pueblos convencidos de que el sistema exclusivo de las

conferencias y de las lecciones es ineficaz para levantar el nivel moral é intelectual de las clases obreras.

Una de las cosas que más llaman la atención al viajero que recorre Inglaterra, es asistir en el invierno, hasta en los pueblos más pequeños, á la serie de lecturas públicas, escuchadas religiosamente por todos los aldeanos y organizadas, ya por el *Squire,* ya por el maestro de escuela ó por el pastor ó *clergiman.* Treinta años van á cumplirse desde que la enseñanza universitaria, inaccesible al pueblo, ha venido á ofrecerse á todas las inteligencias. La Universidad de Cambridge atendió, en 1872, el ruego de muchas corporaciones y municipios, y la semilla cayó en tan buen terreno, que en el último semestre ha enviado más de cien conferenciantes á diversos centros, habiendo enviado otro centenar las Universidades de Londres y Oxford, todos inspirados en la idea de Pusey: «Se trata de hacer hombres y no libros.»

Los Comités locales organizan los cursos eligiendo las materias, y la Universidad suministra los profesores; los Comités fijan el precio de entrada, subiéndolo ó bajándolo, según las condiciones del auditorio, pero sin suprimirlo nunca, porque aquel pueblo práctico sólo se apasiona por lo que le cuesta algo. Esta organización de cursos, conferencias y Universidades populares es la que Italia—y lo mismo puede decirse de España—se pone á copiar, y de segunda mano, precisamente cuando Inglaterra reconoce la insuficiencia y casi la inutilidad de la enseñanza universitaria popular. Los asistentes á las conferencias eran personas que tenían ya el gusto del saber, y lo que urge dar al pueblo no son nuevos conocimientos, sino nuevas costumbres y mejores gustos: entonces, y sólo entonces, podrá elevársele instruyéndolo.

El primero que pensando así puso sus obras de acuerdo con sus palabras fue un joven rico y estudioso, Arnoldo Tonybee, que, abandonando los barrios ricos, se estableció en el East-End, fundando las verdaderas colonias universitarias *(University settlements),* la más importante de las cuales lleva

hoy su nombre. Tonybeehall abre por las tardes sus puertas á los obreros, que asisten allí á conferencias, leen diarios ó revistas ó conversan con los *residentes,* que son profesores, abogados, ingenieros y artistas que durante ciertos meses se obligan á residir allí, en modestas, pero pulcras habitaciones, donde permanecen durante sus horas libres, ocupándose de los pobres que les rodean, haciendo visitas y dando consejos y pareceres sobre la especialidad que cultivan. Allí tienen una sociedad de socorros mutuos y no les faltan agradables fiestas.

El tipo más perfecto de estas instituciones es la Politécnica, la *Poli,* obra, no de un grandioso impulso de generosidad colectiva como el que ha dado origen al *Palacio del pueblo,* su rival, sino á un solo hombre: Quintín Hogg era un joven rico, y para realizar su intento se metió á limpiabotas; cuando tropezaba en su oficio con un pobre diablo, le invitaba á ir á la casa por él alquilada, que de año en año ha llegado á convertirse en el gran palacio de la Poli. Para entrar allí no se deben tener menos de diez y seis años ni más de veinticinco, y hay que pagar un chelín anual, con lo que tiene derecho á los ejercicios de la palestra gimnástica, al gran lago de natación, á la biblioteca, al salón de lectura, á las conferencias de todas clases y á la caja de ahorros de la institución. El ambiente que allí se respira crea las más sanas costumbres. El número de asistentes es de 25.000; la mayoría son empleados, maquinistas, tipógrafos y electricistas; una tercera parte son albañiles, carpinteros y obreros de oficios diversos, y hay un centenar de maestros de escuela y unos cincuenta maestros de música.

En Francia, las esperanzas que hizo concebir la generosa idea de Deherme cuando en 1899 fundó la Universidad popular del *faubourg* Saint-Antoine, cambiada en 1900 en la *Cooperación de las ideas,* han resultado fallidas. Su mayor defecto pedagógico era la falta de enlace orgánico entre las varias conferencias; éstas, por otra parte, versaban, en general, sobre materias de erudición ó demasiado técnicas, que no lo-

graban atraer á los obreros, faltando así el principal objetivo.

La instrucción es buena, no ya por sí misma, sino por el bien que hace á los que la reciben. Las Universidades populares tienen pocas probabilidades de éxito en Italia y en España en las pequeñas ciudades; en cambio, pueden ser de gran utilidad en los grandes centros de población. De desear es que al hacerse algún ensayo se tengan en cuenta, no sólo los resultados obtenidos en Inglaterra y Francia, sino las condiciones especiales en que deben desenvolverse estas instituciones con arreglo á las exigencias y á las conveniencias locales.

***

Las reformas técnicas en la segunda enseñanza.—Encargado por la Comisión ejecutiva de la Asociación de Catedráticos numerarios de Instituto de informar al Ministro de Instrucción pública sobre las reformas de carácter técnico que debieran introducirse en la segunda enseñanza, redacté mi ponencia, y aprobada por mis compañeros, la dirigí el 1.° de Agosto (el Real decreto de reforma es del 17) al Ministro, que la recibió con el más lisonjero aplauso. Publicada en *Nuestro Tiempo,* he aquí lo más substancial de su contenido:

«No es de ahora, ni es tampoco privativo de España, el estado de cosas que todos lamentamos; en mayor ó menor grado todas las naciones cultas lo han sentido y lo sienten, y todas le han buscado solución. Las exigencias de la vida moderna han mostrado en todas partes la insuficiencia de los tradicionales rutinarios planes y métodos de enseñanza, y la necesidad de acomodar los estudios á las imperiosas exigencias de la vida real. Más que el conocimiento de las civilizaciones que pasaron, como las de Oriente, Grecia ó Roma, nos interesa el conocimiento de las civilizaciones nacientes, como las de América ó el Japón; más que el dominio de las lenguas eruditas, el de las lenguas y dialectos vivientes; más que las grandes teorías cósmicas y físicas, las aplicaciones prácticas y los hechos

positivos; más que la sabia explicación de un teorema matemático, la pronta solución de un problema de contabilidad ó de ingeniería. El espectáculo de los vetustos pueblos asiáticos vegetando miserablemente, cuando no muriendo de hambre, en medio de su inagotable fecundidad filosófica y teológica frente á los modernos pueblos americanos, levantándose florecientes hasta un grado de riqueza y bienestar material jamás conocidos, es de tal modo sugestivo, que no es extraño que las ya carcomidas organizaciones europeas se preocupen hondamente de los medios de evitar caídas tan mortales como las de aquellos pueblos, buscando la manera de competir en bienestar con estos otros. Todos han comprendido que la raíz del mal está en la educación de la raza, y todos se han esforzado en transformar esa educación para adaptarla á las nuevas necesidades; el Japón, surgiendo en el Extremo Oriente como pueblo remozado y vigoroso que impone condiciones á la decrépita China y hace escuchar su voz en el concierto de los grandes Estados cultos, es ejemplo concluyente de lo que puede hacer una nación en poco tiempo, cuando, con clara conciencia de sus deberes y de sus aspiraciones, se decide á cumplir los unos para realizar las otras.

Forzados á buscar soluciones que se armonicen con la pobreza de nuestros recursos, y teniendo que desechar todas las que vienen indicadas por los más sanos y probados principios pedagógicos, como son las que se basan en la división y especialización del trabajo, porque esta división, condición indispensable de la intensidad, sin la cual no hay verdadero dominio discente, no puede obtenerse sino á costa de enormes gastos de personal y material, que, desgraciadamente, nos está vedado hacer, tenemos que pensar en otros procedimientos que nos permitan alcanzar, si no el ideal á que aspiramos, á lo menos mejoras positivas que nos acerquen á él lo más posible.

¿Qué objeto nos proponemos conseguir? Acabar con nuestra servidumbre intelectual; poner nuestra cultura al nivel de la cultura extranjera. Para esto necesitamos una verdadera

revolución, porque hay que cambiar nuestro sistema de educación para llegar á la transformación de nuestro carácter. Hay que empezar por la Escuela de párvulos y terminar por la Universidad, eslabonándolo todo, relacionándolo todo en un gran Código de Instrucción pública que guíe los pasos del ciudadano español por la senda del saber, capacitándole para el cumplimiento consciente de su misión individual, política y social.

¿Cómo podremos lograr que los cinco ó seis años de trabajo empleados por la juventud española en nuestros Institutos resulten verdaderamente fructuosos, de manera que esos establecimientos se transformen, de meras fábricas de bachilleres, en plantel de ciudadanos útiles? Añejo es ya el grito de combate, que predicando la cruzada contra el inmoderado afán de la familia española, trasunto fiel de la francesa ó la italiana, de hacer de sus hijos Doctores ó Licenciados, pretendía apartar á la juventud de los Institutos, para llevarlos á las Escuelas de Artes y Oficios, de Comercio ó de Náutica; pero la experiencia de los últimos años ha demostrado bien cumplidamente lo infructuoso de semejante campaña, que no ha logrado desviar la corriente de su antiguo cauce. Este fenómeno, cuyo alcance no debe desconocerse, puede servirnos de guía, indicándonos la conveniencia de agrupar en un solo centro todas las enseñanzas que teniendo un tronco común, guarden entre sí relación para que, recibida en común la educación general, irradien luego, como de un solo foco, las distintas especialidades, y salgan de ese centro único los futuros médicos y abogados, peritos y comerciantes, ingenieros y profesores. Tal vez parezca esta creación poco pedagógica; pero ya hemos hecho en este punto nuestras salvedades. En cambio, sobre ser más económica, será altamente política y moral, porque pondrá en contacto directo y fraternal á los representantes futuros de las demás categorías sociales, haciéndoles conocerse y estimarse, como miembros de una misma familia y órganos esenciales de un mismo cuerpo.

Los padres, por otra parte, que por preocupaciones disculpables envían sus hijos al Instituto, creyendo que al enviarlos á una Escuela Normal ó de Artes é Industrias se rebajan ó denigran, sentirán desvanecida esa preocupación al ver que del mismo centro salen los peritos mecánicos, agrícolas ó electricistas que los futuros Doctores, y esta consideración, por pueril que parezca, producirá seguramente excelentes resultados, empujando á las familias á optar por una carrera breve y de aplicación inmediata en lugar de una carrera larga, de problemático porvenir.

No dejará de ser tampoco una reforma plausible la de romper con la monotonía y la uniformidad de los actuales establecimientos docentes, todos acomodados al mismo tipo y ajustados á idéntico patrón. Conservando la uniformidad en las grandes líneas generales y en la armadura de los nuevos organismos, sería preferible dotarlos de órganos diferenciales, adaptados á las exigencias, medios y condiciones de cada localidad, para que no se repitiera el caso de que la Escuela de Artes é Industrias de Béjar, población eminentemente fabril donde la industria pañera tiene gran desarrollo, sea lo mismo que la de Almería, que se distingue por la riqueza de sus explotaciones mineras, cuando convendría, por ejemplo, dotar la de Béjar de una clase de tejidos y tintes, y la de Almería de otra de química aplicada á la minería. El ejemplo de Salamanca, cuyo Ayuntamiento sostiene desde hace más de veinte años una Escuela municipal de Artes y Oficios en la que se estudian las materias que la experiencia ha demostrado ser allí de más aplicación, presentando por lo mismo un carácter mixto de Escuela de Comercio, Instituto, Escuela Normal y Escuela de Bellas Artes, con tanta aceptación y éxito que su matrícula no baja ningún año de 400 alumnos, demuestra que ese es el camino que debe seguirse para llegar á resultados verdaderamente prácticos.

Nada, sin embargo, se lograría con tales innovaciones, como no fuera una perturbación más, mucho más honda que

todas las ya producidas, si al mismo tiempo no se procurara por todos los medios dotar á los establecimientos de enseñanza del personal y material necesarios para el cumplimiento de su misión. Hay que prever por unas y otras causas un aumento extraordinario en las matrículas, que aparentemente constituiría un triunfo del sistema, pero que en la realidad sería un tremendo fracaso si el Estado tuviera que confesar su impotencia cerrando por plétora las puertas de sus establecimientos y dejando sin pan intelectual á la juventud que acudiera á su llamamiento, ó dándoselo de menguada calidad y en cantidad insuficiente para su alimentación.

Salvada, como puede salvarse esa gran dificultad de orden material, ya repartiendo tan pesada carga de modo que las instituciones docentes no oficiales que se hallaran en determinadas condiciones y se sometieran á determinados preceptos pudieran estimarse como una prolongación ó extensión de las instituciones oficiales,—lo cual sería seguramente lo más práctico y tal vez lo más político,—ya acometiendo valientemente por medio de un empréstito, si es preciso, la reforma del material inmueble, y aumentando el personal auxiliar en la medida necesaria para que ningún Profesor tuviera á su cargo secciones ó clases de más de cincuenta alumnos,—lo cual, aunque constituye una solución definitiva del problema, sería costosísimo, y desde luego, por lo que toca á los inmuebles, de imposible realización inmediata,—quedaría todavía por resolver otra parte no menos delicada, la que es objeto especialísimo de la información abierta por V. E.: «las reformas de carácter técnico».

Tenemos ya en efecto — así queremos suponerlo— en cada capital de provincia un Centro docente, una «amplia unidad educativa», llámese Liceo ó Seminario, Gimnasio ó Instituto, Escuela ó Academia, donde se ha concentrado toda la actividad educadora del Estado para la obtención de todo el personal culto del país, y de donde han de salir, ya jóvenes completamente pertrechados para la lucha por la existencia, me-

cánicos, electricistas, químicos, mercantiles é industriales, ó como los maestros elementales, intérpretes, corredores de comercio, capataces, auxiliares de la Administración, Secretarios municipales, practicantes de medicina y de farmacia, etc., ya otros preparados suficientemente para ingresar en las grandes carreras universitarias, profesionales y superiores, civiles y militares del Estado; el Instituto, fábrica hasta el presente de bachilleres, se ha convertido en semillero de ciudadanos útiles, que, antes de pasar á ganar su sustento en una fábrica ó en una tienda, en un laboratorio municipal ó en una estación del ferrocarril, en una oficina del Estado ó en una farmacia, en una escuela ó en un Consulado, han de haber hecho durante más ó menos tiempo vida común, sentándose en las mismas aulas, recibiendo el mismo alimento intelectual y tomando parte en los mismos juegos y recreos; hemos salvado de uno ú otro modo las dificultades que ponen las rutinas y los prejuicios, y las mayores y casi insuperables de orden económico, y tenemos todo el personal en sus puestos, las clases funcionando y viviendo la nueva institución. Nada absolutamente habremos hecho si los encargados de dirigirla siguen siendo flojas voluntades y vetustos cerebros de fósiles rutinarios, ó si dejamos en pie los actuales procedimientos educativos.

Debemos en esta materia no pagarnos de palabras ni de equívocos y exponer con franqueza y lealtad nuestra opinión. ¿Qué es lo que necesitan las enseñanzas experimentales? Muchos experimentos, y para llevarlos á cabo, laboratorios, gabinetes, talleres, campos de experimentación, etc. ¿Falta algo de esto en los actuales Institutos? En mayor ó menor grado, no, pues todos ellos tienen sus gabinetes de Historia Natural y de Física, su jardín botánico y su laboratorio químico. Pero, ¿se saca partido de estos elementos? No; los ejemplares de Historia Natural suelen apolillarse sin que los toquen los alumnos; los laboratorios químicos no se utilizan casi nunca, y los jardines botánicos suelen servir únicamente para surtir de flores la mesa del director del Instituto. ¿Por qué así? Por la

misma razón que, á pesar de haberse ordenado repetidas veces, los alumnos no visitan fábricas ni talleres, museos ni monumentos de ninguna clase y por otros motivos aún más justificados. Por dos órdenes de causas: uno, el de nuestra ingénita apatía meridional y el ningún celo de los centros directivos, altos y bajos, por exigir á cada cual el cumplimiento de su deber; otro, el de la escasez ó nulidad de fondos para adquisición ó reposición del material.

Para remediar lo primero, importa colocar al frente de los establecimientos de enseñanza y de los altos centros directivos, sin consideración ninguna á ingerencias políticas ni á compadrazgos personales ni á mal entendidos respetos y sensiblerías, profesores de limpísima historia, de competencia probada, de celo indiscutible, encariñados con su profesión, identificados con el pensamiento de la reforma, y capaces de exigir á los demás el cumplimiento de sus deberes, empezando por darles ejemplo con el cumplimiento de los suyos. Para atender á lo segundo, no hay más remedio que arbitrar recursos para dotar, ante todo, á los establecimientos del material de experimentación que necesitan, en cantidad bastante para que todos los alumnos practiquen por sí mismos y de tal calidad, que sea siempre lo mejor y lo más moderno; cátedras experimentales en que sólo sea el profesor quien, á guisa de prestidigitador, dé una función de mecánica ó de electricidad, de química ó de psicología á sus alumnos, sin que éstos pasen de meros espectadores, no darán nunca el personal práctico y experto que se aspira á crear.

Pero para llegar á este resultado se necesitan dos condiciones: allegar recursos y asegurarse de su buen empleo. De nada serviría que el Estado impusiera á los contribuyentes un sacrificio más, si ese sacrificio resultara tan estéril como el de los actuales jardines botánicos; se consignaría una partida para adquisición y conservación de material científico, y esa partida, ó no se invertiría debidamente ó serviría para almacenar el material adquirido en una vitrina ó en un estante, sin provecho

para nadie. ¿Cómo evitar estas contingencias, que la experiencia señala, desgraciadamente, como posibles? Acabando de una vez con el doble error, dentro del cual se mueven y viven los establecimientos oficiales, especialmente los de segunda enseñanza, al ser estimados por el Estado como fuentes de ingreso y por las familias como establecimientos de beneficencia.

Es preciso que el Estado, que por boca de sus Ministros ha proclamado ya repetidas veces que la enseñanza es una carga y no puede ni debe ser un beneficio para el Tesoro público, invierta todos los productos de la enseñanza y todo lo demás que sea necesario en dotar á los centros educativos del material fijo, mueble é inmueble, que requiera la educación de la juventud; y es preciso también que los alumnos de las clases experimentales abonen las cantidades necesarias para sus prácticas, ejercicios y experimentos, á fin de reponer el material gastado sin temor á que se agote un frasco de sales ó se rompa una retorta ó se desgaste un tornillo. Posible es que ciertos padres de familia, de esos que se desprenden gustosos de veinte ó treinta duros mensuales por desentenderse de sus hijos, mandándolos á un Colegio y chillan después como energúmenos si les hacen gastar quince ó veinte pesetas en un libro para todo el curso, protesten airados contra esta nueva carga; pero el Estado debe cerrar los oídos á semejantes protestas y reemplazar con su acción tutelar el inconsciente abandono de esos padres, haciéndoles ver que lo que importa á la patria y á las familias mismas, no es tener sobresalientes ó aprobados, sino hombres que sepan, y que para saber es preciso estudiar y trabajar, no pudiéndose estudiar ni trabajar sin libros, instrumentos ni aparatos, que cuestan dinero y que hay que comprar, conservar y reponer.

No debemos, sin embargo, hacernos ilusiones. Estamos acostumbrados á hacer las reformas en el papel, y donde más importa hacerlas es en las costumbres. Nuestra juventud no trabaja con la constancia que debiera, ni la que enseña ni la

que aprende, porque no tiene fe en el trabajo, porque la experiencia la enseña que en España no suele premiarse el trabajo, sino la adulación, ni se asciende por méritos contraídos, sino por el favor del personaje influyente; nada se hará de provechosamente duradero, cualesquiera que sean las mejoras en la organización de la enseñanza, si aquí no nos decidimos á todos á proteger el mérito premiando la virtud, la honradez, la inteligencia y la laboriosidad. El convencimiento en la juventud de que el único camino viable para el logro de sus aspiraciones legítimas es el trabajo, que ennoblece y redime, hará más por la transformación del país que todas las reformas que pudieran implantarse.

Media docena de saludables medidas de rigor expulsando del Profesorado á los pocos que lo prostituyen y envilecen con su mala conduta pública y privada, harían más por la dignificación y prestigio de la clase que todas las mejoras que para ella pudieran recabarse. ¿Cómo se han de escribir buenos libros en un país donde sólo encuentran protección oficial los indocumentados de la literatura, y donde la difusión de un texto se halla en relación, no con su mérito intrínseco, sino con el tanto por ciento de utilidad que proporciona á quienes se prestan á recomendarlo? ¿Cómo han de verse concurridas las bibliotecas populares, que tan útiles pudieran ser para la difusión y vulgarización del saber, si las colecciones de que se componen, adquiridas y donadas por el Estado, constituyen indigesto fárrago de papel inútil? ¿Quién ha de sentir estímulos para el trabajo con jefes que toman á chacota sus deberes y con colegas que hacen gala de infringirlos, estando seguros de su impunidad?

Así se vician y desprestigian desde su origen las más nobles iniciativas y los más generosos deseos por falta de voluntad para el bien ó por sobra de voluntad para el mal, llenándonos la boca de palabras de regeneración, sin sentir un impulso en el corazón ni un movimiento en la voluntad para regenerarnos efectivamente.

E. M.—*Febrero 1902.*

Aplaudiendo en definitiva, y sin entrar en más amplias consideraciones, la circular del 10 de Julio, celebrando el espíritu que la inspira y la orientación que señala, y agradeciendo se dé oídos á la pública opinión en materia que tanto debe interesarla, la Asociación de Catedráticos numerarios de Instituto, acudiendo á la información abierta y haciendo las salvedades que requiere su conciencia profesional en orden al valor pedagógico y científico de la reforma al tenerla que subordinar á necesidades de orden económico, estima que puede llegar á las conclusiones siguientes:

1.ª Es conveniente la transformación de todos los establecimientos de enseñanza destinados á la cultura del hombre adulto entre los diez y diez y ocho años, refundiéndolos en un gran centro en cada provincia, en el que, sobre la base de los actuales estudios de los Institutos, completados con todos los demás que sean precisos, se puede tener, no sólo un plantel de bachilleres como obligado vivero para la obtención de licenciados y doctores en las diversas Facultades, sino un plantel de jóvenes que al salir de un centro puedan, ya desde luego, ya con algún estudio complementario, ganarse la vida con provecho para sí mismos y para la patria, como maestros elementales, procudores, agentes de negocios, peritos mercantiles, agrícolas, industriales, electricistas, químicos y mecánicos, fotógrafos, telegrafistas, aduaneros, agrimensores, corredores de comercio, empleados de la Administración, secretarios municipales, fieles contrastes, vigilantes, decoradores, ensayadores, ayudantes de laboratorio, practicantes de medicina y farmacia, capataces de cultivo, de minas ó de obras públicas, tenedores de libros, etc.

2.ª Para llegar á esta transformación, es absolutamente preciso contar con locales adecuados y con personal y material suficiente para todas las necesidades de la enseñanza, de modo que no pueda haber *niguna clase que exceda de* 50 ALUMNOS, y que estos alumnos hagan por sí mismos todos los trabajos prácticos, ejercicios y experimentos que sean precisos en

los laboratorios, gabinetes, granjas, talleres y museos del establecimiento.

3.ª Para atender á los gastos que ha de ocasionar la enseñanza práctica y experimental de las materias de estudio, se establecerá desde luego una matrícula especial para las clases prácticas á fin de que los alumnos satisfagan los gastos que ocasionen la conservación y reposición del material de laboratorio, gabinetes, talleres y museos que han de utilizar para su aprendizaje.

4.ª Para atender á las exigencias á que ha de dar lugar el aumento de la matrícula y la nueva organización de los estudios, se acudirá á uno de estos dos procedimientos: el de dar carácter oficial para ciertos efectos á los establecimientos privados que reunan las condiciones que se señalen en sus locales, material de enseñanza y personal docente, considerándolos como una prolongación del centro oficial, interviniendo sus trabajos y garantizando sus resultados por medio de notas mensuales de inspección del Profesorado del Estado, ó el de acometer valientemente la reforma mediante la contratación de un empréstito nacional de 125 millones de pesetas, destinadas á la transformación de los actuales Institutos, Escuelas Normales, Escuelas de Comercio y Escuelas de Artes é Industrias en un gran centro educativo en la forma requerida por las conclusiones anteriores, con amplios pabellones para el internado de los alumnos, con salas de estudio, dormitorios, cocinas, comedores, bibliotecas, patios y parque para juegos y ejercicios al aire libre y á cubierto, y todo lo necesario para hacer lo más grata y provechosa posible la estancia de los internos y medio pensionistas en el nuevo Instituto.

Dicho empréstito, que podría emitirse en obligaciones amortizables en un plazo máximo de cincuenta años y con un interés no superior al 40 por 100, tendría como garantía los edificios mismos que se construyeran, los productos que se obtuvieran del internado y medio internado, el exceso de ingresos sobre los gastos de los establecimientos, la garantía

subsidiaria de cada provincia por lo que á prorrata le pudiera corresponder por la parte de empréstito que en ella se hubiera invertido para la erección del centro correspondiente, y la garantía general del Estado.

5.ª Los nuevos Institutos, aunque iguales en su organización administrativa y en lo esencial de sus enseñanzas y métodos, no deben ajustarse á un patrón único, sino que deben tener cada uno su nota característica distintiva en armonía con las necesidades y tradiciones industriales, artísticas y comerciales de la comarca en que se hallen enclavados, de modo que respondan á las conveniencias locales para la inmediata aplicación del personal apto que salga de dichos centros educativos.

6.ª La Dirección de los nuevos Institutos será confiada á Catedráticos de probado y reconocido celo y competencia, cuyo amor á la enseñanza y entusiasmo por el prestigio de la clase sea firme garantía del cumplimiento de sus deberes profesionales.

7.ª Se impondrá severo correctivo al Catedrático que falte á sus obligaciones, ya incurriendo en faltas de asistencia con pretexto de otras ocupaciones ó fingiendo enfermedades ó indisposiciones pasajeras, ya invirtiendo el tiempo de clase en explicaciones ó preguntas extrañas á la asignatura de que es titular, ya infringiendo los reglamentos ó disposiciones vigentes durante el curso ó durante los exámenes, ya dando motivo con su conducta académica á reclamaciones justificadas.

8.ª No se permitirá á ningún Catedrático dar lecciones particulares de ninguna clase. Los Auxiliares podrán obtener autorización para darlas con la precisa condición de no poder intervenir en exámenes de asignaturas ni de grados de ninguna clase de alumnos, y de ponerlo en conocimiento del Jefe del establecimiento. La infracción de estas prohibiciones dará lugar á la formación de un expediente que terminará por la separación ó jubilación forzosa del Catedrático ó del Auxiliar, si resultara probado el hecho.

9.ª Para nutrir las Bibliotecas de los establecimientos de enseñanza, cada Catedrático formará anualmente una lista de las revistas y obras nacionales ó extranjeras que estime más necesarias para el estudio de su especialidad; reunidas las listas de cada Claustro, los directores las remitirán á la Superioridad y una junta especial, nombrada al efecto, se encargará de elegir las que parezcan preferibles, para remitirlas á los establecimientos respectivos, consignándose anualmente en presupuestos la partida que al efecto sea necesaria. No se adquirirá por el Estado ninguna obra que no sea de las reclamadas en esta forma por los establecimientos oficiales de enseñanza, nutriéndose del mismo modo las bibliotecas públicas populares.

10.ª Para el surtido del material científico de los gabinetes de Historia Natural, Física, Agricultura, Lingüística y Geografía, museos de Historia y de Bellas Artes, campos y granjas de experimentación, talleres, gimnasios, salas de dibujo, laboratorios de Química y de Psicología, los Catedráticos respectivos formularán sus notas expresando, á ser posible, los precios y puntos de venta de los objetos pedidos, y la Superioridad acordará la adquisición y envío de lo que juzgue más urgente y necesario, incluyendo en presupuestos la partida correspondiente.

11.ª Entre los Catedráticos de cada especialidad que lo soliciten, el Ministro elegir á uno todos los años que recorra una ó más naciones extranjeras para el estudio de su especialidad durante un curso, con la precisa obligación de redactar y publicar una Memoria dentro del año siguiente á su regreso, con los resultados obtenidos; estos Catedráticos disfrutarán de todo el sueldo y una indemnización de 2.000 pesetas, debiendo acreditar su residencia en el extranjero mensualmente por medio de certificados de los consulados respectivos, y sus visitas á los centros de enseñanza por medio de documentos fehacientes.

En ningún caso podrá salir de un mismo establecimiento

en el mismo año más que un solo Catedrático. Cuando sean varios los solicitantes se dará la preferencia á los que no hayan salido anteriormente ó á los que se ofrezcan á viajar por naciones distintas de las que hayan sido objeto de estudio en la misma especialidad en excursiones anteriores; en igualdad de condiciones, serán preferidos los más antiguos.»

BIOGRAFIA

Deschanel. — El nombre de Pablo Deschanel hace pensar — como dice el anónimo articulista de la *Revue Bleue* — en aquella república ateniense de que tanto se hablaba antes. Deschanel tiene marcada inclinación al orden y á la disciplina; los cambios bruscos no le dicen nada; ama el progreso, pero á condición de que éste se produzca metódicamente. De ahí que, alejado por su moderación de los que bullen, aparezca en cierto aislamiento como un aficionado á la política. La política, sin embargo, le interesa, pero no le apasiona. Su temor es que democracia y mediocridad se conviertan en términos sinónimos que expliquen el bastardeo de las conciencias y todo lo vulgar, estrecho y mezquino. En semejante estado ve la negación del progreso, y por consiguiente, la decadencia, y eso le mantiene á la expectativa, porque desconfía de que llegue un día en que el pueblo deje de ser la entidad interesante que provoca sacrificios y abnegaciones, para convertirse en una entidad colectiva semejante á esos individuos á quienes se califica de «pobre hombre».

Pablo Deschanel ha nacido durante el destierro de su padre, el proscripto de 1851 que más gratos recuerdos ha dejado en Bélgica; y sus primeros años han pasado en una atmósfera en que la idea de *patria* tenía un sentido casi sagrado. Aquellos proscriptos no eran ideólogos; no trataban á Proudhon, y veían la República al través de la moral de Sócrates, entusiasmándose con Jenofonte, aquel aristócrata que tan vivo cuadro

nos ha pintado de la plebe ignorante, turbulenta, mala, interesada, y sólo enamorada de las medianías. La República que soñaban se basaba en la virtud, y se parecía poco á la República actual. La mayor parte de aquellos expatriados eran republicanos; pocos eran demócratas; en el fondo temían todos el cesarismo demócrata y socialista.

La personalidad de Pablo Deschanel es producto en cierto modo de todas estas ideas. Llegado á la mayor edad, poco después de la guerra, ha completado su educación viendo lo que pasaba en torno suyo, y comprendiendo la gran distancia que hay entre aquella República soñada, que se parecía á la de Salento de Fenelón ó á la ciudad del Sol de Campanella, y esta realidad brutal, cuyos elementos se componen de la masa obrera palpitante é insubordinada, que no tiene otro fin que el de mejorar sus condiciones de vida.

Los hombres políticos deberían tomar un partido ante el hecho de la lucha entre el capital y el trabajo; pero cada cual permanece en acecho, preguntándose qué va á salir de ese antagonismo; sería injusto condenarlos, porque nada les ha preparado para la revolución que se está llevando á cabo. No son ellos los que se equivocan, sino la historia, que pasa de la Revolución al Imperio y á la *Commune*. Deschanel, desde lo alto de su posición, se parece al gran Carnot bajo el Directorio. Así, por la fatalidad, se verá lanzado á un partido cuya debilidad conoce, pero al que tendría que sufrir. Hay situaciones en que el honor no permite avanzar ni retroceder, y en las que hay que permanecer enlodado, hasta que una conmoción violenta os saque de ellas y os salve ú os mate. ¿No es de temer que el republicanismo de buena ley de Pablo Deschanel sea pronto sinónimo de reacción?

***

Millerand.—El día en que el *Officiel* puso en conocimiento del país que Millerand era Ministro, pudo afirmarse que daba

comienzo la revolución; la extrema izquierda, convertida en partido de gobierno por este hecho, explica los excesos de una mayoría desenfrenada que se coloca por encima del derecho, como si estuviera ya barrida la Constitución. Millerand es tanto como una amenaza, una indicación. Al revés de Clemenceau, no es un simple agente de protesta, de contradicción ó de negación; llega el momento de que su partido haga papel é imponga su voluntad, y toma una cartera para conseguirlo. No es un sectario, es un político consagrado á traer la revolución por vías racionales, en oposición con las miras simplistas de la mayor parte de sus correligionarios.

Si en el partido socialista, Guesde representa el principio, ó el derecho, Millerand representa el hecho; esa es su fuerza, aunque sea mañana su debilidad. El hecho se impone como cosa consumada, como una fatalidad. Para el vulgo es lo tangible y lo admite, no por ser bueno ó malo, sino porque es. Toda la historia nace de hechos afortunados ó desgraciados; sus fautores han sido á veces hombres sabios ó de genio, y frecuentemente aventureros ó malhechores; los pueblos apenas los han distinguido; han consentido el hecho, y han aceptado con más ó menos resignación sus consecuencias.

De aquí la importancia de Millerand para sus amigos, para su partido y para el país; más que un iniciador es un amo, al que va á ser preciso seguir y escuchar, y cuya autoridad irá en aumento. Hombre de hecho, tiene que ser hombre de audacia. Hay en él más de Tarquino que de Bruto; como la mayor parte de las gentes de su tiempo y de su partido, es autoritario, y se acerca más á Maquiavelo que á Rousseau. Es de los que sólo adulan al pueblo para dominarlo. Es difícil predecir si será un Pisístrato, un Aristodemo, ó uno de esos amigos del pueblo, cuyos nombres saltan en la memoria en cuanto se piensa en la democracia; pero no es difícil prever que obrará forzosamente como todos esos demagogos que, para mantenerse, «satisfacían las codicias de la multitud y alimentaban sus pasiones».

Millerand conoce el pasado, tiene el instinto de lo que ha de ser el porvenir; falta saber si desconoce el presente, y si á pesar de sus cualidades de táctico político, no le falta el instinto de la realidad.

***

Ribot.—Gambetta decía de Ribot: «Es más pérfido que hábil.» Pertenecía entonces—dice Aringes—al centro izquierdo, coqueteaba con el centro derecho, hacía alarde de su entusiasmo por las instituciones inglesas, y era la esperanza de la juventud. Los acontecimientos no confirmaron del todo aquella confianza que en él se tenía; Ribot podía tener el talento de argumentar sobre muchas cosas, pero le faltaba la fe, sin la que no se hace nada grande.

La toga de Fiscal sustituto que había llevado en París al fin del Imperio, le había hecho adquirir malas costumbres; su inclinación á los hombres y á las cosas británicas debía, por otra parte, impedirle ver con claridad de qué lado estaban los verdaderos intereses de su patria; creyendo ser clarividente, no fue más que torpe. El defecto de Ribot ha sido creerse un personaje necesario, é imaginarse que los asuntos políticos se estudian como los expedientes de un tribunal. No se le ocurrió que para un hombre de Estado importa conocer á los hombres; por eso no ha llegado á ser el gran Ministro que sus amigos se imaginaban.

No por eso deja de ser Ribot una figura: es el gran hombre de provincias que se encuentra desorientado en París. Lo que ha faltado siempre á Ribot es la independencia del hombre emancipado de todas las fórmulas y de todas las vanidades. El partido liberal ha perdido con él más de lo que ha ganado, habiendo dejado de ser aquel gran partido de otros tiempos. En lugar de hablarse de él, no se oye hablar más que de Ribot, cuyo mérito es evidente, pero que lejos de atraer, espanta, y produce el vacío en torno de su persona.

Es innegable que Ribot siente deseos de hacer revivir este partido; pero le dejarán hablar, le escucharán en silencio, le utilizarán, y no tratarán jamás de unirse á él con semejante fin. Ribot carece de atracción, no tiene simpatías ni inspira confianza. Su liberalismo carece de convicción. Con él no sabe nadie dónde se detendrá; quizá en una República más en armonía con las necesidades políticas y económicas de la hora presente; quizá en algo mucho menos democrático.

IMPRESIONES Y NOTAS.

El Emperador de los trusts.—Así llama Candiani al famoso Pierpont Morgan, el Napoleón del acero (*Steel's Nap*) como le llaman sus compatriotas los yanquis. Tiene sesenta y cuatro años, y hace veinticinco apenas era conocido, aunque no es uno de esos hombres hechos por sí mismos (*selpamde man*) como Astor, Vauderbilt, Carnegie y otros, puesto que su padre le había dejado algunos millones. A los catorce años, sin otra instrucción que la primaria, su padre le envió á Inglaterra á un Instituto de Londres, de donde pasó á la Universidad de Gotinga. Apasionado de las matemáticas y de la poesía, las primeras triunfaron de la segunda.

Es un hombre alto, ancho de espaldas, grueso, pero todo músculos, con cuello vigoroso, cabeza cuadrada, nariz enorme, barba de dogo, ojos brillantísimos y bigote espeso. Come como un ogro, no prueba el vino ni los licores y fuma con frenesí. A título de principal accionista y dictador de la Compañía del acero, dirige un presupuesto anual de ingresos y gastos que se acerca bastante al del Imperio de Alemania: sirve los intereses de una deuda pública tan elevada como la de cualquier Estado de segundo orden; da trabajo á 250.000 obreros y empleados, y le bastarían algunos esfuerzos para arruinar en Alemania, en Francia ó en Inglaterra la industria del hierro, de la fundición y del acero con todas sus derivadas.

Como todos los Cresos de los Estados Unidos, Pierpont Morgan practica el mecenismo; sus liberalidades no son tan frecuentes ni tan considerables como las de Carnegie, pero superan, sin embargo, á todas las que se hacen en Europa. Entre ellas figura la fundación de la escuela industrial de Nueva York (2.500.000 francos); un hospital al borde de la Segunda Avenida (6.750.000); una iglesia en la calle 16.ª (1.500.000); á la Facultad de Medicina de la Universidad de Harvard, 5.000.000; á un hospital de tuberculosos, 2.500.000; á las Bibliotecas de Holyoke y de la Asociación de jóvenes cristianos, medio millón á cada una; al Museo Americano de Historia Natural, una colección de piedras preciosas; al Museo Metropolitano de Arte, una colección de antigüedades griegas, etc.

***

La restauración de «La Cena» de Vinci.—El famoso fresco de Leonardo de Vinci, *La Cena*, que se halla muy deteriorado y corre grave peligro de desaparecer, va á ser restaurado cuidadosamente, según acuerdo del Gobierno italiano. Para llevar á cabo esta restauración, confiada á peritísimas manos, se empezará por destruir todos los organismos micróbicos que deterioran la pintura, luego se preparará el muro convenientemente para que no le penetre la humedad ni ninguna otra causa de degradación, y en seguida se procederá á la restauración, teniendo á la vista las copias más antiguas y más autorizadas de la famosa creación de Vinci y los mejores grabados que de ella se han publicado.

***

Las iglesias nacionales.—Fernando Brunetière, el ilustre polemista, dedica uno de sus siempre comentados artículos de la *Revue des Deux Mondes* que dirige, al estudio de si debe ó no quererse una *Iglesia nacional*. Aunque el trabajo en cues-

tión se refiere sólo á Francia, su alcance es mayor y sus conclusiones pueden estimarse como generales.

¿Puede la Iglesia Católica ser *nacional* sin dejar de ser *universal*, ó son incompatibles ambos términos? Brunetière afirma la incompatibilidad: la Iglesia no puede hacerse nacional sino á condición de compartir las preocupaciones, las pasiones, los intereses y hasta el temperamento de un pueblo, y al localizarse así renegaría de su razón de ser, que es tender á la universalidad por encima de todas las razas y fronteras históricas. Una Iglesia nacional, convertida forzosamente en un instrumento de imperio en manos del poder civil, no sería otra cosa que una rama más de la administración. No ya en nombre de la Iglesia, cuyos intereses están evidentemente encontrados con toda idea de nacionalización, sino por el interés mismo de la patria, Brunetière combate el propósito de crear una Iglesia nacional, estimándolo como vanidad tan inútil como peligrosa en que no incurrieron ni Luis XIV ni Napoleón.

***

El futuro Cónclave.—En la *North american Review* consagra R. de Cesare un artículo al examen de los elementos y tendencias del futuro Cónclave que ha de elegir el sucesor de León XIII. Para el autor no ofrece duda que el elegido será un italiano y que el Cónclave se reunirá en Roma, señalándose entre los electores tres tendencias: el sostenimiento de la política de León XIII, el cambio gradual de esta política conciliadora y la reivindicación inmediata del poder temporal.

En cuanto á los *papables*, de los designados hace años en un famoso folleto, sólo dos han sobrevivido, y ambos parecen excluídos ya: el Cardenal Parocchi, por demasiado conciliador, y el Cardenal Capecelatro, por demasiado liberal. La elección parece que ha de ser disputada por Girolamo Gotti, Serafín Vannutelli, Domingo Svampa, José Sarto y el Cardenal Rampolla, que seguramente tendrá bastantes votos.

***

La curación del cáncer.—Los americanos no se cansan de inundar al mundo de descubrimientos, que hay siempre que recibir con cierta reserva por las condiciones especiales de aquel pueblo. «¿Habrá—dice en la *Revue*, de París, el doctor Caze—que tener el mismo excepticismo respecto del último descubrimiento para la curación del cáncer?»

Se trata del hecho recientemente por el Dr. Gilman, Profesor de la Academia de Chicago, que afirma haber tratado con éxito 50 casos de cáncer. No es tarea fácil comprobar la exactitud de los datos indicados; pero en dos casos en que se ha podido hacer averiguaciones, el método preconizado ha obnido resultados inesperados. El método se reduce á la aplicación de los rayos X, que atraviesan los tejidos cancerosos, destruyéndolos radicalmente.

Como se trata de una diátesis, en la que el mal renace siempre, la influencia de los rayos se reduce en todo caso á la de una operación quirúrgica que destruye la substancia morbosa, pero que es impotente para extirparla. Los rayos X, sin embargo, son todavía un misterio, y no debe vacilarse en aplicarlos á título de ensayo, porque, no siendo nocivos y habiendo dado buenos resultados, pudiera realmente suceder que fueran eficaces para la extirpación del mal.

Con este motivo, puede apuntarse una observación de varios médicos ingleses que no carece de interés: la de que una de las causas que parecen determinar la aparición del cáncer es el exceso de sal en nuestro organismo, atribuyendo la frecuencia del cáncer al consumo excesivo de carnes saladas y de embutidos. Hay, además, la particularidad de que, según Macfadyeau, sólo el puerco, de todos los animales domésticos, es refractario al cáncer, siendo el único de todos ellos que repugna la sal. Según esto, el abuso de las carnes saladas, y en general de la alimentación carnívora, que es la de las clases acomodadas, lleva en sí misma su castigo, del que se ven relativamente libres las clases pobres. ¡Siempre es un consuelo!

***

Fuerzas perdidas en los organismos sociales.—Así llama Jorge Picot en la *Revue des Deux Mondes* á la colaboración entusiasta y generosa que muchos espíritus elevados están siempre dispuestos á prestar al Estado en los diversos ramos de la Administración, rechazada por la rutina y por el exclusivismo. Un francés—y lo mismo puede decirse de un español—que no ejerza funciones administrativas ó electivas y que pretenda ingerirse con su consejo ó su acción en la acción burocrática, es siempre visto con malos ojos y rechazado con empeño hasta que se retira convencido de que no se quiere aprovechar su generosa iniciativa. Los padres de familia podrían prestar positivos servicios á la instrucción pública en los consejos escolares; los particulares podrían intervenir en la beneficencia con gran ventaja para tan interesante servicio; las visitas á las cárceles por los mismos serían de excelentes resultados. Nada de esto se hace, porque á todo ello se opone la rutina y el exclusivismo de los que pretenden monopolizar estas funciones del Estado.

*
* *

Transformación del traje femenino.—Una mujer, y en esta ocasión toda una Princesa, declara abiertamente la guerra al traje femenino de la *North American Review*. Se trata de la Princesa María de Isenburg, de la casa alemana de Reuss, que no se contenta, como la Reina Amelia de Portugal, con anatematizar el corsé, sino que va mucho más lejos, aspirando á transformar el traje de la mujer, cambiando el ideal de la belleza femenina.

Para ello, lo primero que ataca es el talle, declarándose enemiga de todo lo que contribuya á dar relieve al cuerpo, y estimando que el traje ideal es una blusa corta que caiga recta de las espaldas, algo así como una chambra casera suelta. Aparte de esto, desea que los cuellos de esas blusas—y en esto sí que tiene razón—dejen descubrir completamente desnuda

la garganta; que las faldas no pasen nunca de la canilla; que desaparezcan los tacones; que el calzado sea calado; que no se lleve, bajo ningún pretexto, velo ni velito de ninguna clase, y que no se admita, para cubrir la cabeza, más que una toca en invierno y un panamá en verano.

Las consideraciones históricas, estéticas é higiénicas en que se apoya son numerosas; pero de temer es que la Princesa María de Isenburg pierda el tiempo con sus predicaciones.

***

Culteranismo del siglo xx.—Las revistas y periódicos de ambos mundos han publicado el discurso que el General Hale ha dirigido al Congreso anual celebrado en Denver (Colorado) por la Asociación americana para el adelanto de las ciencias. Es un trozo de oratoria nuevo siglo que da quince y raya á los latiniparlantes del siglo xvii y á los más cultos gongorinos:

«Señores—les dice:—el Colorado entero os tiende la mano. Esperamos que vuestras afinidades os permitirán realizar una base sincera y sólida; que las corrientes multifaseadas de vuestras diversas actividades trabajarán en sincronismo y determinarán el irresistible impulso destinado á revolver el mundo; que vuestra sangre no será contaminada por el bacilo de la fiebre que causa el *delirium tremens,* ó por el de la tuberculosis, que lleva á la consunción; que la resultante de vuestros esfuerzos se orientará en el sentido del progreso verdadero, y que la fuerza centrípeta que os reune aquí en una órbita conservativa, se equilibrará con la fuerza centrífuga, que determinará las ideas nuevas cuando os escapéis por la tangente. Podríamos desear que permanecieseis en el perihelio del sol de prosperidad; pero eso significaría un estado de reposo, con el estancamiento consiguiente. ¡Ojalá vuestra velocidad se acelere, por el contrario, y el coeficiente diferencial de vuestra curva varíe al infinito hasta que vuestro camino llegue

á ser asintótico á la línea recta de la perfección! ¡Ojalá la final integral de vuestra órbita se confunda con la suma de todo lo que conviene saber!»

Lo hemos traducido literalmente. Para soflama de un General no está del todo mal ese galimatías de nuevo cuño, ¿eh?

FERNANDO ARAUJO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Estudios histórico-artísticos relativos principalmente á Valladolid.... por D. José Martín y Monsó.

Si deseas sentir la España del siglo XVI á vista de ojos, no tienes más que pasarte por Valladolid: la inmensa llanura en que brota te dará idea de la apacible holgura castellana; su modernismo te enseñará que aquella España ya no era la de la Edad Media, ni la de Fernando é Isabel; la amplia gravedad de sus edificios te hará comprender á los vasallos de la Casa de Austria... No sé si contemplado esto gozarás mucho con su recuerdo; pero de hecho que sí llevarás la ventaja de haber respirado ambiente de aquel siglo, y ya graduarás mejor los quilates de su gloria.

Valladolid no carece, en verdad, de timbres más antiguos; pero le resultan del todo exóticos, y nada inspiran: en vano su plaza del Ochavo te ayudará á reconstituir la ejemplar escena de D. Alvaro decapitado; Santa María la Antigua y el arco de las Huelgas no son allí menos incomprensibles que el obelisco de Lucsor en medio de París. Allí hay que empezar mirando en la fachada de San Pablo, y, sobre todo, en San Gregorio, la vitalidad con que salía España de la Edad Media, su fuerza creadora, su fantasía, algo como un himno de adoración al ideal cristiano, bajo formas poéticas y vagas que revelan, más que hartura y cansancio, juvenil anhelo de libertades

y expansiones. Causas exteriores atajaron este impulso, y en vez de abrir camino por sí mismo, se tomó el ya trillado, convirtiéndonos de nuevo en siervos é imitadores. Las comunidades habían caído con afrenta; Castilla se niega á sí misma y el Emperador Carlos rompe las fronteras, por las que salíamos á buscar odios, mientras se nos entraba lo extranjero en forma de cultura y de arte, avasallándonos por amor. Traed á la memoria aquellos místicos y ascetas, humanistas y filósofos, poetas y artistas de toda clase; ellos sí que forman la corte espléndida de Carlos y de los Felipes, ellos sí que hacen amable nuestro siglo de oro.

La historia de las ambiciones y miserias demasiado notoria es, y ojalá pudiésemos borrar las más de sus hojas; pero la de nuestras fuerzas vivas, de lo íntimo y espiritual de la España de entonces, eso apenas vamos vislumbrándolo á fuerza de fatiga y de la labor generosa de muchos. En esto, lo más atrasado aún es lo concerniente á artes figurativas: estamos acopiando materiales; los más difíciles de extraer son precisamente los que han de servir para cimientos, y hasta lograrlos, toda labor es efímera y peligrosa. Pero, ¡cuánta fatiga para arrancar sus secretos el tiempo! ¡Cuántos pasos en balde hasta tropezar con la huella de un sendero! ¡Cuántas decepciones frente á un hallazgo afortunado! Y sin embargo, ¡cuánto seduce y atrae la caza de la verdad, sobre todo cuando es de condición tan pura y deleitosa como el arte!

Así se comprende el libro del Sr. Martí, cuyo título más honroso gusta verlo estampado bajo su nombre. *Pintor* se declara, y si las obras de sus pinceles no bastasen á honrarle, ahí está el libro mismo, ya con la primorosa exactitud y carácter de sus dibujos, ya con lo pintoresco y fácil de su pluma. Allí se descubre la vocación artística, que pide humildad, sinceridad, un espiritualismo algo infantil é inconsciente, desasimiento de lo personal en aras de la Naturaleza, amor puro á toda obra de Dios creador, como de discípulo que, reverente, persigue la huella de su mano. Su ideal hace al artista desde-

ñoso con todo lo que es positivismo y estudio; pero su obra, la forma estrecha siempre, pálida encarnación de su fantasía, le hace descontentadizo de sí mismo y humilde; sí, que la humildad es la piedra de toque del arte verdadero. Ella le rodea con aureola de simpatía; así subyuga sin razonamientos, como la belleza, hasta para el artífice es en cierto modo espontáneo y superior á sí mismo: es un don y no una virtud.

Muchos discurren sobre arte, pero muy pocos hablan en lenguaje de arte; y en verdad que muy mal vienen gongorismos y pedanterías para henchir el alma con el goce virginal de la belleza artística, y así vemos también con harta frecuencia desbarrar á los sabios cuando se les pone frente á una ecuación de este género. Los artistas no sabrán de razones, pero sí saben decir: tiene sentido artístico, que no se gana por esfuerzo, sino que viene de Dios y divide á los hombres con barrera infranqueable. Pero el artista no sabe expresar sino con su instrumento profesional, de modo que en tocando á las artes plásticas, la crítica, ó balbucea y enmudece en boca de los prácticos, ó se anda por las ramas y desatina guiada por los intelectuales. No olvido la fráse de uno de nuestros maestros. cuando le preguntaba su opinión respecto de un discurso académico que acabábamos de oir: «Si fuera artista—me respondió sencillamente—no diría esas cosas.»

Un plástico-filósofo en grado eminente sería un tesoro para la ciencia del arte; pero como trabajar y hablar se avienen mal, hemos de contentarnos recogiendo con veneración las palabras escapadas á un Ghiberti, un Durero ó un Miguel Angel. A más bajo nivel ya, los escritos de artistas secundarios merecen predilección, si no por la autoridad de sus juicios, por el aire del taller en que se compusieron y por el sabor técnico de su estilo. Arfe, Pacheco, Martínez y Palomino, con todos sus lunares, vibran muy por encima de las sequedades de Cean y de las hinchazones académicas del siglo último. El Sr. Martí nos trae á última hora un libro grande y bueno por todos conceptos, como que, dentro de su plan, casi es intachable; su

fama, sobre todo en la gallarda dedicatoria al lector y en los primeros artículos, es de todo un artista que da color y relieve á la idea que elige con buen gusto y armoniza los matices, enfocando de manera que impresione; después se hace más crítico, el dato va abrumándole progresivamente, las figuras se aislan, la escena se complica y ya no es posible dar unidad al cuadro; pero allí revélase mejor otra cualidad excepcional, que es el golpe de vista, la serenidad, mesura y discreción con que maneja los textos, la firmeza de sus conclusiones, y todo esto sin despojarse de la artística ingenuidad, sin artificio, sin escrupulosidades ni digresiones, pues, afortunadamente, no ha contaminado su gusto la lectura de nuestros críticos modernos, y si ha tomado algún modelo, quizá con demasiada insistencia, es el alemán Justi, y en verdad que esto sólo comprueba su buen tino.

¡Y cómo gusta descubrir el cariño con que el Sr. Martí procede en sus investigaciones; la fruición con que va desarrollando sus análisis; el justo orgullo con que de vez en cuando exclama: «esto no se sabía antes de ahora»! Quien no haya descubierto algo, no puede adivinar el gozo que hizo brotar estas palabras. Quien no sepa lo que es registrar un archivo y muchos archivos buscando algo, no tiene idea de la fatiga y abnegación ímproba que representa su trabajo. La crítica del Sr. Martí es, desde luego, esencialmente documental, y la lleva hasta sus últimas consecuencias, apurando, como quien dice, la materia. No se satisface con lo directamente útil y notable, sino que avanza y extiende el campo de exploración hasta límites que asombran. Persigue al artista en su ascendencia y descendencia, en sus flaquezas y luchas por la vida; nos enseña su casa y taller, nos copia su letra, relata fundaciones y patronazgos, fiestas, hechos históricos... Por eso, si dije al principio que Valladolid es la representación artística de nuestro siglo XVI, ahora puede añadirse que en el libro de que hablo tenemos el hilo de Ariadna para recorrerla y saborear á conciencia sus monumentos.

A primera vista, mucha de esta erudición parecerá fútil y de ningún provecho. Cierto que nada acrecienta el mérito de una obra el saber que la hizo Juan ó Pedro, ni que éste sea hijo de Lucas ó de Andrés, y que muriera en tal año ó en el siguiente; pero, sabido el nombre del autor, relacionaremos bien las obras que salieron de cada mano; podremos averiguar su patria, conocer las influencias y corrientes artísticas, los efectos de raza y de clima, las herencias de sangre y las genealogías de arte; una incidencia baladí nos descubre relaciones entre los artistas,que dan la clave para inducir aprendizajes y compañerismos; una fecha exacta basta para sostener ó echar al suelo toda una teoría; una firma, un dato, tienen más solidez que las críticas mejor argumentadas, y son tan sutiles y engañosos los juicios especulativos en esta materia, que rara vez concuerdan los pareceres, llegándose hasta las más encontradas y visibles paradojas.

En tiempo de Ponz, bastaban unas cuantas docenas de nombres para bautizar todas las obras, y parecía nuestro arte tan llano y conocido que daba gusto. Cean y Bosarte vieron ya embrollarse el asunto por la afluencia de artistas olvidados, que venían pidiendo plaza y reclamando obras; pero aquella fiebre investigadora se calmó; creyóse llegada la hora de edificar, y los románticos, abastecidos por Cean y Llaguno, no se han dado reposo en todo el siglo, fabricando castillos en el aire, con un aplauso que mal justificaban lo frágil y hueco de su labor. La ocasión llegó, aunque tardía, demoliendo y aportando mejores materiales, y en esta faena nos ejercitamos al presente.

Uno de los buenos operarios resulta el Sr. Martí, y con él da un paso decisivo la historia de nuestro Renacimiento. Todavía, y al parecer definitivamente, señorea Berruguete como el gran campeón de Castilla; es nuestro Donatello; pero Felipe de Borgoña exige puesto aún más glorioso, no de rival, sino de precursor y quién sabe si maestro, como lo sería de Ordóñez, Diego Siloee, Andino y tantos otros; Juni no apa-

rece ya como una excepción, sino rodeado de discípulos, con el último de los cuales, aunque indirecto, Gregorio Fernández, acapara la herencia de todo el siglo XVII en Castilla, saltando por encima de Becerra, cuya influencia clásica tiene que compartirse ampliamente ya con la de Pompeo Leoni. Estos y otros nombres famosos se registran en el libro, á vueltas de preciosos datos, de obras totalmente desconocidas; y haciéndoles coro, cientos y cientos de artistas de todo género salen del olvido, ya rodeados de un prestigio que invita á rebuscar sus creaciones, ya ostentando de improviso retablos, sillerías, portales, sepulcros y pinturas. Así, citaré á Inocencio Berruguete, Isaac de Juni, Cristóbal Velázquez, Isidro de Villoldo, apenas vislumbrado en este libro, pero con el honor que acreditan sus obras avilesas; Picardo y Manuel Alvarez, de quienes aguardamos á ver buenas esculturas; Antonio de Riera, maestro del todo ignorado, que recobrará, mediante un insignificante rastro, sus obras de Madrigal, Avila y Jaén, Tordesillas, cuyo San Antón más bien deberá de atribuirse á Juni; Ancheta toma por fin su verdadero nombre de Juan; el pintor florentino Benedetto Rabuyati presenta como discípulo honrosísimo á Gregorio Martínez, uno de los más felices descubrimientos del libro; el gran Velázquez, su suegro y otros, contribuyen con cartas inéditas á darle mayor interés, y así sucesivamente, pues cada página es un arsenal inexhausto, donde el lector avisado encuentra ancho campo de investigación y de sorpresas.

No se concreta á Valladolid la tenaz rebusca del crítico, sino que recorre la provincia con su máquina fotográfica y su lápiz, trayendo preciosas nuevas de Medina de Rioseco, Simancas, Tordesillas, Tudela de Duero, Coca, Paredes de Nava y Medina del Campo; avanza hasta el Burgo de Osma, Nájera y Santo Domingo de la Calzada, y desciende á Cáceres, Toledo y muchas otras poblaciones, más ó menos ilustradas en sus monumentos por los archivos vallisoletanos.

He omitido hasta ahora cuanto atañe al arte gótico y al

primer Renacimiento, que como precioso y menos trillado, reservaba para saborearlo algo despacio: no es mucho, pero selecto. Así tropezamos con aquel Michel, flamenco, pintor de la Reina Católica, descubierto por Zarco; pero hasta ahora no sabíamos el apellido Sytiun con que firmaba, ni que era criado de la Princesa Doña Margarita, datos ambos que consolidan la sospecha de Justi de ser el mismo Michiel Zittoz que trabajaba para la dicha Princesa en Flandes, poco antes de venir á Valladolid á saldar cuentas con los testamentarios de la Reina. Enteramente nueva es la noticia de un Ruberto alemán, escultor también de la misma, á quien se deberán ciertas imágenes de la Virgen que se conservan en Granada. Pero mucha más transcendencia tienen los escasos datos concernientes á San Gregorio de Valladolid.

Ahora sabemos que el sepulcro de su fundador no lo hizo Berruguete, sino Felipe de Borgoña, y que el celebrado retablo de la capilla salió de manos de Diego de la Cruz y de maestre Guilles, escultores, vecinos de Burgos, hacia 1489. Acerca de ello discurre acertadamente el Sr. Martí, pero creo que no atina respecto del Guilles, corrigiéndolo en Guillén y confesando ser aun así desconocido, pues Guilles seguramente es el *Gilles* francés, ó sea Gil, y no cabe duda que se refiere al famoso Gil de Siloe, compañero de Diego de la Cruz pocos años después en Miraflores. Tan sencilla aclaración da margen á creer francés á Siloe, ó Siloce, como siempre firmaba su hijo; á vindicar por suyo y de Cruz el retablo de Santa Ana en la catedral burgalesa, y á suponer también obra de ambos las magníficas fachadas de San Pablo y de San Gregorio, idénticas en estilo á lo de Burgos y terminadas hacia 1492. A propósito de la de San Pablo, mi opinión es que, lejos de corresponder al siglo XVII su parte alta, es toda lo mismo de antigua, salvo los escudos y cuatro figuras sentadas de alto relieve, y contituye uno de nuestros primeros pasos hacia el Renacimiento.

Otra cuestión interesantísima que resuelve el Sr. Martí es

la del sepulcro de los Reyes Católicos, creído durante algunos años obra de Ordóñez, hasta que Justi probó el error y lo atribuyó á Domenico Alessandri Fancelli, con entero acierto, pues al aparecer ahora la escritura otorgada por el Florentino encargándose de labrar el sepulcro de Cisneros, consta explícitamente que ya antes había esculpido el del Príncipe Don Juan y «del Rey e de la Reina questán en Granada».

Por último, y no obstante la mesura y desconfianza con que el autor toca este punto, bien puede gloriarse de haber planteado un problema del mayor interés poniendo el nombre de Forment ante el retablo de Santo Domingo de la Calzada. No bastan las reproducciones que publica para juzgar del carácter de su imaginería, pero todo inclina á creer que ciertamente esta es la última obra del insigne maestro, y que sólo ella puede hacer bueno el dicho de Jusepe Martínez, de que mudó de estilo viendo las obras de Berruguete, pues el retablo de Huesca está lejos de revelar mudanza alguna respecto del de Zaragoza. Forment no necesitaba lecciones de Berruguete, pues le aventajaba en clasicismo y en otras prendas; pero si revolucionario era en la escultura, en cambio respetaba para la arquitectura de sus retablos el grandioso tipo gótico de maestre Hans, el alemán, mientras que en Castilla Viguerny había puesto en moda esas cansadas anaquelerías de órdenes superpuestos, columnas monstruosas, encasamientos y hornacinas que sólo Juni se atrevió á romper. Nada tiene de extraño que Forment, como Berruguete, adoptase al fin de su vida y con igual pasividad este otro modelo, y que así resultase tan distinto el retablo de la Calzada, pero conservando, no obstante, ciertos recuerdos aragoneses, que sancionan probablemente la hipótesis.

MANUEL GÓMEZ-MORENO.

Le vol en cas d'extrème misère et l'état de nécessité, Discours prononcé à l'audience solemnelle de rentrée de la Cour d'Appel de Nancy, le 16 Octobre 1900, par M. Marchand, avocat général.—Nancy, 1900.—Folleto de 62 páginas.

La responsabilité pènale et l'extrème misère. Discours prononcé à l'audience solemnelle de rentrée de la Cour d'Appel de Pau, le 16 de Octobre 1900, par M. Chassain, substitut du Procureur général.—Pau 1900.—Folleto de 22 páginas.

Todo el que lee algo ha oído hablar del Presidente del Tribunal francés de Château-Thierry, M. Magnaud. Sus sentencias se han hecho célebres donde quiera. En varias publicaciones españolas se ha tratado de ellas más de una vez.

Pero en parte alguna han producido tanta agitación y tantas y tan encontradas discusiones como en la propia Francia. Un tribunal de categoría inferior, ó mejor dicho, un simple magistrado, ha sabido interesar la atención de una nación entera, y no ha tenido que hacer para ello otra cosa más que juzgar sin las ahumadas antiparras del leguleyo, fundiendo en una sola la doble naturaleza de juez y de hombre que estamos acostumbrados á ver, y que es la que priva. Todo francés, «intelectual» ó no, ha tomado parte en la contienda. Las «sentencias del Presidente Magnaud» se han discutido en los periódicos, en las revistas, en el libro, en el *meeting*, en las Academias y Corporaciones sabias (la notable *Société générale des Prisons*, de París, les ha consagrado no menos de tres largas sesiones), en el Parlamento; donde han determinado la presentación de proposiciones de ley encaminadas á modificar el Código penal; en el foro, en la calle, en todas partes.

Ese problema tan de actualidad no podía menos de tener su proyección también en los discursos de apertura de los Tribunales, pues á nadie toca más de cerca, puede decirse, que á éstos, á los Tribunales, donde precisamente ha sido planteado.

Los discursos de los Fiscales MM. Marchand y Chassain están consagrados de un modo expreso á examinarlo. El primero de ellos lo hace con bastante extensión, acompañando el

estudio de muy apreciables indicaciones y consideraciones históricas y doctrinales; el segundo escribe pocas páginas, pero sustanciosas. Ambos parece que admiten (como la han admitido por lo general cuantos se han ocupado del asunto) la irresponsabilidad por los hechos realizados en situación de extremada miseria (la absolución de una mujer, madre de familia, que, para alimentar á ésta, robó un pan, ha sido una de las más comentadas sentencias del Presidente Magnaud); pero M. Marchand quiere que el fundamento de tal irresponsabilidad sea, no la coacción moral del agente (motivo de aquélla, según muchos escritores, y también según M. Chassain), paralela á la coacción física, sino el estado de necesidad, una de cuyas aplicaciones es el acto determinado por la extrema miseria, porque *quod non est licitum, necessitas facit licitum* (*Digesto*) y *necessitas non habet legem, sed sibi facit legem* (*Decreto* de Graciano).

P. Dorado.

El último Concurso de la Escuela de Minas.

Es tan poco frecuente el caso de que el secreto de los concursos sea una verdad, aun cuando con tal condición se anuncien en las convocatorias, y la imparcialidad y la justicia, única norma de conducta de los llamados á intervenir en concepto de Jurados, que, cuando por fortuna ocurre así, y las recompensas se conceden tan sólo al mérito de los trabajos presentados, huyendo de compadrazgos, favores ó influencias, merecen jueces y concurrentes el más sincero aplauso de las personas rectas é imparciales. En ese concepto tiene muy justamente conquistada fama de severa rectitud la junta de Profesores de nuestra Escuela de Minas, constituída anualmente en Jurado para la adjudicación de los premios del legado Gó-

mez Pardo, puesto que no sólo en éste, sino en los varios años que se vienen anunciando y celebrando estos concursos, han sido declarados desiertos mucho mayor número de premios que los concedidos. Habla esto muy alto en favor de los dignísimos profesores de la Escuela que tan á conciencia interpretan el pensamiento del generoso fundador, y que además han sabido, mediante inteligente y honrada administración, hacer verdaderos prodigios con el producto de los bienes á su gestión confiados, como lo prueban ostensiblemente el edificio construído *ad hoc* para Escuela, la creación del laboratorio de prácticas de química y ensayos de minerales, y los concursos científicos anualmente celebrados.

Vamos ahora á dar cuenta del resultado del último, que es lo que nos proponemos al redactar estas cuartillas.

Varios eran los premios anunciados, y no sabemos cuántos manuscritos se presentaron optando á ellos; pero la *Gaceta* sólo anunció haber sido concedido el premio de tres mil pesetas á una obra titulada *Planimetría de precisión,* que se había presentado bajo el lema $C^{24}\ H^{29}\ (No^{3})^{i}\ O^{10}$.

Los que conocían el manuscrito hacían de él grandes elogios, sintiendo vehemente curiosidad por conocer el nombre del autor, que tan rigurosamente había conservado el incógnito, pues ni aun después de publicado en la *Gaceta* el lema de la obra premiada, pudo traslucirse su nombre hasta el momento de la apertura del pliego que lo contenía. Por eso fue muy grande la satisfacción que experimentamos el día 31 del pasado mes de Diciembre en la sesión pública que para la apertura de pliegos celebró la Escuela de Minas, y con nosotros el Jurado y selecto público que al acto asistía, al leerse el nombre del autor, que resultó ser nuestro amigo el ilustrado Teniente Coronel del cuerpo de Estado Mayor, profesor de la Escuela Superior de Guerra, D. José de Elola.

No podemos aquí hacer, por cuenta propia, el elogio de una obra que sólo conocemos de referencias; pero podemos decir, ateniéndonos al juicio de personas que la conocen y refirién-

donos al brillante informe de la ponencia, que es un trabajo de extraordinario relieve y originalidad, donde se abordan cuestiones de altísima importancia: unas, por ningún autor estudiadas hasta hoy; otras, tratadas muy á la ligera por los escritores profesionales.

Distínguense entre otros, por este concepto, los capítulos titulados «Marcha general de la planimetría en un levantamiento regular» y «Plan de trabajos».

El primero de ellos viene precedido por interesantes estudios de suma originalidad, referentes á la precisión que pueden suministrar aisladamente los diversos métodos empleados en planimetría, para deducir comparativamente su valor relativo y preparar así el estudio de su metódica aplicación. El otro, en el que sintetiza el pensamiento de la obra, abarca el asunto desde un punto de vista enteramente original, cual es el de someter á fórmulas cuanto se relaciona con la elaboración del plan de los trabajos topográficos, á fin de que resulte armonía entre el fin que con el trabajo se persigue y los medios que hayan de emplearse para su realización. Con sólo la enunciación de esta idea, se comprende cuánta es la importancia del asunto y cuán grande el interés que en breve, cuando la obra se publique por cuenta de la Escuela de Minas, habrá de despertar en las personas que se dedican á esta clase de estudios, pudiendo asegurar que las teorías de nuestro competente amigo, seguramente serán muy comentadas en España y en el extranjero.

El nombre de D. José de Elola es ya ventajosamente conocidodel público como escritor castizo y de alto vuelo; es autor de tan variadas producciones como «El credo y la razón», las novelas «Bosquejos», «Eugenia» y «La prima Juana», y multitud de escritos y artículos profesionales, literarios y de polémica, firmados unos, y modestamente encubiertos bajo pseudónimos otros, muchos de los cuales han honrado las columnas de esta Revista.

Hemos sabido á última hora, y no queremos dejar de con-

signarlo, que la obra que acaba de premiar la Escuela de Minas, y que merced á esta feliz circunstancia pronto veremos publicada, fue también sometida á examen de la Junta Facultativa de la Escuela Superior de Guerra, ligeramente variado el título, y mereció un encomiástico informe de esta ilustrada corporación, casi al mismo tiempo que la Escuela de Minas acordaba concederle el premio, coincidencia que da más valor á los informes de ambas juntas que no tienen entre sí conexión ninguna, y que estaban lejos de sospechar que el trabajo que juzgaban merecía idéntico concepto en otro centro científico.

INDICE

	Págs.
High-life (novela), por la Baronesa de Suttner	5
Poetas americanos: Nerón, por Arturo Reyes	38
La Educación, por Miguel de Unamuno	42
El problema religioso en España, por Edmundo González-Blanco	59
El renacimiento y su influencia literaria en España, por Adolfo Bonilla y San Martin	84
Un geógrafo español: D. Rafael Torres Campos, por Aniceto Sela	101
Impresiones españolas, por J. Martínez Ruiz	116
La jurisdicción contencioso-administrativa, por E. Cánovas del Castillo	124
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero	130
Revista de Revistas, por Fernando Araujo	142
Notas bibliográficas, por Manuel Gómez Moreno y P. Dorado	193

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA E HISTORIA

Aguanno.—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación Civil, (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.
Alcofurado.—Cartas amatorias, 3 pesetas.
Amiel.—Diario intimo, 9 pesetas.
Antoine.—Curso de Economía social, 2 volúmenes, 16 pesetas.
Araujo Sánchez.—Goya, 3 pesetas.
Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pts.—El visitador del preso. 3.—El Delito Colecivo, 1'50.
Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.
Asser.—Derecho internacional privado, 6 pts.
Boccardo.—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 ptas.
Boissier.—Cicerón y sus amigos: estudio de la sociedad romana en tiempo de César, 8 pts.
Buisson.—La Educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.
Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 ptas.
Buylla, Neumann, Kleinwachter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.
Carlyle.—La Revolución francesa, tomo II, 8 pesetas. Los dos volúnes, 16 ptas.
Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
Caro.—Filosofía de Goethe, 6 pesetas.
Champeommunale.—La Sucesión Abintestato en Derecho internacional privado, 10 pesetas.
Castro.—El Libro de los Galicismos, 3 ps.
Collins.—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, 2 tomos. 15 pesetas.
Darwin.—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.
Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pts.—El Reformatorio de Elmira. (Estudio de Derecho penal), 3 pts.
Dowden.—Historia de la literatura francesa. 9 pesetas.
Eltzbacher.—El Anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 pesetas.
Ellis Stevens.—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.
Emerson.—La Ley de la vida, 5 pesetas.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.
Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.
Fichte.—Discursos á la Nación Alemana, regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.
Finot.—Filosofía de la longevidad. 5 ptas.
Fitzmaurice-Kelly.—Historia de la Literatura española, desde los orígenes hasta el año 1900, 10 pesetas.
Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 ptas.—La Ciencia social contemporánea, 8 ptas.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 ptas.
Fournier.—El Ingenio en la Historia, 3 pts.
Framarino.—Lógica de las pruebas, 2 tomos, 15 pesetas.
Gabba.—Derecho civil moderno, 2 ts., 15 ptas.
Garnet.—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.
Garofalo.—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstición socialista, 5 ptas.
George.—Protección y librecambio, 9 ptas.
Giddings.—Principios de Sociología, 10 pts.
Giurlati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.
Gladstone.—Los grandes nombres, 5 ptas.
Goethe.—Memorias, 5 pesetas.
Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 ptas.—Las Favoritas de Luis XV. 6 pesetas.—La du-Barry, 4 pesetas.
González.—Derecho usual, 5 pesetas.
Goodnow.—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.
Goschen. Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
Grave.—La Sociedad futura, 8 pesetas.
Gross.—Manual del Juez, 12 pesetas.
Gumplowicz.—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 ptas.—Compendio de Sociología, 9 pesetas.
Guyau.—La Educación y la herencia, 8 ptas.—La Moral inglesa Contemporánea, 12 ptas.
Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 ptas.
Haussonville.—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
Heine.—Alemania, 6 pesetas.
Hunter.—Sumario de Derecho romano, 4 pts.
Huxley.—La Educación y las Ciencias Naturales, 6 ptas.
Ihering.—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
Janet.—La Familia, 5 pesetas.
Kells Ingram.—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.
Kidd.—La Evolución social, 7 pesetas.
Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.
Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.
Krüger.—Historia, fuentes y literatura de Derecho Romano, 7 pesetas.
Lange.—Luis Vives, 2'50 pesetas.
Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.
Lemcke.—Estética, 8 pesetas.
Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pts.
Leroy-Beaulieu.—Economía política, 8 pts.
Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.—La Escuela Criminalógica Positivista, 7 pesetas.
Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.
Macaulay.—La educación, 7 ptas.—Vida, Memorias y Cartas, dos tomos, 14 ptas.
Manduca.—El Procedimiento Penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
Martens.—Derecho Internacional, 3 tomos, 22 pesetas.
Max-Müller.—Origen y desarrollo de la religion. 7 pesetas.—Historia de las Religiones, 8 pesetas.
Meneval y Chantelauce.—María Estuardo, 6 pesetas.
Meyer.—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia-Alemania y Austria. Introducción y exposición de la Organización administrativa de España, por Adolfo Posada, 5 pesetas.
Miraglia.—Filosofía del Derecho, dos tomos. 15 pesetas.
Mommsen.—Derecho público romano, 12 ps.
Murray.—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.
Nansen.—Hacia el Polo, 6 pesetas.
Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 ptas.—La Genealogía de la Moral, 3 ptas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Humano, demasiado humano, 6 pesetas.
Novicow.—Los despilfarros de las Sociedades modernas, 8 pesetas.—El Porvenir de la Raza blanca, 4 pesetas.
Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.
Renán.—Estudios de Historia Religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.
Ricci.—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 ptas.—Derecho Civil, dos tomos, 15 ptas.
Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
Ruskin.—Las siete lámparas de la Arquitectura (El sacrificio.—La verdad.—La fuerza.—La belleza.—La v da.—El recuerdo.—La obediencia), y La Corona de Olivo Silvestre (El trabajo.—El comercio.—La guerra), 7 pesetas.
Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del derecho, 3 pesetas.
Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios

escogidos, 3 ptas.—El Mundo como voluntad y como representación (segunda parte), 10 pesetas.

Sighele.—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Sohm.—Derecho privado romano, 14 ptas.

Spencer.—La Justicia, 7 ptas.—La Moral, 7 ptas.—La Beneficencia, 6 ptas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 ptas.—Instituciones sociales, 7 ptas.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 ptas. El Organismo social, 7 ptas.—El Progreso 7 ptas.—Exceso de legislación, 7 ptas.—De las Leyes en general, 8 ptas.—Ética de las prisiones, 10 ptas.—Los datos de la Sociología, dos tomos, 12 ptas.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 ptas.—Instituciones profesionales, 4 pesetas.—Instituciones industriales, 8 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Starke.—La Familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.

Stead.—El Gobierno de Nueva York, 3 ptas.

Stirner.—El Unico y su propiedad, 9 ptas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 ptas.

Sumner-Maine.—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho Mercantil, 12 pesetas.

Taine.—Historia de la literatura inglesa: 5 vols. 34 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.—Los filósofos del siglo XIX, 6 pesetas.—La Inglaterra, 7 pesetas.—Notas sobre París, 6 pesetas.

Tarde.—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El Duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.

Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, dos tomos, 15 pesetas.

Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez, Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió Tarde, Torres Campos y Vida).—*La Nueva Ciencia jurídica*, dos tomos, 15 pesetas. Contiene grabados.

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamente, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgás, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.)—*El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 pesetas.

Idem.—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.

Virgilii.—Manual de Estadística, 4 pesetas.

Vivante.—Derecho Mercantil, 10 pesetas.

Witt.—Historia de Washington, 7 pesetas.

Waliszewski.—Historia de la Literatura rusa, 9 pesetas.

Westermarck.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Wilson.—El Gobierno Congresional, 5 ptas.

Wolf.—La Literatura castellana y portuguesa, con notas de M. y Pelayo, dos volúmenes, 15 pesetas.

OBRAS RECIEN PUBLICADAS
POR LA ADMINISTRACION DE «LA ESPAÑA MODERNA»

Virgilii: Manual de Estadística, *4 pesetas.*—**Todd:** El Gobierno parlamentario en Inglaterra, *dos tomos*, *15 pesetas.*—**Eltzbacher:** El anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 *ptas.*—**Stirner:** El Unico y su propiedad, *9 pesetas.*—**C. Ellis Stevens:** La Constitución de los Estados Unidos, *4 ptas.*—**Spencer:** Instituciones profesionales, *4 pesetas.*—Instituciones industriales, 7 *pesetas.*—**Schopenhauer:** El Mundo como voluntad y como representación (segunda parte) *10 pesetas.*—**George:** Protección y librecambio, *9 ptas.*—**Ruskin:** Las siete lámparas de la Arquitectura (El sacrificio.—La verdad.—La fuerza.—La belleza.—La vida.—El recuerdo.—La obediencia), y La Corona de Olivo Silvestre (El trabajo.—El comercio.—La guerra), 7 *pesetas.*—**Taine:** Historia de la literatura inglesa. La Edad Moderna, 7 *pesetas.*—**Ricci:** Derecho Civil, *dos vols.*, *15 ptas.*—**Nietzsche:** Humano, demasiado humano, *6 pesetas.*—**Finot:** Filosofía de la longevidad, *5 pesetas.*—**Boccardo:** Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, *10 ptas.* **Carlyle:** La Revolución francesa, tomo II, La Constitución, *8 ptas.*—**Novicow:** Los despilfarros de las Sociedades modernas, *8 pesetas.*—**Wilson:** El Gobierno Congresional; Régimen político de los Estados Unidos, *5 pesetas.*—**Fitzmaurice-Kelly:** Historia de la Literatura española, desde los orígenes hasta el año 1900, *10 pesetas.*—**Goncourt:** La du Barry, *4 pesetas.*—**Taine:** Los filósofos del siglo XIX, 6 *pesetas.*—**Champcommunale:** La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado, *10 pesetas.*—**Starcke:** La familia en las diferentes sociedades, *5 pesetas.*—**Caró:** La filosofía de Goethe, *6 ptas.*—**Spencer:** La Moral de los diversos pueblos y la Moral personal; 3.ª edición, 7 *pesetas.*—**Lubbock:** El empleo de la vida; 3.ª edición, *3 pesetas.*—**Witt:** Historia de Washington y de la fundación de la República de los Estados Unidos, 7 *pesetas.*—**Novicow:** El porvenir de la raza blanca, *4 pesetas.*—**Max Müller:** Historia de las Religiones, *8 pesetas.*—**Bunge:** La educación, *12 pesetas.*—**Bagehot:** La constitución inglesa, 7 *pesetas.*

LA ESPAÑA MODERNA
AÑO XIV

Esta Revista, escrita por los más eminentes publicistas nacionales y extranjeros, ve la luz todos los meses en tomos de más de 200 páginas.

CONDICIONES DE SUSCRICION

En España, seis meses, **diez y siete pesetas**; un año, **treinta pesetas.**—**Fuera de España**, un año, **cuarenta francos.** El importe puede enviarse en letras sobre Madrid, París ó Londres.—Todos los abonos deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después, se les entregarán los números publicados.

Se suscribe en la Cuesta de Santo Domingo, 16, principal, Madrid.

Director: J. LÁZARO

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 14. NUM. 159

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE DE LAZARO

MARZO, 1902

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.030.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

HIGH-LIFE

NOVELA

(CONTINUACIÓN)

V

La Princesa Hohenberg y la Condesa de Thunen se encontraban en París desde hacía ocho días. El Príncipe Hohenberg las había acompañado, pero había regresado inmediatamente á Austria, en donde, según él, le reclamaban con urgencia los asuntos parlamentarios. Experimentaba un vago temor de que la nave política derivase hacia las aguas liberales.

—El puesto de nosotros los conservadores, declaró en una comida en la Embajada de Austria, nuestro puesto nos ha sido confiado para una misión sagrada. Somos los centinelas del Estado y del orden social. Hay que estar dispuestos siempre á dar el «¡Quién vive!» y á presentar la punta de las bayonetas al partido radical. Mi deber me llama á Viena; toda palabra que no pronuncie en defensa de nuestra causa amenazada, es una falta para mi conciencia. Además, no me gusta nada en París. Estamos aquí entre compatriotas, y puedo confesar que estas corrientes demagógicas me repugnan profundamente... La ciudad es admirable, convengo en ello; pero una vez que el extranjero ha visitado los monumentos y visto los teatros, ha agotado todos los placeres parisienses... Odio á esta banda de aventureros que llevan los principios más perniciosos

á los círculos oficiales. La única fracción escogida de la sociedad, la nobleza legitimista, se ha confinado en el *Faubourg*, y sus ideas—que son también las nuestras—pasan por antiguallas y no ejercen influencia alguna en los acontecimientos políticos. Así, pues, tengo prisa por salir de París... Todos estos decretos de expulsión de sacerdotes y príncipes me exasperan... Mi mujer y mi cuñada se quedarán todavía, les divierte visitar los almacenes y los teatros; á mí me reclaman asuntos más importantes: la cuestión escolar...

El Príncipe Hohenberg marchó, pues. El duque Emilio, que se encontraba en París, se ofreció á las señoras para servirles de caballero y de protector en caso de necesidad. Las dos hermanas se alojaban en el Gran Hotel, con su servidumbre, compuesta de una aya inglesa (la Princesa había llevado á la niña), tres doncellas y dos ayudas de cámara; además, un hombre de confianza de la casa Hohenberg asumía cerca de las viajeras las funciones de secretario, de intendente y de correo. Efectuaba los pagos, hacía los recados, tomaba los carruajes, los palcos de teatro, etc. Había elegido unas magníficas habitaciones en el primer piso, que daban sobre el *boulevard*, y Cari é Isi se complacían en ponerse al balcón para mirar la animación de la multitud, sin ser reconocidas. En Viena no podían dar un paso por la calle, sin que todos los tenderos, cuando no todos los transeuntes, murmurasen, dándose con el codo: «Esa es la Princesa Hohenberg, ó la Condesa de Thunen.» En París pasaban inadvertidas y recorrían á pie los almacenes y las tiendas con infantil alegría, constantemente en movimiento, tomando el aire, gozando de su libertad.

A eso de las cinco de la tarde, el carruaje de las dos hermanas se hallaba estacionado ante un hotelito de la calle de Presbourg, habitado por la señora de Orsakoff, una gran dama rusa con quien la Princesa se había encontrado recientemente en la Embajada de Rusia. «El martes recibo», había dicho la señora de Orsakoff, y como su amabilidad encantó á Isi y á Cari, habían ido á visitarla.

La dueña de la casa las acogió con demostraciones de alegría:

—Son ustedes amabilísimas... Estoy encantada de verlas en mi casa... Desde que las conocí no pienso más que en ustedes, me han comprendido... Permítanme ustedes que les presente á la Marquesa Adela de Marcy, una de nuestras reinas parisienses... Es de lamentar, señoras, que hayan venido ustedes con la estación tan adelantada; dentro de una semana París quedará desierto, todo el mundo marchará á los baños de mar...

—Esa es también nuestra intención. Pensamos ir á Trouville.

—¡Ah!, tanto mejor. Nos veremos allí—dijo la señora de Marcy.—Hay que hacer que nuestra amiga la señora de Orsakoff renuncie á sus proyectos cosacos y se una á nosotras.

—¡Ah! ¡bien lo quisiera! ¿Cree usted que voy por gusto á las estepas? Necesito vigilar mis propiedades; mis Intendentes me roban como en un bosque, y me hace mucha falta el dinero. ¡Es espantoso lo que devora este París! Su ciudad es un paraíso, Adela; pero un paraíso ruinoso... ¡El traje más modesto cuesta mil francos y no se puede llevar un sombrero de cinco luises!

La conversación había recaído en asuntos de tocador, terreno fértil como pocos. La Orsakoff y, sobre todo, Adela de Marcy hablaban de aquello con una gravedad, un fuego sagrado, con un fervor tal, que se hubiera creído que el tocador era una divinidad y su culto un sacerdocio.

Por lo demás, la persona de la Marquesa parecía entregada por completo á semejante religión. Era una mujer de unos treinta y dos años, de regular estatura, delgada, de facciones que acusaban cansancio, pálida; pero la gracia de sus movimientos, la elegancia de sus modales, lo fino de su sonrisa le prestaban un encanto particular, muy picante; una verdadera mundana, coqueta, nerviosa, frívola.

Adela era viuda. Su marido, el Marqués de Marcy, un gentilhombre gastado y arruinado que deseaba dorar sus blaso-

nes, se casó con ella siendo ésta muy joven, al salir del colegio, cuando se llamaba Adela Durand, hija de un rico industrial que le entregaba siete millones de dote. Esta unión fue tan feliz como debía esperarse. El estaba satisfecho de la fortuna, ella de haber adquirido un título. Tuvieron una niña, que dió ocasión á una canastilla en la que abundaban los encajes, y á un bautizo en el que ofició el Arzobispo de París. El Marqués murió pocos años después; proporcionó también un alarde de blasones y trajes de luto cuyos crespones sentaban admirablemente á la viudita.

Al año siguiente, la Marquesa reanudó su existencia disipada. Su hotel era uno de los mejores de París, y sus tocados se describían en todas las crónicas de la moda. Los trenes, las libreas, el mobiliario, eran de una corrección perfecta. Sus salones estaban abiertos al mundo oficial, y sobre todo á la colonia extranjera; no faltaba á una recepción del Elíseo ó de las Embajadas, y todos los Príncipes de paso acudían á su casa. Adela de Marcy no quería volverse á casar, gustaba de su libertad; sabía lo que costaba el casarse por sus millones y no quería hacer una nueva experiencia. ¿Tuvo alguna debilidad? ¿Dió alguna vez, ó prestó, su corazón? Nadie lo sabía y á nadie le importaba: su mesa era buena, su trato afable; esto bastaba para protegerla contra la maledicencia.

Más se hablaba de las aventuras de la Orsakoff, viuda y rica como su amiga, es decir, independiente en absoluto. Todos los rusos que residían en París ó pasaban una temporada, frecuentaban los salones de la dama; ésta era muy bien quista en la corte de San Petersburgo, y no hacía mucho, un gran Duque y su mujer habían comido con ella. Edad: frisando la cuarentena. Belleza: ninguna, pero mucho atractivo.

La conversación de las cuatro mujeres continuó mucho tiempo sobre el tema «modas». Las dos austriacas se contentaban con escuchar é interrogar, porque se sentían enfrente de fuerzas superiores, como un aficionado ante un artista célebre. Se despidieron al cabo de un cuarto de hora.

—No olviden ustedes que recibo los miércoles—dijo la Marquesa de Marcy estrechándoles la mano.

El duque Emilio, que había sido instituído por el Príncipe Hohenberg en protector y *factotum* de las señoras, había tomado para aquella misma noche un palco en la *Renaissance*.

Luego que Isi y Cari dejaron el salón de la Orsakoff, se hicieron conducir al Bosque y volvieron al hotel hacia las siete. El Duque las estaba ya esperando.

—¡Ah! Es usted muy amable en haber venido—exclamó Cari.—¿Vendrá usted á que le demos de comer?

—Al contrario... Quería proponerlas el ir á un *restaurant* á fin de librarse de la vulgar comida del hotel, siempre la misma.

—No sé, verdaderamente, si...—dijo vacilando la Princesa.

—Sí, sí—exclamó Isi con alegría,— es una excelente idea.

—No, no quiero—replicó Cari después de haberlo pensado, —podríamos ser reconocidas.

—¿Pero cree usted —objetó el Duque — que pretenda conducirlas á un lugar sospechoso y mostrarme indigno de la misión que su marido de usted me ha confiado? Mi proposición es muy natural y no ofrece ningún peligro. Todos los extranjeros comen en el *restaurant*. Tan poco comprometedor es ser visto en esos lugares como en el teatro. Ultimamente hice lo que propongo con el Duque y la Duquesa de Alvarez...

—¡Ah! un marido y su mujer es diferente. Nuestros maridos no están aquí...

—Pero con un Mentor como yo, un anciano de cabellos blancos...

—No tan Mentor...

—No tan blancos... Tus escrúpulos son exagerados, Cari—dijo Isi.

—¿Irían al *restaurant* la gran Duquesa de Rusia ó la Princesa de Gales?

—No—confesó el Duque.

—Entonces tampoco irá la Princesa Hohenberg. — Y to-

cando un timbre, añadió, dirigiéndose al ayuda de cámara:—que sirvan y pongan un cubierto más.

—Me someto á sus voluntades, mi altiva soberana — dijo el Duque.

—Una soberana muy fastidiosa — murmuró Isi. — Me hubiera encantado ceder. No sé, pero el aire que respiro aquí me embriaga y me dispone á las locuras...

La puerta del comedor se abrió: «La señora Princesa está servida», anunció el *maître* de hotel.

—El brazo, Duque.

—Vamos— dijo Cari luego que se hubieron sentado á la mesa,—¿no se está más convenientemente aquí que en un *restaurant* en donde cualquier persona puede comer cerca de una?

—No se trataba de conveniencias—replicó Isi.

—La Condesa tiene razón.

—Se trataba — añadió aquella — de divertirse; nada más que para eso estamos aquí.

—¡Ay!—exclamó el Duque suspirando. — París ya no me parece el mismo; tal vez me encuentre yo envejecido, quizás haya yo cambiado...

—Entonces, ¿para qué ha venido usted?

—Sin duda por motivos... *rubios*—dijo la incorregible Isi.

Cari permaneció impasible.

—Ciertamente, Condesa. Por lo demás, París es un centro que atrae á todos los viajeros cosmopolitas, y esta fuerza de atracción es irresistible. Deseo volver á ver la Ópera, deseo oir á Sarah Bernhardt y Coquelín, deseo visitar las Exposiciones, los almacenes, los Museos, sin dejarme cegar por el odio que noto contra los alemanes. Pero me irrito en mi cualidad de...

—¿De alemán?

—No, en mi cualidad de hombre. Como alemán, admito que la aversión de que soy objeto se justifique desde el punto de vista francés. Pero el sér humano se siente injustamente

atacado, y deploro el estado de atraso de nuestra civilización, que deja aún subsistir esos odios nacionales. Esto era bueno en la época en que cada cual vivía á la sombra de su campanario. Hoy está en desacuerdo con nuestras costumbres de viajar, con nuestra actividad, con nuestras relaciones exteriores. En materia de arte, de placeres, de literatura y, sobre todo, de ciencia, todos los hombres fraternizan. Los odios nacionales son un anacronismo, un contrasentido, y provienen de ese absurdo espíritu belicoso. Mientras vivamos en la expectativa de una guerra, de un degüello de nuestros semejantes, el apretón de manos amistoso entre gentes de naciones distintas no existirá, y Deroulède tendrá razón en negarse á darlo.

—Ya se ve, querido Duque, que no pertenece usted al Ejército; si no, encontraría usted muy natural la guerra—dijo Cari.—A mí me gustan los militares.

—Como á la gran Duquesa de Gerolstein.

—No de la misma manera. Encuentro que es la carrera más brillante para un gentilhombre. Mi hijo será sin duda oficial.

—¿Y si lo matan?

—Será la voluntad de Dios y por la patria.

—¡Espartana!... Pero hablemos de cosas menos graves... ¿Qué haremos mañana por la mañana? ¿Quieren ustedes ir al salón?

—¿Mañana por la mañana? Imposible, ¡tenemos que hacer cosas mucho más importantes! ¡Es nuestro día de prueba en casa de Worth!

No tardó en terminarse la comida. El servicio había sido tan rápido—un jefe de comedor y dos mozos para tres comensales,—que los platos fueron despachados en menos de tres cuartos de hora.

Volvieron al salón. Era demasiado pronto para ir al teatro, pues la función no empezaba hasta las nueve. Salieron al balcón que daba sobre el boulevard. Desde abajo, entre el bri-

llo de las luces y el hormigueo de carruajes y peatones, subía un rumor alegre y confuso. La avenida destacaba su larga cinta blanca bajo los focos eléctricos, ardían los mecheros de gas de las tiendas, las sombras negras de los transeuntes se alargaban para desaparecer en la luz deslumbradora, y la rápida marcha de los coches producía la impresión de una carrera de placer. El ambiente era tibio, y los efluvios parisienses—cada ciudad tiene su olor—se desprendían penetrantes de la ola humana. La Princesa se puso de codos en la balaustrada.

—¡Qué animación!—exclamó.

Emilio permanecía silencioso.

—¿En qué piensa usted?

—En nada... Respiro París. Aquí, en el movimiento de la calle, la atmósfera está saturada de fiebre y como espolvoreada de pimienta. En otras ciudades se ve á las gentes dirigirse al teatro por brillantes avenidas, pero en ninguna parte se experimenta esta ilusión de vivir en un torbellino de novela vivida.

—Es verdad, experimento la misma impresión. ¿De dónde procede?

—De nuestras costumbres literarias, Princesa. Leemos tantos libros, vemos tantas obras cuya acción se desarrolla en París, que cuando nos encontramos transportados en el mismo medio de esas historias, experimentamos sensaciones especiales, particulares... Esto es lo que respiro.

—A propósito, Duque, ¿conoce usted á la Marquesa de Marcy?—preguntó Isi.

—Ciertamente. Vivía aún su marido cuando me presentaron á ella. Todavía no he ido á verla. Tiene uno tantas relaciones en este París, que es imposible cultivarlas todas durante una estancia de corta duración; por lo demás, los salones de la Marquesa de Marcy no me atraen. No son originales, ni políticos, ni literarios, ni divertidos, ni fastidiosos. Óyese en ellos á cantantes medianos ó á pianistas de segundo orden,

desplegar su repertorio; la sociedad que en ellos se encuentra está muy mezclada, se codean muchas castas de gentes sin simpatizar...

—Creo que ya es tiempo de ir al teatro—dijo interrumpiendo Isi.

Media hora después, las dos hermanas y su caballero aparecieron en un proscenio de la *Renaissance*.

—¡Un verdadero estuche!—exclamó Isi, mirando la coquetona sala llena de espectadores y brillantemente iluminada.

Los dorados, los paños, las pinturas, parecían recientes; en los palcos, trajes bonitos y sonrientes rostros; en la escena, un dúo exquisitamente cantado por intérpretes queridos del público; una música ligera, alegre, de la que se repetían varios números; en fin, un espectáculo delicioso. La misma Cari, á pesar de su frialdad, sintió en su alma una bocanada de alegría, y muy animada dijo al Duque:

—Ha sido una buena idea el habernos traído aquí.

Cayó el telón, y la *divette* fue llamada á escena entre grandes aplausos.

—¿Ve usted algunas caras conocidas? ¿Quién es esa mujer tan bonita que está enfrente de nosotros?—preguntó Isi.

—Es una *demi-mondaine* muy conocida.

—¡Ah! ¿Cómo se llama?

—No sea usted tan curiosa, Condesa. La curiosidad de las grandes damas es el triunfo de las pequeñas... No contribuya usted á él.

—¡Qué moralista tan austero! ¿Pero cómo no fijarnos cuando en todas partes vemos á esas mujeres más hermosas, más elegantes y más atendidas que nosotras? Esa lleva encajes y brillantes de un valor inestimable, atrae todas las miradas, la escoltan cinco hombres de aspecto irreprochable...

—Mientras que ustedes no tienen más que un caballero caduco...

—En Viena no sucede lo mismo. Allí esas se eclipsan ante las verdaderas damas... Los jóvenes no se atreven á presen-

tarse en público con ellas, sus trenes no rivalizan con los nuestros, sus hoteles no son una sucursal de nuestros palacios...

—Es verdad, París es el paraíso del *demi-monde*.

—Diga usted—dijo Cari volviéndose.—¿No es aquél el Príncipe de Abcasia, allí, en la primera fila de butacas? Está desconocido con su frac negro y su corbata blanca... Pero sí, es él, acaba de vernos.

Algunos instantes después, el Príncipe Arlán entró en el palco. Se cambiaron las frases de rúbrica: ¿Ustedes aquí? ¿Desde cuándo? ¿Por cuánto tiempo? ¿A dónde van ustedes luego?...»

—Yo creía que deseaba usted volver á su país para realizar los proyectos de reforma de que me habló usted en Viena —dijo el Duque.

—Tal era mi intención, pero una circunstancia imprevista me ha detenido aquí, y no iré hasta la primavera próxima— respondió el ruso.

—¿Viene usted á menudo á París?—preguntó Cari.

—Mucho; tengo aquí un apeadero. Un hombre que se respeta debe tener una habitación en París, porque siempre se concluye por volver.

—Yo creía que detestaba usted la capital de la República —dijo el Duque, que poseía una memoria molesta para los habladores y los embusteros.

El Príncipe no se acordaba ya de lo que dijo en Viena, y no cayó en la alusión de Emilio.

—No le comprendo á usted, querido Duque, aun cuando como alemán esté usted obligado á interpretar así las cosas; pero los rusos somos parisienses en un rinconcito de nuestro corazón. Tengo intención de comprar un hotel y amueblarle al estilo de mi país; el interior de un Príncipe asiático no puede parecerse al de una persona cualquiera...

—Se ha impuesto usted una doble tarea verdaderamente difícil. Quiere usted europeizar la Abcasia y orientalizar París; si va uno á ver á usted en su patria, se encontrará con algo de

la civilización moderna, y en su hotel se creerá uno transportado á Oriente... Por lo demás, jamás he encontrado en ninguna parte cosas más parisienses como en la corte del Kedive, y en parte alguna he pisado tantas alfombras persas ni visto tantos alfanjes como en las salas de fumar de los de París... Con el tiempo, toda la tierra ofrecerá el mismo aspecto.

—¿Irá usted á las carreras esta semana?—preguntó Cari al Príncipe Arlán.

—Hasta tomo parte activa en ellas, Princesa. Mi caballo inglés ha alcanzado varios premios, pero en esta ocasión no tiene ninguna probabilidad, he apostado mucho dinero...; rece usted por mí.

—¡Como si el cielo se interesara por los jugadores!

—¿Por qué no?—replicó el Duque. A usted le parece natural que el cielo intervenga en las partidas que se pierden ó se ganan en los campos de batalla, pues del mismo modo...

—¡Querido Duque, esta noche se halla usted demasiado ergotista!—para todo lo que decimos tiene usted máximas que rebosan sabiduría...

La orquesta preludió los primeros compases del acto siguiente. El Príncipe Arlán se despidió de las señoras, prometiendo visitarlas al día siguiente en el Gran Hotel.

VI

—¡Bien venido, Witterstein! — exclamó el duque Emilio muy satisfecho, al ver entrar al primero inesperadamente. ¿De dónde llegas?

—De Londres; he llegado esta mañana, y aquí me tienes.

—Ya no te esperaba; se ha corrido el Gran Premio. ¿Por qué no has llegado á tiempo? Todo el mundo se va, yo también me iré dentro de unos días.

—¿Están todavía las diosas?

—¿La de Hohenberg y la de Thunen? — Sí; pero no por mucho tiempo. Se van á Trouville la semana próxima.

— ¿Dónde paran? Iré hoy mismo á ofrecerlas mis respetos.

—En el Gran Hotel. Verdaderamente, para ser novio tienes mucha prisa en volver á ver á Isi... Cuéntame, pues, lo que te ha detenido en Londres.

—¡Ah! querido amigo, me lancé de tal modo al torbellino mundano, que no podía separarme de él. Hice que no corriera el rumor de mi noviazgo, á fin de conservar mi prestigio de soltero en estado de merecer; de esta suerte he sido de todos los bailes, de todos los conciertos, de todas las partidas de *lawn-tennis,* de todos los *pique-nique* de Richemond. No he faltado ni á una recepción en la corte, ni á una fiesta de Marlborough-House, y hubiera necesitado veinte años de estancia para atender á las invitaciones con que me abrumaban... Por lo demás, si todas las personas á las que he rogado vengan á cazar este otoño á mi casa se decidieran á aceptar, no bastarían para alojarlas mis castillos reunidos. Si se quiere realmente conocer una existencia de lujo y de placer, es preciso vivir en medio de la sociedad inglesa. Sin Gertrudis, me hubiera quedado allí, me ofrecían los mejores partidos. Figúrate una *countess in her own right* de veinte años, propietaria de un nombre famoso y de un castillo histórico, bonita como un ángel, espiritual como un demonio.

—¡ Lady Herminia Caverland!

—¿La conoces?

—Tu descripción me la ha recordado. La ví el año pasado en Niza, á donde fué con su yate. Una hermosa y deslumbradora persona evidentemente, pero tu elección me parece más acertada. Es mejor ceñir la corona en frente más modesta, y tú no tienes necesidad de casarte con una *countess in her own right* para realzar tu rango. Se me figura que una joven tan independiente, tan adulada, tratada como soberana por los que la rodean, no servirá para esposa sencilla y cariñosa.

—No me pesa, no. La hermosa lady no ha hecho ninguna impresión sobre mi corazón, el cual, además, ya está conquistado.

—¿Por fin confiesas tu amor á Trudy?

— ... ¿A Trudy? ¡Ah! sí... naturalmente... ¿Iremos juntos á alguna parte esta noche? ¿Estás comprometido?

—Sí, he prometido á las diosas acompañarlas á casa de la Marquesa de Marcy. ¿Quiéres que te presente?

—¿Sin visita previa?

—No hace falta. La Marquesa tendrá mucho gusto en recibirte. Te iré á buscar á las diez. ¿Dónde paras?

—En el Continental.

—No hay más que hablar.

Witterstein se dirigió al Gran Hotel, pero las dos hermanas habían salido. Dejó su tarjeta, y se fué al Bosque con la esperanza de encontrarlas. Sufrió una decepción, las señoras estaban de compras. Cuando regresaron al hotel y vieron entre otros nombres el de Witterstein, Isi experimentó una profunda sorpresa, porque no creía volverle á encontrar. El *hasta la vista* pronunciado en la última reunión del palacio de Hohenberg, no había, sin duda, tenido para él la misma importancia que para ella, puesto que él permanecía voluntariamente ausente... La joven, por mucho que se repitiese que más valía así, experimentaba, sin embargo, una especie de decepción, una herida de amor propio; ciertamente ella contaba con permanecer insensible á los homenajes de él, pero la pasión de éste se había desvanecido harto pronto... Ha venido, decía el pedazo de cartulina que ella tenía en la mano. ¡Qué lástima no haberse encontrado allí! Al día siguiente no saldría... Sin embargo, ¿no sería más prudente evitarle? Pero, ¿por qué? Estaban llamados á encontrarse en sociedad, y ella no podía evitar semejante encuentro; lo esencial era mostrarse indiferente, á fin de no dejarle ninguna esperanza. «El está comprometido, comprometido, comprometido...» y á pesar de todo, aquella tarjeta la causaba alegría.

Eran cerca de las doce de la noche cuando las dos hermanas llegaron al hotel de Marcy, construído entre patio y jardín. Los carruajes de los invitados llenaban las calles adyacentes, el cupé se acercó al peristilo; Cari é Isi bajaron.

—Me temo que esta reunión debe ser aburrida—había declarado Isi.

En el vestíbulo había una media docena de criados con pelucas blancas y calzón corto. Dos de ellos las ayudaron á quitarse los abrigos, mientras que un tercero abría las hojas de una puerta y las anunciaba en alta voz.

Antes de entrar dirigieron la inevitable ojeada al espejo, que les dió esta amable respuesta: belleza perfecta, exquisita elegancia. Ambas iban de blanco con encajes; Cari llevaba zafiros, Isi rubíes; las dos, flores; la primera azules, la segunda rojas. Cuando atravesaron los salones, llenos de gente, se elevó á su paso un murmullo de admiración. Adela de Marcy salió á su encuentro y las dijo algunas frases de bienvenida; pero no tardó en dejarlas, reclamada por la llegada de nuevos invitados.

Aparecieron el duque Emilio y Witterstein. Isi rectificó mentalmente el pronóstico que antes formulara: la reunión no podía ser ya aburrida. Tomó un aire indiferente:

—No creía encontrar á usted aquí, Duque.

Y Cari:

—Hemos recibido su tarjeta, Witterstein; pero, ¿cómo es que llega usted después del Gran Premio? ¿Qué es lo que le ha detenido á usted?

El ama de la casa se acercó:

—¿Quieren ustedes pasar á esta otra sala? Va á cantar la señorita X.

Witterstein se sentó cerca de Isi, pero las vocalizaciones de la tiple le obligaron á guardar silencio. Terminado el canto, se oyeron algunos bravos discretos, porque el entusiasmo mundano no es ruidoso.

Un señor en traje de etiqueta sucedió á la cantante, y se puso á recitar una poesía.

—Hubiera querido ofrecer á ustedes á Coquelín—dijo Adela en voz baja á sus invitados,—pero no era posible tenerle hoy... En su lugar he traído á M. I..., del Odeón, que recita admirablemente.

El joven artista comenzó con el *Arenque salado,* de Carlos Cros, un arenque seco, seco, seco, que, colgado de un hilo largo, largo, largo, es arrojado por encima de una pared blanca, blanca, blanca, todo

Para fastidiar á las personas graves, graves, graves,
Y divertir á los niños pequeños, pequeños, pequeños.

Pero el público se quedó frío, frío, frío.

—Por fin... Por fin, vuelvo á ver á usted, Condesa... Déjeme usted decirla...—comenzó á hablar Witterstein.

Pero el cómico recitó otra composición, y en seguida la cantante se lanzó á interminables variaciones. Isi se volvió, al notar que la daban en el hombro con un abanico.

—Buenas noches, querida—dijo la señora de Orsakoff.—Me he acercado á usted silenciosamente, en medio de esta gritería. Por fin puedo darla la mano. Quisiera someter á usted un proyecto.

—¿Qué proyecto?—preguntó Cari.

—Tengo ganas de organizar una partida de campo y pasar juntas todo un día alegremente, en pleno aire. ¿Les agrada á ustedes?

—Ciertamente.

La Marquesa fue invitada por la Orsakoff, así como Witterstein y el duque Emilio.

—Llevaré también al Príncipe Arlán y á un americano muy original—añadió ella,—un muchacho encantador.

—Será verdaderamente cosmopolita—replicó el Duque.—Europa, Asia y América estarán representadas dignamente. ¿No puede nadie proporcionarnos un africano?

Se citaron para el día siguiente, con objeto de fijar el día y el lugar de la excursión.

El estrado fue asaltado de nuevo por un pianista, que lo ocupó durante tres cuartos de hora. Witterstein trató en vano de hablar en voz baja con su vecina, pero ésta le impuso silencio. Cuando se hubieron agotado los placeres artísticos de la noche, los individuos se dirigieron al comedor, en donde estaba servido un suntuoso *buffet*, bajo la celosa inspección de los *maîtres d'hotel*.

—Querido Duque—dijo Cari á su caballero,—me aburro soberanamente.

—Lo comprendo; todas estas gentes parecen cumplir con un deber penoso. Nada hay tan triste como una fiesta sin alegría.

Isi no se aburría. La presencia de Witterstein bastaba para que aquellos momentos fuesen para ella interesantes y dignos de ser vividos.

VII

«Llegado ayer bueno París. No sé cuánto estaré. Mi pensamiento al lado de Gertrudis.

Witterstein, hotel Continental.»

Este telegrama llegó al castillo de Stockau, en Bohemia, en donde la Condesa de Simmersburg se encontraba desde hacía unos días. El calor se había hecho abrumador y expulsó á la aristocracia. El equipo de Gertrudis estaba encargado, nada la detenía en la ciudad. El proyecto de un viaje á Carlsbad había sido desechado, porque no existía el principal motivo: la caza del marido.

La joven se alegró mucho de encontrarse en el campo y saborear su felicidad cerca de la Naturaleza, en medio de los bosques, bajo el cielo tachonado de estrellas, entre el perfume de las rosas... La ausencia de Hans reanimaba la pasión

de la niña, algo apagada por la frialdad de aquél, y llevaba la imagen del ausente al través de los campos, en sus largos paseos á pie.

Abuela y nieta estaban solas en el castillo y veían poca gente, de manera que la niña vivía absorbida por completo en sus sueños. Pasaba los días lluviosos en la biblioteca, y cuando hacía buen tiempo se llevaba un libro á su sitio favorito, en un rincón del jardín. Leía poesías, cuentos, historias que hablaban de amor; ¿no era para ella su destino un poema delicioso, una admirable novela?... Amaba, era amada, y esta exquisita felicidad no alcanzada por las heroínas sino después de mil aventuras, le sonreía desde los albores de la vida.

Contemplaba á menudo un retrato del amado, encerrado en un medallón de oro, que jamás la abandonaban. Había allí, bajo los sedosos y rizados bigotes, una boca que, para ella, contenía el mundo. Algún día posaría ella sus labios en aquel lugar, y sus elocuentes besos dirían la fuerza de su pasión. ¿Podría resistir tal alegría? Sentía aún el penetrante encanto del primer cambio de mirada, la turbación de la primera presión de manos... Una vez, su novio se había inclinado hacia ella por casualidad y aquel contacto la había trastornado... Todo esto le parecía el preludio de una sinfonía alegre, poderosa y magnífica... ¡Ay! ¡jamás serán igualadas las delicadas melodías del amor naciente!

Las cartas de Witterstein no eran apropiadas para avivar la llama de Gertrudis: billetes raros y lacónicos, vulgares notas de viaje, apenas una frase de ternura; pero ella no podía más... ¿No le había él prevenido que detestaba las epístolas largas, buenas para colegialas?

También Gertrudis no le enviaba más que cartas breves y secas. Tenía que someterlas al parecer de la Condesa, y esto bastaba para contener la expansión de su corazón. Hubiera sido preciso escuchar la sempiterna frase: «Trudy, eso no está bien.» Además, su amor propio le vedaba dirigir á su novio palabras más afectuosas que las que ella recibía de él.

No sabiendo á quién confiar los sentimientos que desbordaban de su corazón, contestaba largamente á cada telegrama y guardaba su misiva en su diario íntimo. Más adelante, las leería él y podría juzgar de la ternura de ella.

Al despacho recibido de París, Gertrudis contestó con las siguientes líneas, aprobadas por su abuela:

«Mi querido Hans:

»Me alegro saber que ha llegado usted bien á la segunda etapa de su viaje. Deseo que encuentre usted grata su estancia en París. En cuanto á mí, no tengo nada nuevo que decirle; nuestra vida continúa siendo tranquila y solitaria. Nuestra salud es excelente y disfrutamos de los buenos aires del campo. Se acerca el momento de su regreso: espero que tendrá usted muchas cosas interesantes que referirnos. Escríbame ó telegrafíe pronto.

»No dude usted de la honda afección de su prometida,

Gertrudis.»

Mientras que el cartero se llevaba el citado extracto de manual epistolar, la joven estaba ya dedicada á su grata tarea.

«Amado mío:

»Tu telegrama está delante de mí; pero este vulgar papel que no está escrito por tu mano, no me dice nada de ti, nada más que tu nombre: lo beso amorosamente.

»Estas frases afectuosas: «mi pensamiento está al lado de Gertrudis», me hacen, sin embargo, muy feliz. Gracias, adorado mío. ¿De manera que no te olvidas de tu Trudy? ¿O me lo dices para complacerme? No, debes pensar en mí, porque á veces he sentido pasar por mi alma la caricia alada de uno de tus pensamientos. El deseo de verte me obsesiona... ¡Ojalá fueras ya mío para conservarte celosamente! Temo que nuestra separación sea eterna, que me muera antes de nuestra unión ó que tú me seas infiel. Pero no, estoy loca, tú me quieres ¿no es verdad?, puesto que me has elegido entre todas. El

amor significa, ahora lo sé, que el universo no contiene más que un solo hombre ó, más bien, que el universo entero está contenido en ese hombre. Mi vocabulario es muy pobre; antes tenía palabras para expresar la Felicidad, la Eternidad, la Vida, la alegría; ahora no sé más que repetir: Tu, tu, tu,

Tu *Gertrudis.*»

VIII

Al día siguiente de la velada en casa de la Marquesa de Marcy, Witterstein se dirigió al Gran Hotel, y fue recibido por Cari. La Condesa Thunen figuró como si hubiera salido, pero permaneció encerrada en sus habitaciones.

Por la noche se vieron en el teatro de Variedades para oir á una *divette* en boga, cuya picaresca gracia hacía furor. Los audaces chistes que salpicaban la obra se embotaban en la coraza de indiferencia de la Princesa Hobenberg. No estaba enamorada, y el sutil fuego que, entre el ritmo de una polca se difundía por la cargada atmósfera de la sala, la dejaba tranquila y fría. A veces, ocultaba un bostezo tras su abanico de encajes. Prefería con mucho la Ópera de Viena ó el Burgtheater, en donde reinaba en su palco, ante espectadores extasiados que murmuraban con respeto: «¡La hermosa Princesa Cari!»

Aquí, su belleza atraía los gemelos; pero, ¿por quién la tomaban? Quizás por una aventurera... ¡Su nombre era algunas veces citado en las crónicas de sociedad, entre los de una señora Duval ó Durand cualquiera! ¡No se había atrevido un cronista, con motivo de una función de gala en la Opera, á decir en su reseña que habían sido admiradas en el palco del Embajador de Alemania dos encantadoras húngaras! ¡Confundir á los Thunen y á los Hohenberg con los magiares! En la siguiente línea describía el traje de una actriz en boga: «Forro

de seda color pálido, con orquídeas». ¡Ah! Cari despreciaba casi tanto como su marido á aquel París democrático.

En cambio, á Isi, que no era aristócrata en cuerpo y alma, la embriagaba la vida parisiense. En aquel momento hubiera querido escapar á la custodia de aquella hermana altiva y dura que velaba celosamente por el honor del gran nombre; hubiera querido ser una mundana libre, como Adela de Marcy, é ir después de la representación á cenar con Witterstein.

Pero pensándolo bien, si no fuera ella la inaccesible Isi Thunen, ¿la desearía tan ardientemente aquél? Seguramente no. Había mil mujeres bonitas con las que Hans podía cenar alegremente aquella noche,—ella no debía ponerse al mismo nivel. Permanecer en su pedestal, recibir homenajes, flotar por encima de la multitud, tal era la primera condición de su poder. Por esto fue muy poco amable durante todo el resto de la noche.

Al día siguiente se celebró la famosa jira; se reunieron en el Gran Hotel para ir á Versalles; Adela de Marcy iba acompañada por varias personas, y la Orsakoff había llevado á su decantado americano, al Príncipe Arlán y á algunos miembros de la colonia rusa.

Se hicieron rápidamente las presentaciones. Los franceses presentes, y entre ellos un oficial que había hecho la campaña del 70, experimentaron un ligero malestar cuando fue pronunciado el nombre del Príncipe alemán, aunque éste fuera el hombre más amable del mundo y no hubiera tomado parte en la guerra. Estaban preparados dos breaks y dos landós. Después de una ligera colación, se pusieron en camino alegremente. Hacía un tiempo delicioso. La idea de pasar el día al aire en medio del campo, daba alegría á todo el mundo. Los excursionistas se compadecían de los pobres ciudadanos recluídos en sus casas, en sus asuntos, en sus ocupaciones; y esta conmiseración aumentaba en egoísta placer. Isi se prometía ser muy coqueta, porque en la velada pasada se había convencido del amor de Witterstein, y esperaba oir mil cosas tier-

nas y seductoras. Gustaba de estos halagos, como gatita mimosa, y gustaba del vértigo como mujer temerária. Pero la gatita no quería más que saborear mimos sin transcendencia, y la mujer temeraria no quería sino costear el precipicio sin caer en él. En otros términos, Witterstein sería escuchado, pero no atendido: tal era la resolución de Isi.

Las damas hubieron de designar á sus caballeros; Isi eligió á Walgrave, el americano, aun cuando hubiera preferido al oficial de dragones; Adela de Marcy, al Príncipe Diamante. Cari había invitado al duque Emilio á sentarse á su lado. Aquella partida de campo le parecía una cosa de mal tono que atacaba á su dignidad. No podía disimular un asomo de mal humor, ostensible en la expresión de su fisonomía, más fría y más orgullosa que nunca. Pero el desdeñoso gesto sentaba bien á su hermosa cabeza de Juno, rubia. Se pusieron á la mesa hacia las ocho de la noche, después de haber visitado concienzudamente el castillo y el parque de la antigua residencia real. Una honda tristeza se había apoderado de los visitantes: la melancolía que inspiran las grandezas pasadas, que exhalan los palacios de Venecia, los vetustos castillos de Escocia y los antiguos burgos alemanes.

Cari pensaba en Schœnbrunn, menos grandioso que Versalles, pero mimado por el sol imperial. Allí, en su país, la Princesa Hohenberg se representaba á aquellas Duquesas de antaño que tenían taburete en la Corte y eran admitidas á los juegos de la Reina. Ella gozaba de los mismos privilegios, era dama de Palacio y estaba condecorada con la Orden de la Cruz estrellada; así se sentía ella superior al resto de la humanidad.

La reunión se instaló en el jardín del hotel de Reservoirs y ocupó dos mesas, una grande y una pequeña. En esta última, cuatro señoras: Isi, Cari, Adela de Marcy y la Orsakoff; y cuatro hombres: Emilio, Witterstein, Walgrave y el Príncipe Arlán. Este, que conocía todos los *restaurants* de París, había ordenado la lista de la comida y elegido los vinos. En

un bosquecillo cercano comía otro grupo parisiense de *demi-mondaines* y *clubmen*; hablaban, reían, bromeaban, no en voz mucho más alta ni de manera mucho menos discreta que en la partida de las grandes damas. En medio de la conversación general, Witterstein se inclinó hacia Isi, y la dijo en voz muy baja:

—¿Se acuerda usted de nuestra despedida en Viena?

Ella hizo un signo afirmativo.

—Dije á usted: «hasta la vista», y nos volvemos á encontrar aquí. ¿Será preciso separarnos de nuevo?

—Es preciso.

—¿De veras?

—Pero su prometida...

—No me hable usted de la pobre criatura. No me casaré sino en caso de que usted consienta...

—¡Hans!

—¡Isi!

Sus manos se unieron bajo la mesa y permanecieron enlazadas.

A lo lejos, una orquesta tocaba piezas de opereta, repercutían risas en las sombras, el follaje crujía suavemente. Los aromas de la madreselva se mezclaban á los olores de cocina y al humo de los cigarros, los mecheros de gas salpicaban de manchas luminosas el verde sombrío. Isi, con los dedos prisioneros en los del joven, experimentaba una embriaguez singular, un extraño trastorno; le parecía, por una especie de desdoblamiento, asistir á su propio goce, contemplar una acción exterior, en la que ella desempeñaba un papel principal que debía abandonar muy pronto...

Los comensales se levantaron, pues ya era hora de marchar; al regreso, Isi y Witterstein fueron separados.

Al día siguiente, los vapores del champaña se habían disipado, la Condesa Thunen se había recobrado; cuando Hans se presentó por la tarde á informarse de su salud, ella le dijo con tono de fría amabilidad:

—Gracias, un poco de jaqueca.

—También yo—añadió Cari,—esas jiras son absurdas; no se me verá más en ellas.

Hans había recobrado igualmente el sentimiento de la realidad. Ya no pensaba en abandonar á su novia, perder su mayorazgo, volver al servicio militar y renunciar á la agradable existencia que se había prometido, y en la que Gertrudis, el exquisito capullo, algo representaba... Tiempo habría de reanudar más adelante su novela con Isi, pues la fidelidad no estaba inscrita en su programa. Temió que la joven le recordase su promesa de la víspera; pero su actitud demostraba que ella no tenía para nada en cuenta lo que había pasado. De común acuerdo, quedaron borrados de sus *carnets* las deudas de amor.

IX

De John Walgrave á Walter Sydney, en Boston.

París, 15 de Junio.

«Querido amigo: Ayer, en medio de una partida de campo, me pidieron mi opinión acerca de Europa; esto me recuerda que te debo, desde hace mucho tiempo, una relación sobre el antiguo Continente.

»Continúo experimentando aquí sorpresa, alegría, cólera y un poco de fastidio. Los americanos somos más ó menos europeos nacidos en el Nuevo Mundo. Nuestra lengua, nuestro modo de pensar, nuestros estudios, nuestra religión artística, todo nos viene de fuera; mil lazos nos unen á esta Europa, que es nuestra cuna. Dentro de algunos años será otra cosa. Tendremos una personalidad, y nuestra alma, que se despierta ahora, se hará grande y libre.

»Déjame apuntar lo que me parece imperfecto, primitivo

y pueril en estos países. Una impresión semejante debe experimentar el europeo que visite la China ó la India, la corte del Rey de Siam ó el templo del Elefante blanco. Considerará la Monarquía del uno y la santidad del otro como una comedia, y sin embargo, respeta en su patria las testas coronadas, los grandes, las pompas de la religión. Yo, el americano, el demócrata, el hombre libre, considero todo este aparato como un espectáculo oriental. Los actores van llenos de condecoraciones, de cruces, de bandas y de placas; detrás de la decoración brillan las armas, lucen los ojos, rechinan los dientes. Los ejércitos se hallan prestos á lanzarse unos contra otros y á destrozarse. Te aseguro que el drama es interesante.

»He asistido—desde lejos—á las grandes maniobras; el grupo de Generales y de Príncipes estaba allí, erguidos en sus caballos, adornados con plumas, bandas, galones, cruces... En Siam, los magnates llevan algunos brillantes más, esto es todo. Ante aquéllos desfilaban las diversas máquinas de destrucción acompañadas por sus «maquinistas». No era más que un ensayo general, pero podía uno imaginarse la representación formal, evocar los mares de sangre, los gritos de dolor, los estertores de los heridos, las entrañas palpitantes, las agonías de los moribundos en los fosos... Cada Príncipe llevaba por cortesía el uniforme del país de que era huésped, y una vez terminado el espectáculo tomaba parte en un alegre banquete, dispuesto á lanzar al día siguiente sus tropas contra el que le recibía á su mesa... ¡Ofrece tan bruscos cambios la diplomacia!... Tú no puedes, en tu calidad de bostoniano, formarte la menor idea de lo que todavía subsiste aquí de espíritu feudal, de prejuicios y de orgullo.

»Hay gentes que se creen por encima del resto de la humanidad porque han heredado un título ó un cargo en la corte y porque tienen, por derecho de nacimiento, un puesto en la mesa ó en las cacerías reales. ¿Cuándo se convencerá la humanidad de que el mayor de los honores es el honor, la mejor de las dignidades la dignidad, el más grande de los derechos el dere-

cho? Nosotros, los «trasatlánticos», no hemos inventado tales cosas, pero nos complacemos en importarlas á nuestra casa. Continuamos extrayendo del antiguo mundo nuestro alimento intelectual. No somos precursores. Las flores más preciadas de la inteligencia crecen aquí, nosotros nos contentamos con aclimatarlas. La única superioridad que reivindico para nosotros es la que el niño tiene sobre el hombre y que consiste en las promesas del porvenir. Hoy nos contentamos con proveer á las regiones desheredadas de granos, carnes en conserva, máquinas de coser y lámparas eléctricas; pero llegará tiempo en que las enviaremos también la luz y el alimento del espíritu.

»Bastante de peroración sobre filosofía social: hablemos de cosas menos abstractas, de mis aventuras parisienses. Continúo siendo solicitado y festejado en los centros mundanos. Ayer conocí á algunas personalidades extranjeras muy curiosas. Comienzo por los hombres: un Príncipe asiático, medio ruso, medio oriental, con tres cuartos de *boulevardier*, que parece creer en sus embustes y charlatanerías. Se escucha al hablar con interés y no sin cierta sorpresa, pues como no sabe de antemano lo que va á decir, espera con curiosidad sus propias palabras. Un Príncipe alemán, hombre de corazón, refinado, amable y suave. Sus manos son las más bellas del mundo, por la forma y por la expresión, porque ya sabes que las manos tienen su fisonomía propia. En tercer lugar, un Príncipe austriaco, un arrogante oficial de caballería en traje de paisano, joven, rico, tal vez inteligente...

»Vengamos ahora á las damas. Primero, la señora de Orsakoff, excéntrica, habladora, expansiva, sin tacto ni medida. Después, una mezquina advenediza, tipo de las damas alegres del segundo Imperio, que vive para sus trajes, el mundo y los placeres. En seguida una Princesa austriaca, una Venus de mármol. Me ha parecido ser la encarnación del orgullo, que asistía á la partida de campo como á una comida en la Corte. He visto en el Almanaque de Gota todos sus títulos, que le van como anillo al dedo: alteza serenísima, princesa de

esto, de lo otro, etc., etc. Por último, la hermana de la anterior: una morena picante, muy sencilla, muy natural, muy corriente, amiga de reir y divertirse.

»Comíamos de campo en Versalles, y nuestra mesa carecía de animación. Yo observaba; el Príncipe alemán hablaba de cosas serias. El Príncipe asiático refería anécdotas, y el austriaco permanecía reservado. ¡Que se le perdone! Se encontraba en el estado semi-consciente de los enamorados. ¡Algunos cuchicheos con su vecina, la Condesa de ojos negros!... Aquella pareja feliz me hacía experimentar una rabia virtuosa, así fue que gracias á una jugarreta mía, fueron separados al regreso; sentados uno al lado del otro, se hubieran tal vez aprovechado de la oscuridad para juntar sus labios...

»Hasta otra, amigo mío; se hace tarde; hasta la próxima.»

X

—¡Gracias á Dios! Isi no insiste sobre la ruptura de mi boda—se dijo Witterstein después de su visita al Gran Hotel.

Me ama, y me lo ha demostrado claramente ayer noche. Sería verdaderamente imperdonable dejar escapar tan hermosa ocasión de recoger en el árbol el fruto maduro, pronto á desprenderse.

El joven se preguntó si no debía volver sobre sus pasos y tratar de continuar la escena interrumpida de la víspera. Isi era razonable, y parecía querer evitar las violencias, las manifestaciones trágicas; pero su carácter era débil, y su pasión sincera. ¿Consentiría acaso en una ligera escapatoria en aquel gran París donde nadie espiaba sus hechos y sus acciones? ¿Resistiría á las ardientes súplicas de Hans? ¿Debía él volver para tratar de decidirla, ó valía más escribirla?

Hans se decidió por lo segundo. Entró en un café, pidió tintero y papel, y trazó los siguientes renglones:

«Nada más fácil que hacerse conducir en un simón á la entrada de los Campos Elíseos. Un traje oscuro y un velo espeso son de rigor. Una vez en el lugar designado, se bajan las cortinas, se hace que pare el coche, se permite á un transeunte que abra la portezuela y se siente al lado de usted. Ruego que se haga esto esta noche de ocho á nueve. Si allí arriba, en las estrellas, un genio benéfico lleva la cuenta de las sumas de felicidad prodigadas á los habitantes de la tierra, inscribirá: algunas horas de placer para dos personas inteligentes.

Hans.»

Witterstein dirigió el billete á la Condesa de Thunen, y lo entregó á un demandadero con orden de traer la respuesta.

Al cabo de diez minutos de espera, volvió el mensajero.

—Esa señora ha salido—dijo,—he dejado el billete al conserje. Hans quedó desesperado al tener que permanecer en la duda hasta la noche; sin embargo, más valían las angustias de la espera que una negativa inmediata... tal vez más que una aceptación demasiado pronta: la aventura adquiría cierto encanto con la resistencia inesperada. Se imaginaba las luchas que Isi sostendría durante todo el día con ella misma; después bruscamente, en el momento fatal, obedecería casi inconscientemente á los impulsos de su corazón. Se pondría un traje negro, bajaría á la calle, tomaría el primer coche que pasara, y llegaría á la cita confusa, conmovida, trastornada... ¿A dónde la llevaría? ¿al bosque?... Sí; y desde allí al restaurant de Madrid...

Quiso ir él mismo á organizar la fiesta; se dirigió á Madrid, ordenó una comida delicada, retuvo un gabinete particular, dió órdenes para que todo estuviese preparado para las nueve, dispuestos los platos en los calentadores y en el hielo las botellas de champaña...

—Pudiera ser también que no venga—añadió Witterstein.

El jefe de comedor se inclinó, pues no le pareció extraordinaria semejante eventualidad.

Aquel día, las dos hermanas volvieron al hotel bastante tarde. Habían hecho una larga visita á una Princesa de la familia de Orleans que, de paso en París, se dirigía á sus tierras. La Princesa había acogido á las dos austriacas con la mayor amabilidad, y las había propuesto ir á pasar con ella algunos días en el campo, antes de marchar á Trouville. Isi y Cari habían aceptado la invitación gustosísimas, porque desde su llegada á París se encontraban por primera vez en su verdadero centro... Respiraban una bocanada de ambiente propio...

El hombre tiene varias patrias: la del corazón, la de la inteligencia, la del espíritu. Un sabio de cualquier país que sea, se sentirá más «en su casa» en una sociedad de sabios extranjeros que en una posada, rodeado de tratantes de ganado. Del mismo modo Cari é Isi se sentían más en su centro entre los Príncipes de Orleans que en los salones de la Presidencia, en donde se anunciaban á la entrada los nombres vulgares de las mujeres de los Diputados ó de los Ministros. Allí el ambiente era distinto. No flotaban en él ninguna de las ideas que vician la atmósfera; allí el aire era puro, estaba saturado de oxígeno aristocrático.

Cuando entraron en el hotel, les entregaron las tarjetas y las cartas que habían llegado mientras estaban fuera.

Isi reconoció la letra del billete que la estaba dirigido.

—¡Ah!, es de Witterstein—dijo rompiendo el sobre. Después leyó y enrojeció.

—¿Qué dice?—preguntó Cari, que se encontraba cerca de su hermana.

—¡Oh!, nada... es á propósito de un encargo que le dí...—y rápidamente se guardó el billete en el bolsillo.

A las ocho, Hans esperaba, con el corazón palpitante, á la entrada de los Campos Elíseos. Contenía la respiración cuando veía aparecer un coche. Por fin, después de una media hora interminable, un coche fué á pararse junto á la acera, en el lu-

gar designado. Hans se aproximó: las cortinas estaban echadas. Abrió violentamente la portezuela. Salió un hombre, un demandadero que le entregó una carta, diciendo:

—Tengo encargo de entregarle á usted esto, señor.

Después desapareció. Hans leyó á la luz de un farol:

«Si hay en las estrellas un genio que inscriba la impudencia de los habitantes de la tierra, tendrá hoy que hacer una importante anotación.—I.»

El joven hizo un gesto de cólera, y exclamó:

—Será mía... será mía, aun cuando tenga que sacrificar á Gertrudis, á mi boda, al mayorazgo y á mi propia...

Se dirigió en seguida al Gran Hotel.

—¿Está la Condesa de Thunen?

—No, esas señoras han salido—respondió el portero.

—¿Sabe usted á dónde han ido?

El interpelado creía haber oído decir que iban á la Ópera, pero no podía asegurarlo.

Witterstein fué á la Ópera, tomó un billete y entró en la sala. No se encontraban las hermanas. Se hizo conducir á la Comedia Francesa: la misma decepción. Recorrió de la misma manera varios teatros, sin mejor resultado. Trató de saber algo en casa de las señoras de Marcy y Orsakoff, pero en vano. Era ya demasiado tarde para presentarse en otras partes, y se decidió á acechar el regreso de las hermanas á la entrada del Gran Hotel.

¿Qué diría á la cruel Isi? No lo sabía y no tenía más que una idea: verla. Su cabeza ardía, su frente abrasaba, su pulso estaba agitado. Se paseó ante el hotel hasta cerca de las doce; varios carruajes se detuvieron, pero de ninguno salió la mujer amada. Cayó un chubasco: sufrió un violento estremecimiento y experimentó un tal malestar, que estuvo á punto de caer desvanecido. Subió á un simón y se hizo llevar á su hotel...

—Mañana—se dijo,—mañana la veré; caeré á sus pies; mañana...

Subió penosamente la escalera hasta su habitación. Tenía

tan mala cara, que su ayuda de cámara se asustó y le ayudó á acostarse. Al día siguiente, Hans se encontraba con una violenta fiebre que le hacía delirar.

Isi se sorprendió al no recibir noticias de su adorador. Conocía bastante á los hombres para saber que una negativa excita siempre la pasión. ¿Cómo no se apresuraba á verla para obtener su perdón? ¿No debía él suponerla ofendida con su billete? Cierto era que ella se encontraba muy resentida por semejantes procedimientos, pero había en el fondo de su indignación cierta satisfacción que no se atrevía á confesarse á sí misma, y no la hubiera gustado que aquella inaudita audacia se trocase en completa indiferencia... En todo caso, Hans debía expiar su falta á los pies de ella, pedirla perdón, arrepentirse y hacer una corte más lenta, más discreta... ¡Nunca sería de él, no, jamás...! Tal vez algún día se dejaría conmover y le concedería un favor pequeño... Tal vez en un momento de abandono le dejaría darla un beso... Tal vez si él ponía á sus pies su porvenir, su fortuna, su vida entera; tal vez... tal vez...

Pero ¿por qué no se presentaba él? ¿Era una táctica de enamorado? ¿Era por desesperación ante los rigores de ella?

Isi estaba lejos de suponer la enfermedad de Witterstein. Al día siguiente hubo de salir de París con su hermana, para ir al castillo de la Princesa ***, y no supo la indisposición de su amigo sino algunos días después.

Hans se curó al cabo de una semana de su fiebre física y moral. Mientras tanto llegó de Austria una carta de su tío llamándole apremiantemente; resolvió marchar, pues no podía seguir á Isi al castillo, en donde se le había ofrecido una hospitalidad regia.

Este obstáculo y la enfermedad misma le parecieron incidentes providenciales en pro de la felicidad que estuvo á punto de sacrificar con ligereza. Envió en seguida un telegrama á Gertrudis:

«Salgo mañana, y regreso al país en donde se encuentra lo que más quiero.»

XI

Al día siguiente de la jira á Versalles, el americano se hizo anunciar en casa del duque Emilio. Este salió á su encuentro con la mano extendida.

—Tenía la intención de ir hoy á verle á usted, y me felicito de que se haya adelantado á mis deseos.

Desde la primera entrevista se había establecido la simpatía entre aquellos dos hombres. Se habían reconocido puntos de vista comunes, ideas semejantes, un mismo modo de considerar la vida y juzgar de las cosas. John Walgrave tenía treinta y tres años, y nada en su persona acusaba al «yankee». Las personas que han viajado mucho, vivido mucho fuera de su país, visto mucho, observado mucho, concluyen por despojarse de todos los signos exteriores de su nacionalidad. Los ingleses pierden su tiesura, los alemanes su torpeza, los franceses su vanidad, los italianos su facundia y los americanos su vulgaridad. Estos nómadas ofrecen todos los caracteres de un tipo más viable y más nuevo que deberá algún día conquistar el mundo; son los ciudadanos del universo. Walgrave se juzgaba miembro de ese grupo cosmopolita, y se sentía en comunidad de pensamientos con el Duque; así fue que, después de una hora de conversación, los nuevos amigos habían llegado á una perfecta intimidad intelectual, y experimentaban el uno hacia el otro una verdadera amistad. El Duque, que iba á marchar á Trouville, rogó á John que fuese á pasar con él algunas semanas, y el segundo aceptó gustoso.

Ambos se encontraban aquel día en la terraza de la *villa*, ocupada en Trouville por las dos «diosas». Muchas personas estaban reunidas en torno de Isi y Cari: la Marquesa de Marcy, el Príncipe Hohenberg, que había llegado de Viena la vís-

pera, el Duque de Abcasia y algunos otros bañistas. Eran las ocho de la noche, y acababan de levantarse de la mesa para tomar el café. La conversación era unas veces general, otras particular; los invitados iban, venían, paseaban, contemplaban el mar ó escuchaban á las dos hermanas.

La Princesa Cari refería á su marido su estancia en el castillo de los Príncipes do Orleans.

—Hemos pasado allí una semana deliciosa.

—Aburridísima—replicó Isi.

—Para ti tal vez...; por lo demás, parecías bastante distraída y de mal humor. No correspondías en modo alguno á la amabilidad de nuestros huéspedes. A decir verdad, éramos pocos; ni bailes, ni recepciones, ni *rallye-paper*...

—No. Se jugaba al bezigue y se leía en alta voz los artículos del *Correspondant* — continuó diciendo Isi; realmente no era muy divertido.

—No la hagas caso, Fernando. Te aseguro que la estancia ha sido encantadora. El tren de la casa, la magnificencia del castillo, los recuerdos históricos, el tono de la conversación, la severidad de la etiqueta, todo, en una palabra, me ha reconciliado con Francia. He tenido la ilusión de encontrarme ante los soberanos legítimos del país.

—¡Ah! tocas un punto interesante—dijo Hohenberg.—¿Han hablado los Príncipes de la posibilidad de una restauración monárquica?

—No. Se evitaba todo lo posible el hablar de política, y cuando por casualidad se deslizaba una palabra acerca de este asunto, siempre había alguien que cambiase de conversación.

—¡Ah! les garantizo el triunfo de sus derechos. Francia está identificada con la Monarquía; debe toda su grandeza á sus Reyes, y si quiere vivir, preciso es que vuelva á la Monarquía... aun cuando no sea más que por instinto de conservación.

Walgrave, que acababa de aceptar del Duque una taza de té, cogió un terrón de azúcar y se alejó en silencio.

—¿Duque Emilio?—exclamó Hohenberg.

—Aquí estoy—respondió aquél, que se había sentado aparte contemplando la mar bruñida.

—Dígame usted, querido, ¿qué opina usted del restablecimiento de la Monarquía?

—No quiero que se ventilen aquí semejantes cuestiones—dijo Cari.—Estamos á orillas del mar para reposarnos, lejos de los ruidos del mundo. No nos mareemos hablando de política.

Emilio aprobó con un ademán.

—La Princesa habla como un libro—dijo.

—De canto rojo y dorado—murmuró Isi.

—Isi, tus burlas sobre mis cabellos rojos, me harán creer que tienes envidia.

—No tendría razón, nada hay tan bonito como los cabellos negros, de un negro intenso. Confiéselo usted mismo, Duque.

—Verdaderamente, mi querido Hohenberg, me pide usted demasiado. Tengo que decidir á quemarropa si la Monarquía es preferible á la República, y si los cabellos negros son preferibles á los cabellos rubios. Yo creo que la mujer amada es siempre hermosa, sea su cabellera negra ó rubia, y la patria siempre querida, esté gobernada por un Rey ó por el pueblo.

Un poco más allá estaban sentados Adela de Marcy, Walgrave y el Príncipe de Abcasia.

—¿Por qué no quiere usted hacer un viaje de recreo á mi país, Marquesa?—preguntó Arlán.

—Me gusta tanto París, que me cuesta mucho dejarlo; y cuando lo hago, es para hallarlo en otra parte... No tengo ningún deseo de ir á perderme en su país de salvajes.

—¡Salvajes es duro!

—¡Dios mío! confieso que antes de conocer á usted ignoraba absolutamente el lugar en que pudiera hallarse su patria. No estoy fuerte en geografía, y para mí, todo lo que está al otro lado del mar es trópico, ártico, polar; en suma, ¡un país de salvajes!

—Agradecidísimo, Marquesa—dijo Walgrave riendo.—

Con arreglo á su clasificación, yo soy una especie de antropófago cuyos adornos consisten en algunas plumas y en tatuajes.

—No; los americanos, según mis conocimientos etnográficos, son una raza civilizada, gracias á su talento, para los negocios. Los americanos de los Estados Unidos, por supuesto. A los otros, me los represento como indios cazadores de cabelleras. Pero no me pregunten más acerca de este asunto, soy de una ignorancia crasa. Deme usted más bien noticias de la Orsakoff.

—¿Yo, Marquesa? ¿Cómo había de ser yo bastante afortunado para saber dónde se encuentra?

—Es usted discreto... Me alegraría mucho ver aquí á tan simpática persona; tiene el don de comunicar su excelente humor á cuantos la rodean... Debe encontrarse terriblemente desterrada en sus estepas.

—Los prejuicios geográficos de usted, hacen sin duda que considere usted á Rusia como una llanura inmensa, en la que pastan caballos en libertad y en donde beben *kvass* barbudos *mujicks*.

—No sé con precisión lo que es un *mujick* y el *kvass*.

—El *kvass* es la sidra rusa, y el *mujick* el campesino ruso; la primera quita la sed al segundo. Pero además del kvass se bebe también mucho champaña y aguardiente en Rusia, y al lado del mujick están...

—Los caballeros de la guardia, lo sé... personas muy amables.

—Yo no soy ruso, procedo de Abcasia...

—¡Como si dijera usted que procede de las estrellas! ¿Son mahometanos sus compatriotas?

—Somos los cristianos más cristianos de la tierra. Mi patria ha tenido numerosos mártires, y podría contar á ustedes curiosas leyendas... ¡El Cáucaso! ¿Ignora usted que en él se coloca la cuna de la humanidad? Se dice que allí estaba el Paraíso terrenal.

—Tal vez se encuentra aún el famoso manzano...

—¡No se burle usted de todo, Walgrave!

—Déjenos con nuestras hermosas leyendas—exclamó Arlán.—Los orientales gustamos de las fábulas, y creemos en ellas como los niños en los cuentos de hadas; vivimos de mitos y de poesía...

—Una palabra, querido—dijo el duque Emilio tomando el brazo de Walgrave.

—Adela—murmuró el Príncipe de Abcasia al oído de la Marquesa,—tengo celos de ese americano. Comienza de nuevo á hacerte la corte.

—¡Cállese!... Podrían oirle...

—Quería preguntarle, amigo Walgrave, cuánto tiempo piensa usted permanecer aquí—dijo el Duque mientras se paseaban.

—No tengo nada decidido aún. Mientras me encuentro bien en un sitio, no me meneo de él.

—Es que me propongo llevármelo á usted.

—¿Para ir adónde?

—A mi casa, al campo. Ya no me retiene nada en Trouville; los Hohenberg van á marchar dentro de unos días, y les volveré á encontrar en Bohemia para las cacerías de otoño. De aquí á entonces, quisiera gozar de la paz y del silencio de los bosques en un castillejo que poseo en el valle de Necker. ¿Quiere usted venir á hacerme compañía durante algún tiempo?

—¿No turbará su retiro la presencia de un visitante?

—Ya sabe usted bien, amigo Walgrave, lo estimada y querida que me es su compañía. Le propongo que venga á compartir mi soledad; tal vez le pido á usted demasiado. Usted ha venido á Europa para divertirse y estudiar nuestras costumbres; es natural que prefiera la animación de una playa á la tranquilidad de mi retiro... Pero acaba usted de decir que no permanece en un lugar sino mientras se encuentra bien; acepte, pues, mi invitación; no le compromete á nada...

—Su proposición me llena de alegría, querido Duque.

Prueba la simpatía que nos tenemos. Convenido, me iré con usted en cuanto me haga una seña... Pero mire usted á la Marquesa... ¿No le parece que es muy asiduo con ella el Príncipe de Abcasia?

—Creo que hay algo más que asiduidad...

—Ya ve usted que aquí las personas inteligentes, y nosotros somos de ese número, concluyen por convertirse en malas lenguas.

—Mi observación carece de malicia: es la simple enunciación de un hecho sin ningún asomo de censura. La Marquesa es libre, y si el Príncipe Arlán le gusta...

—¡Oh! les doy gustosísimo mi bendición.

—Pero no creo que la Marquesa piense en volver á casarse... Por lo demás, tiene usted razón, estos son chismes de comadre. Hablaremos de cosas más interesantes en mi castillejo, y estoy contentísimo de que me acompañe usted.

Los dos amigos volvieron hacia el grupo de los otros invitados, con los que se habían reunido Adela y Arlán. La conversación se hizo general.

—Sé, Princesa—dijo Walgrave—que abandona usted pronto á Trouville.

—Sí; mi marido ha venido á recogernos, y le confieso que me alegro de volver á mi casa.

—Veo que no experimenta usted la impresión del «hogar» sino en su país.

—Naturalmente.

—Si hubiera usted pasado largas temporadas en el extranjero, no experimentaría usted tal sensación, y acabaría usted tal vez por unirse al grupo de la high-life internacional. Es un grupo nómada que planta su tienda en todos los lugares de placer en donde se vive deprisa. Son los bohemios del lujo. Allí donde se escucha música de ópera, relinchos de caballos, choques de copas de champaña, murmullos de *flirts;* allí donde los blasones y las coronas, los abanicos y los látigos, las espadas y las escopetas de caza son insignias profesionales; allí

donde se juega al bacarrá, se tira á los pichones, se llevan trajes de doscientos luises, hay desafíos y tapadas que acuden á galantes citas; allí donde los antepasados se remontan á las Cruzadas, donde el crédito se cuenta por millones, en todos esos sitios se establece un campamento de semejantes bohemios, y los miembros de esta tribu sagrada ignoran la nostalgia del país natal.

La Marquesa de Marcy tomó la palabra.

—No comprendo bien su arranque. ¿Predica usted contra el lujo ó contra el placer?

—¿Yo predicar, Marquesa?... Me conoce usted mal. Hay personas que estudian la Botánica, la Zoología, la Historia natural. Yo estudio diversas clases sociales. El botánico no acusa por su veneno al árbol venenoso, el zoólogo no trata de moralizar á una nube de langostas, y yo que trato de conocer los fenómenos sociales, no pretendo hacer que desaparezcan con mis sermones.

—Por lo demás—añadió Walgrave—sería una locura querer suprimir el placer, el fin de todas nuestras acciones, la recompensa de nuestros esfuerzos, de nuestro trabajo... Sin el placer, el progreso y la vida misma se paralizarían.

—Querido amigo—dijo Emilio,—da usted á la palabra placer una acepción demasiado amplia, demasiado extensa; entiende usted por tal toda alegría, todo goce, la felicidad misma. Yo no hablo del placer mundano sino en un sèntido limitado, como una diversión. ¿Quién, á la hora presente, no prefiere la diversión al fastidio?

—Pero usted es la contradicción viviente de la tesis que sostiene—dijo Cari.—Usted posee el rango, la fortuna, la independencia absoluta... Su puesto en la high-life—tanto en la high-life bohemia como en la otra—está perfectamente definido, y sin embargo, prefiere usted ir á enterrarse en la soledad para consagrarse al estudio. Y hasta cuando se encuentra usted en el mundo, no toma parte en ninguna diversión y echa usted de menos sus estudios.

—Es que el estudio es para mí otro género de placer, Princesa. Realmente, es el placer el que me ata á mi mesa de trabajo. Un buen libro me divierte cien veces más que un baile ó un concierto.

—Usted debería casarse—dijo Hohenberg.

—¿A fin de divertirme?... Soy demasiado viejo para ello. Si quiere usted una víctima, Hohenberg, aquí está Walgrave. Es muy rico y tiene un corazón tierno...

—No dudo de las prendas del señor Walgrave—respondió Hohenberg,—pero creo que nuestras condesitas no gustarían de expatriarse al otro lado de los mares.

—Si mi hija tuviese algunos años más...—dijo la Marquesa.—Pero conozco buenos partidos...

Walgrave meneó la cabeza.

—Perdónenme; las jóvenes, tal como yo las comprendo, no existen en Europa. Aquí hay niñas grandes que, al salir de la nodriza, son conducidas al altar y se convierten en mujeres... Más adelante, son el ornato de la sociedad y llegan á ser perfectas coquetas. Pero la verdadera joven, *the girl,* que entre nosotros es la reina, la soberana de la vida social, hacia la que afluyen los homenajes y los deseos, á esa joven independiente, franca y resuelta, no la he encontrado aquí en ninguna parte.

—¡Ah!—replicó irónicamente la Marquesa—si su ideal es la joven americana emancipada y libre que recibe sola visitas, sale sin vigilancia, hace excursiones con los jóvenes...

—¿Y por qué no, señora? ¿Dónde está el mal? Es evidente que una americana hace mal en permitirse tal cosa aquí, porque no está en las costumbres de ustedes. Un francés que permanece solo con una joven durante un cuarto de hora, se cree autorizado á importunarla con su audacia... Un proverbio turco dice que basta el tiempo en que tarda en cocerse un huevo, para que entre un hombre y una joven... puede suponerse...

—¡Vamos!—exclamó el duque Emilio.—Ese proverbio se

refiere á las mujeres casadas. Una vez cocido el huevo, puede asegurarse que la mujer en cuestión merece ser arrojada al mar, cosida en un saco.

—¡Qué horror!—dijo Isi riendo.

—Tiene usted razón, Condesa—repuso el Duque;—cuanto más bárbaro es un pueblo, con tanta mayor severidad castiga el adulterio, y como encuentro muy atrasada nuestra civilización al hacer que el marido pague con su deshonor la debilidad de la mujer, prefiero eludir el matrimonio. No quiero ver que mi honor vacila sobre la punta de aguja de un capricho femenino.

La Condesa de Thunen replicó:

—La punta de una aguja imantada que indica invariablemente el Norte, no es insegura: hay muchos corazones fieles que se orientan hacia la virtud.

El duque Emilio sonrió.

—¿No ha oído usted hablar nunca de las alternativas de atracción y repulsión de la aguja imantada?—preguntó.

BARONESA DE SUTTNER.

(*Se continuará.*)

POETAS AMERICANOS

RIMAS

* * *

Vengo al seno del bosque silencioso
A meditar á solas,
Huyendo del humano torbellino,
Engendrador de luchas y congojas.

Quiero estar solo... Y de la mar distante
Oigo rugir las olas,
Lágrimas van cayendo entre las ramas
Y gemidos de amor mueven las hojas.

¿A dónde solo iré, si á todas partes
Me sigue la memoria,
Y un mundo de recuerdos voy llevando,
Y me persiguen invisibles sombras?

* * *

Mi corazón, repleto de amargura,
Palpita sin cesar,
Mirando siempre lejos la ventura
Que nunca en su delirio ha de alcanzar.

Y anhela ver la aurora sonrosada
De un día de ilusión;
Y cuando anhela todo... encuentra nada:
Padece sin quejarte, corazón.

Soporta del destino la crudeza;
Padecer es vivir;
Nunca el valiente inclina la cabeza
Y sabe el mártir sin temblar morir.

Si en ansiedad eterna nunca alcanzas
Lo que anhela tu afán,
Quizás mañana tráigante esperanzas
En sus alas las horas que vendrán.

LEONIDAS PALLARES ARTETA.

EL PROBLEMA RELIGIOSO EN ESPAÑA

IDEAL DE LA CATOLICIDAD (1)

Después de estas consideraciones negativas sobre el programa clerical, debemos investigar si hay un medio orgánico, humano y natural de llegar al elevado fin de la unidad religiosa. No ya sólo Demaistre, con su entusiasmo exagerado y perfectamente estúpido hacia el formalismo dogmático, sino filósofos muy amantes de la libertad de pensamiento, no han sido dueños de ocultar y aun han insinuado que la diversidad de creencias es cosa actual y transitoria, y el término último y definitivo es la paz de las conciencias y la universalidad de un solo criterio religioso (2). Ni falta quien haya sometido tal fenómeno á una explicación mecánico-seleccionista, creyendo que la verdad divina prevalecerá tarde ó temprano en la lucha de las ideas religiosas por la existencia (3). Para mí tiene sólo importancia el hecho que ha dado origen á tales desvaríos.

(1) Véase el número de Febrero.

(2) De este género son las hipótesis de Guyáu en su *Irreligion de l'avenir*, de Laveleye en su *Avenir des peuples catholiques*, y de Blanc Saint-Bonnet en su obra *De l'unité spirituelle ou de la societé et de son but au delá du temps*.

(3) Sobre esta teoría, poco plausible, de una *catolicidad por selección*, véase mi escrito, varias veces citado, *Democracia y clericalismo*.

Este hecho es la necesidad de que la Iglesia adquiera conciencia clara de su misión para catolizar al mundo de una manera franca y verdadera.

Todavía tiene un sentido aceptable la idea que de la revelación daba Lessing, cuando decía que era «la educación del género humano» (1). Y el buen Coornhert hace bien en exclamar: «Querer violentar el pensamiento, es como matar el alma con la espada ó con el fuego; para combatir la mentira, no hay otra arma que la verdad; para destruir la herejía, no hay más que un medio lícito y posible, oponer la luz del Evangelio.» La tendencia á la amplitud dogmática y á la conciliación de las religiones es un eclecticismo en su primera instancia, pues llega á la religión universal por la depuración de los elementos de las sectas particulares; pero á la vez es, en la plena acepción del vocablo, un *catolicismo* franco, verdadero y liberal, ya que su objeto es conseguir una verdad religiosa que pueda en lo posible ser aceptable para todos los espíritus. En fin, no debe olvidarse que las tendencias más vigorosas de la conciencia moderna tienden á multiplicar y estrechar las atracciones sociales, morales y religiosas, que son proporcionadas á los destinos de los hombres. Ya el protestante Beza, siguiendo á San Agustín, admitía una «caridad de mansedumbre» y una «caridad de severidad» (2). Según la doctrina de Fourier, el deber viene de los hombres; la atracción viene de Dios: ceder á esta atracción hacia el género humano, es la verdadera universalidad, puesto que ella es la brújula perma-

(1) Fontanés: *Le christianisme moderne.*—«¿Qué es la revelación? Es una enseñanza divina. ¿Qué es la enseñanza humana? Es una revelación humana. Un teorema matemático demostrado á aquél que lo ignora, es una revelación.» (Demaistre: *Examen de la philosophie de Bacon.*)

(2) «Todos los teólogos han enseñado que el acto de la fe es un acto voluntario que presupone una iluminación del espíritu; pero han enseñado también que el constreñimiento puede favorecer esta iluminación, y sobre todo, preservar á los demás del mal ejemplo y del contagio de las tinieblas.» (Fouillée: *Critique des systèmes de morale contemporains.)*

nente que el Creador ha puesto en nosotros. Esa atracción revela, en efecto, la voluntad divina, y le basta al hombre seguir los impulsos de su naturaleza para seguir la voluntad de Dios.

El género humano tiende, pues, á la universalidad religiosa; pero ¿cuál es el grado, cuál es el límite preciso de esta universalidad? Aquí está la cuestión.

En el blanco da Fouillée (1) observando que «el Cristianismo dogmático, más que ninguna otra religión, ha llegado en el orden moral y social á la noción de la *Iglesia universal*, primero *militante*, luego *triunfante* y unida en el amor. Mas por una extraña aberración, en vez de considerar la universalidad como un ideal, límite inaccesible de una evolución indefinida, se ha presentado la *catolicidad* como realizada *à priori* en un sistema de dogmas que deben sólo darse á conocer, ó mejor aún, imponerse. Este contrasentido ha sido el sueño de todas las religiones dogmáticas, y subsiste todavía hasta en aquellas que van cambiando los dogmas en símbolos; porque se concibe mucho menos un *símbolo universal*, que un dogma universal. La sola cosa universal debe ser precisamente la entera libertad dada á los individuos para representarse á su manera el eterno enigma y asociar á lo que de hecho conocen las legítimas concepciones hipotéticas». Fuera de esto, hay en la fe del pasado elementos aprovechables para toda dogmática futura. «En la religión de nuestros padres, decía Stuart Mill, debemos hacer una elección que nos permita guardar lo que contenía de excelente y de adaptable á nuestro tiempo.» Este consejo de un inglés que Fouillée recomienda á la consideración de los franceses, es válido también para los españoles. En naciones no latinas, tiene la validez y la garantía de hecho consumado. Así se ha observado en Alemania al protestantismo pasar del «cree, y haz lo que quieras» de Lutero, al «cree, y piensa lo que quieras» de Hegel, y por último, al «cree, y cree lo que quieras» de Strauss. No ha ocurrido otro tanto con

(1) *La morale, l'art et la religion, d'après Guyau.*

esas sectas artificiales que sólo han tomado al espíritu católico el formalismo y el régimen autoritario. Ya hemos visto á Comte (1) transformar su filosofía en teología y erigir al positivismo en iglesia con dogmas, culto y pontífice. Por eso se ha dicho del positivismo de Comte que, considerado en sus doctrinas sociales y políticas, es «un catolicismo menos el cristianismo» (2), ó «un dogmatismo sin crítica» (3).

Para entender el Catolicismo, debemos ante todo considerar su fundamento histórico. En la época de su aparición, el Imperio romano era el prototipo de la tolerancia, y su gobierno, lejos de imponer las creencias antiguas, daba satisfacción á las existentes, por irracionales que las juzgase. Debía, pues, el Catolicismo haber encontrado poca ó ninguna resistencia en aquel mundo que iba á sustituir. Mas no sucedió así, por de pronto. No hubo ningún Emperador sabio y patriota, exceptuando quizá á Marco-Aurelio (4), que no persiguiese encarnizadamente la nueva secta, y en general, cuanto más ilus-

(1) Véase su *Catéchisme positiviste ou sommaire exposition de la religion universelle.*

(2) Huxley: *Lay Sermons.*

(3) Liard: *La science positive et la metaphysique.*

(4) Se ha admitido generalmente, y sin pruebas positivas, por muchos historiadores, que Marco-Aurelio fue un ardiente perseguidor de los cristianos. Esta aseveración ha sido vigorosamente refutada por Villemain *(Tableau de l'eloquence chrétienne)*, y por Guyau (*Stoïcisme et christianisme*). (Véase, asimismo, á Renan: *Marc-Aurèle.*) Poseemos una carta de Marco-Aurelio, en la que del modo más terminante se ordena, no sólo no perseguir á los cristianos, sino hasta perseguir y condenar á sus acusadores. Ya Tertuliano, muy pocos años después de la muerte de este Emperador, le invoca como protector de los cristianos: *nos e contrario edimus protectorem.* También Lactancio, en su obra *De persecutione*, dice: *Secutis temporibus* (habla de los tiempos subsiguientes al reinado de Domiciano) *quibus multi ac boni principes Romani imperii clavum regimenque tenuerunt, nullos inimicorum impetus passa (Ecclesia) manus tuas in orientem occidentemque porrexit.* Así es que no vacilo en suscribir sobre el particular aserciones como esta, que es de Villemain: «En nuestras especulaciones sobre los tiempos antiguos, sería una inves-

trados y filósofos fueron los Emperadores, mayor fué el peligro que corrió la subsistencia de la religión cristiana. Es que el Catolicismo no se presentó á los ojos de los paganos como una de tantas sectas fundadas en lo social sobre la política reinante. Traía un nuevo concepto de la humanidad: traía, sobre todo, la importante distinción del poder espiritual y del poder temporal, que es lo que no cabía en la mente pagana, y no podían dejar pasar los entusiastas por el Imperio. Al punto surge aquí la extraordinaria importancia de su misión y de sus ideales, mirando á las tres escalas de evolución de la sociedad antigua: Patriarcado, República, Imperio. Duruy (1) observa que, al dejar de ser Roma una ciudad para convertirse en el mundo, no pudo conservar las instituciones adecuadas para una sola ciudad y un reducido territorio. ¿Cómo hubiera sido posible, pregunta también Spencer (2), encerrar á 60 millones de provincianos en el círculo rígido y estrecho de las instituciones municipales? De la República pasa de repente al Imperio, y declara ciudadanos á todos sus moradores. Esto era todavía una concepción política incompleta, y el Catolicismo cierra todo un ciclo de la evolución social, el de la ciudad, y abre otro muy distinto, que será el de nación (3). Las gene-

tigación ociosa preguntar cuál pudo ser la influencia del Cristianismo sobre la duración del Imperio, puesto que sabemos que entró en las instituciones romanas cien años más tarde de su comienzo, y bajo un Príncipe tan virtuoso, como Constantino fue violento y cruel... La ley cristiana, accesible á los espíritus más humildes; la ley cristiana, en su pureza primitiva, especie de estoicismo popular y moderado, fue la que estableció un lazo entre los hombres más obscuros y la grande alma del Emperador; fue la que perpetuó beneficios que pasaron con Marco-Aurelio; fue la que transformó el poder, mientras el Imperio tuvo grandeza y unidad.»

(1) *Histoire des romains.*

(2) *Principles of sociology.*

(3) Se pudiera añadir: *y el mismo grado de sentimiento que, en un cierto grado de intensidad, había dado vida al Imperio contra la República, se la quitaba ahora, en un grado superior de desarrollo, para dársela al catolicismo.* Nadie hizo esta observación acerca del triunfo de la religión católica, hasta Sales-Ferré. (*Tratado de sociología.*)

raciones posteriores tenían la misión de conducir poco á poco el ideal jurídico del punto de vista de la nación, que acusa aún exclusivismo y pequeñez, al punto de vista de la *humanidad*, que proclama la unidad y fraternidad de los mortales, no sólo ante Dios, sino también ante las leyes. Por eso la revolución francesa, que, como con justa razón insinúa Dupuy, hizo pasar á los europeos de la calidad de súbditos á la de ciudadanos, es incontestablemente el hecho histórico más importante de la Edad Moderna en el sentido de la libertad civil.

Bourdalone ha dicho: «Antes de ser devoto es preciso ser cristiano», y con igual razón se podría decir que, antes de ser cristiano, es preciso ser hombre. La sociabilidad religiosa no puede ya resumirse en la vieja fórmula de los sacerdotes: *temed á Dios y honrad al Rey;* en adelante es inseparable del concepto de humanidad, tomado en toda su amplitud. No desconozco que la mayoría de los católicos han tenido y tienen necesidad de afirmarse en los parcialismos ultramontanos, ni se me oculta la semejanza y parentesco entre los principios de lo que se ha dado en llamar *romanismo,* y los de la grey clerical. Pero el espíritu católico es humanitario, aunque sus limitaciones históricas hayan sido frecuentes; y quien lea hoy, por ejemplo, las concienzudas páginas de la evolución social y política dedicadas al Catolicismo por Sales-Ferré, no podrá menos de reconocer que es preciso no haber llegado á la madurez de la razón para negar que el triunfo de la religión católica sobre el Imperio romano fue el paso más gigantesco dado hacia el ideal de la civilización europea, y que todas las grandes aspiraciones humanitarias de la sociedad moderna están en germen en las doctrinas é ideas de aquella portentosa revolución.

Para que el Catolicismo vuelva á ser, como era en su origen, un instrumento de paz y de caridad, es preciso hacerle aceptar todas las libertades que forman la base de la conciencia contemporánea. Algunas de estas libertades han tenido más fácil acceso, desde el principio, entre los católicos ilustra-

dos. La de imprenta, por ejemplo, como es la base del Gobierno representativo, fue una de las primeras que se hicieron paso entre los Gobiernos más moderados: nuestras Cortes del año 12 la proclamaron y establecieron cuando nadie pensaba, ni como en un sueño, en la libertad de cultos (1). Pero es preciso avanzar más y reconocer el progreso de los tiempos en todos los órdenes de la vida humana. Este progreso es confesado por todos los apologistas y exegéticos en los conocimientos sobre la Naturaleza, con los que se trata noblemente de conciliar la religión. Y si se le ha reconocido en la esfera de las ciencias físicas, ¿cómo puede negarse en la esfera de las ciencias sociales? No son solamente los políticos de profesión los que defienden esta idea; la misma escuela teológica confiesa, de todo corazón, que el ultramontanismo crudo implica un retroceso á la Edad Media. «El nuevo orden social escribe el abate Maret posee una *bondad absoluta y una bondad relativa que nosotros reconocemos y admitimos.*» Y aunque en otros pasajes le veais aspirar, como debe hacerlo todo católico, á la unidad religiosa, no por eso se contradice. «Aun cuando la Iglesia añade consiguiera restablecer la verdad y la unidad, debería conservar la libertad.» Esta libertad la transfiere el abate Maret al terreno mismo del pensamiento, y del pensamiento teo-

(1) Lo mismo sucedió en Francia á principios del pasado siglo. «No quiero exclamaba Chateaubriand que si nacen Copérnicos ó Galileos, pueda el censor, de una plumada, relegar al olvido un secreto que el genio del hombre haya arrancado á la sabiduría de Dios.» «La censura decía también Danou es esencialmente parcial, siempre lo fué y no puede menos de serlo: es la arbitrariedad absoluta.» Por último, Royer-Collard se expresaba sobre el particular en estos términos: «Fué una imprevisión suma en el gran día de la creación, esto de dejar al hombre libre é inteligente en medio del universo: de aquí han procedido el mal y el error. Pero á bien que una sabiduría más profunda ha venido á enmendar la falta de la Providencia, á restringir su liberalidad y á hacer á la humanidad, sabiamente mutilada, el servicio de elevarla á la feliz inocencia de los brutos.» Esta es la conclusión de Chateaubriand, pero aquí envuelve una rechifla terrible.

lógico. «Nos gusta prosigue la libertad de pensar, y creemos que se causa perjuicio cuando en una carrera que más que cualquier otra pertenece á la región del pensamiento, se pretenden llevar todas las inteligencias por la mano.» Mientras miremos las libertades de contradicción como extrañas á la religión revelada y frutos del pecado original; mientras las consideremos como máquina de guerra contra la Iglesia y sus ministros, no llegaremos á consolidar la franca y verdadera catolicidad. Necesitamos, al contrario, clérigos y fieles tolerantes que se funden precisamente en esas libertades para llegar á la catolicidad por la vía legítima de la persuasión, de la propaganda y del proselitismo.

Pero, sobre todo, necesitamos fieles y clérigos prácticos más que teóricos, por contraposición á los que hoy nos rigen y que saben sólo exaltar el dogma y no preocuparse apenas de la piedad. Semejante modo, puramente formal, de concebir la fe, será siempre reprobado por estas acertadísimas palabras de Sailer: «Las ideas se me representan en el hombre como las agujas de un reloj, que marcan horas diferentes, y las inclinaciones como el resorte que las mueve: quien intenta formar solo é inmediatamente las ideas, se asemeja al que quiere componer un reloj poniendo en hora la muestra con la mano, sin tratar de arreglar la máquina.» Ninguna religiosidad más noble que la de las inclinaciones ó acciones. Cuando éstas son sinceras, lo es la fe que realizan. Spinosa estaba dominado por esta idea grandiosa al escribir en su *Tractatus teologicus politicus:* «No hay que creer que opiniones tomadas de una manera absoluta y sin relación á la práctica y á los efectos, tengan algo de piedad é impiedad: creo más bien que no se debe atribuir á un hombre ni uno ni otro de estos caracteres más que en cuanto sus opiniones le llevan á la obediencia ó á la rebelión y al pecado. Dios no exige de los hombres más que el conocimiento de su divina justicia y su caridad, la cual no es necesaria para la ciencia, sino solamente para la obediencia... No se debe, pues, comprender en la fe católica más que

los puntos estrictamente necesarios para conseguir la obediencia á Dios, aquéllos, por consiguiente, cuya ignorancia conduce, necesariamente, al espíritu de rebelión. Respecto á los demás, cada cual pensará lo que le parezca conveniente, según que los juzgue más ó menos á propósito para fortalecerle en el amor de la justicia.» Esta economía dogmática constituye el fondo y la introducción á toda reforma católica futura.

UNA MIRADA AL PORVENIR

¿Qué hombre de experiencia histórica puede creer llegado el momento de señalar la solución lejana y posible de los problemas religiosos, y el fin probable y próximo de la cuestión clerical? No se ha olvidado en Francia el famoso documento, en el cual Leroux, uno de los más célebres secuaces de la escuela socialista y humanitaria, pretendía con un muy íntimo convencimiento que Cousin, en la intimidad de la conversación, había dicho, ó se le había hecho decir (porque yo le tengo por mejor de lo que esta frase le presenta), que «el Catolicismo tenía dentro del cuerpo *cincuenta* años de existencia *todavía*.» ¿Será preciso añadir que el medio siglo ha pasado, y el Catolicismo cuenta aún por millones á los que reciben su bautismo y obedecen sus máximas, llena el alma de amor y exenta la razón de rebeldía? Algo, sin duda, influye en esto el hábito, mucho la conveniencia, y no poco ese simpático aspecto, común á las distintas religiones, de seguir al hombre en los distintos actos de la vida (1). Debe,

(1) Pí y Margall, en su bello libro *Las luchas de nuestros días*, llama, con justicia, la atención sobre el hecho de que las religiones «se enlazan de tal modo con las costumbres, que apenas hay fiesta ni duelo á que no asistan, y lleven, ya su palabra, ya el olor de sus perfumes. Nace el hombre, y la Iglesia le bautiza; se casa, y la Iglesia junta la mano de los esposos; muere, y la Iglesia acompaña el cadáver al sepulcro; está ya debajo de la tierra, y la Iglesia ora todavía con los que le sobreviven para llevarle el alma al cielo. La Iglesia canta y celebra las victorias de la patria,

pues, proceder su significativa permanencia, de razones sociales, de una necesidad de los sentimientos humanos, contra los que nada pueden la cultura ni la ciencia. Bien que, por otra parte, no hay aquí necesidad alguna.

En cierta parte de su obra, hace el Cardenal Sancha una observación en que debemos fijarnos. «Es un hecho notorio é innegable dice que el Catolicismo, ya por razón de su nativa fecundidad, *ya por la tolerancia y protección que de cincuenta años hasta el presente ha encontrado en Inglaterra,* se ha difundido de una manera maravillosa.» ¿No parece que aquí viene á reconocer el Cardenal Sancha que la libertad religiosa es la causa más eficaz y potente de la expansión de la Iglesia romana? Tal es la buena fe de los partidarios de la intransigencia de cultos, que en punto á la propagación del Catolicismo han defendido á la vez el pro y el contra, según les convenía. Yo no necesito insistir sobre esto, porque ya lo he hecho en *Democracia y clericalismo;* pero si aquella insinuación nada prueba en favor de lo que el Cardenal Sancha se propone, prueba á lo menos que este autor no acierta á ponerse de acuerdo consigo mismo. ¿Se puede presentar un ejemplo más elocuente que Inglaterra en apoyo de las ventajas y ópimos frutos de la libertad religiosa? En cuanto á España, no tendría razón de ser ninguna reforma en el sentido de esa libertad, si hubieran desaparecido de nuestra Constitución los resabios de

---

recuerda desde el altar á las generaciones presentes los héroes de las que pasaron, mezcla en todas las fiestas nacionales, con el tambor que suena y el cañón que retumba, la voz de sus cánticos y el alegre clamor de sus campanas. Bendice el puente que se levantó sobre el río, la nave que se bota al mar, la locomotora que va por primera vez á devorar el espacio. Sus ritos, sus ceremonias, sus trajes, sus templos, su fausto, cautivan, por otra parte, las muchedumbres. Esto hace que subsistan las religiones en su forma mucho tiempo después de muertas en su espíritu; esto hace que el paganismo, quince siglos después de haber bajado del pedestal sus dioses, viva en algunas de nuestras costumbres y palpite todavía en el seno mismo de la Iglesia».

un liberalismo vergonzante. Pero no hay nada de esto: con la consabida *tolerancia* religiosa se ha creído contentar á liberales y clericales, y, en realidad, se ha conseguido sólo engreir á los últimos, dejándoles íntegra su influencia y su dominación, sobre todo en los centros poco populosos. De lo cual me sería fácil citar ejemplos (1). Para evitar tales abusos debe procurarse, como Strauss lo explica extensamente, «seguir con el más vivo interés los actos de los hombres que se han tomado el trabajo de regular las relaciones entre la Iglesia y el Estado para la felicidad pública y en el sentido del espíritu de la libertad... Pero hasta nueva orden, no cabe pedir (para los no católicos) en este movimiento, más que lo que Diógenes al gran Alejandro: que en el porvenir, la sombra de la Iglesia no se encuentre más en su camino. Con estas nuevas condiciones, no estarán obligados á tener por más tiempo asuntos con la Iglesia. Entre otras cosas, el matrimonio civil será obligatorio en todos los casos (lo que parece hoy chocar con invencibles preocupaciones). Sobre todo, no se presentaría al ciudadano la cuestión de si pertenece, ó quiere pertenecer, á una comunidad eclesiástica. Cuando el soberano proclamara en sus estados la libertad en todo particular de salvarse á su manera, tal vez se hubiera sorprendido, aunque sin cólera, si uno de ellos, que por lo demás hubiera sido reputado por hombre de honor, le hubiera dado esta respuesta: «Permitidme, Señor, pero yo no quiero salvarme.» Porque no hay que engañarse;

(1) Hallándome de militar en Arrecife (Islas Canarias), fué denunciado por el párroco de dicho pueblo un artículo en que D. Domingo Ferrer, redactor del *Cronista*, se insinuó contra ciertas supersticiones populares, provocadas por unas rogativas entre los campesinos de la isla de Lanzarote. El juez, un clerical furibundo, formó expediente al Sr. Ferrer: el periódico (en cuyo folletín se estaba publicando una novela mía) quedó suprimido. Ese mismo párroco había ya conseguido del propio juez un arresto menor y multa contra otro periodista amigo mío, D. Manuel Fernández. Con tal motivo publiqué en un semanario de Santa Cruz de Tenerife, *La Palestra* (Enero de 1900), un artículo en defensa de ambos señores; pero mis palabras quedaron sin eco.

esa expresión equivaldría á esta otra: «En mis estados, cada uno es libre de ser loco como lo entienda, mientras que su locura no toque de cerca al bien público.»

Mucho tiempo ha que los hombres tienen necesidad de profesar una religión y de reunirse en una iglesia. Lo mismo sucederá hasta el fin del mundo, y esta no es razón para que se dé á determinada religión ó á determinada Iglesia el predominio sobre sus rivales y sobre los demás elementos sociales en general; antes bien, será preciso que ellas cedan á la verdad religiosa final cuando llegue el día de su triunfo, y que cedan para siempre. Los mismos Padres de la Iglesia lo han reconocido al combatir el sincretismo excéptico de los filósofos de Alejandría, siquiera reconociesen el valor de este sincretismo en las verdades religiosas de razón natural. «El filósofo decía Proclo no se atiene á tal ó cual culto; no es extraño á ninguna forma de religión, porque es el gran sacerdote del Universo.» San Juan Crisóstomo, por el contrario, escribía: «No es con la opresión y la violencia con lo que los cristianos deben destruir el error; con la persuasión, la enseñanza y la caridad es con lo que deben salvar á los hombres.» La libertad pagana era, pues, una libertad completamente indiferente; la libertad del cristianismo y del dogma era, por el contrario, una libertad activa y entusiasta, resultado del ideal que, á la vez que nos hace esperar en el cielo, nos manda trabajar en la tierra en la realización del plan de Dios. El pasado conoce ya las aplicaciones importantes y benditas del principio cristiano de la paternidad divina y de la fraternidad humana. El porvenir debe tener conocimientos más profundos y más numerosos todavía (1).

Pero no conviene extremar un falso idealismo ni presentar como salvación para nuestro país fórmulas antiguas ó extrañas. Precisamente al método opuesto son deudoras las demás naciones europeas de la maravillosa pujanza que han adquiri-

(1) Reville: *Histoire du dogme de la divinité de Jésus-Christ.*

do, así en el orden político como en el religioso. Al romanticismo de los demócratas retóricos, de los Castelar, de los Pí y Margall, de los Salmerón, no se le ha sustituído hasta ahora con nada práctico, positivo, viable. Los ortodoxos han seguido el común ejemplo, y el Cardenal Sancha no presenta ninguna opinión científica sobre la psicología religiosa de nuestro pueblo. Ahora bien; esta psicología, aunque no hecha aún (las obras de San Juan de la Cruz y de Calderón, extratificaciones poéticas del sentimiento religioso de nuestro pueblo, apenas han sido estudiadas), nos demuestra palmariamente que la religión de España, en su aspecto genuínamente nacional, es extraña á toda metafísica, carece de teólogos verdaderos, y la mejor prueba de ello es, como se ha dicho, que no hemos tenido herejes. Consecuencia lógica de semejante debilidad fundamental de nuestras creencias es que se muestren ardorosas y fanáticas, con afección inflexible y ciega al culto y á las prácticas de conquistador proselitismo que necesita imponer al infiel ó al herético, como lo evidencian las vidas de Santa Teresa, de San Francisco Javier y de San Ignacio de Loyola. Si cesa la predicación nos hacemos maquinales y formalistas, siendo de notar, como lo ha advertido Fouillée, que la católica España ha sido á las veces heterodoxa, alimentando el fuego interior de la herejía que, despiadada, perseguía fuera.

Los signos de los tiempos nos prueban que semejante carácter religioso no ha desaparecido de nuestra alma nacional. Un joven escritor español, el concienzudo é imparcial André (1), acaba de tomar la cuestión en estos términos, proclamando la sustitución del dogmatismo tradicional por la siembra colectiva de estas tres creencias esenciales: fe en nosotros mismos, fe en la humanidad y ultra-fe ó fe en Dios, que es el verdadero fundamento de la religiosidad. Yo no digo que nues-

(1) En sus notables trabajos sobre *El espíritu nacional*, *La mentalidad española*, etc.—Véase también á Llanas: *Alma contemporánea*.

tra actual decadencia se deba inmediatamente á la anteposición y predominio de las ideas religiosas en la sociedad española. El mal principal está, á mi juicio, en haber separado de esas ideas todo género de sociabilidad, de humanitarismo y de aspiración internacional (como en las contrarias se han olvidado los verdaderos alcances nacionales), dejando reducida la religión á mera fórmula, á un cuerpo de ritos sin vida ni transcendencia social. El formalismo dogmático de nuestro clero, con su timidez é intolerancia, nos trae sin querer á la memoria el consejo de Flaubert á Jorge Sand: «Sí; es preciso inclinarse hacia el catolicismo sin creer ni una palabra.»

Se ha supuesto que la extensión material de la Iglesia corresponde á una disminución real en la fe; pero se podría afirmar más fundadamente que el aumento de esta fe por la libertad de conciencia trae consigo la expansión franca del catolicismo. Por eso esta religión va concluyendo en los pueblos animados de su antiguo espíritu y ganando en extensión y en intensidad en los pueblos francamente individualistas, democráticos, formados por la civilización moderna, sobre todo en el Nuevo Mundo. Tocqueville (1) observaba, en 1838, que la Iglesia católica, en libre funcionamiento en los Estados Unidos, lo menos sesenta años antes de su viaje, había acabado por entrar en una era de plena prosperidad. «Si el catolicismo añadía llega á sustraerse á los odios políticos que ha hecho nacer, no dudo que ese mismo espíritu del siglo, que se le antoja tan contrario, se le vuelva favorable y acabe por realizar grandes conquistas.» Parece que va aproximándose el tiempo en que se verifique esta transformación. La Iglesia católica, que sólo contaba en los Estados Unidos en la época del viaje de Tocqueville un millón de creyentes, cuenta hoy, según datos precisos de Max Lecrec, diez millones. «New-York dice Fouillée tiene una gran parte en este movimiento.» Hay allí, en efecto, catolicismo autónomo, catolicismo liberal (2)

(1) *De la democratie en Amerique.*

(2) Véanse más detalles en *Democracia y clericalismo*

y tal vez se llegará á efectuar en parte la conciliación, quisiera poder decir la reconciliación, de la Iglesia romana con la civilización moderna, «reconciliación que tendrá su repercusión en Europa» (1).

A esta reconciliación, y de rechazo al entronizamiento de la espontánea universalidad religiosa, ha de contribuir mucho un ideal que, poco á poco, va realizando la filosofía social y que ha penetrado en casi todas las capas ilustradas del mundo moderno. Me refiero á la reducción paulatina de las funciones autoritarias del Estado y el sucesivo acrecentamiento de las relaciones libres entre los ciudadanos para la obra magna de la emancipación del hombre. «La edad moderna escribe Hartmann (2), al afirmar el derecho de todos á la libertad, ha dicho la última palabra de la vida política.» Esta expresión es un rasgo preciso de gran penetración y de acierto. Todo derecho es una libertad, y la libertad es el primero de los derechos del individuo. Si ninguna libertad nos fuese permitida, tampoco ninguna ley podría obligarnos. Recíprocamente, las libertades tienden á la igualdad y á la fraternidad, y esto es lo que constituye la formación orgánica y solidaria de la gran asociación humana. Ese gran *kulturkampf* internacional no busca el derecho que ya poseemos, sino el que aún nos falta: no pide, por ejemplo, la destrucción de la servidumbre, que no existe, ni del despotismo real, que ya no es más que un nombre; pero sí de la servidumbre y del despotismo que aún subsisten en los gobiernos democráticos. El derecho no es la lucha, es la conquista. Así le vemos reducirse á la paz más absoluta, tan pronto termina el combate por la libertad. Por esta causa, si no ya por otras, es tan paradójica la relación que se trata de dar á la fuerza como autoridad con las necesidades y exigencias del derecho, que, ciertamente, me asombra hallar sostenida en libros de carácter jurídico la afirmación, en extremo errónea, de que son en el fondo idénticos el derecho y la fuer-

(1) Fournier de Flaix: *Pendant une mission en Rusie.*
(2) *Philosophie des unbewussten.*

za, como es fácil notar en el libro del filósofo alemán y elegante romanista Yhering, que se titula *Der kampf um's recht* (1). No cabe desconocer que las conquistas de la libertad social nos presentan una serie de aproximaciones á la disminución de la autoridad y de la guerra, y el ideal de la humanidad, en su plenitud, es acrecentar la expansión individual y la fraternidad de los hombres hasta dejar reducida la disciplina política á lo que los alemanes llaman «Estado de derecho» (2).

Voy á considerar ahora la cuestión bajo el aspecto católico. Hay un grupo de consideraciones teológicas que, atentamente examinadas, y circunscribiendo su alcance demostrativo, parece que habría que adaptar al nuevo ideal de la catolicidad, aunque en rigor no sea su significado más que un aspecto negativo del *kulturkampf*. Aludo á la idea de la supervivencia de la Iglesia cristiana sobre esta mar de la cultura moderna, tan fecunda en naufragios dogmáticos, y entregada, por la movilidad misma de sus elementos, á eternas fluctuaciones religiosas. Haciendo suya esta idea en los *Essais*, Montaigne no temió afirmar que *c'est un effet de la Providence divine de permetre sa saincte Eglise es très agitée, comme nous le voyons de tant de troubles et d'orages, pour eveiller par se contraste les âmes pies et les ravoir de l'oisivete et du sommeil*. Cierto que esta fe en la perpetuidad del Cristianismo merece

(1) No deja de ser chistoso observar cómo esta aspiración moderna se sostiene en sus trece. En la *Paz en la guerra* de Unamuno, hallamos una lisonjera pintura del porvenir social. Unamuno afirma que hay que «reducir á santo trabajo la guerra. No fuera de ésta, sino dentro de ella, en su seno mismo, es preciso buscar la paz». Unamuno no echa de ver que en todo el curso de la historia los elementos retrógrados no han hecho otra cosa que *reducir á santo trabajo la guerra*. ¿Qué contestación satisfactoria podría dársele, según el ideal de Unamuno, al que quisiera hacer la siguiente deducción: estando en el seno mismo de la guerra la paz, el ultramontanismo, con su pacificación coercitiva é iuquisitorial, es más legítimo que el liberalismo?

(2) Véase á Gneist· *Rechtstaat*.

ser reflexionada y vivida; pero mal conocería la naturaleza humana quien no parase su atención en el hecho que Clarín señaló con tanta perspicacia cuando hizo observar, á propósito de lo que se llama generalmente muerte de los grandes hombres y supervivencia de las ideas por ellos prodigadas, que «las grandes ideas mueren también. Dios, la idea de las ideas, quiere ahora matarla. Quieren matar á Dios como idea y como personaje. El mismo Jesús, el dulce nombre de Jesús, peligra más que el Papa. En Jesús hay muchos qus no creen, y al Papa lo respetan todos, todos le reconocen vigorosa vida, máxime si es cierto que Bismarck le apoya. Sí; el mundo va por esos caminos: habrá tiempos acaso en que haya Papas y no haya Dioses. A los pocos meses de perecer Cristo en la Cruz, ya andaba su pariente Santiago, como la mejor intención del mundo, queriendo echarle á perder su obra inmortal; y lo que el hermano ó primo del Señor quería, lo hacen los Pontífices modernos á las mil maravillas. Mueren los grandes hombres, mueren las grandes ideas, y quedan los hombres pequeños, los Pontífices y las míseras preocupaciones».

Mas, por otra parte, el Pontificado actual posee un laxismo relativo de grandes esperanzas para el porvenir. En efecto, muéstrasenos en Roma un *auri sacra in fames* que el Cardenal Parochi, citado por el Cardenal Sancha, considera con justicia como estímulo de apostasía, pero también como ocasión de la vuelta de la Iglesia á su noble, espiritual y primitiva lucha contra el dinero y el poder del siglo. El *los von Rom* de Alemania, el odio á Roma, extendido con motivo de los últimos acontecimientos de la raza anglo-sajona, informa á los ministros de la herejía en la Ciudad Eterna, los cuales, más que nadie, desean vivamente conquistarla. De aquí el establecimiento de la simpática obra de la *Preservación de la fe:* de aquí el interés que con ferviente solicitud, *verbo et exemplo*, toma por ella el Santo Padre: de aquí, en fin, ese espíritu laxo á que antes aludía, y que acaso sea una retractación formal, pero que contribuye (no hay que dudarlo) á envolver en

una atmósfera de superioridad moral la política social del Vaticano. En esto es en lo que cabe dar la razón á los defensores inteligentes del Catolicismo, que reclaman, no sólo para el pueblo, sino también para las otras clases sociales, educación religiosa y tutela eclesiástica que las redima de una manera lenta y orgánica de su esclavitud, de su miseria y de la tiranía á que se hallan sometidas en el actual régimen de transición, de confusión y de romanticismo político (1). Pero el ideal completo de la humanidad requiere también otras influencias, y ningún principio dogmático prohibe al creyente admitirlas y aun cooperar al buen éxito de sus aplicaciones.

En suma: puede darse por cosa probada que la obra de la *Preservación de la fe*, según el Cardenal Sancha, ha puesto de relieve la espantosa debilidad del clericalismo. El mundo moderno, cada vez menos tolerante, odia y persigue á todo cuanto se presenta contrario á sus pasiones é ideas, y es preciso que la Iglesia oponga lucha á lucha, pero dejando subsis-

(1) «No hay que forjarse ilusiones de incauto optimismo. Necesitan, no sólo la plebe, sino también la clase media, siglos enteros de no contrariada influencia cristiana y de independiente y expedita acción salvadora de la Iglesia, para que, sin temor y desconfianza, pueda entregarse á todas las clases su patrimonio democrático. Lo cual no quiere decir que se les retenga, porque á todas se les debe justicia y hay que otorgárselo, como los demás bienes jurídicos que la sola condición de hombre reclama. Por caritativo amor al pueblo, que tantos títulos naturales y sobrenaturales de dignidad reune, no se le puede escatimar, antes es fuerza darle con circunspección la plenitud de las libertades ordenadas; pero velando siempre para que no las convierta en la licencia que allana los caminos á la tiranía. Y por prevenir, en cuanto es posible, el absolutismo, ejercido á título de dirección titular, y que, aunque circunstancialmente lícito, está erizado de peligros é inconvenientes, á la aristocracia hay que encomendar un patronato consuetudinario y efectivo sobre los otros órdenes, sus hermanos menores, á fin de que no pierdan, menoscaben ni manchen la parte de democracia y autarquia que les pertenece y les incumbe guardar, no sea que, como á diario está sucediendo, vayan á enagenarlas á precio más bajo, que Esau la primogenitura.» (Gil Robles: *El absolutismo y la democracia*.)

tir como razón justificante de ambas el principio de la libertad en todo su rigor. No sabemos qué fracción quedará triunfante al final de la jornada; pero lo que sí es cierto, á mi juicio, es que la sociedad civil, tan largo tiempo sometida á la dictadura del poder eclesiástico, no debe hacer nada mejor para acabar la secularización de los diversos órganos de la vida social, que proclamar ante las leyes la independencia en materia de fe, la libre creencia, el triunfo del individualismo dogmático: la *anomia* religiosa.

Tal vez se acuse á mi crítica de ser un poco difusa, por extender demasiado las consecuencias que se desprenden de los principios sentados por el Cardenal Sancha; pero si este es un lunar, bien merece disculpa. En ello me ajusté al consejo de Homero en la *Odisea*, cuando escribe: «Echaos sobre él, cogedle, y á pesar de todos sus esfuerzos para escaparse, no le soltéis, continuad estrechándole fuertemente. Todo lo imitará, tomará todas las formas; pero apretadle más, redoblad sus ligaduras. Cuando haya vuelto *á ser lo que era*, suspended vuestros esfuerzos y dadle libertad.» Ese ha sido precisamente mi método. Hemos expuesto el parecer del Cardenal Sancha, pesado las razones que lo abonan, apreciado los ideales que permite, y he aquí lo que hemos hallado: el clericalismo es el genuíno catolicismo, todo verdadero católico debe *à fortiori* ser clerical; esta tendencia constituye el supremo grado de fidelidad á la Iglesia, como la contraria representa el sectarismo y la impiedad. No es, pues, posible llamarse á engaño. A pesar de las variaciones que ha tenido, de los progresos que ha adoptado, de los vestidos que se ha puesto, el reciente clericalismo español, disecado y examinado con el microscopio de la crítica, aparece como la más franca expresión del ultramontanismo puro.

Esta discusión nos ha proporcionado una buena ocasión de apreciar los frutos que el elemento eclesiástico de nuestro país es capaz de producir, pues el Cardenal Sancha se cuenta entre los prelados más eminentes y virtuosos de la nación es-

pañola. ¿Será preciso añadir que el resto del clero conserva en su credo político todas las negaciones más reaccionarias del viejo programa religioso? Por mi parte, no tengo necesidad de seguirles en ese camino. Con lo apuntado queda, á mi entender, suficientemente exclarecida en su parte negativa la cuestión propuesta. Algo he insinuado también sobre los ideales positivos de nuestro porvenir dogmático; pero esta obra es muy vasta para emprendida por un hombre solo, y más propia de los reyes que construyen palacios, según frase de Schiller, que de la turba de peones que arrastran las carretas de los ladrillos. Bastante habré conseguido si mi pequeño material de construcción puede dar algún sostén al inmenso edificio de la religiosidad futura.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

LA HISTORIA EN EL DRAMA RUY BLAS

DE VÍCTOR HUGO

Víctor Hugo está en camino de llegar á ser un clásico, aun en el sentido restrictivo y académico de la palabra. Acaso dentro de algún tiempo nuestros jóvenes retóricos lidiarán con *Hernani* ó *La leyenda de los siglos,* como lidian hoy con *Andrómaca* ó *Británico,* y quizás los nombres de Tribou-let, Ruy el Sutil ó Goulatromba no tardarán en serles más familiares que los de los héroes de la antigüedad ó de las divinidades del Olimpo. Ello pende, en suma, del capricho de un Ministro ó de un Consejo superior.

Puede preveerse el momento en que los editores de libros recomendados é impuestos á las familias se disputarán la obra del poeta y expondrán en el mejor sitio. La cubierta verde académica de la edición de consulta, y la modesta pasta de la edición destinada á las clases, figurarán en los escaparates de las librerías en época de apertura de curso. Se presentarán en competencia los comentadores de Hugo: el uno aducirá más erudición y gramática, el otro será más literario y más rico en interesantes datos.

Tratemos de trabajar para esos futuros escoliastas, cuya tarea será espinosa é inmensa.

Por lo demás, nadie se engañe acerca de nuestras intenciones. No se trata aquí de darse el gusto harto fácil y muy

pueril de anotar lapsus ó contrasentidos en los dramas del maestro, y entregar su obra á la burla de pedantes vulgares. Y por otra parte, aun cuando el teatro de Hugo no constituyese sino un tejido de enormes yerros históricos, no por eso se amenguaba el valor de su poesía. Ni los fanáticos, que lo aceptan todo, ni los tímidos, que admiran, pero que quisieran mutilar esos dramas y componer con sus mejores trozos una antología hermosa, verían ofendido á su ídolo: el crítico pigmeo desaparece ante el poeta gigante.

Nuestro objeto es, en absoluto, diferente. No tratamos más que de hacer ver, con ejemplos tomados de la historia de España, de qué manera reunía y preparaba el gran obrero los materiales de sus fábulas, cómo los manejaba para amoldarlos á sus concepciones, ó sólo á las exigencias del color, de la sonoridad y de la rima. Y esto nos parece interesante.

Si nos fijamos en el *Ruy Blas*, es porque este drama es el que mejor se presta á semejante investigación, ya que el mismo Hugo parece haberla solicitado, al darnos en una nota pretexto, y hasta cierto punto también, medios para emprenderla:

«Por de contado que no hay en *Ruy Blas* ni un detalle de vida privada ó pública, de interior, de mobiliario, de blasones, de etiqueta, de biografía, de números ó de topografía, que no sea escrupulosamente exacto... Él (el autor) ha dicho ya en otra parte, y espero que tal vez se recuerde, que *á falta de talento tiene conciencia*. Y esta conciencia quiere llevarla á todo, lo mismo á las cosas pequeñas que á las grandes, tanto al citar una cifra como al retratar corazones y almas, así en el dibujo de un blasón como en el análisis de los caracteres y las pasiones.»

Palabras son estas que autorizan un examen minucioso y dejan el campo libre á un crítico investigador. Procedamos con orden, y hablemos del asunto de la obra antes de descender á detalles.

Fácilmente se colige la causa de que, ocho años después

de *Hernani*, retorne Hugo al país del honor castellano, y le sugirió la idea de inspirarse en una época de decadencia y unir su drama al grandioso derrumbamiento del poderío español. Por el año de 1830 se respiraba en el aire, si así puede decirse, á Carlos II de España. Novelistas, dramaturgos y artistas estaban obsesionados por la sombría visión del decrépito monarca, cuya prolongada agonía coincidió con la decadencia de su nación. Unos se fijaban en la impotencia física del heredero de Carlos V, impotencia que fue, largo tiempo, la preocupación más honda de Luis XIV y de su diplomacia, y trataban de convertirla en asunto dramático. Ejemplo: *La Reina de España*, de Enrique Latouche (1).

Representado en el Teatro Francés, el 5 de Noviembre de 1831, el repugnante drama que, según nos dice Sainte-Beuve, debía servir de «vehículo á una intención política hostil» (2), no recogió sino silbidos y no volvió á aparecer en los carteles. Ciertamente que no fueron las tergiversiones históricas, de que está lleno, las que determinaron su ruidoso fracaso; preciso es, sin embargo, agradecer al público de entonces aquella ejecución sumaria, fuesen cuales fuesen los motivos. Para formar idea de los conocimientos de Latouche acerca de España, basta recorrer la lista de los personajes, en la que se encuentran un «*Medina-Sidonia*, monje juvenil que se ha impuesto el nombre de *Fra-Henares*»; un *Almeido*, chambelán del Rey; una *marquesa* de Sandoval, una *condesa* de la Cerda. Añadamos un «*Don* Porto Carrero, inquisidor general y confesor del Rey»: trátase del famoso Cardenal Portocarrero, el gran Ministro de Carlos II y de Felipe V. Esto por lo que respecta á la historia y al color. En cuanto al espíritu y al tono de la obra, júzguese por la siguiente escena contra el Rey, su médico francés y su confesor.

(1) *La Reine d'Espagne*, drama en cinco actos, representado una sola vez en el Teatro Francés (5 Noviembre 1831), por M. H. de Latouche. París, 1831, in 8.°

(2) *Causeries du lundi*, t. III, p. 386.

EL REY

... Voy al asunto, señores. Me preocupa una gran idea, una idea relativa á todo el porvenir de España.

MONVILLE, *con inquietud.*

Explicaos, señor.

EL REY

Tengo el proyecto de perpetuar mi dinastía.

EL CONFESOR

¡Y estará muy bien hecho!

EL REY

Doctor, ¿crees tú que un hombre de mi edad, sesenta años y pico (1), pero ¡que es Rey!, puede tener hijos?

MONVILLE

Algunas veces, señor.

EL REY

¿Y á los setenta años, amigo mío?

EL CONFESOR

Siempre.

EL REY

Me llenais de alegría... pero, ¿qué medios me aconsejais para que proyecto tan útil se realice cuanto antes? Doctor, tú eres el más joven, habla el primero.

(1) Recordemos que Carlos II murió el 1.° de Noviembre de 1700, á los treinta y nueve años de edad.

MONVILLE

El santo varón que se halla aquí, señor, os dirá mejor que yo, que á veces las resoluciones humanas están llenas de vanidad. Triunfaréis sin duda; pero opino que es menester recurrir á la clemencia del cielo. Vuestras esperanzas deben nutrirse de un alimento puramente divino: rogad, señor; ayunad, macerad y fortificad vuestro cuerpo por todos los medios que la religión enseña.

EL REY

¿Lo crees así?

MONVILLE

Señor, poneos en estado de gracia como si se tratase de obtener un milagro.

EL REY

¿Y vos, padre?

EL CONFESOR

Lo que ha dicho el doctor, señor, es sumamente laudable. Sin embargo, mi parecer es que no hay que descuidar á intervalos los terrestres auxiliares que Dios ha puesto naturalmente y con indulgencia á nuestra disposición.

EL REY

¿Y cuáles son?

EL CONFESOR

Por ejemplo, acercaos algunas veces á la Reina.

EL REY

Tal vez tengais razón.

EL CONFESOR

Además, sería provechoso excitar suavemente las dotes de Su Majestad Católica. Una hora ó dos dedicadas á la pesca ó

á la caza, un poco de ejercicio en compañía de la Reina. En fin, ¿queréis saber todo mi pensamiento?

EL REY

Os lo ruego.

EL CONFESOR

Pues bien, no desdeñemos en ocasiones ni las colaciones suculentas, ni los vinos generosos. Con la ayuda espiritual de estas cosas, señor, sentiréis marchar de acuerdo las influencias del cielo.

EL REY, *descubriéndose.*

¡Así sea!

Hay también en este drama, entre el Rey y la señora de Jordán, nodriza de la Reina, un diálogo sumamente sujestivo:

EL REY

Sí, señora de Jordán, me pertenecéis, y vuestros honorarios correrán desde este día. Sois nodriza real.

LA SEÑORA DE JORDÁN

Puesto que lo deseais, consiento en ello por cariño á nuestra María Luisa; permaneceré aquí dos años más, á fin de educar á vuestro Príncipe de Asturias; pero permitidme que haga venir á mi marido para distraerme un poco en la corte...

EL REY

Esa es, merced que hay que pedir especialmente á la Reina.

LA DE JORDÁN

Y por eso quisiera encontrarla. Debe de andar cerca de este aposento, según me han dicho; tal vez esté dentro: entremos.

EL REY

Entremos. ¡Ah! no: algo veo que nos prohibe turbar su piadoso retiro.

LA DE JORDÁN

¿Qué es eso? ¿unas zapatillas?

EL REY

Ya lo véis: las sandalias de algún hermano del convento de los Jerónimos.

LA DE JORDÁN

¿Y eso nos impide ir en busca de vuestra esposa?

EL REY

Sois extraordinariamente ignorante, amiga mía. Siempre que se deja esa señal á la puerta de una habitación ó un oratorio, en España, quiere decir, que se implora el favor de Dios para un alma pecadora: que se trata de una conjunción... entre la penitente y la el que ha de absolver los pecados. Desde tiempo inmemorial, los españoles comprenden y respetan ese símbolo (1).

En el prefacio lleno de despecho con que Latouche encabeza su drama, alude especialmente á Mortonval y á su novela histórica *Fray Eugenio ó el auto de fe de 1680* (2), que no es ni mejor ni peor que tantas otras de la misma época; sin disputa vale mucho más que el *Piquillo Alliaga*, de Scribe. Siquiera el autor hojeó las Memorias del siglo XVII y algunos libros españoles, particularmente la relación del gran *auto de*

(1) Acto III, escena IX.

(2) *Fray Eugenio ou l'auto-da-fe de 1680*, por M. Mortonval (psudónimo de Alejandro Tursy Guesdon), autor del Tartufo moderno y del Conde de Villamayor.—París, 1826; 4 vol. en 8.º

fe de 1680. Con todo esto compuso una narración exornada con episodios de su cosecha, y en que el fanatismo de Carlos II, como ya lo indica el título, ocupa lugar preponderante. No hay duda de que la historia está menos desfigurada en Mortonval que en la obra de Latouche, ó en otra novela casi contemporánea suya de Regnier Destourbet *Carlos II y el amante español* (1).

Este novelista alude, sobre todo, á María Luisa de Orleans, la infortunada primera mujer de Don Carlos; y una vez más la impotencia del Soberano valetudinario hace el gasto de la narración, cuyos detalles acusan en su autor ignorancia tan sorprendente como ingenua de las cosas de España. Baste un ejemplo para apreciar el libro. ¿Podría presumirse que el grave dominico Froilán Díaz, confesor de Carlos II, tan conocido por haber supuesto el hechizamiento del Rey (2), en la obra se convierta en cierto cartujo de Jerez, llamado *Fray Landías?*

«El fraile bonachón y regordete á quien todo el mundo quiere, que quiere á todo el mundo, y cuyo único defecto es dejarse subyugar alguna vez por el placer de la mesa, es un sibarita que da más importancia á un plato de venado bien asado que á la cuestión discutida en la Sorbonne de París. Su biblioteca está un poco desordenada, pero en orden perfecto su bodega. Admira poco á las devotas ásperas; mucho y aun demasiado á la hermana Santa Plácida, á causa de su arte en los guisados y su habilidad en la cacerola. No obstante estos defectos, Fray Landías es el amigo del Rey, el cual, habiéndose educado con él, va de cuando en cuando á verle á la Cartuja de Jerez (3).»

---

(1) *Carlos II y el amante español,* por Reguier Destourbet, autor de Luisa y de un baile en la morada de Luis Felipe.—París, 1832; 4 volúmenes en 12.°

(2) Proceso fulminado contra el Rvmo. P. Maestro Fray Froilán Díaz, de la sagrada religión de Predicadores, confesor del Rey nuestro señor Don Carlos II.—Madrid, 1872.

(3) *Carlos II y el amante español,* t. I, pág. 4.

Tres años después de la publicación de esta absurda y necia historia resolvieron los artistas ofrecernos un Carlos II, digno por completo de los modelos tan extrañamente chafarrinados de la novela. *El exorcismo de Carlos II, Rey de España*, cuadro de Adolfo Brune, expuesto en el Salón de 1835, representa á Don Carlos bajo los rasgos de un anciano idiota, á quien sacerdotes y frailes de faz lívida é inexpresiva por el fanatismo, han arrodillado á la fuerza sobre un almohadón, y á quien apremian brutalmente para que se deje exorcizar. La cárdena luz de una antorcha en manos de uno de los frailes ilumina esta siniestra escena (1).

No se inferirá á Hugo la injuria de suponer ni un segundo que haya podido contraer deuda alguna con esos *minores* de la literatura y del arte; su genio flota muy por cima de semejantes miserias. Sin embargo, no fué solo casualidad la que le guió á esa región de la historia de España. Nadie, y es harto sabido sufrió el influjo de las corrientes de la opinión, ni compartió más fácilmente los pasajeros ímpetus de sus contemporáneos. Ahora bien; estos dramas, estas novelas, estos *cuadros*, habían despertado la atención del público; mal ó bien le habían dado á conocer los trágicos incidentes del reinado de Carlos II; el asunto era de aquellos que se preciaba de conocer cualquiera. Correspondía á un verdadero poeta posesionarse de él, marcarle con su sello, extraer de él tan completamente el jugo poético, que no dejara gota. Hugo era ese poeta. ¿Quién mejor que él podía sepultar en olvido eterno las tentativas anteriores de autores ínfimos, y crear obra que, de allí en adelante, pusiese el asunto al abrigo de todo atentado, le hiciese como sagrado é inviolable?

Ruy Blas, representado por primera vez el 8 de Noviembre de 1838, día de la inauguración del teatro de la *Renaissance*, fue escrito en cinco semanas: del 4 de Julio al 11 de Agosto

(1) Se encuentra una litografía de este cuadro en *El Artista*, t. IX, año 1835.

del mismo año (1). «Fue, de todos sus dramas, el que le robó más tiempo», hace decir Hugo al autor de sus Memorias, dando á entender que «el asunto le venía preocupándole», pero que en el momento de escribir la obra modificó completamente el plan.

«Su primer idea fue que la obra comenzase por el tercer acto: Ruy Blas es ya primer Ministro, Duque de Olmedo, omnipotente, amado por la Reina; entra un lacayo, da órdenes á aquel todopoderoso, le hace cerrar una ventana y recoger su pañuelo. Todo se hubiese explicado después.

»El autor, reflexionando, prefirió comenzar por el principio, producir efecto de gradación, más bien que efecto de asombro, y presentó primero al Ministro como Ministro, y al lacayo como lacayo.»

Que *Ruy Blas* haya costado á Víctor Hugo algún trabajo y alguna meditación, no lo negaremos, y podemos creerle bajo palabra; pero ¿qué leyó, dónde recogió los elementos de su obra?

En la *Nota* que acompaña al texto del drama, y donde hubieran debido indicarse las principales fuentes, Hugo deja de citar precisamente los dos libros, podría decirse los dos únicos libros, á los cuales recurrió y en que espigó los hechos, personajes y detalles de vida privada ó pública que aparecen en *Ruy Blas*. Estos dos libros son las *Memorias de la corte de España,* por la Condesa de Aulnoy, y el *Estado presente de España,* por el abate de Vayrac. Del primero tomó Hugo los papeles de la Reina de España y de Ruy Blas, la vida y la etiqueta de Palacio; del segundo lo concerniente al Gobierno de la Monarquía, á la Administración, á las genealogías de las familias nobles, al blasón.

---

(1) *Víctor Hugo raconté par un témoin de sa vie.* París, 1868; t. II, página 394. Las notas de la *edición definitiva* dicen que el primer acto fue comenzado el 8 de Julio, y terminado el quinto el 11 de Agosto á las siete de la tarde.

Las *Memorias de la corte de España*, impresas en 1890 (1), y que no hay que confundir con la *Relación del viaje de España*, no son, como ésta, obra original de la Condesa de Aulnoy, sino nuevo arreglo de otras Memorias, atribuídas, sin pruebas serias, al Marqués de Villars, Embajador de Francia en España en tiempos de Carlos II,—y en las que se refieren los acontecimientos de la corte del Rey Católico, durante los años 1679 á 1682.—La Condesa de Aulnoy tuvo comunicación, en manuscrito, de este informe diplomático; lo arregló, lo dramatizó y lo embelleció con historietas de su invención, como se evidencia comparando su relación amplificada con la obra original, que fue impresa también, pero únicamente en 1733 (2). Como tenemos que referirnos á menudo en el curso de estas páginas á las Memorias atribuídas á Villars y á las Memorias arregladas por la Condesa de Aulnoy, para mayor claridad llamaremos á las primeras *Memorias originales*, y á las segundas *Memorias de Mad. de Aulnoy*. Digamos desde luego que Víctor Hugo no conoció las primeras, ó que, si las conoció, las descuidó voluntariamente, y no quiso servirse sino de la redacción novelesca de la imaginativa Condesa.

Surge primero grave dificultad. Veamos cómo la orilló el poeta. Estas Memorias, que tratan únicamente de María Luisa de Orleans, primera mujer de Carlos II, de su llegada á España, de su boda y de lo que le sucedió hasta 1682—

(1) *Memoires de la cour d'Espagne. Première partie* y *Seconde partie*. París, 1690; 2 vol. in-12. Reimpresas dos veces; últimamente, por Mad. B. Carcy, bajo el título de *La cour et la ville de Madrid, vers la fin du XVII^e siècle* (*Deuxième partie*). París, 1876, in-8.°

(2) *Memoires de la cour d'Espagne, depuis l'anné 1679 jusqu'en 1682, où l'on verra les ministères de Dom Juan et du duc de Medina Celi, et diverses choses concernant la monarchie espagnole*, etc. París, 1733, in-12. Impresas de nuevo, según un manuscrito, por W. Stirling, que no conocía la primera edición: *Memoires de la cour d'Espagne sous la* (sic) *regne de Charles II (1678-1682), par le marquis de Villars*. Londres, imprenta de Whittinghan y Wilkisn, 1861 en 8.° Algunos ejemplares, con título rectificado, llevan la dirección: Londres, Trubner y C.ª, 1861.

se casó con el Rey en 1679 y murió en 1689,—estas Memorias no podían suministrar en *Ruy Blas* el personaje de la Reina que, según el poeta mismo, representa á María Ana de Neubourg, segunda mujer de Carlos. En efecto, Hugo situa su drama en «Madrid, 169...»; hasta podemos precisar y decir: «en 1699», puesto que en el curso de la obra «muere el Infante bávaro», y este Infante, ó más bien el Príncipe elector de Baviera Maximiliano Emanuel, pretendiente á la corona de España, murió el 6 de Febrero de dicho año (1). En 1699 María de Neubourg era, pues, Reina desde hacía nueve años, habiéndose casado con Carlos I después de la muerte de María Luisa. Siendo así, ¿qué pito toca, como suele decirse, el libro de la Condesa de Aulnoy?

No había, al parecer, sino dos caminos: ó retrotraer la fecha del drama, colocarle antes de 1689 para no perder los beneficios de las *Memorias*, para tener pleno derecho de utilizar los informes y habladurías de aquella gaceta de Palacio, ó bien quedarse con 1699 y María de Neubourg, renunciando entonces á la Condesa, cuyo libro no se refiere en manera alguna ni á esa última Reina ni á esa época, y buscando en otra parte elementos para crear. En resumen: ó María Luisa de Orleans con la Condesa de Aulnoy, ó María Ana de Neubourg sin la Condesa.

Hugo no admitió este dilema; prefirió alterar la historia, y, por sustitución, inventar una Reina que, en su drama, se llama Doña María de Neubourg y que es, en realidad, la María de Orleans de las *Memorias de Mad. Aulnoy*.

Se concibe perfectamente que el poeta no haya querido prescindir de un libro en que había vislumbrado seductores trozos y hasta versos completos; pero entonces, ¿por qué no suponer la acción del drama en la época de la primera mujer de Carlos II, que era lo más obvio? ¿Es decir que por ennegre-

(1) Carta de Luis XIV al Marqués de Harcout, del 8 de Febrero de 1699. (Hippeau, *Avenement des Bourbons au trône d'Espagne*. —París, 1875, tomo II, pág. 20.)

cer la situación, haciéndola doblemente trágica, prefirió el momento en que todo se derrumba y desintera, Monarquía, Gobierno y sociedad, el momento en que los Príncipes de Europa, rondando como chacales en torno del soberano moribundo, prestan oído á su estertor y se reparten de antemano los despojos del vasto Imperio? En nuestra opinión, el efecto apetecido no hubiese sido mucho menor, si la escena pasase quince ó veinte años antes, porque entre la España de 1680 y la de 1699, la diferencia no es capital. Salvo las rivalidades de los diversos pretendientes—de lo cual no se habla en la obra,—salvo las intrigas de los Embajadores que asedian á los Ministros y los agobian porque comprenden que la muerte llama á la puerta de Palacio y es preciso apresurarse á obtener favorable testamento; salvo esto, repito, el medio del reinado se parece mucho á sus postrimerías. La misma corrupción arriba, la misma miseria abajo, igual anarquía en todas partes.

Hugo no lo entendió así; adoptó la fecha de 1699 y formó á su María de Neubourg con los rasgos recogidos cuidadosamente en las *Memorias de Mad. de Aulnoy,* y que se aplican á la hija de Enriqueta de Inglaterra. Resolviendo la dificultad á costa de la historia, salió del paso con una componenda que nos parece la falta más grave de su drama. Que al público en general no le interesa semejante sustitución, que hasta la ignora: no le hace. Basta que exista y que los cultos puedan señalarla abriendo uno ú otro de los libros que hemos citado.

¡Y si la segunda Reina hubiese desempeñado siquiera un papel tan insignificante y borroso que le fuese lícito á un poeta prestarle un carácter, sin incurrir en la falta de alterar la verdad y desfigurar la historia! Pero sabido es quién fue esa Princesa, y no hay que decir con Pablo de Saint Víctor, que «su pálida figura permaneció obscurecida» y que el poeta «tenía el derecho de transformarla, retirándola de sus limbos». Justamente nadie ignora cómo se condujo ella duran-

te sus diez años de reinado, cómo maniobró para conservar imperio absoluto sobre su marido, y persiguió su interés personal á través de todas las maquinaciones de la diplomacia.

Altiva, celosa y violenta—tan violenta, que al saber un día la noticia del segundo reparto de la Monarquía española, de rabia rompió cuanto había en su habitación (1),—aquella Neubourg, hermosa mujer por lo demás y muy instruída, se apoderó del pobre espíritu de Carlos II, mató sus escasos arranques de independencia y autoridad, y con su *camarilla* alemana gobernó hasta donde podía ser gobernado aquel país hecho trizas. «Esercita piutosto la figura di reche di regina», escribe un Embajador veneciano. Después de haber combatido con todas sus fuerzas la política francesa se adhirió á ella en el último momento, cuando supo que el Rey, sugestionado por Portocarrero, había hecho testamento en favor del Duque de Anjou; entonces, con habilidad notable cambió por completo, y se sometió humildemente á Luis XIV. Hasta no desesperó de desempeñar importante papel bajo el nuevo régimen; creyó un instante que sus encantos de mujer de treinta años sabrían conquistar el corazón de Felipe V.

«La Reina de España aspira á seguir mandando», escribió Blecourt al Marqués de Torcy y á Luis XIV poco tiempo después de la muerte de Carlos II; «se le ha puesto en la cabeza que podrá agradar al nuevo Rey, y seguir teniendo partido. Con esta mira no quiere salir de palacio, ó de Madrid, por lo menos, de manera que sería muy necesario que no permaneciese en Madrid, pues mientras se encuentre aquí habrá siempre intrigas...»

«La Reina se aferra á no salir de Madrid. Anhela seguir mandando, y cree hallar los medios de lograrlo. Por eso sería necesario que saliese de esta villa antes de que llegue el nuevo

(1) «El Rey de España se ha enfurecido extraordinariamente, y la Reina de España de rabia ha roto todo en su habitación.» (Blecourt á Luis XIV, 3 Junio 1700; en Hippeau, L. c., t. II, p. 224.)

Rey, para quitar á ella y á sus partidarios los designios que pudiesen abrigar.»

Tenemos de María Ana dos cartas, del 1.° de Diciembre de 1700, á Luis XIV y á Felipe V, en las que se queja amargamente, en una jerga de las más extrañas, de ciertas desatenciones de los altos funcionarios de palacio, que se creían desligados de todo deber hacia ella.

«Imploro, pues, la equidad y protección de Vuestra Majestad contra seres tan procaces y tan intolerables, recomendándole mi honor, mi crédito y mi autoridad públicamente ultrajados por mi Mayordomo mayor y mi Camarera mayor, ante cuyo ejemplo todas las damas se han atrevido también á ponerse de acuerdo para dejar mi servicio... Me prometo del alta prudencia y real cordura de Vuestras Majestades que, como reyes y caballeros, me considerarán reina, dama y viuda abandonada, remediando y castigando el gran escándalo que hace que aquí se murmure y sorprende á todo el universo... Mi resentimiento por semejante desprecio es tal, que no sabría explicar hasta qué punto llega, ni mi ofendido honor se atrevería á detallarlo.»

¡Y á esta intrigante obstinada, devorada por la ambición, ha querido el poeta prestar los rasgos de la graciosa y burlada María Luisa, «bella flor de lis», como la han llamado á menudo los españoles, bastante poco sensibles en general á estas delicadas cualidades!

Parid, bella flor de lis
En aflicción tan extraña;
Si parís, parís á España,
Si no parís, á París,

cantaban en Madrid, en la época en que aún podía esperarse que un feliz embarazo salvara á la Monarquía del reparto y de la desmembración (1). Hugo se complació en transformar

(1) Florez, *Memorias de las reynas católicas*. Madrid, 1790, t. II, página 982.

á una regente autoritaria, rencorosa y apasionada en alemana sentimental y tierna, cuyo corazón se conmueva á la vista de un ramo de *Vergiss-meinnicht*, colocado en un banco por un desconocido.

Ya nos fijaremos sobre otras particularidades del papel de la reina en *Ruy Blas;* pero antes conviene describir la segunda obra utilizada por Hugo y hacer que se aprecie su valor.

El *Estado actual de España*, por el abate de Vayrac, consta de tres volúmenes en 12.°, de impresión muy compacta. El primero contiene una geografía antigua y moderna de España; el segundo un resumen de la historia de Castilla, seguido de una descripción de la casa del Rey, de los cargos palatinos, de la etiqueta, etc.; el tercero la genealogía de las casas de la grandeza y un estudio sobre «la forma del gobierno político, militar, civil y canónico». La obra fue redactada durante los primeros años del siglo XVIII, y se encontró «en condiciones de ver la luz en 1710». Pero las vicisitudes de la administración española en los comienzos del reinado de Felipe V, los cambios introducidos por los Ministros del Soberano y por los Embajadores de Francia, directores y protectores del nuevo régimen en la organización de los Tribunales, de los Consejos y de la Hacienda, obligaron al autor á «suspender la impresión hasta 1716, en que se le dió comienzo». El libro no salió á luz hasta 1718 (1).

Si ese libro nos da noticias de la España del primer Rey Borbón—y hay que reconocer que el abate Vayrac ha consagrado el mayor celo á hacérnosla conocer y comprender,—¿en qué podrá ser útil á Hugo, que había de describirnos los últimos años de la dominación austriaca, la corte y el gobierno de Carlos II? No nos apresuremos, sin embargo, á censurar al

(1) *Etât présent d'Espagne*, etc., por M. el abate de Vayrac. París, Cailleau, 1718, 3 vol. in-12. Otra edición. Amsterdam, 1719, 3 vol. in-12. A la edición de Amsterdam se refieren nuestras citas.

poeta y á acusarle de haber confundido, al consultar dicho libro, dos épocas y dos regímenes.

Por de pronto, esas épocas y esos regímenes no difieren tanto como parece á primera vista. El advenimiento del Duque de Anjou no ocasionó ningún trastorno en las instituciones de la antigua España; la gran máquina gubernamental continuó funcionando poco más ó menos como antes; la rígida y pomposa etiqueta palatina, introducida por Carlos V y tomada de los usos de la corte de Borgoña, se conservó intacta hasta en sus menores detalles por mucho tiempo aún (1). Por ventura algunos Ministros suprimieron ciertas ruedas para inventar otras, ensayaron reformas para volver sin tardanza á los antiguos procedimientos, distribuyeron de distinta manera los asuntos entre los diversos organismos, cambiaron los nombres de ciertas dependencias. En suma: durante todo el reinado de Felipe V, hubo muchos tanteos y pruebas; pero el conjunto permaneció invariable y no se modificó sensiblemente nada esencial. Y además, recordemos que Hugo no recurrió sino al tercer volumen del *Estado presente de España*, y en este volumen especialmente á un capítulo, que trata de las rentas del Rey de España, en lo cual el autor de *Ruy Blas* estaba perfectamente en su derecho. En efecto, el abate de Vayrac, en esta parte de su obra, sigue paso á paso un libro bien conocido de fines del siglo XVII, el *Sólo Madrid es Corte*, de Alonso Núñez de Castro, cuyos datos estadísticos y otros no se refieren, estrictamente, sino á la época de Felipe IV y de Carlos II. Hugo podía, por lo tanto, sin el menor escrúpulo, aprovecharse de los informes recogidos por dicho historiógrafo español, contemporáneo de los acontecimientos sobre cuyo fondo se desarrolla la acción de *Ruy Blas*.

(1) El abate de Vayrac ha escrito mucho sobre España. Le pertenecen una *Historia de las revoluciones de España* (París, 1724, 5 vol.), una disertación histórica sobre el título de Príncipe de Asturias, una relación de los funerales del Rey Don Luis I (París, 1724) y dos gramáticas: una gramática española en francés y una gramática francesa en español (París, 1714).

Una vez al corriente de los dos manantiales en que bebió Hugo la inspiración histórica de *Ruy Blas*, entremos en los detalles de la obra. Tomando uno á uno los personajes, los nombres, los hechos, trataremos de aquilatar la verdad de los mismos y seguir al poeta en las transformaciones que impone á la realidad de las cosas en España puesto que él mismo nos incita á este análisis al proclamar en alta voz su escrupularidad, al manifestar grandes pretensiones á la exactitud más rigorosa.

Ruy Blas, como nombre, procede en línea recta de *Gil Blas:* es evidente. Y, á propósito, notemos la influencia que la novela de Le Sage ofrece sobre todo lo que se escribe en Francia acerca de España; se diría que es manantial inagotable del que brota incesantemente lo necesario para fertilizar esta región de nuestra literatura. La sustitución de *Gil* por *Ruy* no es fortuíta. *Ruy,* forma abreviada de *Rodrigo,* es el nombre del Cid, y creemos que el poeta ha acoplado intencionadamente los dos nombres, uno noble, el otro vulgar, para designar el doble aspecto del héroe de su drama. *Ruy* representa al pobre soñador de ideas altas y generosas, al Ministro íntegro que castiga á los dilapidadores de España, al amante que venga el honor de su ultrajada Reina. *Blas* es el lacayo. Por lo demás, como el personaje no es histórico, preciso era forjarle un nombre cualquiera: la cuestión era no chocar de frente abiertamente con la costumbre castellana del siglo xvii. Tal vez, en esa época, no se encontrará ningún ejemplo de semejante asociación de *Ruy* y *Blas*, tanto más cuanto que *Ruy*, forma anticuada, no se empleaba entonces sino raras veces en lugar de *Rodrigo*. Poco importa. La combinación, después de todo, no tiene nada de insólito, y agrada por su significación, porque conviene perfectamente á aquel personaje híbrido, á aquel personaje Ministro y Grande de España. Por lo demás, los dos monosílabos suenan bien al oído, hacen efecto en los carteles—¡siempre el recuerdo de *Gil Blas!*—y ya que Víctor Hugo quería dar por título á su obra el nombre del personaje

principal (1), convenía que tal nombre fuese breve, fácil de pronunciar, y en cierto modo familiar para los espectadores.

Hemos dicho que el papel de Ruy Blas no tiene nada de histórico. Ningún lacayo alcanzó tal fortuna en tiempos de Carlos II, ni sufrió tan tremenda caída. Cierto que descubriríamos fácilmente, en la historia de España, alguna figura bastante análoga á Ruy Blas: pobres diablos ó aventureros sospechosos á quienes el capricho de un Rey ó de una Reina sacó de la nada para colocarles en las gradas del trono. No hablamos, por supuesto, de los dos primeros *privados,* Lerma y Olivares, pues ambos eran de muy buena casa, pero sí, por ejemplo, de un Fernando de Valenzuela, de un Godoy y de otros de muy modesto origen, hasta de baja extracción.

Háblase á menudo, en las *Memorias de la corte de España,* del apuesto caballero Fernando de Valenzuela, antiguo paje de un Duque del Infantado, que supo conquistar los favores de María Ana de Austria, Reina Regente después de la muerte de su marido Felipe IV, y por ella mandó algún tiempo en España, hasta el día en que una cábala de descontentos le arrojó bruscamente del poder y le deportó á Filipinas. Valenzuela, hidalguillo de Ronda, criado en la servidumbre de un Duque, después amante de la Reina, Marqués, Grande de España, primer Ministro; aquí tenemos grandes afinidades con Ruy Blas (2). Sólo que Ruy Blas tiene algo que falta á Valenzuela y á todos los *validos* españoles de la historia; algo, hay que reconocerlo, bastante inverosímil en tal situación: un gran corazón, nobles aspiraciones. Valenzuela no era más que un *buscavidas,* un ambicioso vulgar, un amante muy práctico y muy entendido, el cual, seguramente, no se hubiese lastimado las manos

(1) Hugo dudó al principio. La edición definitiva nos enseña que el manuscrito de *Ruy Blas* lleva en la primera página estas dos variantes del título: *La reine s'ennuie* y *La vengeance de Don Salluste.*

(2) Acerca de Fernando de Valenzuela, hay que leer los documentos recogidos en el tomo LXVII de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España.* (Madrid, 1877.)

para llevar á la Reina «flores azules de Alemania», ni pensó un instante en regenerar á su patria. Esto sí que puede jurarse.

La Reina de *Ruy Blas*, la Doña María del poeta, sabemos ya quién es; sabemos de qué manera la María Ana de Neubourg, de la historia, sustituyó á la María Luisa de Orleans de las *Memorias de Mad. de Aulnoy*. Vamos á exponer ahora cómo de dichas Memorias salieron los principales episodios del papel de la Reina, especialmente las dos primeras escenas del acto segundo. A menudo, Hugo no tuvo que hacer más sino condensar y transcribir en hermosos versos la prosa diluida y asaz descuidada de la Condesa. Véase en estos párrafos:

«La Reina, al cambiar de morada—es decir, al ir á habitar en Palacio,—no modificó aquella vida solitaria y desagradable que llevaba en el Buen Retiro bajo la custodia de la Duquesa de Terranova. Esta la manejaba como á una criatura, y continuó tratándola peor todavía... Yo tuve el honor de ir á besarle las manos (á la Reina)... Después de haber atravesado habitaciones, de que ciertamente se puede hablar como de cosa muy bella, la encontré en un gabinete pintado y dorado, lleno de grandes espejos; *estaba cerca de la ventana, bordando un almohadón con oro y seda, de color azul.*»

Y más adelante:

«Al día siguiente, muy temprano, *el Rey se fué de caza solo,* sin decir nada á la Reina. Esto la preocupó durante todo el día, y pasó la mayor parte de él apoyada en las ventanas de su habitación, á pesar de la Duquesa de Terranova, que solía impedírselo, diciendo *que una Reina de España no debía asomarse.*»

Viene después la historia de los loros, una de las más divertidas que habrá referido la Condesa de Aulnoy:

«La Reina tenía dos loros, los más bonitos del mundo; los había traído de Francia y los quería mucho. La anciana Duquesa de Terranova creyó hacer una buena obra matándolos, porque no sabían hablar sino en francés... Fue una gran aflicción para los franceses que servían á la Reina, pues ésta,

en cuanto ella entró en sus habitaciones, mandó que la trajesen sus loros y sus perros... Todas las damas de la Reina, en lugar de ir á buscar lo que pedía, se miraron unas á otras y permanecieron inmóviles, sin atreverse á decirle nada; pero al fin, tras un silencio bastante largo, una de ellas le dió cuenta de la ejecucución que la camarera había realizado. La Reina lo sintió mucho, aunque disimuló el pesar; y cuando la Duquesa entró y se adelantó, según su costumbre, á besarle la mano, la Reina, sin decir palabra, la dió dos sonoros bofetones.»

Puede suponerse lo que se sofocó la Duquesa, una Pigñatelli. Convocó á toda su parentela, se hizo acompañar por cuatrocientas damas de Palacio y fué á pedir justicia al Rey de la afrenta inferida á su sangre. María Luisa salió hábilmente del paso atribuyendo su movimiento de mal humor á un *antojo* de mujer embarazada. Aunque tuviese poderosas razones para no creer en el *antojo,* Carlos II se mostró muy complacido y alegre, calmó á la dama, y todo volvió al orden, ó más bien al sombrío fastidio acostumbrado.

No es difícil discernir lo que Hugo ha tomado de estas relaciones. Por de pronto, la indicación escénica del segundo acto:

«Al levantarse el telón, la Reina Doña María de Neubourg se halla en un rincón, sentada al lado de sus damas... *Está bordando...* En el ángulo opuesto está sentada en un sitial Doña Juana de la Cueva, Duquesa de Albuquerque, camarera mayor, con un bastidor en la mano; es una anciana vestida de negro.»

Y éstas, de la Reina abandonada:

«*El Rey caza. Siempre ausente.* ¡Ah! ¡qué fastidio!
En seis meses he pasado doce días á su lado.»

Después, la alusión á las aves ejecutadas por la camarera:

«*Mis aves de Alemania* han muerto todas.

(Casilda hace ademán de retorcer el cuello á unas aves, mirando de reojo á la camarera».

En fin, lo de la ventana:

La Duquesa, á las dueñas.

Que echen á esas mujeres, cuyo canto importuna á la Reina.

La Reina, con viveza.

¡Cómo! apenas se las oye.
¡Pobres mujeres! Quiero que vayan en paz, señora.

(A Casilda, señalando al fondo.)

Por aquí el bosque es menos espeso.
Esta ventana da al campo; ven, vamos á verlas.

(*Se dirige á la ventana con Casilda.*)

La Duquesa, levantándose con una reverencia.

Una Reina de España no debe asomarse.

Igualmente el incidente de la carta y el delicioso monólogo de la segunda escena, proceden del libro de la Condesa. Un día, refiere Mad. de Aulnoy, la Reina había servido la comida á nueve pobres: era el ceremonial de la fiesta de la Anunciación. De regreso á sus habitaciones, se asombró extraordinariamente al encontrar en el bolsillo de su traje un billete lacrado con estas palabras: *Para la Reina sola.* Abrióle, después de alguna vacilación, y leyó lo siguiente:

«La suprema elevación de Vuestra Majestad y el alejamiento en que nos encontramos, no han podido arrancar de mi corazón la pasión que vuestras admirables cualidades han hecho nacer en él. Yo os adoro, Reina mía; yo muero adorándoos; y me atrevo á decir que no soy indigno de adoraros. Os veo, suspiro á vuestro lado; no escucháis mis suspiros, no conocéis mis secretas ansias, ni siquiera volvéis hacia mí vuestros hermosos ojos. ¡Ah, señora! ¡qué desgracia de haber nacido súbdito, cuando se sienten las inclinaciones del más grande monarca de la tierra!»

«La Reina—sigue refiriendo la Condesa de Aulnoy—permaneció sorprendida y pensativa; no adivinaba quién podía ser el temerario que se atrevía á escribirle en tales términos,

y no tenía duda de que el billete le había sido deslizado en el bolsillo por una de las pobres á quienes había servido. Pero era muy extraordinario que un hombre, que por las señas debía ser de elevada alcurnia, confiase su vida (de nada menos se trataba) á la habilidad ó torpeza de una mendiga,» etc.

Esta declaración, no mal pergeñada, inspiró al poeta algunos versos hermosísimos. En Hugo la carta es un canto de amor delicioso, y cuya belleza no amengua, en nuestro concepto, la atrevida metáfora, tan criticada por ciertos puristas.

«Madame, sous vos pieds, dans l'ombre, un homme est là
»Qui vous aime, perdu dans la nuit qui le voile;
»Qui souffre, ver de terre amoureux d'une étoile;
»Qui pour vous donnera son âme, s'il le faut,
»Et qui se meurt en bas quando vous brillez en haut.»

Como era de prever, el incidente de la carta no figura en parte alguna de las *Memorias originales;* es de la Condesa de Aulnoy, la inventiva escritora, que imaginó todo ello y compuso la ardiente epístola del desconocido adorador. Los fervientes admiradores de *Ruy Blas* no tienen motivo de queja, pues, á decir verdad, casi todo el drama de Hugo descansa en ese pasaje; de la misiva de la Condesa de Aulnoy se derivan la situación, que es el nudo de la obra, y—para hablar á la española—los papeles completos de la *dama joven* y del *primer galán.*

Aun cuando no figura en la historia de los personajes, Carlos II desempeña su papel en el drama, pero lo desempeña entre bastidores. Este Rey siempre ausente, que caza en El Escorial mientras Doña María, vigilada por la camarera, se consume esperando, produce gran efecto. Fue una feliz idea dejar en la sombra á ese fantasma de Rey, cuya inutilidad resalta así con más fuerza que si el poeta le hubiese hecho intervenir en la acción. Hugo dió una prueba de tacto y gusto que hay que agradecerle. Así se distinguió de los Latouche, de los Mortonval y de los Regnier-Destourbet, que habían abu-

sado del mísero monarca, presentándole, alternativamente, bajo aspecto tan ridículo ó tan odioso, que hasta el público más grosero acabó por hastiarse de aquella repugnante caricatura. El Rey de *Ruy Blas,* con un billete de una línea, dice más que los discursos imbéciles ó los gestos del demoniaco de Carlos II, en las novelas ó los cuadros de 1835.

¡Apenas hizo reir el tal billete! Las personas graves se tomaron el trabajo de indignarse, entre otras, el crítico oficial de la *Revue des Deux-Mondes,* el cual, seguro de su omnisciencia, se creyó en el deber de denunciar la gran inconveniencia y lo absurdo de la misiva atribuída al Rey de España:

«La Reina recibe una carta de Carlos II. ¿Qué contiene esa carta? Una línea que reune todo lo más ridículo y necio que puede soñar la imaginación: «Señora, hace mucho viento, y he matado seis lobos.» Cualquiera que sea la severidad del juicio formulado por los historiadores sobre Carlos II, es absurdo atribuirle semejante carta» (1).

Hugo se vengó más adelante de su censor, injuriándole con bastante encono. Bastaría citarle á la eterna Condesa de Aulnoy, la verdadera culpable. Por lo demás, la carta que produjo tan gran escándalo, es precisamente uno de los pocos detalles históricos de la obra, cuya autenticidad parece, si no cierta, por los menos probable. En esto, por excepción, la Condesa de Aulnoy apenas ha puesto nada de su cosecha; las *Memorias originales* proporcionan lo esencial. Leemos en ellas:

«El Rey se contentó con ir sólo al Escorial, durante tres días, á una cacería de lobos, sin más acompañamiento que el primer Ministro y un secretario de Estado, el primer escudero, un gentilhombre de cámara y un mayordomo; los frailes de El Escorial le alojaron. Al segundo día de estancia, la Reina le escribió y le envió un brillante bastante hermoso. El correspondió á esta galantería con un cofrecillo de oro, conte-

(1) Gustavo Planche, *Revue des Deux-Mondes* del 15 de Noviembre de 1838.

niendo un rosario de calambuco (sic), guarnecido de brillantes, acompañado de un billete, *en que le hacía saber que reinaba fuerte viento y que había matado seis lobos.*»

Reconozcamos que no hay en esto nada de ridículo ni absurdo. El Rey va al Escorial, caza, mata seis lobos y se lo participa á su mujer. ¿Cómo estaba redactado el billete? No sabríamos decirlo. Pero la Condesa de Aulnoy lo sabe. Según su costumbre habitual, dramatizó la relación de las Memorias que habían caído en sus manos, y con un artificio muy sencillo. Helo aquí:

«El Rey... fué á pasar cuatro días en El Escorial. No quiso que le acompañasen más que el Duque de Medinaceli, el primer montero, un secretario de Estado, un gentilhombre de cámara y un mayordomo. Al siguiente día de su llegada, la Reina le escribió una carta muy tierna y le envió una sortija de brillantes. Él le envió á su vez un rosario de calambuco, guarnecido de diamantes, en un cofrecillo de filigrana de oro, donde metió un billete que contenía estas palabras: *Señora, hace mucho viento; yo he matado seis lobos.*»

Y ahora, ¿de qué acusan á Hugo? ¿De haber ridiculizado inútilmente al Rey de España? Pero la carta no tiene de extraño sino la forma lacónica que la ha dado la de Aulnoy. ¡Y quién sabe! Tal vez Carlos II no escribía de otra suerte á la que llamaba *mi Reina*. No hay más contra Hugo, sino que tomó un verso entero en los escritos de una dama del siglo XVII; y en cuanto á Gustavo Planche, «horrible enano»—el cariñoso calificativo de Hugo,—no estuvo afortunado al armar tanto ruido por tan poca cosa.

Los Bazán: D. Salustio y D. César. ¿Por qué esta familia y no otra? ¿Por qué Bazán mejor que Mendoza ó Guzmán? La explicación es fácil. Para provistarse de nombres de Grandes de España de que estaba necesitado, Hugo hojeó el libro de Núñez de Castro, *Sólo Madrid es Corte*, al cual aludía el abate de Vayrac. Al recorrerle, se fijaron sus ojos en una página de la lista de los Grandes, donde desfilan los Marque-

ses, y eligió al azar tres de los nombres que se siguen inmediatamente en el historiógrafo madrileño:

«Marqués del Basto. Su apellido Avalos. Sus estados en Nápoles.

»Marqués de Priego. Su apellido Córdoba y Aguilar. Sus estados en Andalucía.

»Marqués de Santa Cruz. Su apellido Bazán. Sus estados en Castilla (1).»

De las dos primeras casas, ya veremos cómo se sirvió; de la última tomó el traidor y el bufón, don Salustio de Bazán y don César de Bazán.

La genealogía de los Bazán, redactada por el poeta; los nombres y títulos con que decora á los dos miembros de esa familia, unidos á la acción de su drama, son pura fantasía, ó más bien constituyen una extraña amalgama de verdadero y falso, en que lo falso domina:

«Los Bazán son, en mi concepto, caballeros cumplidos.
Tenemos por antepasado á Íñiguez de Ibiza.
Su nieto, Pedro de Bazán, casó con Mariana de Gor. Tuvo de Mariana:
á Juan, que fue general del mar océano,
reinando Don Felipe; y Juan tuvo dos hijos,
que en nuestro antiguo árbol han ingertado dos blasones.
Yo soy el Marqués de Finlas; vos el conde
de Garofa (2).»

Casi tantos errores como palabras, pero no todos imputables á Hugo; tiene parte en ellos el abate de Vayrac, que es en esto responsable.

Supónese, en efecto, que los Bazán proceden de un Íñiguez del siglo XI. Pase el Íñiguez; en cuanto á Ibiza, nombre de una isla, que nada tiene de común con el presunto antepasado de los Bazán, es mero ripio. Continuemos. Pedro

(1) Alonso Núñez de Castro, *Libro histórico político: Sólo Madrid es Corte* y *El cortesano en Madrid*, 3.ª edición, Madrid, 1675, p. 212.

(2) Acto I, escena V.

de Bazán vivía hacia 1450: no pudo ser, por consiguiente, nieto de Íñiguez, admitiendo que el tal Íñiguez haya existido; y en cuanto á Mariana de Gor, presunta mujer de Pedro, es una invención del poeta. Juan no fue general del mar océano, pues este título fue conferido á Álvaro de Bazán, primer Marqués de Santa Cruz, bisnieto de Pedro. En fin, los títulos de *Marqués de Finlas* y *Conde de Garofa* no han sido usados nunca por un Bazán ni por ningún otro español, por la sencilla razón de que ambos nombres son erratas del *Estado presente de España*. El abate de Vayrac, hablando del gran Álvaro de Bazán, primer Marqués de Santa Cruz, dice, en efecto, que «era hijo de D. Álvaro de Bazán, señor de *Finlas* y de *Garofa*». Pero *Finlas* y *Garofa* están aquí por error de lectura y de transcripción, en vez de *Fonelas* y *Gorafe*, señoríos (no marquesado ni condado) del reino de Granada, que pertenecían á los Bazán de la rama de Santa Cruz. Y hay más. Hugo ha encontrado el medio de acumular otros errores á propósito de estos Bazán. A D. Salustio, pretendido Marqués de Finlas, le llama «jefe de la casa de Bazán» (acto I, escena I), cuando el tal jefe era el Marqués de Santa Cruz; pone á *Finlas* en Castilla, cuando *Fonelas* está en Andalucía, y coloca á *Garafa* cerca de *Velalcázar*, villa de la provincia de Córdoba, cuando *Gorafe* forma parte de la de Granada. Para fin de fiesta da al pseudo Marqués y al pseudo Conde nombres como D. Salustio y D. César, que ni uno ni otro son españoles.

Don Guritán, nombre del barba, lo es menos todavía. ¿Es siquiera un nombre de pila posible en cualquier lengua moderna? Confieso paladinamente de dónde ha podido sacar el autor de *Ruy Blas* tan extraño nombre, que recuerda un poco á Buridán. Pero el arrogante anciano, enamorado platónicamente de su Reina, se llama así (acto II, escena IV).

«D. Gaspar Guritán Tassis y Guevarra *(sic)*,
Conde de Oñate;»

es mayordomo de Doña María (acto I, escena III) y hace juego con la dueña, es decir, con la camarera mayor, Duquesa de Albuquerque. La historia, ó lo que es lo mismo en este caso, el abate de Vayrac, habla de un «Diego Gaspar Vélez de Guevarra *(sic)* y Tassis, undécimo Conde de Oñate y de Villamediana, Marqués de Guevarra y de Camporreal, caballero de la Orden de Calatrava», que vivía á fines del siglo XVII, pero que no desempeñó cerca de María de Neubourg las funciones de mayordomo. Hugo ha invertido los apellidos de ese Conde de Oñate y sacrificado Diego y Vélez al nombre extraño de Guritán.

Por lo que se refiere á los personajes secundarios, ya hemos visto que los MARQUESES DEL BASTO y DE PRIEGO proceden de la lista de *Sólo Madrid es Corte,* en donde estos dos títulos están inscritos seguidamente. El MARQUÉS DE SANTA CRUZ procede de los datos consagrados á tal Marquesado por el abate de Vayrac; el CONDE DE CAMPORREAL, caballero de Calatrava, responde al «*Marqués* de Guevarra y de *Camporreal*» de los datos sobre Oñate, de la misma obra, y por último, el CONDE DE ALBA ha sido tomado al azar, ya en Vayrac, ya en Núñez de Castro, pero más probablemente en el primero.

Al lado de estos grandes y nobles hay algunas gentes de toga, Magistrados y Secretarios.

DON MANUEL ARIAS, que no fue «Presidente de Castilla», sino, lo cual es diferente, Gobernador del Consejo de Castilla en dos ocasiones: del 17 de Diciembre de 1692 al 27 de Enero de 1696, y del 19 de Mayo de 1699 al 14 de Noviembre de 1703 (1).

DON ANTONIO UBILLA, personaje histórico también, que desempeñó papel muy importante á fines del siglo XVII y durante los primeros años del reinado de Felipe V. En 1699 era,

(1) Antonio Martínez Salazar, *Colección de Memorias y noticias del Gobierno general y político del Consejo.* Madrid, 1764, págs. 59 y 60.

no «Escribano Mayor de Rentas», como dice Hugo, sino Secretario del *despacho universal,* es decir, Ministro de Estado.

Montazgo, «Consejero togado de la Cámara de Indias» y Covadenga, «Secretario supremo de las islas». Dos nombres inventados; el primero tiene un origen cómico. En castellano, *montazgo* significa el derecho que pagaban en otro tiempo los rebaños para trashumar; trátase de esto en la lista de las rentas de España, formulada, según Núñez de Castro, por el abate de Vayrac. Hugo se apoderó de la palabra, que le había parecido sin duda muy española, y se la endosó como nombre al Consejero togado de la Cámara de Indias. Es, poco más ó menos, como si en francés se llamase á alguien *Pâturage* ó *Passage*. *Covadenga* nos parece deformación intencional ó involuntaria de Covadonga, la famosa gruta de Asturias, donde se refugió y vivió con sus compañeros Don Pelayo, el legendario fundador de la Monarquía española; porque *Covadenga* no existe, al menos, como nombre de lugar.

Gudiel, confidente de D. Salustio, lleva el nombre de una noble familia de Toledo.

Queda todavía un personaje histórico, la Duquesa de Albuquerque, camarera mayor de María Luisa de Orleans y de María Ana de Neubourg, que, en el mes de Agosto de 1680, reemplazó á la Duquesa de Terranova, cuyo carácter despótico y arrebatado y continuas impertinencias habían concluído por cansar á la dulce María Luisa. Fue un asunto de Estado el obtener la destitución de aquella Terranova que, por su nacimiento y relaciones de familia, se creía nombrada vitaliciamente y protegida contra todo disfavor regio. Necesitó María Luisa mucha diplomacia y el ascendiente que ejercía sobre el Rey, su marido, para desembarazarse de aquella guardiana autoritaria, violenta y suspicaz. Es muy curioso leer en Madame de Aulnoy cómo tomó su destitución la matrona ofendida y con qué altivez se separó de su soberana:

«La Duquesa, que no se había acostado y pasó toda la noche dando vueltas por su habitación con sus dos hijas, las Du-

quesas de Monteleón y de Hijar, no esperó á que la Reina se hubiese levantado para ir á despedirse de ella; su rostro estaba más pálido que de ordinario y sus ojos más brillantes; se aproximó á la Reina y la dijo, sin llorar ni demostrar el menor sentimiento, que se lamentaba de no haberla servido como hubiera deseado. La Reina, cuya bondad era extrema, no pudo menos de mostrarse conmovida y enternecerse; y como la dijese algunas palabras amables para consolarla, ella interrumpió para reponer con altivo acento que una Reina de España no debía llorar por tan poca cosa; que la camarera que iba á ocupar su puesto desempeñaría mejor su misión; y sin hablar más, tomó la mano de la Reina haciendo como que la besaba, y se retiró. Entonces supieron todos en palacio que iba á salir, y las damas fueron á verla, llorando por política, por inclinación ó por debilidad. No se mostró afligida, y mirando á todos lados, dijo: «Doy gracias al cielo, hé aquí un lugar al que no volveré en mi vida; voy á gozar del reposo y encontrar la tranquilidad en mi casa; iré á Sicilia, donde no padeceré tan graves disgustos como en Madrid.» Al decir estas palabras, golpeó dos veces en una mesita que estaba á su lado, y cogiendo un bonito abanico de la China, lo rompió por la mitad, lo tiró al suelo y puso el pie encima.»

La nueva camarera, Duquesa de Albuquerque, supo desempeñar sus enojosos deberes con mayor amenidad, y sin renunciar á su gravedad de española y dama principal de palacio, procuró no mostrar ceño ni rigidez. «La vida de palacio ha cambiado y el Rey también, escribía Mad. de Villars. Su Majestad ha permitido á la Reina que no se acueste hasta las diez y media y monte á caballo cuando quiera, aunque esto vaya completamente contra la costumbre.»

Instruída y cultivada, aficionada á rodearse de literatos, la Duquesa de Albuquerque rompía con la tradicional ignorancia y futilidad de las damas de la grandeza. Si oficialmente no cambió nada en la etiqueta meticulosa de palacio, por lo menos puede suponerse que atenuó, con su tacto de mu-

jer superior, ciertas exigencias particularmente mortificantes ó ridículas. Esto es lo que deja comprender la Condesa de Aulnoy en la semblanza que hace de la nueva camarera.

«Aunque pasase por ser muy altiva y orgullosa, no pareció que quisiera seguir conducta semejante á la de la Duquesa de Terranova; al contrario, prodigaba atenciones y halagos á todo el mundo, y manifestaba profesar á la Reina gran afecto. Esta dama era viuda del Duque de Albuquerque, jefe de la casa de la Cueva; tenía cincuenta años. Era inteligente y había leído mucho. Ciertos días de la semana, daba reuniones á que acudían los sabios. No tenía más que una hija, á quien casó con el hijo menor del difunto Duque de Albuquerque, para conservar el nombre de la casa. Se había afiliado apasionadamente al partido de la Reina madre, y todos pensaban que lo demostraría con la Reina joven. Esta opinión se vió confirmada cuando el Rey, poco tiempo después de haber entrado en palacio la Duquesa, dijo á la Reina que deseaba que se divirtiese más que hasta entonces; que era preciso que paseara, que montase á caballo, y que consentía gustoso en que se acostase tarde, con tal que él pudiese, segun costumbre, acostarse á las ocho; y hasta se decidió, algunos días después, á no acostarse hasta las diez. Se supone por este agradable cambio de conducta que la Duquesa de Albuquerque hizo que la Reina madre hablase al Rey, y que la severidad hasta entonces usada con la Reina no había sido inspirada al Rey sino por la Duquesa de Terranova.»

Si de la realidad pasamos al drama, ¿qué notamos? Que una vez más, como en lo de la Reina, el poeta ha falseado la verdad histórica. Para conservar un nombre que suponía exacto, ha sacrificado la persona y el carácter; porque, á juzgar como se conduce, es evidente que su camarera responde, no á la Duquesa de Albuquerque, sino á la de Terranova, según la retratan las *Memorias de Mad. de Aulnoy*. Sin embargo, Hugo prefirió á Albuquerque, persuadido de que así se cumplía con la historia, ó más bien con las apariencias de la historia.

Antes de terminar el examen de personajes, una última observación sobre el propietario de uno de los asilos de noche que más solía frecuentar don César:

«Le soir, le front sur un pavé,
Devant l'ancien palais des *comtes de Tevé*,
—C'est là, depuis neuf ans, que la nuit je m'arrête,
—Je vais dormir avec le ciel bleu sur ma tête.»

Tevé es consonante muy socorrido, pero la palabra no existe en la nomenclatura territorial española. Y no vale decir que «en los nombres españoles é italianos las *e* deben pronunciarse *é*», y que *Teve, Camporreal, Oñate,* deben decirse «*Tevé, Camporréal, Oñaté*». ¡Ah, no! Cuando se buscan vocablos sonoros en el útil abate de Vayrac; cuando se lee en el artículo Santa Cruz: «Doña Ana de Guzmán, de la casa de los *Condes de Teve*», por poco que sepamos de las cosas de España, adivinamos que se trata del título llevado por la Emperatriz Eugenia; y que la forma francesa sería *Tèbe* ó *Tève,* nunca *Tevé,* y que, por consiguiente, tan ilustre nombre se negará siempre á dejarse aconsonantar con *pavé.*

Y ahora, ¿cómo ha tratado Hugo la vida privada y pública, los asuntos del Gobierno y de la administración de España? Aquí tampoco salimos del tomo III del abate de Vayrac, y de *Sólo Madrid es Corte;* esta última obra no ha suministrado más que un cálculo de estadística: los gastos de la casa de la Reina, que no se encuentran en otra parte; todo lo demás se deriva en línea recta del *Estado presente de España.* Comencemos por esa evaluación á que Hugo daba tanta importancia:

«La maison de la reine, ordinaire et civile,
Coûte par an *six cent soixante—quatre* mille
Soixante—six ducats!—c'est un pactole obscur
Où, certe, on doit jeter le filet à coup sûr.»

Tanta importancia atribuía á la cifra consignada en los versos anteriores, que no vaciló en proclamar solemnemente la exactitud absoluta de la misma:

«Cuando el Conde de Camporreal dice: *La casa de la Reina,*

ordinaria y civil, cuesta al año seiscientos sesenta y cuatro mil setenta ducados, puede consultarse *Sólo Madrid es Corte*, en donde se encontrará esta cifra para el reinado de Carlos II, sin un maravedí más ni menos.»

Podemos, en efecto, consultar todas las ediciones de *Sólo Madrid es Corte*, pero en las que consignan este gasto hallaremos, en números primero, en letras después, la suma de «*quinientos setenta y cuatro mil ochocientos* setenta ducados», sin un maravedí más ni menos (1). Esta pequeña diferencia se explica en Hugo. ¿Qué importa, se dirá, y quién sería tan ridículamente pedante que exija de un poeta que consigne tal suma con precisión de cajero? ¿No véis que Hugo ha querido burlarse del crítico ergotista, del erudito minucioso?

Que los gastos de la Reina de España hayan sido aumentados ó no, en *Ruy Blas,* en 89.200 ducados—que son, sin embargo, un bonito pico,—poco importa, seguramente; porque, ¿á quién se le ocurrirá jamás servirse de ese drama como de un repertorio de economía política ó de ciencia financiera? Cualquier cifra que pusiese Hugo, no hallo inconveniente en aceptarla á cierra ojos. Pero, pedantería aparte, ¿no es chocante la diferencia? Y si esos versos, con el comentario que les acompaña, son una burla dirigida á los eruditos, por más que hago no entiendo el chiste. Además, se adivina otra explicación de esa inexactitud, preferible en nuestro sentir. Hugo se hubiese alegrado de poner en sus versos la suma justa; pero como no lo consiguió al pronto, se contentó con una aproximación, seguro de que nadie iría á comprobarlo. Los rasgos de ingenio están permitidos, á condición de que resulten bien.

Si queremos desmenuzarla, la gran escena del Consejo de Estado, en el tercer acto, se presta á muchas críticas. No podemos indicar aquí todas las impropiedades de expresión, to-

(1) *Sólo Madrid es Corte*, 3.ª edición. Madrid, 1675, pág. 218. Dicha suma, que figura también en la segunda edición (1669) y en la cuarta (1698), falta en la primera (1658).

dos los errores de hecho: bastará consignar los más graves y divertidos.

Tenemos por de pronto, á un Conde de Camporreal y á un Marqués de Priego calificados de «consejeros de capa y espada de la contaduría mayor». Pero la *contaduría mayor* era uno de los departamentos del Consejo de Hacienda, y el empleo de consejero de capa y espada lo desempeñaban plebeyos ó hidalguillos de poco fuste. Jamás hubiesen descendido á semejante medio un Conde de Camporreal y menos un Marqués de Priego, Grande de España. La frase *capa y espada* ha mareado á muchos de nuestros novelistas, que han visto en ella cosa muy diferente de lo que en realidad significa. Consejero de capa y espada designaba á un civil, á un laico, en oposición al funcionario de carrera, pero de ningún modo á un hombre de calidad, menos aún á un noble titulado.

¿Qué significa también el cargo de «secretario supremo de las islas» ó el de «bailío del Ebro»? Misterio.

A la lista de las rentas de España, que se disputan tan encarnizadamente los Ministros íntegros y consejeros virtuosos de Don Carlos, á los impuestos indirectos enumerados por Vayrac, Hugo, para redondear sus períodos y para la rima, ha añadido de su cosecha algunos ingresos que nos son desconocidos y de que no respondemos. Pasen el *indigo* y la *madera de rosa* que riman cómodamente con *Priego* y *cosa;* pero, ¿quién ha oído hablar nunca de la «caja de las reliquias», y sobre todo de

«La multa de los burgueses á quienes se condenaba á azotes?»

¿Burgueses en Castilla, y, lo que es mejor aún, burgueses azotados? ¡Esto sí que es nuevo!

Los otros detalles de vida pública esparcidos en la obra, lo mismo que los comentarios de la *Nota*, encargados de explicarlos, resisten mal á un examen algo riguroso.

«El oro está en soberanos, buenos cuádruplos, ó buenos doblones de marco. La plata, en cruces de María.»

Por más que diga Hugo, que nos cita aquí el «libro monetario publicado en tiempos de Felipe IV, en *la imprenta real*», esta hermosa enumeración es sencillamente poner en verso los siguientes pasajes del abate Vayrac: «El cuádruplo pesa 36 granos, peso del marco de España... La moneda de plata... que se llama *María,* por tener una cifra que marca el nombre de María, con una cruz encima.» Pero el abate se ha abstenido, con razón, de hablar de *soberanos,* que no son moneda española, y tampoco se sirvió de la expresión *cruces de María*, la cual, que yo sepa, no fue nunca usada en España. En los libros especiales no se habla más que de *Marías*, piezas de plata que tenían curso bajo la Monarquía austriaca y llevaban en el reverso el monograma de la Virgen y la cruz.

Sobre la nobleza de España y sus diversas categorías, tenemos en la *Nota* una breve disertación, que no conviene pasar en silencio, por lo instructiva que es y la sana doctrina que encierra:

«Para terminar con las observaciones minuciosas, notemos de paso que Ruy Blas, en el teatro, dice (acto III): Señor de Priego, *como súbdito del Rey*, etc.; y en el libro dice: *como noble del Rey*. El libro da la expresión justa. En España había dos clases de nobles: los *nobles del reino,* es decir, todos los caballeros, y los *nobles del Rey,* es decir, los Grandes de España. Ahora bien; Priego es Grande de España, y, por consiguiente, noble del Rey. Pero la expresión podría parecer obscura á algunos espectadores poco eruditos; y, como en el teatro dos ó tres personas que no comprenden se creen á veces con derecho para molestar á dos mil personas que comprendan, el autor hace decir á Ruy Blas *súbdito del Rey* por *noble del Rey*, como hizo decir á Angulo Malipieri la *cruz roja*, en lugar de la *cruz de gules*. Y pide aquí mil perdones á los espectadores inteligentes.»

Aun á riesgo de merecer epítetos nada lisonjeros, de pasar por incultos é ignaros, debemos declarar que «súbdito del Rey», por vulgar que sea la expresión, nos satisface mucho

más que «noble del Rey», que no se entiende. Jamás se ha dicho en España nada semejante, y nunca existió en ese país la distinción establecida por Hugo entre nobles del Reino y nobles del Rey. La teoría, enunciada en términos tan precisos y formales, cae por tierra desde que se descubre su origen: trátase una vez más, como siempre, del abate Vayrac, mal comprendido y mal interpretado. El autor del *Estado presente de España* da la siguiente definición de la Grandeza española: «Los Grandes son los súbditos inmediatos á la persona del Rey, que tienen derecho á cubrirse y sentarse en su augusta presencia.» De este pasaje, cuya significación ha forzado, saca Hugo la existencia de dos clases de nobleza, que son puramente imaginarias. La concesión de una grandeza hereditaria ó vitalicia no modificaba en manera alguna la calidad del noble, y no ligaba al vasallo á su Rey con lazos más estrechos que los forjados por la concesión de cualquier otro título nobiliario. Cuando se dice que los Grandes estaban más próximos á la persona del Rey, se entiende únicamente que ciertas prerrogativas, y, por ejemplo, los cargos que les estaban reservados, les ponían en incesante contacto con el soberano, de quien son los grandes acompañamientos inmediatos, clientela habitual.

Nada diremos contra lo poco de blasón español descrito en la obra. En este punto, el abate Vayrac ha sido exactamente copiado, tan exactamente, que una de sus frases se ha convertido en un hermoso verso heráldico, con sólo omitir las tres primeras palabras: «La casa de

Sandoval lleva oro en banda.»

La topografía, por el contrario, deja mucho que desear; en este punto es donde Víctor Hugo ha dado rienda suelta á su imaginación y cometido mayores inexactitudes. No insistamos sobre el *hotel de Tormez*, ese *hotel* de nombre de río, que, por casualidad sin duda, se han olvidado de describirnos los analistas de Madrid,—¿sería en el poeta un recuerdo del *Lazarillo?*—y no insistamos en el *vino de Oropesa,* cuya re-

putación no debe de ser muy buena en España. Estos son, ciertamente, pecados veniales, que la exuberante Reina disculpa.

¿Quién censuraría á Víctor Hugo por haber aludido en su drama á un recuerdo de la infancia, por haber metido en un verso el nombre de una calle de Madrid, la cual, con otros detalles de su vida madrileña, se le había quedado siempre presente?

Ella va todas las tardes al convento del Rosario.

Ya sabes, subiendo la calle de *Ortaleza*.

La calle de Hortaleza es la que siguió el joven Víctor para ir al colegio de nobles, donde su padre había resuelto que continuase sus estudios. «El carruaje fué por la calle de Ortaleza (sic), á lo largo de altas paredes grises; se detuvo ante una sólida puerta cerrada. Era la puerta del colegio de nobles.» Cualquiera que en su juventud haya sufrido el internato, no acierta á olvidar los incidentes,—aun los más fútiles,—del último día de libertad.

En cambio, ¿nos quedaremos tan conformes oyendo á don César alabar el néctar de Jerez de los Caballeros?

«C'est une œuvre admirable de ce fameux poète appelé le soleil! Xerés-des-Chevaliers n'a rien de plus vermeil.»

Sospechamos que ese Jerez, situado en plena Extremadura, produce más bellotas, cerdos y corderos que vino generoso. Habría que decir *Xerés de la Frontière*, el verdadero Jerez de Andalucía. Pero, entonces, ¿qué es del verso?

Otro *lapsus*, y tanto menos justificado cuanto que bastaría con la sustitución de una sola letra para que desapareciese del drama un desliz que le ridiculiza á los ojos de los españoles:

«Elle aime une fleur bleue D'Allemagne. Je fais chaque jour une lieue,

Jusqu'à *Caramanchel*, pour avoir de ces fleurs.»

¿Una legua? Pongamos ciento si verdaderamente Ruy Blas hacía el viaje, puesto que Caramanchel es una aldea de la pro-

vincia de Alicante. Probable es, sin embargo, que no fuese más que á *Carabanchel,* al Carabanchel alto ó al Carabanchel bajo, pueblecillos de las cercanías de Madrid, tan conocidos allí como Saint-Cloud y Pontoise en París.

¡Y ved lo que puede la palabra mágica de un poeta! Teófilo Gautier, al dirigire á Toledo, pasa por cerca de Carabanchel, oye que nombran el lugar los postillones de la diligencia, lo describe exactamente: nada importa. Carabanchel se transforma involuntariamente, bajo su pluma, en *Caramanchel;* el recuerdo de *Ruy Blas* es más fuerte que todo, la imaginación triunfa de la realidad:

«Se sale de Madrid por la puerta y el puente de Toledo, recargado con adornos de mediano gusto, y sin embargo, de majestuoso efecto; se deja á la derecha la villa de *Caramanchel*, donde Ruy Blas iba á buscar, para María de Neubourg, la *florecilla azul de Alemania...*» (1).

¡Oh virtud divina de la poesía! ¡Oh incomparable prestigio del genio! Y ya que es conocida la falta, ¿no se podría pedir al futuro editor de *Ruy Blas*, al profesor que dirija la edición correctísima que emprenderá sin duda alguna librería clásica, que introdujese una variante atrevida en el texto del drama, que reemplazase á Caramanchel por Carabanchel? Sería triste cosa en verdad que los alemanes, cuya actividad crítica caerá un día sobre nuestros románticos como cayó sobre nuestras canciones de gesta y nuestros autores clásicos, se llevasen la honra y el provecho de esta ingeniosa corrección.

Tiempo es ya de detenernos y concluir. Hasta quizás es muy necesario, puesto que este estudio, como el lector habrá podido convencerse de ello, tiende, no á rebajar ó á rehabili-

(1) *Tras los montes*, París, 1843, t. I, pág. 244. No ignoramos que el pueblo de Madrid gusta de pronunciar *Caramanchel* por *Carabanchel,* y esto desde el siglo XVII al menos (véase Tirso de Molina, *Don Gil de las calzas verdes);* pero esta forma vulgar es inadmisible en un drama serio. ¿Qué diríamos de un poeta extranjero que nos obsequiase con un *Mont-mertre?*

tar uno de los dramas más célebres de Víctor Hugo, sino sencillamente á explicar los orígenes del mismo.

Tal vez se ha observado ya. Salvo algunos fanáticos empedernidos é impenitentes, los contemporáneos de Hugo, los que conocen ó pretenden conocer el fondo de la erudición del poeta y refieren á este propósito divertidas anécdotas, se encogen de hombros ó sonríen cuando se les habla de ese teatro y se examina ante ellos el valor histórico del mismo. Entre los jóvenes, al contrario, hay muchos dispuestos á tomar con nimia seriedad las notas y los prefacios, y á dejarse seducir por las variantes y aclaraciones de «la edición definitiva». Como es natural, el respeto á las letras de molde prevalecerá sobre la tradición oral poco favorable al poeta; si nos descuidamos, lo que Hugo ha escrito no tardará en pasar, á los ojos de algunos, por palabra de Evangelio. No tanto, no tanto. Sería inexacto proclamar con Pablo de Saint-Víctor que Hugo ha «reconstruído, en *Ruy Blas*, la sombría y febril España del siglo XVII» y que su drama parece un «período de la historia milagrosamente reanimado»; sin ser gran profeta, se puede predecir que la crítica venidera rebajará algo de esos ditirambos. Pero de aquí á juzgar la obra como un puro disparate, va gran distancia.

Así, pues, no holgaba demostrar que *Ruy Blas* no merece, en suma, ni ese honor excesivo ni ese menosprecio; que el poeta, según su inspiración del momento y las imperiosas necesidades de la rima y la armonía, ha respetado unas veces y desfigurado otras, la historia; que sus protestas de exactitud no resisten el examen, y que hubiese sido más digno confesar, con la noble franqueza de Corneille, sus numerosas «falsificaciones»; pero que también sería injusto condenar el conjunto sin reservas, tratar lo de invención fantástica y barroca.

Queda otro punto por discutir. Hugo, al reunir, como lo ha hecho, los elementos de un drama, ¿supo acaso «de acrecentar la realidad del conjunto, y hacer que penetrase hasta en los rincones más recónditos de la obra esa vida general y

potente en que los personajes son más verdaderos y las catástrofes más conmovedoras», cosa que él mismo reconoce que fué su objeto esencial? En suma, ¿qué pensar de la verdad moral de *Ruy Blas?*

Evitaremos prudentemente responder á tal pregunta y apreciar aquí ese drama como obra dramática; para este fin, nos inclinamos gustosos ante los espíritus delicados y los sutiles literatos á quienes no enerva la manía de la documentación y de la investigación paciente. A ellos incumbe juzgar; y si estas notas contribuyen únicamente á prestar mayor solidez á su fallo y les ilustran sobre ciertos puntos y cuestiones que no tienen tiempo de estudiar, nos tendremos por muy complacidos y bien pagados en nuestra modesta labor.

A. Morel-Fatio.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Y

ESTADO ACTUAL DEL PROBLEMA OBRERO EN ESPAÑA [1]

Señores:

Mucho tiempo dudé antes de echar sobre mis hombros tema de tanta magnitud y de tan complejo aspecto. Detenía-me el temor de que se juzgase como vanidad lo que era en mí deseo de realizar, dentro de lo modesto de mis fuerzas, una obra útil y provechosa; y ese temor mío, fundado en consideración tan lógica, hacía fluctuar mi ánimo, indeciso y vacilante. En todos los centros donde el saber se congrega, en la Prensa y en el Parlamento, en libros y folletos, en opúsculos y discursos, el problema obrero ha sido ya objeto de estudio... ¿Qué podría decir que fuese nuevo, y que no os produjera la monotonía de lo ya conocido y divulgado? Pero á pesar de hacerme repetidamente esta reflexión, elegí el tema que voy á desarrollar, porque es esta materia asunto siempre latente, cuya importancia crece por momentos, adquiriendo gravedad inusitada y extrema, caracteres cada vez más agudos, proporciones de día en día más extraordinarias.

Antes de entrar en el examen del estado actual de la cues-

---

(1) Memoria leída el 1.° de Febrero en el Ateneo de Madrid.

tión obrera, he de hacer algunas ligeras indicaciones históricas sobre su desarrollo en España.

La primera condición del obrero es la de la esclavitud; pero en la Edad Media, época de grandes transiciones, los organismos sociales van cambiando poco á poco, y las costumbres se hacen más suaves y benignas. El esclavo, convertido en siervo, pasa luego á ser vasallo solariego y encuentra en los fueros municipales el amparo necesario, el respeto debido. En los sitios en que el feudalismo oprime, surge la lucha como resultado de una organización política defectuosa; pero esa lucha no adquiere en España los extremos que en otras naciones, en las que dió origen á sangrientas escenas. Si nos fijamos en muchos de los sucesos históricos de la Edad Media, veremos en ellos esa lucha social á que me refiero, que se manifiesta con toda precisión en algunos movimientos populares. En el siglo VIII estalló en Asturias una insurrección servil, y en el XII, en el reinado tormentoso de Doña Urraca, hubo en Sahagún una revuelta, reproducida después en el reinado de San Fernando, contra los frailes del monasterio, que ejercían jurisdicción señorial en aquella comarca, revuelta en que tomaron parte gran golpe de gentes de todas clases y profesiones. En este hecho se ve, como dice el Sr. Uña en una erudita Memoria sobre las Asociaciones obreras en España, la base de los gremios, que vinieron á significar un progreso indudable y de transcendencia suma en la historia del obrero español, que se iba redimiendo de las cadenas de su penosa servidumbre. Otro movimiento popular digno de citarse es el de los *pagesos de la remensa* en Cataluña, que tuvo término en el reinado de Fernando el Católico, y del cual podrían hacerse, si el tiempo y la ocasión lo consintieran, sabrosas consideraciones sobre las antiguas libertades catalanas.

No sólo por la fuerza manifestaban los plebeyos sus aspiraciones. Reinando Sancho *el Bravo* hubieron de pedirle una conveniente repartición de las tierras, solicitud reproducida en tiempo de Don Alfonso XI.

El levantamiento de los Comuneros de Castilla tuvo un aspecto eminentemente social, de tal modo, que se lee en Fernández de Oviedo que los rebeldes pidieron al monarca que los grandes dejasen sus Estados por tenerlos adquiridos por la usurpación; y uno de los caudillos del movimiento, el botero salmantino Villoria, ordenó la confiscación de los bienes señoriales. Por aquel entonces, mientras las ciudades protestaban de la invasión de los nobles flamencos y del menosprecio con que eran tratadas las libertades castellanas; antes de que Frank y Munster defendieran la comunidad de bienes; antes que el anabaptista Müncer y sus secuaces sostuvieran con las armas sus doctrinas; antes que el dominico calabrés Campanella escribiera su *Civitas solis*, su *Occeana* Tomás Hanington y Moro la *Utopia,* se imprimía en Burgos un *Tratado de República,* escrito por Fray Alonso Castrillo, trinitario. El ideal que en esta obra se sustenta es el de la comunidad y el uso promíscuo de todos los bienes, siguiendo las huellas de Platón y ofreciendo como muestra de sociedad bien organizada los enjambres de abejas que todo lo disfrutan en común, abastos y viviendas. Esa idea comunista del atrevido trinitario era profesada por el propio P. Mariana, el autor de *Rege et Regis institutione*, el cual dice que República donde haya quienes carezcan de lo más preciso para su subsistencia al lado de otros ahítos de riqueza, no puede ser feliz ni gozar de paz duradera. El célebre polígrafo Luis Vives, al que cita el economista italiano Luigi Cossa entre los utopistas del siglo XVII en su opúsculo *De comunione rerum*, profesaba abiertamente las teorías colectivistas. Saavedra Fajardo llamaba peste de las repúblicas y causa de todos los daños á la desigual repartición de la riqueza, y Alvarez Ossorio abrigaba en 1686 el vasto proyecto, elaborado al calor de una aspiración filantrópica, de constituir una «Compañía universal» de fábricas y comercios que había de dar ocupación á cuatro millones de personas. De modo, señores, que no en balde afirma ese apóstol del saber humano, D. Joaquín Costa, que el ideal colectivista que inspiró á Flórez Estrada no fue

producto extranjero, sino planta nacida en la tierra soleada de Castilla.

El siglo xv fue el de mayor apogeo de los gremios: todas las profesiones solicitaban agremiarse, recordando á este propósito el Sr. Colmeiro que el barbero á quien quita Don Quijote el yelmo de Mambrino, dice: «Yo también soy de vuestro oficio y tengo mi carta.» Los gremios realizaron una función social, cumplieron los fines á que estaban llamados, y, una vez cumplidos, empezó su decadencia. Los abusos por ellos cometidos, y la necesidad de romper los vínculos estatutarios que estancaban la industria, originaron la muerte de organismos que eran contrarios al interés del Estado y á los principios democráticos sancionados por la Constitución de 1812.

Debe desvanecerse, antes de seguir adelante, el error sostenido por algunos escritores de que la condición de los trabajadores de los siglos xv, xvi y xvii era mejor que la de los de ahora, bastando para convencerse de lo contrario saber que en la Nueva Recopilación promulgada en tiempos de Felipe II se aplica la consideración de viles á los oficios manuales, y esto es suficiente para que se vea de qué modo era desconocida la dignidad del trabajo.

Las ideas de renovación y de libertad agitaron la Europa á fines del siglo xviii, conmoviendo en sus cimientos los tronos seculares, y en los albores del pasado, pensadores y filósofos arrojaron en la tierra, cubierta aún con los cadáveres de cien guerras odiosas, la semilla de ideales utópicos sí, pero que tenían en su esencia algo de generoso y altruista. En Alemania las quejas populares cantadas por la musa pesimista de Enrique Heine se resolvieron en una revolución sofocada con sangre. En Francia las doctrinas del socialista autoritario Luis Blanc promovieron la creación de los talleres nacionales, y su fracaso originó aquella terrible rebelión de 100.000 obreros hambrientos. En Suiza la Asociación política de Ginebra influía notablemente en la marcha de la Federación, y en Inglaterra las Sociedades de resistencia habían arrancado

del Gobierno el célebre decreto que legitimaba su existencia.

¡Cómo iba á permanecer España indiferente á esta agitación general, á esta conmoción profunda que como reguero de pólvora cundía por los ámbitos todos de la vieja Europa estremecida!

Ya en 1840 se organizaron en Barcelona, en Sociedad de resistencia, los tejedores de algodón, y la idea de revolución social tuvo propagandistas como Abdón Terradas y los Montaldos, publicándose poco después un periódico comunista. En el mismo año, y según cuenta el Sr. Garrido en su conocida obra sobre las clases trabajadoras, D. Joaquín Abreu, discípulo de Fourier, se dedicó á propagar activamente las teorías de su maestro, formando un núcleo numeroso de partidarios. El citado Sr. Garrido fundó en 1845 una revista titulada *La Atracción*, que duró tres meses; y se escribieron muchos folletos socialistas. El Gobierno de Narváez reprimió con mano severa esta propaganda.

En 1855 ocurren en los centros industriales de Cataluña las primeras huelgas tumultuosas y muere asesinado en Sans el diputado á Cortes Sr. Sol y Padrís. Tal vez, debido á esto, las Asociaciones obreras que se habían organizado en Barcelona fueron duramente perseguidas por el General Zapatero. Coincidiendo con tales hechos, la provincia de Sevilla es teatro de un alzamiento socialista, y el inflexible Narváez vuelve á hacer gala de su rigor extremado. Las alteraciones de los campos de Sevilla se repitieron en 1861 en los de Loja; y dos años después el Ministro de Fomento, Sr. Alonso Martínez, convencido de que era preciso procurar el mejoramiento de la clase obrera, nombró una numerosa comisión para el estudio de sus necesidades y aspiraciones, comisión que no dió resultado alguno positivo. Dice el ilustre publicista francés M. Laveleye, que ha estudiado el movimiento obrero español, que hasta 1867 la propaganda dirigida por el periódico *El Obrero* no fue revolucionaria, y sabido es que la revolución setembrina no la hizo el proletariado... Sin embargo, merced al espí-

ritu democrático que la revolución personificaba, todas las ideas radicales que habían estado contenidas, surgieron de pronto, moldeándose en la cera dúctil de las pasiones extraviadas.

Al llegar á este punto, hay que hablar de la Internacional. ¿Qué era esta poderosa y temida asociación? Según decía uno de sus jefes, Eccarius, la Internacional había nacido de la conjunción de dos tendencias: la de la *trade unions* de Inglaterra, persiguiendo el acrecentamiento de los salarios por la coalición y la huelga sobre el terreno de la economía práctica, y la del socialismo francés y alemán, queriendo cambiar brusca y radicalmente las bases del orden social. Agitada y difícil era entonces la situación que atravesaba nuestra patria. La revolución acababa de derribar una Monarquía tradicional; los republicanos constituían un partido fuerte y poderoso; el carlismo se disponía á ensangrentar de nuevo el suelo nacional; todo presagiaba daños y trastornos, todo eran indicios de que se avecinaba un período luctuoso para la tierra desgraciada cuyos hijos desgarraban impíamente el seno dolorido de la madre. Fue entonces, al tiempo mismo que los hombres de la revolución buscaban un monarca por las Cortes de Europa, al tiempo mismo que el asesinato era arma política y la indisciplina general, corruptela que minaba todas las instituciones y socavaba todos los prestigios; fue entonces, no por defectos de la revolución que había cumplido el proceso evolutivo necesario en la historia de la nacionalidad española, sino como lógica consecuencia de ese mismo proceso evolutivo, cuando todas las demagogias desbordadas salieron á la superficie y cuando se vieron retratadas en el espejo de nuestras discordias todas las lacerías y todas las monstruosas aberraciones que sólo esperan en las sociedades una ocasión propicia, un momento favorable para hacer sentir sus tristes y dolorosos efectos. La Internacional creció rápidamente. Al primer Congreso de Bruselas, los internacionalistas españoles enviaron un delegado, Sarro Magallanes. Constituyeron muchas federaciones regio-

nales y una sección central en Madrid, fundando un periódico que tenía por título *La Solidaridad* y que dirigieron Moraga y Francisco Mora. El lenguaje de los internacionalistas era violento y atrabiliario; publicaban manifiestos y proclamas que eran encabezados con la frase sacramental «¡Alto!» y verificaban reuniones en las que hacían ostentación de sus ideas. Una de ellas fue convocada para el 2 de Mayo, tratando de herir los sentimientos patrióticos que despreciaban, porque, según ellos, así como el capital no tiene patria, sus víctimas los trabajadores tampoco deben tenerla. Poblaciones hubo á las que no llegó esta profunda agitación; pero salvo contadas excepciones, los principios disolventes de liquidación social, anarquía y colectivismo, cundieron por toda España. El 6 de Agosto de 1870, la Internacional dirigió un manifiesto á los Poderes públicos, en que se sentaba esta atrevida conclusión: «Ahora bien, si la Internacional viene á realizar la justicia y la ley se opone, la Internacional está por encima de la ley.» Era imposible seguir soportando audacia semejante. Así lo comprendió el Gobierno, cuando en la discusión que sobre la Internacional inició en el Congreso el Sr. Jove y Hevia, declaró por boca del Ministro de la Gobernación que dicha asociación, por su programa destructor y cosmopolita, estaba dentro de las prescripciones penales. Transcendental fue aquel debate, tanto por las personas que en él intervinieron como por la altura en que la controversia se sostuvo. Bastará decir que hicieron uso de la palabra Ríos Rosas, Cánovas, Montero Ríos, Valera, Moreno Nieto, Castelar, Salmerón, Pí y Margall, Gabriel Rodríguez, Ruiz Zorrilla y Echegaray (D. José), manifestándose las más opuestas ideas, desde las ultra-reaccionarias de D. Cándido Nocedal, que afirmaba que el pauperismo era hijo de la civilización moderna y que si la libertad perseguía á la Internacional haría lo que Saturno, que había devorado á sus propios hijos, hasta las anárquicas de Lostáu y Garrido, que se declararon más ó menos abiertamente partidarios de la poderosa asociación obrera, que era una cons-

tante amenaza de desorden. Observóse en esta discusión que los antiguos socialistas platónicos no admitían las ideas internacionalistas, rechazadas también por revolucionarios impenitentes como Maccini y Proudhon. El diputado D. Francisco Moya declaró que él era partidario de las doctrinas de Carlos Fourier, pero que abrigaba la convicción profunda de que la Internacional iba contra las doctrinas societarias por él profesadas.

Después de la excisión en la Haya entre Marx y Bakounine, la mayoría de los internacionalistas españoles se decidió por el último. Lafarga, Iglesias, actual jefe del partido obrero, Mesa, Llompart y algunos otros se declararon marxistas, publicando en Madrid un periódico titulado *La Emancipación*. Los partidarios de Bakounine fundaron *El Condenado*, cuyo programa era «Ateísmo, anarquía y colectivismo», y en el cual se recomendaba el empleo del petróleo para *bañar* los edificios, como decía con cínica ironía.

El año de 1873 fue terrible y calamitoso para España. La Monarquía de Don Amadeo resultó una Monarquía efímera y pasajera que duró la vida breve de las ilusiones progresistas. A las complicaciones de la guerra carlista y de las revueltas republicanas é internacionalistas se unieron desavenencias y rompimientos entre los hombres que defendían la dinastía de Saboya, y el poco tacto mostrado por el Sr. Ruiz Zorrilla tratando de imponerse al Monarca en la grave cuestión del cuerpo de artillería precipitó la abdicación del caballeroso Rey Don Amadeo. A aquella Monarquía, como á la de Luis Felipe en Francia y á la de Maximiliano en Méjico, le faltaba consistencia, raíz sólida, estabilidad bastante. Por eso no pudo resistir al embate de tantas y tan arrebatadas pasiones. En este año la Internacional había llegado al apogeo de su fuerza. Contaba, según manifestaciones del delegado español en el Congreso de Génova, García Viñas, 270 federaciones regionales con un total de 300.000 afiliados. El federalismo y las ideas de disolución social y de un cambio completo de régimen po-

lítico marchaban unidos. En Andalucía y Extremadura los campesinos intentaron llevar á cabo la repartición de tierras, y en el movimiento cantonal la Internacional tomó parte eficaz y directa. Estas afirmaciones se hallan corroboradas por el testimonio de los mismos republicanos. García Ruiz, el demócrata convencido, el fundador de *El Pueblo*, decía en un folleto por él publicado que la federal representaba fiel y desdichadamente la demagogia y la anarquía, y D. Antonio Orense manifestaba en el Congreso que la anarquía era hermana del cantonalismo, y esa conexión entre el federalismo y la Internacional era proclamada por los mismos periódicos federales, pues uno de ellos, *La Igualdad,* defendía la revolución social, juzgando que sin ella nada sería la federación republicana, puesto que la política era el medio de llegar á la emancipación completa de las clases desheredadas.

No niego yo en absoluto la afirmación que hace el insigne catedrático de la Universidad de Oviedo Sr. Builla. Es cierto que la insurrección cantonal fue de fines políticos principalmente; pero los internacionalistas contribuyeron á su desarrollo, y eso es, sin duda, lo que ha motivado las afirmaciones, tanto de Jhon Rae como de Laveleye y Magalhaes Lima, en las obras que á ese asunto se refieren. Lo que ocurrió fue que, siendo escasa la cohesión entre las masas anarquistas, sus movimientos resultaron aislados; pero la acción de la Internacional se ve con toda evidencia en muchos de los tristes acontecimientos entonces ocurridos, para mengua y oprobio de los Gobiernos que olvidaron la frase de un gran repúblico de Washington, el cual decía que para gobernar, lo necesario era garantir eficazmente la persona, la libertad y la propiedad de los ciudadanos.

En los primeros años de la Restauración, el movimiento obrero, en su aspecto político, parecía extinguido. Sin embargo, pronto había de cobrar nueva vida. El año 1878, Pablo Iglesias, el apóstol del socialismo, reune un núcleo de amigos, empezando de manera sigilosa y reservada la organización del

actual partido socialista obrero; y en 1882, y merced á la política más liberal del Gobierno Sagasta, los socialistas lanzan á la publicidad el manifiesto en que se contenía el credo de la agrupación.

Coincidiendo con esto, el anarquismo dió también señales de retoñar. A mediados de Febrero de 1883, el Gobierno tuvo conocimiento de que la Guardia civil había descubierto dos asociaciones de índole peligrosa, que tenían su centro en Jerez de la Frontera. Una se llamaba «La mano negra», la otra «El tribunal popular». Ambas asociaciones habían declarado guerra á muerte á la burguesía, y por su instigación se habían cometido algunas fechorías. Aunque el proceso de los comprometidos en aquel suceso tuvo gran resonancia, ha habido evidente exageración en el juicio formulado por algunos escritores sobre el alcance y la importancia de los hechos que le produjeron. Más que verdadero movimiento revolucionario, vióse en «La mano negra» reminiscencias de ese bandolerismo audaz de los campos, que las guerras civiles dejaron como semilla.

Pero aunque «La mano negra» fuese, más que una organización anarquista poderosa, una conchava de foragidos, es indudable que el anarquismo español vivía y trabajaba en las tinieblas, como el espíritu del mal. En 1881 se había constituído en Londres la asociación internacional de obreros revolucionarios, que proclamó las siguientes conclusiones: «Para llegar al fin perseguido, al aniquilamiento de los soberanos, ministros, nobleza, clero, grandes, capitalistas y otros explotadores, todo medio es legítimo», y, en su consecuencia, se recomendaba á sus asociados una atención especial para el estudio de la química y explosivos. Bien pronto esta asociación consiguió tener ramificaciones en casi todos los países, y tal vez para evitar que pudiera constituirse en España un organismo revolucionario análogo al de la famosa Internacional; en 1886, al discutirse en el Congreso la ley de asociaciones, presentó la minoría conservadora una enmienda encaminada á prohibir que pudiera organizarse asociación alguna, que

bajo el nombre de «La Internacional de trabajadores», ú otro análogo, atacase los principios fundamentales del Estado. Esta enmienda fue defendida por el Marqués de Vadillo y rechazada por 122 votos contra 46, pues el Gobierno del Sr. Sagasta sostuvo que en la ley presentada no tenían cabida aquellas organizaciones que se propusieran fines ilegales.

En 1890, y conforme á lo acordado en el Congreso obrero de París, celebróse por primera vez en España la fiesta del trabajo con gran animación y orden en todas partes, excepto en Barcelona, en donde los masas obreras hicieron frente á la fuerza pública y hubo algunos muertos y heridos. El partido socialista dió pruebas de su seriedad y corrección, y una comisión de obreros que, presidida por Pablo Iglesias, visitó á Sagasta, hizo protestas de su respeto á la ley. Por aquellos días, el diputado Sr. Cuartero presentó en el Congreso una proposición de ley pidiendo, entre otras cosas, la reducción á ocho de las horas de trabajo, y que las empresas ferroviarias transportasen gratis á los obreros. La nota general, y salvo alguna lamentable excepción, fue en la primera fiesta del trabajo la de la sensatez.

En donde contaba el anarquismo con más prosélitos era en Barcelona. Una labor constante había producido el resultado que era de esperar. Consecuencia de esto fueron las trágicas escenas de que fue teatro la capital catalana.

El día 23 de Septiembre de 1893, Pallás arrojaba dos bombas al paso del ilustre General Martínez Campos. A los pocos días, y como en represalias del fusilamiento de Pallás, los anarquistas eligieron el Teatro del Liceo para realizar el más inicuo y espantoso de los atentados. Todos recordaréis el horrendo suceso. Sobre las butacas cayeron de improviso dos bombas, una de las cuales hizo explosión, causando grandes destrozos y numerosas víctimas. Entre éstas se encontraba una pobre niña, á la que sus padres habían puesto de largo, llevándola al teatro para solemnizar motivo tan fausto para la familia.

¡No pensaría, sin duda, la risueña jovencita que las blancas galas con que se ufanaba su femenina vanidad, habían de servirle de triste sudario en aquella noche en que los acordes melodiosos de la música fueron interrumpidos por el estallido horrísono de la metralla!... Bien dijo entonces *El Imparcial* que los que tales hechos ejecutaban debían desaparecer como germen de hidrofobia social, porque eran salvajes que se juzgaban filósofos y que sólo tomaban de la civilización la receta para fabricar explosivos, y la musa inspirada de Manuel del Palacio apostrofó al anarquismo en estos versos enérgicos y varoniles:

Aspira á ser partido, y su doctrina
Es el odio, la fiebre y el espanto.
Pretende redimirnos, y entretanto
Lo puede conseguir, nos asesina.

Viendo, señores, los hechos sangrientos de que fue teatro Barcelona, hay que dar la razón á Lombroso, el cual, después de afirmar que la mayor parte de los anarquistas pertenece á la familia de los *asesinos filántropos,* que en su locura matan á los hombres por amor hacia ellos, añade que los propagandistas de la idea anárquica, excepto algunas excepciones como Ibsen, Reclus, Kropotkine, etc., son locos ó criminales, ó ambas cosas á la vez, citando á este propósito el insigne profesor italiano, ejemplos que lo confirman plenamente. Los execrables asesinatos del Liceo y de la calle de los Cambios Nuevos dieron por consecuencia el rigor extremado, sin duda, que desplegaron las autoridades barcelonesas; pero es una infamia atribuir á la iniciativa del ilustre hombre público, vil y cobardemente asesinado en Santa Agueda, los abusos que pudieran cometerse en los calabozos del castillo de Monjuich, abusos que yo condeno y recrimino con toda mi alma.

¿Cuál es hoy la situación del anarquismo en España? Recientemente se han publicado en *El Imparcial* y en el *Heraldo* notables trabajos sobre esta materia, subscritos respectivamente por los Sres. Maeztu y Morato, y en los cuales no se

apreciaba del mismo modo la importancia y el alcance de ese movimiento. A mi juicio, y coincidiendo en esto con el señor Maeztu, creo que no es insignificante, ni mucho menos, el número de los anarquistas españoles. Decíame hace poco tiempo un distinguido amigo, ex-Gobernador de Sevilla, que sólo en Andalucía existen más de doscientas sociedades secretas de filiación anarquista, y en la Coruña, en Zaragoza, en Valencia y en Barcelona es también considerable el número de los que tales ideas profesan. Lo que ocurre, según la afirmación de un propagandista radical, Ernesto Bark, es que los anarquistas *conscientes* son escasos, tanto anarquistas de acción como teorizantes, y que lo que abunda es la masa de pobres obreros cuyas almas han sido envenenadas para siempre por esos falsos apóstoles de que hablaba Clarín, enfatuados con predicaciones y lecturas indigestas, apasionadas, sin orden ni base firme...

Yo creo que hoy por hoy la fuerza del anarquismo es mucho mayor que la del socialismo, si bien éste aumenta de modo visible, como puede observarse viendo que en las elecciones de diputados á Cortes de 1891 votaron en España la candidatura socialista 6.000 electores; que en 1899 eran los votantes 23.000, y que en las últimas elecciones Pablo Iglesias fue derrotado por pocos sufragios, y el partido presentó 32 candidatos, muchos de los cuales alcanzaron nutridas votaciones.

El socialismo consta actualmente de unas cien Asociaciones, y publica 13 periódicos que tienen 25.000 ejemplares de tirada. La lucha entre el socialismo y el anarquismo reviste en estos últimos tiempos formas de gran acritud y encono. *El Socialista* en uno de sus artículos llamaba á los libertarios «bárbaros é intolerantes», afirmando que su odio, su apelación á las violencias fuera de sazón; sus miserables injurias á las personas, que revelan su impotencia y la vanidad de sus cerebros, concitan contra ellos á la opinión toda, y sobre todo á la opinión obrera. El lenguaje de la prensa anarquista, excep-

ción hecha de la publicación científica *La Revista Blanca*, está inspirado en ese criterio de censurable violencia. En un periódico libertario se decía á raíz del crimen de Czolgosz, el asesino de Mac-Kinley: «No es un crimen vulgar ni proyectado por un grupo de hombres; es un hecho hijo de un artista enamorado de la verdad, y que merece ser repetido con frecuencia.» La diferencia entre el anarquismo y el socialismo estriba en que el primero (y claro está que no me refiero al anarquismo teórico que profesan algunos hombres de recta voluntad y clara inteligencia como Dorado Montero, Urales, Martínez, Ruiz, etc.) explota villanamente al obrero. Basta para ello fijarse en el hecho de que le aconseja la huelga general que ha sido rechazada en cuantos Congresos internacionales obreros se han celebrado, lo mismo en el de París el año 1889, que en el de Bruselas en 1891, que en el de Londres en 1896; declarándose en este último que la huelga y el *boiccot* son medios necesarios á la realización de los fines de las sociedades de resistencia, pero que la huelga general era de realización imposible.

Pues bien, al aconsejar los anarquistas sus sociedades y periódicos á los obreros, la huelga general les llevan á un terreno de violencia en que forzosamente han de chocar con la fuerza coercitiva del Estado; y el incitar á tales procedimientos á gentes sin organización ni medios de ataque y de defensa, cometen una verdadera villanía y engañan á los obreros, lanzándolos por un camino que tiene que ser el de su perdición.

Contrastando con esto, el socialismo y aquellas asociaciones obreras que sin estar afiliadas á ese partido, que siendo distintas de él por su estructura independiente como la Unión General de Trabajadores, tienen, sin embargo, puntos de vista análogos en lo referente á las cuestiones obreras y al modo de solucionarlas, no aconsejan la violencia al trabajador, sino la resistencia pasiva que, alimentada por los fondos existentes en la caja social, pueda proporcionar, si la organización

societaria es vigorosa, el triunfo de las aspiraciones obreras.

Hay, pues, honda diferencia entre el socialismo y el anarquismo en sus distintas manifestaciones. El socialismo es un partido serio y respetable, y aunque en su credo político se sustente la emancipación de la clase obrera y el desbarate de la sociedad burguesa, hoy por hoy sólo aspira al mejoramiento de esa honrada clase. El anarquismo teórico es asimismo digno de consideración, y su error consiste en una falsa noción de alma humana y en un olvido del inflexible principio aristotélico de que las pasiones subsistirán siempre en el hombre; pero el que merece todo género de censuras y la más acerba de las recriminaciones es ese anarquismo de acción que proclaman hombres sin conciencia, eternos artífices del sofisma, instigadores del motín callejero...

Ese anarquismo que predica el exterminio, lleva en sus manos febriles la tea incendiaria, tiene el odio como sentimiento, el robo como idea y como fin, engendra crímenes sin grandeza y víctimas sin heroísmo.

Y voy ahora á tratar sucintamente, para no molestar vuestra atención en demasía, de algunas de las principales cuestiones que deben ser examinadas y resueltas. Hay una, señores, que merece toda nuestra atención, y es la referente al trabajo de la mujer. Los apóstrofes de Michelet contra el trabajo de la mujer en las fábricas podrán ser exagerados, pero son fruto de un convencimiento generoso. Los destinos de la mujer no deben consistir en ganarse el pan con un trabajo rudo, sino en ser, el ángel del hogar, y no puede pensarse sin dolor que mientras las madres consumen sus energías físicas en el taller, los hijos, en lugar de reir sobre el tibio regazo de la que les dió el sér, sollozan sobre el duro lecho del arroyo, escuela del vicio y asiento de la desvergüenza. Es en vano que algunos hombres ilustres pretendan demostrar la igualdad de los dos sexos. Lombrosó y Ferrero en su obra *Donna delinquente prostituta é normale*, hacen notar de modo palpable la inferioridad fisiológicay psicoló gica de la mujer, y que las facultades

psico-físicas de ésta son resultado de su gran función biológica, lamaternidad.

Pero precisamente esa desigualdad la hace más acreedora al respeto, al auxilio, á una situación de privilegio y de excepción dentro de la sociedad. Si á ese sér débil y delicado cuyas carnes mórbidas y suaves no están hechas para las labores penosas que fatigan y agotan, si á ese sér le hacéis bajar al fondo de las minas ó le empleais en las industrias metalúrgicas, destruís esa función de la maternidad y cegais, por lo tanto, la fuente de la vida.

No es que combata yo en absoluto el que la mujer pueda emplearse como obrera, porque dada su condición social, hay que tener en cuenta el profundo concepto de Max. Nordau, «que las mujeres del pueblo y de la clase media sin dote, se ven obligadas á permanecer estériles en un celibato forzoso ó á entregarse á una prostitución más ó menos dorada», y mujer que trabaja es mujer que se redime de la mancebía, pero la actividad y el esfuerzo femeninos deben limitarse á los trabajos sedentarios y ligeros, á las industrias textiles, á lo que no pueda, en suma, destruir su organismo. Este ha sido el criterio que ha informado casi constantemente al legislador, el consignado en la real cédula de 1779, que habilitaba á la mujer para todas las labores propias de su sexo, el que informaba el art. 33 del reglamento de Policía minera, que preceptúa no se permita entrar ni trabajar en el interior de las minas á las mujeres de cualquier edad que sean, y el que resplandecía en el proyecto de ley presentado á la sanción de las Cortes por el Gobierno conservador del Sr. Silvela.

Y aun dentro de las labores que puedan ejercitarse sin daño para el organismo de la mujer, el trabajo de ésta tiene que rodearse de garantías y seguridades de que ahora carece en absoluto. Muchas veces habréis visto salir de los talleres esos grupos de jovencitas alegres y locuaces, y habréis observado generalmente en sus rostros las manifestaciones de la anemia y la clorosis. Y ¿cómo no? Hace poco tiempo una co-

misión de la Junta de reformas sociales empezó á visitar algunos obradores, y en casi todos se notaba la ausencia completa de condiciones de salubridad.

En los días de calor las obreras se asfixian en ellos, y en los días de frío no tienen otra lumbre que la puramente metafórica de sus ojos juveniles.

Y ocurre asimismo con lamentable frecuencia, que para satisfacer la frivolidad mundana y vanidosa de la dama encopetada ó de la niña antojadiza, se hace velar á las obreras noches y noches con olvido de los principios de la higiene. El trabajo nocturno debía prohibirse por completo, no sólo para las mujeres, sino también para los hombres. La duración del trabajo no puede dejarse al arbitrio del patrono. En España, señores, no hay ninguna ley que limite las horas de trabajo; cuando en todas las naciones civilizadas se ha puesto un término á la actividad humana, para evitar que muchas veces sea objeto de explotaciones inicuas. En Suiza, desde 1877, está limitada la duración del trabajo. Austria ha adoptado para los obreros adultos un máximum de once horas, y lo mismo Rusia. La ley francesa de 30 de Marzo de 1900 reduce la jornada de trabajo á once horas inmediatamente, diez horas y media en 1902 y diez horas en 1904, para los obreros de todas las edades. En Alemania, desde la ley de 1.° de Junio de 1891, la jornada de los adultos es de diez á once horas; en los Estados Unidos de ocho á diez, y en la Australia de ocho. Sólo España constituye una vergonzosa excepción en esta materia, y no hay disposición alguna que reprima y evite lo que constituye un verdadero atentado al derecho social. Yo he oído decir que en España hay obreros que trabajan doce y catorce horas, y si ello es cierto, el Estado debe prohibirlo y hacer entender á los patronos que la carne del obrero no es insensible á la fatiga como el acero de la máquina. Las estadísticas demuestran que los accidentes del trabajo son más comunes al fin de la jornada cuando es larga en exceso, y esto es lógico. La vista del obrero se cansa, sus miembros se debi-

litan, la fatiga física acaba por dominar el organismo; y obligar al obrero á que trabaje en esas condiciones, es un crimen del patrono que le hace acreedor al oprobio de la sociedad. Todo trabajo que exceda de ocho ó diez horas es cruel, afrentoso, inmoral y anticristiano, creando un peligroso antagonismo social, que sólo puede resolverse entre lágrimas y sangre, zozobras y dolores.

Se me dirá tal vez que el Estado no debe inmiscuirse en lo que cae dentro de las relaciones privadas entre patronos y obreros; pero yo he de replicar que la misión del legislador está en impedir que la malicia ó la fuerza perjudiquen al débil y al necesitado, amparándole contra la ley brutal de la concurrencia.

No quiere esto decir que llegue yo á creer que el Estado deba reglamentar la tasa de los salarios, estableciendo un mínimum, reglamentación que aparece en nuestras antiguas leyes, entre otras, en una Ordenanza de Enrique II que, sometiendo la industria al Concejo, establecía que era éste el que tenía que fijar el precio del trabajo con arreglo al de las viandas; y en el Ordenamiento de Alcalá, que consignaba análogos principios. El Estado no está facultado para tanto; y hay un organismo que es el indicado para pactar con el patrono sobre esa cuestión: el sindicato obrero, cuyo desarrollo necesita favorecerse en España, sin abrigar el temor pueril de que pueda resultar tiránico su influjo.

La inspección de los talleres es cosa indispensable, siendo preciso que además de organizar el Estado, como solicita el Sr. Buylla, un cuerpo de inspectores, gente moral y competente, no multitud logrera y advenediza, que vele para que la ley no resulte un mero concepto teórico; sean los mismos trabajadores los que cuiden de su seguridad, pues como decía recientemente el Gobierno francés en una circular dirigida á los inspectores del trabajo: «El servicio de inspección no puede asegurar plenamente la aplicación de las leyes del trabajo, sino mediante la colaboración de los trabajadores, para los que esas leyes han sido hechas.» Y por eso en Francia, al lado

de los inspectores elegidos por el Gobierno, desempeñan el cargo de vigilar el estricto cumplimiento de esas leyes, delegados obreros elegidos por los sindicatos profesionales ó por las Bolsas del trabajo.

Medida de grande importancia fue la que, debida á la iniciativa del partido liberal, produjo por Real decreto, en Diciembre de 1883, la creación de una Junta de reformas sociales con objeto de que estudiase todas las materias que directamente interesaran á la mejora y bienestar de las clases obreras, tanto agrícolas como industriales. Esta Comisión había de desarrollar un cuestionario que contenía treinta y dos preguntas relativas á gremios, huelgas, jurados mixtos, asociación, inválidos de trabajo, condición económica de los obreros, salario, horas de trabajo, etc., etc... Para mayor ilustración del problema abrióse una información oral que empezó en 26 de Octubre de 1884, verificándose diez sesiones, en las que tomaron parte veintiséis oradores, entre ellos Pablo Iglesias, que manifestó su desconfianza de que la Comisión llevara á efecto nada positivo, dada su constitución burguesa. Otro Real decreto del 13 de Mayo de 1890 reorganizó la Comisión, dándole atribuciones para procurar la mejora de habitación de las clases obreras, la policía, higiene y salubridad de los talleres, y la asociación, abono y socorro mutuo de los trabajadores. En 1894 se mandó establecer en el Ministerio de la Gobernación un servicio especial de estadística del trabajo, y en 15 de Julio de 1897 se dió el reglamento de Policía minera, que consta de 196 artículos, distribuídos en cinco títulos, referentes á las disposiciones comunes para todas las minas, determinaciones especiales para ciertas explotaciones mineras, inspección y vigilancia de vías exteriores, talleres, fábricas y motores concernientes á la industria minera y metalúrgica, responsabilidades y sanción penal. Es digno de observarse que en esta ley se establece que los ingenieros de minas desempeñarán el cargo de inspectores de las mismas para garantir así en lo posible la seguridad de los obreros.

Entre las reformas que con premura debían acometerse está la de construcción de casas para obreros, facilitando así la baratura de las mismas. En España ha habido varios proyectos de esta índole. Por Real orden de 9 de Septiembre de 1853, refrendada por D. Pedro Egaña, Ministro de Gobernación, se dispuso que se edificaran casas para obreros en Madrid y en Barcelona; pero esta disposición quedó incumplida. En 1863, con motivo del ensanche de la corte y de la subida de los alquileres, volvió á agitarse la idea, sin resultado práctico alguno. En 1869 el Municipio acordó utilizar para ese objeto los vastos solares existentes en las Ventas del Espíritu Santo, y en 1873 se anunció la construcción de un barrio obrero en el paseo de Areneros. Nada se hizo entonces, y hoy, señores, esta cuestión que se enlaza estrechamente con la de la salubridad pública, debe ser objeto de atención y de estudio. No se trata aquí de separar á los obreros del resto de los ciudadanos, de una especie de antipática selección por barriadas, de unas clases respecto de otras clases, para que sean marcadas sus diferencias; no se trata de eso, como afirmaba ante la Junta de reformas sociales el compañero Quejido; se trata de que los trabajadores puedan tener viviendas sanas, desahogadas, alegres, no infectos y desmantelados tugurios, cuya falta de condiciones higiénicas afecta fatal y desdichadamente al estado material y moral de los pueblos; se trata de la construcción de casas á la manera de las *modelhouses* de Alemania y Suiza, que mejoran y hacen más llevadera la vida del obrero.

Y no es esto sólo; hay aún otra consideración que hacer respecto á este punto. Yo creo, señores, que es también de justicia que los modestos ajuares de los obreros tuvieran el privilegio de que gozan en los Estados Unidos (*homestead*), de no poder ser embargados en caso alguno. ¿Que quién debe promover la construcción de esos barrios? Si los patronos siguieran el ejemplo que ha dado el gran fabricante alemán Krupp, ellos eran los llamados á hacerlo en primer término, pero á falta de su iniciativa, ésta incumbe al Estado, á la Provincia ó al Municipio.

La participación del obrero en los beneficios de la empresa es indudablemente de justicia, y se equivocó Leroy-Beaulieu al afirmar que esa participación no tiene ningún fundamento equitativo ni científico, porque no es exacto que los beneficios industriales sean debidos únicamente al que dirige la explotación. No es sólo el pensamiento del empresario el que crea los beneficios, son las manos de los trabajadores los que los producen. El obrero aporta á la producción, además de un trabajo determinado que es el que hace objeto del contrato con el patrono, su personalidad entera, que arriesga en la empresa del mismo modo que el capitalista arriesga su dinero. El mismo Leroy contradice sus afirmaciones cuando á sus juicios adversos á la participación en los beneficios añade: «que es preciso que los patronos, cuando el trabajo va bien, mejoren la situación del personal de sus talleres, sin llegar á la participación en los beneficios, sino al salario parcialmente variable»; pero esto es una sutileza de lenguaje, y en el fondo la idea es la misma.

No cumple, pues, el patrono sus deberes dando al obrero únicamente un salario las más de las veces mezquino y miserable, y por esas mismas consideraciones apuntadas es por lo que el empresario está obligado, como dice el civilista italiano D'Aguanno, á resarcir á las víctimas del trabajo; por el solo hecho de haber acometido una empresa que lleva consigo riesgo, que lleva al lado de las ganancias las pérdidas, y la justicia exige que entre éstas sea comprendido el resarcimiento de los operarios que sufrierón un accidente desgraciado.

En 1889 hubo un animado debate en la Academia de Ciencias Morales y Políticas sobre el tema «Bases de una legislación más completa que la actual, para indemnizar á los trabajadores ó á sus familias de las desgracias ocasionadas por la incuria de los jefes y propietarios de los establecimientos industriales»; predominando el criterio de que el Estado no debía legislar sobre esa materia, respetando las iniciativas individuales. Sin embargo, era imposible que España careciese de

leyes que estaban escritas en la legislación de todos los países. Así lo comprendió el Ministro de la Gobernación Sr. Dato, el cual, animado de plausible y generoso propósito, puso á la firma de S. M. la ley del 30 de Enero de 1900, que declaraba á los patronos responsables de los accidentes ocurridos á sus operarios, fijando las indemnizaciones abonables á éstos ó á sus familias.

Los obreros—afirmaba en un discurso el ministro francés Millerand—son los acreedores legales de la sociedad y tienen derecho perfectísimo á que ésta vele por su existencia y proteja su desamparo. Y debe llegarse, y de hecho se llegará, á la creación de cajas de retiro, protegidas y subvencionadas por el Estado, que aseguren al obrero achacoso un pedazo de pan que llevarse á la boca y un lecho en que exhalar el último suspiro.

No es nueva entre nosotros, ciertamente, la idea de crear jurados mixtos. En 1854 empezó á pensarse en esta institución, y ya estuvo redactado un proyecto de ley que no llegó á promulgarse. A raíz de la revolución del 69 volvió á tratarse de este asunto, presentándose otro proyecto con carácter de proposición de ley en la sesión del 26 de Abril de 1870, el cual tenía grandes semejanzas con el jurado francés de 1848.

En 1873 un nuevo proyecto modificaba al mencionado, según el cual, los jurados mixtos debían establecerse por acuerdo de las Diputaciones provinciales, bien espontáneamente, bien á instancia de cualquier interesado. Constituída la Junta de reformas sociales, emitió el 19 de Junio de 1893 un dictamen preparando un proyecto de ley de jurados mixtos, por el cual se creaba un jurado arbitral de la industria y del trabajo, compuesto de un número de obreros y empresarios que no excedería de cinco por clase, para la resolución de aquellas cuestiones que se relacionaran con el contrato de trabajo; y según se ha anunciado en el Congreso, dentro de breves días será sometido á la sanción parlamentaria un proyecto de esta ín-

dole, que es de desear no siga la suerte de los anteriores (1).

Claro es que no creo yo que la creación en España de tribunales de conciliación y de arbitraje pueda hacer cesar por completo la producción de ese fenómeno social que tanto se produce en nuestra patria. Tal presunción sería un optimismo análogo ó peor que el fisiocrático. Esto me lleva como de la mano á ese transcendental aspecto del problema obrero. Actualmente puede decirse que es sólo en Nueva Zelanda donde esta clase de instituciones ha puesto fin á los conflictos económicos que produjeran en aquella colonia inglesa huelgas tan formidables como la de 1890, la de las minas de plata de Broken Hill, las de las minas de carbón de Newcasthe y la de los depósitos de lana de Queensland, que suspendieron durante dos meses todo tráfico entre Australia y Nueva Zelanda. En Inglaterra, donde existen los Consejos privados de conciliación y de arbitraje, Mr. Ben Tillet, que había estudiado en Nueva Zelanda los efectos de la conciliación y del arbitraje oficial, lo propuso á los Congresos de los *Trades-unions;* pero tal proposición fue rechazada por una gran mayoría, porque en el Inglaterra dominan los unionistas, que rechazan la intervención del Estado. En Holanda, desde la ley de 1897, las Cámaras de trabajo resuelven las diferencias que puedan surgir entre obreros y patronos. En Alemania los tribunales industriales son los encargados de ese cometido; en Italia existen los colegios de *probi viri,* y en Francia Waldek-Rousseau, convencido de la deficiencia de la ley de 27 de Diciembre de 1892 sobre la conciliación y el arbitraje, va á llevar á cabo su reforma, inspirándose en un criterio que el Sr. Fernández Villaverde calificaba, en su discurso leído hace pocos días en la Academia de Jurisprudencia, de audacia funesta, por los principios que mantiene de *arbitraje obligatorio* y *huelga obligatoria.* Todos los Gobiernos tienden á regular jurídicamente

(1) Este proyecto ha sido presentado después de la lectura de la Memoria.

las huelgas, convencidos de sus penosos efectos. No en balde Julio Simón las atribuye el carácter de verdaderas guerras civiles que es preciso evitar y precaver. Y al llegar á este punto, he de ocuparme, siquiera sea muy sucintamente, del proyecto de ley presentado á las Cortes por el señor Ministro de la Gobernación D. Alfonso González. Este proyecto, elaborado en el seno de la Junta de reformas sociales tras sereno y meditado examen, no es tan malo ni tan absurdo como han proclamado algunos vocingleros políticos. El derecho á la huelga, que es una consecuencia de la libertad del trabajo, es indudable; cada uno es dueño de trabajar ó no; pero ese derecho no es un derecho absoluto, porque no hay derechos individuales absolutos desde el momento que existe un derecho social que los limita y regula. Si llegásemos al extremo de anteponer á todo el derecho individual, caeríamos en el mayor y más peligroso de los extravíos, y sería entonces ociosa, innecesaria y hasta ridícula la idea del Estado. Cuando los obreros se unen para un fin determinado, puede ese fin tocar en los linderos de lo prohibido, y en ese caso la coligación no es tolerable.

Fue Inglaterra la primera de las naciones que reconocieron la legalidad de las Sociedades de resistencia, afirmando por la ley de 1825 que la coalición es un derecho permitido á los que se reunen con el fin de discutir ó consultar sobre la tasa ó el precio de los salarios, á los que se asocian con el objeto de resolver ó decidir sobre aquellas cuestiones relativas al pago de su obra, y aumento ó disminución de las horas de trabajo. Y fue más allá la legislación inglesa. Como los estatutos de las *Trade-unions* no estaban reconocidos por las leyes, se prepararon disposiciones protectoras, medidas de equidad, algo, en fin, que vigorizase á la sombra del derecho las nacientes instituciones obreras; pero lo que no ha hecho Inglaterra ni ha hecho ninguna nación, es reconocer en absoluto en todos los casos el derecho á la huelga, usado de modo colectivo y como arma de imposición. En el Reino Unido, lo mismo que en la República norteamericana, las huelgas de índole especial, como las de

los empleados de ferrocarriles, vapores, tranvías y otros servicios análogos, los cuales pueden producir un verdadero trastorno, encuentran en la ley severas restricciones, ó la prohibición absoluta. Y era justo que en España no se legitimaran las huelgas generales, que son una amenaza del anarquismo contra el sosiego y la tranquilidad de los ciudadanos, y al prohibirlas no se hace sino seguir el ejemplo de la democrática Suiza, donde no son toleradas las huelgas que alteran la paz pública, fundándose en la consideración apuntada de que el derecho social debe ser respetado por todos, si no se quiere socavar en sus cimientos los principios fundamentales, germen y médula de los Estados.

El proyecto de ley sobre las huelgas supone un adelanto notable en nuestra legislación obrera, porque viene á derogar la anacrónica y absoluta prohibición consignada en el art. 556 del Código penal.

El político inglés Lord Broughan anunciaba en 1863 que la cooperación estaba en camino de ser un poder del Estado; por ella, según Laurent, el proletariado puede salvarse á sí mismo; por ella, dice el docto catedrático Sr. Piernas, que ha estudiado profundamente esta cuestión, tratada anteriormente con gran lucidez de juicio por el Sr. Pedregal, el obrero ve cómo el hilo tenue y quebradizo, uniéndose á otros iguales, forma el cable capaz de resistir los más violentos esfuerzos.

La asociación alivia los sufrimientos y las necesidades que origina la penuria, fomenta el ahorro y fortifica la esperanza del trabajador. Todas las Sociedades cooperativas, bien sea de crédito, como las que parecen tener su principio en Alemania, y que por medio de Cajas de ahorro y de Bancos populares mejoran la condición del obrero, bien sean de consumo, como las que predominan en Inglaterra, que por medio de las *building societies*, las *factory ats* y otras análogas proporcionan al obrero viviendas y alimentos saludables y económicos, ó bien sean, por último, como las cooperativas de producción, originarias de Francia, que afrontan íntegra é inmediatamente el

empeño de emancipar al trabajador, de hacerle capitalista, empresario y dueño de sus obras, todas esas Sociedades cooperativas, sea cualquiera su estructura y su denominación, deben ser objeto de la protección y del amparo del Estado.

En Francia figura en el presupuesto una partida de 150.000 francos destinada al fomento de las cooperativas de producción. En España, no sólo no se favorece el desarrollo de estas instituciones obreras, sino que se les exige, además de la cuota de contribución industrial correspondiente al objeto de su gestión, un tanto por ciento fijo en los beneficios líquidos que obtengan, considerándolas como sociedades de negocios y no como lo que realmente son, como sociedades consagradas á la mejora de la clase trabajadora.

La cuestión social está casi toda contenida en el Código civil. Por eso, la tendencia innovadora y reformista de Cimbalí, D'Aguanno, Salvioli, Loria, Menger, etc., va encaminada á la modificación esencial de ese derecho regulador de las relaciones de familia, del estado y capacidad de las personas y de la condición de la propiedad. Ya hacía notar el ilustre hombre público Sr. Azcárate que en los Códigos falta el derecho corporativo, que son los Códigos del individuo; del individuo, señores, que, según la frase de Renan, es expósito al nacer y célibe al morir; y sería temerario negar que nuestra legislación civil, inspirada únicamente en la posesión de bienes ó rentas por parte de los causantes de la obligación ó del derecho, es una legislación escrita para los ricos, con olvido poco menos que absoluto y menosprecio casi sistemático de los pobres. De tal suerte, que uno de los actos jurídicos más transcendentales, tal vez el más augusto por su carácter, el testamento, es definido en el art. 667 de nuestro Código civil como la forma legal de disponer los bienes para después de muerto, de donde resulta, señores, que sólo al que esos bienes posea le es dable ejercer la facultad de testar. Examinar el Código civil y veréis por doquiera su espíritu tradicional, arcáico, estrecho, ocurriendo además que hay provincias en las que el alma

rutinaria de los pueblos atrasados se conserva personificada en instituciones jurídicas que son una rémora y un obstáculo para la marcha de la civilización.

La reforma de nuestras leyes civiles debe, pues, ser la norma de legisladores sabios y providentes. Hay que socializar la propiedad, restringiendo y regulando su uso; hay que reconocer el derecho de la investigación de paternidad; hay que modificar las instituciones tutelares, no haciéndolas privativas del niño con fortuna, sino asequibles al niño desamparado; hay que prohibir y evitar por todos los medios los contratos usurarios, y hay que modificar en absoluto el texto insuficiente de esos cinco artículos sobre arrendamientos de obras y servicios, en los que se establecen disposiciones tan absurdas é inmorales como la de que la despedida de los jornaleros autoriza para quedarse con las herramientas que usaran, llegando resueltamente, sin vacilaciones ni tibiezas, con la seguridad de que es un deber el que se cumple, á que el contrato del trabajo sea ley escrita, reglamentando, como en Bélgica, la formación y condiciones generales de ese contrato, las obligaciones del obrero y del jefe de la empresa y el modo de terminarse.

He hablado de socializar la propiedad. Quizá esta frase asuste y parezca atrevida en demasía á los espíritus suspicaces. No he querido negar con ella la existencia de esos dos grandes principios jurídicos—que, como decía el ilustre hombre público Sr. Fernández Villaverde en un discurso académico en el que examinaba con gran profundidad la materia que me ocupa,—son al mismo tiempo dos incontrastables fuerzas sociales: la libertad y la propiedad individuales... No, yo no niego la eficacia de esos principios que han informado el progreso de la humanidad á través de la historia. Allí donde la propiedad individual no exista, allí donde sea considerada como un robo que se hace á los demás hombres, se está muy cerca de considerar al robo como la única propiedad, y por eso en algunas tribus de Asia en las que el comunismo se

practica, el mutuo despojo es la única base para la posesión y el disfrute de la tierra. Pero al mismo tiempo no es posible desconocer que la obra del derecho moderno no ha de consistir en vincular la propiedad, sino en darle caracteres de comercialidad y movilización.

Pero para que las reformas puedan encarnar en la vida de los pueblos, es preciso que los pueblos estén preparados para recibirlas, porque si no, caen en el más espantoso vacío, y no pasan de la categoría de lo puramente abstracto y especulativo.

Por eso la solución de la cuestión obrera depende, ante todo, de un cambio profundo de las costumbres sociales. El hombre no es un sér aislado, porque la humanidad constituye una gran familia en la cual los individuos deben prestarse auxilio y protección. Todos los hombres son nuestros hermanos, y hay que procurar que esa fraternidad cristiana no sea un vano alarde retórico, sino algo real y positivo que se adapte á nuestras costumbres é informe nuestro derecho. No, yo no quiero creer que la sociedad sea á modo de circo romano en que unos hombres golpean, maltratan y despedazan á los otros. Yo no quiero, pensar como lo hace Letourneau en *L'evolution Politique*, que los que nacen en la ergastula de los desheredados tengan que sucumbir en la arena ante adversarios armados, por la fortuna de todas las armas. No, yo no puedo creer que las quejas de los obreros sean suspiros del esclavo que aspira á la libertad...

Yo quiero pensar, por el contrario, que esta sociedad del siglo xx no puede ser como la patricia de Roma, la feudal de la Edad Media ó la aristocrática de los siglos pasados; que no puede ser como la que se derrumbara caduca y decrépita al impulso del cristianismo, en la que, según Séneca, los crímenes no se ocultaban en la sombra, sino se pregonaban con impudicia, y en la que la depravación dominaba á la inocencia, amenazando su voz con la amenaza. Que no puede ser tampoco, como la sociedad feudal presentada por Voltaire, á modo de

un inmenso desierto donde los lobos y los tigres degüellan un rebaño esparcido y tímido. Que no puede ser, finalmente, como esas sociedades aristocráticas sumidas en la inercia y en el egoísmo, defensoras del diezmo, del feudo del mayorazgo y de tantos otros errores económicos y políticos que engendraron la revolución francesa...; que esta sociedad debe ser manifestación definida y vigorosa de los anhelos que sentimos las almas enamoradas de la justicia.

Y es preciso preguntar: ¿Cuál es el estado de la sociedad española? ¿Responde á esos principios de justicia que dignifican á los pueblos ó reclama urgente y radical mejoramiento? Estimo, señores, que desgraciadamente en la sociedad española hay mucho que reformar, porque hay mucho que corregir. Conviene reprimir ese alarde de lujo de los seres privilegiados de la fortuna, que en los países pobres es estímulo é incentivo para toda propaganda demoledora. La riqueza que se consume en lo superfluo, en ostentosas exhibiciones mundanas, va, según la opinión del célebre economista inglés Stuart Mill, contra el patrimonio social, porque la propiedad debe ser un medio para el bienestar de todos, no el instrumento para la insana satisfacción de los placeres y de los vicios de algunos. ¡Qué profundas y qué exactas son, respecto á esta materia, las memorables palabras de Doña Concepción Arenal! Oidlas: «Un pueblo ignorante produce poco; un pueblo corrompido distribuye mal sus productos. Cuando se concluyen los billetes de la lotería, siendo su reventa negocio lucrativo, y se anuncia el que imprime libros útiles y graves, que nadie compra; cuando un torero y una bailarina ganan en un año un capital, y un hombre que se dedica á la ciencia no gana con qué sustentar la vida; cuando el trabajo honrado apenas da para cubrir las primeras necesidades del trabajador, y las especulaciones inmorales enriquecen prodigiosa y casi instantáneamente, sin más trabajo que el fácil, al parecer, de sacrificar la conciencia; cuando hay fiebre de goces materiales, fiebre de vanidades, fiebre de codicias, y está helado el corazón para los nobles

sentimientos y la frente para las grandes ideas, es imposible que la producción no vaya por caminos extraviados y la riqueza se distribuya bien.»

Y estos conceptos de la insigne pensadora indican que es en una verdadera solidaridad, cimiento sólido y piedra angular de las sociedades donde ha de encontrarse remedio para los males que padecemos, y que hora es ya de que el sol de la riqueza baje de las cumbres hasta tocar la tierra yerma, el llano estéril.

Y esa reforma de las costumbres no se hará, no, seguramente, afrancando las crencias cristianas del corazón de los ciudadanos, como algunos pretenden. El economista italiano Minghetti afirma, con razón, que, lejos de estar reñida la economía política con el cristianismo, éste presta á aquélla, como á todas las ciencias, protección y ennoblecimiento. ¿Y cómo no? El cristianismo proclama la fraternidad humana, recrimina la holganza y la quietud ociosa y desvergonzada del vago de profesión; condena que haya quienes vivan sin trabajar mientras otros trabajan sin vivir; apostrofa, por boca de San Mateo, á los que no practican la caridad, y les dice: «Andad, malditos, al infierno, que no habéis dado de comer al hambriento, ni de beber al sediento»; y por último afirma, por boca de los santos padres de la Iglesia, que el dinero del rico debe ser como el depósito de los bienes del pobre.

Hoy en día, casi todos los hombres políticos reconocen con Gladstone que el procurar el bienestar de la clase trabajadora es un deber de todo Gobierno, y son partidarios de reformas sociales planteadas por el Estado, viniendo á colocarse en el puesto mismo de aquellos profesores alemanes, como Wagner y Schaffe, designados con el nombre de socialistas de la Cátedra, que armonizaban la Ética con el Derecho, huyendo de las opuestas tendencias de los conservadores y de los socialistas revolucionarios.

Y estas ideas son profesadas en España lo mismo por los que comulgan dentro de la escuela conservadora, como por los

que defienden los principios republicanos; y es, señores, que las denominaciones de partido se borran y desaparecen ante el derecho; que pueden subsistir aquellos meros accidentes de forma y de procedimiento, pero que en el fondo todos están acordes en un mismo sentimiento de justicia, mas poderoso que las diferencias circunstanciales de las banderías políticas.

Ha sido un personaje conservador, el Sr. Dato, el que manifestaba hace poco tiempo que debía aspirarse á la formación de un Código del trabajo en que se resolvieran todos los puntos de la cuestión; y otro, personalidad del mismo partido, el Sr. Gasset, al intervenir en la discusión del mensaje de la Corona, señalaba con precisión y con acierto que las dificultades del problema obrero habrían de disminuir con el fomento de aquella política por él defendida de construcciones hidráulicas, que desarrollaría la riqueza de nuestra producción y el desahogo social en todas las esferas.

En esa misma discusión del mensaje, la voz elocuente del Sr. Maura se levantó para sostener que el Gobierno no podía inhibirse del conocimiento del problema obrero, y el diputado republicano D. Melquiades Alvarez manifestó la necesidad de crear instituciones protectoras del trabajo, de legislar próvidamente colocando sobre la voluntad muchas veces egoísta del patrono, otra más santa y augusta, la de la Ley... Fue también en esa misma discusión del mensaje en donde el doctor Moliner pedía auxilios para aliviar los rigores del pauperismo, para establecer un régimen profiláctico de las enfermedades que encuentran su semilla y su cultivo en la miseria, y en donde el Sr. Moret prometía de modo solemne que el partido liberal promulgaría leyes que eran el reconocimiento de los derechos de la clase obrera.

Recientemente, señores, en un artículo publicado en la revista *Nuestro Tiempo*, por D. José Canalejas, este eminente hombre público hacía consideraciones interesantes sobre el problema obrero, analizaba minuciosamente las transformaciones operadas en el campo de la sociología experimental,

afirmaba que el período individualista bajo cuya influencia se escribieran todas las legislaciones civiles de Europa, ha dado de sí cuanto podía dar, y es hora de que ceda su puesto al período de la sociabilidad, sacando como consecuencia de sus juicios que el partido liberal, si había de cumplir la misión á que estaba llamado, tenía que acoger una orientación *socialista*; y que si elvocablo asustaba ú ofendía á espíritus educados en otras escuelas económicas y jurídicas, podría sustituirse por otro, pero manteniendo la integridad del pensamiento.

Esa tendencia socialista del Estado, que es la que expresaba Montesquieu en su *Sprit des lois* cuando decía que el Estado debe á todos los ciudadanos una subsistencia segura, un vestido conveniente y un género de vida que no sea contrario á su salud; que es la que Arhens comprendía en los deberes de la beneficencia y de la justicia, que es la que informara el principio de la caridad legal, inspirador de la ley de pobres de Inglaterra, que es la que defendía Cavour y la que llevó á Bismarck á afirmar rotunda y categóricamente que el obrero tiene derecho al trabajo en tanto que esté valido, á que se aseguren sus necesidades cuando enfermo y su existencia cuando viejo; esa tendencia socialista del Estado debe ser garantía eficaz de que el trabajador posee, según la frase de Menger, no sólo la facultad de buscar ocupación, sino el derecho de encontrarla.

Esa tendencia socialista ha de manifestarse en forma de leyes protectoras de las pequeñas industrias contra el monopolio de los «*truts*» acaparadores que origina el encarecimiento de los precios y el predominio de la plutocracia absorbente; en forma de leyes agrarias que favorezcan la división del suelo, evitando su posesión por grandes terratenientes; en forma, en fin, de instituciones que transformen el trabajo de hoy en capital de mañana y preparen pacíficamente, por la evolución dinámica del organismo social, la accesión del obrero, del salalariado, á la propiedad.

Pero claro está que la integridad del ideal socialista, bien

sea éste el fantástico de Fourier, el místico de Leroux, el autoritario de Blanc ó el colectivista de Marx, no puede ser admitido, porque ni el crédito gratuíto, corolario preciso de las doctrinas que proclaman que el trabajo es la única substancia creadora, y que á él se debe adjudicar la totalidad de la producción, puede encarnar en la realidad económica, ni es posible, como reconoce Mr. Bon en su *Psicologie du socialisme*, que una clase absorba á todas las demás, ni, finalmente, son compatibles los principios de libertad y socialismo. Un Gobierno colectivista que hubiera de proceder al reparto de la propiedad, tendría que ser un Gobierno de mano férrea y despótica que olvidase por completo la libertad de los ciudadanos; un Gobierno absoluto, esta es la verdadera palabra, investido de poderes ilimitados, que ejerciera su soberanía sin otro freno que el de su propia voluntad. La doctrina sociológica de Hegel, de que el individuo no es nada y la sociedad lo es todo, conduce directamente al autoritarismo y encuentra su apoyo en la fuerza, su sostén en la opresión, su defensa en la amenaza.

Y no vale decir que dentro de ese régimen de propiedad colectiva que Proudhon calificaba de explotación del fuerte por el débil, desaparecerían los motivos de lucha que hoy despedazan el seno de las naciones, siendo causa de la expresión de vivas alarmas; pues la sociedad no es una obra de convención entre todas las voluntades, sino el resultado de las cualidades y de los defectos de los hombres.

Un autor socialista, Ferri, reconoce que también dentro del régimen por él defendido habría vencidos en la lucha por la existencia: las víctimas de la debilidad, de la locura, de la enfermedad, de la neuropatía, del suicidio... Y es vano espejismo pretender con especiosos razonamientos presentar el cuadro idílico de una sociedad in lucha, de unos hombres sin pasiones.

Nada más, señores, sino que esta modesta Memoria mía tendrá, á falta de otro mérito, el de dar ocasión á los elocuentes discursos que aquí habrán de pronunciarse.—He dicho.

Práxedes Zancada.

HISTORIA DE LOS PERFUMES

Importancia del asunto.—Etimología de la palabra perfume.—Los primeros que se usaron.—Uso de los perfumes por los antiguos pueblos de Asia, Africa, Grecia y Roma.—El perfume relacionado con la memoria.—Personajes célebres que usaban determinados perfumes.—El arte y los perfumes.—Discusiones respecto á la naturaleza y propagación de estos cuerpos.—Los perfumes en Egipto.—Los que empleaban los Judíos.—Los que fabricaban los Romanos.—Fama de los países de Oriente por su afición á los perfumes.—Las Cruzadas y los perfumes.—Afición que á estos cuerpos mostraba Carlo Magno.—Uso de los perfumes como medicamentos.—Su importancia en los siglos XVI y XVII.—El perfume es á la mujer lo que el rocío á las flores.—Los perfumes en la época de la Revolución francesa.—Condiciones del arte del perfumista en todas las épocas.—La historia de los perfumes está enlazada con la historia de la química.

I

Pocos serán los asuntos concernientes á la historia de los objetos que se manejan á la continua, que igualen en interés, al de conocer el origen de los perfumes y esencias, con que no sólo se recrea el sentido del olfato, sino que forman un capítulo de las obras de Higiene, no pocas páginas de los libros de medicina, extensos tratados de química orgánica y de química industrial, sirviendo de base á la dirección de grandes fábricas donde se ocupan multitud de obreros, para satisfacer las copiosas demandas de los productos que elaboran; publicaciones múltiples, y en todos conceptos, una cuestión siempre simpática y de actualidad, cualquiera que sea el aspecto desde que se considere.

Sólo indicaremos la historia de los perfumes de una manera general y sucinta, cual conjunto de noticias salientes, pues el

descubrimiento de nuevas sustancias ha ido produciendo un contingente mayor en el número de cuerpos conocidos, con la denominación verdadera de perfumes; y ha sido, por tanto, mayor la extensión dada á esta palabra y más lejanas las fronteras que circunscriben tan vasto campo, por cuyo motivo únicamente se exponen datos que sean aplicables á todas las sustancias comprendidas en esta denominación, sin referirse á determinados cuerpos.

Derivada la palabra perfume de las dos latinas *per* (por) y *fumus*, (humo,) emanación, olor aromático, más ó menos fuerte, sutil y suave, exhalado por cualquier sustancia, principalmente por las flores, fue conocido ya su empleo desde antigüedad remota. El Oriente, y sobre todo Arabia, ha sido la región donde se fabricaron y produjeron primero; de tal suerte, que se ha considerado como el país de los perfumes.

La denominación se ha concretado por algunos á la sustancia aromática, que por la acción del calor exhala un humo de fragancia extraordinaria y delicado aroma. Tal es, por ejemplo, el estoraque, el incienso, el ámbar y el benjuí; de los que dijo el poeta Polo de Medina:

«Para el famoso Leandro,
No el charco de los atunes,
Sino el estrecho que guarda
De Pancaya los perfumes.»

El día que se ocurrió al hombre la idea de mejorar las condiciones exteriores de su cuerpo, fue cuando empezó á usar los primeros perfumes. Dió brillo y flexibilidad á sus cabellos untándolos con aceite, al mismo tiempo que los adornaba con diademas de plumas, del mismo modo que adornaba sus orejas, nariz, brazos y piernas con brazaletes, conchas, espinas de peces, etc.

Los atractivos del aroma, no hay que dudarlo, fueron instintivos en el hombre. El perfume de la flor; el olor de las plantas agradables; el ambiente aromatizado por la esencia,

fueron desde luego preferidos y siempre afectos á la especie humana en todas épocas, por lo cual hay que buscar el origen de los perfumes en las primeras sociedades humanas, que procuraban proporcionarse este recreo por cuantos medios les era fácil.

En tiempo de Moisés ya se usaban varios perfumes, como el incienso, mirra y nardo, conocidos de los hebreos. Los egipcios se valían de aromas, principalmente para embalsamar los cadáveres y honrar á la divinidad, y las damas egipcias llevaban siempre consigo numerosos saquitos perfumados.

La afición á los perfumes penetró en Roma en la época de la molicie, y en tiempo de los Emperadores llegó el lujo en este concepto á un grado inconcebible, en términos que algunos, como la esencia de nardo entre otros, se pagaban á peso de oro, y los romanos fueron hábiles perfumistas.

Los antiguos, no sólo consideraban los perfumes como homenaje á los dioses, sino también como seguro indicio de su presencia. Las divinidades manifestaban su proximidad esparciendo en derredor de ellas un olor de ambrosía.

Los antiguos pueblos de Asia, Africa, Grecia y Roma usaron con gran profusión los perfumes. En los alimentos y bebidas, en las fiestas que celebraban á Baco y al Amor, en los baños, en los vestidos, en las bodas y hasta en los funerales, esparcían olores suaves y gratos. Puede decirse que nacían, vivían y morían perfumados.

Los sacerdotes de Memphis quemaban aromas tres veces al día en honor del sol. Al despuntar la aurora, el jazmín; al medio día, la mirra, y al ocaso del sol, otro perfume que no ha consignado la tradición, pero que se sabe se componía de diez y seis ingredientes y se llamaba *kuplis*. Los discípulos de Zoroastro ponían seis veces al día perfume en el altar donde se guardaba el fuego sagrado.

Las iglesias de Oriente consumían cada año 6.400 libras de perfumes.

Durante seis meses consecutivos se estuvieron quemando

perfumes alrededor de los sepulcros de Agamenón y de Hipólito, en la Argólida.

Artemisa, Reina de Focia, gastaba enormes sumas en los perfumes que se quemaban en el suntuoso sepulcro que erigió á su esposo el Rey Mausoleo.

En los funerales de Syla se quemaron doscientos veinte carros de perfumes.

Los vapores de los perfumes obscurecieron la atmósfera en la entrada de Marco Antonio, en Alejandría, donde le esperaba Cleopatra.

II

Desde época bastante remota, el perfume, si bien se admitía y aun añadía atractivos y encantos á la mujer, era censurable y no se toleraba en los hombres, juzgando con severidad á quienes lo usaban y tachándolos de afeminados y poco serios. Así es que ya se consigna en las obras antiguas el adagio de *Male olet qui bene olet; bene olet qui nihil olet* (mal huele quien bien huele; bien huele el que á nada huele).

Los perfumes revelan en general cierto lujo y bienestar en los pueblos que los emplean con alguna profusión. Trátase de objetos que entran en la categoría de lo que se denomina supérfluo, aun cuando en ocasiones constituyan parte muy esencial de la vida, cuando se emplean como medicamentos ó entran en los dominios de la higiene. Pero de todas suertes, el interés por conocer sus vicisitudes está fuera de discusión, por formar parte de la historia general de la humanidad.

El recuerdo de un perfume constituye siempre una memoria grata, por lo cual muchas veces han podido servir los aromas hasta de medio nemotécnico para recordar ideas, y por eso ha de haber ofrecido interés en todas épocas, así como también determinados pueblos han tenido particular estima por algunos perfumes y ha constituído su nota característica,

por lo cual revela la historia de los perfumes muchas ideas que forman parte de la historia general de la humanidad y están envueltas en sus accidentes y alternativas y siguen las vicisitudes á que las ha conducido el oleaje de los acontecimientos.

Se ha dicho, por tanto, que son los perfumes grandes auxiliares de la memoria. En efecto, si se olvida una persona ó un objeto, puede recordárnoslo el perfume que exhalaba. Mujeres célebres han usado esencias de perenne recuerdo. Así, Mad. La Valliere empleaba la violeta; Diana de Poitiers, el nardo; Gabriela de Estrées, el lirio; Mad. Recamier, la verbena; Ana de Austria, el jazmín.

Se citan también determinados perfumes preferidos ó rechazados por personajes célebres. Gretvy se perfumaba con rosas. La Princesa de Lamballe no podía resistir el olor de las violetas. Para Luis XIV no había nada comparable con el azahar. En la época del Directorio se puso de moda el ámbar. La Emperatriz Josefina llenaba de almizcle su tocador. Napoleón I se lavaba diariamente con una agua de Colonia especial, lo que no se oponía á que tuviera gran afición al olor de la pólvora.

Muchos pueblos han tenido en diferentes épocas, predilección especial por determinado aroma, lo cual les ha caracterizado y ha sido también motivo de que se cultiven en las referidas localidades plantas cuyas flores producían esencias olorosas, siempre de gran estima, para la preparación de cuerpos cuyo principal atractivo era el suave y delicado perfume que en su derredor se esparcía.

Víctor Hugo decía con poética frase que, al abrirse las flores, *sus perfumes* se dirigían al cielo, como dignos de elevarse á la gloria, por su perfección y apreciables cualidades. De aquí también que se recuerden por algunos las conocidas frases: *el perfume de la oración,* y también, «los justos elogios son *el perfume* que sirve para embalsamar á los muertos», que Voltaire consignó en algunas de sus obras; así como las no menos be-

llas de Sainte Beuve, cuando dice que «la literatura puede llamarse la flor y *el perfume* del alma»; y de Alfonso Karr, «la dicha esparce suavísimo *perfume* en derredor de nuestra vida».

El arte, como es natural, ha estado casi siempre en armónico consorcio con los perfumes. Su historia está enlazada con las manifestaciones artísticas. Objetos de lujo y de agrado, los aromas han de ser más estimados á medida que se les presente con los adornos y atavíos que prestan los esplendores de la belleza artística. Parece que una esencia es más fragante y halagadora cuando está rodeada de objetos en los cuales el buen gusto ha impreso sus atractivas huellas. Es una ley estética que no puede transgredirse, y en efecto, las esencias parece que son más gratas en un salón espléndido y lujoso que en un albergue tétrico y sucio.

Se ha discutido mucho respecto á la naturaleza del perfume: si el olor que un cuerpo desprendía era sencillamente un gas imperceptible y ponderable, ó era sencillamente una acción dinámica ejercida sobre el nervio olfatorio, á la manera que la luz actúa sobre la retina y el sonido sobre el oído. El ejemplo que se cita en física al hablar de la divisibilidad de los cuerpos, cuando se refiere que el almizcle esparce y difunde á grandes distancias su suave y gratísimo aroma por espacio de mucho tiempo sin experimentar pérdida en su peso, á cuyo propósito se refiere que un pacientísimo investigador demostró que una vejiga de almizcle, expuesta por veinticuatro horas en un espacio de 30 metros de radio, produjo 57 millones de partículas, sin que pudiera apreciarse disminución de su peso, parece probar que no hay un desprendimiento de materia del cuerpo que produce el aroma. Sin embargo, las esencias en contacto con el aire se evaporan, y por tanto, pierden de su peso, y llegan á desaparecer si la evaporación de la masa es total.

Se ha ideado por algunos la hipótesis de considerar los olores como resultado de vibraciones que afectan el sistema nervioso, cual los colores el sentido de la vista. Son, pues, los

matices del olfato centinela avanzado del organismo, cuya misión es darnos aviso de lo que nos conviene ó perjudica, para que lo aceptemos ó rechacemos, pues los cuerpos que exhalan repugnantes olores son generalmente inaceptables ante la higiene y repelidos con perfecta justicia por el sér viviente.

De eso se deduce que es permitido suponer que algunos cuerpos tienen la propiedad de emitir ondas olorosas, á la manera que las facetas de un diamante proyectan ondas de luz que destellan brillantísimos colores, y las vibraciones de la armónica cuerda del piano ó del harpa producen ondas sonoras que encantan nuestros oídos, con esas composiciones que han inmortalizado los genios del arte.

Estas ondas olorosas se transportan y viajan á grandes distancias con rapidez maravillosa; así es que los viajeros que navegan en los mares del trópico refieren haberlas encontrado en sus peregrinaciones, y se cita de algunos exploradores célebres que les sirvieron de guía eficaz en sus descubrimientos. Se menciona que á Cristóbal Colón fue uno de los signos que le hicieron sospechar la proximidad de la tierra habitada el olor grato y especial que percibiera.

En efecto; algunos olores de gran intensidad, substancias y plantas que exhalan perfumes especiales, se aprecian desde lejanas distancias y sirven para revelar la existencia de cuerpos determinados. El mismo almizclero que lleva esa substancia de tanta estima se denuncia á los cazadores por el olor que les sirve de seguro guía para encontrarlo en sus excursiones. Otros aromas se citan de igual intensidad y eficacia, para descubrir objetos de gran interés en su hallazgo.

Es, en efecto, el perfume, muchas veces, algo que no se puede pesar ni medir, pero que lo aprecia con perfecta posesión uno de nuestros sentidos, como se ven en el lejano espacio los purpurinos arreboles de la aurora, siendo semejante aquella fiesta de colores á lo que el olfato puede apreciar cuando se siente impresionado de un modo grato con aromas embriagadores que le halagan y recrean.

El abuso de los perfumes es perjudicial y la higiene no puede menos de prohibirlo. Además, el uso constante de un olor habitúa de tal suerte al sentido del olfato, que concluye por no percibirlo.

Los fabricantes de olores y los perfumistas no aprecian la fragancia de los aromas con la exactitud que las personas no acostumbradas á tenerlos á su alcance.

De todos modos, son estimulantes cerebrales, activan la circulación y pueden también considerarse como antisépticos y desinfectantes. Los egipcios en el embalsamamiento de sus cadáveres se fundaban en este último principio.

La fantasía, como acontece en todo lo referente á la historia de los asuntos humanos, llena algunas páginas de la historia de los perfumes. Plinio refiere, de un pueblo de la India, que sólo se alimentaba con los aromas gratísimos que percibía. Pedro de Apolonia aconseja á los ancianos, para prolongar su existencia, respirar una mezcla de azafrán y castoreo en el vino. Bacón habla de un hombre que podía ayunar muchos días, rodeándose de yerbas aromáticas. Otros autores refieren hechos análogos, en los cuales la fábula y la imaginación ocupan preferente puesto, pero que prueban, sin embargo, el interés que siempre ha tenido este asunto.

La importancia histórica de los perfumes en medicina es de gran interés. Hipócrates se valió de su influencia para expulsar la peste de Atenas, después que fracasaron otros médicos empleados con dicho objeto.

En Egipto sirvieron los aromas primeramente en el culto religioso. Ya hemos dicho que los sacerdotes de Heliópolis ofrecían diariamente á su dios tres clases de aromas. Sobre todo, en las procesiones religiosas empleaban los egipcios un lujo de perfumes, los cuales se preparaban en locales adecuados, dispuestos en los grandes templos.

Del culto de los dioses pasó el uso de los perfumes á rendir un tributo de consideración á los muertos, cuyos cuerpos fueron embalsamados. No tardaron después los perfumes en pasar

á las costumbres de la vida usual, sirviendo en el tocado de las señoras y en el lujo de las grandes fiestas.

Refieren de Cleopatra los historiadores griegos y romanos que era extraordinaria la pasión de las mujeres egipcias por los perfumes. El Egipto tuvo fama de preparar los más delicados y aromáticos de tal modo, que los suministraba al resto del mundo.

Los hebreos tomaron del Egipto el uso de los perfumes y Jehová mandó construir á Moisés un altar de *perfumes,* que debía ser de madera, cubierto de oro puro, de forma cuadrada y dispuesto de modo que pudiera transportarse.

Sólo el gran sacerdote podía ofrecer estos perfumes, y se impusieron severísimas penas á los contraventores. Figuraban también los perfumes en las purificaciones de las mujeres, que, según la ley, debían durar un año entero; seis meses con aceite de mirra y otros seis con otros procedimientos. Así es como Ester se preparó á presentarse al Rey Asuero, y Judit recurrió á los mismos medios cuando quiso atraer y seducir á Holofernes. Los principales *perfumes* empleados por los judíos eran el nardo, incienso, mirra, azafrán, caña olorosa y leño áloes. Celebridad histórica adquirió la mujer que derramó un vaso de precioso ungüento en la cabeza de Jesús, así como María Magdalena perfumando sus pies y enjugándolos con sus cabellos.

Los salones de los banquetes se rodeaban de flores, y en las mesas quemaban suaves resinas en ricos pebeteros. Cuando entraban los convidados, varios esclavos á quienes estaba encomendada esa tarea, vertían sobre su cabeza ricas esencias y ponían en su cuello aromática guirnalda formada de varias olorosas flores, entre las que se hallaba el azafrán. Así fue recibido Agesilao, pero él rehusó flores y perfumes, lo cual le hizo pasar por un desatento y grosero.

III

Los Reyes asiáticos hicieron gran uso de los perfumes; los prodigaban en sus palacios y en los templos de los dioses. Sardanápalo sufrió grandes quemaduras en una pira de leños aromáticos. Babilonia fue durante mucho tiempo el emporio de los aromas del mundo entero. Recibía las substancias de la India y del Golfo Pérsico, las gomas olorosas de Arabia y los bálsamos preciosos de Judea. En el Museo británico se observan muchos vasos de vidrio y de alabastro destinados á contener los ungüentos y perfumes. Cuando se apoderaron de los tesoros y muebles de Darío, después de la batalla de Arbelles, se encontró una caja llena de ricos perfumes, que el conquistador mandó arrojar á los vientos.

En tiempo de Homero eran muy conocidos los perfumes; de tal suerte, que los cita á cada momento. Hesiodo los recomienda para el culto divino. Entre los griegos, hace la perfumería un papel muy principal en la medicina. En vano Solom prohibió la venta de los perfumes, y Sócrates rechazó á los que los usaban, pues nada pudo triunfar del gusto de los atenienses y de sus campañas en pro de los perfumes.

Los romanos heredaron las riquezas del mundo griego y asiático, y heredaron también sus costumbres afeminadas. En la época del Imperio, la afición á los perfumes constituyó un verdadero furor. Las más preciosas esencias se derramaban en forma de fina lluvia sobre las cabezas de miles de espectadores que asistían á las fiestas del Circo, y les servía para mitigar las molestias que les producían los ardores del sol. Todo se perfumaba, hasta los caballos y los perros, y las insignias militares el día de la batalla. Nerón consumió en los funerales de Popea, más incienso que pudiera producir la Arabia en diez años. Algunos perfumes que usaban las matronas romanas,

costaban una cantidad equivalente á 800 francos el kilogramo de la moneda actual.

Los países de Oriente han tenido siempre fama por su afición á los perfumes, y los dos que han estimado más han sido el almizcle y la rosa.

En el paraíso de Mahoma, suponían que el pavimento debía ser de almizcle, y las huríes de ojos negros contenían también el más puro almizcle. Refiere Evia Effendi, que en Kara-Amed, capital de Diarbekir, existe una mezquita llamada Iparir, construída mezclando los materiales con gran cantidad de almizcle, y como este aroma es tan persistente, está siempre impregnada la atmósfera. La mezquita de Zobeida, en Tauris, se ha construído igualmente con almizcle, y exhala olor fuertísimo, que se exalta cuando el sol baña sus derruídos muros.

La esencia de rosas es el perfume más usado en Oriente: con ella lavan é impregnan las paredes de las mezquitas, los baños que sirven para sus abluciones, la arrojan también en el harem, y la proyectan en las ropas del extranjero como señal de bienvenida. En Turquía, al pie de los montes Balkanes, se fabrican las nueve décimas partes de la esencia de rosa que consume el mundo entero. Se vende allí, próximamente, á 1.200 francos el kilogramo. El comercio de los perfumes es tan importante en Constantinopla, que se dedica á este objeto una galería entera del Gran Bazar. Allí están reunidos en amontonado desorden, los dorados y artísticos frascos de esencia de rosas, las pastas y cosméticos indígenas, las pastillas de almizcle y ámbar, los rosarios de sándalo y de coco, los pebetes perfumados, las bolas de metal cincelado que las odaliscas unen á sus pies para rodarlas por los elegantes tapices en sus largas estancias en el harem.

En la Europa moderna se emplearon los perfumes exclusivamente como en los antiguos tiempos, para el culto religioso. El humo del incienso se mezcla en los altares con el de la cera y el aceite de las lámparas.

Los Cruzados fueron los que introdujeron su empleo en la vida doméstica, llevando á la dama de sus pensamientos, objeto de sus galanteos é imágen adorada de sus ensueños, los delicados y preciosos aromas recogidos en Oriente. Entonces empezaron á usarse los baños de agua de rosas, y encerraban los perfumes en artísticos vasos de cristal ó metálicos, que afectaban caprichosas y variadas formas.

Carlo Magno, después de sus victorias, dícese que gustaba descansar de las fatigas en su palacio, perfectamente aromatizado con las más ricas y gratas esencias. Así es, que el que llevó el dictado de *Grande* y llenó el mundo con su fama, no sólo por sus conquistas, sino por su cultura y protección á las letras y por haber dado á conocer un Código que ha sido citado como modelo, merece también una mención en este sitio por tener entre sus aficiones la de agradarle los perfumes.

Los griegos usaron los perfumes, no sólo para el tocador, sino con objeto terapéutico. Los templos de Esculapio y de Venus contenían muchas recetas de fabricación de medicamentos, de los que formaban parte aromas. La más celebrada de todas las flores era la rosa, y se consigna que una doncella ateniense recuperó su perdida belleza aplicándose al rostro una porción de rosas, y después fue la esposa de Ciro. Anacreonte cantó esta flor en sus versos.

Los romanos también fueron muy aficionados á los aromas como medicinas, y los médicos árabes prescribían con frecuencia á sus enfermos el uso de perfumes.

Plinio trata de los aromas y consigna centenares de remedios extraídos de las flores.

Los indios, malayos y chinos, desde hace muchos siglos, emplearon flores, hojas y raíces aromáticas, como útiles remedios.

Los negros de la Jamaica curan todavía sus dolores de cabeza con flores y hojas aromáticas de varias plantas.

En Inglaterra, desde tiempos remotos, se hacían guirnal-

das de romero para colocarlas en la cabeza, con objeto de aliviar el dolor.

La ruda, llamada por el gran poeta Shakspeare yerba de gracia, se consideró de mucha utilidad para evitar el contagio.

El ambar era el olor predilecto en los siglos XVI y XVII, y se llegó á censurar el abuso que del mismo y otros perfumes enérgicos se hacía.

Los refinamientos del lujo han aumentado el número de perfumes y, por tanto, se ha perfeccionado su fabricación con los progresos de la química.

En la célebre tragicomedia de Calixto y Melibea, impresa en los comienzos del siglo XVI, se ponen en boca de la madre Celestina animadas descripciones de cosméticos, perfumes y panaceas.

Catalina de Médicis fue quien generalizó en Francia el uso de los perfumes. De Italia tomó después Francia muchos, que vulgarizó sobremanera.

En el reinado de Luis XV la moda de los perfumes llegó á ser una verdadera epidemia, y en la corte, la rigidez de la etiqueta prescribía el uso de distinto perfume cada día, en términos que Versalles fue conocida con el significativo nombre de corte perfumada. Los gastos de madame Pompadour en perfumes, se elevaron á veces hasta 500.000 francos por año sólo para este artículo.

Se dice que los perfumes son á la mujer lo que el rocío á las flores, el canto á las aves y las estrellas al cielo. Es el mejor de sus atavíos y adornos, y lo que complementa y perfecciona su belleza. Pero la elección del aroma es también de gran importancia, para que resulte un atractivo y no desmerezca lo que se trata de enaltecer y hermosear.

Las primeras damas que añadieron á los encantos de la hermosura y la elegancia el atractivo de los perfumes, fueron las Reinas y Princesas, á las cuales siguieron las señoras de la aristocracia, y poco después se generalizó á la clase media y aun á las más modestas.

Las grandes señoras de la Edad Media, después de comer se lavaban las manos y la boca con agua de rosas. A veces, en las fiestas y regocijos públicos se erigían fuentes, de las que brotaba agua de azahar.

IV

En la época de la Revolución francesa sufrió la perfumería el contratiempo de todos los objetos propios del lujo, aunque después, cuando el Directorio, volvió á adquirir casi su antigua importancia, gracias á Josefina Beauharrais, que era frenética adoradora de los perfumes. Desde entonces el uso de los perfumes siguió una progresión constante, en relación con el lujo, que se desarrolló de una manera extraordinaria. Pero de todas suertes hase perfeccionado el gusto en este particular, pues el almizcle y el civeto, tan en boga en los siglos XVI y XVII, han ido paulatinamente cayendo en desuso, para ser sustituídos por otros aromas de mejores condiciones.

Las flores exhalan perfumes en todos los climas; en las regiones cálidas desprenden aromas más abundantes, y las de los países fríos son en menor cantidad, pero de fragancia más delicada.

El arte del perfumista consiste en la buena elección y conveniente mezcla de los diversos aromas, para preparar las aguas, esencias, extractos y líquidos, ya para el pañuelo, ya también para aromatizar las ropas, el cabello y los diversos objetos que nos rodean, muy variable, según el gusto de los consumidores, y sujeta, por tanto, á los caprichos y veleidades de la moda. Al frente de todas las aguas perfumadas está la clásica y antigua Agua de Colonia, que consiste en una disolución en alcohol de diferentes esencias. Después vienen los llamados vinagres de tocador, y es de muy lejana fecha el llamado de los cuatro ladrones.

De todos modos, la proporción de las esencias en las flores

es muy pequeña, hasta el extremo de que las dificultades y gastos necesarios para extraerlas hacen que su precio sea exorbitante.

Los perfeccionamientos de la química han suministrado medios para obtenerlas con relativa facilidad.

A las esencias es á lo que deben las flores, las hojas y las raíces el olor que exhalan. Muchas existen ya formadas y otras se producen en virtud de reacciones químicas y fermentaciones especiales. El olor de las plantas no reside en todas, en los mismos órganos. Hay algunas, como el lirio y el espicanardo, que se hallan en las raíces (ó para hablar con más propiedad rizones); otras en el leño, como el cedro y el sándalo; en las hojas, la menta, la salvia, el patchoulí; en la flor, la rosa, la violeta, el jazmín, el nardo; en la semilla, el haba tunka, y en la corteza, la canela. Algunas, como la naranja, encierran tres esencias: una en la hoja, otra en las flores, y otra en la corteza del fruto.

No es posible, ni pertinente del caso, enumerar todas las partes vegetales que producen aromas. Bastará citar, además de las indicadas, entre las flores, la lila, el heliotropo, la reseda, la magnolia y la madreselva; entre las hojas, el cayeput; geranio, espliego, yerbabuena, mirto, tomillo y romero; en los frutos, la bergamota, limón, el anís y la vainilla; en las maderas, el alcanfor y el guayaco; en las cortezas, la cascarilla y las resinas en los productos llamados benjuí, mirra, bálsamo del Perú y de Tolú, etc.

Siendo el estudio de los perfumes del dominio de la química, claro está que han de haberse reflejado en el mismo todos los progresos y perfecciones que dicha ciencia ha realizado, como fruto de sus múltiples y portentosos trabajos de laboratorio y de investigación. Así es que las esencias se consideran por los químicos, ya como hidrocarburos, como éteres, alcoholes, aldehidos, ácidos, etc., según su diversa naturaleza y su variada función. No hemos de penetrar en ese terreno puramente técnico, porque el objeto de este artículo es tan sólo his-

tórico, y en cuanto se relaciona con las ideas de interés social. Pero, de todas suertes, cabe á la química la misión de haber contribuído con sus estudios á la perfección en el conocimiento y elaboración de los perfumes, facilitando los medios para obtenerlos.

La química ha logrado asimismo producir esencias en sus laboratorios sin el concurso de la naturaleza, y los trabajos sintéticos en este sentido son de gran estima. Así es que, oxidando la salicina, por medio de una mezcla de bicromato potásico y ácido sulfúrico, se obtiene una esencia igual á la gratísima que producen las flores de la reina de los prados. Hay también otras, preparadas artificialmente, como la esencia de peras, de manzanas y de moras, en que se imitan con bastante perfección las que producen los vegetales.

Su estudio, en el actual estado de la ciencia, es de un interés fundamental, pues pueden considerarse las esencias como núcleos de los que se derivan multitud de cuerpos, y las fórmulas químicas de algunas tienen gran complicación, como puede apreciarse en las obras técnicas que del asunto se ocupan, habiendo algunas que encierran datos de grandísimo valor ante los progresos de la química orgánica. Pero el objeto de este artículo, como indica su enunciado, es de índole muy diversa, y no es posible entrar en ese terreno, pues sólo nos referimos á la historia, y á esos horizontes es á los que se ha procurado limitar (aunque compendiosamente) la extensión de estas líneas.

Hay en ese aroma que la flor exhala y en el grato ambiente que tanto subyuga nuestros sentidos al respirar un perfume, un mundo de ideas que la ciencia ha condensado y donde no se sabe qué admirar más, si la pericia operatoria del práctico que ha obtenido con perfecta pureza las esencias productoras de aquel olor, ó el inmenso talento del químico que formula en ecuaciones y en convencionales símbolos toda la arquitectura de los componentes de aquel cuerpo, como si sorprendiera el crítico momento en que se ha producido, cual

resultado de los trabajos de la química de la vida de las plantas.

Lo expuesto puede, pues, considerarse como una brevísima síntesis de cuanto se refiere á la historia de los perfumes en conjunto, pues lo que atañe á cada una de las substancias á que puede asignarse este nombre, constituye multitud de capítulos que no es fácil reunir en un solo estudio, ni tampoco lo consiente la heterogeneidad de los cuerpos comprendidos en la denominación expresada.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG,
Académico de número de la Real de Medicina y correspondiente de la de la Historia.

EDUCACIÓN Y ENSEÑANZA

Se ha publicado el volumen XVIII, correspondiente al año actual, del interesante *Annuaire de l'Enseignement primaire*, fundado por M. Jost en 1885, y que dicho señor ha compuesto hasta ahora, en que habiéndose visto obligado á dejar la dirección del mismo, ha pasado ésta á manos de M. Félix Martel, Inspector general de Instrucción pública en Francia.

Contiene el volumen á que me refiero, como de costumbre, dos partes de muy diverso interés para nosotros: en la primera figuran, con las indicaciones relativas al personal docente, otros datos numerosos de carácter oficial y disposiciones y documentos sobre la enseñaza primaria del año escolar de 1900 á 1901 en Francia, y en la segunda se insertan varios trabajos sobre asuntos científicos y pedagógicos, algunos de ellos de verdadera importancia. Citaré éstos, limitándome á la cita respecto de todos menos de uno, que es al que principalmente dedicaré el resto del presente artículo, recogiendo en rápido resumen las noticias que en él se dan, y que tienen un interés indiscutible para quien sienta alguna afición por estas cosas de la educación ó de la enseñanza. El trabajo que me propongo resumir es la *Crónica del extranjero,* de M. Jost. Los otros trabajos son los siguientes: *La sociedad de educación social*, por M. Buisson; *El Arte en sus relaciones con la democracia y con la escuela,* por M. Bayet; *La enseñanza de los deberes para con Dios*, por M. Martel; *De la enseñanza experimental de los ele-*

mentos de la ciencia física en la Escuela primaria, por M. Desgranges; *La enseñanza doméstica en la Escuela primaria,* por Mad. Sourdillon; *La enseñanza primaria superior en París,* por M. Boitel; *La Instrucción pública en las Antillas francesas,* por M. Ricci; *Dos ejemplos de valor civil; Los Congresos de Enseñanza primaria en 1901,* por un congresista; *Crónica geográfica,* por M. Guillot; *Revista de la ciencia en 1901,* por M. Drincourt; *El año agrícola,* por M. Marchand; *Los muertos del año,* y por último, una breve bibliografía.

Naturalmente, aunque limitemos la tarea en el presente artículo á lo que más arriba dejo indicado, no quiere esto decir que sólo la *Crónica del extranjero* tenga para nosotros interés. Nada de eso. En todos los trabajos cuyos títulos quedan copiados hay algo que importaría recoger y señalar. El de M. Buisson, por ejemplo, es una página de elocuente sinceridad acerca de la educación social, expresión con que se significa uno de los movimientos más simpáticos y profundos hacia la afirmación de la solidaridad por la acción pedagógica. M. Buisson historia en su trabajo la formación de la *sociedad de educación social,* y nos da cuenta de una «enquête» acerca de la disciplina de la escuela. Se trataba de determinar el punto siguiente: «¿cómo y en qué medida la disciplina de la escuela combate las tendencias egoístas y prepara para la práctica de la solidaridad?» Al efecto, se solicitó de las personas á quienes la pregunta se dirigía que dieran á conocer sus observaciones personales, sus experiencias, sus proposiciones de reforma, sus críticas; en suma, todas las iniciativas relativas al aprendizaje escolar de la solidaridad social. Es digno de estudio el de M. Bayet, y contienen datos aprovechables, sin duda, los de Mad. Sourdellon y MM. Boitel y *Un Congresista.* Pero no me ha parecido oportuno extractar ó resumir estos trabajos, de un lado, porque esto exigiría un artículo de mayores proporciones que el que me propongo escribir, y por otro lado, porque no trato de exponer aquí doctrinas pedagógicas, que es lo que en muchos de esos trabajos se contienen,

sino pura y simplemente de recoger datos precisos, escuetos, de la naturaleza de los que, como verá el lector, abundan en la *Crónica* de M. Jost. Este artículo, en efecto, hecho al correr de la pluma, es, más que nada, un simple artículo de *información* pedagógica. No será el único que aquí escriba, recogiendo en análoga forma á como hoy lo hago, esto es, con poca ó ninguna crítica personal, hechos é ideas reveladoras del movimiento que doquier se advierte para el estudio y resolución de las cuestiones de enseñanza.

Y veamos ya la noticia del trabajo de M. Jost.

***

Recoge este ilustre maestro, en primer término, algunas de las apreciaciones formuladas acerca de la enseñanza en Francia por extranjeros visitantes de la Exposición de París. Un inglés, por ejemplo, dice: «lo que nos sorprende á los ingleses es que, á pesar de la reglamentación francesa, de que tanto se habla, los franceses han sabido dar variedad, elasticidad y libertad á los programas y á las escuelas». Un alemán escribe: «lo que desde luego ha llamado la atención, es la importancia extrema que se concede en Francia á las cuestiones de enseñanza y de educación. Los actos allí están en consonancia con las palabras. En la Exposición, la educación y la enseñanza ocupaban el primer lugar...» Otros dos delegados alemanes, los Sres. Brüggemann y Groppler, afirman que «la enseñanza primaria y la educación postescolar de Francia han tomado un vuelo que supera á cuanto se hace en los demás países. En siete ú ocho años se han construído 1.800 escuelas y se han agrandado 3.000 más, destinándose á la instalación material 475 millones de francos...»

Estos dos delegados insertan al final de su libro varios datos estadísticos y un curioso paralelo entre la enseñanza de París y la de Berlín, que exponemos á continuación:

«París sostiene: *a)* 159 escuelas de párvulos con 717 maestras y 653 clases, frecuentadas por 29.539 niños;

b) 398 escuelas primarias con 3.561 maestros y maestras, y 3.080 clases frecuentadas por 135.977 alumnos.

El presupuesto de la ciudad de París es de 31.855.375 francos.

Para todo el país hay 83.654 escuelas, de las cuales 16.075 son privadas. El número de maestros y maestras es de 152.277, de los cuales son de congregaciones 48.741.

El número de niños en las escuelas de párvulos es de 729.643 y en las primarias 5.531.418.

Del paralelo á que me he referido resulta que gasta París 31.855.375 francos, y Berlín 23.279.250 francos.

Correspondiendo por alumno en París 126,85 francos, y en Berlín 82,15 francos.

Según una maestra húngura, «la escuela primaria francesa es una institución viva que forma cuerpo con la sociedad...»

***

Refiérese M. Jost al congreso de los maestros alemanes, que se celebrará en 1902 en Sajonia, en Chemnitz, y en el cual se discutirán, entre otras, estas dos cuestiones: Importancia del arte en la educación, y la instrucción y la educación del pueblo desde el punto de vista del progreso moral de la nación alemana, y luego reseña las discusiones habidas en otro congreso de maestros alemanes también, celebrado ya, acerca del trabajo manual de las escuelas primarias de niños. Se han manifestado dos corrientes en este último congreso. La una favorable y la otra contraria al trabajo manual en las escuelas. M. Scherer, inspector de enseñanza, defiende el valor del trabajo manual, no sólo para la educación del ojo y de la mano, sino también como parte de la educación intelectual y moral. M. Ries, maestro de Francfort, niega ese valor, añadiendo por su parte M. Somasco, fundador de la escuela de trabajo manual establecida en su fábrica, en Creil, y hombre de gran autoridad y experiencia, que «no es la habilidad de la mano lo que debe desarrollarse en la escuela, sino que lo que se ne-

cesita es dirigir hacia un objeto determinado la inteligencia y el raciocinio, siendo preciso enseñar la teoría del trabajo manual... La acción viene luego cuando se ha aprendido...»

Se habla también por M. Jost del recrutamiento de los maestros alemanes, que se hace al parecer con gran dificultad, indicándose como causa principal «la situación precaria del maestro, la poca consideración de que éste goza y lo corto de su sueldo. El maestro lo nombra el Gobierno, pero en realidad es un servidor del Municipio, estando bajo la acción de personas de todas las profesiones, nunca de la suya...» El remedio á este mal (allí, como aquí, podríamos decir) está, en el mejoramiento de la situación material del maestro, en que su pago pase al Estado, convirtiendo la escuela de municipal en nacional.

Al lado de esta noticia forma buen contraste esta otra, relativa á los sueldos de los maestros del Gran Ducado de Hesse-Darmstadt: cobran éstos con arreglo á la escala siguiente:

Hasta	5 años de servicios	.....	1.100	marcos.
—	8 —	.....	1.250	—
—	11 —	.....	1.450	—
—	14 —	.....	1.550	—
—	17 —	.....	1.700	—
—	20 —	.....	1.850	—
—	23 —	.....	2.000	—
—	26 —	.....	2.200	—
—	29 —	.....	2.400	—
—	32 —	.....	2.600	—
Más de	32 —	.....	2.800	—

Esto es, sueldo mínimo 1.375 francos, y máximo 3.000, debiendo advertir que estos sueldos son los mínimus legales, pues en general las ciudades pagan más á sus maestros.

***

Respecto de Suiza, inserta el *Anuario* dos noticias de interés: una de ellas sobre higiene escolar, y otra acerca de la unificación de los sueldos de los maestros.

No hace mucho, en 1900, constituyóse en Suiza una *Sociedad de higiene escolar*, la cual ha publicado su *Anuario*, del que M. Jost toma en primer lugar la indicación de una de las aspiraciones de dicha sociedad, relativa á que la higiene escolar sea una de las ramas objeto del examen obligatorio para todos los maestros, sea cual fuere su categoría; y en segundo lugar, la descripción de los palacios escolares suizos, de Zurich. Tiene Zurich 39 escuelas con 355 clases, figurando entre ellas seis, dignas de muy especial recomendación.

«Son—dice Jost—escuelas verdaderamente modelos.» La escuela del Hischengraben tiene 33 salas, y costó 821.000 francos; la de Feldstrasse tiene 24 salas, y costó 516.589 francos; la de Klingenstrasse tiene 24 salas, y costó 439.406 francos; la de Buhl tiene 31 salas, y costó 530.000 francos...; en suma, los seis edificios han costado 3.096.922 francos.

Y ¿cómo están construídos? Con cuidado exquisito, teniendo presente todas las prescripciones de la higiene. Cada escuela tiene un lugar de juego amplio, 8 metros cuadrados para cada alumno; tantas salas como clases, con 3 metros 50 de altura todas por lo menos; sala de baños y duchas, etc., etc.

De los sueldos de los maestros suizos se habla por M. Jost con ocasión de la exposición elevada por éstos en un congreso, en la cual se pide la unificación de aquéllos en todos los cantones. Las bases propuestas para la unificación, son las siguientes:

a) Sueldo de entrada: 1.500 francos, sin comprender la casa y jardín.

b) Aumentos quinquenales para llegar al sueldo de 2.500 francos.

c) Pensión de retiro, igual á la mitad del sueldo, pasados veinticinco años de servicios, aumentando progresivamente 1 por 100 al año...

f) Equiparación de maestros y maestras.

Para darse cuenta del alcance de estas bases, conviene saber que hoy los sueldos mínimos en los diferentes cantones

son muy varios, pudiendo citarse por vía de ejemplos los que á continuación copio:

Zurich: 1.200 á 1.600 francos, mas casa, calefacción y jardín.

Lucenca: 900 á 1.300 francos, mas casa ó 180 francos; leña ó 120 francos, y aumentos suplementarios, que á veces elevan los sueldos á 2.500 francos.

Obwalden: 800 francos para los maestros y 400 para las maestras.

Glaris: Mínimum legal, 1.000 francos; en realidad, 1.600; sueldo medio, 1.800, y casa ó 200 francos.

Zug: 1.000 francos el mínimum para las maestras y 1.300 para los maestros.

Argovia: 1.200 francos, mas la casa.

Thurgovia, 1.200 francos, como sueldo mínimo.

Neuchatel: mínimum, 1.600 francos; en las ciudades de Neuchatel, Ferriem, Le Locle y Chaux-de-Fonds 2.000, con aumentos quinquenales.

«Según el documento en done se toman estos datos, los *sueldos reales medios* varían, siendo de 3.782 francos en Basilea, ciudad; 2.491 en Zurich; 1.996 en Ginebra; 1.949 en Schaffhouse; 1.867 Appenzel; 1.786 Saint-Gall; 1.743 Glaris; 1.669 Thurgovia; 1.605 Basilea del Campo; 877 Schwyz; 861 Uri; 741 Grisones; 620 Obwalden; 557 Tesino; 397 Valais. Los cantones protestantes figuran los primeros, y los católicos los últimos.»

***

Tomando las noticias de un trabajo del profesor Dejob, que á su vez se inspira en el informe del Director del personal del Ministerio de Instrucción pública de Italia, M. Ravá, M. Jost hace algunas indicaciones acerca del estado actual de la instrucción primaria en este país.

Habla M. Jost de la defectuosa instalación de las escuelas, de la situación material de los maestros, de la indiferencia culpable de los Municipios, de quienes dependen aquellas,

como de otras tantas causas del estado de inferioridad de la enseñanza primaria y de la educación del pueblo, que los patriotas italianos deploran.

«De 32.232 locales escolares existentes en 1897-98, sólo 2.291 pueden considerarse como buenos, 17.000 son medianos y 11.000 absolutamente malos.»

«Los sueldos del maestro se estiman por el señor Inspector Ravá como insuficientes por completo para vivir.» Pero va á ver el lector cuáles son esos sueldos, y compárelos luego con los que en España cobran los maestros. Varían, en efecto, aquéllos de 700 á 900 liras en las escuelas rurales; los de las maestras, de 560 á 720, y en las escuelas urbanas oscilan de 900 á 1.320 para las maestras, y de 720 á 1.056 para los maestros. Ya quisieran nuestros maestros cobrar esos sueldos. Recuérdese que aquí hay muchos con menos de 125 pesetas al año.

También en Italia se reclama como medida salvadora de la primera enseñanza la conversión de ésta, de función municipal que es en función nacional: parece ser que allí, como en otras muchas partes, este grave y transcendental interés ideal no puede menos de estar en manos de las gentes que, al dirigir la vida del Estado, puedan darse una cuenta más clara del valor que tiene la formación pedagógica de la sociedad entera.

Y los maestros en Italia, convencidos plenamente de que el remedio de su situación presente y de las consecuencias deplorabilísimas que la misma entraña está por de pronto en su mano, en sus iniciativas, han fundado una federación de los maestros y maestras de todo el país. Federación ó liga cuyo primer objetivo ha de ser «colocar la escuela bajo la directa autoridad del Gobierno, y hacer al maestro un funcionario del Estado y no del Municipio».

***

Son curiosos estos datos estadísticos acerca de la primera enseñanza en Rusia, que M. Jost toma de documentos oficiales.

El número de escuelas dependientes del Ministerio de Instrucción pública en Rusia es de 37.046 con 84.124 maestras, y frecuentadas por 2.640.048 alumnos.

He aquí la marcha ascendente que desde 1832 ha tenido en Rusia la creación de escuelas.

En 1832 había	1.203	escuelas con	62.846	alumnos.
— 1842	—	2.033	—	99.355	—
— 1872	—	20.015	—	790.258	—
— 1894	—	29.923	—	2.020.084	—
— 1898	—	37.048	—	2.640.048	—

Hay, además, escuelas dependientes de otras organizaciones, v. gr., de las iglesias; total 41.653 escuelas con 70.531 maestros y 1.543.188 alumnos, resultando en junto 78.699 escuelas, 154.692 maestros y 4.203.246 alumnos, á pesar de lo cual, de cada tres niños, sólo dos reciben la enseñanza correspondiente. Los gastos de la primera enseñanza, á cargo del Estado, Municipios, ciudades y provincias, se elevan á 40.000.000 de rublos.

* * *

Tienen fama Suecia y Noruega de cuidarse mucho de la enseñanza: también estos pueblos echan, como suele decirse, el resto en materia de instalaciones escolares. Según advierte M. Jost, en la Exposición de París de 1900 se pudo ver que Cristianía tiene grandes palacios para la enseñanza primaria: ahora da cuenta de un soberbio edificio construído en Stockolmo, y que «es, quizá, el más completo de cuantos se conocen».

Esta escuela está construída toda ella con piedra y hierro, y hay en la misma las dependencias siguientes: 94 salas de clase, ocho salas de *slojd* (trabajo manual), una sala de dibujo, dos de gimnasia, dos cocinas escolares, dos instalaciones de baños, un comedor para los niños que se desayunan en la escuela, dos salas, una para los maestros y otra para las maestras, tres departamentos para el Director y los criados. Ade-

más de esta escuela se inauguró otra el 1.° de Septiembre, que costó nada más que dos millones de francos (1).

***

Para terminar esta brevísima reseña, daré cuenta de la última noticia que la interesante crónica de M. Jost inserta: refiérese ésta á una de las muchas manifestaciones de la acción universitaria principalmente, en el sentido de ampliar la esfera de sus beneficios y extender los resultados de su labor docente. Se trata aquí de una manera especial de los cursos de vacaciones de algunas Universidades. Oxford y Cambridge en Inglaterra las tienen ya hace tiempo, pero no habla de ellas M. Jost. Este habla de los organizados en otros países con la idea de destinarlos á los profesores y estudiantes extranjeros que quieran perfeccionarse en la lengua del país respectivo.

M. Jost atribuye la iniciativa de esos cursos á la Universidad de Jena en Alemania. Este año pasado las hubo en el mes de Agosto sobre literatura, ciencias, historia, filosofía, teología, y especialmente sobre ciencia de la educación, por obra del gran discípulo de Herbart, el profesor Rein. El ejemplo de Jena ha sido seguido por las Universidades de Grefswald y Kiel. La Universidad suiza de Ginebra los ha organizado en 1892, y recaen únicamente sobre lengua francesa, métodos de enseñanza del francés y psicología y pedagogía aplicadas.

ADOLFO POSADA.

---

(1) Este ejemplo y el de Zurich, citado más arriba, debieran tenerlo muy presente los iniciadores entusiastas de la idea, plan sobre por tantos motivos, de construir en Madrid los edificios escuelas indispensables, para presentarlos á cuantos deben interesarse en tan importante obra y animarlos así más y más. ¿No podrá Madrid hacer modestamente algo de lo que con tanta esplendidez han hecho esas dos ciudades?

CRÓNICA LITERARIA

De la poesía lírica.—Poetas modernistas y no modernistas. - *Alma,* por D. Manuel Machado.—*El alto de los bohemios,* por D. Francisco Villaespesa.—*Ninfeas* y *Almas de violeta,* por D. Juan R. Jiménez.—*Cantos sin eco* y *Medallones,* por D. Salvador González Anaya.—Poesías, de D. Antonio Ledesma Hernández, premiadas en los Juegos florales de Almería.

Uno de los casos más evidentes y notables de vocación literaria es el del poeta lírico. Me refiero al poeta lírico español que vive en el *momento histórico* presente. El poeta dramático y el novelista aspiran á juntar lo dulce de la gloria con lo útil del trimestre ó de la venta de las ediciones. Cuando menos, tienen la esperanza de ser *vistos* ó leídos; mas el pobre poeta lírico ni siquiera puede aspirar á ese premio de *consolación.* Casi no hay ya quien lea versos.

Además, y acaso por lo mismo, los versos no llevan á ninguna parte. Hace cincuenta años, los Ministros de Doña Isabel II, que la daban de Mecenas, solían proteger á los poetas jóvenes y señalarles ración en el presupuesto. El hacer versos, buenos ó malos, fue el principio de muchas carreras administrativas. Hubo quien, empujado por las Musas, llegó á ser *alto* empleado de Hacienda, Ministro plenipotenciario en alguna corte extranjera, ó Juez de primera instancia en la Península. Y la verdad es que los empleados á quienes valió la recomendación de Apolo, no fueron peores que los que son hechura de

las modernas oposiciones, ó penetran en la Administración valiéndose de la llave maestra de un acta de diputado. Al fin y al cabo, unas oposiciones mnemotécnicas como las que se hacen en España, ó la solemne investidura de cunero, no son mayores ejecutorias de capacidad que el escribir una oda ó una letrilla satírica, aunque la oda sea mala y la letrilla no sea buena.

La poesía, ó mejor dicho, el verso, estaban entonces en la atmósfera. Era la época de las coronas poéticas, de los recitados en las tertulias, de los madrigales en los abanicos. Todo el mundo versificaba. Ni los hombres más graves escaparon. Cánovas hizo versos y bien se los echaron después en cara, aunque es indudable que se han escrito y se siguen escribiendo mucho peores.

Cambiaron después gustos y modas. El pobre verso fue viniendo á menos. En la escena, la prosa, antítesis antaño de la poesía, hoy competidora temible de la versificación en la lucha por la vida... de las formas poéticas, va suplantando al verso. Las tiradas de redondillas ó de quintillas, anzuelo infalible del aplauso, van siendo cada vez menos frecuentes. Hasta en las discusiones del Ateneo, tan venidas á menos como el verso, se inquirió si la forma poética *estaba llamada á desaparecer* lenta pero continuamente, cual la media luna; tesis—la de la forma poética—que ha llegado á ser un lugar común que han explotado tirios y troyanos, para innumerables *turnos* en pro y en contra.

Ni siquiera les queda á los poetas el consuelo de apostrofar en resonantes estrofas al prosaico y materialista siglo que se fué, y al no menos materialista y prosaico siglo que ha venido á sucederle con exactitud cronológica. Puede salirles al paso algún sociólogo que asegure bajo su fe de positivista que la poesía no ha desaparecido del mundo ni el siglo es prosaico, sino que el progreso mental ha hecho que el sentido estético se *intelectualice*, y sea ya posible en literatura apreciar la belleza de las imágenes y de los conceptos sin necesidad del

atractivo sensible y musical de la rima, ó que les explique á los poetas cómo la decadencia del verso no es sino un paso más en la diferenciación de las artes del sonido, que allá en los orígenes aparecieron en compleja mezcla juntándose música y poesía con artos del movimiento, como la danza y la mímica, al modo que vemos todavía en la ópera, que sería en tal hipótesis una supervivencia de las más remotas formas del arte, cosa que de seguro no sospechan las *divas* y los *divos* que cobran muchos miles de francos, de liras ó de míseras pesetas, por hacer gorgoritos en los principales teatros del *bel canto*.

***

Mas, á pesar de los pesares, abundan extraordinariamente los poetas, y se escriben y publican muchos versos. Aunque en este género no podamos competir con otras literaturas contemporáneas como competimos en la novela, la decadencia de nuestra poesía lírica no es tan completa como algunos se la imaginan. No se ven, es verdad, entre los nuevos poetas grandes figuras como Campoamor y Núñez de Arce, como Zorrilla y Quintana, como Espronceda y Becquer; pero hay bastantes cultivadores discretos de la poesía, que tienen sus horas de inspiración y están por encima de la medianía, aborrecida por las Musas. Quizá entre ellos están los herederos de aquellos grandes poetas pasados, aunque todavía no los vemos, porque esas sobresalientes figuras literarias se revelan *à posteriori*, y para reconocerlas por tales es preciso que estén algo pasadas, que lo esencial de su obra esté terminado, que las miremos con ojos de posteridad. Por otra parte, el desvío del público, entregado en materia de lecturas á la novela y al periódico, priva á la poesía lírica del benévolo ambiente de atención y de afición, que ayuda mucho, cuando existe, al desarrollo y florecimiento de los géneros literarios.

Entre los poetas nuevos se distinguen por su afición á la originalidad los modernistas. Como la originalidad puede de-

generar fácilmente en rareza y extravagancia, hay quien se burla de estos vates y de las novedades que quieren introducir en la poesía. Pero la verdad es que entre ellos hay literatos muy apreciables, y que, en general, la escuela ó la tendencia á que pertenecen tiene aspiraciones estéticas que merecen otra consideración que las burlas del ridículo. No niego con esto que al pabellón modernista se acojan por *snobismo* ó novelería muchos poetas hueros, cuyo estro no acierta más que á ensartar sin ton ni son palabras rebuscadas, entre cuya hojarasca cuesta trabajo encontrar una idea ó una imagen poética: cierto es también que los mismos modernistas dotados de inspiración y de talento tienen á veces cierta debilidad por lo estrambótico y lo amanerado, ó bien por lo lúgubre, como los románticos de antaño, con los cuales presentan más de un punto de semejanza los modernistas de ahora; pero al cabo, la misma extravagancia es defecto menor que la incurable sosería de muchos versificadores no modernistas que siguen impertérritos escribiendo poesías como las que todos, en los verdes años de la mocedad, escribimos á nuestras respectivas novias, pasando el forzoso sarampión poético de esa edad y expresando en renglones cortos y generalmente malos el eco que habían dejado en nuestro espíritu las lecturas de Becquer, Campoamor ó Espronceda, aplicadas á nuestras propias interioridades sentimentales. La diferencia está en que esos poetas á que me refiero siguen haciendo los mismos versos en la edad madura, como si tal cosa; se *plantan* en la fase poética de los versos á la novia, á imitación de las mujeres que no quieren pasar de determinada edad.

Definir el modernismo es difícil. Las escuelas modernas suelen ser poco dogmáticas, y con frecuencia encierran elementos contradictorios. Además, creo que sobre este punto ha abierto un certamen el semanario *Gente Vieja,* y como suele haber bastante afición á estos concursos, no faltará quien presente cuantas definiciones sean menester y algunas más.

En la poesía lírica los modernistas son innovadores en dos

sentidos. Quieren, por una parte, renovar las combinaciones métricas y las formas de la rima, pensando sin duda que la materia no está agotada y que queda campo á la invención y á la libertad en este terreno, aspiración que parece razonada y plausible, si bien la decadencia del verso hace que el ambiente no sea muy favorable para que se reciban con entusiasmo los nuevos partos de este género. Y suele ocurrir también que, empapados algunos de esos poetas en la lectura de modelos franceses y sugestionados por ellos, se olvidan de las diferencias que existen entre una y otra métrica, y dan la preferencia á las clases de versos menos adecuados para que resalte la sonoridad y armonía del idioma castellano, posponiendo á las imitaciones de los alejandrinos franceses los dos metros más españoles, el octosílabo y el endecasílabo, que, aunque de origen italiano, ha llegado á ser tan nacional como el primero, y se amolda perfectamente á la índole musical de nuestra lengua.

Pretenden también los modernistas remozar el fondo psicológico de la poesía, llevando á ella, en cuanto su índole lo permita, la transformación operada ya en la novela, aspiración que parece igualmente legítima, pues forzoso es confesar que los antiguos tópicos poéticos se han vulgarizado con exceso, y aunque no se hayan descubierto pasiones desconocidas que puedan dar á los poetas asuntos no desflorados, las variaciones históricas de los sentimientos é ideas permiten que en cada época pueda el poeta encontrar acentos nuevos para cantar cosas en esencia eternas, pero no poco mudables en sus formas y en sus combinaciones. No deja de ser resbaladizo este terreno de la nueva *psiquis*, y es muy explicable que algunos de los modernistas se deslicen en sus *psicologismos*, dando por refinamientos espirituales solemnes boberías, empeñándose en idealizar lo feo y repugnante ó cayendo en tal vaguedad que apenas se les entiende. Sin embargo, en la poesía hay que admitir cierta vaguedad. Su asunto principal es el sentimiento, y como las raíces del sentimiento penetran en la parte in-

consciente de nuestro sér, siempre hay en él algo de vago é inefable. De ahí viene su fuerza, á veces invencible, y el encanto del misterio que le rodea, pues lo inconsciente es más *nuestro*, es más nuestro propio yo que el conocimiento, en que sólo ponemos el espejo para reflejar cosas ajenas, ya sean realidades, ó fantasmas.

Los modernistas no se creen obligados por su apellido ó mote á cantar exclusivamente las cosas modernas; no aludo á las máquinas de vapor, al sufragio universal y los rayos X. asuntos que el consentimiento general ha declarado poco poéticos; pero ni siquiera el alma moderna, con todo el séquito de novedades que nos figuramos se han introducido en el Reino interior. Lejos de esto, no desdeñan el pasado, y hasta algunos gustan de volver la vista hacia él. En estas ojeadas retrospectivas, cada escuela ó cada corriente del gusto ha tenido sus predilecciones. Para los neo clásicos no había más que griegos y romanos; los románticos gustaban más de la Edad Media; los modernistas muestran afición al Renacimiento, y también al coquetón y almibarado siglo XVIII... al siglo XVIII de Watteau, no al de la Enciclopedia. En lo del Renacimiento suele andar la mano de Nietzsche.

*
* *

Entre los libros de versos publicados por poetas que forman en esa legión de los modernistas (en España y América los modernistas se llaman legión) merecen citarse, y citarse con elogio, dos muy recientes: *Alma*, de D. Manuel Machado, y *El alto de los bohemios*, de D. Francisco Villaespesa.

Algo desiguales en pulimento y perfección son las composiciones del Sr. Machado. Hay en algunas de ellas versos mal medidos ó de tan defectuosa acentuación, que es preciso marcar mucho la esura para que no se escandalice el oído. Claro es que estas faltas á la métrica, cuando son excepcionales, no constituyen grave cargo contra un poeta, pero tampoco son

cosa tan liviana que pueda despreciarse. No es que haya que medir los versos con los dedos, y casi puede asegurarse que al que así los mida le saldrán cojos y defectuosos. Quien los mide es el oído, cierto sentido musical de la rima que no debe faltarle al poeta que escriba en verso. Al verso hay que tomarle con todas sus *consecuencias* de acentuación y número de sílabas; si no, no es tal verso ni cosa que lo valga. Ocurre en esto lo que con el baile; no es indispensable saber bailar, y hasta muchos consideran ridículo el hacerlo; pero el que se lanza en un sarao á *rendir culto á Terpsícore*, como decían antiguamente los revisteros de salones, adquiere el compromiso de llevar el compás y ejecutar los movimientos requeridos por la danza; de lo contrario, no debe bailar. Tampoco es indispensable hacer versos; pero de hacerlos, hay que hacerlos como manda el Dios Apolo, ó al menos como dispone la Retórica y Poética.

La composición titulada *Wagner*, es una de las que contiene mayor número de versos duros é inarmónicos en el libro del Sr. Machado. Justo es reconocer que este defecto es la excepción, y que en la mayor parte de las poesías coleccionadas en dicho volumen, los versos son fáciles y armoniosos, y hasta combinaciones métricas felices y originales, como la de la composición titulada *Cantares*.

La desigualdad que, á mi parecer, existe entre estas poesías no se limita al acabamiento de la rima, sino que penetra más hondo. En algunas de ellas, el Sr. Machado es todo un poeta; en otras imita demasiado, ó no dice nada de particular, aunque no imite. De las mejores que contiene el volumen son *Días sin sol*, *Antífona*, *Cantares*, *Castilla*, *Felipe IV* y *Eleusis*.

Días sin sol es una delicada alegoría del invierno. En *Antífona*, lo que más llama la atención es el pensamiento, compendiado en el último verso:

«Hetairas y poetas somos hermanos.»

En el Arte, entendido como mera producción de belleza, sin otra finalidad, ó sea en el arte por el arte, hay, en efecto,

algo de prostitución, de comercio de belleza y de placer, que es lo que indica lo de *hetairas*, que por estar en griego es eufemismo. En castellano sonaría muy mal, aunque Cervantes y Quevedo no se paraban en estas pequeñeces, ni se detenían en helenizar ó *grecizar* tales nombres. Pero aquellos eran otros tiempos, y hoy el recato tiene mayores pretensiones y exigencias.

Castilla recuerda al venerable *Myo Cid*. Es una composición que revela cultura literaria. Su asunto consiste en que al buen Rodrigo Díaz le niegan posada para no incurrir en el enojo del Rey Alfonso, que, como dice el viejo poema, tenía contra él la *grand saña:*

«... El Rey nos dará muerte,
Arruinará la casa
Y sembrará de sal el pobre campo
Que mi padre trabaja.
Idos. El cielo os colme de venturas.
En nuestro mal, oh Cid, no ganáis nada.»

Así dice la asustada muchacha del mesón, á cuya puerta llama la comitiva del héroe castellano. Ha conservado, pues, el Sr. Machado en este episodio el espíritu del antiguo poema, según el cual, el que diera posada al Campeador era hombre ó mujer, al agua:

«E aquel que gela diesse sopiese uera palabra
Que perderie los aueres e mas los oios de la cara
E aun demas los cuerpos e las almas.»

El *Felipe IV* del Sr. Machado es, en cambio, un Felipe IV completamente apócrifo desde el punto de vista histórico; pero la composición es bonita. Aunque entregado á validos y dado á galanteos y diversiones, no fue aquel monarca una figura decorativa como los reyes holgazanes de Francia. Muy pagado de su dignidad real y de la grandeza de la Corona, preocupado con los deberes de la realeza, como lo demuestra su correspondencia con Sor María de Agreda; galán y animoso, como

hombre, el gran Felipe, grande á la manera de los hoyos, no fue el príncipe decadente y exánime que pinta el Sr. Machado y que sólo puede sostener con la diestra un perfumado guante. Si el infeliz Carlos II hubiera sido más apuesto y más gentil hombre, le vendría mejor la composición á que nos referimos que á su padre.

Eleusis es la poesía que más me agrada en este tomo. Basta decir *Eleusis* para que se comprenda que el asunto es cosa de misterios. Es un ensueño retrospectivo en que el alma del poeta sigue á una fantástica beldad que va tiempo atraviesa desandando edades y siglos y le hace pasar en un periquete por la Edad Media, por la Grecia clásica, por los imperios orientales y por los tiempos prehistóricos, de donde no pasa, porque tendría que conducirle al caos primordial. Es algo así como el *Anacronópete,* raro instrumento para hacer andar al tiempo hacia atrás, en que basó Enrique Gaspar la acción de una novelita suya. La composición del Sr. Machado es primorosa.

Otras poesías, como *Versailles,* en que aparece la inevitable *hora de los camafeos,* que, á decir verdad, no tiene hora fija, me parecen inferiores. En la que acabo de citar se descubre la influencia de Rubén Darío, buen poeta, aunque algo amanerado. En otras, como *Noche blanca* y *Copo de nieve,* se advierte la imitación de lo francés. Estas Colombinas y estos Pierrots son máscaras francesas, y traducidas no vencen al moro de Ferreras. Aparte de que el Sr. Machado, por lo mismo que tiene cultura, buen gusto é inspiración, debe dejarse de imitaciones.

En el tomito de poesías del Sr. Villaespesa, *El alto de los bohemios*, una de las mejores, es la que lleva este título y se lo da á todo el volumen. Hay delicadeza de sentimiento, notas de suave y melancólica ternura, y felices imágenes en estas composiciones. Sus principales defectos son la exageración y la extravagancia. En este punto, la poesía titulada *Spoliarium* puede dar quince y raya á los más lúgubres delirios del

romanticismo en los tiempos en que se bebía vinagre á todo pasto y salían á relucir á cada paso en las composiciones poéticas los camposantos y las calaveras. *Crepúsculo, Perfume antiguo, Tarantela, Canción de Otoño* y *Octubre,* me parecen poesías mucho más gratas y más *poéticas* que ese horrible *Spoliarium* en que los ahorcados, con la lengua fuera, hacen piruetas en el aire. Sin embargo, en *Tarantela* es lástima que el poeta quiera idealizar á un bicho tan feo y repugnante como la araña y le atribuya *pupilas lánguidas* como á cualquier damisela romántica. También está bien hecha la composición titulada *Pan*, pero el calificativo *bifronte* era bueno para aplicado á Jano y no al Dios arcadio. À éste se le puede designar por los innumerables adjetivos que sus pies de cabra, sus cuernos y otras de sus señas personales, amén de los servicios que prestó, inspiraron á sus devotos, y que cualquiera puede ver en los libros corrientes de Mitología. Pero no hay que confundir las especies.

Como el Sr. Machado, el Sr. Villaespesa es un poeta que tiene personalidad. Algunas de sus composiciones llevan cierto sello patricio que las hace muy agradables, y en todas huye de la vulgaridad. Cuando se corrija de algunas exageraciones y se acostumbre á limar un poco los versos, sus composiciones serán mucho más bellas.

Muy inferiores en mérito á los libros de los Sres. Machado y Villaespesa son las *Almas de violeta* de D. Juan R. Jiménez, modernista también, y las *Ninfeas* del mismo autor, con sendos *atrios* (estos atrios se llamaban antes prólogos, introducciones ó cosa así) de los Sres. Villaespesa y Darío. No faltan ciertos rasgos de inspiración en algunas de las composiciones incluídas en uno ú otro de los citados volúmenes, como las tituladas *¡Silencio!*, *Paisaje del corazón* y *La canción de la carne;* pero la mayoría de aquéllas dejan bastante que desear.

En la crónica anterior cité con elogio los versos de D. Salvador González Anaya, reunidos en dos volúmenes: *Cantos sin eco* y *Medallones,* prometiendo decir algunas palabras acerca

de ellos. Como el presente artículo está consagrado á poetas, es ocasión de cumplir el ofrecimiento. Los *Cantos sin eco* son probablemente los primeros versos del autor; pero no hay en ellos los descuidos de versificación ni las reminiscencias demasiado claras de lecturas poéticas (inspiración de segunda mano, tomada de otras poesías, no de la realidad) que tan frecuentes son en los poetas noveles. La forma rítmica de estas composiciones es muy esmerada, y aunque el pensamiento de muchas de ellas ofrezca poca novedad, el Sr. González Anaya lo expresa con discreción y delicadeza, dando frecuentes muestras de un gusto depurado y sano.

Medallones es obra posterior á los *Cantos sin eco* en el orden de publicación, y debe de haber sido escrita después, pues revela un considerable progreso. Las poesías que contiene este librito están inspiradas en asuntos clásicos y tienen todo el sabor de antigüedad que puede exigir nuestro público, que en materia de humanidades no es muy exigente por el poco trato que con ellas tiene. Los Juegos olímpicos, el proceso de Friné, los amores de Antonio y Cleopatra, y otros ecos y recuerdos del mundo antiguo, dan materia al Sr. González Anaya para escribir hermosos versos.

También merecen elogio las composiciones de D. Antonio de Ledesma, premiados en los Juegos florales de Almería: *Renacimiento* y *Almería*. Los Juegos florales se van rehabilitando y no son ya el refugio de los poetas chirles. La influencia literaria que se advierte en estas poesías es la de Zorrilla, bastante olvidado ya, á pesar de su mérito y de haber sido en días no muy lejanos el ídolo de una generación.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Crítica y estética: Derechos y deberes del crítico de arte moderno.=Costumbres: ¿Con quién casarse?=Psico-física: Los caracteres humanos.=Biografía: Los periodistas parlamentarios franceses.=Ocultismo: El más allá.—La vida en los cristales.=Psicología infantil: Los niños rebeldes.=Impresiones y notas: La nueva-yorkitis.—La mejora de la especie humana.—En busca de un alimento ideal.—La Sociedad *Cervantes*.

CRITICA Y ESTÉTICA

Derechos y deberes del crítico de arte moderno.—Hugo Ojetti trata de este interesante tema en la *Nuova Antologia* de Roma. Abolida—dice—la idolatría en los templos hace siglos, persistió para los filósofos en las academias artísticas; la Estética quedaba siendo una rama de la Teología; el artista era el sacerdote de lo bello; la obra de arte un milagro; un hermoso cuadro ó una bella estatua ó estampa otros tantos fetiches, que tenían por sí el poder de conmover á las multitudes, de curar á los enfermos, de consolar á los moribundos.

La estética psicológica ha matado el misterio: la obra de arte es hoy, entre el artista y el espectador, el eje de una balanza; en un platillo pone el artista cuanto ha visto, sentido, pensado y querido y ha tratado de hacer ver, sentir, pensar y querer á su público; en el otro lo que el espectador ve, siente, piensa y quiere ante aquella obra de arte. El equilibrio perfecto no existirá nunca ya.

Tras el sutil pedazo de lienzo manchado de colores que forma un cuadro y que por sí es mudo y nulo, hay, no sólo que imaginar, sino que sentir otro hombre que habla, que hace sonreir ó llorar, entusiasmar ó abatir; pero como estudiar un hombre es más difícil que estudiar un cuadro, la mayor parte de los críticos se contenta con estudiar el cuadro y no van más allá.

De aquella vetusta y ridícula concepción teológica del arte y de la belleza viene todavía, especialmente en los artistas latinos, una falsa idea de su divinidad, que da, aun á los ínfimos y á los derrotados, cierto aire teatral de «reyes en el destierro». Piensan que el arte es realmente el objeto último de la humana actividad y la flor sublime de la vida común, y muchos estetas y retóricos hinchan semejantes prejuicios con frases rimbombantes. El arte es simplemente un medio para alcanzar una suma mayor de felicidad consciente. De aquellos sueños sobrehumanos deriva el desdén al público filisteo, el desprecio á las artes industriales y la reclamación del artista de ser juzgado por sus colegas, ni más ni menos que si se tratara de las castas sacerdotales de la hierática civilización de Oriente.

El artista que trabaja no puede ser crítico honrado del arte que cultiva, porque, si es sincero, tiene que juzgar á los demás con relación á su manera, que juzga la mejor; sus juicios tienen que ser fervientes páginas de propaganda, como puede verse en Delacroix y Wisthler ó en las cartas de Cellentano, Millet y Segantini. Cuando esto no sucede y se quiere aparecer con la síntesis equilibrada de un Lessing, de un Taine ó de un Ruskin, puede asegurarse que el artista crítico ha perdido la energía creadora. La obra de arte trae sus elementos más vitales y originales de la inconsciencia; la crítica, de la conciencia. Aquél admira ó desprecia, éste juzga; aquél habla según su emoción, éste falla según su observación.

En la realidad, el artista hoy, cuando no crea ó está cansado de crear y se da á la crítica, no habla ni escribe, sino que

obra. Incapaz de elevarse á la consideración equitativa de la obra de arte, hace premiar ó alabar las obras que se asemejan ó son una derivación de las suyas, y si es un artista mediano, fatalmente juzgará en virtud de las amistades, de los acomodamientos, del *do ut des*, aunque sea en el más platónico sentido moral. Y los Ministerios, las Juntas permanentes, los Consejos y los Jurados están llenos de artistas medianos.

No hay quien no vea el daño de semejante estado de cosas: imposibilidad en los jóvenes de valía de hallar apoyo en el Estado; necesidad de proceder por intrigas, impuestas hasta á los mejores; fatal decadencia de la fama internacional de los artistas, pues sólo se envían á las Exposiciones extranjeras las obras que agradan ó lisonjean á las medianías; y el espantoso espectáculo de ver todos los días confiado el estudio y la tutela de los más preciosos monumentos antignos á fautores de un mal cuadro ó de una mala estatua, cuando abundan arqueólogos, historiadores y críticos de arte que lo harían muchísimo mejor. Y todavía insisten en reclamar la supresión de los críticos que no les alaban, recabando para sí todos los derechos y olvidándose de sus deberes.

La crítica es entre nosotros creación novísima, y hasta hace pocos años los críticos más escuchados—poco escuchados por lo demás—eran ó artistas fracasados ó historiadores de arte, y habituados á considerar á los antiguos como santos de altar y á tropezarse en la calle con los modernos en forma mortal, apenas se dignaban hablar de éstos sino como de una estrella errante con relación al sol, juzgando nuestra época avarísima y vulgarísima con relación á los tiempos siempre maravillosos del Renacimiento y de la Atenas de Pericles. Los artistas, estáticos, hacían coro, y de las palabras de unos y otros parecía que no debía nadie pensar más que en el arte para gozar de la vida y resucitar aquellas maravillas. Desde el 600—salvo un poco de 700 veneciano—hasta las modernas Exposiciones, no existía hasta hace poco en la mente de los críticos sino una gran laguna, en la que apenas flotaba solitaria la figura de Canova.

Hoy la cultura sobre la historia del arte contemporáneo es mucho más difícil que la antigua. Hoy hay que viajar, recorrer todas las Exposiciones, registrar museos y colecciones, catálogos y revistas, cartas y Memorias; reconstruir el ambiente histórico, social y político; conocer las relaciones de unos artistas con otros y la influencia que las obras de éstos ejercen en aquéllos; saber todas las ramas del arte, todos sus secretos y todas sus formas; y sólo así, después de esta inmensa labor, puede juzgarse con severidad una obra. Toda alabanza y toda censura en otras condiciones son casuales, irracionales, desleales.

Se objetará: ¿puede adquirirse el gusto con la cultura? La crítica de arte, á diferencia de la crítica literaria, vive de los ojos, y la primera condición de su derecho á ser y á existir es la posesión de un perfecto organismo sensorio. El crítico debe, ante todo, experimentar una sensación y una emoción, y, registrada con sinceridad en su cerebro, podrá encontrar luego la causa en su conciencia. Si con los años se ha formado una predilección—lo cual es muy humano—ó se ha fabricado una teoría—lo cual es necesario á todo pensador—debe estar siempre dispuesto á conmoverse «aun á despecho de su teoría ó de su predilección».

Nuestra época, por la amplitud y profundidad de sus juicios estéticos, no tiene igual en toda la historia. Conocedor de este alto puesto que en la jerarquía intelectual ocupa, el crítico moderno tiene el derecho de ingerirse en todo lo que con el arte se relaciona. Los mil ejemplos de las repulsas que han sufrido los Delacroix, Corot, Rousseau, Millet, Segantini, Turner, Wisthler, Liebermann, Manet y tantos otros, no serían posibles, ó por lo menos serían mil veces más difíciles con jurados compuestos también de críticos de arte, porque saben las causas y los efectos de toda novedad sin asustarse de nuevas técnicas y restituyendo al ambiente lo que el artista creería ser pura originalidad individual.

El crítico de arte, cuando escribe, no habla á los artistas,

sino al público; esto no lo entienden los artistas, que creen lo que los acusados de sus jueces: su opinión depende de la condena ó de la absolución; eso de que el juez no se ocupe de su gratitud, sino del bien de la sociedad, no les cabe en la cabeza. El crítico así, colocado entre el artista creador y el público espectador, puede revelar á éste el por qué de las bellezas de las obras de aquél y señalar á aquél todas las oscilaciones del gusto ó todos los síntomas de su evolución. Luego, dado el desarrollo del arte industrial y la urgente demanda del público de un goce estético, el crítico puede llegar á ser, en los actuales tiempos de crisis moral, política y estética, un verdadero apóstol. Ruskin es de ello brillantísimo ejemplo.

COSTUMBRES

¿Con quién casarse?—A propósito de un trabajo publicado en el *Pall Mall Magazine,* en el que se estudian las condiciones que debe reunir la mujer con quien debemos casarnos, ó por mejor decir, las condiciones de aquellas con quienes no nos debemos casar, hace Emilio Faguet en la *Revue Bleue* un artículo crítico cuya sustancia merece ser recogida.

El moralista inglés dice: «No os caséis con una joven que se jacte ó que confiese no amar á los niños; no es seguro que diga la verdad; pero en todo caso es mala señal: ó es disimulada, ó se conoce mal, ó es un monstruo, que es lo más probable.» A esto debe añadirse que hay que desconfiar también de las que afectan adorar á los niños, lo cual puede ser una comedia. La joven que ofrece probabilidades de felicidad, es la que *sorprendemos* queriendo á los niños sin la menor ostentación.

«No os caséis—añade el articulista del *Pall Mall*—con una feminista, con una joven que hable de los *derechos de la mujer;* no os caseis con Nora, la noruega, no sea que os deje plantados á los treinta, por irse á rehacer un alma individual, como sucede en *Casa de Muñecas.*» Si las mujeres feministas se in-

clinan naturalmente á apartarse del matrimonio, bueno es ayudarlas un poco; aprobemos su inclinación á la soltería y evitemos casarnos con ellas.

Otra prohibición es la de no casarse con una joven que sea hermosa; el redactor del *Pall Mall* desconfía de la belleza en el matrimonio; pero así como en los puntos anteriores Faguet aplaude, aquí hace sus salvedades. Claro es que reconoce los motivos en que se funda la prohibición, y así como las mujeres prefieren á los hombres feos, porque creen que siendo feos las serán fieles, en lo cual se equivocan, así los hombres deben huir de casarse con las hermosas, para correr menos riesgos de ser engañados. Esto parece muy práctico, pero es poco artístico. La mujer debe ser, si no la belleza, al menos la gracia de la casa; y no debe prohibirse á un hombre, después de andar todo el día tropezando con las fealdades de la realidad, encontrar en su casa el consuelo de la contemplación de unas líneas puras y de unos encantos agradables.

Cierto que se dice no sin razón: ¿Quién se ocupa á los tres años de matrimonio de la cara de su mujer? Cierto también que la belleza pasa y que la fealdad permanece, debiendo empezarse, por previsión, por lo permanente. Cierto que hace años—añade Faguet—yo mismo decía: «Hay en el matrimonio cuatro condiciones que pedir á la novia: la primera, el talento; la segunda, el buen carácter; la tercera, la posición; y la cuarta, la fealdad.» Pero todo eso resulta paradógico: la belleza pasa, pero algo queda de ella, aunque sólo sea el recuerdo; la fealdad subsiste, pero agravándose cada vez más. Un poco de belleza, que no sea excesiva, si queréis, no viene mal. Refresca, dulcifica y alegra, y, en el fondo, la cuestión de la belleza en el matrimonio es la cuestión del amor en el mismo; y aunque la belleza no sea su condición esencial, es por lo menos el elemento inicial, y, por consiguiente, un elemento de importancia.

El moralista inglés desconfía también de las mujeres inteligentes, poniéndonos en guardia contra esas jóvenes «supe-

riores» que sentirán perfecta repugnancia por los cuidados domésticos, y por su marido, hombre ordinario y útil, un desdén amable y una ironía trascendente. Faguet protesta con razón contra esa prohibición, porque ¿qué mujeres inteligentes son esas? Lo serán todo menos inteligentes; serán una Armanda, una Filaminta, una Belisa, pero nunca una mujer inteligente. No hay que confundir las *intelectuales* con las *inteligentes*.

El buen insular es sin sospecharlo un egoísta; el individualismo inglés penetra todo su artículo como un veneno sutil; no piensa nunca más que en la felicidad del esposo, sólo del esposo. Claro es que no hay que pretender que el esposo se sacrifique, como no debe sacrificarse nadie si no es por la patria; pero el inglés sólo piensa en el marido, no piensa en la raza, ni siquiera en los hijos. Con su sistema se correría el riesgo de tener una raza de esperpentos y de imbéciles.

Nietzsche se hubiera estremecido al leer los consejos del *Pall Mall*. «¡Cómo!—habría dicho — si precisamente se trata de casarse con mujeres muy hermosas y de muchísimo talento para tener una raza fuerte, hermosa é inteligente, para crear superhombres; para eso es el matrimonio.» Y Nietzsche en este punto no dejaría de tener razón. Para tener hijos hermosos é imteligentes hay que casarse con una mujer que no sea fea ni tonta. Algo más de ésto ó menos de aquéllo, compensando la belleza lo que falta de inteligencia, ó la inteligencia lo que falta de belleza. ¡Perfectamente! Porque, ¿quién lo tiene todo? No hay que exagerar las cosas, y bueno es que la mujer con quien haya uno de vivir tenga atractivos materiales y espirituales.

Emilio Faguet termina su artículo con un rasgo satírico. «No queréis— dice al articulista inglés — que nos casemos con mujeres hermosas, ni feministas ni inteligentes. Yo soy francés, soy parisién; miro en torno mío, observo á nuestras francesas, á nuestras parisienses, y me encuentro con que todas son bellas, todas son inteligentes y todas son feministas; señor inglés, ¿con quién diablos queréis que nos casemos?»

PSICO-FISICA

Los caracteres humanos.—Pablo Mantegazza, en la *Nuova Antología*, expone la clasificación de los caracteres humanos, pasando antes revista á los ensayos de clasificación más en boga de los psicólogos contemporáneos.

Según Paulhan, la ley de la «asociación sistemática», es decir, de la aptitud de todo elemento, deseo, idea ó imágen para suscitar otros elementos que puedan asociarse al mismo para un fin común, es la que explica la formación del carácter, completándose con la ley de inhibición que expresa la detención que todo elemento psíquico tiende á imponer á los elementos con los que no puede asociarse para determinado fin. De aquí los caracteres *equilibrados* y *desequilibrados*, *coherentes* ó *incoherentes*, *unificados* y *diversificados*.

Fouillée critica esta clasificación con acierto, pero al establecer la suya de *sensitivos*, *intelectuales* y *voluntarios*, descomponiendo el proceso psíquico en el sentir, el pensar y el querer, muestra no conocer ni el alfabeto siquiera de la psicología positiva.

Pérez, cuyos hermosos trabajos de psicología infantil son tan estimados, ha consagrado un volumen al estudio del carácter, estableciendo seis tipos de caracteres: *vivaces*, *vivaces ardientes*, *ardientes*, *lentos*, *lentos ardientes* y *equilibrados*. La clasificación es extraña, y no parece sino que para Pérez no hay más que dos categorías de hombres: los hombres-tortugas y los hombres-águilas, entre los cuales están los equilibrados, mixtos de águila y tortuga.

Alberto Levy, que ha hecho un buen libro sobre los caracteres, desbarra también al clasificarlos en tres grupos: 1.° Los *exclusivos* ó unilatérales, distinguidos por el predominio de la inteligencia, del sentimiento ó de la voluntad. 2.° Los *mixtos*, en los que predomina ya una, ya otra facultad, ó dos si-

multáneamente. 3.° Los *equilibrados*, en los que no se manifiesta ningún predominio. A estos tres tipos de caracteres sanos se agregan luego los morbosos.

Quien ha visto más claro en esta materia es Ribot, quizá por ser un biólogo más que un metafísico. Para él el carácter es innato, uno y permanente, fuera de los *amorfos*, que no tienen propiamente carácter y adquieren el del medio en que viven, y de los *instables*, que carecen de unidad y pasan de un tipo á otro según las circunstancias. Fuera de estas dos categorías, los caracteres se diversifican según el predominio de las funciones animales, y como el proceso de la vida se reduce á sentir placer ó dolor, reobrando en consecuencia, de aquí los dos tipos originarios de caracteres, según en ellos predomina la sensibilidad ó la actividad, pudiéndose hacer un tercer grupo con los apáticos.

Mantegazza toma por regla de clasificación las grandes necesidades del hombre, á las que corresponden otras tantas pasiones, determinando cada tipo de carácter el predominio de una pasión. Ahora bien, las grandes necesidades humanas son: 1.°, amarse á sí mismo (egoísmo); 2.°, amar la propiedad (avaricia); 3.°, amar al otro sexo (amor); 4.°, defender y aumentar la propia superioridad (vanidad); 5.°, amar á los demás hombres (altruísmo); 6.°, amar lo bello (estética, arte); 7.°, amar lo sobrenatural (misticismo, beatería). De aquí los caracteres fundamentales, que son: egoístas, altruístas, eróticos, crisófilos, vanidosos, estéticos y místicos.

A estas siete familias de caracteres hay que agregar otras cuatro, que se distinguen por el modo general de sentir y de obrar: sentir poco ó mucho y reobrar poco ó mucho; de aquí los apáticos, los tímidos, los instables y los batalladores.

Como ensayo de estudio de algunos de estos caracteres presenta Mantegazza el de los estetas y los místicos. La familia estética es eminentemente aristocrática y sumamente estéril. En Italia, con ser el país en que se rinde culto á lo bello, hay muy pocos que puedan clasificarse como estéticos, porque la

mayor parte de los caracteres de esta clase caen en el erotismo ó en el misticismo.

El esteta puro es el hombre que, sobre toda otra necesidad, siente la de rodearse de cosas bellas y si su organismo cerebral lo consiente, de hacerlas. Y como el sér más bello del mundo es la mujer, y el mejor modo de adorarla es poseerla, de aquí que el esteta se convierta casi siempre en erótico. Canova, Miguel Angel, Leopardi, son estetas puros; Byron, Rafael, Fidias, son eróticos. El esteta puro no ama, sin embargo, únicamente á la mujer, sino todo lo bello que hay en el cielo y en la tierra, en las obras de la naturaleza y en las del hombre, en los vestidos con que se cubre y en los muebles de su casa, en los libros que lee, en el papel en que están impresos y en la encuadernación que los conserva. Las cosas feas son para él otros tantos enemigos, y huye de ellos con horror, lo que le expone á flagrantes injusticias y á brutales violencias. Más afortunado que el esteta erótico es el esteta místico; muchas mujeres que en su juventud fueron estetas eróticas, se hacen místicas al enfriarse su amor en la vejez.

Muchísimo se ha escrito sobre la historia de las religiones, pero nada sobre la fisiología del sentimiento religioso, y no es esta la ocasión de hacerlo. Muy diversos son los místicos, nombre que abarca desde Santa Teresa hasta el faquir de la India, desde Manzoni hasta el palurdo analfabeto que se golpea el pecho postrado de hinojos ante los altares; pero todos pueden dividirse en dos grupos naturales: los *místicos intelectuales* y los *afectivos*. El místico intelectual renuncia á explicar lo inexplicable, y cree firmemente en Dios. Para ser místico no es preciso creer en todos los dogmas ni practicar todos los ritos del culto; muchos ni siquiera se confiesan, ni se arrodillan ante la hostia consagrada, siendo verdaderos místicos. Son realmente sorprendentes los artificios de que se valen estos místicos intelectuales para poner de acuerdo su fe con la razón, como cuando Fogazzaro se empeña en demostrar que las doctrinas de Darwin se armonizan con las de Cristo. Los mís-

ticos afectivos son en general, por el contrario, pobres de pensamiento, y la fe es en ellos no sólo el primer consuelo de los dolores de la vida, sino el teatro más grato de sus emociones, sintiendo verdadera voluptuosidad al comparar su pequeñez con la grandeza divina; estos místicos afectivos son la clientela más preciosa para todas las religiones, y sin ellos no sería posible ninguna Iglesia, ni menos ningún laboratorio de industrias religiosas.

BIOGRAFIA

Los periodistas parlamentarios franceses.—Los periodistas parlamentarios—dice en la *Revue Bleue* Ernesto Carlos—son buenas gentes, cosa que no puede decirse de todos los parlamentarios ni de todos los periodistas. Y es una injusticia que se les expulse ó poco menos de la literatura. Es cosa corriente que en un salón, un crítico parlamentario tiene mucha menos representación que un crítico dramático, por ejemplo. ¿Por qué? Imposible saberlo. Lo cierto es que los periodistas que siguen el curso de las sesiones de las Cámaras para servirlas á trozos á los ciudadanos franceses, no son tan salvajes como se imaginan. Unos son importantes por su posición; otros son verdaderas personalidades literarias; otros son individualidades pintorescas; pero en nuestra época ni siquiera lo pintoresco es despreciable.

Edgardo Hement.—Es uno de los más jóvenes decanos de la prensa parlamentaria, el más sencillo y más amable de sus compañeros. Es uno de los periodistas contemporáneos que no ha escrito jamás una línea ni firmado un artículo. Y quizá ese sea el secreto de su fuerza. En sus conversaciones muestra, como un periodista ordinario, buen sentido, saber, conocimiento imperturbable de la vida y de los hombres; tiene hasta talento. Pero todo eso, con ser mucho, no es nada. El rasgo característico de Hement es su importancia. Es más impor-

tante que un Ministro y casi tanto como un hujier del Parlamento.

Pas-Perdus.—Su verdadero nombre es Anatolio Claveau; ha escrito mucho y bien, y es el Montaigne parlamentario. Sus escritos pueden releerse. ¡Qué bien matiza! ¡Qué indulgencia tiene, tan inagotablemente burlona! ¡Qué epigramas tan áticos! ¡Qué retratos, que viven en tres líneas!

Pablo Bosq.—Es también otro escritor, digno de más extensa reputación; pero ignora el arte del reclamo en que sobresalen los folletinistas de teatros; y si no lo ignora, lo cual es posible, lo desdeña seguramente. Ha creado, ó por lo menos recreado, un género: en el mundo del periodismo es corriente decir: *los Pablo Bosq,* ó bien, «Haga usted un *Pablo Bosq.*» Es un clasicista, y sus artículos están llenos de reminiscencias y citas de los grandes escritores. Sus libros *El Guignol parlamentario* y *Nuestros queridos soberanos,* son documentos llenos de atractivos de la vida parlamentaria.

Luciano Victor Meunier es el último romántico, ó el penúltimo, porque Meunier no puede ser el último en nada. Han representado hasta una pieza suya en el Odeon, y eso demuestra perentoriamente que es un escritor ó un amigo de Pablo Ginisty. Desprecia algo el militarismo imperante, pero tiene la traza de un comandante con permiso ilimitado. Es muy cortés, muy servicial y un excelente compañero.

Papillaud.—Se dice Papillaud á secas porque es un nombre tan célebre que todo lo demás queda en la sombra. Es un buen muchacho, de lealtad vehemente y hasta feroz, y con talento por añadidura. La Cámara es su atmósfera; los parlamentarios le echarían mucho de menos si de pronto se encontraran privados de ese adversario que los ataca furiosamente, y que al día siguiente va á darles palmaditas en las espaldas. No tardará en ser diputado, y si no es elocuente, será neto y categórico; no entiende de medias tintas, y está siempre dispuesto á batirse por sus ideas.

..... Tras éstos viene el montón de los periodistas parla-

mentarios, ninguno de los cuales, sin embargo, puede confundirse con la multitud: Augusto Arnaud, verdadera potencia del salón de los Pasos Perdidos, y que sería un diplomático maravilloso; Ernesto Vauquelin, la encarnación del *Petit Journal,* que conoce perfectamente el mundo político, disertando sobre sus complicaciones con graciosa facilidad, elegante precisión y clara dialéctica; Gille, con su mordacidad de buena casa, siempre mesurada y matizada con finura; Esteban Chichet, inteligencia admirablemente organizada, que se conforma con ser periodista por no ser ambicioso, cuando podría ser lo que quisiera; Henry, delicado y conciso, sobresaliendo en el arte de resumir con sobriedad y con relieve. Entre los católicos, la Tour du Villars, amable como un verdadero demócrata, y más todavía; Lagoujine, jovencillo cuyo talento literario es ya notable; Luciano Burlet, con ingenio, algo afectado á veces, y con ese buen tono que se exige siempre en el *Gaulois;* Garapon, excelente filósofo en el que el periodismo no es inferior á la filosofía.

En otro grupo Alberto Gouille, revolucionario melancólico; Vuillaume, el más simpático de los radicales socialistas, el mejor instruído en historia contemporánea, rico siempre en anécdotas significativas; Varenne, que os larga á quemarropa sus opiniones y que tiene una hermosa barba y no poco talento; Valoys, el fino Jorge Hement, Montégut, Aubry y tantos otros.

Así se codean diariamente los escritores que más trabajan en común para formar la opinión en Francia. Un gran salón precede á la tribuna de periodistas; allí se juega al *whist* con gran desprecio de los políticos que ergotizan en la sesión; Papillaud se ve castigado por su antisemitismo, porque casi siempre le toca de compañero Edgardo Hement, que es judío. Por lo demás están perfectamente de acuerdo, y se entienden mejor que si fueran los dos antisemitas. Al otro extremo de la gran mesa trabaja desde hace treinta años Pedro Baragnon; le llaman «l'Oncle Baragnon» y es el Sarcy del periodismo parlamentario.

OCULTISMO

El más allá.—He leído—dice Luis Capuana en la *Rassegna internazionale* de Roma—la historieta, verdadera ó inventada, de ciertos experimentos espiritistas que hicieron salir de quicio á los asistentes: se trataba de que una noche, prolongada excesivamente la sesión, se oyó una voz que decía: «¡Me ahogo! ¡Aire, aire!...» y se vió salir de un sofá al hombre que estaba allí escondido y que era el encargado de producir todas las maravillas. Sabiendo con qué ligereza se practican tales experimentos, posible es que el hecho sea exacto; pero sabiendo también con qué ligereza se echan á volar noticias semejantes, tampoco sería extraño que el hecho fuera falso.

Cierto ó no, ese y los demás descubrimientos de las habilidades de los *medios* de profesión no disminuyen el valor de los muy serios experimentos que no pueden hacer dudar ya de la existencia del más allá á todo espíritu exento de prejuicios. Hoy llamamos *más allá* al mundo que huye de nuestros sentidos ordinarios, dejando á los teólogos el uso de lo *sobrenatural* para evitar equívocos.

Entre las fotografías á través de los cuerpos sólidos y las de seres invisibles obtenidas por medio de rayos todavía desconocidos y con especiales máquinas orgánicas, la diferencia se reduce á bien poco. Y mostraría gran superficialidad de observación el que quisiera negar la realidad de las fotografías espiritistas, únicamente por ser conocido el modo de falsificar este fenómeno. Personas serias é ilustradas, adoptando todas las precauciones imaginables, han visto aparecer en las placas fotográficas semblantes de personas muertas hace años de las que no existía ninguna fotografía ni dibujo, y reconocidos como sumamente parecidos por sus amigos y parientes.

El ignorarse todavía cómo se obtienen las verdaderas fotografías espiritistas, no es razón suficiente para dudar de su

existencia; y fuerza es aceptar ese calificativo hasta que se sepa positivamente si se trata de imágenes objetivas reveladas por luminosas y misteriosas proyecciones del organismo humano, ó quizá de no menos misteriosas materializaciones del pensamiento del *medio*, como pretenden los que á toda costa se empeñan en negar todo fenómeno de supervivencia. Esta explicación, aunque ingeniosa y sutil, es arbitraria, siendo mucho más racional y hasta más científica la primera, sobre todo después del descubrimiento de los rayos X.

Natural es que la ciencia se muestre desconfiada ante fenómenos semejantes; pero una cosa es la desconfianza prudente y otra la negativa á prestar atención, so pretexto de tratarse de lo imposible; el límite de lo posible no lo ha señalado nadie. En casa de una familia siciliana servía una vieja que pasaba por algo alucinada, porque mientras andaba en los quehaceres domésticos, murmuraba como si hablara con alguien, decía que veía fantasmas, y anunciaba frecuentemente lo que había de suceder, acertando siempre; su amo una noche se encerró en su cuarto para escribir una poesía con motivo del anunciado y próximo alumbramiento de la Reina María Cristina de Saboya, mujer de Fernando II, y cuando estaba para terminar su poética labor, de la que no había hablado con nadie, sintió que llamaban á la puerta de su habitación, encontrándose con que era la criada.

—¿Qué quieres?—la dijo.

—Nada—respondió la vieja.—Vengo únicamente para advertirte que es inútil que hagas la poesía á la Reina. Ha muerto de parto hace pocas horas. La he visto. Y dió tales detalles de todo lo sucedido, que su amo llegó á dudar. Tres días después se recibió el periódico oficial con la noticia de la muerte y los mismos pormenores contados por la vieja.

Hechos semejantes á éste, claro es que no pueden reproducirse en los laboratorios para el estudio de los sabios; pero ponerlos en duda, cuando las personas que los certifican reunen las mayores garantías de veracidad, sería desconfianza injus-

tificable. No puede afirmarse que muchísimos fenómenos atribuídos hoy á seres que llamamos convencionalmente espíritus, no puedan hacerse entrar en la categoría de hechos físicos debidos á causas inexplicadas, pero explicables con el tiempo, de nuestro organismo. Lo inexplicable es la obstinación de quienes se empeñan en negar la posibilidad de la supervivencia del individuo, y..., digamos la palabra, su inmortalidad.

Se ha dicho que el siglo xx será llamado triunfalmente el siglo de la electricidad; pero hay indicios de que puede llegar á merecer otro nombre más glorioso. Y nada se habrá cambiado por eso en el orden científico; sólo que los futuros diccionarios explicarán diversamente el significado, ahora demasiado metafísico y teológico, del vocablo *sobrenatural,* ó relegarán esta palabra al grupo de las desusadas.

***

La vida en los cristales.—Cerca de diez y ocho años hace que Oton de Schrön, profesor de Anatomía patológica en la Universidad de Nápoles, continúa con la calma paciente y serena de los «seguros»—como dice en *La Nuova Parola* G. Colazza—sus investigaciones experimentales sobre la vida en los cristales, llegando á resultados tan extraordinarios que abren á la ciencia nuevos y vastísimos campos de estudio.

Schrön no se dedicó expresamente á este trabajo sino á consecuencia de sus estudios bacteriológicos. Empleando medios microfotográficos que le permitían tener imágenes con 400.000 diámetros de aumento, llegó á caracterizar nuevos modos de generación en las bacterias, tales como el caso en que la espora, después de salir del bacilo generador, empieza por un proceso íntimo germinal á llenarse de bacilos isodiamétricos, y se convierte en una cápsula que, en un momento dado, y por la presión de su contenido acumulado, estalla como una granada lanzando á corta distancia los nuevos microbios, ó como el caso del bacilo que se separa de una cadena de

bacterias, adoptando forma utricular; el bacilo-vírgula del cólera no es más que una fase de esta formación.

Durante este período de vida activísima se elaboran especiales productos de secreción, entre los que Schrön ha distinguido cuatro sucesivos: 1.°, un producto seroso límpido; 2.°, un producto gaseoso que sale al exterior en forma de burbujas; 3.°, una sustancia albuminoídea, finamente granulosa, que no polariza la luz ni cristaliza; 4.°, otra sustancia albuminoídea que, ya en estado amorfo polariza, y luego cristaliza en formas constantes, según las bacterias de que deriva. Estos cristales muestran fenómenos vitales, que fueron los que despertaron la atención de Schrön, el cual anotó la primera diferenciación, observada por la aparición de elementos rotundeantes (petroblastos) con dos aspectos de color, blanco y negro, que han sido distinguidos con los nombres de protolitoplasma y deuterolitoplasma. El movimiento en estos cristales es en forma de ondas vibrantes interiores (endocristalinas), en torno (epicristalinas) y en la superficie (pericristalinas), y es tan activo que desarrolla calor bastante para ablandar la gelatina del cultivo.

No se trata en estas manifestaciones vitales de los cristales de una verdadera vida orgánica; pero, así y todo, los fenómenos observados y los hechos recogidos son de tal importancia y trascendencia, que merecen ser estudiados detenidamente, constituyendo una nueva fase de la Cristalografía y de la Química.

PSICOLOGIA INFANTIL

Los rebeldillos.—«Los niños autómatas—dice en *La Revue,* de París, Lino Ferriani—no existen, digan lo que quieran los que han estudiado al niño en su gabinete sin abrir el gran libro de la Naturaleza: bajo esa blusita y esos pantalones cortos hay un hombre con todas las pasiones humanas, tanto más terribles cuanto menos freno haya encontrado en

la educación recibida. Ante un niño, jamás debe olvidarse nadie de que se trata de un hombre, «aunque sea en miniatura.»

El problema psíquico de la rebelión en la infancia es más arduo de lo que parece, pues el educador no debe admitir ni un niño que sea voluntarioso, intolerante, ni un santito que con todo se resigna. Todos los niños, salvo raras excepciones, tienen marcadas tendencias á sublevarse; los niños son revolucionarios, como se ve en sus juegos, cuando se creen libres. Pero precisamente en sus momentos de expansión, cuando puede fotografiarse á lo vivo su estado psíquico y sus fuerzas evolutivas, es cuando se les deja abandonados, sin estudiarlos ni observarlos. El niño debe ser dirigido y vigilado en sus juegos sin que siquiera lo sospeche, y para ello nada mejor que mezclarse en sus diversiones, como hacen hoy los mejores pedagogos.

El instinto de la rebelión es en el niño poderosísimo, precisamente por el arraigo que en su espíritu tiene el sentimiento de la *justicia;* quiere una cosa, se la niegan, y la negativa le parece una injusticia, contra la cual se subleva. Es evidente que cuanto más penetra en el sér colectivo el concepto de la justicia, más aumenta el sentimiento de rebelión contra todo lo injusto. Donde se ve mejor este efecto es en la vida escolar, cuando un niño cree lesionados sus derechos; entonces se subleva; si es atrevido, protestará en alta voz y llegará hasta la insolencia; si es tímido, la rebelión tomará otro camino interior, engendrando el odio y la venganza con la perfidia y la traición, que son las armas de los débiles y de los cobardes. ¡Desdichado maestro el que no sabe ser justo, y, creyendo que produce una colección de seres inofensivos, no hace más que sembrar rebeldes y traidores!

¿Quién es el mejor juez de la bondad, del saber y de la equidad de un maestro? Sus propios discípulos; podrán equivocarse, pero rara vez y muy poco. ¿Quién no conoce sus rebeliones individuales ó colectivas? Gestos de desdén, bolitas de papel lanzadas durante la lección, dibujos injuriosos, man-

chas de tinta, pateaduras, estornudos, toses ó manifestaciones colectivas en la calle; todo eso es fruto legítimo de las injusticias que comete y que le hacen víctima de sus oprimidos. De 100 niños observados, todos con instintos rebeldes, 25 son más indisciplinados que los demás; pues esos 25 han tenido que sufrir, en su casa ó en la escuela, alguna injusticia.

Lino Ferriani ha abierto una información entre doce niños de carácter francamente rebelde; he aquí las respuestas que han dado á sus preguntas: 1.° Mejor quiero un bofetón que una injusticia. 2.° En la escuela todos deben ser iguales. 3.° Detesto la injusticia. 4.° Pegar á un niño es una cobardía: fortuna tiene el maestro para que yo no le devuelva su puntapié. 5.° Cuando yo sea grande ya me vengaré de las injusticias que ahora me hacen en la escuela. 6.° Amo la justicia. 7.° No sé lo que es la justicia, pero sé que no aguanto la injusticia. 8.° Mi compañero Luis lo soporta todo; pero yo no, porque la injusticia me descorazona. 9.° Cuando sea grande seré revolucionario. 10 Rabio cuando me quitan la razón y sé que la tengo. 11 Cuando el maestro es injusto me dan ganas de desgarrar todos mis libros y enviar al diablo mis estudios. 12 Cuando veo que me maltratan injustamente, me siento con el coraje de un león.

No menos características son las respuestas de cuatro niños, hijos de criminales violentos, en las que brilla el factor hereditario perfeccionado por el medio ambiente: 1.ª No, no aguanto las injusticias; soy capaz de agañotar al que me las haga. 2.ª Soy chico, pero ya creceré y me vengaré de todos los malos tratos que me hace sufrir mi hermano. 3.ª Me maltratan, y tengo el derecho de sublevarme y de defenderme á pedradas. 4.ª Cuando me las tengo que ver con personas injustas, quisiera tener un fusil para matar al que comete una injusticia.

También son dignas de atención las respuestas de cuatro niñas, hijas de padres normales, pero en cuya casa estaba algo abandonada la educación; una de ellas había sido echada de

la escuela por su carácter violento, y en lugar de volver á su casa anduvo errante diez horas por las calles; obligada al arrepentimiento y á pedir perdón á la maestra, tuvo calentura y convulsiones, que se renovaban en cuanto se pronunciaba la palabra escuela: 1.ª Mejor quisiera morir que pedir perdón. 2.ª La injusticia me da deseos de arañar á todo el mundo. 3.ª Mi mayor disgusto es ver á una niña bien vestida cuando yo estoy llena de harapos; eso es injusto. 4.ª Cuando me maltratan siento en el corazón como un puñado de agujas que me pican, y entonces necesito romper todo lo que tengo á mano; un día, rabiosa, rompí la cabeza á mi única muñeca, que tanto quería.

Este último caso es el colmo, porque romper la muñeca querida, que es el alma, la confidente, la hija de la niña, que conoce todos sus secretos, sus alegrías, sus tristezas y sus decepciones, es señal de que un drama psicológico violento ha sacudido aquel organismo. El acto de rebelión, cuando llega á esa exageración, no debe reprimirse con castigos, sino que debe ser tratado por un médico. Esa exageración puede ocultar el principio de una enfermedad nerviosa, un desfallecimiento del poder volitivo, un indicio epiléptico, un desequilibrio cerebral; hay que acudir á la medicina y hojear todo el repertorio del amor maternal para llegar á la curación.

Todo niño, y fuerza es repetirlo, tiene el instinto de la rebelión, y si echamos una ojeada sobre la historia de las revoluciones y motines populares, veremos siempre que entre los amotinados más virulentos, chillones y osados, están las mujeres y los niños. Si el niño, pues, está inclinado á la rebelión, la educación debe refrenar el temperamento eruptivo por sistemas racionales, dulcificando lo que el carácter tiene de anguloso. El estudio asiduo del niño, basado en el amor, debe tender á dirigir esas sanas energías rebeldes por la vía de esa noble fraternidad humana que Cristo enseñó al mundo con su ejemplo y su martirio. Y no se olvide que el gran remedio para disminuir el número de los sublevados es no ser injustos con

ellos; severos cuando sea preciso, pero siempre justos; así desaparecerán los impulsivos extraviados y los tartufos insidiosos.

IMPRESIONES Y NOTAS.

La nuevayorkitis.—Es una nueva enfermedad que padecen especialmente los habitantes de Nueva York, según afirma el Dr. Girdner, que hace veinticinco años viene estudiándolos con el mayor cuidado y que acaba de publicar un libro como resultado de sus observaciones.

La nuevayorkitis se revela cerebralmente por una megalomania más perniciosa que la hipertrofia mental de los bostonianos y que la elefantiasis de los naturales de Chicago. Sus síntomas morales son la existencia de sentimientos débiles, de escasa duración y raros. Como síntomas físicos pueden señalarse la rapidez y nerviosidad de los movimientos y la inutilidad de la mayor parte de éstos. Como tratamiento, se recomienda la cura de aire y de luz aplicada al cerebro y al corazón.

Podría hacerse notar al Dr. Girdner, como lo hace Candiani, que la nuevayorkitis que pretende haber descubierto y ser privativa de Nueva York, es endémica desde hace medio siglo en toda aglomeración de más de cincuenta seres humanos.

***

La mejora de la especie humana.—Francisco Galton ha descubierto el medio, infalible según él, de mejorar la especie humana sin tener que recurrir al añejo medio espartano de suprimir los niños mal nacidos, y sin prohibir el matrimonio entre personas degeneradas ó enfermas, ni menos esterilizar á estas personas para evitar la propagación de enfermedades y vicios hereditarios.

Galton no es un desconocido; sus trabajos de antropología y demografía le han formado una reputación en los países de lengua inglesa, y su sistema de mejoramiento se basa en cálculos serios debidamente comprobados.

Estableciendo una escala de perfeccionamiento de 1 á 10, puede afirmarse que de cada 10.000 personas hay 35 cuyo valor intelectual, moral y físico está representado por 1, el mínimum de la escala, y otras 33 cuyo valor llega al máximum de 10; aquéllos son los seres inferiores, y éstos los superiores de la especie humana; los casi superiores que entran en el grupo 9 son 180, los que entran en el 8 son 672, y los casi nulos vienen á ser también 180 del 2 y 672 del 3; al número 5 corresponde la masa mayor, 2.500 personas.

El problema se reduce á lograr la multiplicación de los matrimonios en las últimas categorías, de 7 á 10. ¿Cómo? Persuadiendo á los hijos que nazcan de padres cuyo coeficiente sea superior á 6, de que su ideal consiste en casarse muy jóvenes, á los veintidós años cuando más, y á que no se casen sino con personas que tengan el mismo coeficiente, apelando para ello á la religión, al patriotismo, á todos los medios de que pueda disponerse. Con este mismo propósito, las leyes deben velar por la mejora de la raza, otorgando exenciones y privilegios á los matrimonios que realicen este ideal, protegiéndolos con rebajas en las contribuciones, pensiones y cargos en la Administración pública, etc. De este modo se estimularía la formación de hermosas y sanas parejas, cuya descendencia sería firme garantía de prosperidad para la raza.

*
* *

En busca de un alimento ideal.— La leche ha sido estimada siempre como el alimento que la previsora Naturaleza ha puesto á disposición de los niños; pero no todas las leches son iguales, y la de mujer, por ejemplo, tiene más azúcar y menos caseína que la de vaca. Para obtenerla igual se diluyó

la de vaca en agua, adicionándola azúcar, pero no por eso se obtuvieron mejores resultados. ¿Por qué? Porque la leche de vaca, al ser entregada al consumo, está plagada de microbios; se mató á los microbios haciendo hervir la leche, y se tuvo la leche esterilizada, que llenó de entusiasmo á los médicos y á las madres. Pronto, sin embargo, hubo que bajar el diapasón de los elogios, sobre todo cuando se conoció la llamada enfermedad de Barlow ó escorbuto infantil, reconociéndose que la leche esterilizada no era el alimento ideal, á pesar de no tener microbios y de poseer la misma composición que la leche de mujer.

¿En qué consistía la diferencia? He aquí lo que — según el Dr. Romme nos participa en *La Revue* de París — han descubierto, tras pacientes investigaciones, el profesor Hutinel y su discípulo Nobecourt, al encontrar en la leche de mujer *fermentos solubles* que no existen en las leches de vacas ni de cabras. Teóricamente ya había establecido el Dr. Esckerich la necesidad de la existencia de estos fermentos; pero hasta los trabajos de Hutinel y Nobecourt no se había demostrado que existiesen.

La leche de mujer, según estos sabios, encierra fermentos oxidantes que transforman la grasa en glicerina, é hidratantes, que cambian en azúcar el almidón. De estos fermentos, unos son comunes, variando las proporciones, á todas las leches, y otros son especiales de la leche de mujer; únicamente la leche de burras posee los mismos fermentos que la leche de mujer. Ahora bien, ya hacía tiempo que estaba demostrado que sólo los niños criados con leche de burras se desarrollaban como los criados con leche de mujer. Así se explica ya este hecho, como se explica que la leche esterilizada ó hervida no dé perfecto resultado, puesto que el calor destruye esos fermentos, sin los cuales los tejidos se nutren mal.

Sabido esto, la conclusión era fácil, y Spolverini ha publicado hace meses curiosos experimentos que muestran que, modificando el régimen alimenticio de un animal lechero, se

le puede hacer fabricar leche que contenga los mismos fermentos que la de mujer. Una cabra que sometió á su régimen ordinario añadiéndola cebada en germinación, dió al cabo de un mes una leche que encerraba aquellos fermentos; repetido este experimento en vacas y en cabras, se ha obtenido idéntico resultado. Si estos experimentos se confirman, puede afirmarse que se ha encontrado el alimento ideal, buscado desde hace tanto tiempo por los médicos.

* * *

La Sociedad «Cervantes».—Un uruguayo, entusiasta de Taine y de Cervantes, ha publicado en Montevideo un opúsculo de propaganda para lanzar al mundo una hermosa idea: la de organizar una Sociedad internacional que, con el título de *Sociedad Cervantes,* se extienda á todos los países de habla castellana, con el noble propósito de mantenerlos unidos por el culto al insigne autor del *Quijote* y por la fe en el porvenir de la raza que inspiró tan magnífica creación literaria.

El autor de la idea es D. Alberto Nin-Frías, y como fines y bases de la Sociedad propone la fundación de una ciudad con el nombre de Cervantes; la celebración de un banquete anual el 7 de Octubre, fecha del natalicio del gran hablista; la creación de tres premios anuales para las tres mejores obras hispanoamericanas; de un premio trienal á la mejor obra sobre Cervantes ó el *Quijote;* de otro premio anual al individuo ú obra que hubiera logrado acercar á los países de habla cervantina mediante tratados, asociaciones ó leyes; la institución de solemnes fiestas quinquenales que durarán siete días, formando la *Semana Cervantes;* la celebración cada quince años de un gran Congreso social, y la celebración anual de una *conversazione,* ó sea reunión de los socios y sus familias para asistir á un *promenade concert* ó algo equivalente, dándose además mensualmente una conferencia sobre el *Quijote* ú otra obra de Cervantes.

De perlas nos parece la idea, y no hay que decir con cuánto placer celebraremos su más cumplido éxito. Pero ¿no podía el Sr. Nin-Frías sustituir con algo más castizo y cervantesco esa *conversazione* y ese (llamémosle *ese*, aunque en francés sería *esa*) *promenade concert* con que quiere amenizar las reuniones de socios? ¿Es que no tenemos en castellano las palabras *tertulia* y *paseo concierto* para expresar la misma idea, sin tener que mendigar ni tomar prestados vocablos exóticos, cuando el préstamo no es de absoluta necesidad?

Fuera de esto, cuente el entusiasta cervantista con nuestro sincero aplauso y ¡adelante con la magna obra!

FERNANDO ARAUJO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Manuale della beneficenza, del Dott. Luigi Castiglioni.—Milano, Ulrico Hoepli, editore, 1901.—Un volumen de 340 páginas, 3,50 liras.

Empleando el método llamado dogmático, consistente en exponer una serie de disposiciones legales vaciándolas en un molde ó plan sistemático formado previamente, el Dr. Castiglioni presenta en este *Manual* un tratado orgánico y completo de la beneficencia de su país, ó sea de la legislación vigente en Italia, en lo relativo á las distintas ramas ó manifestaciones de la beneficencia.

El libro este ofrece, por tanto, interés, en primer término, para los italianos, pero también lo tiene general y para todo el mundo, ya porque las cuestiones en él tratadas se presentan poco más ó menos del mismo modo en todos los países á que damos el calificativo de cultos, ya también porque el autor no se limita á dar cuenta de los preceptos legislativos existentes en Italia sobre cada uno de los problemas de que va ocupándose, sino que mezcla á menudo con tal exposición abundantes observaciones y consideraciones doctrinales. Además, la obra contiene una introducción en que se estudia—muy sobria y discretamente por cierto—el punto general (y no ya exclusivo de Italia) tocante á las relaciones entre el Estado y la beneficencia, carácter de ésta é intervención que en ella debe tener el poder público.

P. Dorado.

La loi sur le régime des aliénés. Discours prononcé à l'audience solemnelle de rentrée de la Cour d'appel de Bruxelles, le 2 Octobre 1899, par M. H. Willemaers, Procureur général.—Bruxelles, 1899.—Folleto de 58 páginas.

Les aliénés criminels. Discours prononcé à l'audience solemnelle de rentrée de la Cour d'appel de Bruxelles, le 1er Octobre 1900, par M. H. Willemaers, Procureur général.—Bruxelles, 1900.—Folleto de 84 páginas.

M. Willemaers ha estudiado bien, en general, pero muy singularmente en cuanto se refiere á su país, la cuestión de los alienados y de la situación de los mismos desde el punto de vista jurídico, así en lo que se refiere á los alienados criminales como en lo que toca á los alineados no criminales ó inofensivos.

Al examen de la situación legal de estos últimos está dedicado el discurso de apertura del Tribunal de Apelación de Bruselas en 1899. En este discurso, su autor, después de hacer algunas indicaciones sobre lo que él llama «indiferencia, incertidumbre y caos» dominantes en Bélgica antes de 1850, en lo que atañe al tratamiento de los locos, y después de recordar brevemente las disposiciones legislativas que regulaban tal estado, expone y comenta los principales preceptos de la ley de 18 de Junio de 1850, que completada y modificada por otra de 1873, constituye todavía en sus fundamentos la legislación vigente en Bélgica. M. Willemaers nos enseña en este escrito qué clases de establecimientos son los que pueden albergar á los alienados, y con qué condiciones, qué autoridades pueden decretar la reclusión en ellos y la salida de los mismos, etc.

En el otro discurso se ocupa el autor, con claridad y orden, de los locos que cometen delitos, de su responsabilidad y del tratamiento á que debe sometérseles. Da cuenta con este motivo de las discusiones habidas durante los últimos años en Congresos y reuniones varias (fijándose especialmente en las

belgas) respecto á si los locos delincuentes deben ser enviados, para someterles al conveniente tratamiento curativo y defensivo, á los asilos ordinarios, ó á secciones especiales creadas para ellos en los mismos, ó á particulares asilos erigidos *ad hoc*. M. Willemaers se adhiere á esta última solución. Discute igualmente los problemas relativos á saber qué individuos han de ser sometidos al tratamiento propio de los locos criminales: si todos los locos, cualquiera que sea el hecho punible que hayan realizado, ó sólo los autores de delitos graves, de crímenes, ó aquellos que los jueces competentes decidan, debiendo, en lo tanto, quedar entregado por completo este asunto á su discrecional arbitrio. Tampoco se olvida el autor de considerar el tema desde el punto de vista de la libertad individual, haciéndose cargo de los peligros que ésta pudiera correr dando sumas facilidades á los jueces ó á las autoridades administrativas para ordenar la reclusión de los locos á título de individuos meramente peligrosos: v. gr., de aquellos que no hubieran cometido delito alguno, pero de quienes se temiese que podían cometerlos, á juzgar por sus antecedentes, por su conducta irregular, etc.

P. Dorado.

INDICE

Págs.

High-life (novela), por la Baronesa de Suttner..... 7

Poetas americanos: Rimas, por Leonidas Pallares Arteta..... 44

El problema religioso en España, por Edmundo González-Blanco.. 46

La historia en el drama Ruy Blas de Víctor Hugo, por A. Morel-Fatio 66

Antecedentes históricos y estado actual del problema obrero en España, por Práxedes Zancada..... 106

Historia de los perfumes, por Joaquín Olmedilla y Puig..... 139

Educación y enseñanza, por Adolfo Posada..... 153

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 163

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 177

Notas bibliográficas, por P. Dorado 202

VIDAS DE PERSONAJES ILUSTRES

Jorge Sand, por Zola, 1 pta.
Víctor Hugo, por idem, íd.
Balzac, por íd., íd.
Alfonso Daudet, por íd., íd.
Sardou, por íd., íd.
Dumas (hijo), por íd., íd.
G. Flaubert., por íd., íd.
Chateaubriand, por íd., íd.
Goncourt, por íd., íd.
Musset, por íd., íd.
El P. Coloma, por E. Pardo Bazán, 2 ptas.
Núñez de Arce, por M y Pelayo, 1 pta.
Ventura de la Vega, por Valera, íd.
Teófilo Gautier, por Zola, íd.
Sainte-Beuve, por Zola, íd.
Concepción Arenal, por Pedro Dorado, íd.
Heine, por Teófilo Gautier-ídem.
Ibsen, por L. Passarge, íd.
Taine, por Bourget, 50 céntimos.
Bretón, por Molins, 1 pta.
Campoamor, por E Pardo Bazán, íd.
Fernán-Caballero, por Asensio, íd.
E. Zola, por Maupassant y Alexis, íd.
Mouton (Mérinos), por Bergeret, íd.
Hartzenbusch, por Guerra 1 pta.
Cánovas, por Campoamor, ídem.
Alarcón, por E. P. Bazán, íd.
Zorrilla, por Fernán-Flor, ídem.
Stendhad, por Zola, íd.
M. de la Rosa, por M. y Pelayo, íd.
Ayala, por J. O. Picón, íd.
Tamayo, por Fernán-Flor, ídem.
Trueba, por Becerro de Bengoa, íd.
Lord Macaulay, por Gladstone, íd.

COLECCION DE LIBROS ESCOGIDOS A TRES PESETAS TOMO

1. Tolstoy, La Sonata de Kreutzer.
2. Barbey d'Aurevilly, El Cabecilla.
3. Tolstoy, Marido y mujer.
4. Wagner, Recuerdos de mi vida.
5. Tolstoy, Dos generaciones.
6. Goncourt, Querida.
7. Tolstoy, El Ahorcado
8. Turgeneff, Humo.
9. Zola, Las Veladas de Médan.
10. Tolstoy, El Príncipe Nekhli.
11. Goncourt, Renais Mauperin.
12. Barbey, El dandismo.
13 y 14. Daudet, Jack.
15. Tolstoy, En el Cáucaso.
16. Turguenef, Nido de hidalgos.
17. Zola, Estudios literarios.
18. Cherbuliez, Miss Rovel.
19. Renán, Mi infancia y mi juventud.
20. Tolstoy, La Muerte.
21. Goncourt, Germinia, Lacerteux.
22. Daudet, La Evangelista.
23. Zola, La Novela experimental.
24. Flaubert, Un corazón sencillo.
25. Turguenef, El Judío.
26. Cherbuliez, La Tema de Juan Tozudo.
27. Stuart Mill, Mis memorias.
28 y 29. Macaulay, Estudios jurídicos.
30. Zola, Mis odios.
31. Dostoyuski, La casa de los muertos.
32. Zola, Nuevos estudios literarios.
33. Dostoyuski La Novela del presidio.
34. Tolstoy, El Sitio de Sebastopol.
35. Zola, Estudios críticos.
36 y 37. Campe, Historia de América.
38. Daudet, El Sitio de París.
39. Asensio, Pinzón.
40. Cherbuliez, Amores frágiles.
41. Heine, Memorias.
42. Ferri, Antropología criminal.
43. Ibsen, Casa de muñeca.
44. Goncourt, La Elisa.
45. Lombroso, Antropología y osiquiatría.
46. Daudet. Novelas del lunes.
47. Turguenef, El Rey Lear dela Estepa.
84. Tolstoy, Los Cosacos.
49. Sainte-Beuve, Tres mujeres.
50 y 51. Zola, El Naturalismo en el teatro.
52. Tolstoy, Iván el Imbécil.
53. Ibsen, Los Aparecidos.
54. Balzac, Eugenia Grandet.
55. Ramillete de cuentos.
56 y 57. Renán, Memorias íntimas.
58. Caro, El Pesimismo en el siglo XIX.
59. Daudet, Cartas de mi molino.
60. Turguenef, Un Desesperado.
61. Goncourt, La Faustín.
62. Balzac, Papá Goriot.
63. Tolstoy, El Canto del cisne
64. Coppée, Un idilio.
65. Caro, El Suicidio y la civilización.
66. Taine, Filosofía del arte.
67 y 68. Zola, Los Novelistas naturalistas.
69. Campoamor, Ternezas y flores.—Ayes del alma.—Fábulas.
70. Sofía Gay, Salones célebres.
71. Tolstoy, El Camino de la vida.
72. Lombroso, El Hipnotismo.
73. Ferri, Nuevos estudios de antropología.
74. Taine, La Pintura en los Países Bajos.
75. Tolstoy, Placeres viciosos.
76. Balzac, Ursula Mirouet.
77. Tolstoy, El Dinero y el trabajo.
78. Schopenhauer, Estudios escogidos.
79. Campoamor, Doloras y humoradas.
80. Turguenef, Primer amor.
81. Tolstoy, El Trabajo.
82. Tesoro de Cuentos.
83. Lombroso, Aplicaciones judiciales y médicas.
84. Sardou, La Perla negra.
85. Tolstoy, Mi confesión.
86 y 87. Zola, El Doctor Pascual.
88. Kropotkin, La Conquista del pan.
89. Turguenef, Aguas primaverales.
90. Tolstoy, Los Hambrientos.
91. Cherbuliez, Paula Meré.
92. Ferrán, Obras completas.
93. Cherbuliez, Meta Holdenis
94. Tolstoy, ¿Qué hacer?
95. Idem, Lo que debe hacerse
96. Taine. El Arte en Grecia.
97 Turguenef, Demetrio Rudín.
98. Gautier, Las Bombas prusianas.
99. Lubbock, La Vida dichosa.
100. Daudet, Tartarín en los Alpes.
101. Taine, El Ideal en el arte.
102. Caro, Costumbres literarias.
103. Taine. Nápoles.
104 y 105. Idem, Roma.
106. Idem, Florencia.
107. Idem, Venecia.
108. Idem, Milán.
109. Tarde, Estudios penales sociales.
110. Barbey d'Aurevilly, Venganza de una mujer.
111. Balzac, Cesar Birotteau.
112. Idem, La Quiebra de César Birotteau.
113. Tolstoy, Mi infancia.
114. Arnold, La crítica en la actualidad.
115. Tolstoy, Fisiología de la guerra.
116. Varios autores, Cuentos escogidos.
117. Tolstoy, La Escuela de Yasnaia Poliana.
118. P. Merimée, Colomba.
119. Ibsen, La Dama del mar y Un enemigo del pueblo.
120. Barbey, Las Diabólicas.
121. Gautie, Nerval y Baudelaire.
122. Sainte-Beuve, Retratos de Mujeres.
123. Turguenef, El Reloj.
124. Barbey d'Aurevilly, Una historia sin nombre.
125. Daudet, Cuentos y fantasías.
126. Tolstoy, Mi juventud.
127. Caro, Littré y el Positivismo.
128. Zola, Los Hombros de la marquesa.
129. Goncourt, La Señora Gervaisais.
130. Baudelaire, Los Paraisos artificiales
131. D'Aurevilly, La Hechizada
132. Gautier, Madama de Girardin y Balzac.
133. Mis perlas, por Merimée.
134. Tcheng-Ki-Tong, La China contemporánea.
135. Lombroso, Ultimos progresos de la Antropología.
136. Stendhal, El Amor.
137. Turguenef, Padres é hijos.
138. Stendhal, Curiosidades amatorias.
139. Turguenef, La Guillotina.
140. Caro, El Derecho y la fuerza.

Aguanno.—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación Civil, segunda parte de La Génesis, 4 pesetas.
Alcofurado.—Cartas amatorias, 3 pesetas.
Amiel.—Diario íntimo, 2 pesetas.
Antoine.—Curso de Economía social, 2 volúmenes, 16 pesetas.
Araujo Sánchez.—Goya, 3 pesetas.
Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pts.—El visitador del preso, 3.—El Delito Colectivo, 1'50.
Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.
Asser.—Derecho internacional privado, 6 pts.
Bagehot.—La Constitución inglesa, 7 ptas.
Boccardo.—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 ptas.
Boissier.—Cicerón y sus amigos; estudio de la sociedad romana en tiempo de César, 8 pts.
Buisson.—La Educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.
Bunge.—La Educación, 12 ptas.
Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 ptas.
Buylla, Neumann, Sleinwachter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.
Carlyle.—La Revolución francesa, tres tomos, 24 pesetas.
Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la paz de Ireland, 4 pesetas.
Caro.—Filosofía de Goethe, 6 pesetas.
Champeommunale.—La Sucesión Abintestato en Derecho internacional privado, 10 pesetas.
Castro.—El Libro de los Galicismos, 3 ps.
Coltins.—Resumen de la Filosofía de Herbert Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.
Darwin.—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.
Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pts.—El Reformatorio de Elmira. (Estudio de Derecho penal), 3 pts.
Dowden.—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.
Elizbacher.—El Anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 pesetas.
Ellis Stevens.—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.
Emerson.—La Ley de la vida, 5 pesetas.—Ensayos simbólicos, 4 pesetas.
Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.
Fichte.—Discursos á la Nación Alemana, regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.
Finot.—Filosofía de la longevidad, 5 ptas.
Fitzmaurice-Kelly.—Historia de la Literatura española, desde los orígenes hasta el año 1900, 10 pesetas.
Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho según Alemania, Inglaterra y Francia, 7 ptas.—La Ciencia social contemporánea, 8 ptas.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 ptas.
Fournier.—El Ingenio en la Historia, 3 pts.
Framarino.—Lógica de las pruebas, 2 tomos, 15 pesetas.
Gabba.—Derecho civil moderno, 2 ts., 15 ptas.
Garnet.—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.
Garofalo.—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstición socialista, 5 ptas.
George.—Protección y librecambio, 9 ptas.
Giddings.—Principios de Sociología, 10 pts.
Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.
Gladstone.—Los grandes nombres, 5 ptas.
Goethe.—Memorias, 5 pesetas.
Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 ptas.—Las Favoritas de Luis XV, 6 pesetas.—La du Barry, 4 pesetas.
González.—Derecho usual, 5 pesetas.
Goodnow.—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.
Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
Grave.—La Sociedad futura, 8 pesetas.
Gross.—Manual del Juez, 12 pesetas.
Gumplowicz.—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 ptas.—Compendio de Sociología, 9 pesetas.
Guyau.—La Educación y la herencia, 8 ptas.—La Moral inglesa Contemporánea, 12 ptas.
Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 ptas.
Haussonville.—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
Heine.—Alemania, 6 pesetas.
Hunter.—Sumario de Derecho romano, 4 pts.
Huxley.—La Educación y las Ciencias Naturales, 6 ptas.
Ihering.—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
Janet.—La Familia, 5 pesetas.
Kells Ingram.—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.
Kidd.—La Evolución social, 7 pesetas.
Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.
Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.
Krüger.—Historia, fuentes y literatura de Derecho Romano, 7 pesetas.
Lange.—Luis Vives, 2'50 pesetas.
Laveleye.—Economía política, 7 ptas.—El Socialismo contemporáneo, 8 pesetas.
Lemcke.—Estética, 8 pesetas.
Lemonnier.—La Carnicería (Sudán), 3 pts.
Leroy-Beaulieu.—Economía política, 8 pts.
Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.—La Escuela Criminalógica Positivista, 7 pesetas.
Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.
Macaulay.—La elocuencia, 7 ptas.—Vida, Memorias y Cartas, dos tomos, 14 ptas.
Manduca.—El Procedimiento Penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
Martens.—Derecho Internacional, 3 tomos, 22 pesetas.
Max-Müller.—Origen y desarrollo de la religión 7 pesetas.—Historia de las Religiones, 8 pesetas.
Meneval y Chantelauze.—María Estuardo, 6 pesetas.
Meyer.—La Administración y la organización administrativa de Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. Introducción y exposición de la Organización administrativa de España, por Adolfo Posada, 5 pesetas.
Miraglia.—Filosofía del Derecho, dos tomos, 15 pesetas.
Mommsen.—Derecho público romano, 12 ps.
Murray.—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.
Nansen.—Hacia el Polo, 6 pesetas.
Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 ptas.—La Genealogía de la Moral, 3 ptas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Humano, demasiado humano, 6 ptas.—Aurora, 7 pesetas.
Novicow.—Los despilfarros de las Sociedades modernas, 8 pesetas.—El Porvenir de la Raza blanca, 4 pesetas.
Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.
Renán.—Estudios de Historia Religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.
Ricci.—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 ptas.—Derecho Civil, dos tomos, 15 ptas.
Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
Ruskin.—Las siete lámparas de la Arquitectura (El sacrificio.—La verdad.—La fuerza.—La belleza.—La vida.—El recuerdo.—La obediencia), y La Corona de Olivo Silvestre (El trabajo.—El comercio.—La guerra), 7 pesetas.
Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del derecho. 3 pesetas.
Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios

escogidos, 3 ptas.—El Mundo como voluntad y como representación (segunda parte), 10 pesetas.

Sighele.—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Sohm.—Derecho privado romano, 14 ptas.

Spencer.—La Justicia, 7 ptas.—La Moral, 7 ptas.—La Beneficencia, 6 ptas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 ptas.—Instituciones sociales, 7 ptas.—Instituciones política, dos tomos, 12 ptas. El Organismo social, 7 ptas.—El Progreso 7 ptas.—Exceso de legislación, 7 ptas.—De las Leyes en general, 8 ptas.—Etica de las prisiones, 10 ptas.—Los datos de la Sociología, dos tomos, 12 ptas.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 ptas.—Instituciones profesionales, 4 pesetas.—Instituciones industriales, 8 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Starke.—La Familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.

Stead.—El Gobierno de Nueva York, 3 ptas.

Stirner.—El Unico y su propiedad, 9 ptas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 ptas.

Sumner-Maine.—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho Mercantil, 12 pesetas.

Taine.—Historia de la literatura inglesa: 5 vols. 34 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.—Los filósofos del siglo XIX, 6 pesetas.—La Inglaterra, 7 pesetas.—Notas sobre París, 6 pesetas.

Tarde.—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El Duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.

Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, dos tomos, 15 pesetas.

Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez, Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió Tarde, Torres Campos y Vida).—*La Nueva Ciencia jurídica*, dos tomos, 15 pesetas. Contiene grabados.

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamente, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgás, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.)—*El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 pesetas.

Idem.—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.

Virgilii.—Manual de Estadística, 4 pesetas.

Vivante.—Derecho Mercantil, 10 pesetas.

Witt.—Historia de Washington, 7 pesetas.

Waliszewski.—Historia de la Literatura rusa, 9 pesetas.

Westermarck.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Wilson.—El Gobierno Congresional, 5 ptas.

Wolf.—La Literatura castellana y portuguesa, con notas de M. y Pelayo, dos volúmenes 15 pesetas.

OBRAS RECIEN PUBLICADAS

POR LA ADMINISTRACION DE «LA ESPAÑA MODERNA»

Virgilii: Manual de Estadística, *4 pesetas.*—**Todd:** El Gobierno parlamentario en Inglaterra, *dos tomos, 15 pesetas.*—**Eltzbacher:** El anarquismo según sus más ilustres representantes, *7 ptas.* — **Stirner:** El Unico y su propiedad, *9 pesetas.*—**C. Ellis Stevens:** La Constitución de los Estados Unidos, *4 ptas.*—**Spencer:** Instituciones profesionales, *4 pesetas.*—Instituciones industriales, *7 pesetas.*—**Schopenhauer:** El Mundo como voluntad y como representación (segunda parte) *10 pesetas.*—**George:** Protección y librecambio, *9 ptas.*—**Ruskin:** Las siete lámparas de la Arquitectura (El sacrificio.—La verdad.—La fuerza.—La belleza.—La vida.—El recuerdo.—La obediencia), y La Corona de Olivo Silvestre (El trabajo.—El comercio.—La guerra), *7 pesetas.*—**Taine:** Historia de la literatura inglesa. La Edad Moderna, *7 pesetas.*—**Ricci:** Derecho Civil, *dos vols., 15 ptas.*—**Nietzsche:** Humano, demasiado humano, *6 pesetas.*—**Finot:** Filosofía de la longevidad, *5 pesetas.*—**Boccardo:** Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, *10 ptas.* **Carlyle:** La Revolución francesa, tomo II, La Constitución, *8 ptas.*—**Novicow:** Los despilfarros de las Sociedades modernas, *8 pesetas.*—**Wilson:** El Gobierno Congresional; Régimen político de los Estados Unidos, *5 pesetas.*—**Fitzmaurice-Kelly:** Historia de la Literatura española, desde los orígenes hasta el año 1900, *10 pesetas.*—**Goncourt:** La du-Barry, *4 pesetas.*—**Taine:** Los filósofos del siglo XIX, *6 pesetas.*—**Champcommunale:** La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado, *10 pesetas.*—**Starcke:** La familia en las diferentes sociedades, *5 pesetas.*—**Caró:** La filosofía de Goethe, *6 ptas.*—**Spencer:** La Moral de los diversos pueblos y la Moral personal; 3.ª edición, *7 pesetas.*—**Lubbock:** El empleo de la vida; 3.ª edición, *3 pesetas.*—**Witt:** Historia de Washington y de la fundación de la República de los Estados Unidos, *7 pesetas.*—**Novicow:** El porvenir de la raza blanca, *4 pesetas.*—**Max Müller:** Historia de las Religiones, *8 pesetas.*—**Bunge:** La educación, *12 pesetas.*—**Bagehot:** La constitución inglesa, *7 pesetas.*—**Laveleye:** El Socialismo contemporáneo, *8 pesetas.*—**Nietzsche:** Aurora, *7 pesetas.*—**Carlyle:** Revolución francesa, tomo III, *8 pesetas.*

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO XIV

Esta Revista, escrita por los más eminentes publicistas nacionales y extranjeros, ve la luz todos los meses en tomos de más de 200 páginas.

CONDICIONES DE SUSCRICION

En España, seis meses, **diez y siete pesetas**; un año, **treinta pesetas.**—Fuera de España, un año, **cuarenta francos.** El importe puede enviarse en letras sobre Madrid, París ó Londres.—Todos los abonos deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después, se les entregarán los números publicados.

Se suscribe en la Cuesta de Santo Domingo, 16, principal, Madrid.

Director: J. LÁZARO

AP
60
E8
año 14
no.157-59

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY